EVA PERÓN

UNA BIOGRAFÍA POLÍTICA

LORIS ZANATTA

LORIS ZANATTA

EVA PERÓN

Una biografía política

Traducción de
Carlos Catroppi

Sudamericana

Introducción

¿Por qué una nueva biografía de Eva Perón? ¿Se siente acaso la necesidad? ¿No son ya demasiadas las que hay, tanto si se opta por tomarlas en cuenta a todas, hasta las más toscas, como si se consideran sólo las buenas y sólidas? ¿Y no es así hasta el extremo de que escribir sobre Eva equivale hace tiempo a dejarse andar por el mar de la literatura, o de la mitología? Son interrogantes ineludibles para un libro como éste, pero sería inútil andar dando vueltas en torno a ellos. El que lee será ciertamente quien en última instancia diga si ha valido o no la pena. Entretanto, nos parece honesto anticipar algunas respuestas.

Un primer y, aunque sencillo, inmejorable motivo para dedicar un nuevo libro a Eva Perón es que de su vida queda mucho por conocer y relatar: episodios, circunstancias, pero también momentos clave de su biografía. Rasgos, en suma, que al ser reconstruidos nos obligan a modificar el perfil que de ella teníamos, y nos fuerzan a releerlo y repensarlo. De modo que sobre Eva Perón es posible contar una historia nueva, o por lo menos distinta. ¿Y no es ése, antes que algún otro, el cometido del historiador? Con mayor razón aun si, como tal, percibe el desafío de los mil intentos de escamotearles —a él y a la historia— la figura de Eva, ya sea proyectándola al campo de la metafísica o fosilizándola en su mito, como una crisálida atrapada en el ámbar. Por supuesto que es lícito estudiar el mito de Eva y la devoción que Eva despierta; ambos elementos son clave para comprender su definitiva inserción en la historia. De hecho, historiadores y sociólogos, antropólogos y lingüistas, teólogos y escritores de novelas se han abalanzado en bandadas sobre uno y otro elemento. Pero de Eva conviene también desmenuzar su pasado: ciertamente no para destruir el mito, que tiene vida propia y suele prescindir del apoyo de la historia, sino para saber y comprender quién fue, qué hizo, qué consecuencias tuvieron sus actos, qué ha dejado en herencia, y diría aun más: qué dilemas universales evoca su breve e intensa vida, tan única y terrenal al hacer aparición en su época y en su mundo. Pues si bien es cierto que el mito de Eva Perón forma parte de su historia, y pretender escribir ésta dejándolo de lado equivaldría a falsearla, también es verdad que si en virtud de ello uno se limitara a escribir la historia de su

mito, desencarnándola de lo que ella fue e hizo, la falsearía aun más. Pues bien, de eso justamente se ocupa ante todo el presente libro, al cual poco importa el vaticinio de Hernán Benítez, el religioso de quien Eva conservaba, como se verá, profundas reminiscencias en muchas de sus acciones y palabras. Benítez dijo que a un historiador se le escaparía justamente aquello que la hacía "grande ante la faz de Dios"; a nosotros debe bastarnos saber cómo y por qué llegó a ser tan poderosa y tan popular entre los hombres de su tiempo. Y Eva se alegraría de esto: sus palabras y sus actos todos hacen evidente lo mucho que le importaba quedar esculpida en la historia.

Un segundo buen motivo para escribir un nuevo libro sobre Eva Perón es que nunca me han convencido del todo los que ya están disponibles. En algunos casos, las razones son obvias: fueron escritos para idolatrar o demonizar, para absolver o condenar, no para comprender y analizar. Aun en los mejores me da la impresión de que se escaparan ciertos aspectos fundamentales para poder dar una imagen completa de Eva y de su paso por la historia, que faltara una lectura de conjunto atenta a contextualizarla en el mundo que le tocó vivir. Quiero dar algunos ejemplos, que el texto aclarará.

Tenemos el caso de *Eva como política*, en todas sus incursiones, en modo alguno episódicas o caprichosas sino, por el contrario, constantes y sistemáticas en cada uno de los núcleos vitales de la vida pública, de la economía al trabajo, de la política exterior a la justicia, los deportes y el mundo del espectáculo. Tenemos el *nacimiento político de Eva*, más precoz de lo que se cree, y paralelo al del mismo Perón. Están *sus "ideas", sus consejeros, su mundo espiritual* en sentido amplio, y el cordón umbilical que la unió al universo y al imaginario del nacionalismo católico. Está *su relación con Perón*, clave de su poder, que ciertamente no era de subordinación ni de dependencia, como muchos se obstinan en afirmar, sino de inevitable y creciente competencia. Está la cuestión del *lugar que ocupa en el movimiento peronista* y en su historia; un lugar mucho más amplio y nuclear de lo que suele creerse, hasta el punto de haber sido precisamente ella quien lo plasmó en gran medida. Por fin, está también la relación de Eva con *la caída de Perón*; en ese punto pienso, al contrario de cuanto sostiene la versión canónica, que de ninguna manera se trató de que el régimen perdiera fuerza por no contar ya con la presencia de ella, sino que más bien Perón cayó porque había terminado siendo el prisionero de la herencia política que ella le había dejado

en herencia.

Un tercer y último motivo válido para querer escribir una biografía política de Eva Perón es que su trayectoria, aun en la exasperada unicidad que la caracteriza, resulta muy a propósito para confrontar en ella todos los puntos clave de la edad contemporánea. Vale decir que la historia de Eva puede muy bien convertirse en el hilo de Ariadna que conduce hasta los más retirados e íntimos rincones de un imaginario social antiguo, y permite que lo observemos en su pugna con la modernización, sea del tipo que fuere. La naturaleza del poder de Eva, y su manera de ejercerlo, así como su popularidad y la forma en que ésta se expresó, imponen reflexiones de significativo valor acerca de las relaciones entre modernidad y tradición, política y religión, individuo y comunidad, integración social y democracia política, y otras muchas cuestiones. En tal sentido, su historia es una interesantísima incursión a las entrañas de una cultura política, de una cosmología religiosa y una antropología social de sólidos rasgos comunes dentro del amplio radio de lo que podríamos llamar "el Occidente latino"; es decir, de un mundo empapado en los usos, los valores y las creencias típicos de una catolicidad a veces consciente y sentida, y otras veces instintiva e inconsciente, aunque sedimentada por el transcurso de los siglos. Tal es el hilo que han de recorrer estas páginas, claro que sin llegar al extremo de la obsesión, vale decir, sin imponer una pétrea capa de oprimentes conceptos sobre el curso de la historia de Eva sino asomando siempre a lo largo de ella, como un paisaje que de a ratos se entrevé a través de una ventana abierta.

A esta altura es preciso decir algo sobre las fuentes, en resumidas cuentas sobre el material que ha sido empleado para edificar esta historia. Al respecto conviene empezar por ejercer un acto de claridad y honradez: la historia de Eva Perón está apoyada, y seguirá estándolo siempre, sobre bases precarias, sobre la sensibilidad y la maestría que el historiador sepa emplear para recomponer el intrincado mosaico de sus actividades. No hay ni ha habido jamás ninguna oculta mina de oro que pueda revelar el secreto de esa historia, ni existe la nutrida correspondencia que ilumine sus aspectos ocultos, o el cajón con documentos que garantice una mesa servida al historiador. Y esto no se debe tanto a la voluntad de los militares que asaltaron el poder en 1955 de borrar toda huella de su paso, sino más bien a la forma en que ella actuó y ejerció el mando, de manera informal y arbitraria, verbal y personal. Desde luego, tanto fue lo que hizo y dijo, tantas fueron

sus apariciones en todas partes, que dejó interminables huellas. Al menos en relación con aquellas de sus creaciones que llegaron a adquirir dimensiones tales como para generar papeles, producir cifras o sancionar normas, como el partido peronista femenino o la Fundación Eva Perón, se han dado algunos pasos, modestos pero útiles, para recomponer el edificio y evaluarlo en su conjunto. Pero en general la historia de Eva se fabrica sin verdaderas "pruebas", en precario equilibrio entre la ausencia de documentos y el exceso de recuerdos, a menudo parciales e interesados, distorsionados o mentirosos. Bueno es saberlo, y también decirlo; y ésta es otra de las razones por las que escribir acerca de ella ha venido a ser tantas veces un ejercicio literario, una incursión en el mundo de la narrativa. Y no basta al historiador señalar el hecho para conjurar esa implícita amenaza. Por mi parte he procurado hacer lo que todo historiador sabe en conciencia que es su obligación: acumular fuentes, textos, recuerdos, anécdotas, circunstancias, retazos de la más variada naturaleza, para después tratar de rehacer el rompecabezas confrontando cada pieza, en el esfuerzo por distinguir lo verdadero de lo falso, lo verosímil de lo inventado, y develar así los nexos, las redes, las relaciones, las circunstancias que se repiten. Me he servido asimismo ampliamente de las fuentes diplomáticas, en su mayoría inéditas, tanto de países y gobiernos amigos de la Argentina peronista como de aquellos que le eran hostiles; fuentes en verdad preciosas, pues muchos de quienes escribieron esos despachos eran íntimos de Perón y Eva, y alternaban a la vez en los círculos del poder y en los de la oposición, recogiendo en unos y otros informaciones, rumores, chismes y detalles con los que ponían al día a sus respectivos gobiernos. Creo que en su conjunto estas fuentes permiten una reconstrucción de máximo rigor de la biografía política de Eva Perón y también, espero, creativa, como nunca debe dejar de serlo la investigación histórica.

Para terminar, merece una breve explicación la forma en que el libro ha sido organizado. Como su título lo expresa, ésta es una "biografía política", género muy diferente de la biografía lisa y llana. Por eso no trata de la infancia y adolescencia de Eva, aunque tales etapas hayan determinado su vida posterior, y en su transcurso hayan actuado personajes que iban a pesar decididamente en esa vida. Por lo tanto, la historia de Eva es aquí su historia "política" en sentido amplio: una historia que comenzó en un determinado momento de su vida y de la vida de la Argentina, no antes ni después. Desde entonces, digamos a partir

de 1943, todo fue para ella convulso y rápido, y tan amplia la gama de acciones que desplegó que para seguir su desarrollo tendremos que avanzar en forma ordenada, caminando paso a paso, sin saltos y sin una exagerada reagrupación por bloques de temas, que implicaría el riesgo de romper el sólido hilo de la cronología. Se trata precisamente de seguir la cronología, lo que equivale a decir *el tiempo*. La narración la seguirá de manera estrecha, con cuidado de no confundir causas con efectos, o lo que sucedió antes con lo que sólo podía suceder después, y tratará de captar las conexiones entre los hechos y quienes fueron sus protagonistas en diferentes planos pero que, más allá de esa diferenciación, puedan ser referidos en última instancia a Evita y su influencia. Porque, como ya se verá, el tiempo —la pretensión de desafiarlo o la ambición de vencerlo— es una dimensión clave de la vida y el carisma de Eva Perón, un elemento central de su poder y de su éxito y, a la vez, de sus límites y sus ilusiones. Una sola excepción opondré a ese esquema, en el comienzo mismo. Allí, en una inversión de marcha por completo voluntaria, examinaré la muerte de Eva, por una razón que es evidente: para comprender lo que Eva fue en vida, conviene comenzar por decir lo que fue su muerte.

Quiero terminar con un sucinto acto de reconocimiento. Como se comprenderá al recorrer, al final de este libro, la larga lista de archivos históricos consultados durante muchos años, en diferentes países de Europa y de América latina, las personas y las instituciones a las que debería dar gracias son tan numerosas que cumplir con todas ellas implicaría llenar muchas páginas. Espero que no las ofenda mi decisión de unirlas a todas en una única expresión de sincera gratitud.

CAPÍTULO 1

Eva, su muerte y su vida después de la muerte

Eva Perón murió el 26 de julio de 1952. Era una noche de invierno, fría y lluviosa. No fue la suya una muerte imprevista, sino el trágico y esperado epílogo de una enfermedad que venía afectándola desde tiempo atrás. Fue sin embargo una muerte dolorosa y espectacular como pocas en la historia, porque Eva tenía apenas 33 años y estaba en la cima de su poder y su gloria; porque en las fábricas y en los barrios populares la adoraban; porque hacía tiempo el gobierno peronista empleaba todos sus recursos en hacer de aquello un acontecimiento histórico.

Lo que al morir Eva se vio a lo largo de días y días, en Buenos Aires y en todos los rincones de la Argentina, ha sido contado miles de veces en detalle. Y no sólo se lo ha contado sino también interpretado, a veces como uno de los momentos más conmovedores, otras como uno de los episodios más *kitsch* de que se guarde memoria: dos lecturas plausibles al fin y al cabo, que no necesariamente se excluyen. Pero lo que aquí importa recordar, para comenzar la historia política de Eva por su final pero poniendo las bases necesarias para seguir el hilo conductor que la atraviesa, no son las infinitas colas de gente esperando bajo la lluvia para ver sus restos, ni los desmayos o las crisis místicas que su muerte provocó, ni la interminable seguidilla de homenajes y celebraciones de que fue objeto por espacio de días, semanas y meses; ni, por fin, el profundo alivio experimentado por tantos que se sintieron liberados de una presencia que había llegado a pesar como una capa de plomo sobre la vida de todos los días. No; lo que en todo caso me interesa es hacer salir a la superficie algunos de los muchos juicios significativos que su figura indujo entre sus contemporáneos, cuando menos entre aquellos que por motivos políticos o profesionales se sintieron en la obligación de emitir

tales juicios. Me interesan también las actitudes asumidas ante su muerte por los distintos elementos componentes de la sociedad argentina y del propio régimen peronista. Me interesa, por fin, el clima que la muerte de Evita generó en el país. De todos esos aspectos podremos luego partir para comprender qué era Eva, y en qué se había convertido.

1. ¿Quién manda a quién?

Hernán Benítez, el sacerdote que tan próximo a ella había estado y que, contra lo que sostiene la versión oficial de los hechos, había sido mucho más que su confesor, la recordó en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, cuya dirección le había confiado el gobierno.[1] Por supuesto que el artículo exaltaba la obra de Eva con los tonos y la terminología triunfalistas propios del clima de conmoción que se vivía y del mismo régimen imperante, habituado ya hacía tiempo al más exasperado culto de la personalidad. Pero en aquellas líneas había también datos irrefutables, que Benítez podía perfectamente permitirse mencionar. El primero de tales datos era el referido a un aspecto clave de la personalidad de Eva, su "fulmínea intuición" y su "indómita astucia", dotes ambas que le habían permitido "prescindir de estudios complejos y de largas y librescas meditaciones": era el retrato de la Eva antiintelectual, de la mujer volcada a hacer, más que a decir o a pensar. El segundo dato medía su influencia, al definirla "líder indiscutida de la causa de los trabajadores", y recordar su obra en los campos "político, asistencial, nacional e internacional", para terminar con la más lapidaria de las síntesis: la historia argentina de los últimos diez años había "girado en torno a ella". ¿Exageraciones? ¿Excesiva tendencia al sentimentalismo del padre Benítez? Ya veremos que no.

Mientras llega el momento de dilucidar estas cuestiones, convendrá puntualizar que entre quienes vivieron en la Argentina de aquellos años la opinión del sacerdote no aparecía en absoluto rara ni original. La idea de que Eva era "el poder activo" del régimen peronista, quien le daba un sentido misional y lo mantenía vivo en las masas, era sustentada también por el embajador de Israel, Yaacov Tsur. Sin su mujer, dijo el diplomático, Perón habría sido un *caudillo*[2] como tantos, de quien muchos, ahora que Eva había desaparecido, vaticinaban la caída.[3] Por otra parte, ¿cuántos argentinos se preguntaron entonces, o

venían preguntándoselo hacía ya tiempo, si ella era o no más peronista que el propio Perón?[4] No eran charlas de café, sino interrogantes verdaderos, que nadie dejaba de hacerse y detrás de los cuales se ocultaba una lucha política e ideológica no precisamente sutil, dentro del país y del peronismo. Lo concreto es que a esa altura de la vida de Eva ya nadie dejaba de admitir —lo mismo entre quienes la consideraban un instrumento en manos de Perón que entre los que suponían que en realidad era ella quien llevaba las riendas— que Eva había aportado al peronismo ese "algo más", ese valor agregado sin el cual era inevitable preguntarse qué sucedería ahora con el régimen peronista y con su líder. Como recitó en ocasión de su muerte otro religioso del entorno peronista, Francisco Compañy, sin el "huracán místico" que ella era, sin su "forma violenta de amor" y sin su "eficacia", el peronismo habría necesitado cincuenta años para hacer lo que había hecho en poco más de un lustro. En resumen, Eva era quien había "conquistado" y había "realizado"; y no sólo eso, porque al hacerlo había "enriquecido" el ideal de Perón, había hecho doctrina.[5]

De modo que comenzaron a salir uno tras otro los despachos de los embajadores a sus respectivos gobiernos, no precisamente celebratorios sino políticos en el sentido literal y más explícito de la palabra. En el fondo, lo que en adelante constituiría su tarea, y su problema, sería comprender qué iba a suceder ahora que Eva ya no estaba, en un país con el que varios de los estados que ellos representaban tenían relaciones comerciales y políticas de primera importancia. Pero para cumplir esa función tenían que explicar qué había sido Eva, y cuál era la naturaleza del vacío que dejaba. Alguien que tenía ideas claras al respecto era José Jacinto Rada, jurista afamado y representante en Buenos Aires del gobierno peruano del general Odría, surgido en 1948 de un golpe militar con el que Perón había simpatizado en principio, aunque después surgieran complicaciones en las relaciones entre los dos países.[6] Los vínculos que había tenido con la pareja presidencial, y los que seguía cultivando con el *establishment* argentino, eran la base a partir de la cual Rada consideraba que la influencia que Eva había ejercido sobre Perón era un hecho "indiscutible", y que el poder que ella había acumulado era tanto que con frecuencia había logrado imponer su predominio en las decisiones de gobierno.[7] El "secreto" de Eva no era tal, a sus ojos: simplemente, había introducido en el gobierno y en la administración un gran número de funcionarios que le eran fieles, hasta llegar a controlar buena

parte del mecanismo. La situación reinante desde tiempo atrás, proseguía, era de dura lucha interna, en la que el peronismo se hallaba desgarrado entre su núcleo originario y el bando de los seguidores de Eva, organizados en el partido peronista femenino y en la poderosa central obrera, la Confederación General del Trabajo (CGT). Rada estimaba que Perón, tras la muerte de Eva, recuperaría su completa libertad de acción y procuraría descabezar o absorber a los organismos que habían sido fieles a ella. De ese modo lograría mejorar las relaciones con ciertos grupos a los que la influencia de su mujer había hecho apartar de la órbita del régimen peronista; en primer lugar, el ejército.

Amigos y adversarios de Perón no se diferenciaban gran cosa en la manera de evaluar el enorme peso de Eva en aquel régimen, ni en la forma en que caracterizaban su naturaleza. Por lo demás, casi ninguno de ellos hablaba de oídas; se basaban en lo que habían vivido en primera persona. La embajada del Brasil era guiada entonces por João Baptista Luzardo, tan íntimo de Perón y Eva que era blanco constante de los ataques de la prensa carioca, por sus vínculos con el gobierno argentino. Luzardo, uniéndose al coro, afirmó que le resultaba imposible decir si quien ocupaba el papel principal en el peronismo era Perón o Eva, pero lo cierto era que ella había sabido remediar su falta de preparación cultural con un grado de "energía, entusiasmo, coraje y fanatismo" muy superiores a los del marido.[8] Cuando ya habían transcurrido diez o doce días desde la muerte de Evita, los diplomáticos brasileños, impresionados, como todos, por la enorme repercusión popular de su deceso, fueron un poco más lejos, de modo de captar un elemento político fundamental para el futuro del peronismo: la impresión de que ella había dado forma al movimiento social peronista de manera irreversible, y de que una vez muerta su peso sobre el peronismo sería todavía más intenso de lo que había sido estando viva. Como si dijéramos que ahora existía un peronismo de Eva que no era el de Perón, que se diferenciaba de él muy bien. Desde luego, Perón intentaría hacer aquí y allá retoques dirigidos a restablecer el equilibrio entre los militares y el sindicalismo, justamente el equilibrio que Eva había roto a favor de la CGT. Pero serían sólo eso, retoques, porque ahora Perón era prisionero de aquello que Eva había creado.

Alguien que tenía muy clara conciencia del "peso decisivo" de Eva en esa verdadera revolución que había sido el advenimiento del peronismo era el embajador de Chile, Germán Vergara Donoso. Era hombre sumamente influyente en su patria; de él, al igual que

del gobierno chileno saliente al que representaba en Buenos Aires, no puede decirse que sintiera simpatía alguna por Perón o por su régimen. Empero, Vergara no dejaba de expresar cierta admiración por lo que durante su prolongada misión en la Argentina, ante sus mismos ojos, había llegado a ser Eva.[9] Y no la admiraba sólo porque ella hubiera sabido desafiar el desprecio y los prejuicios de los ricos sino también, o ante todo, por el enorme poder que había sabido acumular. Vergara precisaba que se trataba de un poder propiamente político, al que no vacilaba en comparar con el de una Catalina en Rusia o una Isabel I en Inglaterra. Bien afirmada en su control de la CGT, escribía, ella podía detener el país entero en un instante. ¿Cuántos de los hombres destacados del régimen peronista habían caído, víctimas de sus persecuciones? ¿Y no era bien conocida su costumbre de enviar órdenes a los miembros de la mayoría peronista en ambas cámaras del Congreso? ¿No se sabía acaso de las purgas impuestas por ella en la docencia y en el poder judicial, o del férreo control que ejercía sobre la prensa, el teatro, el cine y la radio? También para Vergara había llegado a ser dificultoso entender si era Perón o era Evita quien gobernaba en la Argentina, y por eso estimaba hallarse ante el "extraordinario caso de un régimen verdaderamente dual". Con agudeza, y descorriendo el velo de algunos de los más íntimos mecanismos de ese régimen, Vergara hacía notar que, si era cierto lo que tanto le gustaba decir a Eva, que ella había venido a constituir "un puente entre Perón y el pueblo", también lo era que Evita reinaba indisputada sobre sus seguidores en una de las cabeceras de ese puente, mientras que Perón, en la otra, se había visto siempre en la "imperiosa necesidad" de ganar apoyos. Entre esa afirmación y la hipótesis de que Perón y Eva no se complementaban tanto como pretendían sino que más bien competían, y de que en esa competencia era ella quien imponía las reglas y quien tenía decididamente, como suele decirse, la sartén por el mango, no había más que un paso. Vergara y muchos otros no tuvieron dudas en cuanto a dar ese paso. No habían faltado conflictos "por delegación" entre representantes de uno y otro "frente", ni habían sido precisamente incruentos; por el contrario, la vida política del régimen presentaba un rosario de episodios de esa clase. Ahora que Eva había muerto, se comprendía que las fuerzas que le habían sido fieles miraran atemorizadas a su alrededor, tratando de refugiarse en la exaltación de su figura, y que en el peronismo hubiera tensiones ocultas y pareciera aproximarse el momento de la rendición de cuentas. Lo que

Vergara suponía, y los opositores esperaban, era que Perón trataría de recuperar el manejo de la situación y procuraría sujetar de nuevo bajo su control a la CGT, cosa que no le resultaría nada fácil.

Pero ningún testimonio puede dar mejor medida de la impresión que los funerales de Eva habían causado entre quienes los presenciaron ni, sobre todo, de la que suscitó lo que ella había llegado a ser, que el despacho que la embajada francesa en Buenos Aires cursó a París a los pocos días del deceso. No fue sólo que el embajador, Guy de Girard de Charbonnière, se hiciera plenamente cargo de que Eva había sido una de las personalidades femeninas más extraordinarias de su época; pesó ante todo el hecho de que en esa comunicación el embajador tomara distancia abiertamente de la mezcla de ironía y desprecio con que sus predecesores en el cargo (y en especial Wladimir D'Ormesson, hombre de gran peso en la diplomacia y las letras francesas) se habían referido a ella. En la atracción que el nuevo embajador sentía hacia Eva no debían ser secundarias, ciertamente, las simpatías de éste por el gaullismo. Más allá de lo que se pensara al respecto, escribía, era preciso tomar muy en serio el "fenómeno Eva".[10] Lo que sin duda era un hecho cierto y a la vista de todos pero no le impidió, en su afán por revertir los puntos de vista de su predecesor, caer en una descripción de lo que Eva había sido sin apartarse mucho de lo sostenido por ella misma, a través de *La razón de mi vida*, su autobiografía, y por el propio régimen peronista. Charbonnière, llegado poco tiempo atrás a Buenos Aires, reconocía a fin de cuentas haber estado una sola vez con Eva Perón. El encuentro había tenido lugar el 1º de mayo de 1952, una de las jornadas de mayor patetismo en la vida de ella, cuando ya gravemente enferma se empeñó en desafiar a sus médicos y al propio dolor que sentía para hablar por última vez a la multitud desde el balcón de la **Casa Rosada*. El gesto fue visto con temor o desprecio por algunos, y con sincera admiración por el embajador; mero acto de fanatismo para muchos, era para él una genuina apelación a la lucha de clases. En sustancia las interpretaciones no eran tan distintas, ya que también para el embajador francés los principales instrumentos del poder de Eva habían sido su control sobre la CGT y su popularidad entre los obreros, superior incluso a la del propio Perón. Y ello, al punto de que era posible preguntarse si la clase obrera, sin ella, seguiría siendo fiel al peronismo como hasta entonces lo era; y si no sería precisamente por eso que la CGT, en evidente competencia con los dirigentes del partido, trataba en

esos momentos de acaparar para sí el cuerpo sin vida y el recuerdo de Eva.[11]

Fuera de estas interpretaciones, y de la aguda acotación del embajador francés de que en Eva la esfera social estaba absolutamente supeditada a la política, son justamente los términos en que se desarrolló aquella única conversación del 1º de mayo los que dan pie a numerosas observaciones. Así, de ese encuentro el embajador recordaba con emoción, sobre todo, el fervor con que Eva había hablado de Perón y celebrado su grandeza. Ello confirmaba a sus ojos la absoluta devoción política que ella sentía por su marido. A juicio del embajador, en efecto, los grandes éxitos de Evita habían sobrepasado las expectativas de su compañero pero no por eso habían ido más lejos de los límites que él mismo les había trazado; esto lo llevaba a pensar que Perón se valía de ella, pero habría podido seguir adelante perfectamente sin ella. Pero Eva, agregaba Charbonnière, había sido más elocuente, y no se había privado de hablarle de las diferencias entre Perón y ella. El Presidente, había dicho, era un moderado, mientras que ella era una radical. Él deseaba la unidad nacional, y ella era sectaria. Él estaba dispuesto a perdonar y a olvidar, cosa que ella de ninguna manera aceptaría. Pero, ¿hasta dónde es cierto que Eva le había dicho todo eso? ¿No serían más bien extrapolaciones, perfectamente plausibles, del violento discurso que Evita había pronunciado ese mismo día ante una Plaza de Mayo repleta? Lo que hay de verdad en ello es que de esas palabras no surgía precisamente la imagen de una mujer políticamente subordinada al marido, sino en todo caso la de una figura dotada de fuerza y poder extraordinarios, dispuesta a todo para impedir que le “tocaran” a Perón. Si llegan a hacerlo, le expresó al embajador, yo misma voy a dirigir la venganza, y de la oligarquía no va a quedar nada. Son palabras referidas no tanto a Perón en cuanto tal, al Perón de carne y hueso, sino a su régimen, su doctrina, sus políticas y sus bases sociales; a lo que, en resumidas cuentas, Perón significaba para ella. ¿Cómo no deducir de esto que la fuerza de Evita lo tenía coartado, que la protección de ella y de su poderosa maquinaria le impedía modificar el rumbo para ajustarse a las variadas circunstancias? ¿Cómo no ver que el precio de la subordinación verbalmente expresada de Eva a Perón era, en realidad, la supeditación de Perón al peronismo tal como había sido moldeado por Eva, y tal como ella lo concebía?

Eva, concluía Girard de Charbonnière, había hecho mucho bien a su país, y había dotado al gobierno peronista de una masa de

seguidores que de no haber existido ella, hubiera corrido el riesgo de convertirse en un típico régimen autoritario dominado por un **caudillo*. Bien mirado, esta última observación contradice la convicción de que Perón podía prescindir con facilidad de todo eso. Y en cuanto al bien que Eva había hecho, no debía parecerle tan bueno al embajador si se sentía en la obligación de agregar que ella había cavado un abismo entre peronismo y oposición, había introducido una violencia sin precedentes en la vida política argentina y hecho que terminaran por volverse insoportables los rasgos personalistas y arbitrarios propios de toda dictadura. A propósito de ello, no se le escapaban los elementos más primitivos del poder de Eva: el nepotismo, que la había impulsado a beneficiar fuera de toda medida a familiares y amigos, y el llamado "patrimonialismo",[12] del que había dado generosas pruebas al actuar con menosprecio de las leyes, y al emplear los bienes públicos para promover los intereses de su partido, o de la camarilla que lo dominaba.

2. La lucha en torno a Eva. El partido, el ejército, la CGT

Los balances y las evaluaciones de los diplomáticos reflejaban los interrogantes que en cierto modo, y hacía ya tiempo, todos se formulaban en la Argentina, tanto en las filas del gobierno y del peronismo como en las de la oposición y en la opinión pública en general. En cambio, de las consecuencias de la muerte de Eva se preocupaba (y cómo…) el general Franklin Lucero, ministro de Ejército, jaqueado entre la fidelidad al gobierno y el humor hostil hacia la **Primera Dama* que predominaba en los cuarteles. Habiendo muerto Evita, explicaba al embajador del Perú, "había que estar alerta ante sucesos imprevistos", es decir, frente a las eventuales reacciones de los trabajadores tras la pérdida de quien había sido su adalid, y cuya "prédica social había creado en ellos un estado de conciencia muy cercano al fanatismo".[13] Ese contexto de conflictos intestinos sobre el futuro del peronismo, y de temores por la reacción de los trabajadores ante la muerte de Eva, que hasta entonces había sido quien garantizaba la preservación del poder sindical en el universo peronista, es justamente el que es preciso comprender para captar el significado de la gran misa de campaña que la CGT quiso realizar el 20 de julio de 1952. Convendrá recordar que la CGT estaba abiertamente sospechada de "infiltración comunista", una acusación que corría un poco por todas partes: en las iglesias, en los cuarteles pero

también en el partido gobernante, donde era sostenida por muchos. Precisamente por eso fue tan importante lo que allí dijeron e hicieron, bajo la intensa lluvia, dos de los hombres que más de cerca habían velado por el peronismo desde sus mismos orígenes, y secundado a Eva en cada una de las etapas de su portentosa carrera: Hernán Benítez y Virgilio Filippo, ambos sacerdotes.

Porque, en efecto, en esa emotiva y originalísima ceremonia donde la central sindical más poderosa de América latina iba a reunirse al pie del altar para rendir su homenaje a una joven mujer ya moribunda, los dos prelados, uno oficiando la misa y el otro explicando su sentido a la multitud, llevaron a cabo una nítida acción política.[14] Consistió esa acción en reivindicar, frente al futuro incierto que ahora se abría ante el régimen peronista, aquello que consideraban la mayor iniciativa histórica de Eva y veían, a la vez, como la muestra de la naturaleza más íntima del peronismo: la conciliación entre obreros y cristianismo, con el correlativo aniquilamiento del comunismo en la Argentina. Procuraban así disipar los temores que circulaban en el seno del gobierno, y que recorrían también las iglesias y los cuarteles. Los sufrimientos de Evita, dijo Benítez, y la devoción de la CGT a Cristo eran los símbolos de la redención que el movimiento obrero había experimentado respecto del "ateísmo comunista" y del "nihilismo anticristiano". Lo mismo que Eva, también los trabajadores daban prueba "de verdadero catolicismo". ¿No era ésa, por ventura, la mejor prueba de que se equivocaban aquellos que acusaban de comunismo a la CGT, de los que profetizaban que el peronismo se arrancaría al fin la careta y desataría una persecución contra la Iglesia? Y el padre Compañy afirmaba desde Córdoba que, en realidad, Eva era "el mejor antídoto contra el comunismo", pues era ella quien había hecho imposible que se formara "un gremialismo de inspiración extranjera", meramente materialista.[15] Benítez a su vez agregaba que Eva era la "mártir" que el peronismo necesitaba; aquella que había luchado para la satisfacción de las necesidades materiales de los obreros, a fin de que pudieran cultivar sus aspiraciones espirituales. En realidad, importaba poco que Eva hubiera sido verdaderamente eso, que hubiera o no luchado por levantar "el maravilloso templo de trascendencia que en los siglos verdaderamente cristianos había protegido a los hombres, abrazándolos a todos, armonizando sus voluntades, resolviendo pacíficamente sus conflictos y generando en todos los ánimos el hambre de la inmortalidad y de Dios". Lo

que en realidad importaba era que a través de Eva el peronismo había cristianizado a la clase obrera; nada, por lo tanto, tenía por qué cambiar con su muerte.[16] Y *La Prensa*, antiguo y glorioso diario ahora en las firmes manos de la CGT, discurrió que Eva era la enviada de Dios para liberar al pueblo e "indicar al mundo entero un destino superior", sin permitir que ese pueblo perdiera su esencia o su fe.[17] No sorprende que esos conceptos le parecieran "curiosos" a Manuel Aznar, embajador de España, ni tampoco que su colega italiano, Giustino Arpesani, les atribuyera la finalidad de desmentir las supuestas tendencias comunistas de la CGT.[18] En realidad, las palabras de Benítez iban mucho más allá de la excentricidad o de lo contingente ya que, en efecto, descorrían el velo sobre lo que el peronismo era en lo más profundo, y sobre las más recónditas razones de su popularidad. Planteaban además la crucial cuestión de su cultura y de su imaginario político, que más adelante volveremos a tratar, ya que por ahora es preferible que nos ocupemos de seguir en sus distintos aspectos la "batalla por Eva", por lo que ella había sido en vida y lo que debía ser después de muerta.

Como prueba de la cima a la que había llegado su figura en el Olimpo peronista y en la iconografía de ese régimen, pero también del culto a la personalidad que en buena medida ella misma había tejido a su alrededor, su muerte impuso el dolor y el duelo a todo el mundo; de contenido sincero para la mayoría, farisaicos y odiosos para los demás. Ni el Estado, que ella había entendido siempre como Estado peronista, ni ninguna de las demás instituciones públicas o privadas, a las que quería y concebía devotas del peronismo, podían evitar manifestarse en ese sentido. Por eso, la Corte Suprema impuso el luto a todo el personal de la administración de justicia, y tributó a Eva el reconocimiento de "suprema inspiradora de las leyes", que eran prenda del bienestar y la felicidad del pueblo.[19] Por eso fue también que los tres ministerios militares adhirieron al duelo, que las revistas de las Fuerzas Armadas dedicaron sus tapas y gran cantidad de páginas a exaltar la figura de Eva y que una de esas fuerzas, el ejército, celebró su "fe cristiana", sus innumerables virtudes —sacrificio, desinterés, altruismo, caridad— y llegó a sostener lo insostenible: que en la Argentina y en el mundo reinaba "unánime consenso" sobre su figura.[20] Por eso aprobó el Congreso a toda prisa, antes incluso de su muerte, la erección de un grandioso monumento en su memoria, a la vez que abría el camino —seguido después por las diferentes Asambleas Legislativas provinciales— de lo que el

embajador del Brasil definió con razón como “el más extraordinario proceso de glorificación en vida de la historia moderna”.[21] Por eso, los establecimientos educativos de todos los niveles se dispusieron a acoger *La razón de mi vida* como lectura obligatoria, e instituyeron premios para los alumnos que escribieran los mejores trabajos sobre ese texto.[22] Por eso los obispos y altos dignatarios de la Iglesia, conmovidos por la “irreparable pérdida para la nación”, inundaron la **Casa Rosada* de dolientes y no precisamente tímidos telegramas de alabanza a la “infatigable luchadora, la incansable y fiel colaboradora” de Perón, y a sus “ideales de justicia y redención social”; a aquella que “amó tanto a los pobres que se olvidó de sí misma”.[23] Por eso los párrocos encabezaron junto con las autoridades civiles las procesiones que se hicieron en honor de ella.[24] Si hasta le rindió homenaje la Academia Nacional de la Historia, se resolvió interrumpir el campeonato oficial de fútbol y el propio Correo Argentino decidió sacar de circulación toda estampilla que no llevara la efigie de Eva…[25]

En ese impresionante trauma colectivo, espontáneo en gran medida pero que también, y en proporción no despreciable, estaba siendo montado a designio por un régimen que controlaba todos los resortes del poder, no siempre las notas sonaban en el tono y con el tiempo adecuados. Ello se hace evidente, sobre todo, al examinar con atención los más recónditos pliegues. Porque en efecto no faltaron las salidas de tono ni las manifestaciones de desacuerdo, y hasta de oposición, que ciertamente implicaban el riesgo de exponerse a duras represalias. Algunos de esos episodios expresaban bien conocidas posturas de aversión por el peronismo, o eran el acto de extrema coherencia de algún valiente o temerario. Ése es el caso de la ceremonia que la oposición organizó en el tradicional cementerio de la Recoleta de Buenos Aires ante la tumba de Remedios de Escalada, esposa del general San Martín, muerta en la primera mitad del siglo XIX. La figura de esa dama era así contrapuesta idealmente a la autoritaria de Eva Perón; la celebración concluyó con el arresto de quienes habían participado.[26] Es el caso también de aquellas maestras que se negaron a llevar luto, a utilizar *La razón de mi vida* como texto obligatorio o a fijar en las paredes de las aulas el retrato de Eva Perón, casi siempre castigadas con el despido;[27] o en fin, el de los intendentes de varios municipios que, por negarse a rendir culto a Eva, debieron sufrir agresiones de las multitudes y hasta detenciones policiales.[28] Pero había también muchos otros casos

que revelaban la existencia de una inmensa zona gris en los márgenes del régimen peronista. Quienes la integraban encontraban precisamente en Eva, y en el papel que ella jugaba, las razones de su desacuerdo con un estado de cosas que en más de una ocasión habían apoyado con fervor, y de su consiguiente alejamiento. Eran hombres, instituciones, segmentos enteros del Estado y de su administración, sectores sociales o círculos intelectuales que se habían sentido atraídos por el peronismo de los orígenes pero se desilusionaron con el nuevo peronismo, o resultaron combatidos o excluidos por éste. Ahora esos sectores andaban en busca de otras playas fuera del peronismo, o bien se aprestaban a subir otra vez la cuesta, librando batalla contra la herencia de Eva y contra sus seguidores en la áspera lucha que estaba por iniciarse. Ello confirmaba que si el peronismo le debía a Eva mística y entusiasmo, popularidad y capacidad de sacrificio, le debía también la intrínseca fragilidad de sus bases de apoyo, antes amplias y multiformes y ahora corroídas por profundas fracturas, ocultas tras la constante invocación triunfalista al **pueblo*. Era como si la muerte de Eva replanteara los diferentes problemas que su liderazgo había hecho surgir; como si su prédica moralizante y mística, extremista y maniquea, más afín a los sermones religiosos que a los discursos de los políticos, hubiera dividido el país y las conciencias hasta el punto de hacer trizas la delicada trama de intereses y acuerdos corporativos en los que el peronismo se había apoyado al principio, e hiciera que la recomposición del rompecabezas resultara ahora más ardua que nunca.

Podrían citarse innúmeros ejemplos y señales, grandes y pequeños, tanto en los mayores poderes del Estado como fuera de esos ámbitos. Tomás Casares, integrante de la Corte Suprema hacía largos años, jurista y hombre muy próximo a la Iglesia, había sido el único en sobrevivir a la purga que el peronismo propinó a ese alto tribunal en 1947, pero negó su adhesión a la Comisión Nacional Pro Monumento a Eva Perón.[29] Desde ya, numerosos funcionarios judiciales perdieron sus puestos por negarse a llevar luto.[30] El malhumor por la imposición del luto estaba muy extendido en los cuarteles, y el ministro de Marina intentó oponerse a la disposición de rendir honores militares con el pleno apoyo de la mayoría de sus camaradas del arma, buena parte de los cuales se oponía asimismo a ceder un día de su salario mensual para financiar la realización del proyectado monumento a Eva.[31] Entre las mieles mismas de las homilías episcopales asomaba también su cabeza la crítica, y los obispos reconocían en privado

su fastidio por los rasgos exhibicionistas de aquellos ritos fúnebres, y se mostraban prontos a invocar a Dios para que perdonara los "errores humanos" de Eva, y las "ofensas" que eventualmente pudiera haber cometido. Y eso no fue todo; se mostraron también muy atentos a dirigir a los fieles la admonición de que no se debía pasar del culto católico al rito pagano; en otras palabras, que no debían convertirse en víctimas de lo que el cardenal Tardini definió secamente desde el Vaticano como un "culto idólatra y supersticioso"; que no debían caer en manifestaciones "psicorreligiosas" como las que en la Argentina estaba provocando la muerte de Eva.[32] En fin, cabe mencionar a vuelo de pájaro la resistencia de este o aquel sacerdote a abrir las puertas de su casa parroquial para hacer de ella la sede del tributo que se rendía a Eva;[33] la ofensa que entre los historiadores mismos significó el homenaje rendido a Eva por la Academia Nacional de la Historia; la audacia de tantos empleados de correos que arriesgaban el despido por estampar de pleno la negra tinta de un matasellos sobre el rostro que sonreía desde las estampillas del franqueo; la inesperada ira del régimen para con Estudiantes, un club de fútbol de la ciudad de La Plata cuyos dirigentes se habían abstenido de distribuir ejemplares de *La razón de mi vida* entre sus asociados.[34] Habría que sumar a esta lista los empleados públicos, obreros o estudiantes antiperonistas que perdieron sus trabajos o fueron expulsados de sus centros de estudios por negarse a llevar luto.[35] Sin olvidar, claro, a quienes habiendo llegado a la cima de la dirigencia peronista y habiendo caído después en desgracia, víctimas de Eva y su ascenso, miraban desde lejos esa muerte, casi como si el funeral no los afectara; como por ejemplo Domingo Mercante, durante un tiempo el delfín de Perón y el cordial amigo de Eva, y que ahora estaba a punto de abandonar la Argentina.[36]

3. El peronismo de Eva

Todos los ejemplos dados, tan diferentes entre sí en calidad y dimensiones, atestiguan algo que en realidad es archisabido: Eva era tan amada como odiada. Pero son también testimonio, y en medida incluso mayor, de otra cosa; algo que era la derivación de ese hecho, y que no siempre ha sido debidamente señalado. Ante todo, así como había sabido mantener encendido el espíritu revolucionario del peronismo, Evita había sido una fuerza centrífuga portentosa, que había hecho que sectores influyentes de la sociedad y del Estado se alejaran de esa corriente. Más que

compactar al peronismo, su acción lo había encerrado en una camisa de fuerza, que ahora que ella desaparecía de la escena corría el riego de deshacerse bajo los tirones contrapuestos de las distintas figuras y agrupaciones peronistas. La denodada lucha de la CGT y del partido peronista femenino, esos dos puestos de avanzada del poder de Eva, por convertirse en sus herederos y por conservar el monopolio de su memoria y hasta el de su cuerpo, no eran sólo un desborde de mal gusto sino también una reacción ante esa muerte que ponía en riesgo el papel de ambas organizaciones como puntales del edificio peronista. Y a esas mismas razones cabe atribuir la cada vez más grotesca carrera de homenajes y actos celebratorios que se desató entre hombres, fracciones y grupos operativos del peronismo, decididos a todo con tal de beber de esa rica fuente de legitimación política y moral. Para volver sobre un hecho mínimo pero significativo, fue la CGT (y no la policía ni el partido peronista) la que entró por la fuerza en la sede social del club Estudiantes para verificar la presencia de los ejemplares de la biografía de Eva allí depositados. Fueron también hombres de Eva, como Isaías Santín y el propio secretario general de la central sindical, José Espejo, quienes propiciaron la intervención judicial del club, "convencieron" a los jugadores de que era preciso distribuir ejemplares de la obra durante los partidos que disputara Estudiantes, y le cambiaron el nombre de "Estudiantes de La Plata" por **Estudiantes de Eva Perón*.[37] Por otra parte, volviendo del campo de la anécdota al de la historia, era también la CGT la que había llamado a un paro general para el 4 de julio de 1952, como protesta contra el supuesto boicot que, se decía, el gobierno de los Estados Unidos había opuesto a la traduccón al inglés de *La razón de mi vida*.[38] Una reacción evidentemente desproporcionada a una acusación poco verosímil, pero que en esos momentos era funcional a la lucha política que arreciaba en el peronismo, y en la que la CGT, erigiéndose en guardiana del patrimonio de Eva, agitaba la postura antiyanqui contra quienes dentro del partido propiciaban hacía ya tiempo la necesidad de mandarla al archivo, y de introducir en la estrategia política y económica del gobierno una serie de cambios que consideraban urgentes. Se recordará que fue también la CGT la que organizó la gran misa por Eva el 20 de julio de 1952, y que de sus filas salió (para ser precisos, de la conducción del sindicato de la alimentación) la solicitud dirigida al Vaticano para iniciar el proceso de beatificación de Eva Perón, un pedido que suscitó "sorpresa" en Roma.[39] La CGT exigió al obispo de Paraná (Entre

Ríos) que se trasladara a la sede de la CGT en la capital de esa provincia para rogar desde allí por Eva. Era la CGT la que encabezaba los ataques a aquellos párrocos que se mostraban poco propensos a coadyuvar a los actos de dudosa devoción, como se ha visto a propósito de Tucumán.[40] Eran hombres de la CGT los legisladores que, en unión con las representantes del partido peronista femenino en la Cámara de Diputados, se distinguieron por la exaltación religiosa de la figura de Eva Perón que llevaron a cabo en el Congreso, definiéndola capaz de "transformar el agua en vino", y de "servir de verdad la doctrina de Dios, que es la de Perón y Eva Perón".[41] Tampoco se privó la CGT de lanzarse "a la conquista" del cuerpo de Evita, pasando al parecer por encima de la voluntad de los familiares y chocando con el propio partido. En su concepción, el cuerpo embalsamado de Eva debía quedar expuesto públicamente, en principio en la sede central de la CGT, para eterno recuerdo de lo que había sido y debería seguir siendo su peronismo: un peronismo, como veremos, ya para siempre nacionalista, cristiano y popular.[42]

Pero ahí radicaba precisamente uno de los más delicados y decisivos puntos del mal disimulado conflicto que estaba implícito en esa carrera por la glorificación de Eva. No era sólo cuestión de dirimir la eterna tensión existente entre las fuerzas en las que se basaba el peronismo en precario equilibrio, de optar entre sindicalistas y militares, entre fuerzas populares y fuerzas moderadas. Nadie podía poner en duda el hecho de que la CGT fuera el basamento popular del régimen de Perón, y sin duda seguiría siéndolo, aunque no eran pocos quienes deseaban echar por tierra el poder de veto que la central sindical, gracias también a la acción de Eva, había demostrado ejercer sobre cada acción de gobierno. No, el núcleo del conflicto era en todo caso otro. ¿Qué rumbo tomaría la CGT, ahora que ya no estaba Eva para sostener con firmeza las riendas en sus manos? ¿Admitiría las admoniciones que Perón hacía desde tiempo atrás, apurado por las inconsistencias de su modelo económico, sobre la necesidad de aumentar la productividad y mantener el orden en el ámbito laboral? ¿Esgrimiría contra eso un peronismo a lo Eva, de modo de conservar poder y derechos, influencia y privilegios? ¿Colaboraría con el proceso, o terminaría por ser una espina clavada en el flanco del gobierno? Algunos creían que se decantaría hacia una acción sindical de tipo fascista clásico, un sindicalismo de Estado enteramente entregado a garantizar la unidad de la nación y el pleno despliegue de sus potenciales productivos. Otros, en cambio,

pensaban en un sindicalismo comunista, dispuesto a sacar provecho de su inmenso peso para dominar al peronismo, en desmedro de todas las demás fuerzas que lo habían creado y lo sostenían.

Un informe confidencial redactado para el gobierno de Madrid por la FIEL, una agencia de prensa española siempre bien informada respecto de los más íntimos recovecos del régimen peronista, expresaba con claridad la última de las preocupaciones indicadas.[43] Eva, observaba, había controlado a la CGT que ahora, al quedarse sin piloto, mostraba una desorientación evidente. Los hombres que conducían la central sindical, empezando por el propio secretario general Espejo, eran todos criaturas de ella. Eva, sin duda, había hecho crecer el poder de la CGT dentro del régimen peronista, pero cuidando que no evadiera sus principios doctrinales católicos y nacionalistas, ni minara la solidez del gobierno. Por eso, los dirigentes sindicales de origen marxista, viejos o nuevos, no habían podido apoderarse de la CGT de Eva y hasta el hombre más afín a ellos, el ministro del Interior, Ángel Gabriel Borlenghi, había debido contentarse con conservar un liderazgo limitado sólo a su sindicato de empleados de comercio. Pero ahora, continuaba el informe de FIEL, ya no estaba Eva para mantener a raya a Borlenghi y a los muchos "marxistas" que habían ingresado en la CGT. Y no terminaba allí la cosa: el difundido temor de que Perón intentara restaurar el equilibrio en su movimiento mediante el recurso de devolver a los militares parte del poder que el sindicalismo les había arrebatado amenazaba con convertirse en un arma por demás eficaz en manos de los activistas gremiales del Instituto de Estudios Sociales, empapados de marxismo. Los comunistas, en síntesis, escribía el representante de FIEL, querían apoderarse de la CGT, mientras que los militares olfateaban en la muerte de Eva la oportunidad para recobrar su ascendiente sobre Perón y cortar las alas al sindicalismo. Por otra parte, que las cosas estaban así era una opinión muy difundida hasta en el Vaticano, donde el cardenal Tardini, por lo demás muy al tanto de la popularidad de Eva, expresó su esperanza de que su muerte calmara los excesos del sindicalismo argentino, que temía ver derivar hacia el comunismo.[44]

¿Teorías conspirativas? ¿Pura paranoia de cazadores de brujas? En parte sí, puesto que los "marxistas" que la agencia española y los conservadores argentinos veían por todas partes eran en su mayoría sindicalistas peronistas, esto es, dirigentes y militantes

descontentos con la disciplina que por cuenta de Eva había intentado imponer José Espejo en la CGT, como una manera de ayudar al plan de estabilización económica con el que Perón trataba de combatir la crisis.[45] Era indiscutible, sin embargo, que la CGT constituía entonces un ámbito en sumo grado agitado y multiforme, en el que la muerte de Evita había abierto las compuertas y desatado una verdadera tempestad. En suma, la cuestión de quién tomaría el timón, y con qué fines, debía ocupar el centro de cualquier hipótesis que se formulara sobre el futuro del régimen peronista, así como, en forma más general, era también central la otra cuestión de quién se quedaría con la herencia política de Eva, para hacer uso de ella en los conflictos intestinos. El problema no escapó a la percepción de Perón, quien pronto anunció su intención de desarrollar en persona las tareas que antes cumplía Eva, sin excluir la de recibir con regularidad a los representantes sindicales.[46] Pero la solución no era tal, ni en rigor podía durar mucho. Primero porque Perón no disponía del tiempo y las energías suficientes para desarrollar esa función, y en segundo término porque el poder carismático de Evita sobre los trabajadores era dudosamente transferible.

No fue casual que a partir de entonces todos los ojos se clavaran en Borlenghi, hombre lo bastante hábil y ducho para permanecer en pie en el gobierno mientras buena parte de los ministros caía como bolos de madera bajo los golpes de Eva. Y ahora, en efecto, Borlenghi se movió con enorme prudencia, cuidando de mostrarse en la primera fila de los más conmovidos por la muerte de Evita, por más que en el fondo, si quería tomar el control de la CGT, tuviera que convertirse en su heredero. Esto no escapó a sus adversarios, las Fuerzas Armadas sobre todo, muy dispuestos a denunciar su hipocresía y su sorda hostilidad hacia la fallecida.[47] Pero Borlenghi logró hacerse un lugar entre los más fieles a Eva, y fue quien el 10 de agosto leyó, en medio de un "verdadero delirio popular" una oración fúnebre ante sus restos. A su lado estaban Rodolfo Valenzuela, el hombre de Eva en la Corte Suprema; Juana Larrauri, su brazo ejecutor en el partido peronista femenino; Héctor José Cámpora, presidente de la Cámara de Diputados y fiel representante de Eva en el Congreso, y José Espejo, secretario general de la CGT. La puesta en escena correspondía a Raúl Alejandro Apold, jerarca máximo de la propaganda peronista, que verdaderamente había sido íntimo de Eva y estaba muy decidido a sacar partido de su mito, ya fuera contratando un estudio de Hollywood, la Twentieth Century Fox,

para que filmara los funerales o haciendo que los diarios tergiversaran la alocución fúnebre pronunciada en la ocasión por el decano del cuerpo diplomático, el embajador de Italia, transformándola en una torpe hipérbole.[48]

Considerar que la cuestión del control de la CGT y la del equilibrio de fuerzas dentro del régimen peronista formaban parte de los problemas que quedaban por solucionar tras la muerte de Eva no eran, por lo demás, meras fantasías o rumores de pasillo, como los cada vez más insistentes que ya en agosto daban por despachado a Espejo. El propio Espejo dio testimonio de esos rumores cuando el 17 de agosto denunció que la CGT estaba siendo infiltrada por "elementos despreciables, con propósitos subversivos", y se manifestó dispuesto a aplastarles la cabeza como a serpientes tan pronto como se atrevieran a atacar a Perón y Eva.[49] Un supuesto del todo inverosímil, pues es de suponer que nadie que quisiera agredirlo a él elegiría enfrentarse con Eva y su memoria sino que, al revés, trataría de proclamarse su más fiel intérprete. También era improbable que Espejo, ya huérfano de la protección de Eva, pudiera tener fuerza y prestigio suficientes para aplastar nada. De hecho, en el acto público del 17 de octubre de 1952, la misma multitud que escuchó en religioso silencio la retransmisión del violento último discurso de Eva, el del 1º de mayo de ese año, sepultaría el nombre de Espejo bajo una catarata de silbidos.[50] Desde entonces debieron transcurrir pocos días para que, en medio de graves choques y de un caos verdaderamente infernal, Espejo y toda la cúpula de la CGT se vieran obligados a renunciar, destapando así la olla hirviente que durante tanto tiempo Evita había logrado mantener tapada.

Aquí no importa tanto si la "celada" fue tendida realmente por Perón y el partido, ansiosos de acorralar a la CGT y a los hombres de Eva en el seno de ésta,[51] o si los responsables eran aquellos representantes sindicales que, así solía decirse, habían "perdido el favor de la Señora", como la poderosa dirigencia de los metalúrgicos, dispuesta a consumar su venganza y recuperar el poder perdido.[52] Ni siquiera importa si la silbatina había sido iniciada por militares o policías mezclados con la muchedumbre, movidos por la decisión de poner freno al excesivo poder de la CGT y colocarla otra vez, de acuerdo con Perón y con la dirigencia del partido, bajo el estrecho control del gobierno.[53] Tampoco importa, en fin, que el futuro se presentara bastante incierto una vez que la cabeza de Espejo rodó por el polvo, y augurara una larga disputa entre los hombres de Borlenghi y sus adversarios,

entre la“izquierda” y la “derecha” del peronismo, por el control de la CGT, siempre en nombre de Eva y de su herencia.[54] Otra cosa es la que realmente cuenta. Por un lado, parece acertado el crudo vaticinio del representante portugués, José Jacinto Rada, de que la muerte de Eva sería “una liberación para el Presidente y para el gobierno mismo”, en vista de la “irresistible influencia” que ella había venido ejerciendo. Y en efecto, los hombres de Eva cayeron uno tras otro, empezando, según se ha visto, por el propio Espejo, uno más entre los muchos personajes “sin pasado y perdidos en la masa”, que por su lealtad habían sido escogidos en su momento por Eva, y “colocados en la cima del poder”.[55] Lo cual era una prueba más del poder que Eva había acumulado, pero también de la fragilidad del edificio que había alzado con ese poder. Por otra parte, conviene también observar que ni Perón ni su gobierno podían “liberarse” de verdad de Eva o de la huella que ella había dejado en el régimen, hasta tal punto lo había penetrado y había contribuido a moldear ideas, a crear equilibrios y a suscitar expectativas. El espíritu de Eva continuó, pues, aleteando en el peronismo, y sus presuntos deudos no tuvieron otra salida que luchar para adueñarse de él y ocupar el lugar que ella había dejado, ya para siempre esclavos, como se verá, de su cadáver.

4. ¿Una Eva contrapuesta a Perón? Repetto y los socialistas

Una leve pero ejemplar muestra de los dilemas creados por la prematura muerte de Eva, no solamente en el peronismo sino en la sociedad argentina en su conjunto, fue la reacción generada por su deceso en el socialismo argentino. El pequeño partido, ahora atemorizado y casi clandestino, se había visto arrebatar de un manotazo por el peronismo las masas obreras y casi el aire para respirar. La reflexión se planteó sobre un dilema ineludible. ¿Había que condenar a Eva, recordando su decisivo y nefasto aporte a la negación de libertades a cualquier expresión política que no fuera peronista? ¿Era más justo, o más conveniente, rescatar su auténtico vínculo con las masas populares, “separándola” de Perón y atribuyendo a éste todo lo que en Eva parecía indigerible? Si correspondía hacer lo primero, los socialistas lograrían salvar el alma de todo compromiso con el peronismo, pero a costa de ratificar su alejamiento de ese vasto sector del pueblo que acababa de llorar la desaparición de Eva a lágrima viva. En cambio, si optaban por lo segundo preservarían intacto su sentido de lo popular, pero al precio de desencarnar la

figura de Eva, de contribuir a hacer de ella un mito que poco se correspondería con lo que había sido en vida. Con el agregado de que así participarían también de la carrera desatada por apoderarse de ese mito, que ya arreciaba en el peronismo.

Quienes hicieron sonar el gong en el partido, al inclinarse con toda claridad por la segunda opción —la de la artificiosa distinción entre el Perón "político" y la Eva "social"—, fueron algunos de sus mayores dirigentes. Por ejemplo Américo Ghioldi que, escribiendo con ánimo crítico desde su exilio en Montevideo, terminó por rescatar la acción social desarrollada por Eva, contraponiéndola al cinismo con que se jactaba de ella el Estado peronista.[56] Pero el caso emblemático fue el de Nicolás Repetto, quien dedicó un epitafio a Eva en lo poco de prensa que quedaba en manos de su partido.[57] Empezaba por reconocer Repetto la "influencia enorme" de ella sobre Perón, y sus inclinaciones sectarias y autoritarias; sin embargo, el artículo terminaba en un tono muy diferente, pues trazaba una diferenciación neta entre lo que constituía su "increíble fuerza de espíritu" y su "decidida vocación" —que habían sido su apoyo en la tarea de conducir la política social peronista— y todos los demás ámbitos del gobierno, donde su peso, sostenía Repetto, desafiando lo evidente, no había sido al fin y al cabo tan grande.[58]

No hace falta decir que las palabras escritas por Repetto fueron a modo de saetas que salieran a buscar a militantes y dirigentes del partido en sus casas, para imponerles el mismo dilema que las había inspirado, y que honradamente alguien definió como "la realidad, por cruda que sea". Una realidad que los socialistas no podían excusarse de mirar cara a cara porque, a fin de cuentas, podía no gustar Eva pero era indiscutible que ella había dejado una profunda huella en la Argentina y, sobre todo, entre los sectores sociales a los que los socialistas dirigían su prédica. Si era tan popular y tan querida, alguna razón tenía que haber; era deber de los socialistas descubrirla y, en función de ese descubrimiento, modificar si fuera necesario la acción que venían desarrollando.[59] Por eso a muchos socialistas les pareció que el tono de franqueza y sinceridad de Repetto evidenciaba positivos signos de valentía, realismo y ecuanimidad.[60] A muchos, no a todos, porque otros socialistas (muchos, aunque no es posible saber cuántos) hallaron escarnecedores los conceptos de Repetto. Las responsabilidades de Eva —escribía por ejemplo un dirigente partidario de la provincia de Santa Fe— no podían ser diferenciadas de las de Perón, ya que el régimen que vejaba a los socialistas, y que como ningún otro los

privaba de su libertad, era obra de ambos.[61] ¿No les habían dirigido la acusación de malos argentinos y de **vende patria*? ¿Y dónde quedaba el proclamado amor por los obreros, cuando muchos de entre ellos eran encarcelados o debían vivir en la clandestinidad? Y en cuanto a la acción social en sí misma, ¿no quedaban acaso niños descalzos y hambrientos por las calles? ¿No eran bien conocidos los métodos con que se desenvolvía esa acción? No era pues cuestión de dejarse ganar por el rencor, pero sí de recordar que ella, Eva, había partido en dos a la sociedad argentina, e incitado al odio contra los adversarios políticos. Celebrar la acción social que ella había desarrollado, cerrando al mismo tiempo los ojos a una parte considerable de su accionar político, o tratar de entrar en sintonía con el pueblo que la amaba, mediante el recurso de excusar las injusticias padecidas, podían aparecer como actitudes de cierta "habilidad estratégica";[62] pero tenían un precio, el de hacerse involuntariamente eco del mito de Eva, ya hilvanado por el peronismo, y sacralizar su política social renunciando a analizarla críticamente, creando a su alrededor el aura mágica que le conferían su consagración a lo social y su sacrificio y ahora, incluso, su propia muerte.

5. El mundo y la Argentina después de Eva

Lo cierto es que, aparte de lo que pudiera sostener Repetto sobre la influencia de Eva, ésta se había extendido mucho más allá de la política social. Se ejercía ya, de hecho, sobre todos los centros vitales del régimen peronista, al punto de no dejar libre ni siquiera la política exterior. Bien conscientes de ello estaban los diplomáticos extranjeros que prestaban servicio en Buenos Aires, y bien lo sabía también Edward Miller, responsable de asuntos latinoamericanos en el Departamento de Estado de Washington. Miller había desarrollado misiones de importancia en la capital argentina, donde se había topado con Eva. Por historia, cultura y personalidad, era el hombre en posesión de los instrumentos y las oportunidades que se requerían para penetrar en la intimidad del régimen peronista. Tan importante era para él la influencia de Eva que había llegado a considerar riesgoso planificar la política de los Estados Unidos hacia la Argentina antes de saber qué sucedería con Eva. Admitía que Perón profesaba buenos propósitos, y que estaba haciendo guiños a los Estados Unidos pero, según expresó, parecía "riesgoso" decidir en qué forma había que reaccionar, sin saber todavía a ciencia cierta si Eva continuaría ocupando la cima

del poder peronista.[63]

Mientras todo el mundo, no sólo la Casa Blanca, permanecía a la espera de saber qué cambiaría en la Argentina tras la desaparición de Eva, con el fin de empezar a medirse con las nuevas circunstancias, varios focos de tensión que hicieron de marco a esa desaparición constituían otras tantas señales de cómo, a través de mil diferentes modos, el radio de acción de Eva se había extendido a las relaciones internacionales y había llegado a condicionarlas. Típica en tal sentido fue la aguda crisis que estalló entre la Argentina y Chile, precisamente, durante la agonía de Eva, y que fue definida por el embajador como un "choque sin salida".[64] Era sabido que entre el presidente chileno González Videla y Perón había tensión, y tampoco era un secreto el apoyo de éste al general Ibáñez del Campo en las elecciones que pronto se realizarían en Chile. Pues bien, justo en esos momentos las autoridades chilenas decomisaron en la aduana setecientos kilos de propaganda electoral de Ibáñez que había sido impresa en la Argentina y debía entrar en Chile bajo la protección de la inmunidad diplomática. A eso hay que agregar la información de que disponía el embajador chileno en Buenos Aires, Vergara. Según ella un oficial argentino con mando militar en la Patagonia, el general Carlés, nacionalista extremo y partidario de una suerte de destino manifiesto de la Argentina en América del Sur,[65] solía valerse de los medios del ejército y de la Fundación Eva Perón para enviar a Chile ese género de propaganda, y otra semejante dedicada a la promoción del peronismo.[66] Por otra parte, era evidente a ojos de todos que la Fundación que Eva había conducido siempre con mano de hierro no se limitaba a ser un portentoso instrumento de asistencia social, sino que también constituía un potente medio de propaganda política e ideológica, en la Argentina y en el exterior. Para tomar un solo ejemplo, en julio de 1952 estalló también la crisis con Portugal. Al gobierno de Oliveira Salazar no le hacían ninguna gracia las actividades del agregado obrero a la embajada argentina en Lisboa, el cual no sólo iba a visitar las fábricas e incitaba a los trabajadores a que abrazaran los ideales peronistas sino que, además, les llevaba obsequios en nombre de la Fundación Eva Perón. La Cancillería portuguesa juzgaba que esa actitud era fuente de "problemas de orden político y moral", y más todavía porque, en tanto aquellos regalos llegaban a manos obreras dentro de envoltorios con la efigie impresa de Evita, y acompañados por abundante propaganda peronista, el gobierno argentino prohibía a la colonia

portuguesa en el país enviar a la patria los fondos que se habían recaudado para la construcción de un hospital.[67]

Mucho más ambiciosos todavía eran los esfuerzos de la Fundación y de la CGT para brindar su apoyo a la revolución nacionalista del MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario) boliviano, afirmada en ese país en abril de 1952 bajo la guía de Víctor Paz Estenssoro, quien vivía exiliado en Buenos Aires hacía ya años y estaba unido al peronismo por muchos y antiguos hilos. En el marco de una masiva propaganda de la prensa peronista sobre aquel "ejemplo peronista" que estaba desenvolviéndose en La Paz, hubo ayudas, visitas de delegaciones obreras, promesas de créditos y otras medidas.[68] Parecía la coronación del enorme empeño que Eva había puesto desde un principio en exportar el peronismo; esfuerzo en el que, por otra parte, insistiría Espejo incluso después de la muerte de Eva, al anunciar un nuevo paso hacia la creación de una confederación sindical latinoamericana de inspiración peronista. Y este anuncio fue hecho por Espejo invocando la herencia espiritual de Eva, la verdadera propulsora del proyecto.[69]

Por otra parte, también en el exterior, como en la Argentina, se asistió de algún modo a una disimulada competencia por obtener patente en Buenos Aires de admiradores sinceros de Eva y, a través de su figura, del peronismo. Eran gestos movidos por la convicción de la gran influencia que ella había tenido, y de que igual entidad tendrían las ventajas que pudieran obtenerse mediante su glorificación, justificadoras de un poco de obsecuencia. De modo que Eva siguió pesando en las relaciones exteriores de la Argentina aun después de muerta; eso era al menos lo que pensaba José Jacinto Rada, representante de un país, el Perú, que se iba alejando paulatinamente de la Argentina, en tanto que el Ecuador se le aproximaba. Entre Perú y Ecuador había un crónico estado de tensión fronteriza por una disputa sobre límites, confiada al cuidado de una comisión internacional de la que formaba parte la Argentina. ¿No eran sospechosas, observaba Rada, las copiosas lágrimas vertidas por la prensa ecuatoriana con ocasión de la muerte de Eva? ¿No constituían una manera de captar la benevolencia del gobierno argentino, de obtener sus favores en el litigio con Perú?[70] Puede que así fuera, como puede también que no; eso poco importa. En realidad, el hecho de que alguien pensara en esa posibilidad en Quito, o pudiera llegar a pensar en ella, nos dice mucho sobre los poderes que tanta gente atribuía a Eva, y al fantasma de Eva.

Capítulo 2

Eva, primer acto. Los comienzos de una biografía política

¿Cuándo empezó la vida política de Eva? Los más responderán que en enero de 1944, cuando conoció a Perón en el Luna Park de Buenos Aires, durante el festival organizado para recaudar fondos a favor de las víctimas del terremoto de San Juan; un encuentro que ha sido contado y novelado hasta el cansancio. Otros dirán que el comienzo fue anterior porque probablemente ya conocía a Perón, si bien sólo hay de ello ciertos indicios, y ninguna prueba como para afirmarlo con certeza.[1] Los más inclinados al romanticismo dirán que la Evita política nació el 17 de octubre de 1945, la jornada heroica del pueblo peronista, mientras que los más realistas insistirán en que la influencia política de Eva sólo empezó a manifestarse después de que Perón fuera elegido presidente en febrero de 1946, y sobre todo después de la asunción del mando en la **Casa Rosada*, en junio de 1946; incluso, para las posturas más extremas, ello sólo sucedió al regreso de la larga y fastuosa gira por Europa, es decir, en agosto de 1947. Cada uno de esos supuestos es defendible y criticable a la vez; personalmente pienso que la biografía política de Eva comenzó el 4 de junio de 1943, vale decir, el día que los militares tomaron el poder e instalaron un gobierno nacionalista y antiliberal, decidido a imprimir un brusco vuelco a la historia argentina. Del seno de aquel gobierno en inestable equilibrio y de complicada evolución, en buena medida distinta de la que se había previsto, nació el peronismo que, por cierto, no dejó de reivindicar la fecha del 4 de junio.[2] No pretenderé sostener lo insostenible, que Eva empezó "a hacer política" ese mismo día; lo que digo es que fue entonces cuando maduraron las premisas políticas, sociales y culturales

sobre las que Eva edificaría su estrepitoso ascenso. Eva, su poder y su modo de ejercerlo no habrían sido concebibles en el marco de un régimen político de corte liberal, ni siquiera en el desacreditado régimen liberal de la Argentina de los años treinta. En cambio, encontraron suelo fértil, ideal para que pudieran expresarse, en el peronismo, que constituyó un régimen de tipo populista. Ya iremos viendo poco a poco las razones de ese hecho, y sus significados concretos; por ahora bastará agregar que sobre esta primera etapa de la historia política de Eva, a caballo entre la juventud y la madurez, entre la carrera actoral y la actuación política, son muy escasas las fuentes. Más aún, al estar mayoritariamente constituidas por recuerdos y testimonios de personas que por una u otra razón tendrían más tarde motivos para odiar a Eva o para adorarla, en función de las ofensas o los favores de ella recibidos, la atendibilidad de esas fuentes es casi siempre dudosa. Deberemos avanzar con cautela, y recurrir a hipótesis y suposiciones sólo cuando no sea posible otra cosa.

1. Eva ante Perón. El perfil de una argentina

Así como no tiene sentido hablar de una Evita política antes de su encuentro con Perón, tampoco lo tiene —aunque ha sido hecho a menudo— apurar de un solo trago las palabras del mismo Perón, según las cuales Eva fue, por esa época, una “invención” suya. No puede haber duda de que, al decir esto, Perón buscaba en realidad librarse de la recurrente acusación de haber estado sometido a Eva. Por supuesto, cuando se conocieron, él era un hombre bastante más que cuarentón y con un pasado militar intenso, mientras que ella era una muchacha pueblerina sin estudios, más cercana a los veinte que a los treinta años. No obstante, Eva no era precisamente una recién nacida, ni venía de debajo de un repollo. A costa de muchas peripecias y muchos ardides había logrado abrirse algo de camino en el mundo del espectáculo, y hasta conquistar cierto grado de independencia; lo cual, vista la época, no era poco.[3] Y no estamos saliéndonos de la cuestión, porque la Eva que conoció Perón, aunque inmadura y sin experiencia en política y en tantas otras cosas, era una joven mujer de bien templado carácter, dotada de un muy agudo sentido de la oportunidad. Si hemos de tomar por bueno su testimonio, el propio Perón recordó haberla conocido como una mujer de aspecto frágil pero dueña de una voz estentórea, y dijo haber visto en ella un manojo de nervios expresados en una mirada de fuego. Menudean también los testimonios más prosaicos, pero igualmente válidos, de quienes la recuerdan ya a partir de 1942 haciendo

antecámara ante los despachos de las personas que contaban en la Secretaría de Comunicaciones, todavía no elevada al rango de ministerio.[4] Más allá de eso, lo que importa es el hecho de que Eva fuera además una mujer inmersa en un tupido mundo de conocidos y relaciones; un mundo en el que desde tiempo atrás se movía como pez en el agua; un mundo custodiado por su nutrida familia, situado a caballo entre Buenos Aires y el pueblo donde transcurrió su infancia, Junín; entre la carrera artística y el ambiente político y ministerial. En ese mundo circulaban palabras, ideas, valores y, desde luego, personas que no podían dejar de resultarle familiares, de constituir para ella una especie de "sentido común". En síntesis, todo induce a pensar que Perón no dio con Eva por casualidad, ni porque se cruzaran en medio de la calle, para proceder después a modelarla a su gusto y conveniencia; no, tropezó con ella porque, precisamente, ella ya pertenecía de alguna forma al mundo que él también integraba.[5]

Pero no es ésa tampoco la cuestión más importante que debemos plantear, en el momento de descorrer el velo sobre los primeros pasos políticos de Eva. Hay en efecto otro aspecto, mucho más significativo en verdad pero que pocas veces o nunca es tenido en cuenta. Se trata de si Perón podía de verdad "inventar" por entonces a la Eva política; en otros términos, si tenía o no alguna experiencia política que transmitirle. No hay duda de que Perón era entonces lo que llamamos un hombre de mundo, con un bagaje de no pocas lecturas y experiencias. Basta pensar en el papel que desempeñó en el golpe de 1930, en su actuación como profesor de historia en el Colegio Militar, en su turbulento paso por Chile como agregado militar a la embajada, en su prolongada estadía en Italia, etapas que culminaron con el protagónico papel que desempeñó en el GOU (Grupo de Oficiales Unidos), la logia militar que inspiró y condujo la revolución de 1943.[6] Pero en lo que a responsabilidades políticas se refiere, vale decir, al desempeño de funciones distintas de las militares, también él hacía sus primeras armas. Más tarde admitiría que había conocido a Eva cuando "se estaba abriendo camino en mí la idea de dar inicio a un movimiento político que transformara radicalmente la vida de la Argentina".[7] Es cierto que el capital de ideas y conocimientos con que contaba Perón cuando sus respectivas trayectorias convergieron habría sido inimaginable para Eva; pero también lo es que sus primeras experiencias políticas las hicieron juntos, codo a codo, desde el momento en que Perón ocupó por primera vez un cargo de esa naturaleza a

fines de 1943: la dirección del antiguo Departamento Nacional del Trabajo que, transformado en Secretaría de Trabajo y Previsión, sería la fuente de sus ulteriores éxitos.[8] Aquí conviene hacer notar que el punto no es meramente anecdótico, ni se limita a introducir el añejo debate sobre "quién llevaba los pantalones" en casa de Perón (que, por otra parte, está lejos de ser una estéril disputa entre *voyeurs*, tratándose de las relaciones de una pareja que gobernó el país); lo que se plantea a través de esta cuestión es el problema de los respectivos papeles que uno y otro ocuparon en el peronismo de los orígenes y, por lo tanto, de la capacidad y la autonomía con que en ese momento contaban para orientar su evolución. La Eva Duarte que era artista del teatro y la radio se abrió camino a fuerza de recomendaciones; no pueden existir dudas de esto, ni hay por qué perderse en moralismos: así andaban las cosas en la Argentina de la época, y tampoco era una singularidad de ese momento ni de la Argentina, por lo menos en el mundillo en el que ella pretendía forjarse una posición. Más que el mérito artístico contaban los conocimientos que uno tenía, las relaciones que era capaz de sostener con gente poderosa, la lealtad a algún protector. Pero tampoco puede decirse que la cosa carezca de importancia, ante todo porque nos habla del universo de valores en cuyo marco creció Eva, y que por cierto no abandonó una vez alcanzada la cima del poder. Nos habla, en suma, de su "cultura política" en sentido estricto y, a la vez, de su "imaginario social". El actor Pablo Raccioppi, que estuvo cerca de ella cuando Eva daba sus primeros pasos en el mundo del espectáculo, la recordaba teorizando sobre el recurso de "hacerse amigo del más fuerte", y llevando esas teorías a la práctica.[9] Que Eva hiciera o no de verdad tal cosa es algo imposible de confirmar, aunque sería fácil observar que ésa fue precisamente la actitud que solía tomar desde antes de conocer a Perón. Además, la circunstancia de la que venimos hablando nos abre una ventana desde la cual espiar el mundo en el que ella debió abrirse camino, en su aspiración de hacerse espacio entre tantos aspirantes a pisar las tablas o a hacerse oír por las ondas radiales. Allí fue donde Eva conoció a Perón; en ese mundo por entonces lleno de artistas y militares, de empresarios y funcionarios a los que la revolución de 1943 había abierto la puerta de acceso al poder político y al ascenso social; como es el caso —por nombrar al más conocido— del coronel Imbert, nombrado director de Correos y Telecomunicaciones por el gobierno militar; o el de Oscar Nicolini, funcionario con largos años de carrera, y de cuyo papel en el peronismo habrá que volver

a hablar.

Las historias, las intrigas, los chismorreos, las suposiciones sobre lo que entonces sucedió han sido relatados y repetidos ya tantas veces por los biógrafos de Eva que no vale la pena reiterarlos aquí por enésima vez. En todo caso, será mejor valernos de ellos para aproximarnos un poco más a la posibilidad de trazar un perfil de aquella Eva todavía verde. Ello implica sin duda evocar otro de los elementos clave de las relaciones sociales en la Argentina de esa época, sobre todo en el interior, es decir fuera de las grandes metrópolis. Ese elemento, fundamental en el ascenso de Eva y, después, en su conquista del poder, no es otro que la familia; más específicamente, la tupida red de relaciones sociales susceptibles de ser vinculadas con la familia extendida, integrada por consanguíneos, claro, pero muy a menudo también por padrinos y madrinas de bautismo, por parientes políticos, por coterráneos y así por el estilo.[10] A esas redes fue siempre a abrevar Eva, y muy pronto envolvió con ellas a Perón, que no contaba con nada parecido. Por eso vemos aparecer en el peronismo, en momentos distintos y asumiendo diferentes papeles, a muchos hombres de la familia de Eva, o que con la familia habían mantenido relaciones desde que ella era una niña: en primer lugar su queridísimo hermano Juan, un tarambana que al lado de Perón llegaría a desempeñar funciones no precisamente secundarias; los novios (y futuros maridos) de las otras dos hermanas Duarte, el mayor del ejército Arrieta y el juez Justo Álvarez Rodríguez; de nuevo Oscar Nicolini y, en fin, tantos más que por ese u otros medios entraron a formar parte de un círculo día a día más amplio y poderoso.[11]

Ya en esa época poseía Eva, en síntesis, ciertas condiciones personales muy especiales, entre las que descollaban la fuerza de voluntad, la ambición, la rapidez mental, una magnífica intuición, un repentismo muy característico para captar al vuelo situaciones y oportunidades. Por lo demás, no era sino el fruto típico de la Argentina profunda, de un país con instituciones políticas frágiles y vínculos familiares y territoriales sólidos; una sociedad en la que los individuos carecían a menudo de protección y de derechos, pero que estaba dotada de cuerpos sociales firmes y vastos; un ámbito de acendrado patrimonialismo, es decir, que contaba con pocas o ninguna diferenciación entre la cosa pública y los intereses particulares; de completa confusión entre lo político y lo espiritual, entre el cargo y la persona; de persistente divorcio entre la ley escrita y las costumbres, entre la normativa legal y abstracta

que proclamaban los códigos de leyes y las prácticas sociales concretas que respondían a “códigos” más antiguos y circunscriptos, los de la amistad, la familia, las lealtades personales. Todo eso era en el fondo aquel mundo que la Argentina liberal no había sabido extirpar ni había sido capaz de cambiar y que, por el contrario, había cambiado o moldeado muchas veces a esa Argentina liberal, hasta acabar con ella en junio de 1943. Ése era el mundo al que Eva pertenecía, y en el que el peronismo encontró su casa.

2. Eva y el 4 de junio de 1943

De lo que sucedió con Eva en aquel junio de 1943, tras quedar instaurado el gobierno militar, hay varias versiones, algunas francamente maliciosas y otras más benévolas. Entre las primeras está la de quien recuerda que al ser nombrado director de Correos el coronel Imbert, por medio del cual las nuevas autoridades impondrían a la prensa, la radio y el teatro la censura más rigurosa y un sello decididamente propagandístico, Eva se convirtió en “la reina del cuarto piso”. Porque en efecto allí trabajaban el director y quien por entonces era su brazo derecho, Oscar Nicolini, un hombre que, según ya hemos visto, era íntimo de la familia Duarte.[12] De hecho, hay quien formula la hipótesis de que fue precisamente Eva la que, aprovechando su relación con Imbert, obtuvo la promoción de Nicolini. De haber ocurrido así, se trataría de la primera manifestación de una práctica que luego lo inundaría todo: la extraordinaria capacidad de Eva para imponer hombres que le debían fidelidad, y que podían garantizar su influencia. Otra versión dice que por esa época Eva estaba ya en relaciones con Perón, uno de los hombres fuertes del nuevo régimen, y que Imbert no era más que una pantalla; si eso fuera cierto, el nombramiento de Nicolini sería de todos modos obra de Eva, y el primero de los muchos que ella lograría arrancarle a Perón.[13] Las versiones más benévolas hacen la cosa más sencilla. A Nicolini, sostienen, le caía bien Eva, y le agradaron los proyectos que ella le presentó.[14] En lo que coinciden todos es en lo que sucedió después: a partir de esos momentos la carrera de Eva tomó altura, y en varios sentidos. Por empezar, tuvo mayor continuidad en su trabajo de actriz, y dejó de padecer las largas pausas de los años anteriores. En segundo lugar crecieron su notoriedad, reflejada en una presencia cada vez más frecuente en las revistas de espectáculos, y sus ingresos, que desde entonces aumentarían

“exponencialmente”, convirtiéndola en una de las actrices mejor pagadas.[15] De modo que, ya fuera porque “le caía bien” a la gente o por otros motivos menos inocentes, no pasó inadvertido para nadie entonces, y mucho menos después, un indiscutible nexo entre las relaciones que cultivaba y los logros profesionales que alcanzaba.[16] Por lo demás, según los recuerdos recogidos años después por el semanario estadounidense *Time* y por gente que por entonces era amiga de Eva y que presenció los modos familiares y resueltos con que se dirigía a altas personalidades del gobierno (otra modalidad que terminaría por convertirse en norma),[17] ella no parecía recatarse de exponer públicamente ese nexo, ni de jactarse de él.

Los vínculos entre Eva y el gobierno militar merecen una profundización. Aun evitando formular hipótesis sobre su nexo con la tantas veces mencionada pista de las relaciones de Eva con la embajada alemana, demasiado insegura y escabrosa como para internarnos en sus tortuosidades,[18] no puede haber duda de que las relaciones existieron, ni de que fueron importantes, sobre todo por su naturaleza y por sus consecuencias. Convendrá puntualizar, de paso, que las actividades de Eva no fueron ni podían ser el mero reflejo de su suerte o su astucia, la circunstancial ventaja de haber tomado el tren adecuado. El tren al que Eva se había subido era el de un régimen que hacía de la radio y del teatro algunos de los tantos instrumentos, no precisamente secundarios, que utilizaría para cambiar la historia argentina. En suma, salir al aire o pisar las tablas en ese contexto no era la mera concreción de una aspiración profesional, un bello sueño que se hacía realidad; implicaba embanderarse, tomando parte en una ambiciosa y autoritaria operación de pedagogía “nacional y popular”. Y en efecto los papeles protagónicos que Eva empezó a asumir en programas radiales fueron el reflejo de eso; no los obtuvo sólo por su capacidad para hacerse de amigos poderosos, sino que —fuera o no consciente de ello— constituyeron un auténtico acto político.

La mejor prueba de lo dicho es el contenido de esos programas, empezando por el primero de ellos, para cuya realización, ya en octubre de 1943, firmó un lucrativo contrato con LR3 Radio Belgrano. Se había presentado a Jaime Yankelevich, propietario de la radio, en carácter de protegida del gobierno militar. La emisión se llamaría *Las mujeres de la historia*; en sus temas resonaban el clima y los asuntos nacionalistas y tradicionalistas caros a las nuevas autoridades.[19] Conviene recordar que, en efecto, tales autoridades se orientaban decididamente a corregir la cultura

argentina, expurgándola de “doctrinas extranjeras”, y a *argentinizar* los espectáculos, imprimiéndoles características que los acercaran a las expresiones de raíz nativa o folclórica, diferenciándolas del cosmopolitismo capitalino. A la vez, se orientaban también a “moralizar” los medios de comunicación con una masiva dosis de censura, ciertamente, muy bien recibida por el clero. Fue precisamente en ese período cuando algunas de las más conocidas actrices argentinas empezaron a sufrir tal censura en carne propia, y a ver que se les cerraban las puertas de la radio y del cine. Una de ellas fue Niní Marshall, actriz cómica que fue su víctima hacia fines de 1943. No son pocos quienes interpretan esta circunstancia como la muestra de que Eva, apoyándose en el papel que estaba jugando y en sus potentes protectores, empezaba a consumar así sus venganzas, por el procedimiento de eliminar la competencia.[20] Es decir, comenzaba a ejercer el poder según las modalidades que utilizaría plenamente más adelante: arbitrariedad, evasión de toda norma, lealtad personal antes que capacidad para la función.

El hecho de que Eva fundara en agosto de 1943 una Asociación de Trabajadores de Radio, y fuera elegida su presidente, es una confirmación de su cercanía con el gobierno porque, conociera o no a Perón, su acción en ese sentido respondía indudablemente a la obsesiva preocupación de los militares en el poder por organizar y controlar a los trabajadores de todos los sectores, y por vincularlos a la acción del Estado.[21] Eva pasó muy pronto a ser uno de los principales referentes del gobierno en el ámbito del espectáculo, como lo reveló su presencia en el encuentro del Sindicato de Actores del sector radiofónico con el coronel Mercante, brazo derecho de Perón, en enero de 1944.[22] En suma, la Eva de 1943 no tenía nada de la joven inexperta a la que el amor arrojaba por casualidad en el seno de la tormenta. En todo caso, era más bien una mujer que ya desde el principio se movía entre las turbiedades del régimen militar y que, al hacerlo, topó con un hombre algo especial y, por medio de él, con un poder más grande de lo que pudiera haber visto y palpado jamás. No es posible precisar con exactitud cuándo tuvo lugar ese encuentro.

3. Eva y Perón, los orígenes de una afinidad política

Puesto que lo que aquí interesa no es la relación afectiva entre Perón y Eva sino sus implicaciones políticas, convendrá que dejemos de lado las divagaciones sentimentales y nos atengamos a

lo sustancial. Para ello debemos guardar distancia de las estériles e inzanjables discusiones sobre la sinceridad de los sentimientos de Eva hacia Perón, y atenernos a la dimensión que verdaderamente cuenta de aquella relación, lo que Arturo Jauretche —una de las más agudas y más críticas voces del peronismo— definió como la unión "entre dos pasiones de poder".[23] Tanto vale si, por razones de comodidad, nos atenemos a la versión oficial, que fija el momento en que se conocieron en enero de 1944, aun cuando sean muchas las sombras que planean sobre la verosimilitud de esa fecha.

¿Qué consecuencias tuvo para Eva aquel encuentro? Empecemos por dar la palabra a Perón; recordando años después su encuentro con Eva, con ella todavía viva y en la cima de su poderío, aunque ya enferma, el líder arrojó una interesante luz sobre aquellos primeros pasos que ambos dieron juntos.[24] Es verdad que, por un lado, Perón la presentó a su pueblo reunido en la Plaza de Mayo ese 17 de octubre de 1951 como una creación personal suya. "Decidí tenerla conmigo", dijo; "quería" que tomara parte en la vida del país; ella "me seguía" como una sombra. Afirmaciones probablemente ciertas en parte, pero que sin duda tenían por objeto reafirmar su liderazgo ante esa plaza que ya era casi más devota de Evita que de él mismo. Pero a la vez admitió Perón que a los "dos o tres meses" ya Eva Duarte se había transformado en "una colaboradora indispensable". Tomando la palabra a Perón resulta que, ya a mediados de 1944, Eva había dejado de ser la amante dulce y temerosa, sin ideología alguna y privada de influencia o poder, que con frecuencia describen críticos y apologistas.[25] Por el contrario, era una colaboradora de las más importantes. Perón le tenía confianza, discutía con ella los asuntos, le confiaba cosas y, es de suponer, recurría a ella para conseguir colaboración y colaboradores.

Claro que los recuerdos de Perón, como lo sabe cualquiera que haya estudiado su figura, deben ser tomados con pinzas. Por eso conviene que pasemos de las palabras a los hechos, por lo menos a los que son bien conocidos, a fin de poder medir la credibilidad de esos recuerdos y pesar su real importancia. Cabe preguntarse, entonces, qué hizo Eva tras conocer a Perón. ¿De verdad colaboró con él? ¿Y cómo? Lo primero que debemos hacer es tomar nota de algunas circunstancias bien conocidas de la relación entre Perón y Eva, que resultan importantes sobre todo para hacernos una idea de las fuerzas dinámicas que operaban dentro de su *liaison*. Es un hecho notorio, por ejemplo, que sus relaciones se volvieron

públicas ya a los pocos días, y no porque los sorprendieran paseándose del brazo por la calle, sino por posar juntos en una fotografía ante los micrófonos de Radio Belgrano.[26] Desde ese preciso momento, Eva se convirtió en un personaje públicamente vinculado con el gobierno y con el mundo de la política. También es notorio que Eva se instaló en la vida de Perón con cierto ímpetu, barriendo de ella con un solo ademán —sin que él parpadeara, siquiera— a cualquier otra mujer que hasta entonces pudiera gravitar.[27] Lo cual es tal vez un detalle pero no precisamente insignificante, porque plantea el delicado interrogante ya señalado, y sobre el que pesa un comprensible tabú: la cuestión, imposible de dilucidar pero de obvia importancia histórica y política, de las tortuosidades psicológicas de aquella relación. Bastante a menudo deberemos entrar, para mi disgusto, en las alternativas de esa relación y de sus fuerzas dinámicas, así que lo primero que conviene hacer es no darle inútiles vueltas al asunto. El interrogante implica un dilema, nacido de la circunstancia de que la sumisión de Perón a Eva se convirtió en un estereotipo del antiperonismo, una calumnia que, en general, los estudiosos serios consideran insostenible.[28] Lo cierto es que la dificultad sigue presente por más que la eludamos; y como se verá, es inmensa y de capital importancia. De ahí la necesidad de señalar su presencia ya desde sus primeras manifestaciones.

Volviendo a los hechos, lo que de inmediato salta a la vista es que la carrera de Evita tomó aun más vuelo después que ella conoció a Perón; y lo que sobre todo cobró altura fue su compromiso como propagandista del régimen militar. Es más, los escasos testimonios de que disponemos indican que Eva no fue precisamente un dócil y pasivo instrumento en manos de sus poderosos protectores, sino que a partir de entonces empezó a tomar parte en forma directa en las decisiones que le atañían, e incluso en las que pudieran afectar las actividades del gobierno, discutiéndolas con Perón, ya nombrado ministro de Guerra, y con sus colaboradores.[29] Lo confirman los recuerdos del general Lucero, que llegaría a ministro del gobierno de Perón y seguiría siéndole fiel durante largo tiempo. Cuando Lucero regresó de Chile, donde se había desempeñado como agregado militar de la embajada, a mediados de 1944, hizo una visita a Perón. Éste lo recibió, con “su ya vigorosa compañera de lucha” a su lado. Hablaron por espacio de varias horas, y Perón le ofreció el cargo de secretario del Ministerio de Guerra, al cabo de una prolongada

discusión de los diversos temas en la que, recuerda complacido Lucero, Eva intervino varias veces.[30] Esto se ve confirmado por el relato de José María Rosa, nacionalista de los más encendidos, que conoció a Perón en 1944 y evocaría más tarde las constantes y prolongadas intervenciones de Eva en las discusiones que ambos sostenían, alguna vez para tratar de "estúpido" a un candidato del nacionalismo a ocupar un puesto en el gobierno.[31] En cambio, nada hay que confirme la versión de una Eva tímida, que se mantuviera a un lado escuchando las conversaciones de Perón con sus visitantes y que, si era admitida en esos encuentros, lo era sólo como una suerte de tributo que se rendía a su espíritu emancipado.[32] Todo, en efecto, nos habla de una mujer ubicada firmemente al lado de Perón, justo cuando él, a fuerza de dura e intensa lucha, se hallaba empeñado en subir escalón por escalón de poder en el gobierno militar.

En ese preciso momento fue elegida Eva secretaria general del sindicato de trabajadores radiales. No hay duda de que sus relaciones con el gobierno le fueron útiles entonces, si se considera que a los pocos días la Secretaría de Trabajo y Previsión que dirigía Perón otorgó la personería gremial a esa entidad, lo que significaba reconocerla como la única con derecho a representar a los trabajadores radiofónicos del país.[33] Mientras tanto firmó dos buenos contratos, con los Estudios San Miguel y con Pampa Film, que le permitieron subir de un solo salto a la cima de su carrera cinematográfica, al punto de poder elegir director y tema de las películas que interpretaría.[34] Además, y como la importación de película virgen estaba en manos del gobierno, los productores se veían supeditados a la voluntad de éste.

Pero el lugar donde Eva demostró desde un principio que sabía hacer notar su presencia fue en la recién nacida Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia, que pronto llegaría a ser el eje de la propaganda gubernamental. En efecto, el primero en dirigir la sección dedicada a la propaganda fue Francisco J. Muñoz Azpiri, un típico representante del nacionalismo católico más tradicionalista, que escribía y seguiría escribiendo muchos de los discursos de Eva, y algunos de Perón. A Muñoz Azpiri pertenecían también los textos que Eva comenzó a leer por radio, en un nuevo programa que se llamó *Hacia un futuro mejor*. En sus contenidos, no se limitaba a abogar por los ideales nacionalistas y católicos del régimen militar, sino que promovía también la carismática figura del coronel Perón y la acción social por él desarrollada, en un momento en que luchaba por lograr que sus camaradas de armas

aceptaran la política que venía implementando.[35] No es exagerado, pues, definir ya entonces a Eva como "una de las más eficaces propagandistas" de Perón. La citada serie propagandística vespertina prosiguió, aunque en agosto de 1944 mudó sus emisiones de Radio Belgrano a la oficial Radio del Estado.[36]

4. El encumbramiento de Perón y el mundo de Eva

Puede decirse que lo sucedido a mediados de 1944 fue un cambio clave casi para todos; al menos lo fue para Perón, para Eva y para el régimen militar. Por eso vale la pena que nos detengamos a anudar algunos hilos que han quedado sueltos. A comienzos de junio, Perón logró la renuncia del general Perlinger a su cargo de ministro del Interior. Éste era el principal obstáculo opuesto a la idea de Perón de adoptar con la mayor decisión una política social audaz, que garantizara al régimen una base popular amplia, capaz de darle continuidad en el futuro. La creación de la Subsecretaría de Informaciones y del sólido aparato propagandístico en el que Eva tuvo desde un principio un papel clave fue precisamente el fruto de la victoria política obtenida por Perón. En suma, Eva y los hombres próximos a ella que asumieron la conducción del nuevo organismo eran, como las transmisiones radiofónicas mismas, expresiones diferentes de un mismo hecho: el encumbramiento de Perón a la condición de hombre fuerte del gobierno militar.[37] No fue casual que creciera el grado de exposición pública de Eva, no ya por la mayor frecuencia con que aparecía en las tapas de las revistas del espectáculo, sino por su compromiso a favor del régimen militar. Así por ejemplo, a fines de junio actuó en una exposición sobre las realizaciones del gobierno, y el 9 de julio se presentó junto a Perón en el Teatro Colón, en el acto por el aniversario de la independencia, y fue acogida con murmullos y manifestaciones de irritación.[38] Conviene, sin embargo, ser claros respecto de esto último. Como han escrito numerosas veces los admiradores de Eva, y más que ningún otro el padre Hernán Benítez, en esos murmullos se expresaba el desprecio clasista de la alta burguesía **porteña* por la advenediza que venía a infringir la hipócrita costumbre de mantener en la sombra a la amante del poderoso de turno.[39] Con todo, ésa sería apenas una de las caras de la moneda. La otra era que en aquellas primeras manifestaciones empezaba a asomar un germen de protesta política, que estaba dirigida a Eva en cuanto ella formaba parte de un régimen autoritario que suscitaba creciente oposición en los

partidos políticos, en las universidades y en los mismos cuarteles, donde muchos pensaban que la acción social iniciada por Perón era una derivación peligrosamente demagógica. La relación de Perón con Eva amenazaba perjudicar, sí, su prestigio, como ya en septiembre de 1944 lo señalara la embajada de los Estados Unidos; empero, las razones eran tanto morales como políticas.[40]

Debemos detenernos un momento en este último punto. Tiempo más tarde, en *La razón de mi vida*, Eva o quien le escribió el libro representaría su encuentro con Perón en ese año 1944 como el encuentro que la Providencia había trazado entre un apóstol y su Mesías.[41] De ello se hacen eco algunas de las biografías de Eva, que describen dicha circunstancia como el ingreso de ella en un mundo nuevo y maravilloso.[42] En verdad, las cosas sucedieron de forma algo distinta, hecho que reviste gran importancia. Ya hemos podido ver, por un lado, que Eva no estaba tan alejada del mundo que giraba en torno de Perón, sino que en todo caso él se encontró con ella porque Eva formaba ya parte, en cierta medida, de ese mismo mundo. Pero lo más importante es que su encuentro no implicó que Eva "entrara" meramente en el rico y multiforme universo de relaciones desde cuyo centro reinaba Perón, sino que se iniciaba un nutrido intercambio, muy parecido a un sistema de vasos comunicantes. Eva le aportó a Perón en dote su tupida red de relaciones, a punto tal que en el gobierno y en los cuarteles se multiplicó el número de quienes pensaban que él se estaba alejando del círculo en el que todos ellos actuaban, para quedar atrapado en el remolino de un nuevo y extraño mundo. Puede que estuvieran exagerando, pero el fenómeno que intuían existía, y en apreciable medida. Porque, en efecto, en torno de Perón y Eva iba creciendo un mundo aparte, destinado a perdurar y ampliarse y para cuya formación resultaba significativo en grado sumo el aporte de ella. Así, los puestos clave en la Subsecretaría de Informaciones fueron ocupados por hombres que ya estaban estrechamente vinculados a Eva, o que se le vincularon por entonces y seguirían siéndole fieles: un Muñoz Azpiri, un Oscar Lomuto, un Roberto Pettinato. Por cierto que a esa lista hay que agregar también el nombre de Oscar Nicolini, que en la Secretaría de Comunicaciones era director general de Radiodifusión.[43] La misma visita que en octubre de 1944 hizo Perón a Junín, terruño de la familia de Eva, resultaría en el reclutamiento de hombres que a la larga serían más fieles colaboradores de ella que de él, como Héctor Cámpora quien, electo diputado en 1946, llegaría a presidente de la Cámara en

1948.[44] Sin olvidar el hecho, para nada secundario, de que ya desde fines de 1944 Perón tenía a su lado, en calidad de factótum, a Juan Duarte, hermano de Eva, colocado por ella misma y que pronto accedería a la dignidad de secretario privado oficial de Perón, y retendría esa posición por el tiempo que le quedaba de vida.[45]

Por importantes que pudieran ser las "redes" de las que empezó a componerse el mundo de Perón y Eva, no era una cuestión sólo de hombres sino también de valores e ideas. En ese aspecto es acertado sostener que Eva, al conocer a Perón, hizo su ingreso en un mundo nuevo. No porque fuera para ella extraño el universo de ideas y valores nacionalistas y católicos de los que la llamada Revolución de Junio (de 1943) estaba impregnada: aunque con cierta vaguedad, ella buceaba desde tiempo atrás en ese universo. No, lo que le aportó conocer a Perón fue la posibilidad de palpar desde muy cerca la versión de ese universo de la que a su vez Perón recibía inspiración. Se trataba de una concepción no limitada ya por el horizonte tradicionalista conservador, pues se proyectaba a una perspectiva popular y populista, en la que la visceral aversión por el liberalismo y la democracia parlamentaria era encarrilada hacia el ideal de una democracia orgánica y corporativa, cuya base sería la doctrina social de la Iglesia. Quienes mejor representaban esa concepción eran dos sacerdotes que habían dado una contribución decisiva a la formulación de las bases ideológicas del GOU y del régimen militar. Uno de ellos era el jesuita Hernán Benítez, a cuya enseñanza y cuyos consejos quedó unida Eva hasta su muerte; el otro era un capellán del ejército, el padre Roberto Wilkinson, que a diferencia de Benítez salió de escena después, para reaparecer sólo a comienzos de los años cincuenta.[46] No está claro cuándo ni cómo los conoció Eva. Tales datos están lejos de ser irrelevantes porque en las ideas de los dos eclesiásticos, en los valores y la visión del mundo que infundían en Eva, puede ser ubicada la fuente inspiradora de su futuro accionar. Y no precisamente, aclaremos, porque Eva adhiriera a un sistema de pensamiento riguroso, sino porque esas precisas creencias eran las que mejor se correspondían con lo que ya le decían a Evita su instinto y su sentido común. Benítez no dejó de hacerle presente tal cuerpo de ideas ni siquiera un momento. El mismo Benítez ha relatado las circunstancias de su primer encuentro con ella, aunque hay que advertir que los recuerdos de este sacerdote, como los de Perón, suelen tener algo de inverosímil que obliga a filtrarlos de manera cuidadosa. Como

veremos más adelante, parece haber en esas evocaciones toda la intención de construir un mito en torno a la figura de Eva. Pues bien, según Benítez, ella se le presentó en 1944, en el período previo a Semana Santa; él, predicador de moda de la oligarquía, la desdeñó. Sin embargo, al volver a encontrarla al año siguiente en casa de Perón, tuvo que oír los reproches de ella por aquella actitud tan despreciativa y clasista. Como podrá apreciarse, estamos ante una historia edificante, donde la pureza popular de Eva impulsaba una suerte de conversión del sacerdote culto y privilegiado.[47] Claro que Benítez venía cultivando estrechas relaciones con Perón desde 1942, y Eva gozaba ya de notoriedad pública y tenía activa participación en la acción política de su compañero desde mediados de 1944; el cuadro pintado por Benítez tiene algo de surrealista, al dar por supuesto que él no sabía hasta entonces quién era Eva. En cuanto al padre Wilkin son, su nombramiento en la secretaría del Ministerio de Guerra desde el comienzo mismo de la revolución del 4 de junio, y bajo las órdenes directas de Perón, para quien debió desempeñar varias y delicadas misiones, hace pensar que estaba lo bastante próximo al coronel como para toparse también con Eva.[48] Pero al fin y al cabo todo ello cuenta hasta cierto punto, porque lo más importante es que para Eva se abrió realmente entonces un amplio horizonte ideal, dentro de cuyos límites empezaría a dar sus primeros pasos, siguiendo a Perón pero valiéndose sin limitaciones de todos los recursos de los que ya disponía.

5. El año 1945: fin y nuevo principio

Hemos visto que Eva, antes aun de conocer a Perón, y con mayor razón después de haberlo conocido, se hallaba ya inserta a pleno en el mecanismo político, cultural e ideológico de un régimen que no admitía la neutralidad, sino que exigía adhesión. Una adhesión que ella indudablemente le garantizó a Perón, y que le sirvió a su vez para obtener ventajas y un principio de popularidad. No aparece tan relevante la intensidad de esa adhesión, ni tampoco el hecho de que Eva fuera o no fuera consciente de lo que pasaba, porque esa y otras numerosas circunstancias la unían a él y al destino del régimen que él representaba con lazos que iban mucho más allá de la mera relación afectiva que los unía. Será bueno recordar esto para comprender sus comportamientos respectivos en el momento en que uno y otra deberán afrontar, en octubre de 1945, el peligro de ser vencidos y eliminados de la escena política.

Por otra parte, a comienzos de 1945 resultaba evidente para todos que Eva fluctuaba ya entre el espectáculo y la política. Sus contactos con el poder le permitían obtener considerables ganancias de su trabajo artístico, tal vez entre las más significativas que hasta entonces se hubieran visto en la historia de la radiotelefonía argentina, y una presencia asidua en las páginas de las revistas de espectáculos. A la vez, sus éxitos profesionales hacían que casi todos recordaran sus amistades políticas; a ellas comenzó a referirse la prensa, sacando provecho de la atenuación de la censura por las dificultades que atravesaba el régimen militar. Como es obvio, era todavía más lo que se hablaba de esos temas en las conversaciones privadas, sobre todo a partir del momento en que corrió el rumor de que Ludwig Freude, un millonario amigo de Perón que cultivaba estrechos vínculos con la embajada alemana, le había regalado a Eva un departamento.[49] Al fin, la propia Eva empezó a sentir la necesidad de defenderse de sus "enemigos", describiéndose como una mujer de origen popular, tan humilde como dulce y culta, y que no había llegado al éxito a fuerza de oportunismo y favores recibidos sino de talento y tenacidad. Una imagen, como podrá apreciarse, inventada o retocada en la mayoría de sus trazos pero en la que ya estaba presente, no importa con qué grado de sinceridad, la apelación a la humildad, uno de los rasgos clave de su lenguaje y de su autorrepresentación, que volvería a aparecer continuamente en los años venideros; un "valor" dirigido a lograr la sintonía con el público, o con "el pueblo".[50]

A la par que crecía su visibilidad política, consagrada por su participación en la manifestación del 1º de mayo —que en tono vibrante recordaría el padre Hernán Benítez como la ocasión en que Eva entró en la historia argentina al frente de "las columnas obreras, antes tan temidas"—, crecían también las tensiones respecto de ella y del papel que desempeñaba.[51] Se dio incluso el extremo de que un oficial del ejército, uno de los ex máximos dirigentes del GOU, irrumpiera en el estudio desde donde Evita transmitía y la hiciera callar, ganándose así, de paso, el fin de su carrera militar.[52] Por otra parte, la influencia que gozaba Eva, o al menos que se le atribuía (sobre todo en el ámbito militar, el mejor informado sobre los secretos del gobierno) quedó reflejada en los despachos de la embajada de los Estados Unidos, muchos de los cuales eran fruto de conversaciones con los cada vez más irritados oficiales del ejército argentino. Eva, informaban esos despachos, controlaba ahora la censura y la propaganda del régimen.[53] Había

llegado la época en que Perón, ya en la cúspide del poder, empezaba a captar el serio riesgo de quedar aplastado bajo la enorme presión que ejercían la oposición, dueña una vez más de las calles, un número creciente de sus camaradas de armas, ansiosos por echarlo al mar y así poner fin a la crisis del régimen, y la Casa Blanca, decidida a librarse de una buena vez de ese coronel amigo del fascismo. Pero Eva seguía apareciendo a su lado en cada acto político, ya fuera en calidad de único testigo de su borrascoso encuentro con el nuevo embajador norteamericano Spruille Braden, o como su acompañante al salir a saludar a la multitud que había ido a congregarse ante su domicilio para aclamarlo.[54]

De modo que cuando llegó octubre de 1945, y con octubre la gran crisis que terminaría por decidir la suerte del régimen militar, hacía tiempo ya que Eva Duarte era mucho más que "la amante de Perón", la figura hacia la cual iban dirigidos los dardos de la moral burguesa. Era ya, también, una figura política, y es preciso tomar debida nota de ello para comprender el papel que desempeñó en esos días ardientes, cuando la gran movilización popular del 17 de octubre logró que Perón, arrestado por los militares, fuera liberado. Puede decirse que en esa fecha "nació" el peronismo, y la Argentina se dio cuenta de que las medidas sociales adoptadas por Perón en los dos últimos años habían echado las bases de un amplio movimiento social que estaba llamado a cambiar el país.[55]

Existen dos versiones más o menos genéricas de esos episodios. La primera, poco verosímil y de hecho ya superada, es la más cara a los apologistas del peronismo, y no sólo a ellos. Sostiene que quien guió "al pueblo" ese 17 de octubre fue justamente Eva, que así logró, con un único golpe, librar de la detención al hombre que amaba y emancipar a la Argentina de la dominación de la "oligarquía". Es una versión que no se sostiene, no corroborada por ningún hecho y que, como se ha demostrado, surgió más que nada a consecuencia de la construcción del "mito" de Evita, en los años siguientes.[56] Lo cual no impide, naturalmente, que siga viva, ni que sus ecos vuelvan a resonar con cierta frecuencia.[57] La segunda versión, más reciente, se funda en la cuidadosa reconstrucción de lo sucedido y afirma lo opuesto que la primera; es decir, que Eva no cumplió papel alguno en los sucesos de octubre de 1945, y que los principales responsables de las movilizaciones de obreros fueron quienes mantenían estrechas relaciones con ellos: Cipriano Reyes, el dirigente sindical, y Domingo Mercante, el coronel que había sido colaborador de

Perón en la Secretaría de Trabajo y Previsión.[58]

La segunda versión es más verosímil y convincente que la primera bajo cualquier aspecto desde el cual se la mire; si no por otras razones, por el mero hecho de que se basa en un análisis empírico escrupuloso de los hechos. No obstante, cuenta con poco más que testimonios personales, recuerdos y anécdotas de quienes tuvieron algún grado de participación en esos hechos; es decir, con fuentes vulnerables por naturaleza, con frecuencia contradictorias y cuya exactitud queda cuestionada por el tiempo transcurrido y por el peso que Eva ejerció después en el imaginario colectivo. Además, hay en esa versión un elemento que no convence, y que me impulsa a tratar de reconstruir y reevaluar el papel desempeñado por Eva en esos días. No se trata de la afirmación principal, ya firmemente establecida, según la cual ella no tuvo protagonismo el 17 de octubre; lo cuestionable es la razón que con frecuencia se da para explicar esa actitud: que, en octubre de 1945, Eva era sólo una mujer frágil e inexperta, que en nada se diferenciaba de las demás mujeres del "pueblo" y, por lo tanto, mal podía tener un perfil político concreto.[59] Una mujer a la que, por añadidura, le había sido arrebatado el hombre que amaba, y que no contaba con medios para obtener su libertad. Sin embargo, una cosa es afirmar que Eva no era todavía la mujer poderosa que luego llegaría a ser, y que no tenía aún los vínculos con el mundo obrero que hubieran sido necesarios para "hacer" el 17 de octubre (lo que es real y obvio), y otra cosa es, en cambio, sostener que carecía hasta de la menor posibilidad de reaccionar y que se hallaba por completo a merced de los acontecimientos. Tampoco parece válido aprovechar la ocasión, como tan a menudo se ha hecho, para celebrar la pureza de sentimientos de Eva que, pudiendo dejar a Perón librado a su destino, no lo hizo porque el amor triunfó en ella sobre la conveniencia.[60] El riesgo está en simplificar los hechos más de la cuenta, y reemplazar así el estereotipo ya existente con uno nuevo. Dos son las razones para no hacerlo. La primera es que, como se ha visto, la Eva de octubre de 1945 no era de ninguna manera una mujer impotente, desprovista de herramientas políticas. Todos los aliados políticos de Perón, que en un momento o en otro habían pasado por el departamento de la calle Posadas en Buenos Aires, tenían plena conciencia del papel de ella en el campo propagandístico. Además la conocían bien, y no precisamente porque la hubieran visto servir el café mientras ellos discurrían de política con su compañero. Y la segunda razón es que el propio perfil público y

político ya entonces asumido por Eva resulta decisivo para comprender que ella ya no podía abandonar a Perón, aunque hubiera deseado hacerlo. En suma, es superfluo formular juicios sobre la sinceridad de sus sentimientos hacia Perón, pues basta comprender que Eva estaba ligada ya a él también en lo político, y que la caída del coronel provocaría su propia caída, arrebatándole el bienestar, el éxito y el poder personal que acababa de conquistar para sí. De hecho, ello había ya sucedido el 9 de octubre, día de la dimisión forzada de Perón, una de cuyas consecuencias fue la anulación de los contratos artísticos que Eva había firmado.[61]

6. El 17 de octubre de Eva

Por los motivos que hasta ahora hemos visto, vale la pena intentar una relectura del papel desempeñado por Evita en la crisis de octubre. Por empezar, no es posible olvidar que el hecho desencadenante de esa crisis había sido precisamente el nombramiento al frente del Correo de un hombre vinculado a Eva, Oscar Nicolini. Su promoción a ese cargo venía a remachar el dominio de Eva y sus seguidores sobre la propaganda del gobierno, un sector que era clave no solamente hacia afuera, para ganar consenso ante la opinión pública, sino también hacia adentro de las propias filas, donde el rechazo a la orientación que Perón le estaba dando al gobierno militar alcanzaba ya niveles alarmantes. Mucho se ha escrito sobre el mencionado incidente, al punto de que sobre él planea ya una suerte de cortina de humo, que convendrá disipar. Así, una de las mejores biografías de Eva sostiene que no existen pruebas de que ella hubiera influido en ese nombramiento, y que lo más probable es que fuera en realidad la consecuencia de la adhesión de Nicolini a la causa de Perón, unida a su condición de empleado del Correo hacía ya dos décadas.[62] De todos modos, no vale hacer mucho hincapié en las pruebas: dadas las modalidades con que Eva ejerció su poder, escribir su biografía limitándonos a las pruebas equivaldría a dejar en blanco página tras página. El argumento de los veinte años de servicio de Nicolini, el mismo esgrimido por Perón ante sus camaradas de armas que cuestionaban tal nombramiento, debe ser sometido a crítica.[63] Al hacerlo, resulta claro que no es suficientemente válido como motivación. Y es que, en realidad, la designación de Nicolini no fue meramente la gota que hizo rebalsar el vaso de la indignación que muchos militares sentían por la relación de Perón

con Eva, sino el gesto por el que se precipitó una crisis que venía incubándose desde tiempo atrás. Y tal crisis afectaba justamente el núcleo de la capacidad de Eva —y del mundo que giraba en su torno— para ejercer influencia política sobre el gobierno surgido de la revolución del 4 de junio; un gobierno, al fin de cuentas, del que los militares se sentían titulares y responsables.

Mientras tanto, hay que decir que la casi totalidad de los estudios o recuerdos personales sobre esos hechos encuentran indudable relación entre el nombramiento de Nicolini, la influencia política de Eva y la reacción del cuerpo de oficiales.[64] Para algunos de quienes presenciaron los acontecimientos, Perón cometió un craso error al nombrar a Nicolini: estando ya contra las cuerdas por la creciente oposición que encontraba en el país y fuera de él, e incluso en las propias filas del gobierno, no había vacilado, suponen, en allanarse a las pretensiones de Eva y de su familia, que cultivaban antiguos y sólidos vínculos con Nicolini. Al consentir en ello, Perón hizo flamear ante sus camaradas de armas el rojo pendón de la influencia política de su compañera.[65] En semejante contexto, era como incitarlos a que lo voltearan, cosa que en efecto hicieron. Pero es cierto que esa influencia, vista desde Campo de Mayo —la principal guarnición militar del país—, constituía un problema con diferentes aspectos. Había ante todo una cuestión ética, que afectaba de manera directa la imagen del gobierno: eran muchos los militares a los que desagradaban las ventajas profesionales obtenidas por Eva mediante el control de la película virgen cinematográfica, que estaba racionada, y menos aún. eran los que toleraban las ganancias que, *vox populi*, obtenía Juancito Duarte de sus transacciones en el mercado negro de combustibles.[66] Pero había también un problema político, a tal punto que fue precisamente entonces cuando Eva acentuó“su actividad política”, como diría Perón posteriormente, atacando a los adversarios que tenía en los cuarteles, a quienes acusó de traidores. Fue entonces también cuando Eva, producido el arresto de Perón, fue citada a la Secretaría de la Presidencia e intimada a volver a su profesión de actriz, y a olvidarse de la política.[67] Son conocidos los numerosos episodios recordados por el general Ávalos, que mucho habían contribuido a corroer en los cuarteles la figura de Eva: la ocasión en que, al asistir al juramento de un ministro, apoyó descuidadamente un brazo en el respaldo del sillón presidencial, o la forma en que Perón solía elogiarla por fútiles razones, dejando en sus camaradas la impresión de que estaba dominado por ella; o, en fin, el cada vez más nutrido grupo

de amigos y familiares de Eva con el que ella parecía querer tejer en torno de él una suerte de camisa de fuerza.[68] En suma, muchos oficiales consideraban que la influencia de Eva era ya de tal magnitud que había logrado poner una cuña entre Perón y el ejército, entre los pilares armados de la Revolución y el líder surgido de ésta; o bien, en un enfoque más general, entre el orden político que ese líder venía cultivando y la supervisión que los militares creían tener derecho a ejercer sobre el citado orden. Y a eso hay que añadir que Eva, con sus ambiciones y su corte de seguidores, no parecía sólo "separar" a Perón de sus orígenes, sino que también hacía de plataforma de elevación política y social para mucha gente nueva, hombres, grupos y factores de poder en los que los militares no ponían la más mínima confianza y que, además, se mantenían independientes de la influencia y la autoridad de los hombres armados.[69]

Por su parte, Eva no permanecía de brazos cruzados. Varios indicios permiten suponer que sabía lo que en su contra se urdía en los cuarteles, y que tomó sus medidas para prevenirse. Por ejemplo, Alejandro Lanusse, que por entonces era un joven oficial del ejército, fue arrestado en 1945 por ciertas críticas que hizo a Perón en el Colegio Militar, y más adelante descubrió que Eva misma había consultado, junto con el ministro de Guerra, su legajo personal.[70] En cambio, fue precisamente en esos momentos, durante las febriles reuniones sostenidas en el departamento de Perón, cuando nació el vínculo de Eva con Carlos Aloé, un oficial del ejército que estaba destinado a convertirse en uno de sus más fieles y obedientes colaboradores.[71] Es bien sabido también que, cuando el general Ávalos fue a casa de Perón para comunicarle que Campo de Mayo se oponía a la designación de Nicolini, hubo varias intervenciones de Eva en la discusión, incitando a Perón a que no se doblegara.[72] Como sea, Eva no quedó aislada en ningún momento, ni cuando Perón presentó su renuncia ni después, cuando fue llevado a Martín García, isla próxima a la costa uruguaya del Río de la Plata. Estuvieron junto a ella, y dieron pasos activos para suscitar alguna reacción a los acontecimientos, Mercante, Rudi Freude, Roberto Pettinato, Román Subiza y Eduardo Colom, con otros aliados del coronel.[73] Tampoco faltan testimonios de quienes afirman haber ayudado a que Perón y Eva conservaran sus contactos con el mundo exterior, en esos días negros para ella que precedieron al 17 de octubre. Otros dicen haberla visto arengando a grupos de trabajadores, y hay también dirigentes sindicales que pretenden haber estado con ella los días

que Perón pasó detenido.[74]

¿Fantasías? ¿Patrañas? ¿Ladrillos que algunos aportaban para la construcción del basamento en que se entronizaría el gran mito de Eva? Es probable que sí, al menos en parte. Es difícil decirlo, por la naturaleza misma de las fuentes de donde provienen esos testimonios; sin embargo, y aunque Eva mantenía buenos contactos con personalidades de influencia en la corriente nacionalista, no parece que sucediera otro tanto respecto del mundo sindical. Ello no quita que, en su conjunto, ese puñado de indicios haga plausible la idea de que Eva, entonces, no se retiró de la escena. Ni siquiera su supuesto viaje a Junín un poco antes del día 17, sostenido con pruebas bastante endebles,[75] necesariamente significaba una desesperación paralizadora, o la renuncia a recurrir a los numerosos contactos hechos con anterioridad. A los periodistas que le mencionaban a Perón, Evita les decía, por ejemplo, que éste había aceptado que lo detuvieran para evitar un baño de sangre; eso, al menos, fue lo que difundió una agencia noticiosa de Montevideo.[76] En el fondo era el propio Perón quien —escribiéndole desde Martín García una carta en la que algunos han creído ver mensajes en clave—[77] le pedía que no abandonara la lucha. También le aconsejaba allí establecer contactos con el juez Belisario Gache Pirán, con quien Eva tendría más adelante gran familiaridad, así como con el influyente amigo Román Subiza y con René Brossens, acaudalado hombre de negocios que había estrechado relaciones con Perón y Eva.[78]

Llegó así el 17 de octubre, la jornada en que "el pueblo" liberó a su líder y en el transcurso de la cual, según se ha dicho, quedó evidenciado para los argentinos el inicio de un movimiento y el nacimiento de una nueva era en la historia nacional. Los hechos de ese día han sido narrados infinitas veces; sería inútil, pues, volver a contarlos,[79] sobre todo porque no han surgido elementos nuevos. Limitémonos, pues, a Eva. El padre Hernán Benítez, citado hasta el cansancio, tal vez por su condición de religioso, como una especie de "oráculo de la verdad", sostendría después que Eva había desempeñado "un papel principal" en los acontecimientos de aquel día.[80] Ya hemos visto, sin embargo, que nada permitía hacer esa afirmación, al menos ateniéndonos a los hechos concretos del 17. A ese propósito es más creíble Cipriano Reyes, un protagonista de verdad, quien niega que Eva haya desempeñado papel alguno.[81] Pero su testimonio tampoco alcanza a disipar la espesa niebla que todavía cubre las acciones que Eva, sus contactos y los hombres que habían sido puestos por Perón en posiciones clave

pueden haber realizado para desencadenar o al menos facilitar lo sucedido el 17 de octubre.[82] Eso, sin embargo, importa sólo hasta cierto punto. En cambio, sí es importante extraer un par de conclusiones.

Lo primero que cabe decir es que, de algún modo, Hernán Benítez no falseaba la verdad al afirmar que Eva había tenido un papel principal el 17 de octubre. No porque se pusiera al frente de las masas, sino porque la influencia política que ella había adquirido al lado de Perón había sido justamente uno de los detonantes de la crisis, ya fuera por lo que en sí misma representaba o por la sombra que su presencia junto a él proyectaba sobre la revolución del 4 de junio. Esto parece quedar confirmado por el hecho de que ese 17 de octubre, cuando las negociaciones entre Perón y los militares alcanzaban el punto de ebullición y la Plaza de Mayo estaba ya llena de trabajadores, Eva debió esperar literalmente en la puerta, ya que no se admitió su ingreso en la habitación del Hospital Militar donde había sido internado Perón, de vuelta de Martín García. Ello era sin duda porque su presencia allí habría hecho que se materializara a ojos de los militares, y en el momento menos oportuno, aquel pendón rojo que, decíamos, los enfurecía como la muleta al toro de lidia.[83]

La segunda conclusión es que el 17 de octubre fue una victoria política no exclusiva de Perón: lo fue también de Eva. Y no, como lo quiere una visión en exceso novelesca, porque ese día haya nacido **la compañera Evita*, dispuesta a dar su vida por ese pueblo que le había devuelto al hombre que amaba,[84] sino porque el retorno de Perón a su sitial en el gobierno constituyó el primer acto de legitimación del papel político de Eva, que los militares debieron aceptar a regañadientes y del que los sindicalistas tomaron debida nota. Por eso, la más inmediata y sólida consecuencia de esa crisis fue el casamiento, por el que, según es sabido, ella venía presionando hacía ya tiempo. Fue el paso que regularizó la relación entre ambos, y que institucionalizó el vínculo político que los unía.

CAPÍTULO 3

De las bambalinas al poder. Eva y el nacimiento del primer gobierno peronista

De modo que Perón tuvo su apoteosis el 17 de octubre de 1945 y Eva, de manera refleja, tuvo también la suya. No se trataba sólo de que "el pueblo" hubiera liberado al coronel de su prisión, sino de muchos y, en verdad, más importantes motivos. Las bases sociales que él había buscado para la revolución del 4 de junio se habían materializado al fin; eso lo proyectaba como firme candidato en las elecciones presidenciales, que pronto fueron fijadas para febrero de 1946; además, su vínculo personal con los trabajadores, reciente pero muy firme, le daba una autonomía inédita respecto de las Fuerzas Armadas, auténticos genios tutelares del gobierno del que había salido. Los militares habían tratado de librarse de él pensando que su gobierno estaba ya en las últimas y en procura, por eso mismo, de no tener que sufrir también ellos esa derrota. Pero ahora que Perón volvía en medio de la euforia popular, quedaban a su merced, y tuvieron que reconocer que el honor y el prestigio de las instituciones armadas dependerían en adelante del éxito del hombre que pasaba a ser el heredero del régimen militar.

Lo dicho no significa que los militares estuvieran unidos en tal sentido. Entre ellos había quienes eran sinceros y entusiastas partidarios de Perón, y quienes sólo ponían buena cara al mal tiempo. Pero lo real es que todos, algunos con cierta ligereza y otros apretando los dientes, se hallaron pronto frente a aquello mismo que habían procurado evitar: una Eva dotada de influencia política. Ello se vio ya durante la campaña electoral y después, con mayores fuerza y capacidad de difusión, una vez que Perón venció su batalla en las urnas. No era todavía la influencia basada en la fidelidad popular que Eva tendría más tarde pero sí, de todos

modos, el creciente poder que le aseguraba su participación en lo que a la larga sería su más decidida actividad de carácter político: la designación de los cuadros que debían secundar a Perón.[1] Había empezado a cumplir esa función ya desde su primer encuentro con él. Tras el 17 de octubre de 1945, con su poder personal más sólidamente instalado y una mayor necesidad de asignar funciones, la intervención de Eva en ese sentido se acentuó de manera exponencial.

Pero, ¿de qué modo pudo alcanzar Eva tal influencia? ¿Por qué permitió Perón que llegara a tenerla, y por qué la ejerció ella precisamente de la manera indicada? Imposible sería dejar de aludir a su relación con Perón o a su temperamento tan característico, hecho de dinamismo, fogosidad, determinación y hasta prepotencia. En el fondo, eran evidentes ya en esa época los indicios de que Perón temía sus excesos temperamentales y procuraba contenerlos, ya fuera dándole el gusto o intentando ponerle límites.[2] Pero nos movemos en un terreno demasiado similar a las arenas movedizas como para confiarnos. Por eso, para comprender la importancia que revestiría la influencia de Eva —no solamente en esos momentos sino también más adelante— en la estructura misma del régimen peronista convendrá tentar otros caminos. Por empezar, se diría que a medida que el número de los seguidores de Perón se ampliaba con la inclusión de una cantidad cada vez mayor de políticos, sindicalistas, religiosos, militares y tantas otras esquirlas de un orden que había terminado por hacerse añicos, y que ahora tenía que ser reparado, surgía ante su vista el problema de cómo seleccionar dirigentes y cuadros capaces de actuar, primero en su naciente movimiento, y al fin en la propia administración pública. Necesitaba hombres que le atrajeran voluntades, sin llegar a convertirse ellos mismos en obstáculos opuestos a su poder; que le permitieran liberarse del control que sobre él venían ejerciendo los militares, sin por eso someterlo a otro control de signo diferente. Hasta entonces, los hombres con los que Perón había tenido que negociar eran en su mayoría personalidades de bien formado perfil, con un rico álbum de familia en qué basarse. En cambio, la dote que Eva le empezó a aportar poco a poco, o el acompañamiento que empezó a elegir para él, entre los muchos postulantes, estaba formada por hombres que presentaban la ventaja de haber sido “descubiertos” por ella, o a quienes ella había cooptado dentro de la tupida y creciente red de vínculos personales, familiares y geográficos que cultivaba. Esos hombres casi nunca tenían historia, carecían de autonomía y

de personalidad propia y habían sido reclutados sobre la base del mero criterio de la lealtad personal.[3] Por cierto, en esos primeros tiempos tales personalidades no podían prosperar más allá de cierto límite: el joven peronismo era frágil todavía, comenzaba apenas a desarrollarse y no podía darse el lujo de rechazar el vital aporte de políticos y sindicalistas con mejores y más antiguos pergaminos. Ya se verá, sin embargo, que con el tiempo se impondría cada vez más el criterio de Eva, y con él su capacidad de ejercer influencia sobre el peronismo todo, y sobre todos los ámbitos de la vida argentina.

Pero hasta aquí sólo hemos hablado de una cara de las dos, mutuamente complementarias, que presentaba la incipiente influencia de Eva. Fue precisamente entonces cuando comenzó lo que pronto pasaría a constituir una de las principales claves de las luchas y de la dinámica interna del peronismo, por lo común tan poco evidentes. A medida que la influencia de Eva sobre Perón y su participación en las designaciones políticas y administrativas iban haciéndose evidentes hasta para los más incrédulos o confundidos, surgió entre los distintos "clanes" peronistas una activa competencia por asegurarse la buena voluntad de ella. En la práctica, Eva pasó a ser algo así como un canal, cuyas aguas tarde o temprano deberían remontar muchos, por no decir todos, para subir por ellas hasta la cima misma del poder. Sintéticamente podemos decir que Eva empezó a transformarse entonces en una suerte de válvula, por medio de la cual el régimen peronista se ocupaba de elegir, expulsar o reemplazar un número cada vez mayor de sus efectivos. La mano de Eva era la que abría o cerraba la válvula con creciente arbitrariedad, y al actuar así acentuaba la atmósfera de temor e incertidumbre de la que tan frecuentemente se rodeaba, y que con el tiempo incrementaría su poder y el carisma de que gozaba. Es muy probable que, en esos momentos, Perón le permitiera hacerlo para ganar en autonomía respecto del dividido ejército de sus seguidores, de los cuales tenía razón para no fiarse; pero también es cierto que quien en gran parte se ganaba tal autonomía era Eva misma; así fue tomando poco a poco en sus manos los hilos de la nueva "clase dirigente".

1. El poder sin la gloria. Rumbo a las elecciones

Es poco, pero muy significativo, lo que se sabe de la actuación de Eva en esa campaña presidencial que Perón ganaría contra todos los pronósticos. De todos modos es suficiente para robustecer el

perfil que hemos trazado. Fue entonces cuando se inició la asidua visita a la casa de Perón por Héctor Cámpora, un oscuro dentista que provenía de la misma zona de la provincia de Buenos Aires de la que venía Eva; ganando las simpatías de ella, Cámpora iba a obtener un salvoconducto para su fulmínea trayectoria política. En aquellos encuentros febriles, en medio de una carrera contra el tiempo para reagrupar el heterogéneo consenso de que disponía Perón a favor de su candidatura, Eva expresaba sus preferencias y aversiones personales, que tiempo después serían "promociones o caídas en desgracia".[4] Ya debía ser evidente lo mucho que contaban sus opiniones en diferentes ámbitos, si hubo quien llegó a pedirle la remoción del **interventor* del gobierno central en cierta provincia, culpable de no poner mucho celo en la campaña peronista. Parece también que Eva intuía ya cuál era la portentosa fuerza en la que debía abrevar a pleno: era "el pueblo", puro e inocente por definición, digno de ser invocado a cada momento contra políticos y funcionarios.[5] Era como si en ella hubiera llegado a ser connatural —y no por cálculo político, sino en función de una vaga concepción del mundo, asimilada por Eva en los ámbitos donde había crecido— la esencia más íntima del populismo: la contraposición de la imagen del pueblo soberano con cualquier presunto obstáculo que se interpusiera entre ese pueblo y su líder. Tampoco se manifestaba sola tal contraposición; al contrario, iba acompañada de un visceral rechazo por las complicadas maquinaciones de la clase política, y de una natural atracción por la simple y maniquea diferenciación entre el pueblo y sus enemigos, entre bien y mal, amor y odio; actitud que era hija de un evidente y dicotómico imaginario religioso. Sin hablar, claro, de su innata hostilidad por las instituciones y relaciones abstractas e impersonales, típicas de la modernidad, ante las cuales alzaba como contrafigura su espontánea vocación por tejer vínculos personales, familiares, comunitarios.[6]

Eva atravesó, pues, una etapa de transición y aprendizaje que duraría toda la campaña electoral. En contraste con su creciente peso en las habitaciones donde Perón y sus colaboradores, boyando entre políticos y sindicalistas, iban "cocinando" el nuevo movimiento político peronista, la proyección pública de su influencia era todavía escasa pero ya, de todos modos, indigesta. Entre su inadvertida presencia al lado de Perón en el palco desde el cual él arengó a la multitud, el 14 de diciembre de 1945, y la catarata de chiflidos que le impidió usar de la palabra ante las veinticinco mil mujeres que se habían reunido para escuchar a su

marido, no puede decirse que Eva estuviera incluida ya en la liturgia pública del peronismo naciente.[7] Símbolo de esa condición todavía híbrida parecen ser las reminiscencias de Isabel Ernst, la joven secretaria de origen alemán que Evita había "heredado" del coronel Mercante. Los miembros de una delegación obrera le habían expresado a Isabel su malestar por el hecho de que una actriz, esto es, una mujer de profesión poco recomendable, fuera la esposa de Perón. Ese solo hecho dice ya mucho sobre los numerosos pasos que Eva debió dar para ganarse la confianza de los obreros, y explica también su alejamiento del mundo del espectáculo, en un intento por erradicar hasta la menor huella de lo que había sido su pasado. Pero, a la vez, Isabel temblaba ante la sola idea de tener que poner a Eva al tanto del episodio, lo que demuestra que quienes la rodeaban eran plenamente conscientes del poder que ella tenía, y sentían temor por sus posibles reacciones.[8]

Por lo demás, es bien sabido que Eva pesaba ya e intervenía sin temor en las más delicadas cuestiones políticas; al menos lo hizo en algunas que causaron estrépito, lo cual hace suponer que tampoco dejaría de hacer oír su voz en otros casos menos notorios.[9] Lo sabemos, sobre todo, por la auténtica batalla política que desencadenó a propósito de la fórmula partidaria para la gobernación de la provincia de Buenos Aires, que en importancia relativa dentro del país cedía sólo a la candidatura presidencial. En esa batalla, Eva se expidió a favor del coronel Mercante, y en contra del abogado Juan Atilio Bramuglia. Lo hizo por razones de simpatía y desacuerdos personales pero también, sobre todo, porque la lealtad de tipo militar de Mercante hacia Perón le habría parecido más confiable que lo que auguraba el perfil de un hombre como Bramuglia, independiente y bien afirmado en el mundo sindical.[10] Lo concreto es que los compromisos asumidos por Perón con los radicales de la fracción **renovadora*, los que habían tomado partido por su candidatura, no fueron suficientes para cumplir con su palabra de darles la conducción de la provincia más importante. A Eva no le pareció bastante la solución de compromiso que su marido le proponía. De hecho, el asunto fue motivo de violentos altercados entre los dos, en los que Eva se impuso, y con ella Mercante y los dirigentes obreros del recién fundado partido laborista, causando gran humillación e ira en las derrotadas filas ex radicales.[11] Nada de esto significaba, claro, que, en la dura pulseada entre laboristas y radicales por ocupar los lugares disponibles en las listas de candidatos, Eva prefiriera a

unos por sobre otros. Ella golpeaba a dos puntas porque, mientras oponía su veto a la candidatura de Bramuglia, también insistía ante Cipriano Reyes en que era necesario “radicalizar” la provincia de Buenos Aires.[12]

¿Es concebible que Eva actuara por cuenta de Perón, que fuera el dócil instrumento con el que él trataba de imponer orden en la turbulenta tropa que le prometía su voto? No cabe excluir tal posibilidad, pero tampoco tomarla como la exacta realidad. Más allá de que se contara con testigos que hablaron de los violentos choques habidos entre ambos,[13] lo cierto es que, al proceder de ese modo, Eva ascendía por la escala del poder político, y tomaba para sí funciones que ya no resignaría. Es muy claro que al actuar en provecho de Perón también lo hacía en beneficio propio, y para garantizarse la posición que había ganado al lado de él. Trabajaba por Perón, sin duda, pero al mismo tiempo por ella misma; hasta tal punto que a partir de determinado momento pareció incluso querer monopolizar a su marido, imponerse como imprescindible mediadora entre él y el mundo exterior. Por eso procuraba separarlo de su pasado, y daba grandes escándalos cada vez que salía a luz algún residuo de otra época; por eso trataba de imponerle figuras en cuya lealtad confiaba, y de alejar de su lado a las que le inspiraban desconfianza; por eso también situó a su lado a Juan Duarte, su hermano, que desde principios de 1946 empezó a seguir a Perón como una sombra y que, según algunos, vigilaba hasta sus conversaciones telefónicas.[14] Pero ante todo se las arreglaba para asumir funciones que él, obligado por nuevos y más exigentes compromisos, no podía ya llevar a cabo. Así es que ya antes de que se celebraran las elecciones de febrero de 1946 se instaló en un pequeño despacho adyacente a la Secretaría de Trabajo y Previsión, donde Domingo Mercante e Isabel Ernst procedieron a instruirla y a hacerla entrar en el mundo sindical, verdadero corazón del movimiento surgido el 17 de octubre.[15]

Más allá de lo dicho, hay que puntualizar también que Eva deseaba estar presente, aparecer, figurar. Ciertamente no se conformaba con permanecer tras las bambalinas. Deseaba ser reconocida y respetada, obedecida y aun temida, y eso a tal punto que no escatimaba subterfugios, desde el de tutear a quienes podían sentirse irritados por esa familiaridad, ministros incluidos, hasta el de imponer el trato “de usted” a su secretaria personal, como signo de lejanía y de subordinación.[16] Y sobre todo decidió participar activamente de la campaña electoral, gran novedad para una mujer, para el país y para la época.[17] Más adelante, Perón

recordaría que Evita trabajó día y noche en la campaña, y "hablando en todas partes", aunque esto en realidad no era cierto. Pero aunque no haya pronunciado discursos, es la pura verdad que se pasaba el tiempo saludando a la muchedumbre, mientras el marido la llamaba a la calma; así conoció sus primeros, embriagadores, baños de multitud, los primeros homenajes políticos que se le rendían y los primeros cánticos a coro, a ella exclusivamente dedicados. Así vivió también por primera vez la experiencia de que bautizaran algo con su nombre, una práctica que a poco sería pan de cada día.[18]

2. Las glorias del poder. Elecciones

Perón ganó las elecciones celebradas el 24 de febrero de 1946 y, de ese modo, después de haber ejercido el poder en el seno del régimen militar, se aprestó a ocupar la presidencia constitucional de la Argentina. Su estrategia política había vencido, su política social había rendido sus frutos: la mayoría de los argentinos varones y adultos, ciudadanos con derecho a voto en aquellos comicios, los obreros en primer lugar, lo había votado en elecciones limpias. Ya estaba salvada la revolución del 4 de junio, y el honor de los militares había sido preservado; la vieja Argentina liberal quedaba ahora a la intemperie, y con ella la pretensión estadounidense de extender su hegemonía a todo el continente. Desde luego, la navegación que ahora se emprendía debería transitar una ruta llena de escollos. ¿Cómo imponerse sobre una tripulación heterogénea, en la que ya se incubaban los primeros gritos de rebelión? ¿Cómo gobernar la nave en un medio colmado de violentos conflictos entre políticos y sindicalistas, donde el único sector que ofrecía una ideología y el aporte de un grupo de intelectuales era el de los nacionalistas, todavía ebrios de fascismo? Y por lo demás, ¿cómo conjugar todo eso con la atenta supervisión que ejercerían las mayores corporaciones, el ejército y la Iglesia, que habiendo ayudado al nacimiento del nuevo régimen se erigían ya en sus custodios? Había que organizar, unir, consolidar la propia tropa y el país entero, imponiendo una férrea conducción; aprovechar la coyuntura favorable para industrializar la Argentina, de modo de volverla realmente soberana y poderosa; aventar el fantasma de la revolución comunista, inspirándose en los principios de la doctrina social de la Iglesia; reunir a las naciones latinas y católicas en torno a un tercer camino que debía trazarse al margen de los dos bloques nacientes de la guerra fría. A

todas esas tareas decidió dedicarse Perón; no en vano había sido hecha una Revolución.

Para la Argentina, para Perón y para una Eva ardiente de entusiasmo y ebria de éxitos, fue aquella una época de grandes proyectos, y de ambiciones aun más grandes. Una época en la que ella se preparó no menos que su marido para gobernar. Tal es, sin más, la imagen que se obtiene tras recomponer dificultosamente el rompecabezas de las acciones que Eva cumplió durante el lapso entre las elecciones de febrero y el momento de asumir el mando, el 4 de junio de 1946. Es la imagen de una mujer poderosa ya, pero llamada a un brusco salto de nivel, a pasar de ejercer ese poder puertas adentro, en las habitaciones donde se dirimían las pequeñas y grandes broncas entre peronistas, a hacerlo en el gran escenario nacional y hasta en el del mundo, y ante un público ciertamente más amplio que el que hubiera podido ambicionar reunir en su vida de artista.

Muchos eran ya conscientes de que Eva, sin ser todavía célebre, era en verdad poderosa. Los ecos de ese poder fueron suficientes para poner a Eva en las páginas de *Newsweek*, semanario norteamericano en el que se la describía como la personalidad que más influencia ejercía sobre Perón y sobre la formación del primer gabinete de éste.[19] Es bien sabido además que, como siempre, tomaba parte activa en las discusiones políticas en general, y en las que se relacionaban con nombramientos en especial.[20] Nadie lo ha recordado mejor que Lillian Lagomarsino de Guardo, que por un par de años fue su apoyo y casi su sombra. Antes de presentarla a Eva, su marido Ricardo Guardo, que pronto sería presidente de la Cámara de Diputados, le advirtió que no le hablara de sus hijos a la primera dama: “ella es absolutamente política”, dijo. Y de hecho, aquella primera comida con Eva transcurrió en encendida discusión sobre quiénes ocuparían ministerios y secretarías.[21] Llegados a este punto, no parece que lo dicho sea una sorpresa que merezca gastar más palabras de las ya escritas; más importante es, en todo caso, ocuparnos (a través de indicios, recuerdos, anécdotas, testimonios dispersos, en fin de lo que haya) de dónde ejercía Eva su poder, cómo lo ejercitaba y sobre quiénes. Y lo que puede deducirse es que, si bien el poder de ella era hijo del de Perón, el radio de acción en el cual se difundía hacía de él un fenómeno independiente, la suma de las atribuciones personales de una mujer que se movía con gran libertad y autonomía en los pliegues más íntimos del peronismo y que, con el poder que tenía y la forma en que lo ejercía, contribuía ya por entonces a moldear

el perfil de este movimiento. ¿Era un poder funcional a los intereses de Perón, que él delegaba en ella por falta de tiempo, y para no tener que dejarlo en otras manos, más dudosas?[22] Puede que sí, aunque no siempre; y en todo caso, eso no sería obstáculo para que ella ejerciera tal poder en primera persona, no por delegación, ni tampoco para que, como ya se ha dicho, terminara por apropiárselo de manera estable. ¿Perón podía privarla de él en cualquier momento? En teoría, sí, aunque seguramente cada vez menos y a un costo cada vez más alto, a medida que ella acumulaba cuotas de poder y recogía los correspondientes frutos.

Algunos ejemplos ayudarán a entender lo que de otro modo puede parecer abstracto. En relación con las universidades, bien conocido reducto de batallador antiperonismo, tenemos el caso de Antonio Cafiero, un joven estudiante de economía que años después sería ministro de Perón, quien para pedir el castigo de los estudiantes en huelga se dirigió directamente a Eva.[23] En la Secretaría de Trabajo y Previsión, según quienes entonces la frecuentaban, ella mandaba ya con plenos poderes.[24] En el mundo del espectáculo circulaba una lista negra de artistas víctimas de Eva, y cuando un grupo de personalidades del medio se dirigió a ella para obtener el regreso del famosísimo cantante español refugiado Miguel de Molina, que tiempo atrás había sido expulsado por "inconducta", Evita empeñó su esfuerzo en ese sentido a cambio de que el artista se aviniera a presentarse en el festival artístico en celebración del 1º de mayo, una de las fechas clave de la naciente liturgia peronista.[25] En el ámbito vasto y crucial de la acción social, por fin, Eva no dio satisfacción a las damas de la Sociedad de Beneficencia, antigua institución caritativa en manos de las matronas de la aristocracia **porteña*, que al parecer se dirigían a ella como último recurso para intentar librar a su organización de la intervención del gobierno; ciertamente, ella abrigaba muy distintas ideas al respecto.[26] Y así podríamos prolongar la lista de los ámbitos en los que penetraba la influencia de Eva, amplios algunos y otros más limitados. Lo que importa más, sin embargo, es captar las modalidades. En efecto, todo induce a sostener que en este plano Eva no produjo saltos de nivel ni introdujo cambios sustanciales; que ni siquiera la desmesurada ampliación del ámbito de su acción, ni las posibilidades de hacer sentir su peso en decisiones que exigían organización, planificación, diplomacia y una escrupulosa selección del personal, lograron que bebiera en otras fuentes que las ya bien conocidas y magistralmente usadas por ella: las

relaciones personales, la primacía de la lealtad por sobre la eficiencia, de la obediencia por sobre la autonomía, de las personas por sobre las instituciones. En cierto modo, es posible incluso anticipar que el poder de Evita y su modalidad de ejercerlo empezaban a representar por entonces un poderoso obstáculo a la institucionalización estable del régimen peronista; un tema sobre el que habrá que volver.

En sus numerosos y diarios encuentros con Mercante, por ejemplo, Eva no se preocupaba por aprender el manejo de la Secretaría de Trabajo y Previsión que aquél le traspasaba. Mucho más le interesaba saber quiénes iban a esa dependencia, y cuáles eran sus requerimientos específicos.[27] Pero la que sobre todo se ampliaba y se volvía más tupida en el movimiento peronista, en el gobierno, en torno de Perón, era su red de lealtades personales. Sinceras y devotas a veces, y otras veces ambiguas e interesadas, pero siempre y en todo caso lealtades, vale decir, lazos de peso político o económico creciente, cuyos hilos estaban principalmente en manos de ella, y cuyas claves ella dominaba. Junto a Perón estaban ya, incorporados como personal estable en calidad de secretarios privados, encargados del manejo de su agenda, es decir, de la gente que él recibía, el hermano de Eva, Juan Duarte, y Rudi Freude, el joven hijo del millonario Ludwig Freude, quien en las duras jornadas de octubre de 1945 había ofrecido protección a Eva, y que ahora preparaba para ella una fastuosa fiesta de cumpleaños, antes de ocuparse de organizar la venida a la Argentina de numerosos jerarcas alemanes fugitivos.[28] Por otra parte, ya estaban unidos también con Eva —tanto como con el mismo Perón— por lazos de fidelidad política y de trato frecuente, los dos pilares peronistas del Congreso recién reinaugurado. Uno era Ricardo Guardo, el presidente de la Cámara de Diputados, intransigente transmisor de las directivas emanadas del Presidente de la República, en milagroso ejercicio de servicio a dos gobiernos a la vez, el de Perón y el de Eva;[29] el otro era Rodolfo Decker, el jefe de la bancada peronista en Diputados, tan extremado defensor de Eva que llegaría a desafiar a duelo a algunos legisladores radicales.[30] Otro que por entonces se convirtió en estrecho admirador de Eva, y tal vez también de las enormes ventajas que su amistad y su influencia podrían procurarle y de hecho le procuraron, fue Alberto Dodero, una figura clave de aquel peronismo todavía inmaduro. Dodero, uno de los escasos hombres de negocios que habían trepado al carro de Perón, era un armador rico y esnob, que lograría del gobierno negocios de oro para su

flota naviera, y que a Eva le aseguraría, aparte de esa pátina áurea del mundo al que él pertenecía, y de otras relaciones con miembros de ese mundo, lo que ella más ambicionaba y necesitaba: dinero para los fines que se proponía y las obras que pensaba emprender. Así lo confirmó poco después el generoso aporte que Dodero hizo a la larga gira de Evita por Europa.[31] Pero convendrá que por ahora nos detengamos aquí, en estos pocos pero significativos ejemplos que permiten hacerse una idea no solamente del poder que Eva ya estaba ejerciendo en el momento de llegar Perón a la presidencia, sino también de su naturaleza y calidad.

3. Viejas ideas y nuevas acciones

Antes de proseguir en el análisis del surco que Eva trazó en su ascenso político, conviene que nos detengamos a evaluar dos aspectos clave que hasta ahora han permanecido para nosotros en la penumbra. El primero es el universo de ideas en que daba muestras de inspirarse para el ejercicio de su poder y en el curso de sus primeras apariciones públicas. El segundo es el nacimiento de su acción de ayuda social, o su vocación, si se quiere: el eje básico de su futura popularidad, de su obra y de su mito. Por lo que se refiere al primer punto, al mundo ideal de Eva, no caben dudas de que los primeros discursos oficiales que leyó reflejaban el pensamiento de quienes se los habían escrito, y el universo de valores del que tanto ellos como la propia Evita se nutrían.[32] Ese universo era el de un nacionalismo católico que presentaba muy variados matices, pero estaba sólidamente anclado en un núcleo central férreo: la concepción organicista de la sociedad, que se situaba en las antípodas de la liberal-iluminista. En tal pensamiento se veían reflejados, por un lado, el mundo intelectual de los pocos ideólogos de aquel peronismo naciente y, por otro, la concepción que, como se ha visto, compartía la mayoría de los argentinos de extracción popular, entre ellos la propia Eva. Hay huellas evidentes de esto en sus frecuentes invocaciones a las instituciones “naturales”, y en especial a la familia como “sagrado recinto”, como “célula social donde los pueblos se incuban”; incluso en sus apelaciones a la necesidad de promover y salvaguardar la natural armonía del organismo social mediante la ayuda a los más débiles y a los olvidados; por fin, también en sus llamadas de alarma ante el peligro que amenazaba la unidad y la salud del cuerpo social, por ejemplo las “ideologías extrañas” que

al incitar a la huelga se proponían poner a la nación de rodillas.[33]

Ya desde entonces, el verdadero instintivo resorte de la vocación social de Eva residía en ese núcleo ideal, en el que la política quedaba supeditada a un universo religioso de valores que aspiraban a realizarse dentro de un orden social orgánico y armónico. La prueba está en que ella, con el tiempo, fue modificando ese núcleo e interpretándolo de muchas y muy diferentes maneras, sin perder nunca de vista la sustancia y la unidad originarias. No interesa aquí en qué proporción se dedicaba Eva a la acción social para honrar su sincero "amor" por los trabajadores y los desheredados, y en qué proporción lo hacía por haber tenido la agudeza suficiente para captar la auténtica y más vital fuente de poder, consenso y glorificación. Lo que realmente importa es que a esa acción empezó a dedicar, antes incluso de la llegada de Perón a la **Casa Rosada*, una parte creciente de su tiempo y sus energías, instalándose en la Secretaría para aprender de Mercante lo relativo a su gestión, preocupándose de que el flamante ministro del ramo, José María Freyre, fuera un fiel ejecutor de sus directivas y empezando a visitar fábricas y a recibir delegaciones gremiales.[34] A todas esas actividades quiso dedicarse personalmente, rodeándose de personas de confianza y cuidando no dividir ni negociar su poder. Por lo demás, pronto sumó otras actividades estrictamente asistenciales, como los actos de distribución pública de alimentos, ropa y juguetes,[35] mediante los cuales puso Eva las primeras bases del personaje que estaba modelando en torno de sí misma. Ese personaje asumía el papel de "rostro benéfico del poder" que, disponiendo como cosa propia de los bienes públicos, los distribuía a manos llenas entre los ciudadanos, en señal de una nueva epifanía; o, mejor, que sintetizaba en su figura y su acción la conjunción perfecta entre el Estado y la nación, entre el poder y el pueblo, entre las autoridades y la comunidad. Un proceso típico de los populismos y que conllevaba enormes riesgos, en los que precisamente caería después el peronismo con frecuencia cada vez mayor; por ejemplo, el de absorber la nación en el Estado, invocando su unidad y su identidad, o el de asimilar el Estado a quienes lo conducían, en nombre de la perfecta sintonía de éstos con la soberanía popular.

Puede darse por cierto que Eva, al actuar así, combinaba genuinidad con artificiosidad, vocación con construcción. No puede haber duda de que creía en lo que estaba haciendo, pero tampoco de que no se privaba de nada que pudiera servirle de eco de sus acciones, y le permitiera hacer de ellas instrumentos de

consenso y poder. Así, ya en el gobierno, nació la espectacular Subsecretaría de Prensa de la Presidencia, favorecida con un presupuesto cuantioso y que contaba con un ejército de operadores, bajo la aguda y cínica supervisión, en el aspecto estrictamente de difusión, de un hombre que estaba entre los menos visibles del régimen peronista pero era también uno de los más temibles, y con quien Eva tendría desde entonces una relación de todos los días: Raúl Alejandro Apold.[36] En él, Eva halló no solamente un hombre fiel, y tan consciente del beneficio que para él representaba la fidelidad que no vacilaría en seguir sus instrucciones, por más que implicaran actos de censura, despidos o represalias para con la prensa poco complaciente; encontró en él también y sobre todo al astuto *regisseur* de su imagen, es decir, de su desbordante popularidad. Por otra parte, de tal imagen se ocupó la propia Eva con extremo cuidado, procurando en lo posible no diluir su neto perfil de mujer "humilde" y "del pueblo" que solía invocar en cada discurso, aunque eso significara renunciar a la sutil y comprensible satisfacción de acudir a la invitación de alguna anciana dama aristocrática, de las que conocía bien el desprecio que alentaban hacia ella. Lo hacía para no perder, a ojos de sus **grasitas*,[37] el halo que la caracterizaba. Pronto no hubo discurso de Evita, ni visita suya a un hospital, una escuela o una fábrica, ni acción de patrocinio de un acto social o deportivo, que Apold no se encargara de divulgar, día tras día, a través de la cada vez más amplia red de diarios y revistas controlados por el gobierno. La información se acompañaba, claro, con atrayentes y bien seleccionadas fotos de la **Primera Dama*, que así entraba en los hogares de los argentinos y amplificaba hasta el infinito los ecos de sus primeras y todavía acotadas actividades.[38]

4. El poder y la gloria

Puede decirse pues que el 4 de junio de 1946 Perón asumió junto a Eva la conducción del gobierno. Esta afirmación, así formulada, podrá parecer desmesurada, una exageración de lo estrecho de su connubio político; sin embargo, lo es sólo en comparación con el carácter aun más bicéfalo que el ejercicio del poder peronista alcanzaría en el futuro. Ya desde el comienzo era una constante la presencia de Eva al lado de Perón, a veces sencillamente *en lugar* de Perón. No se trataba sólo de que, en su carácter de **Primera Dama*, ella lo acompañara al Congreso, a las misas de campaña para los soldados en época de Pascua, a las peregrinaciones a la

basílica de Luján o a los actos de recepción de nuevos embajadores. En esos actos, Evita era frecuente concurrente y activa protagonista, y no se limitaba por cierto a asumir en ellos una representación simbólica.[39] En su ya consolidada función de socia política de Perón, estaba a su lado el día de la asunción de Mercante como gobernador de la provincia de Buenos Aires, cuando estalló la riña con los seguidores de Cipriano Reyes; lo estaba también cuando Perón ordenó por radio la total reorganización de las fuerzas peronistas, y la caducidad de todos los cargos en las distintas organizaciones que hasta entonces las componían;[40] en fin, lo estaba en todo momento clave y de máxima dramaticidad, durante esos primeros pasos del peronismo en el poder. Muchos testimonios, con frecuencia de origen peronista, dan a entender que en el período de oscuras maquinaciones en que nació el primer gobierno de Perón la intervención de Eva fue decisiva en más de un caso. Se habla, por ejemplo, de la decisión de no dar el cargo clave de ministro del Interior al detestado Bramuglia, que había aspirado a él. Quien lo obtuvo, en cambio, fue Ángel Borlenghi.[41] También se aseguró Evita de que la cartera de Trabajo fuera ocupada por el poco sólido Freyre; hizo otorgar el flamante Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública a un católico nacionalista, el doctor Ramón Carrillo, cuyas credenciales profesionales para ocupar el cargo eran sin duda inmejorables, pero no menos que las personales (había sido testigo en el matrimonio civil de Perón y Eva);[42] se ocupó de que el abismo abierto en Santa Fe por el suicidio del gobernador electo fuera colmado según sus deseos, y así por el estilo.[43] Como se ve, Eva participaba del gobierno y de la vida política del movimiento peronista en todos los niveles. Puede decirse que ya su poder era lo bastante extenso para resultar evidente a todos aquellos que ocupaban puestos de dirección, quienes no obstante debían tener menos claro por dónde pasaba, si es que lo había, el límite entre el poder de Perón y el de su esposa. Lo cual es muy comprensible, por la condición vaga e indefinida de esa frontera.

Pues en efecto, el trazado de tan delicada línea limítrofe no era lo que podría llamarse indeleble. Lo único cierto de esa línea no era el nexo que tal vez había imaginado Perón, sino el límite entre dos diferentes esferas de influencia. Y si nos remitimos a los recuerdos de Ricardo Guardo, que en esos momentos se contaba entre los más íntimos del matrimonio presidencial, habrá que aceptar que Eva empezó de inmediato a correr ese límite a su

favor, con una política de hechos consumados que tal vez no fuera planificada, pero no por eso resultaba menos eficaz.[44] Un episodio típico fue la convocatoria imperiosa que hizo Eva a los ministros, de que se presentaran sin falta en su despacho. Un gesto elocuente por sí mismo pero que lo sería aun más porque, como recordó después Guardo, coincidía con la reunión de gabinete planeada en la **Casa Rosada*. Que el gesto haya sido permitido por Perón permanece, como las razones que podrían haberlo llevado a permitirlo, en el terreno de las elucubraciones sin término posible, a caballo siempre entre la historia y la psiquiatría, el espionaje y el conspiracionismo.[45] Hasta sería lícito hipotetizar la existencia allí de un calculado juego de partes, con el que Perón se propusiera reducir la presión militar sobre su gobierno con la implícita amenaza de "aflojarle las riendas" del poder a la odiada Eva. Y es verdad que, según Guardo, los ministros militares estuvieron aguardando en vano en esa ocasión el comienzo de la reunión de gabinete, y se marcharon de allí furiosos. Pero entramos en el ámbito de las ilaciones imposibles de verificar, a las que es preferible oponer algunas consideraciones puntuales. La primera de ellas, que ya hemos visto, es que, más allá de los cálculos que pudiera haber hecho Perón, el poder que ella venía acumulando sería ya suyo para siempre, sin que pudiera pensarse en traspasarlo a quien, en teoría, era su posesor originario. La segunda consideración es que la cuerda así tendida entre Eva, por un lado, y los militares, en el otro extremo, estaba lejos de conceder a Perón el ventajoso papel de mediador. Nada de eso; constituyó desde el principio una amenaza de estrangulamiento, y obligó a Perón a ejercer continuos y desgastantes ejercicios de equilibrismo, aunque sólo fuera por el hecho de que Eva había pasado a ser, ya en sus primeros pasos, el canal empleado por la base obrera del peronismo para reforzar su poder, en detrimento del ala militar. Ello acentuaba la popularidad del régimen pero al mismo tiempo corroía la compleja estructura corporativa cuyos hilos quería manejar Perón. En fin, Eva, con su incipiente poder, estaba plasmando ya un peronismo esencialmente diferente, y en ciertos aspectos hasta amenazador para lo que constituía la orientación de Perón. Y aquí es del todo irrelevante determinar si ella actuaba por pasión o por ambición, con mayor o con menor conciencia de lo que sucedía.

Quien tomó nota de todo esto, y refirió los diferentes aspectos a la cancillería de su país, fue Wladimir D'Ormesson, el embajador de Francia. Lo hizo en tono arrogante si se quiere, empapa do de

ácida ironía hacia el cardenal Copello y su entusiasmo por ese nuevo “hombre de la Providencia”, de amargo desprecio por ese Con greso que le recordaba los parlamentos del fascismo italiano pero, en sustancia, con agudeza suma.[46] De regreso de la ceremonia de asunción del mando presidencial comentó que había recibido la impresión de asistir a la “apoteosis de una pareja” y no de un hombre, con Eva instalada frente a Perón en el recinto de la Asamblea Legislativa en actitud de ser ella, o poco menos, quien presidía aquel encuentro. D’Ormesson se había enterado de que el poder de esa Eva ensoberbecida había suscitado ya un altercado entre Perón y el general Farrell, que le transmitía la banda presidencial. El hombre con cuya protección había recorrido Perón el camino que lo había traído hasta allí se sentía también lastimado, como sus camaradas de armas, por el fulmíneo ascenso político de la mujer del presidente. Por lo demás, ninguno de los aspectos del poder que exhibía esa joven advenediza de la política, ni de su forma de ejercerlos, podía resultar grato al austero embajador galo, ni en verdad a la mayoría de sus colegas. Puede que el regalo personal con que Perón y Eva agasajaron a cada uno de los casi trescientos comensales de la gran cena de gala del 8 de junio —un juego de reloj de oro, aros y prendedor, destinado a las esposas— les resultara grato, pero al mismo tiempo los incomodara. Muchos consideraron el gesto un exceso de lujo, un enorme derroche de dinero y un ramplón ejemplo de mal gusto, en un mundo que todavía padecía la miseria debida a la guerra. Se dijo entonces que el financiador de la iniciativa, no muy en consonancia con un hombre un poco espartano como Perón, había sido Alberto Dodero. Lo cierto es que muchos se preguntaron si la intención de Eva habría sido ganarse la buena voluntad del cuerpo diplomático, o más bien la de refregarles en la cara la opulencia de la Argentina peronista. Cualquiera que fuera la hipótesis preferida, no sería precisamente un aporte a favor de su imagen personal, ni a la de su país.

CAPÍTULO 4

El aprendizaje de Eva. De lo político a lo social, y regreso

Lo visto y señalado hasta aquí permite extraer ya algunas conclusiones sobre los comienzos de la historia política de Eva, no muy habituales en las biografías que se le han dedicado. La primera de esas conclusiones es que la acción social que ella emprendió masivamente en cuanto llegó Perón al poder —y en la que se apoyan sólidamente su popularidad y su mito— fue la "hija" y no la "madre" del poder político que venía ejerciendo ya desde antes. La segunda es que ni en el análisis ni en la valoración es posible separar aquella acción social de su actividad política. Por fin, la tercera conclusión, a la que ya hemos aludido, es que, por medio de ese precoz entrelazamiento de acción política y acción social, Eva imprimió al régimen y al movimiento peronistas, desde el principio, su marca peculiar, no del todo coincidente con los rasgos que a su vez le estaba imprimiendo Perón, pero que, con el tiempo, penetraría cada vez más a fondo en todos los ámbitos de la vida nacional.

1. La justicia social de Eva

La acción social de Evita se inició con tan intenso ritmo y en tan diversos frentes, a partir del día mismo del ascenso de Perón a la presidencia, que no pueden quedar dudas de que él previó y avaló esa intervención. Perón ansiaba mantener vivo el entusiasmo de las masas hacia su gobierno, y estaba conforme con que esa tarea quedara en manos de ella, de quien no podía temer rivalidades ni cálculos políticos; de ella que, por otra parte, ya había dado muestras de saber imponer su autoridad a la poco disciplinada tropa peronista. Hemos visto ya que Eva se estaba preparando con la ayuda de Isabel Ernst y del coronel Mercante, por lo que

apareció muy natural que ya en julio de 1946 empezara a recibir a las representaciones gremiales en Buenos Aires, en sus oficinas del Correo Central, en la Casa Rosada y hasta en la residencia presidencial, lugares todos en los que siempre estaba dispuesta a atender los pedidos de los trabajadores, en representación de Perón;[1] en una posición, conviene hacer notar, que era casi de intermediaria esencial entre el pueblo y su soberano, o entre los fieles y alguna divinidad, en un contexto en el que la turbulencia de los años recientes había barrido gran parte de los frágiles canales institucionales que podían conectar a la sociedad con el Estado, al pueblo soberano con sus representantes. En ese sentido, Eva empezaba a ocupar en el régimen la posición clave de quien transmite al rey las necesidades de su pueblo, y al pueblo la voluntad del rey, hasta volverse fundamental tanto para el rey como para el pueblo. Y junto a esa posición ocupaba también el lugar que en el imaginario religioso de gran parte de los seguidores de su marido equivalía al de la Virgen: el de introductora ante la divinidad, de puerta abierta a la salvación, de camino para la liberación de los pecados y los sufrimientos, y para la purificación del cuerpo y del espíritu.[2]

Más allá de los citados elementos clave de su figura y su función, a los cuales deberemos volver, lo que más impresiona de aquel primer año de gobierno junto a Perón no es sólo la enorme cantidad de actividades sociales de distintos géneros que promovió o a las que asistió, sino sobre todo el portentoso crecimiento de su imagen pública, gracias sin duda a la ubicuidad que supo demostrar y a los servicios que prestó, pero también al enorme despliegue de propaganda gubernamental que la acompañaba. Así, su accionar en el campo social creció en paralelo con su imagen pública, y con la elaboración en torno de tal imagen de todo un sistema de valores y virtudes, típicos de la matriz católica en la que el peronismo se inspiraba. Empezando por el padre Hernán Benítez, los ideólogos peronistas más cercanos a Eva se proponían inculcar a los argentinos la humildad, el desinterés, la generosidad, el amor por el pueblo, ciertamente no entendido como proletariado, como clase social organizada sino, en sentido cristiano, como el agrupamiento orgánico de los humildes y los desheredados en procura de emanciparse a través de un Salvador.[3] En fin, Eva como personaje público llegó a ser popular muy pronto, por mérito propio sin duda pero también por obra y gracia del Estado y, en consecuencia, del poder político, con el que ciertamente ya contaba. Así fue como recibió el primero de la

larga serie de títulos con que sería ungida, el de **Primera Samaritana Argentina*, más expresivo de lo que se proponía ser y cumplir que de lo que ya era y hacía por entonces. El título le fue conferido en el curso de una manifestación de trabajadores de la sanidad (hospitales públicos), acto en el que el propio Perón asumió la representación de su mujer, ausente por enfermedad.[4] Eva se lanzó entonces a pedir el apoyo de las amas de casa para la campaña oficial contra la "carestía de la vida"[5], e intensificó el ritmo de sus visitas a las fábricas, tanto para conocer los problemas de los trabajadores y abocarse en persona a solucionarlos como para recoger los primeros donativos destinados a la obra de ayuda social a la que se proponía dedicarse. Empezaba también a pronunciar sus primeros y todavía vacilantes discursos, mientras se ampliaba ya desmesuradamente la lista de gremios y de dirigentes gremiales que acudían en peregrinación hasta sus oficinas, que poco tiempo después serían trasladadas de manera definitiva a la mítica sede de la vieja Secretaría de Trabajo y Previsión. Para no hablar, claro, de sus innumerables iniciativas caritativas, de las donaciones a niños pobres de las provincias, de la distribución de golosinas en las escuelas y la de juguetes en el **Hotel de Inmigrantes* de Buenos Aires, de los billetes de banco flamantes que empezó a distribuir en las cada vez más largas colas de necesitados que se formaban ante la residencia presidencial, en las que abundaban las ancianas muy dispuestas a testimoniar su santidad arrodillándose ante ella y besándole las manos.[6] Lejos de limitarse a la Capital, pronto el fenómeno se haría habitual también en las provincias. Por ejemplo en Rosario, ciudad a la que viajó en agosto en compañía del magnate Alberto Dodero y del ministro de Industria y Comercio, Rolando Lagomarsino (por cierto, un acompañamiento de apreciable peso para una sencilla operación de cristiana caridad), con el fin de donar víveres y discutir con los gremios, a los que dejó extasiados de su ardor.[7] Después fue a Salta, Córdoba y Tucumán, donde el espejismo de los 25.000 paquetes con ropa y alimentos que se disponía a distribuir entre la multitud provocó tal aglomeración que murieron numerosas personas, y muchas otras resultaron heridas; incidente que por poco no vuelve a repetirse semanas después en la Capital Federal.[8]

Todo esto era brindado en una mezcla inextrincable de humanidad y cálculo, espíritu caritativo e ideología, generosidad e interés político, emotiva sensibilidad y elaboración de consenso; por supuesto, también en un *crescendo* de propaganda y

comunicados de la Subsecretaría de Prensa, que el fiel Apold conducía, rodeado de funcionarios escogidos por la propia Eva. Ese accionar propagandístico se ejercía tanto en diarios y en revistas populares como, sobre todo, por radio: a través de las ondas fue Eva en persona quien, en ocasión del primer aniversario del 17 de Octubre, inauguró el ciclo de charlas de dirigentes obreros que conmemoraban el histórico acontecimiento.[9] Hubo un torbellino de entusiastas crónicas periodísticas sobre las aclamaciones que le dedicaban los trabajadores, que a la vez servían de estímulo para potenciar, imitar y multiplicarlas. A fines de julio de 1946 informaba el embajador francés D'Ormesson que no pasaba día en que Eva no hiciera uso de la palabra en público, por lo común en presencia de los ministros, que en posición de firmes la oían argumentar de política, invocando a cada momento las virtudes cristianas de su marido y del régimen en el gobierno.[10] Exhibió y reivindicó tales virtudes cristianas en la primera Navidad peronista, y de nuevo el Día de Reyes, momentos en que se presentó ante la nación en la virginal investidura de mujer que se dedicaba a restaurar el espíritu cristiano en un país que lo había perdido; tanto en los hechos, mediante la distribución de sidra, pan dulce y juguetes cuyos envoltorios y etiquetas reproducían las efigies de ella y de Perón (gesto que pasaría a ser uno más entre los muchos rituales del peronismo),[11] como en las palabras con las que invocó, a través de la radio, "el mandato imperativo de ayudar al que sufre", y celebró la vuelta de la Argentina a una Navidad penetrada de hondo sentido cristiano.[12]

La acción de promoción social de Eva no era sólo cuestión de imagen y propaganda, ni tampoco sólo amor y desinterés, aunque los aspectos citados en primer término eran, conviene aclararlo, las nueces y no el ruido: la sustancia en virtud de la cual el poder y la popularidad de ella enraizaban cada vez más a fondo. Pues, en efecto, su intensa actividad se orientaba a fines políticos tan precisos como evidentes y que, al menos hasta ese momento, coincidían en todo con los de Perón. Y tampoco es casual que ya desde entonces le fuera enrostrada su existencia, no solamente desde la oposición sino también desde las propias filas del movimiento peronista y, por supuesto, desde los cuarteles. Tal fue el caso de la guarnición militar de Rosario, irritadísima por la ruidosa irrupción de Eva en la ciudad, en la que a juicio de los uniformados había usurpado funciones propias de las autoridades locales.[13] Las luchas internas desgarraban ya al movimiento peronista, a punto tal que en agosto, para calmarlas, Perón

desplegó sin vacilación el fantasma de los complots golpistas, contra los que amenazó desatar la intervención del pueblo enardecido.[14] Y es que la más enconada resistencia a los esfuerzos de Perón por reagrupar el peronismo y organizarlo bajo su férrea autoridad partía, precisamente, de las filas gremiales y del laborismo. En ese marco, la incipiente actividad social y sindical de Eva revestía una doble función, que con el tiempo le permitiría reunir un poder inmenso, incluso frente a su propio marido. Debía en primer lugar convencer a los trabajadores de que el mejoramiento de sus condiciones de vida dependía más de la acción del Estado, es decir, de Perón y Evita, que de una empecinada defensa de la autonomía de sus organizaciones políticas o gremiales; y en segundo término debía poner manos a la obra, esto es, terciar en los conflictos laborales grandes o pequeños, dando satisfacción en la mayor medida posible a los reclamos de trabajadores en huelga —como sucedió con los paros de trabajadores de los **frigoríficos* en noviembre de 1946—, para ir promoviendo a los dirigentes que le eran fieles y desautorizar a los díscolos. Eva mostró muy pronto sus proverbiales cualidades, en una tarea que era de importancia estratégica para un gobierno desgarrado por las divisiones, y a merced de una oleada incontenible de huelgas que en parte eran impulsadas precisamente por las inmensas expectativas que despertaba.[15] Ése fue el marco en el cual, a comienzos de 1947, mientras el "modesto y afable" ministro Freyre disfrutaba de su veraneo en Mar del Plata, Eva desde la Capital se encargaba de conducir la Secretaría y de dirigir la virulenta campaña de prensa contra Luis Francisco Gay, secretario general de la CGT, bajo la acusación de connivencia con el enemigo yanqui, en el preciso momento en que Perón llenaba de acusaciones, en presencia de ella, a Serafino Romualdi y a los sindicatos estadounidenses que éste representaba.[16] Esa campaña sólo cesó a principios de febrero, tras cobrarse la cabeza de un hombre, Gay, que era demasiado autónomo como para asegurar la absoluta lealtad sindical, con lo que se aceleró el proceso de entrada de la CGT en la órbita del gobierno, y en la personal de Evita.[17]

Así las cosas, no puede sorprender que en poco tiempo la actividad de Eva creciera en forma desmesurada, a punto tal que ya en septiembre de 1946 el joven ministro de Hacienda, que era también su fiel colaborador, Ramón Cereijo, le abrió una cuenta corriente en el Banco Nación para derivar los cuantiosos fondos que el Estado y los particulares empezaban a entregar para la

acción social que ella desarrollaba.[18] Fue precisamente Cereijo, que tenía algunos años menos y muchísimo menos temple que ella, quien inauguró la práctica de financiar con recursos públicos la acción que Eva solía cumplir en persona, sin verificaciones ni controles de ninguna especie y siempre en nombre del gobierno, del conductor y de su ideología.[19] Es éste, pues, un caso extremo de uso del Estado por un partido, orientado a robustecer a quien está al frente del gobierno, liberándolo a la vez de trabas políticas e institucionales. En suma, el Estado abdica de las funciones que le son propias para cederlas al movimiento en el gobierno, el cual por su parte las aprovecha para ampliar su poder y aumentar su discrecionalidad. Todo ello, al duro precio de desgastar el tejido institucional, su transparencia, su universalidad y, en consecuencia, su credibilidad. El Estado peronista empezaba así a renunciar a la complejidad de la política en nombre de la diáfana simplicidad del carisma; lo que en definitiva no sorprende, dado el imaginario organicista en el que se inspiraba, y según el cual la política moderna no es en el fondo otra cosa que una artificiosa fragmentación, introducida por las ideologías seculares en el seno de una comunidad que la Naturaleza preferiría ver unida y cohesionada.[20] Y así, tanto el peronismo como Eva cultivaron la ilusión de que al renunciar a los mecanismos lentos y laboriosos de la política para favorecer el atajo carismático podrían engañar al tiempo, conservando para sí, a la vez, el oro y el moro. Por cierto, la superficialidad con que Eva se creyó en condiciones de manejar el tiempo, rasgo clásico de los populismos,[21] era ya por entonces uno de los aspectos más salientes de su acción social. A Antonio Manuel Molinari y Mauricio Birabent, que le pedían hacer llegar a Perón un plan de desarrollo agrario que habían preparado, les dijo redondamente que sus ideas eran muy lindas pero que tardarían mucho en dar fruto: lo que hacía falta era dinero, y ya mismo, para que el "pueblo" pudiera tener sus servicios sociales. Ella, acotó, cada vez que necesitaba más dinero se lo pedía a Miranda, el director del Banco Central, que a su vez se encargaba de encontrarlo.[22]

2. Poder patrimonial y religión secular

La contrafigura del constante crecimiento de las intervenciones de Eva en el campo de la acción social era la simultánea declinación de las antiguas y ya obsoletas instituciones asistenciales, cuya conducción estaba en manos de damas de alta alcurnia, vinculadas

con la Iglesia católica. La medida que consagró el definitivo ocaso fue la toma de posesión por parte del gobierno en septiembre de 1946, mediante un decreto de intervención, de la más importante de esas organizaciones, la Sociedad de Beneficencia. La versión canónica del antiperonismo sobre este episodio es que entre el ascenso de Eva en el campo de lo social y el descabezamiento de esa entidad existió una relación de causa a efecto. En contraposición, varias biografías de Eva desmienten la afirmación y dan una versión muy diferente de la intervención a la Sociedad, en la que no hay nexo alguno entre esa medida administrativa y la figura de Eva. Sostienen que, en realidad, la Sociedad de Beneficencia fue víctima de la modernización del sector asistencial y de previsión social puesta en práctica por la revolución del 4 de junio. Nada tendría que ver Eva, entonces, con la disolución de la Sociedad, tanto más porque, al producirse, apenas comenzaba a escalar las filas del poder peronista.[23]

En todo caso, al menos esta última afirmación no resiste a la evidencia; como ya se ha visto y se volverá a ver más adelante, en septiembre de 1946, Eva disponía de una cuota de poder evidente, que de seguro era suficiente para que pudiera dar su opinión sobre el destino de la Sociedad de Beneficencia. Y por cierto que había ejercido ese poder en junio, cuando tomó parte en la huelga declarada por el personal de la Sociedad para obtener un aumento salarial.[24] El método de recurrir a la fuerza de choque gremial para doblegar una empresa o institución que era tenida en la mira será usado cada vez más por Eva en el futuro. Sí es indiscutible que tampoco en este caso existen pruebas del vínculo entre el poder político de Eva y la liquidación de la Sociedad de Beneficencia; tal como, por otra parte, sucede con gran parte de las decisiones políticas tomadas por Eva, dada la naturaleza informal de su poder. Pero tampoco cabe poner en duda el hecho de que de esa manera se abría para Eva un camino que le permitiría monopolizar el inmenso y provechoso campo de la asistencia social.[25] Ese camino le sería allanado en adelante por el interventor designado, Armando Méndez San Martín, que a partir de entonces se convirtió en su brazo derecho. Según testigos, ella acostumbraba mostrar públicamente el dominio que ejercía sobre su colaborador.[26] Claro que la monopolización no fue inmediata; en un primer momento pareció que el armazón de la vieja Sociedad de Beneficencia confluiría dentro de la estructura del Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública.[27] No obstante, siguió avanzando poco a poco y de manera inexorable, hasta que a

mediados de 1947 Méndez San Martín retomó a tambor batiente la carga contra las aristocráticas damas que habían dirigido la Sociedad. Los fines de la iniciativa, y la figura de su inspiradora, eran bien conocidos. Su fruto más evidente fue la inauguración, sobre los escombros de la organización intervenida, del primer **Hogar de tránsito*, el hito inicial del infinito número de organizaciones asistenciales que inauguraría Eva.[28] Se trataba de un alojamiento para indigentes y personas en busca de trabajo o sin domicilio, dotado de todos los elementos de confort y que, desde luego, recibió el nombre de "Hogar María Eva Duarte de Perón".[29]

A esta altura puede observarse que, si de verdad el gobierno militar surgido el 4 de junio de 1943 había tenido el propósito de modernizar la asistencia social en la Argentina, colocándola bajo la órbita del Estado,[30] el resultado alcanzado tres años después distaba mucho de lo que habían sido los proyectos iniciales. En efecto, Eva hizo de ella su feudo exclusivo, una verdadera mina de consenso político a su específica disposición, alimentada en gran medida con recursos públicos. En suma, un típico ejemplo de uso patrimonialista del Estado o, dicho de otro modo, de uso privado y político de la cosa pública. Muy pronto pudo disponer Eva, para el desarrollo de su acción, de la contribución plena de todas las reparticiones del Estado, tanto en materiales, personal, asistencia logística y cualquier otro recurso como, claro está, en el sustento financiero.

Los ejemplos que cabe mencionar al respecto, de esa época y aun más de tiempos posteriores, cuando ya el feudo de Evita había crecido hasta convertirse en un auténtico imperio, en un Estado dentro del Estado, son prácticamente interminables. Para hacerse una idea de ello bastará la complacida descripción de esos primeros pasos que con posterioridad hizo un hombre que en esos momentos estaba al lado de Eva, y que después siguió adorándola de corazón: un tal Alberto Muinelo, que había sido el delegado del Ministerio de Obras Públicas en la antigua Secretaría, y en tal condición veía a Eva recibir las interminables colas de desheredados, comprensiblemente, en busca de solución a sus gravísimos problemas personales.[31] Su informe indica que cada ministerio nombraba un delegado ante Eva, y que cada uno de dichos delegados se ocupaba de dar una lista de los empleos públicos disponibles en su área. Se constituía así, como recuerda con entusiasmo el propio Muinelo, "una gigantesca bolsa de trabajo", mediante una restallante agencia de colocaciones donde

cualquier pobre en apuros podía pedir la ayuda de Eva, quien extraía para él un empleo de las listas de los delegados ministeriales, con lo que recibía su eterna gratitud, y sin duda su voto y el de su familia. En efecto, Eva resolvía personalmente y de inmediato, por supuesto que entre los flashes de los fotógrafos de la Subsecretaría de Informaciones,[32] gran cantidad de casos individuales y familiares, claro que disponía para ese fin lo que en realidad no le pertenecía: la riqueza pública que, se supone, un Estado moderno asigna con criterios de otro tipo, como la universalidad, la transparencia, la imparcialidad, el merecimiento.

Precisamente, esas bulliciosas citas con el "pueblo" en el gran *hall* de la Secretaría, mil veces relatadas, fueron desde entonces uno de los escenarios más emblemáticos del régimen peronista y del poder que en el seno de éste venía acumulando Eva. En su mezcla de drama y manifestación *kitsch*, de patetismo y grotesco, de carnavalada y celebración religiosa, de ceremonia fascista y manifestación de devoción popular, eran acontecimientos que impresionaban a todo aquel que los presenciara. Había quien prefería quedarse con la infinita humanidad de Eva, con su amor por los humildes y desheredados, con sus valerosas escenificaciones del subvertimiento de las jerarquías sociales al hacer que ministros y embajadores debieran esperarla en la cola como el último de los desventurados. Otros, en cambio, saldrían angustiados por lo que a su juicio era una cínica representación, en la que Eva dilapidaba sin criterio alguno la riqueza pública, sacando provecho de las necesidades y la credulidad de los humildes, comprando de ese modo no sólo su voto en las elecciones sino, más aún, su eterna gratitud, para complacer así su inmoderada ansia de gloria y poder. Por dar un ejemplo, digamos que el embajador de España, José María de Areilza, creyó encontrarse en un inmenso valle de Josafat, entre el tumulto de centenares de necesitados ansiosos de llegar hasta Eva, quien los recibía detrás de un imponente escritorio atiborrado de carpetas y aparatos telefónicos, alrededor del cual se afanaban bandadas de fotógrafos y operadores cinematográficos, entre ministros, secretarios y funcionarios de diversos grados, continuamente a la espera de sus órdenes y decisiones.[33] James Bruce, sucesor de George Messersmith al frente de la embajada de los Estados Unidos, impresionado en grado sumo por el sólido buen sentido de Eva, reflejó en su diario esos encuentros "de pan con manteca", como los calificó (*bread and butter*, equivalente aproximado de "pan y circo"). Relató asimismo un episodio que había presenciado

en persona, por otra parte típico de lo que allí sucedía: un hombre llegó desesperado hasta Eva y recibió de ella enseguida una vivienda y un empleo en la industria del cine, para el cual, dicho sea de paso, carecía de preparación.[34]

Cualquiera que sea la forma de evaluar este tipo de episodios, lo cierto es que ya en esos tiempos (y con mayor razón después) constituían momentos clave del poder de Eva. Ella parecía capaz de satisfacer, en aquellas caóticas sesiones cuyos ecos resonaban sin fin en los cuatro puntos cardinales del país, los requerimientos materiales y espirituales de lo que en su propio criterio y en el del régimen peronista era "el pueblo", entendido por ella como el depositario de todos los bienes y todas las virtudes. En primer lugar se atendían las necesidades materiales, claro que a costa de los caudales públicos y sacrificando toda consideración de transparencia y de racionalidad económica, pues no había pedigüeño que saliera de allí sin un empleo, un fajo de billetes en el bolsillo y hasta un departamento, que a Eva y sólo a Eva tenía que agradecer.[35] Pero también eran satisfechas las expectativas espirituales, ya que para gran parte de los hombres, las mujeres y las familias que allí concurrían, en su mayoría sin historia y sin identidad política, el encuentro con esa milagrosa, amable y poderosa mujer no representaba sólo un feliz momento de redención moral sino, en la mayor parte de los casos, una auténtica experiencia mística. Ello confirma una vez más que Eva, lejos de limitarse a chapotear en el remanso que Perón había tenido a bien cederle, estaba dedicándose en realidad a moldear el peronismo entero, hasta en lo más íntimo de su tramado. Porque gracias a su capacidad de asumir la representación del imaginario religioso de las capas populares, nadie transmitía una vitalidad espiritual y una identidad colectiva tan intensas como las que Evita imprimía al movimiento, junto con la popularidad y el consenso que también le daba. Sólo que al hacerlo propendió desde un principio a acentuar la dimensión mística y religiosa del peronismo, a hacer de él una especie de *religión secular*, a darle la forma de un fundamentalismo ideológico que se resistía a las trabas institucionales, a los compromisos con la racionalidad, a la lógica de la política, a los imperativos de la economía o las "molestias" de la diferencia de opiniones. Era una dimensión no precisamente opuesta pero sí bastante diferente de la que constituía el marco en el que Perón había crecido, y en el que continuaba moviéndose: aquella mucho más concreta y mejor encuadrada que se obsesionaba con el mito de la unidad nacional

y de la organización del Estado, y que tendía a hacer del peronismo un movimiento autoritario más tradicional, no tan diferente de los fascismos europeos de corte católico.[36]

A la luz de todo esto, no puede sorprender que el asistencialismo de Eva empezara muy pronto a producir efectos, ya porque tenía características de agilidad y calidez mayores que las de la aséptica caridad del Estado o de la Iglesia,[37] o porque el eco amplificado de sus acciones llegaba a todos los rincones del país merced a la incesante propaganda del gobierno o, por último, porque se basaba en la ilusión de que la opulencia argentina de ese momento era un regalo de Dios que duraría para siempre, lo que hacía innecesario procurar valerse de ella de la manera más racional y rendidora que fuera posible.[38] Pero ese asistencialismo de Eva, lejos de ser el embrión de *Welfare State* que habían imaginado los más lúcidos reformadores del gobierno militar, e incluso los del propio gobierno peronista, anticipaba en realidad una suerte de regresión a formas patrimonialistas primitivas. En síntesis, no era otra cosa que una popularísima manera de perder una inmejorable ocasión de modernizar el Estado, sacando debido provecho de una coyuntura económica irrepetible. La misma oportunidad, por otra parte, que el gobierno peronista estaba dejando pasar también en materia previsional, ámbito en el que, en oposición a los principios de cobertura universal proclamados en octubre de 1946 a través del Primer Plan Quinquenal, se perseveró por el plano inclinado de las cajas de jubilaciones sectoriales, verdaderos jirones de un Estado de Bienestar que fraccionaba su caudal en un sinfín de riachos corporativos.[39]

Por otra parte, tal forma de proceder, haciendo de la política social un garrote ideológico que era posible blandir contra los adversarios políticos, y un coto de caza en el cual monopolizar, fuera de todo control, esa portentosa fábrica de consenso, no pudo rehuir las críticas, de la oposición por supuesto, pero también de personalidades de perfil elevado que en otra época habían apoyado con calor la revolución del 4 de junio. Uno de ellos fue monseñor Franceschi, culto, brusco y respetado director de la revista católica *Criterio*, antiguo apóstol social y que ciertamente no estaba animado por un espíritu conservador. Franceschi no dudó, en enero de 1947, en hablar a buen entendedor, entrando en una polémica con el ministro Freyre para que sus palabras llegaran a oídos de su poderosa mandante y de los fieles consejeros de ella.[40] El prelado tenía atragantada una declaración del ministro, que venía a ratificar el estribillo habitual de Eva de que el

peronismo tenía por fin cerrar definitivamente en la Argentina la etapa de la ayuda social basada en la caridad cristiana, para inaugurar la de la "justicia social". No se trataba solamente, ni principalmente, de que el ministro mostrara confundir dos conceptos tan distintos como "caridad" y "limosna", sino que había razones más sutiles, tal vez no evidentes para Eva pero sí para su agudo teólogo e ideólogo, el padre Benítez, colaborador y sin duda asiduo lector de *Criterio*. Justicia y caridad son complementarias, observaba Franceschi, pero *caridad* significa "amor al prójimo". Dicho en otros términos, la búsqueda de la justicia social debía hacerse con amor, no con odio ni con envidia porque, si así fuera (y aquí se ocultaba el estiletazo dirigido contra la acción de Eva), el Estado sólo podría imponerla a costa de recurrir a dosis cada vez más intensas de coacción. En fin, la justicia sin caridad podía transformarse en máxima injusticia, y hasta una somera lectura de San Agustín bastaba para saber que "un cierto gusto de ser bueno para con los pobres puede esconder a veces una 'voluntad de potencia'".

Como es natural, en el artículo no había rastro alguno de la figura y ni siquiera del nombre de Eva, pero se perfilaba sí, decididamente, la sombra de ella. Una sombra que ya se proyectaba regularmente en cada ceremonia oficial, y que hacia febrero de 1947 había pasado a ser la característica obligada de cualquier manifestación gremial; por ejemplo, la celebrada por la Unión Ferroviaria a raíz de la compra de los ferrocarriles ingleses, presidida por la mirada vigilante y las radiantes sonrisas de Perón y Evita desde el balcón de la Casa Rosada.[41] Lo confirman la caída de Luis Gay y la llegada de Aurelio Hernández al puesto de mando de la CGT, cuyo periódico, antes sólo limitado a temas sindicales pero ahora incorporado al coro de la propaganda peronista, salió a la calle el 1º de marzo de 1947 con los retratos de Perón y Eva en su portada.[42] No ha de ser casual que todos, impresionados por los incendiarios discursos de ella, por su constante presencia pública y su "auténtica popularidad" entre los **descamisados*, la consideraran ya la segunda fuerza política del régimen,[43] y alguno hasta más que eso.

3. Eva política. Poder y quebraderos de cabeza

Como se ve, ya en el primer año de vida del régimen peronista se fue creando en torno de Eva, por obra de su acción en materia social y de la propaganda, un aura de santidad que hacía de ella

una figura un poco terrenal y otro poco sobrenatural: la encargada de dar alivio y felicidad a las multitudes que la aclamaban dondequiera que se presentara. Sin embargo, limitar a ese solo aspecto el radio de su actividad, y su importancia en el seno del peronismo, constituiría un error y la reproducción lisa y llana del mito, a costa de desencarnarla. Eva no era etérea sino de carne, y vaya hasta qué punto: dotada de un carácter entre los más sanguíneos, volcada por entero a la acción y para nada a la contemplación. Su mismo fuego religioso, recordémoslo, se hallaba secularizado, es decir, anclado por completo en el mundo de los seres humanos. De la misma manera, su accionar social formaba parte del más extenso ámbito de la política peronista, y era uno de los soportes del amplio poder político de que ya disponía. Las biografías tienden tal vez a pasar demasiado de prisa sobre esa dimensión específica de Eva, a dejarse llevar por lo anecdótico sin analizar el cuadro de conjunto. Sin embargo, de ese cuadro surge clara la preeminencia de la Eva política, que, para todos los que vivieron aquella coyuntura o fueron sus testigos, ocupaba el centro del escenario.

Perón, ganado tal vez por una comprensible nostalgia, recordaría más tarde que aquellos seis primeros meses de gobierno habían sido los únicos de vida tranquila junto a Eva: después, ella y su vocación pasarían a ser una sola cosa, y él la perdería en cuanto esposa.[44] Es en algún modo cierto y demostrable que así sucedieron las cosas, en el sentido de que fue aquélla la breve etapa en la que sus opuestos temperamentos y sus contrapuestas ambiciones no parecieron oponer obstáculos serios a su todavía fresca asociación política. Lo cual, desde luego, no quita que ya desde esos momentos el incontenible protagonismo de Eva le diera a Perón una infinidad de quebraderos de cabeza; naturalmente, todos de carácter político, pues político era aquel protagonismo.

Pero antes de examinar los problemas vale la pena que nos detengamos en el plano donde más se superpusieron sus esfuerzos en aquellos primeros tiempos. No importa mucho si ello tuvo lugar por seguir Eva las instrucciones de Perón o por una obvia convergencia de intereses, puesto que en última instancia el poder de ella en cuanto esposa estaba unido al de su marido. Lo que vale es que Eva se involucró a fondo en la enconada lucha de Perón por imponer la unidad a su tan extremadamente litigioso movimiento. Es más, puede decirse que la misma acción de edificar en torno a la figura de Eva un liderazgo personalista y carismático no era, en cierto modo, sino un intento de obtener por ese medio lo que los

instrumentos políticos no parecían poder aportar: la unidad y la disciplina del movimiento peronista, por medio de la gradual imposición de una cadena vertical de mando y autoridad. Lo mucho que atormentaban y angustiaban a Eva los desgarramientos que padecía el peronismo, y el calibre de la munición que estaba dispuesta a emplear contra los fraccionalismos en el partido, se reflejaron en una infinidad de gestos y discursos de aquellos convulsionados meses.[45] Se reflejan sobre todo en la frecuencia con que evocó la identidad peronista del movimiento, cuando ésta estaba lejos de ser pacífica o de hallarse consolidada y mientras que las identidades de los partidos que allí confluían se resistían a quedar absorbidas.[46] También lo muestra la frecuencia con que intervino en las cruentas luchas del primer peronismo, sobre todo en la provincia de Buenos Aires, donde a la extrema lealtad peronista del coronel Mercante opuso la "traición" de Cipriano Reyes, el héroe del 17 de Octubre, que se había negado a converger en el Partido Único de la Revolución que Perón había terminado por crear. Y también, más sutilmente, opuso Eva la "masa de los trabajadores" al partido, con lo que dotó de una voz al credo corporativo de los ideólogos que le escribían los discursos, visceralmente hostiles a los partidos políticos en cuanto tales.[47]

No se equivocaba, pues, D'Ormesson cuando en julio de 1948 informaba al Quai d'Orsay sobre el creciente protagonismo político de Eva, cuya notable influencia sobre su marido era comentada en todas partes, y a propósito de la cual había captado fastidio entre los propios peronistas.[48] No significa esto que el embajador de Francia pensara que Perón tenía algo que temer por el momento. Y sin embargo, esa mujer, a la que adjudicaba una desmesurada ambición, que aparecía en las imágenes de prensa como una soberana que dialogaba con su pueblo desde el balcón del palacio real, rodeada siempre de ministros serviles y callados, le parecía a D'Ormesson un potencial estorbo para Perón;[49] sobre todo para cuando llegara el inevitable momento del fin de la luna de miel política y la excepcional coyuntura económica, y las acciones del gobierno empezaran a bajar. No obstante, ya entonces era un hecho que, al imponer Perón en enero de 1947 a las reticentes fracciones de su Partido Único la primacía de un flamante nuevo órgano, el Consejo Superior, ocupara un lugar en sus filas un hombre por medio de quien Eva podía sentirse segura de tener un pie dentro de la recién creada estructura: Héctor Cámpora.[50] Menos aun podía sorprender que Eva no fuera ajena a las muchas y graves crisis que hicieron que el peronismo saltara en

pedazos en las provincias; de hecho, el hombre llamado a juntar los restos y a imponer la unidad del partido fue Román Subiza, vinculado a ella por una infinita serie de hilos.[51]

Claro que, en esos pocos meses "tranquilos", no todo en la relación de Perón y Eva se deslizó con suavidad. No hay duda de que la primera en dar problemas era la oposición, que en el fondo, al crearlos, no hacía sino cumplir con su tarea. A los radicales en especial, y más que a ninguno de ellos a Ernesto Sammartino, la crónica confusión de roles y funciones entre Perón y Evita les parecía una auténtica afrenta al espíritu republicano y a las justas prácticas constitucionales. Ya en julio de 1946 presentó Sammartino un proyecto de ley dirigido a prohibir a las mujeres de los funcionarios que asumieran la representación de sus maridos en los actos públicos.[52] No obtuvo más resultado que un previsible rechazo en Diputados, a manos de la mayoría peronista, y el inagotable odio de Eva. Sammartino estuvo siempre convencido de que el torpe matón que se presentó un día borracho en sus oficinas había sido mandado por ella.[53] Lo cierto fue que tanto la creciente y tan arbitraria cuota de poder de Eva como, sin duda, la difundida intolerancia por la posibilidad de que una mujer llegara a ocupar las más altas cimas levantaron pronto contra ella reacciones hostiles mucho más temibles que las que pudieran partir de las poco peligrosas filas de la oposición. Esas reacciones provinieron ante todo de las Fuerzas Armadas, pero también del propio seno del peronismo y de muchos otros ámbitos, desde el Ministerio de Relaciones Exteriores hasta la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires.[54] Nada de esto impedía que Eva, tomando fuerzas de su propia inconsciencia o tal vez muy consciente del apoyo que le daban su marido y "su pueblo", no perdiera ocasión de hacer tremolar ante sus enemigos el rojo pendón de su poder, que exhibía sin vacilaciones y alguna vez sin recato.[55]

Por ejemplo, Eva no se privó de recurrir a la primitiva y siempre vigente práctica del nepotismo, que le sirvió tanto para colmar de prebendas y de signos de estatus a toda su familia como para colocar fieles seguidores en algunos centros vitales del poder. Es el caso de dos de sus tres cuñados, que ocuparon sendos puestos en las estructuras del Senado y de la Corte Suprema de Justicia.[56] Asoma también la cabeza de Eva, en compañía de los miembros de lo que ya se conocía como su **camarilla*, tras cada una de las ocultas y turbias transacciones que puntearon aquellos primeros años de vida de un régimen por cuyas inexpertas manos pasaban

ríos de dinero. Una de tales transacciones unió la figura de Evita con la de Fritz Mandl, fabricante de armas austríaco que había estado al servicio de los nazis, y con la del ministro de Industria, Rolando Lagomarsino, "obsequioso servidor" de Eva, hasta el extremo de meterse en dificultades con Perón.[57] En efecto, Mandl y Lagomarsino se hallaban empeñados en un arriesgado plan para invertir en la industria pesada una parte sustancial de los bienes alemanes radicados en la Argentina, que habían sido confiscados por el gobierno. De allí partiría una lluvia de "coimas", de sobornos, que en parte pasaría a manos de Eva.[58] A los dos meses de la inauguración del régimen peronista, la prensa extranjera se refería a ella como *la presidenta*, expresión que pronto adoptaría la propia Eva para referirse a sí misma. La cosa puede haber sonado desagradable y provocativa, y no hay que soslayar el hecho de que al proceder así ella estaba tocando un nervio especialmente sensible.[59] ¿Se proponía acaso expresar lo que después admitiría, entre otros, el ministro de Agricultura, Carlos Emery, al confesarse incapaz de comprender quién mandaba a quién, entre Perón y Eva?[60]

En el peronismo, Eva tenía adversarios políticos y personales, manifiestos y ocultos, aunque en verdad los manifiestos trataban de ocultarse en lo posible para sobrevivir. Esto mismo hace que no siempre los conozcamos, salvo uno, muy importante, que resulta evidente para todos: el ministro de Relaciones Exteriores, Juan Atilio Bramuglia. Hay infinidad de versiones sobre la hostilidad que Eva guardaba hacia él, aunque todas coinciden en hacerla partir de los dramáticos días de octubre de 1945, cuando Bramuglia parece haberse negado a firmar como abogado un *habeas corpus* a favor de Perón.[61] Es difícil decir si las cosas sucedieron o no así; en todo caso, lo que esas versiones ocultan, al reducir los problemas a un antiguo rencor personal, es la dimensión política de la hostilidad entre ambos, que existió, fue muy aguda y llegó a conocimiento de los muchos diplomáticos que con Bramuglia tenían diarios contactos. Puede que la injerencia de Eva en la política argentina fuera perjudicial para la imagen del país, que el ministro estaba tratando de recomponer a partir del aislamiento padecido durante la guerra. Puede también que el estilo autoritario de Eva y sus ideas nacionalcatólicas fueran muy poco del agrado de ese abogado de pasado socialista. Puede ser, en fin, que existieran otros motivos válidos de animosidad, pero lo cierto es que Bramuglia, en privado, no ocultaba su "disgusto" por la actividad política que venía desarrollando Eva, y es un hecho

que desde fines de julio de 1946 su posición personal estuvo siempre en el fiel de la balanza. Si conservó en sus manos el timón de la Cancillería fue porque ese hombre hábil, moderado y de buenas maneras era en grado sumo importante y útil para airear en el escenario internacional las grandes ambiciones de Perón.[62] Pero si Bramuglia fue a partir de ese momento una especie de catalizador de los choques que protagonizaba Eva, las continuas intromisiones de ésta en los asuntos del gobierno perturbaban también a otros de sus integrantes, entre los cuales, según informaba en septiembre la embajada chilena, reinaba un clima por demás tenso. Y la situación se agravó con el nuevo conflicto que tenía por protagonista a Eva, y del que se tuvo noticia en distintos círculos: su enfrentamiento con varios senadores peronistas, furiosos por la insólita presencia de la primera dama en la sesión secreta del Senado donde debían tratarse ciertos delicados nombramientos diplomáticos.[63]

Pero donde la hostilidad hacia Eva y hacia la acción política que ella desarrollaba llegó más veces al punto de alarma en aquellos meses fue en ciertos importantes bolsones de las Fuerzas Armadas, en especial, la Marina y los sectores más intransigentemente nacionalistas del Ejército. Entre éstos, que incluían a muchos antiguos amigos de Perón, la rígida ética tradicionalista y el vivo sentido del Estado hacían que les resultaran indigeribles las actividades desplegadas por Eva. Por diferentes razones —su condición de mujer, el hecho de que desarrollara funciones que la Constitución no le otorgaba, hubiera metido mano en negocios poco claros, su labor de agitación de las masas por medio de fogosas proclamas, el temor de que alejara a Perón de la tutela nacionalista, el desembozado nepotismo, que para ellos constituía un atentado a la dignidad del Estado—, muchos de estos militares estaban convencidos de que había que frenar a Eva. Fue efectivamente en los cuarteles donde más resonancia tuvo, por ejemplo, la escandalosa noticia de que en agosto de 1946 el presidente de cierta asociación gremial empresaria, que había acudido a la Casa Rosada para un encuentro con Perón, fuera recibido en el despacho presidencial por Eva e invitado a ir a verla al día siguiente en sus oficinas del Correo Central, donde de todos modos lo dejaron plantado.[64] Fue también entonces cuando los aspirantes guardiamarinas que asistían a la Escuela Naval de Río Santiago desafiaron a sus superiores y al gobierno colmando de murmuraciones en alta voz la sala donde se proyectaba un enésimo noticiario con imágenes de Eva, y

formaron luego cuadro en torno de aquellos compañeros que habían sufrido sanciones disciplinarias por esa manifestación de inconducta. Un incidente menor, si se quiere, pero significativo, y que indujo al embajador del país entonces más próximo a Perón, España, a informar con preocupación a su gobierno de la crisis que se estaba enseñoreando del gobierno.[65]

Por supuesto, entre el registro de estos episodios y la admisión de que las actividades políticas de Eva estaban perjudicando a Perón no mediaba más que un paso, que muchos daban sin la menor vacilación. Uno de ellos era el embajador de los Estados Unidos, Messersmith, preocupado por el resultado de sus esfuerzos a favor de la reanudación de las relaciones de colaboración con la Argentina, tras las tensiones experimentadas durante la guerra y en la sucesiva campaña electoral. El rechazo a Eva y sus intromisiones, informó a Washington en agosto, se había propagado incluso entre los peronistas, sobre todo desde que ella se había apoderado del Ministerio de Trabajo y aparecía evidente su intervención en las duras purgas y los numerosos nombramientos que el gobierno estaba llevando a cabo.[66] Y es que, en efecto, no pasaba día sin que tuviera lugar un nuevo episodio de la pulseada a propósito de su poder. El hueso que a Eva le resultó más duro de roer, por la resistencia que opuso a su actividad política, y en relación con el cual empezó a aparecer cada vez más inevitable la rendición de cuentas, fue tal vez la persona del general Filomeno Velazco, nada menos que el jefe de la Policía Federal. Velazco era poderoso y, ciertamente, no estaba solo. Sus gestos austeros e intransigentes, y la tenaz obstinación con que seguía reivindicando el nacionalismo extremo de la revolución del 4 de junio, le conferían todavía prestigio y seguidores en las filas del Ejército. Además, en virtud de sus pasadas experiencias no temía enfrentar a Perón de igual a igual. Cuando Eva dispuso la libertad de varios hombres del cuerpo de Bomberos, arrestados por orden de Velazco y cuyas esposas se habían dirigido a ella para obtener la liberación, éste volvió a detenerlos, y se dirigió directamente a Perón para expresarle que no estaba dispuesto a tolerar nuevas intrusiones de su mujer.[67]

Un episodio de menor cuantía, se diría, aunque auguraba choques mucho más graves y era por entero emblemático del dilema en que se debatía aquel peronismo en movimiento. Era un régimen que se encontraba partido entre su espíritu popular y su espíritu militar, entre el adusto y tradicionalista sentido de las instituciones de los viejos oficiales y el ímpetu populachero y

plebiscitario que Evita encarnaba: dos ideas y dos formas de poder, de esencia totalitaria ambas pero que, precisamente porque lo eran, tendían mutuamente a excluirse. Es probable y comprensible que Perón, entre una y otra, tratara de mantenerse en equilibrio para conservar íntegro su poder. Está claro que él, por espíritu y mentalidad, no podía dejar de prestar oídos a los cánticos que sus compañeros de armas hacían resonar; a la vez, tampoco quería convertirse en su prisionero, más aún porque sabía que ellos estaban revestidos de autoridad pero no de popularidad. A la vez, su olfato político y su sentido de la realidad —y probablemente también la necesidad de resguardar la paz familiar— lo hacían muy consciente de dónde se hallaban hincadas las raíces que alimentaban su poder: en ese pueblo al que Eva mantenía tan cordial y satisfecho, y en el cual él, Perón, a pesar de los vaticinios agoreros, no podía pensar todavía que podría obstaculizar su accionar como un futuro chaleco de fuerza.

Nada impidió, sin embargo, que las tensiones así acumuladas desembocaran en el anuncio, formulado el 20 de agosto de 1946, de una imprevista indisposición de Eva, que tuvo por resultado la cancelación de todas sus actividades. A esto siguieron algunas semanas de bajo perfil y un aluvión de rumores de que saldría de escena por las presiones que tantos y tan poderosos sectores descontentos de su protagonismo estaban ejerciendo sobre Perón.[68] Pero tampoco hubo nada que impidiera que ese "exilio" resultara de breve duración y no tuviera consecuencias, y que Eva saliera de él con su poder y su carisma intactos, lista para encabezar una vez más la carga de los **descamisados*,[69] y para impulsar el peronismo a la unidad, en nombre de la lucha contra enemigos siempre nuevos. Esta vez fue el turno del Poder Judicial, culpable de no ser lo suficientemente peronista y de haber violado la Constitución al avalar en 1943 el golpe de Estado que el propio Perón seguía reivindicando como fuente de origen de su régimen: un descarado ataque de cinismo, observó D'Ormesson, como si el ladrón convertido en policía clamara por una protección contra los medios que él mismo había usado antes.[70] Eva parece no haber sido del todo ajena a ese acto si, como recordó después Belisario Gache Pirán, entonces ministro de Educación y Justicia, ella misma se había dirigido a él para pedirle la cabeza del presidente de la Corte, y si Román Subiza que, como se ha visto, estaba vinculado con Eva y su familia hacía ya tiempo,[71] jugó un papel clave en el episodio. Lo concreto es que Eva sacó provecho del asunto, ya que fue entonces cuando uno de sus cuñados hizo su

entrada en el templo de la justicia argentina. Muy en el fondo, el ataque a la Corte era también, por otra parte —según los fundamentos que se alegaron—, un ataque al Ejército y a su pretensión de ser custodio del orden político, algo que no podía desagradar a Eva.

La confirmación de que ese primer *round* del conflicto entre el espíritu populista del peronismo y su espíritu moderado había sido ganado por Eva llegó con su triunfal reaparición en el acto por el primer aniversario del 17 de Octubre, cuando la multitud coreó su nombre y la prensa peronista la mostró por todas partes junto a Perón y a Mercante, casi como para instaurar una simbólica trinidad del régimen.[72] Dos días después quedaría ratificado ese triunfo cuando, al anunciarse el Primer Plan Quinquenal, se dio publicidad también al proyecto de ley de voto femenino, del que enseguida Eva Perón pasó a ser la más activa propagandista.[73] De modo que, les gustara o no, los militares que veían en el poder de Eva una amenaza al papel que ellos desempeñaban, y a la orientación que la revolución del 4 de junio había impreso a la Argentina, debieron asimilar esa nueva derrota y reconocer que Eva podía siempre apelar al "pueblo" para tenerlos controlados. Era ya más evidente que nunca que su injerencia en los asuntos de Estado, en lugar de disminuir, aumentaba día tras día,[74] hasta hacer ya de ella "un miembro activo y casi oficial del gobierno".[75]

4. Carisma y aparato

Si Eva pudo instalarse desde un principio en el corazón mismo del régimen peronista fue porque la naturaleza carismática de su poder era compatible con la urgencia por unir y organizar a las masas, sacándolas de la órbita de los partidos y haciendo que confluyeran en el ancho cauce del peronismo. Se debió también al hecho de que el tipo de poder que ella ejercía se adaptaba perfectamente a los postulados organicistas y antiliberales del régimen en el gobierno. Ya nos hemos referido a esto, aunque ciertamente no en la medida necesaria porque, si nos quedáramos con lo dicho, la imagen de lo que sucedía sería un tanto etérea. Recuérdese que Eva había empezado a ganar espacio incluso antes de los comicios en los que fue elegido Perón, mediante el recurso de extender redes personales y clientelares muy amplias. Con Perón en el poder, esas redes se convirtieron en auténticos aparatos, lo bastante poderosos para proteger a Eva y para permitirle ampliar su radio de acción. No hay duda de que la

figura clave en tal sentido era Miguel Miranda, acaso la más poderosa personalidad de ese primer peronismo. Miranda era un hombre de negocios tan rico de intuición y desparpajo como pobre en ciencia y en dotes diplomáticas, que para unos era un genio y para otros un vendedor de ilusiones, si no un *gangster*. Había venido a encontrarse de súbito con que los resortes de una economía floreciente y ambiciosa, como era la argentina de la posguerra, estaban por entero en sus manos. Mucho es lo que podría decirse de Miranda, pero aquí bastará observar una circunstancia. Era muy mal visto por Bramuglia, que lo acusaba de usurpar funciones que a él le correspondían y de intentar abortar sus esfuerzos por hacer que la Argentina fuera aceptable en el mundo; todavía peor era su fama en las embajadas extranjeras, donde se aborrecía su estrategia de vender el trigo argentino a precio de oro y se afirmaba que de seguro aquel hombre terminaría por conducir a la Argentina a una catástrofe.[76] Miranda gozaba, en cambio, de la absoluta confianza de Perón: en lo más alto de la euforia nacionalista por la compra de los ferrocarriles de capitales ingleses, el Presidente celebró públicamente el genio de su colaborador.[77] Por otra parte, Perón tenía objetivos políticos pero muy escasas nociones económicas, y aun menos interés por penetrar en los arcanos y descender a los detalles de la economía.

Los que tenían observaciones que hacer sobre el enorme poder de Miranda y sobre sus métodos poco civilizados no eran sólo los miembros del gobierno, y tampoco era Bramuglia su único enemigo. Ese hombre que en poco tiempo había llegado a ser un verdadero dictador económico, del que dependían las ambiciones industriales del país, tampoco gozaba de grandes simpatías en los cuarteles. Los militares habían sido pioneros en eso de las ambiciones industriales, y, ciertamente, no estaban dispuestos a abstenerse de opinar sobre el desarrollo de la industria. Es fácil intuir que esa situación conducía una vez más a Eva, y al papel que desempeñaba en el régimen peronista. Con Miranda ella compartía enemigos, lo que no era mal base para formar un frente contra ellos. Él, a su vez, tenía en sus manos las llaves de la caja, de cuyos caudales Eva aspiraba a extraer la ayuda que necesitaba para monopolizar la acción social y consolidar su poder personal. Era, pues, de esperar que naciera entre ambos una suerte de matrimonio de conveniencia, en la práctica un trueque de favores económicos por protección política, y en efecto, todo indica que eso fue lo que sucedió.[78]

Se tuvo un primer y resonante anuncio de ese interesado

matrimonio cuando en octubre de 1946 el matutino *Democracia*, de tendencia peronista independiente, anunció la venta de sus acciones al grupo ALEA S.A., presidido por Carlos Vicente Aloé, antiguo subordinado de Perón que era tan inexperto en materia de periodismo como devoto de Eva, y ahora socio de Miguel Miranda en esa empresa. Miranda, presidente del Banco Central, prestó los fondos para la operación, que vendrían a añadirse a los que al parecer ya había dado Alberto Dodero.[79] Aventando cualquier posible duda, digamos que la eventual dificultad de saldar la deuda contraída no parece haber constituido una gran preocupación para los nuevos propietarios: pronto, las páginas de *Democracia* se vieron atiborradas de avisos publicitarios de una infinidad de organismos oficiales que contaban con financiación del Estado. Tampoco han de haber perdido el sueño por obtener papel para imprimir, en un mercado con escasa disponibilidad de ese insumo, pues pronto descubrieron la manera de obtenerlo de las reservas de *La Prensa*, lo que llegó incluso a suscitar la protesta de la embajada norteamericana.[80] La idea de fondo era hacer de *Democracia* el diario de Eva, es decir, el órgano de su poder y de su exclusiva relación con "el pueblo"; ciertamente, un medio popular, y que pronto llegó a vender 40.000 ejemplares diarios, con picos hasta de 400.000. Sobre todo era cuestión de hacer un diario que expresara la unidad del peronismo y pudiera echar sombra no solamente a los dos grandes medios gráficos de la Argentina liberal, *La Prensa* y *La Nación*, sino también a los otros diarios peronistas demasiado autónomos: *La Época*, dependiente de los estados de ánimo oscilantes de su director, Eduardo Colom, y *El Líder* y *El Laborista*, de vínculos estrechos con el sindicalismo. Y en efecto, *Democracia* no demoró en procurar dar solidez a esa unidad en torno a la figura de Eva, de cuya imagen y cuyo carisma fue vehículo privilegiado, al dar enorme espacio a sus fotos y a la crónica de sus actividades, al ocultar los éxitos de Bramuglia, su enemigo, y al acuñar apelativos que entrarían a formar parte del lenguaje popular, empezando por el primero, lanzado en 1947, "la Dama de la Esperanza".[81] El significado que poco a poco llegaría a asumir todo eso pudo empezar a ser intuido muy pronto: cuando Perón y Eva fueron a Rosario, la multitud que había escuchado en respetuoso silencio el discurso del Presidente irrumpió en un clamor verdaderamente apotéotico apenas la palabra pasó a la esposa.[82] Probablemente haya sido ésa la primera vez —no sería la última— en que Perón advirtió que la popularidad de Eva empezaba a empañar la suya propia.

La absoluta lealtad y la vinculación de carácter personal eran las dos férreas reglas del “matrimonio” político entre Eva y Miranda, y del vasto aparato de poder que giraba en su torno, lo cual viene a confirmar los criterios tradicionalistas y prepolíticos que en realidad se ocultaban tras la prédica modernizadora del peronismo, o por lo menos del peronismo de Eva. Unos principios que no dejaban a la independencia de criterio ni a la capacidad estrictamente técnica oxígeno suficiente para vivir, y que Eva explicitó ante Ricardo Guardo cuando le advirtió que ella era buena amiga de sus amigos, y que lo defendería mucho más de lo que Perón pudiera estar dispuesto a hacerlo.[83] Guardo no habría honrado lo suficiente esas indicaciones, pues de allí a un año se le hizo pagar la debilidad que sentía por Bramuglia, y otros excesos de autonomía.[84] Después fue el turno de José Figuerola, el catalán que había sido asesor del dictador Primo de Rivera y que se desempeñaba hacía ya tiempo como precioso auxiliar de Perón: pagó con el alejamiento del gobierno su libertad de criterio, y el poder y el prestigio que se había ganado por la gran competencia demostrada al frente de la Secretaría Técnica de la Presidencia.[85]

Aquellos primeros momentos de vacas gordas en economía y de frenético activismo internacional fueron también, al mismo tiempo, los de aparente armonía entre Perón, Evita y Miranda. Lo cual, de por sí, era ya para Eva un notable éxito, en la medida en que una parte de ese idilio era consecuencia del abierto apoyo de Miranda a la ambición del Presidente de extender la influencia peronista por los países latinos de América y de Europa, pasando sobre Bramuglia y su ministerio y minando, por consiguiente, su estatus y su poder.[86] Pero en medio de aquel aparente idilio se multiplicaban los que pensaban que Perón, abúlico o imprevisor, había perdido todo control sobre Eva, y los que lo veían convencido de que era preciso dejarla hacer, dado el éxito que ella recogía entre los **descamisados*. Lo cierto es que todos tomaban nota del incontenible ascenso de Eva y de Miranda en el corazón del régimen, asistidos por una corte de ministros, legisladores y funcionarios trepados al carro de su éxito y que se mostraban dispuestos a la devoción más absoluta a cambio del privilegio de escalar con rapidez la cumbre de las estructuras del régimen.[87] Lo confirma la roja señal de alarma que volvió a encenderse en los cuarteles en abril de 1947, tras algunos meses de relativa calma; anuncio, puede decirse, del segundo *round* de la pelea entre Eva y los militares, cuyo comienzo se veía acelerado por la inminencia del viaje de la Primera Dama a Europa.

El embajador de España, bien informado de lo que se agitaba en círculos militares, comunicó que un grupo de oficiales había entregado un memorándum al general Oscar Silva, jefe de la Casa Militar, que era amigo y colaborador de Perón y un nacionalista de una pieza. El escrito denunciaba las prácticas de corrupción y las maniobras para hacer carrera en el gobierno; pedía las renuncias de Miranda y Lagomarsino, o el abandono de las actividades públicas por parte de Eva.[88] No era fácil medir aquellas corrientes de oposición, y el embajador no excluía la posibilidad de que acaso lo que más irritaba a los militares fuera la sensación de haber sido desplazados por una banda de civiles sin oficio ni beneficio, después de haber hecho tantos esfuerzos a favor del ascenso de Perón. No tenía duda de que esas tensiones estaban fragmentando al peronismo entero, y de que ciertamente había escándalos en cantidad en la administración. Por lo demás, algunos meses después fue James Bruce quien anotó en su diario algo parecido, aunque más grave. En efecto, el embajador norteamericano dio cuenta de la visita de un enfurecido general Sanguinetti, jefe del Estado Mayor del Ejército, decidido a poner en movimiento a la fuerza para deponer a Perón por causa de un enésimo pero ahora enorme escándalo de Miranda. El informe le imputaba la firma de un contrato millonario para la construcción de un alto horno, no con el mejor oferente sino con una empresa más chica y que había pasado un presupuesto más caro. Sanguinetti estaba convencido de que entre Eva, Miranda y el propio Perón se habían repartido el sobreprecio. El Presidente dijo desconocer el hecho, e impuso la rescisión del contrato.[89] Se libró así de una violenta crisis, aunque al mismo tiempo reveló cuántas y de qué gravedad eran las cosas que sucedían en el gobierno sin que él tuviera noticia de ellas.

Como sea, antes de que Eva partiera para Madrid en junio de 1947 la presión sobre ella y sobre Miranda fue suficiente para obligar a Perón a salir abiertamente al ruedo, y admitir que se habían producido graves malversaciones. No obstante, al mismo tiempo asumió la defensa del funcionario a quien había confiado las llaves de la economía argentina.[90] Nada de esto impidió que casi todos previeran que apenas saliera Eva de la Argentina, quedando así imposibilitada de mover sus piezas en el tablero para defender sus posiciones, se desencadenaría una nueva ofensiva en contra de Miranda. Es más, se dijo entonces que el propio Perón, según referencia de ciertas fuentes que le eran próximas, se había visto en la necesidad de rechazar un nuevo acto de presión militar

mediante la promesa de que el viaje de Eva serviría entre otras cosas para alejarla por un tiempo del escenario nacional.[91] La hipótesis no ha de haberle quitado el sueño a Eva, si en mayo pudo festejar su cumpleaños entre besamanos de ministros y desfiles de obreros, en el nuevo y lujoso departamento que ella había pagado, insinuó con pérfida ironía el embajador francés, "de su propio peculio",[92] y si en lugar de llamarse a silencio siguió ocupando el centro del escenario, e incluso llegó a recibir un doctorado *honoris causa* de la Universidad de La Plata, la más intensamente peronizada del país.[93]

5. Voto femenino, enseñanza religiosa

Mucho es lo que se sabe y se ha escrito del fervoroso empeño con que Eva luchó en 1947 para que las mujeres argentinas obtuvieran el derecho al voto. En cambio, se ha dejado de lado su no menos intenso apoyo a la ley de enseñanza religiosa en las escuelas públicas. También, podemos agregar, es escasa o episódica la atención que hasta ahora se ha prestado a las precoces incursiones de Eva en el campo de la educación. Y sin embargo, los ámbitos citados tenían cosas en común, sobre todo en cuanto a la forma en que Eva se introdujo en ellos. Existían vínculos de unos con los otros, y de cada uno con el universo ideal que en forma más o menos vaga poblaba la mente de Eva, y las de sus más estrechos consejeros y colaboradores. Los cuales, conviene recordarlo, eran en su mayoría representantes o vástagos del universo nacionalista católico en el que el propio peronismo hundía sus raíces ideológicas más específicas. Todos esos ámbitos, los típicos de la acción y de la influencia de la Iglesia católica, para la cual familia y educación eran terrenos de su propia y exclusiva competencia, podían servir para medir hasta qué punto estaban siendo satisfechas las expectativas que la Iglesia había puesto en el peronismo: el definitivo entierro de la Argentina liberal y la restauración de un orden cristiano. De ahí que, para comprender la importancia política del voto femenino y de la educación religiosa sin segregarlos de su dimensión ideológica y espiritual, y para agregar un nuevo y fundamental parámetro al peronismo que Eva estaba moldeando, será preciso abarcar el fenómeno en su conjunto. En efecto, juntos se presentaron ambos episodios, y de la manera más explícita que imaginarse pueda. Por ejemplo, el importante discurso pronunciado por Eva el 26 de febrero de 1947 apareció con este título en las páginas del diario católico: "Voto

femenino y enseñanza religiosa”.[94]

En los pasos cumplidos en la escena pública, Eva dio abundantes pruebas de su devoción católica, por lo demás típica del “pueblo” del que decía y sentía que era parte integrante, y de su formal respeto por el clero, generalmente bien dispuesto hacia el nuevo orden peronista. Todo dejaba entender que entre Eva y la Iglesia no había razones para la agresión: desde la “regularización” de su situación mediante el casamiento por la iglesia hasta la peregrinación a Luján con Perón, en agradecimiento por haber ganado las elecciones; desde los primeros y cordiales encuentros con el cardenal Copello hasta otros mucho más frecuentes e informales con los religiosos peronistas que con mayor entusiasmo la secundaban. Es más: por haber nacido el peronismo de un curioso amontonamiento de fuerzas y tendencias, no siempre amables con el clero, sobre todo entre las filas obreras, justamente, la propia Eva y el papel que ella estaba asumiendo en esos ambientes —en su mayoría fuera del alcance del apostolado católico— podían revelarse preciosos canales a través de los cuales hacer llegar hasta esos ámbitos la voz de Cristo y el poder de la Iglesia. Por cierto, no faltaba uno que otro cura dispuesto a dejarse ir con alguna poco cauta consideración sobre el discutido pasado de la dama, o a referirse al tan pagano culto de la personalidad que se estaba montando en torno de ella. Eran, sin embargo, casos aislados que, cuando se producían, mostraban a la aguda vigilancia del régimen en actitud de intervenir siempre con máxima prontitud.[95]

Por eso, a la Iglesia no debe haberle parecido preocupante que, ya desde sus primeras apariciones públicas, Eva dirigiera buena parte de sus esfuerzos y de su prédica política a las mujeres del “pueblo”, en especial a las amas de casa.[96] En ellas ardía la fe más sana y sólida, e hincaba sus raíces la catolicidad de la Argentina. Al considerar, pues, el perfil católico del gobierno, los pergaminos religiosos de los hombres que rodeaban a Eva y las palabras mismas que ella solía dirigir a las mujeres, nada parecía desentonar con los sagrados principios del magisterio católico. Por supuesto, era evidente que Eva procuraba torcer tales principios con un propósito político, no apostólico; pero se trataba siempre, en todo caso, de una “política católica”. Precisamente, no es de desechar que la idea de concentrarse en el público femenino haya sido una intuición de los religiosos de cuyos consejos hacía Eva tanto uso. El tiempo de la exclusión de las mujeres de la vida social y política estaba llegando a su fin, en la Argentina y fuera

de ella, y si bien no puede decirse que todos, en las tradicionalistas filas del catolicismo, se mostraran entusiastas del fenómeno, también es cierto que muchos mostraban tener plena conciencia de él. ¿Por qué, entonces, no organizar a las mujeres y capitalizar su nivel de naciente compromiso hacia el ámbito de ese gobierno dotado de indiscutibles credenciales católicas? ¿Por qué sentarse a esperar que lo hicieran las damas de la oligarquía, los socialistas o, peor aun, los comunistas? ¿Qué impedía repetir con las mujeres lo que ya se había logrado con los trabajadores? O bien, para decirlo con las palabras de Hernán Benítez, cuyo perfil se destacaba como siempre sobre el fondo del frenético activismo de Eva, ¿por qué no debía el gobierno, concediendo el voto a las mujeres, "formar su conciencia política"?[97] Es decir, actuar como Gran Pedagogo, ocupado de moldear las conciencias de los ciudadanos en vista del nuevo orden que el peronismo se proponía fundar, basado en las encíclicas de los pontífices.

Ésta era una idea que flotaba y venía tomando forma ya desde antes de que Eva se basara en su encuentro con Pilar Primo de Rivera y en la experiencia de la sección femenina de la Falange para echar las bases de lo que sería el partido peronista femenino.[98] Si bien se mira, era una manera de copiar el imaginario social organicista de los ideólogos católicos de aquel primer peronismo, tan hostiles a los partidos políticos y al espíritu del constitucionalismo liberal como subyugados por la idea de restaurar un orden social y político basado en las instituciones "naturales", la familia en primer lugar, y organizado en "cuerpos" como la Acción Católica, en la que hombres y mujeres se agrupaban en organismos rígidamente separados.

Quienquiera que haya sido el inspirador, queda en pie el hecho de que hay que situar sin duda ninguna sobre este fondo la campaña por el voto femenino, a la que Eva se entregó desde septiembre de 1946, cuando se presentó en el Congreso e intimó al presidente de la Cámara de Diputados, que como se recordará era el todavía fiel Ricardo Guardo, a que acelerara el tratamiento del proyecto de ley, que ya contaba con la media sanción del Senado.[99] En esa campaña, Eva, apoyada en el poder que su posición le garantizaba, arrebató de un manotazo las banderas de los derechos políticos femeninos a las militantes de otros orígenes que durante tantos años las habían hecho tremolar sin resultado. En su transcurso cumplió un verdadero aprendizaje en materia de política y oratoria, tanto frente al público como por la radio; en procura de consenso y de eficacia, pudo poner a punto su típico

lenguaje simple y radical, fogoso y maniqueo, destinado a consagrar su sanguíneo vínculo con las manifestaciones de plaza.[100] Por un lado, ese lenguaje daba forma a su carismática figura de mujer del pueblo, una **compañera Evita* que se batía por los millones de mujeres discriminadas y sufrientes, titulares indiscutibles del derecho a votar. Por otro, no se apartaba gran cosa de la matriz ideal de la cual brotaba, con su obsesiva apelación a las familias cristianas, a la obligación de protegerlas en cuanto sinónimos de defensa de la nación y a la necesidad de entender el voto como "escudo de la fe".[101] Todo eso dentro de un marco ideal en el que el sufragio femenino y la política social del peronismo no eran sino las dos caras de una misma moneda, aspectos mutuamente complementarios de una misma inspiración católica del régimen peronista, cuyo portavoz era Eva. Y lo era en una medida tal que indujo al diario de la Curia a reproducir íntegros varios de sus discursos, que eran elevados así a la categoría de dignos ejemplos de la sacrosanta batalla por la catolicidad de la Argentina.[102]

Por otra parte, nada había en aquella campaña que fuera accidental o fruto de la casualidad; nada, como no fuera el ímpetu, la espontaneidad y la vocación por el drama que Eva ponía en los actos públicos en los que participaba. Ese carácter no casual era una característica obvia, dada la extraordinaria importancia política y social del tema. Que existía un libreto era evidente para cualquiera que dedicara al asunto una atención un poco más que distraída. Uno de ellos fue el conde de Bulnes, embajador español que no pasó por alto la habilidad política del responsable de escribir los discursos de Eva, quienquiera que fuera. Tal sutileza fue suficiente para replicar con un buen estiletazo a las alusiones de *La Prensa*, que para criticar el activismo de Eva había vertido elogios sobre la esposa del presidente francés Vincent Auriol, que había decidido retirarse de la vida política al ser elegido su marido Presidente de la república.[103] Tampoco los discursos de Eva se limitaban a ser vagas alocuciones morales: "toda mujer", puntualizó por ejemplo a fines de febrero, "debe votar conforme a su sentido religioso". Lo cual equivalía a votar por el peronismo, ya que éste había sido el vehículo secular mediante el cual la Argentina católica había vuelto a ocupar el sitial del que, traicioneramente, la habían apartado "los hombres sin Dios".[104] Y la cosa no paró allí, pues su campaña alentó los progresos de una incipiente organización política de las mujeres, de la cual fue expresión el surgimiento por todo el país de numerosos centros

cívicos femeninos, por el momento ajenos al partido peronista pero ya devotos de la causa social y política defendida por Eva Perón.[105]

De modo que la campaña de Eva a favor del voto femenino no era por sí misma motivo de choques con la Iglesia, por lo menos en lo inmediato. Como sea, conviene ir anticipando que con el tiempo no dejarían de producirse esos choques, sobre todo cuando aumentó en el clero el descontento por el descarado uso político que se hacía de los símbolos y las virtudes del cristianismo. Tal uso corporizó, ante los ojos de los más desconfiados, el fantasma de un "catolicismo peronista" dotado de autonomía cada vez mayor respecto de las autoridades eclesiásticas; en tanto, los más temerosos veían ante sí el espectro de una imprudente identificación de la Iglesia con el régimen imperante, fuente segura de futuros problemas. Por su parte, Eva, ya desde la primera Navidad en el poder, pareció invocar a la vez uno y otro espectro, cuando sus ya clásicas invocaciones al pueblo y a la mujer argentina culminaron en una elegía de Perón tan exageradamente laudatoria que los más pérfidos, o los más sarcásticos, expresaron la duda de si se estaría celebrando el nacimiento de Cristo o el del Presidente de los argentinos.[106] De cualquier modo, durante todo ese primer año de gobierno peronista, Eva siguió ateniéndose en lo estrictamente formal a su papel de perfecta esposa de un presidente católico, orgulloso de encarnar la catolicidad de su patria. Eso incluía aparecer junto a él durante las frecuentes y típicas manifestaciones del mito nacionalcatólico que a lo largo del tiempo había quedado plasmado por las intervenciones de la Iglesia y el ejército.[107] Fue lo que sucedió en Ensenada, donde Perón impuso la faja de generala del ejército argentino a la Virgen de la Merced, patrona del arma, y en ocasión del Congreso Interamericano de Educación Católica, celebrado en Buenos Aires en octubre de 1946.[108]

Nada de eso fue obstáculo para que el ascenso político de Eva y sus métodos arbitrarios y clientelísticos empezaran a generar roces con la Iglesia, tal como ya había sucedido con el ejército y con otros sectores. Típico en tal sentido, y más grave de lo que puede parecer en principio, fue el escándalo que estalló en el seno de la Comisión gubernamental creada para coordinar la emigración italiana a la Argentina. Un episodio con ribetes tanto morales como políticos, pues la corrupción que allí mostraba haberse afianzado hizo posible que cierto número de militantes comunistas de la península se embarcaran en dirección del Plata,

contraviniendo las instrucciones del gobierno así como la voluntad de la Iglesia. Lo que hizo aun más espinoso el caso fue el hecho de que estuviera al frente de la Comisión uno de los tantos protegidos de Eva; cuando se lo reemplazó, ocupó su lugar otro de los miembros, el padre Silva,[109] un religioso salesiano que la casualidad quiso que fuera hermano de un general nacionalista, el mismo que, según hemos visto, se alzó poco después contra las intromisiones políticas de Eva. Sin duda no favoreció el prestigio de Eva la circunstancia de que todo esto sucediera en Roma, prácticamente, ante los ojos de las autoridades pontificias, que tantos esfuerzos estaban haciendo por entonces a favor de esa inmigración a la Argentina. En su visita al Vaticano, al año siguiente, ella padecería todavía los ecos de aquel episodio.

Pero sucesos de esa naturaleza, más que impresionar como anuncios de futuros temporales, parecieron ser entonces simples alfilerazos en la piel, en comparación con el inmenso crédito que Eva se aprestaba a ganar ante la Iglesia, naturalmente, gracias a la sabia y astuta conducción del padre Benítez. Éste anunció la campaña, en la que Eva estaba por empeñarse con alma y vida, desde las páginas de *Criterio*, revista en la que Benítez seguía colaborando, a pesar de los frecuentes desacuerdos con monseñor Franceschi, su director. Publicar en *Criterio* garantizaba respeto a las palabras del asesor de Evita, y cierto carácter de manifestación oficial.[110] Lo que se ventilaba era la enseñanza de la religión católica en las escuelas públicas. La práctica había sido introducida por decreto, en 1943, por el gobierno militar de entonces. Ahora llegaba al Congreso para alcanzar el carácter de ley, en forma de proyecto que la mayoría peronista patrocinaba, aunque temiendo que los diputados de origen laborista, por cierto no muy entusiastas por votar una ley "proclerical", desencadenaran un movimiento de oposición interna. Por eso, Benítez se apresuró a convocar en apoyo de la causa católica al hombre de Eva en el Congreso, el presidente de la Cámara de Diputados, Ricardo Guardo. Acto seguido le explicó, con la fogosidad que lo caracterizaba, por qué un peronista tenía que votar una ley de ese carácter, y cómo los diputados, por deberle sus puestos a Perón, y no él a ellos, tenían que atenerse a las instrucciones del Presidente. Eran palabras, conceptos y modos de obrar que, si bien se mira, atestiguaban de manera aun más decidida si cabe en qué profunda medida Benítez estaba contribuyendo a la creación del personaje político de Eva, por entonces en curso y que instituía, como base del poder que ella

disfrutaba, el dogma del indiscutido liderazgo de Perón. Pero la cruzada de Benítez y de la Iglesia a favor de una escuela católica implicaba una acción de signo opuesto contra la escuela laica. Eva fue celosa protagonista de tal acción en esos meses, y dio también su rotunda contribución, con frecuencia en compañía del ministro Gache Pirán, bajo la forma de entregas de diplomas, de asistencia a actos escolares y, sobre todo, tomando personalmente parte en el drástico proceso de reemplazos que el gobierno impuso a la docencia y al sistema educativo en su totalidad,[111] sin omitir tampoco la incursión en el turbulento horizonte universitario, el que más obstáculos oponía al afán peronista de imponer su "nuevo orden". Al abrirse el año académico de 1947, Eva recibió a una delegación de estudiantes que proclamaban a voz en cuello la necesidad de adecuar la universidad a los postulados de la "Revolución", lo que en pocas palabras significaba peronizarla.[112] No es casual que por esa época Eva pasara a estar, no menos que Perón, en la mira de los docentes de orientación laica, y de sus denodados intentos por resistir la violenta oleada a través de la cual el peronismo estaba cambiando la cara de las instituciones educativas de la Argentina.[113]

Eva se dedicó con gran empeño a la campaña por la enseñanza de la religión católica y contra la laicidad de la escuela.[114] La apuesta en juego era absolutamente prioritaria para la consolidación del régimen peronista, y por cierto iba mucho más allá del apoyo, de todos modos importante, de la poderosa Iglesia argentina. Hay que decir una vez más que importa poco si Eva era o no consciente de eso, o hasta qué punto lo eran —en lugar de ella— los ideólogos que la rodeaban. Lo que sí cuenta es que aquella campaña era decisiva para dejar definitivamente registrada la matriz nacionalista y católica del peronismo, no sólo contra la oposición marxista o liberal sino incluso, en mayor medida, contra lo que de aquellas ideologías se ocultaba en las filas del movimiento peronista, en especial entre los obreros. En suma, se trataba de un paso clave para dar al peronismo la unidad doctrinal que Perón tanto invocaba, y para imponer al país la vía peronista a la "nacionalización de las masas".[115] A tal punto era así que la aprobación de la ley fue saludada con júbilo por *Democracia*, el diario de Eva, y con embarazosa falta de interés por *El Líder*, el diario de los gremialistas.[116] Tampoco es casual que Eva atacara por entonces con particular frecuencia las "teorías extranjeras", las "ideologías importadas", los "estilos de vida y la ética no argentinos": fórmulas todas que eran familiares al bagaje

intelectual del nacionalismo católico hacía ya por lo menos un decenio.[117] Ésa fue su contribución a la violenta ofensiva de Perón contra los "comunistas infiltrados" en el movimiento que "boicoteaban" el Plan Quinquenal, acción a la que vino a agregarse el decálogo de los Derechos del Trabajador que José María de Areilza, el nuevo embajador de Franco, halló con razón análogo al Fuero del Trabajo español, ya que como éste se hallaba "penetrado de principios cristianos".[118] Ello no impidió a Eva ir más allá, en perfecta sintonía una vez más con Hernán Benítez y con los apóstoles del catolicismo social. Lejos de limitarse a lanzar violentos flechazos y estériles invectivas contra el comunismo, le reconoció la función histórica de haber procurado la unidad de los trabajadores, y le otorgó la implícita condición de "herejía cristiana", una herejía que había que corregir, purificándola de su ateísmo y su materialismo. En síntesis, había que asimilar sus exigencias, absorbiéndolas en el seno de la política social de inspiración cristiana que propugnaba el peronismo.

Pero Eva pronunció entonces, principalmente, discursos que, como el de la Caja Nacional de Ahorro Postal de febrero de 1947, eran dignos de la más pura doctrina católica en materia educativa, obra también de las plumas de los religiosos que los escribían, donde no era difícil encontrar las huellas dejadas por ellos en los rasgos cultos de su contenido y en el lenguaje rebuscado en que estaban escritos.[119] Por esas mismas razones, tales elocuciones merecían figurar, y de hecho lo hicieron, en las páginas de los boletines eclesiásticos oficiales.[120] La escuela argentina, dijo Eva en la ocasión, en alusión a la escuela laica tradicional, había fracasado porque no educaba ni moralizaba. Para cambiarla, pues, había que recurrir a la enseñanza religiosa, capaz de formar hombres y mujeres responsables, dispuestos a la paz y a la justicia social; y no solo eso, sino también niños que fueran buenos antes que instruidos, y sobre todo estuvieran imbuidos del sentido del deber que únicamente les podía dar el conocimiento de la ley de Dios. En fin, que la educación cristiana era el antídoto contra el "individualismo ateo y materialista". Volver a ella, decía Eva, reivindicando la identidad entre nación y religión y esgrimiendo el "mito de la nación católica",[121] era en el fondo regresar a la esencia histórica y eterna de la Argentina. Y en efecto, se preguntó en otro discurso pronunciado poco tiempo después, ¿cómo concebir un hogar argentino que no fuera, a la vez, un hogar cristiano?

Como se ve, el registro ideológico del que se proveía Eva, el

universo de valores al cual recurría, era exactamente el mismo que el de la campaña por el sufragio femenino, cuyo otorgamiento, dijo más de una vez, tendría por efecto "elevar el perfil moral de la conciencia nacional", por medio de la inclusión política de la "mujer cristiana".[122] Como ya había sucedido con la cuestión del sufragio, no se limitó Eva a los discursos y las conferencias, sino que puso en movimiento todo su aparato de poder. En otros términos, echó sus poderosas redes y blandió su temible garrote para obtener los votos de los diputados peronistas, en especial los de quienes se mostraban más reticentes; y lo logró, puesto que ninguno de ellos osó restar su apoyo a la ley de enseñanza religiosa.[123] Así obtuvo también la valiosa gratitud de la Iglesia. Las cosas, recordaría después Hernán Benítez, algo avergonzado por las manifestaciones hechas en los discursos que en aquellas circunstancias había escrito, en discursos dirigidos a los diputados, se hacían así, sin libertad, **"a la manera argentina"*, siguiendo las directivas del partido.[124] En el momento en que el fiel Ricardo Guardo le comunicó los resultados de la votación, Eva no ocultó la gran alegría que sentía por ese enésimo triunfo. En aquella instancia se inauguraba un rito, el de la dedicación a Eva de los votos legislativos en los proyectos que a ella le resultaban más caros. El mismo rito se repetiría después, con énfasis muy diferente, en el mes de septiembre, cuando fue el turno parlamentario del proyecto sobre el voto femenino.[125]

Capítulo 5

Desde Junín al mundo. La gira europea de Eva y la política exterior peronista

El viaje que Eva hizo por Europa entre junio y agosto de 1947 ha sido descrito infinitas veces, y examinado hasta en sus más íntimos detalles. O al menos eso parece. Se ha repasado su preparación, y se han analizado repetidamente las razones que pueden haber inducido a Eva a ampliar el programa original, surgido de la invitación de Francisco Franco a visitar España, con la inclusión de otras numerosas etapas: Italia, Francia y Portugal en Europa, con una breve desviación a Suiza y un capítulo propuesto pero después incumplido en Gran Bretaña, más Brasil y Uruguay en el viaje de regreso a la Argentina. Dada su naturaleza, mitad política y mitad mundana, el viaje europeo de Evita ha sido, más que ningún otro aspecto de su biografía, terreno fértil para la mitificación y la denigración, para el chisme y la intriga. Se conocen de él, sobre todo, los rasgos curiosos o típicos, como los extravagantes vestuarios que Eva llevó, o sus crónicos y caprichosos actos de impuntualidad en los actos que se celebraban en su honor; y en otro orden, las complejas teorías sobre los segundos fines del periplo, que abarcan desde el propósito de depositar dinero en un banco suizo hasta la preparación de los medios para la huida a la Argentina de los jerarcas nazis.[1] En cambio, sobre los motivos del viaje, y sobre su significado político, los esfuerzos analíticos y la fantasía han sido mucho menos apasionados y provechosos. Salvo raras excepciones, la interpretación se ubica entre dos polos. O bien se rechaza la posibilidad de que la gira tuviera fines concretos o dejara consecuencias significativas y, por consiguiente, que tuviera un grado específico de importancia política, o se toma al pie de la letra la justificación de la propia Evita y de la

propaganda peronista: que era el viaje “del arco iris”, que tenía el propósito de funcionar como un nexo del que Eva sería mera embajadora, un puente de paz que la Argentina peronista tendía entre Europa y América, en el preciso momento en que los vientos de la guerra volvían a arreciar.

En cuanto a Eva misma, casi todas las biografías están dispuestas a admitir que el viaje la cambió en gran medida y, a la vez, la legitimó. Se presenta esa legitimación como el fruto del prestigio y la autoridad ganados por ella tras hacer su ingreso en el escenario del mundo; el cambio, en tanto, se debería a la toma de conciencia que ella hizo respecto de su vocación y sus responsabilidades. Y a tal punto, leemos con suma frecuencia que la Eva que volvió de Europa no era ya la misma que había partido, o bien, que la Eva que en junio había partido “en botón” terminó de florecer en Europa y se convirtió finalmente en Evita, una mujer que ardía en un inédito y sacro fuego de amor por los pobres. Pero no siempre las imágenes eficaces presentan bases sólidas; también esta situación requiere ser evaluada y verificada. El viaje completo merece una revisión auténtica. Es preciso repasar sus distintas etapas y pasarlas por un filtro muy fino, que permita quedarnos con sus características más relevantes, que constituyen rasgos clave de la biografía política de Eva pero que, sin embargo, pocas veces o nunca han sido objeto de consideración. El primero de tales rasgos es el papel de Eva en la política exterior del peronismo, lo que en realidad constituía el núcleo esencial de su viaje a Europa; y están también sus relaciones con la Iglesia católica, importantísimas para el peronismo y su legitimación, y en medio de cuya enorme complejidad Eva fue a dar con el Vaticano. Por fin, es preciso evaluar un aspecto crucial del viaje, que no se relaciona directamente con él pero sí, y en considerable medida, con Eva y su futuro: me refiero al “frente interno”, a lo que sucedió en Buenos Aires mientras Eva estaba bajo los reflectores del mundo. Como siempre, y pese a que se hallaba lejos, ella no dejó de ser protagonista de lo que estaba sucediendo dentro del régimen peronista.

1. Eva y Bramuglia: un solo sillón para dos personas

Antes de que partamos a Europa junto a Eva convendrá aclarar algunos aspectos de la política exterior peronista, porque el viaje fue pensado y preparado en función de los objetivos de esa política

y del espíritu que la animaba. Y tanto que en Buenos Aires se solía hablar por entonces de los "cinco puntos" de esa política, que Eva explicaría a los gobernantes europeos que visitara.[2] En muy apretada síntesis, Perón aspiraba a fundar y conducir una Tercera Posición entre los dos bloques del naciente sistema bipolar. En ese sentido, su política exterior era la proyección natural al plano internacional de la tercera vía ideológica entre comunismo y capitalismo que su régimen estimaba encarnar. ¿Cuál era, para Perón, la base de esa política? La convicción de que Europa y América compartían una civilización común, católica y latina, que era ajena e incluso hostil tanto a la civilización "asiática" del comunismo soviético como a la de corte liberal de las potencias anglosajonas. Ya en junio de 1946 había dicho Perón, al dirigirse a la delegación española llegada para su asunción del mando presidencial: "Ahora que otras razas tratan de llevar la hegemonía del mundo, sólo dos naciones latinas, España en Europa y la Argentina en América, se encuentran en condiciones de asumir y realizar una misión espiritual".[3] Esa misión debía ser cumplida al compás de la espada, el evangelio y la justicia social. O bien, tal como dijo tiempo después a una delegación brasileña, "organicémonos como se organizan los eslavos, los germanos, los anglosajones, para tener nuestro puesto en el concierto mundial", sin olvidar "que somos latinos, y los que no lo son por sangre lo son por religión, tradiciones y costumbres, porque heredaron como nosotros esta grande y sagrada civilización de Cristo que nos llegó a través de la latinidad". Todos juntos, gustaba de decir Perón, "formaremos un sólido e invencible bloque".[4]

No sería aquí el caso de extendernos acerca de las raíces de tal política, ni tampoco de analizar a fondo sus potencialidades y sus aspectos caprichosos, sus puntos de fuerza y aquellos elementos propios que, con el correr del tiempo, acabarían por revelar su esterilidad. Tampoco es el caso de explicar por qué la España del generalísimo Franco estaba, más que nadie, interesada en el asunto, ni de detallar en qué forma los Estados Unidos, contra cuya hegemonía había sido concebida esa política a fin de cuentas, se dieron a la tarea de neutralizarla.[5] Basta, pues, con observar que el solo hecho de que Perón la lanzara revela a la vez sus enormes ambiciones y el gran papel que su Argentina, afirmada en sus silos repletos de trigo en un mundo a merced del hambre, creía poder desarrollar en el marco del nuevo orden mundial. Basta también agregar que, justamente por eso, la política exterior no era un ámbito más, entre otros muchos dentro del régimen

peronista, sino una frontera prioritaria, a la que no por casualidad dedicaba Perón buena parte de su atención y de sus energías. Dada su importancia, no sorprende que la hubiera confiado en manos de un hombre como Bramuglia, que tenía el perfil adecuado para restablecer la credibilidad argentina, minada por la ambigua política que el país había seguido durante la guerra, y para conquistarle el prestigio que era necesario para que la voz de Perón encontrara eco en el escenario del mundo. Por la misma razón, no puede, sin embargo, sorprender que la política exterior fuera el terreno de ásperos choques entre las diferentes almas del peronismo, ni que Eva, en virtud de los puestos que ella y sus hombres ocupaban en el régimen, aspirara a extender su influencia a ese ámbito. De paso, ahí radica una de las razones por las que sus choques políticos con Bramuglia fueron violentos desde el primer momento, hasta el punto de resultar tan públicos y evidentes en el momento en que Evita partía para Europa que desconcertaron incluso a Martín Artajo, el ministro español que la había invitado.[6]

Decir que Eva tenía su propia política exterior sería sin duda una barbaridad: jamás había visto otros horizontes que los de su país, no sabía historia ni estaba al tanto de la política internacional, y no hablaba otra lengua que la materna. Así, para dar alguna idea, no sabía que el Brasil había sido una colonia portuguesa:[7] el hecho en sí mismo carece de importancia, si no fuera porque de todos modos ella aspiraba también a hacer oír su voz en la política exterior. Nada impedía en cambio que sus fieles consejeros, de quienes ya hemos visto la influencia que ejercían sobre sus escritos y sus discursos, tuvieran algunas ideas al respecto; ni tampoco que ella misma abrigara convicciones sólidas o arraigados prejuicios, un férreo apego a una suerte de sentido común del que se venía nutriendo desde la infancia, una vaga pero no por eso menos rígida “visión del mundo”. Ahora bien, que esa vaga visión, basada más en la intuición que en la experiencia, en el estereotipo que en el conocimiento, influyera en la política exterior de un país tan importante y con tantas ambiciones como la Argentina de entonces, o la condicionara, puede parecer inconveniente o absurdo; sin embargo, eso fue lo que sucedió, y el viaje europeo es la prueba evidente. Esto se debía tanto al hecho de que el poder de Eva era entonces una realidad consolidada y en expansión como a la circunstancia de que esa vaga “visión del mundo” no difería en el fondo de la de muchos dirigentes peronistas que de golpe habían conseguido asomarse a la cima del

poder, sin conciencia ni experiencia internacionales. ¿En qué consistía? Ante todo en una innata desconfianza u hostilidad hacia los Estados Unidos y su civilización, juzgada materialista y egoísta. "Qué rabia le va a dar a Truman vernos juntos", hizo saber Evita a Franco.[8] Existía también una romántica atracción por la Europa católica, y en especial por España,[9] tan cercana por religión, lengua, historia y estilo de vida. Había asimismo un apartamiento absoluto del mundo comunista, tan bárbaro y lejano, reflejado en la inútil insistencia con que el embajador soviético llamó a la puerta de Eva en espera de ser atendido, y en el encono con que más de una vez la trató la prensa moscovita.[10] Pero sobre todo había un ingenuo aunque visceral nacionalismo, rayano a menudo en la xenofobia, del que las desmesuradas ambiciones del peronismo en el campo internacional, y la absoluta certeza de que la Argentina peronista era en el mundo un oasis de paz y prosperidad imposible de igualar, no eran sino el reflejo.

Ya desde el comienzo estuvo expuesta la política exterior peronista a choques y contradicciones no precisamente menores. Perón la había puesto, es cierto, en manos de Bramuglia, pero eran muchos los que la tejían o hubieran querido tejerla: Miranda en lo que se vincula con las relaciones económicas, el senador Molinari en todos los frentes, los militares en materia de seguridad, poco después también la CGT y sus representantes, los agregados obreros a las embajadas, sobre quienes Eva ejerció una enorme autoridad. De ahí que Bramuglia fuera un eterno candidato a presentar su renuncia, destinado a cosechar muchos éxitos en el exterior y a no llegar a ser jamás profeta en su tierra. Pero el que más que ningún otro se complacía en ocuparse personalmente de la política exterior era el propio Perón. Eva nunca desertaba de su lado, ni cuando recibió al ex presidente Hoover, que acudió a Buenos Aires en procura de un poco de calma para las agitadas relaciones bilaterales, ni cuando despidió en el aeropuerto al embajador Messersmith, que salía para Washington. Digamos de paso que esa despedida fue un gesto desacostumbrado, más político que amable, en vista de que Messersmith había sido la "paloma" de la política estadounidense hacia la Argentina, opuesta al "halcón" Braden. Tampoco faltaba Eva a los actos en los que Perón recibía a los diplomáticos, que a menudo se cruzaban con ella, rodeada siempre por un séquito de funcionarios, en las antesalas del despacho presidencial; ni estuvo ausente del encuentro con el presidente del Brasil, general Dutra, o de otras parecidas ocasiones.[11] No es casual que en esos precisos

momentos estallara el primer y violento conflicto a propósito de la política exterior entre el senador Molinari y el ministro Bramuglia. Aquél se opuso a numerosos pedidos de nombramiento de diplomáticos, y Eva apareció de repente en el Senado, reunido en sesión secreta, para hacer sentir el peso de su figura a los representantes peronistas. Se recordará que esa actitud fue la causa de uno de los primeros grandes escándalos de su vida política activa.[12]

La presencia constante y el creciente poder de Eva, bastantes para incidir decididamente sobre la política exterior del gobierno peronista, tanto en forma personal como a través de la red de funcionarios devotos u oportunistas que pronto comenzó a colocar en torno de Bramuglia, eran hechos bien conocidos, ya desde los primeros meses, por los diplomáticos destacados en Buenos Aires. Y no solamente por los que representaban a países con los que la Argentina de Perón tenía algún roce, sino sobre todo por los de España, es decir, por los que más necesitaban el apoyo argentino y más amistosos se mostraban. Es un hecho bien conocido, y absolutamente cierto, que la invitación de Franco a visitar España había sido dirigida en primer lugar a Perón, como era obvio y adecuado hacerlo. Pero también es cierto que, cuando éste renunció a viajar, la decisión de los españoles de "conformarse" con la esposa del Presidente no fue en modo alguno un mero acto de cortesía, sino la consecuencia de los informes de los diplomáticos españoles, que acreditaban la influencia política de Eva.[13] La cual, de todos modos, era una circunstancia cada vez más pública y notoria, hasta la misma prensa de los países vecinos decía de ella, ya en septiembre de 1946, que era la "principal y más estrecha colaboradora" de Perón, y auguraba una inminente visita suya a Brasil.[14] El viaje de Eva tuvo entonces desde el comienzo un carácter político, y por eso se lo preparó con esmero durante meses.[15] Pero ese viaje político respondía ante todo a la voluntad, suya y de Perón, de hacer de él un trampolín para el lanzamiento mundial de la Tercera Posición, y mucho menos a lo que Bramuglia pudiera considerar conveniente. Tampoco significó eso que Eva fuera meramente el instrumento de Perón, el hombre al que, según dijo ella en España, apropiándose por primera vez del ya célebre 17 de Octubre, "rescaté para entregarlo a su pueblo".[16] Ya se verá cómo Perón, más realista o acaso más cínico, irá haciéndose cada vez más consciente de la necesidad vital de despejarse el camino a Washington; Eva, en cambio, imprevisible, dogmática y ajena a la importancia de cuestiones que la

superaban, no sólo tratará de poner piedras en ese camino, sino que se colocará a sí misma en lo alto del amplio frente antinorteamericano que el peronismo cobijaba.

La preparación misma del viaje fue causa de infinitos contratiempos, tanto políticos como protocolares. El aspecto común a unos y a otros fue desde el primer momento el hecho de que todos se debían a las mil maneras empleadas por Eva para apartar de los canales diplomáticos normales la organización del viaje, es decir, para quitársela a Bramuglia. Tomó esa tarea en sus manos o, mejor dicho, la impulsó por vías muy oscuras e informales, de cuyos hilos tiraba ella misma a través de sus redes de relaciones personales. Es sabido, por ejemplo, que la invitación a España estuvo primero en manos de una tal Soledad Alonso Drysdale, dama española provista de influyentes contactos y que había llegado hasta Eva a través de amistades comunes en el mundo artístico. Pero se trataba de una mujer muy mal vista por la Embajada española en Buenos Aires, y la intriga llegó a crecer tanto que movió a Bramuglia a pedirle al propio conde de Bulnes que tratara de acomodar las cosas.[17] Claro que "con prudencia" porque, según comentó el embajador, sarcástico, también el propio Bramuglia, aunque exasperado, cuidaba bien de hacer como todos y no tomarse nunca a pecho "nada que viniera de la señora Presidente". Con mayor razón, proseguía el conde de Bulnes, si era el propio Perón quien la cubría y justificaba; y llegó a decir con claridad que ni siquiera él, Perón, "osa hacer nada en contra de los deseos de su mujer", ante cuya voluntad "todos se pliegan".[18]

Por más que Bramuglia se opusiera al viaje, que a su juicio alimentaría las sospechas respecto de la creación de un embarazoso eje político Perón-Franco, y por más que también el embajador Messersmith —obviamente convencido de que sería una piedra de molino colgada del cuello de sus esfuerzos por reconciliar a Buenos Aires con Washington—[19] manifestara su opinión en contrario, Perón y Eva no demoraron un instante en iniciar los preparativos. En lugar de recurrir al personal de la Cancillería, como hubiera sido normal, emprendieron la tarea con la ayuda de Hernán Benítez, a quien Perón otorgó las credenciales de embajador.[20] El jesuita cuyos consejos y cuya ideología imprimían tan profunda huella en las actividades de Eva fue, precisamente, el encargado de entablar negociaciones secretas dirigidas a transformar la visita a España, en perfecta sintonía con la visión del mundo de Perón y con la política exterior que éste venía desarrollando, en un *tour* por las naciones católicas y latinas

de Europa, empezando por la Santa Sede y continuando después por Italia, Portugal y Francia.[21]

En esa situación, y estando así los ánimos, no puede parecer demasiado extraño que, en mitad de los preparativos, el conde de Bulnes haya tenido que dejar su puesto a otro embajador. Apenas descendido del barco que lo había traído, el nuevo representante, José María de Areilza, oyó de labios del jefe de Protocolo que la señora Eva Perón lo aguardaba con impaciencia.[22] Lo que ella temía, obsesionada por las intrigas de quienes eran enemigos suyos y de Perón, era que ambas cancillerías se unieran para boicotear su viaje, o que lo tomaran bajo su control; una actitud que podía convenir a muchos, pero no a los españoles.[23] Hasta estaba convencida, porque se lo habían informado los servicios secretos argentinos, de cuya eficiencia se jactó y de cuyas informaciones hizo siempre amplio uso, de que la misión que traía a Areilza a Buenos Aires era la de entregarle la condecoración que esperaba, en lugar de que le fuera impuesta por Franco mismo en una ceremonia en Madrid. Pensaba que de ese modo se haría inútil su viaje, al que sabía que se oponían algunos ministros "desleales", los norteamericanos y hasta la Nunciatura apostólica.[24]

Sin embargo, nada detuvo a Eva, y los preparativos del viaje continuaron a ritmo intenso. En abril incluso, para acentuar las expectativas respecto del viaje y de la política peronista, el gobierno improvisó una inédita celebración del "Día de las Américas". En esa ceremonia Eva ocupó el centro del escenario y dirigió una enfática exhortación a las mujeres de América, "grandes y heroicas, humildes y olvidadas", aunque destinadas a trabajar a favor de la paz y de la justicia social: los mismos temas, en síntesis, que en poco tiempo resonarían en el epicentro de su *tour* europeo.[25] A medida que el momento de la partida se acercaba, se multiplicaban las manifestaciones de mujeres y de obreros que se reunían para despedirla; no faltó una multitudinaria misa *Pro Itinerantibus*, celebrada en la Catedral de Buenos Aires.[26] También se le confirió el título de embajadora de la cultura argentina ante las universidades españolas, en una ceremonia que terminó en el asalto de algunos de sus seguidores a una biblioteca socialista.[27] El Instituto Nacional Sanmartiniano puso en sus manos las gestiones para la repatriación de los restos de la madre del general San Martín, destinados a descansar al pie del monumento al héroe en Buenos Aires, según iniciativa del padre Virgilio Filippo, diputado peronista y colaborador de Eva;[28] y así podríamos seguir, de homenaje en homenaje y de ceremonia

en ceremonia. Por fin partió Eva en su larga e importante *tournée* revestida de claras finalidades políticas, y en obvia representación de un gobierno del cual no formaba parte. Por lo mismo, ese gobierno no tenía otro camino que ampararse tras la ficción de que se trataba de un viaje privado, y de que los enormes gastos que generaba serían afrontados personalmente por Eva "de su peculio": una broma, como anotó el embajador francés, en la que nadie creía.[29] De paso, el periódico *Provincias Unidas* hizo el chiste de ironizar en un poema sobre *"lo mucho que ha peculiado"*, en una referencia sexual que lo hizo blanco de una furibunda campaña radiofónica y de las iras de Eva, a cuyo retorno fue obligado a dejar de aparecer.[30]

2. La Europa de Eva. Primera parte (España e Italia)

Lo que más impresiona del viaje europeo de Eva es la imagen que proyecta de aquella Argentina: un país importante, rico y hasta temido, pero tan embriagado con su inédito poder como para rechazar la idea de que acaso ese poder fuera fugaz, y para negarse a considerar que la ocasión era inmejorable, no para derrochar prestigio con la exhibición de una arrogancia inútil y hasta un poco infantil, sino para acumularlo. Sin duda, el viaje haría que los reflectores apuntaran a la Argentina y a sus ambiciones internacionales. Ya fuera por esa razón, porque Hernán Benítez se ocupó de antemano de que todo quedara bien filmado para su posterior transmisión, a la vez que se encargaba de supervisar cada gesto y cada discurso, o bien, por último, porque la propia Eva estaba más dispuesta a ello que nunca, lo cierto es que el viaje fue, entre otras cosas, un prolongado e intenso escenario propagandístico del régimen peronista y de sus triunfos.[31] Resultó una larga marcha, repleta de aparentes éxitos pero, en realidad, pobre en resultados duraderos; también es cierto, sin embargo, que durante semanas el viaje fue objeto de intensa cobertura y de encendidos enfrentamientos, hasta en los países vecinos, y que todo eso hizo de Eva una personalidad célebre también más allá de las fronteras argentinas.[32]

Por supuesto, cada una de las etapas planteaba problemas y oportunidades. La española, primera y única basada en la espontánea invitación de un gobierno local, sería la más larga pero también la que menos problemas presentaría en términos políticos. De ahí que fuera también, como lo admitieron un poco todos, la que claramente tuvo mayor éxito.[33] En realidad, para el aislado

régimen español de entonces, la visita de Eva era una bocanada de oxígeno de tal magnitud que Franco y su gobierno no escatimaron sacrificios con tal de contentar hasta el menor deseo o capricho de tan ilustre y poderosa visitante, llegada en representación del país que les estaba echando un saludable salvavidas diplomático y económico, con cargamentos de trigo y maíz para repartir en las ciudades que se disponía a visitar.[34] No les costó mucho, entonces, como no fuera un poco de amor propio y un sutil deseo de liberarse, que Franco en persona fuera a recibirla al aeropuerto de Barajas, tal como ella pretendía. No vacilaron en poner a su lado, como si fuera su edecán, al austero y culto ministro Artajo; en llenarla de regalos y en condecorarla con la orden de Isabel la Católica; en organizar para ella grandes baños de muchedumbre, y consentirle sus eternos retrasos; todo eso, con la paciencia digna de un país postrado a sus pies por necesidad, pero que no olvidaría las afrentas. En esa España triste y hambrienta, donde aún sangraban las heridas abiertas por la guerra civil, la apoteosis de Eva era una parte del programa. A algunos les parecía auténtica, porque veían una señal de esperanza en esa joven mujer proveniente de un país próspero. Otros, en cambio, la celebraban apretando los dientes; sabían que no podían hacer nada frente a las poco elegantes maneras de esa nueva rica y de su séquito, en el que Alberto Dodero y el propio hermano Juan Duarte competían en provocar escándalos.[35] Hubo verdadera apoteosis, y más todavía hubo representación, cuando Eva declamó desde el escenario los textos llenos de consignas nacionalcatólicas que le redactaba Muñoz Azpiri, y los otros, recorridos por soplos populistas tan indigestos para la gris élite del franquismo, que a pesar de la admonición a no hacerlo —recibida de su Orden— preparaba para ella el jesuita Hernán Benítez.[36]

Es verdad que tanto a Evita como a Benítez esa dictadura hecha de incienso y tradiciones les pareció un panorama oscuro extendido ante ellos, frente a la popularidad de plazas siempre colmadas del gobierno de Perón.[37] Pero eso no basta para interpretar como gestos inocentes, o como inadvertidas concesiones al gusto por la teatralidad, sus desmesuradas alabanzas a Franco y a su régimen, que por otra parte ratificaría al regreso a la patria,[38] ni los himnos que entonó a la **hispanidad*, o el hecho de que alzara un brazo en el saludo falangista ante la plaza que la aclamaba. El poder que Eva tenía en la Argentina, la determinación con que había decidido llevar a cabo su viaje contra viento y marea, el largo y minucioso trabajo de preparación de los

detalles confiado a Hernán Benítez y, sobre todo, la importancia que tal viaje revestía para el esfuerzo peronista de colocar a la Argentina al frente de las naciones latinas y católicas de Europa y América, indican que todo cuanto sucedió o se dijo era previsible y había sido dispuesto o, en su defecto, constituyó objeto de negociación específica.[39] Y lo que menos podía ignorar Eva es que tanto su presencia como la ayuda que llevaba serían de provecho para el franquismo, en la inminencia de un referéndum por la sanción de la ley de sucesión.[40] Es muy cierto que las invocaciones de Eva a los trabajadores y a la justicia social, e incluso el rito que le era tan caro de entregar dinero a los indigentes, fueron considerados puros actos de demagogia por muchos hombres del régimen español; pero es cierto también que el universo ideal del que Eva venía nutriéndose ya desde sus primeros pasos en el escenario político no era, a fin de cuentas, tan diferente. Así, al incensar a Perón y a su Argentina, designando a ésta la tierra "de la verdadera democracia", Eva estaba haciendo alusión a la naturaleza organicista y antiliberal del peronismo y de su concepto de democracia, en términos por completo análogos a los que Franco y los suyos empleaban para proclamar la superioridad de su régimen respecto de las viejas democracias europeas. No se notaron desafinaciones en el coro con que Franco y Eva se pronunciaron a favor de la indisolubilidad del vínculo matrimonial e invocaron las encíclicas sociales de los pontífices, reconociéndose en el común intento de organizar a los trabajadores sobre una base de colaboración entre las clases.[41] Tampoco es acertado decir que el ímpetu de Eva a favor de la justicia social fuera de un carácter tan disolvente como para sembrar el pánico en la conservadora aristocracia española y en la oscurantista Iglesia católica de España.[42] Sí, es cierto, el cardenal Segura viajó fuera de su sede de Sevilla al llegar ella, pero la ofensa estaba dirigida a Franco más que a Eva. En todo caso, su gesto no impidió que los demás obispos españoles la hicieran objeto de una acogida triunfal, ni privó a Eva de invocar a cada paso el apoyo de la Iglesia, ni a Benítez de instruirla sobre lo que debía hacer en cada uno de los templos que visitó, que fueron muchos, aunque simplemente se tratara de besar o no besar los pies de una imagen sagrada.[43] Y si es verdad que aquí y allá tuvo que afrontar actos de desprecio de la aristocracia, por ejemplo en Barcelona, no es tan decisivo saber si los suegros del entonces heredero del trono español procuraron o no esquivarla, porque, al fin y al cabo, Eva los conocería poco después en Portugal.[44]

Pero sobre el fondo de la etapa española del viaje de Eva se percibía ya nítido, tal como, por otra parte, en las etapas que la siguieron, el perfil de la Tercera Posición que Perón se aprestaba a anunciar, dirigiéndose en especial a los que eran sus naturales destinatarios: los países de América latina, los países católicos de Europa y la Santa Sede. En suma, como informaba Areilza, ése era el perfil de la política mediante la cual la Argentina aspiraba a ser portavoz de los millones de personas de "estirpe, cultura y fe occidentales, cristianas y sobre todo hispánicas".[45] Eva no omitió anticipar tal política ya a partir del primer discurso radiofónico en tierra española, y al parecer con éxito, si es verdad que Perón le atribuyó el mérito de estar elevando a la Argentina al rango de las mayores potencias.[46] Como sea, lo hizo pasando por encima de los canales diplomáticos que dependían de Bramuglia, como más de una vez denunció la prensa de oposición en Buenos Aires; y a tal punto que, si hubo un hombre a quien la visita de Eva a Madrid le arruinó la carrera y el buen humor, ése fue sin duda el embajador argentino Pedro Radio, sometido a molestias y humillaciones de todo tipo.[47]

Desde Madrid, Eva se dirigió a Roma. Su visita allí culminó en la audiencia con Pío XII, de la que ya hablaremos, pero preveía también numerosos encuentros con el gobierno y con la población italiana; en el curso de tales encuentros, ella retomó el hilo de sus intervenciones a favor de los derechos femeninos, en contra del divorcio y en apoyo a la justicia social basada en las encíclicas pontificias.[48] El clima, empero, era muy diferente del que había reinado en España. No se trataba sólo de que hubiera allí algo que habría sido impensable en Madrid, una oposición dispuesta a manifestarse públicamente contra quien representaba a un régimen que hacía recordar demasiado al fascismo que acababa de caer; como escribía la prensa madrileña, esas voces "puercas, flatulentas con el mal vino del odio" que se alzaron contra Eva en Roma.[49] Es que sobre todo había un gobierno muy diferente, al punto de que la invitación a Eva, lejos de haber sido espontánea, fue cursada por expreso pedido de la diplomacia argentina, y como efecto de la visita de ella al Pontífice. El Primer Ministro democristiano, Alcide de Gasperi, no era frío ni hostil con Eva, ni tampoco ingrato con la Argentina, con la que Italia tenía tal vez más lazos que nadie, y desde donde recibía generosas ayudas. Por el contrario, no faltaron las atenciones ni los agradecimientos oficiales, tanto a la ayuda diplomática y económica argentina como a la propia Eva en su rol de "Embajadora de fraternidad y

paz”.[50] De Gasperi no había omitido agradecer a Perón la visita de su cónyuge, sin ocultarle que Italia necesitaba “una ayuda rápida y eficiente”, sobre todo en suministros de trigo y carne, tanto de los Estados Unidos como de la Argentina, y sin dejar de señalar que el elevado precio del trigo argentino era un obstáculo para el pleno entendimiento entre ambos países.[51] Pero así como Franco no podía menos que alegrarse de una visita que quebraba su aislamiento, y de la posibilidad de que se formara un bloque de naciones católicas que le reconociera un papel ya perdido, para De Gasperi las cosas eran muy diferentes. Tras una derrota bélica, y con el hambre y la agitación social dentro de casa, su gobierno no tenía fuerzas ni interés en correr tras el espejismo de una Tercera Posición; a tal punto que, a la llegada de Eva a Italia, el jefe del gobierno venía de sancionar con su viaje a Washington la decisión de unirse a la alianza atlántica. Pero, además, De Gasperi era el líder democrático de un país que salía de veinte años de fascismo y de una guerra terrible, y que podía desear o buscar cualquier cosa menos comprometerse con regímenes o con líderes que llevaran el estigma del fascismo.

Por eso, para Eva la misión en Italia no era ni hubiera podido ser nunca tan gratificante como lo había sido la que venía de cumplir en España. Esto se veía sobre todo en el costado que mejor le sentaba, la propaganda entre las muchedumbres y el contacto con ellas, que el gobierno de Roma tenía absoluto interés en limitar; muy especialmente porque el álbum de familia que sacaba a relucir Eva en cada acto era el mismo que Italia estaba queriendo ocultar de una vez por todas. Basta pensar en la cálida acogida brazo en alto que le hicieron los militantes fascistas romanos;[52] o en el encuentro con la princesa Maria Pignatelli, fundadora de un movimiento femenino que llevaba el nombre *Fede e Famiglia*, y que mantenía contacto con la sección femenina de Falange Española; la princesa estaba interesada en allanar el camino de la Argentina a fugitivos fascistas.[53] Sin mencionar, claro, los acuerdos cerrados en igual sentido con los franciscanos, la orden religiosa a la que Perón siempre reservó un tratamiento preferencial y de la que Evita llegó a ser hermana terciaria, con lo que se favoreció la huida a Buenos Aires de feroces miembros del movimiento ustachi (*ustaše*) croata, encabezados por Ante Pavelic´ y Dinko Šakic´ .[54] El hecho le ganó a Eva el reconocimiento de la comunidad croata argentina.[55] No por casualidad las apariciones públicas de Eva fueron causa en varias ocasiones de desagradables incidentes, que por cierto De Gasperi no necesitaba, en medio del

de por sí ardiente clima callejero que entonces se vivía en Italia. Los hubo en Roma y en Milán; en esta última ciudad, Eva vivió tanto la cordialidad con que la retuvo en conversación el cardenal Schuster como el ser blanco de las protestas de la Camera del Lavoro, sede de la organización sindical local. La tarea de protegerla en la ocasión estaba a cargo de un *esercito della libertà*, que un grupo de fascistas había formado al efecto.[56]

A Eva le resultaba fácil reunir multitudes que la aclamaran bajo las ventanas del hotel donde se alojaba, cumpliendo la ritual ceremonia de arrojarles dinero. Pero entonces llegó la noticia de que en Buenos Aires el gobierno había cerrado *La Vanguardia*. El diario socialista —en el que tenían lugar destacado las viñetas de Tristán, que la ridiculizaba dibujándola con la varita mágica siempre en la mano y colmada de joyas— acusaba por esos días a Perón de la ola de violencia que estaba haciendo correr sangre en la Capital de la República.[57] Ante esto, el clima político italiano se echó a perder todavía más. En el Ministerio de Asuntos Exteriores estimaban sin medias tintas que, por motivos de orden público, la permanencia de Eva en Italia se había convertido en una cuestión delicada en grado sumo.[58] Esa fue sin duda, y no el cansancio tantas veces alegado, la razón por la cual las actividades programadas para Eva quedaron interrumpidas, y ella se tomó algunos días de descanso a orillas del Mediterráneo, en Liguria.[59] También por eso, sin duda, el gobierno español calificó de "catastrófica" la permanencia en Italia. En Madrid se comentó que Eva, "poco acostumbrada a que la silbaran", había reprochado a De Gasperi no haber previsto esa situación, impidiendo las protestas, y había amenazado con ir a buscar refugio en España.[60] Los españoles pensaban que era ya hora de que los argentinos comprendieran que sólo en Madrid encontrarían quien les perdonara "ciertos excesos" y "ciertos defectos"; que a fin de cuentas la "hispanidad" debería prevalecer sobre la "latinidad".

Pero cualquiera que fuese el balance de la estadía en Italia, o el grado de verosimilitud de la versión según la cual Eva aprovechó su estada en las playas del norte de la península para tramar el traslado a Suiza de un valioso cargamento de oro, oculto en un envío de cereales supuestamente descargado en el puerto de Génova,[61] lo realmente importante es que, al menos en un aspecto, el objetivo peronista había sido cumplido. Porque, en efecto, si la idea era que los ojos del mundo estuvieran apuntados a la Argentina cuando Perón, el 6 de julio, explicara la Tercera Posición, el medio elegido para ello —es decir, el viaje de Eva—

había alcanzado ese fin, puesto que de la joven y excéntrica esposa del mandatario argentino hablaba prácticamente todo el mundo hacía ya al menos un mes. Hasta la prestigiosa revista *Time* le dedicó, a mediados de julio, su tapa y una larga nota en el interior.[62] Todo eso, debidamente manipulado, tuvo en la Argentina enormes consecuencias sobre la popularidad de Eva y sobre el consenso que gozaba el régimen peronista. Más allá de las fronteras, en cambio, no produjo tan buenos frutos. La considerable atención que en el mundo habían despertado Eva y su corte de los milagros, que a decir verdad fue muchas veces crítica y aun más veces irónica, contrastaba con el tenue interés manifestado hacia la Tercera Posición de Perón.[63]

3. La Europa de Eva. Segunda parte (Portugal y Francia)

La etapa portuguesa de Eva fue breve, y a juzgar por el escaso interés que a continuación suscitó, también merecedora de menor atención. En efecto, nada hubo en ella de similar a las pompas de España, ni al nerviosismo de las jornadas vividas en Italia, a la inevitable visibilidad mediática que implicaría más tarde la visita a París o a los profusos rumores sobre las razones que podían haberla llevado hasta Suiza. Y sin embargo, lejos de carecer de interés, revela la peculiar manera de actuar de Eva en el escenario internacional, y permite enfocar mejor su personalidad, no por ella en sí misma sino por la forma en que se vincula con la imagen internacional de la Argentina y del gobierno peronista. Con respecto a esto último, convendrá tomar de entrada el toro por las astas, para dirimir una cuestión que lleva ya años y es a menudo motivo de violentas acusaciones a Eva, tanto como de acríticas defensas, de acusaciones malignas y de absoluciones. Los documentos y testimonios sobre el período de permanencia de Eva en Lisboa son a tal punto claros y explícitos en demostrar hasta qué punto aspiraba al “reconocimiento social” que no dejan ningún tipo de duda al respecto. El reconocimiento que en particular buscaba era el de las familias de la realeza, cuya aura y cuyas fastuosidades fascinaban a Eva más que nunca, e inducían en ella una ansiedad de la que quedan profundas huellas, incluso, en las razones que la llevaron a cancelar la prevista visita a Londres,[64] una etapa agregada a último momento y con la cual Perón no contaba mucho, ya que el viaje estaba específicamente dedicado a las naciones latinas de Europa.[65] Otro reconocimiento que Eva perseguía era el de los gobiernos, tanto por medio de

distinciones honoríficas formales, de las que siempre fue ambiciosa y que llegaría a coleccionar en cantidades exageradas, como bajo la forma de signos exteriores de deferencia.

El hecho en sí no tendría por qué sorprender ni escandalizar. No es incomprensible que una joven, que de un solo paso logra ascender a lo más alto, ambicione entrar en pose de reina en los grandes salones de la aristocracia europea. Tampoco lo es que sueñe con vengar de ese modo las humillaciones de las que tal vez ha sido víctima en el pasado. Lo que realmente cuenta es que Eva había ido a Europa para llevar a cabo una importante y delicada misión política y diplomática, en la que por medio de ella estaban representados su país y el gobierno de su país. Por eso, sus tics y sus rencores, sus *gaffes* y sus actitudes estaban en cierta medida entrelazados con el prestigio y con la credibilidad de la Argentina de Perón, cosa muy importante porque a esos países que visitaba iba dirigida la Tercera Posición.[66] Y no se trataba solamente del prestigio inmediato, garantizado de algún modo por el indudable poderío de la Argentina de entonces, sino del otro más sólido, capaz de mantenerse con el paso del tiempo. A esa clase de prestigio es muy probable que la arrogancia y el escaso tacto de Eva le hicieran más mal que bien, en esa y en otras oportunidades posteriores.

El largo informe secreto redactado para el Ministerio de Asuntos Exteriores portugués por el secretario de embajada a quien estuvo confiada la tarea de seguir a Eva paso a paso durante su estada en Lisboa es realmente despiadado en ese sentido.[67] Y no porque el diplomático hablara mal de ella, ya que apreciaba la amabilidad y la instintiva inteligencia de Eva, su sentido de la ironía y su candor en los momentos en que estaba bien dispuesta, y además, habiendo pasado un año en la Argentina y siendo admirador sincero de Perón, comprendía bien los fines propagandísticos de aquella misión, incluida el ansia por ganar crédito ante la opinión pública europea. Era que el informe revelaba la infantil necesidad de exhibir el estatus personal y el poder del régimen al que Eva representaba, y ponía al descubierto la poco plausible comitiva que la acompañaba. Ni su imagen ni la de su gobierno sacarían ciertamente ventajas del estridente contraste entre el desprecio con que Eva trataba al cuerpo diplomático argentino, al que hasta llegó a amenazar con el despido, y la devoción que manifestaba hacia el fiel agregado obrero en Portugal, y más todavía hacia Alberto Dodero, que por cierto no dejaba de jactarse en público de su capacidad para hacer

dinero sin haber estudiado jamás. Tampoco hacía felices a sus anfitriones que Eva, con tal de escenificar la exhibición de su poderío, pidiera una escolta de cuarenta agentes cuando ningún motivo de seguridad lo justificaba. Menos todavía les gustaba su teorización de los poco corteses retrasos en los que incurría, en la que llegaba a observar que la puntualidad "desprestigia" al que a ella se atiene. Sin hablar del escándalo desatado por Eva a propósito de la inadecuada distribución de los lugares en las mesas, en una recepción en la embajada de España que por poco no termina en una protesta formal ante el gobierno de Madrid. Todo esto confirma que, lejos de presentar de sí, por medio de Eva, la imagen de una nación seria y confiable, la Argentina de Perón transmitía la impresión de estar a merced de la casualidad y de los estados de ánimo, y que, lejos de ser un Estado dotado de instituciones serias y creíbles, constituía, en realidad, un régimen fluctuante, a merced de los caprichos de quienes lo representaban.

No está claro por qué Eva se entrevistó en Lisboa con el ex rey Humberto II de Italia, acompañado en la ocasión por dos generales, Cassiani y Graziani; a menos, claro, que se conceda crédito a fuentes británicas de la época, que hablaron de financiamiento argentino a un movimiento monárquico y profascista dispuesto a luchar contra el comunismo en Italia.[68] Una versión que acaso no sea tan descabellada, si se piensa que Perón no ocultó nunca a los países amigos su entusiasta inclinación en el mismo sentido.[69] Lo que sí aparece claro es que para el gobierno italiano ese encuentro constituyó una "singular falta de tacto", aunque el ministro de Asuntos Exteriores, Carlo Sforza, decidió hacer silencio sobre ella por los "muy efectivos intereses" que unían a Italia con la Argentina. Ello no impidió que conservara un recuerdo ciertamente no favorable a Perón ni a su forma de conducir las relaciones internacionales.[70] Tampoco a la hija del ex rey Humberto, María Beatriz, le quedaron recuerdos gratos de Eva ni del ímpetu con que ella, según acostumbraba con todos cuantos conocía, saturó a la familia entera con sus alabanzas sobre las maravillas del peronismo.[71] Todavía más incomprensible, si cabe, fue el encuentro que Eva quiso mantener con don Juan de Borbón; a menos que se le adjudique el mismo trasfondo que al sostenido con Humberto o se suponga que "el habilísimo Perón", en un ejercicio de agudeza que algunos le atribuyen —aunque no está muy claro en qué consistiría tal agudeza—, pensara convertirse de algún modo en árbitro de los destinos de España.[72] Así parecería ser, si estamos a lo que Eva

confió de aquel encuentro: su consejo al pretendiente borbónico de que se entendiera con Franco, para poder acceder al trono en algún momento.[73] Todo esto revela muy bien el poco cauto desparpajo y la exagerada idea del propio poder que cultivaban tanto Eva como la propia política exterior peronista. Lo cierto es que la seguridad de que el encuentro no sería del agrado de Franco ni de sus ministros fue insuficiente para que Eva desistiera de llevarlo a cabo.[74] Al fin, el hecho no tuvo consecuencias, por lo menos en lo inmediato, pero tampoco robusteció la fe que Franco pudiera tener en la sincera amistad del régimen peronista, tan poco cortés como para pagar los inmensos honores que se acababan de rendir a Eva con una desatenta reunión entre ella y el presunto "heredero", y adversario, del Generalísimo.

Tampoco el propio gobierno portugués encontró en la visita de Eva Perón motivo alguno para adherir a la Tercera Posición. Salazar se guardaba bien de dar crédito a tal política, convencido como estaba de que la supervivencia de su régimen y el futuro de su país dependían mucho más de la capacidad que demostraran para sumarse al naciente bloque occidental, liderado por los Estados Unidos, que de cualquier estéril adhesión a una alianza de débiles naciones católicas, conducidas por la Argentina de Perón. Por otra parte, Lisboa empezaba ya a irritarse por el descarado uso político que la Argentina hacía de sus reservas de trigo.[75] Por eso, el gobierno portugués prefirió mantener un perfil bajo, como correspondía ante una visita que no había solicitado sino que la había concedido a partir de un expreso pedido argentino.[76] Se atuvo, pues, a una discreta cortesía, concediendo a Eva la posibilidad de visitar fábricas y hablar a los obreros "en modo un poco demagógico", pero absteniéndose de honrarla con la condecoración que ella deseaba, y de organizar para ella las reuniones públicas que esperaba tener. No se equivocó tampoco al pensar que Eva lo juzgaría un poco "huraño"; y en verdad bastante más que eso, ya que ella a su regreso no escatimó duros juicios sobre esa gris dictadura que hambreaba a su pueblo, aunque a la vez se declaraba admiradora de su líder, Oliveira Salazar.[77]

Mucho más conocido y analizado que la etapa portuguesa es el paso de Eva por París, aunque no todo lo que se conoce de ese transcurso sea también verdadero, por más que haya sido repetido infinidad de veces. Pero es preciso proceder con orden. La visita a Francia era muy importante para Eva, y acaso más para ella y su estatus que para la política peronista de la que era embajadora, ya que casi todos tenían claro que, por mucho que necesitara París de

la ayuda argentina, atraer a Francia a los brazos de la Tercera Posición era una quimera. Como en Italia, tampoco allí deseaba nadie aparecer en demasiada intimidad con Perón, y correr así el riesgo de que la prensa y la plaza pública lo crucificaran. Para Eva, en cambio, "conquistar" París, o al menos transmitir a Buenos Aires la sensación de haberlo hecho, equivalía a una suerte de definitiva consagración. En el imaginario de los argentinos, Francia ha sido desde siempre la quintaesencia de la cultura, sobre todo en esa alta sociedad que despreciaba y denigraba a Eva, y contra la cual ella seguía meditando reivindicaciones y venganzas.

El propio embajador en Buenos Aires ha relatado cómo nació la idea de esa visita. D'Ormesson no excluía, por un lado, la posibilidad de que Perón mirara con buenos ojos que Eva, ya tan embarazosa, se ausentara por un tiempo y, por otro, notaba que ella se sentía atraída por la publicidad que tal viaje le depararía. A su vez, Bramuglia se mostraba ansioso por incluir más etapas en el viaje, que de limitarse a una fastuosa visita al dictador español no sería nada positivo para la Argentina.[78] Por fin, Alberto Dodero le hizo saber lo mucho que deseaba Eva recibir una invitación del gobierno francés, con el resultado de que ésta llegó y el diplomático se la transmitió el 24 de mayo. D'Ormesson sabía bien que ni Francia ni su régimen político o su gobierno eran dueños del corazón de Perón o del de Eva. Para ellos, París estaba demasiado llena de comunistas, como por otra parte recalcó la propia Eva a su regreso.[79] La frialdad que le demostraban y sus negativas a asistir a las constantes invitaciones a visitar la embajada confirmaban esa impresión. El embajador, a su vez, no sentía simpatía alguna por un régimen al que consideraba una suerte de fascismo rudimentario, y del que hacía poco había estigmatizado el cinismo, al enterarse de que en todos los paquetes de ayuda que partían hacia Francia iba también propaganda peronista.[80] Por lo demás, D'Ormesson tampoco apreciaba a Eva, y su estima se volvió aun menor cuando Dodero le informó que ella se alojaría en la residencia de Fritz Mandl en la Costa Azul. No podía dejar de considerar "aberrante" que la esposa de un hombre como Perón, sobre quien pesaba la sombra de los vínculos mantenidos con el Eje durante la guerra, aclamada poco tiempo atrás en la España de Franco, llegara a esa Francia que acababa de salir de una devastadora guerra con la Alemania nazi y fuera a alojarse en casa de un austríaco que había sido servidor de Hitler; un hombre que, para peor, parecía mantener con ella vínculos basados en transacciones no precisamente transparentes si, como

algunos informaban, administraba ciertos intereses de ella en el Paraguay.[81] Habría una reacción de la opinión pública, escribió D'Ormesson a París; y en verdad, fue el Consejo de la Legión de Honor el que reaccionó cuando el gobierno, invocando la razón de Estado, decidió distinguir a Eva con esa condecoración, en grado de caballero.[82]

Más allá de todo eso, lo cierto es que D'Ormesson pensaba que prestarse a invitar a Eva reportaría a su país más ventajas que inconvenientes. Subestimando un poco el imperturbable provincialismo de Eva, y acaso sobreestimando el atractivo que Francia podía todavía irradiar, después de los poco gloriosos años de la ocupación germana, el embajador confiaba en que, al verse ante el Arco de Triunfo, ella comprendería de pronto las jerarquías internacionales, y el poco peso que la Argentina podía aspirar a tener. Sin comprender que la pasión social de Eva estaba compuesta tanto de una auténtica sensibilidad como de narcisismo, aconsejaba que se le permitiera entregar regalos a familias necesitadas, pero sin que hubiera de ello demasiados ecos; sobre todo porque los amigos y admiradores de Francia en la Argentina revistaban en la oposición, no en el gobierno, y no verían con buenos ojos que las autoridades francesas se prestaran al juego de la detestada Eva. No obstante, y en ello radicaba un punto clave de esa visita, era fundamental que Eva volviera contenta de París. En efecto, escribía D'Ormesson, por ser poco menos que "omnipotente" sobre Perón y la mayoría de los ministros, y sobre todo tan íntima de Miranda que se veía con él a diario, ella estaba en condiciones de inducirlos a dedicar a Francia la atención que hasta entonces no se habían dignado concederle. Como se ve, al igual que en la Argentina, en el extranjero empezaba a verse la posición alcanzada por Eva como un instrumento al que era posible recurrir para obtener alguna ventaja; lo cual, por reacción, consolidaba todavía más el poder que ella gozaba.

Una vez más, no fue el embajador Victorica Roca quien se ocupó del programa de la visita de Eva a París; además de ser representante del ministerio de Bramuglia, el diplomático estaba sospechado, y con razón, de despreciar al gobierno del que dependía.[83] Quien se ocupó de ello fue el padre Hernán Benítez que, como buen jesuita argentino, estaba bien empapado en la cultura francesa. Pero los numerosos informes que Benítez produjo acerca de aquel viaje aparecen entre los más fantasiosos y contradictorios, más pendientes de despistar al historiador, para

así encaminarlo hacia la Eva hecha mito, que de guiarlo en la reconstrucción de lo que en verdad sucedió. No se trata sólo de que, al quemar incienso en pro de Eva, y un poco también de sí mismo, Benítez describa el viaje, muy exageradamente, como "un éxito colosal".[84] No, la cuestión está en lo que contó, y en la forma en que lo hizo. Ante todo hay que destacar que el gobierno francés había aceptado invitar a Eva porque compartía las reflexiones de D'Ormesson; por consiguiente, la versión de Benítez, de que, según creía recordar, quien la ayudó en tal sentido fue nada menos que el italiano Palmiro Togliatti, es sin duda temeraria. Por empezar, Togliatti estaba lejos de ser un desconocido, de quien uno se olvida fácilmente el nombre; era jefe del partido comunista de Italia, y uno de los máximos dirigentes del comunismo internacional; por añadidura, hasta poco atrás había sido ministro en el gobierno italiano. A eso hay que agregar que tanto en Francia como en Italia quienes más se oponían a la visita de Eva eran precisamente los comunistas. Más bien queda la impresión de que Benítez, en sus constantes esfuerzos por hacer de Eva un mito y un símbolo, acomodó sus recuerdos de modo de librarla a ella de esa pátina de fascismo que siempre la recubrió, adjudicándole una popularidad tal como para predisponer en su favor hasta a los líderes comunistas. Además, al proceder así, Benítez quitaba del medio lo que al presidente de la República Francesa, Georges Bidault, le quedó como recuerdo de aquella visita. Bidault había elogiado la administración comunista de Sèvres, y Eva había respondido con la más inoportuna de las referencias a los méritos del régimen nazi. Después, en una conmovida visita a cierta exposición dedicada a los campos de concentración hitlerianos, procuraría remediar tan torpe *gaffe*.[85]

Otro tanto puede decirse del episodio tal vez más célebre de la estadía de Eva en París, narrado por Benítez y después repetido y novelado hasta el hartazgo, y que tiene como marco la catedral de Notre Dame. Se pretende que allí dialogó Eva con el nuncio apostólico Angelo Roncalli, el futuro Juan XXIII. Roncalli, se dice, la alentó a perseverar en su obra de ayuda social, y llegó incluso a profetizar que todo el bien que estaba haciendo la llevaría al martirio. No contento con eso, formuló la sugerencia de que procurara evitar la burocracia, que casualmente era lo que Eva ya venía haciendo respecto de todas las trabas jurídicas e institucionales.[86] Pero en realidad nada en ese relato parece fundado, pues todo suena a construcción posterior, cuando el entonces nuncio era ya considerado el papa bueno y popular que

había emprendido la tarea de renovar la Iglesia en el Concilio Vaticano II, y Benítez se hallaba empeñado en encontrar en Eva y su ejemplo el antecedente directo de la teología de la liberación.[87] Para comprobarlo basta repasar las libretas de anotaciones que llevaba Roncalli; el único recuerdo de su encuentro con Eva remite a la recepción diplomática en la embajada argentina, del 22 de julio de 1947. Su testimonio es ciertamente mucho menos épico y significativo de lo que parece querer hacer creer Benítez: "Anoche no pude dejar de ir a la recepción del embajador de Argentina en honor de María Eva Perón, esposa del Presidente de la República. Encuentro mundano: nada de inconveniente, sin embargo, fuera de la fea desnudez de las damas. Fui el primero en retirarme".[88]

Puede decirse que, en general, D'Ormesson no se había equivocado en sus evaluaciones. Francia obtuvo la atención que deseaba, y Evita asistió en París a la firma del sustancioso crédito que la Argentina decidió abrir para la adquisición de carne y trigo, asumiendo el mérito de un acuerdo que había sido negociado por las diplomacias de ambos países.[89] En contrapartida, el gobierno francés se las arregló para que la prensa la tratara con respeto, o cuando menos con indiferencia, evitando las manifestaciones de sarcasmo respecto de una visitante de cuya benevolencia necesitaba Francia, entonces más que nunca, a juzgar por la pésima calidad del pan que se comía en las ciudades francesas.[90] En realidad, Eva se atribuyó el mérito de ese tratamiento respetuoso al confiar que había debido aceitar los vínculos con la prensa francesa mediante la distribución de cierta cantidad de sobres con dinero.[91] Aunque la prensa peronista de la Argentina dio gran importancia a las actividades de Eva en París, contribuyendo así a hacer crecer el aura que la rodeaba, no cabe decir que en lo personal ella hiciera un gran aporte al principal objetivo del viaje: potenciar los ecos del anuncio de la Tercera Posición peronista. En efecto, como reconocieron los agregados obreros argentinos destacados en Francia, sólo *Le Figaro* había reproducido parcialmente el discurso de Perón del 6 de julio; por la radio, en cambio, no se lo oyó. Nada sabían los trabajadores franceses de todo esto, y sus sindicatos estaban al frente de la campaña denigratoria contra Eva y contra el gobierno peronista.[92]

4. Sonrisas y rechazos. Eva en el Vaticano

En ese contexto, la semana que Eva transcurrió en Suiza no reviste particular interés. Ya sea que su visita se debiera a la decisión de

depositar oro, a aceitar la *ratline* para lograr que la mayor cantidad posible de técnicos alemanes tomara el camino de la Argentina o a ambos propósitos a la vez, lo cierto es que esa historia ha sido narrada ya múltiples veces como para que la retomemos aquí una vez más. En todo caso, valdrá la pena hacer notar que también esa desviación del periplo por las capitales latinas de Europa ratificaba el poder que ella gozaba en Buenos Aires; el gobierno helvético se basó precisamente en esa consideración para mejorar las relaciones comerciales entre los dos países. Fue asimismo de ayuda la confirmación de Eva de la pertenencia argentina al álbum familiar de la "tradición latino-católica", como destacó el diario del partido católico-conservador suizo.[93]

Mucho más importante fue, en cambio, la breve pero intensa visita de Eva al Vaticano. En verdad, en términos políticos resultó la más importante de todas las etapas cumplidas. Desde luego, también ha sido objeto de infinitas reconstrucciones, a veces fantasiosas. De ahí que para examinarla como se debe tengamos que contextualizarla con precisión. Es conveniente ante todo situarla dentro del más vasto horizonte de la Tercera Posición, puesto que Eva, en su breve entrevista con Pío XII, se ocupó justamente de explicar los lineamientos de esa política.[94] Luego será necesario volver un poco sobre la figura de Hernán Benítez que, conviene recordar, fue director y protagonista de ese viaje. En lo que se refiere al primero de los aspectos citados, conviene recordar aquí que para Perón era fundamental bajo cualquier punto de vista obtener el *imprimatur* de Pío XII a su política exterior. No es del caso que nos detengamos aquí a evaluar la naturaleza de la relación entre ambos ni, más en general, entre Perón y la Iglesia,[95] pero no cabe duda de que cualquier sueño de reunir en su torno un bloque de naciones latinas y católicas debía obtener necesariamente el aval de la Santa Sede. Y de hecho, Perón y Evita, sea por ese motivo o por mera coherencia con la matriz ideal en la que se inspiraban, no perdían ocasión de demostrar que eran los líderes católicos de un Estado católico, ni de favorecer y satisfacer a la Iglesia. Sólo que uno y otra expresaban una concepción de la relación entre Iglesia y Estado que aparecía muy próxima a la de los totalitarismos católicos surgidos en Europa entre las dos guerras, poco grata por entonces en el Vaticano. En efecto, en la Sede Apostólica el temor de ver a la Iglesia uncida al carro de regímenes que limitaban su autonomía en nombre de la catolicidad, y que cuando caían la dejaban expuesta a represalias, inducía a mantener las debidas distancias.

También en el plano internacional, la idea de enrolar a Pío XII en las filas de la Tercera Posición se revelaría pronto no más que una piadosa ilusión, puesto que, en el naciente mundo bipolar, el Pontífice estaba preocupado fundamentalmente por consolidar un frente occidental capaz de oponerse al más temible de sus enemigos: el comunismo soviético. Por eso, no veía con buenos ojos a quien como Perón hiciera tremolar la catolicidad en contra de los Estados Unidos, amenazando así con dividir a ese Occidente que el Papa quería fuerte y cohesionado. Eva relataría después que cuando ella empezó a explayarse en un caluroso elogio de Franco y de su régimen, en quien Perón y su política tenían entonces el mejor aliado, Pío XII cambió bruscamente de conversación.[96] Si Perón, como es de presumir, esperaba que Eva fuera recibida en el Vaticano con todos los honores debidos a un régimen protector de la Iglesia,[97] había errado el cálculo o, peor aún, no había comprendido qué interesaba más a la Iglesia universal.

En esa actitud hacia la Iglesia, Perón no estaba solo. Entre quienes lo seguían o seguían a Eva se contaban no pocos sacerdotes y hombres de la Iglesia. Se destacaba entre ellos Hernán Benítez, hombre del que mucho hemos dicho ya, y del que mucho queda por decir. Es evidente que Benítez era bastante más que el confesor de Eva. Él era quien le transmitía una ideología y una formación espiritual, y también una estrategia política. Era asimismo quien se ocupaba de las actividades de ella hasta en los más mínimos detalles, y el que estaba dedicado a construir el personaje de Eva con dedicación y minucia. Muy verosímilmente, también Benítez cultivaba y canalizaba el evidente deseo de Eva de dejar una huella en la historia, de pasar a la posteridad, al llamarla a cumplir los deberes de quien alimenta ese tipo de ambiciones, cada vez que ella parecía olvidarlos. Por eso, el 25 de junio de 1947, la conminó a no caer en el “vulgar turismo”, pues “la primera figura femenina del mundo” no podía permitírselo mientras estuviera al frente de la “mayor embajada presidencial del siglo”. Y asumiendo más que nunca su papel de Rasputin, en cotidiana lucha contra las nefastas figuras que rodeaban a Eva, advertía Benítez: “Sólo al precio de grandes sacrificios se llega a ser una personalidad mundial”.[98] A propósito de esto, no parece casual que en los discursos de Benítez al principio, y luego también en los de Eva, resulte habitual leer el elogio de Thomas Carlyle y de su teoría de los grandes hombres, capaces de conducir a las masas y de hacer avanzar la historia.[99] Una teoría que, si bien se mira, era ideal para adaptar la antigua concepción

organicista, de la que Benítez estaba impregnado, a la modernización peronista; y que además, antes que al "gran hombre", aludía con claridad a la gran mujer enviada a la Argentina por la Divina Providencia.

A Perón, las expectativas de que Eva recibiera un tratamiento de primer orden en el Vaticano le parecían basadas en muy sólidas premisas. ¿No había devuelto a la catolicidad argentina la importancia que antes había tenido? ¿No estaba cristianizando a la clase obrera, y combatiendo el comunismo? ¿No había vuelto a introducir en las escuelas la enseñanza religiosa, de donde la había sacado la oligarquía liberal? ¿Y no estaba cumpliendo fielmente sus deberes de estadista católico, al acoger las angustiadas apelaciones de la Santa Sede que, en vista del próximo viaje de Eva, renovaba sus pedidos de ayuda para el gran número de prófugos que en Europa afrontaban condiciones desesperadas?[100] Precisamente, en esos argumentos se basó Benítez cuando analizó la eventualidad de la visita de Eva con monseñor Montini y con el propio Pío XII, a quienes pidió una invitación formal para ella, a la vez que puntualizaba que sería portadora de ayuda para los necesitados a los que el Papa quería socorrer. De esa misma ayuda habló Benítez con el general de la Compañía de Jesús, el padre Janssens; sin embargo, como superior suyo, éste lo conminó a evitar asumir funciones políticas al lado de Eva, las cuales, dijo, correspondían al embajador y no a un jesuita.[101] En verdad, hacía ya tiempo que Benítez venía desempeñando ese tipo de funciones, y en el Vaticano estaban perfectamente enterados, aunque más no fuera porque su activismo político había sido causa de profundas divisiones en el clero argentino.

Pero todo eso sucedía, como siempre, por vías informales y a través de canales personales, ante los cuales los de carácter oficial e institucional se vaciaban y perdían prestigio. Situación nada grata para la Secretaría de Estado pontificia, y que queda reflejada en el fastidio con que Benítez echó la culpa a Bramuglia por la falta de invitación oficial a Eva desde el Vaticano,[102] y que confirma la inesperada dimisión de Conrado Traverso al cargo de embajador ante la Santa Sede, que ocupaba hacía poco y del cual cayó por causa de Alberto Dodero. En efecto, Dodero, sintiéndose bien cubierto por la protección de Eva, engañó al embajador para lograr que el Papa lo recibiera en audiencia privada junto a su mujer, de quien pronto se descubrió que no era la esposa sino la amante de Dodero.[103] El episodio no favoreció ciertamente la imagen del gobierno argentino en los círculos vaticanos,[104] y otro

tanto puede decirse de la insistencia con que Eva pidió al Pontífice que se permitiera a Benítez reunirse con ella en Roma, después de la intimación del general de los jesuitas de que se mantuviera alejado.[105] Pero sobre todo cayó mal, en los meses siguientes, la propuesta argentina de elevar a obispo al padre Benítez, justamente, el cura de Eva. Fue ésta, bajo cualquier aspecto que se la mire, una forma de arrogancia automutilante, de la que ni la Argentina ni el peronismo podían extraer ventaja alguna, pero sí ingratas consecuencias.[106] Por todo eso, y sobre todo por las ya mencionadas divergencias entre Perón y la Santa Sede a propósito de las relaciones entre Iglesia y Estado, monseñor Montini juzgó muy comprometedoras las ambiciones encerradas en el viaje de Eva, y confesó que el Vaticano no quería asignar gran importancia a esa visita para no tener que respaldar su significado político.[107] El padre Hernán Benítez, al intuir el clima adverso al peronismo que reinaba en el Vaticano, quiso cubrirse las espaldas ante Perón ya desde el 10 de junio, echando para ello las culpas a la intrigante oligarquía porteña, o analizando la hipótesis de que al menos el Presidente obtendría una condecoración del Papa si quedaba una puerta abierta para la ampliación de la ayuda argentina a los europeos en apuros. Perón obtendría en efecto su condecoración, y Eva se jactaría de habérsela "arrancado" a Pío XII. En fin, todo fue una oscura transacción de la que nadie salió bien parado.[108]

A propósito de eso surgió la vieja cuestión, que continúa hasta hoy, de qué era lo que esperaba Eva de Pío XII, y no solamente hablando en términos políticos. Se trata en resumidas cuentas de la cuestión, tan cara a Eva, del reconocimiento que ella obtendría como gratificación personal, y como preciosa gema a exhibir ante las ricas damas que en Buenos Aires la cubrían de injurias. Una vez más, los recuerdos de Hernán Benítez son engañosos, y están dirigidos más que nada a circundar a Eva de un halo de inocencia y pureza, en el que la quintaesencia radica en el término "humildad", tan obsesivamente presente en sus discursos como ausente de sus comportamientos. Qué podía interesarle a Eva, plantea Benítez, obtener un título cualquiera, aunque se tratara de la Rosa de Oro.[109] Lo cierto es que sí le interesaba, y en sumo grado, como quedó demostrado no sólo ni principalmente por la evidente desilusión que sufrió al no recibirla,[110] sino ante todo por el hecho de que, cuando un año después la tensión entre Perón y la Santa Sede llegó hasta las estrellas, a propósito de las relaciones entre Iglesia y Estado en el texto de la nueva

Constitución, monseñor Montini llegó incluso a plantear la posibilidad de conceder esa distinción a Eva, con tal de inducir al gobierno a rever su postura.[111] Lo cual de paso confirma que no era el nacimiento ilegítimo de Eva lo que le cerraba el camino a la obtención de la deseada Rosa.[112] En un aspecto acertó Benítez: cuando, escribiéndole a Eva, le dijo que imaginaba que su entrevista con Pío XII debía haber sido "fría y prácticamente sin resultados".[113] Por lo demás, en vista de sus improductivas gestiones de las semanas anteriores sabía bien que debía suceder así.

5. El frente interno y la potente ausencia de Eva

En agosto de 1947, el regreso de Eva Perón se asemejó al del hijo pródigo, tan triunfal fue la acogida que recibió. Antes de desembarcar en medio de la delirante muchedumbre que había ido a recibirla, Evita había acrecentado aun más su fama con una nueva etapa en Río de Janeiro, donde en esos momentos se desarrollaba la Conferencia Panamericana, con la presencia de los ministros de Relaciones Exteriores de todo el hemisferio, y otra en Montevideo, donde fue recibida por el presidente Batlle Berres. En ambos casos se trató de momentos brillantes en la forma, agridulces en la sustancia: en uno y otro, en efecto, Eva y el régimen que ella representaba parecieron ser más temidos que amados, y en algún caso más objeto de bromas que tomados en serio. Lo mismo que en otras partes, la invasiva propaganda de su régimen y el ubicuo culto a la personalidad que ya la rodeaba como un halo sirvieron más como motivo de chistes y de ironías que como eficaces armas para acrecentar el prestigio de la Argentina peronista. Río de Janeiro amaneció un día empapelada de carteles que expresaban su saludo a la mujer brasileña, e inundada de distintivos peronistas.[114] En el Uruguay cometería la ingenua *gaffe* >de recomendarle al Presidente que siguiera el ejemplo argentino y sancionara el voto femenino. La cosa es censurable no por la comprensible ignorancia de lo que el Presidente le comunicó, es decir, que las mujeres ya votaban allí, sino porque demuestra que su excesivo afán de protagonismo y su falta de diplomacia dañaban la imagen del peronismo; y para peor, en un país donde no puede decirse que el peronismo fuera popular.[115] La propia escala en Río, donde sin duda Eva estaba ansiosa por hacer pesar el prestigio que creía haber acumulado en Europa dirigiendo la palabra a los representantes americanos

reunidos en asamblea, fue cualquier cosa menos exitosa. Jugaba allí también el hecho de que una cosa era salirse de los límites y las reglas habitualmente asignados a una **Primera Dama* en visitas a gobiernos más o menos amigos, y otra muy distinta encontrar espacio y una función concreta en un encuentro estrictamente diplomático. Eva de hecho no los encontró, salvo por el breve brindis en su honor con el que la experta diplomacia brasileña, por lo demás para nada entusiasta de la Tercera Posición, solventó su presencia en la sala donde se desarrollaba la Conferencia.[116] Tal vez lo que logró Eva fue irritar aun más las heridas abiertas entre la Argentina y Brasil, lo que equivale a decir en las relaciones con un país clave para la Tercera Posición peronista. En Itamaraty, la potente y respetada cancillería brasileña, cayó muy mal que Eva tuviera siempre a su lado a João Baptista Luzardo, que según refirió un diplomático español que la visitó parecía darle consejos y recibir órdenes de ella.[117] Luzardo había dirigido la embajada del Brasil en Buenos Aires, pero había sido retirado de ella por Itamaraty, precisamente, porque se lo consideraba más íntimo de los Perón que leal a su servicio diplomático y al gobierno del general Dutra. Si se agrega que la íntima familiaridad de Eva con Luzardo se manifestaba justamente cuando en la Argentina un diputado peronista había proclamado que seguía considerándolo el verdadero embajador de Brasil, es fácil tener la medida de hasta qué punto estaba metiendo Eva el pie en el barro. El legado de esa visita no fue nada positivo para Perón: las actitudes de Eva incentivaron las sospechas del gobierno brasileño acerca de la propensión del peronismo a entrometerse en sus asuntos internos, y a exhibir una vocación hegemónica.[118] Por si no bastara con eso, terminó por agudizar también el enfrentamiento entre Eva y Bramuglia, pues ella no hacía otra cosa que desmontar las frágiles combinaciones diplomáticas con las que él trataba de hacer crecer la confianza que los vecinos depositaban en el país.[119]

El carácter triunfal del retorno de Eva no se debió sólo a que su ausencia le había permitido volverse aun más popular, gracias a su inédito perfil internacional, que mucho halagaba la cuerda nacionalista de ese país joven y mucho enorgullecía a las masas populares. Su ausencia, en lugar de consagrar su decadencia política como muchos habían deseado o esperado, había sido fuente de éxitos que cubrían también el plano interno. Jamás llegó a desinteresarse Eva de ese plano, al punto de que todos los testimonios indican que se preocupó por mantener más vivas que nunca, y muy alertas, sus cada vez más vastas redes, para lo cual

llamaba a Buenos Aires no menos de dos veces al día, para hablar con el marido o con los miembros del Congreso. Los legisladores que le eran fieles estaban constantemente a la espera de sus instrucciones,[120] y cuando su poder pareció amenazado no dejó de considerar la posibilidad de un regreso precipitado. La crisis que durante tanto tiempo había venido incubándose, y que de tan directa manera la involucraba, había estallado ya en el momento de su partida. José María de Areilza, no pudiendo saber cuál sería el resultado, se apresuró a advertir a la prensa española que debería evitar trazar la apología de los **descamisados*, que en el gobierno de Buenos Aires no sonaba grata para todo el mundo;[121] en otros términos, que en el conflicto en curso no debía tomar partido implícitamente por Eva. El resultado quedaría claro muy pronto, al conocerse la renuncia del general Velasco, jefe de Policía y enemigo acérrimo de Evita.

Buenos Aires se pobló entonces de rumores e hipótesis de la más variada índole. La prensa gubernamental, la única que conocía los hechos y sus entretelones, se guardó bien de hacerlos públicos. Los diplomáticos activaron sus contactos, para informar a sus respectivos gobiernos de ese imprevisto estallido político y sus posibles consecuencias. El embajador chileno logró averiguar que la renuncia de Velasco había sido acordada entre Perón y las altas jerarquías militares, las cuales, sin embargo, pretendían que el Presidente se comprometiera a una radical "limpieza" administrativa.[122] Hacía ya tiempo, en efecto, que muchos militares le exigían al gobierno poner fin a los escándalos de los que se hacían protagonistas tantos recién llegados, amigos del régimen.[123] Precisamente, Velasco era quien, no por casualidad, había tomado el mando de la cruzada moralizadora, junto con los generales Silva y De la Colina y con los jóvenes y batalladores nacionalistas. De esa cruzada formaba naturalmente parte la batalla contra la influencia política de Eva, y contra la orientación económica propiciada por Miranda. Tan cierto es lo dicho que, al parecer, la interferencia radiofónica que echó a perder el saludo de Perón a Eva en su partida para Europa —que tanto la irritó, y que marcó el eclipse definitivo de los dueños de Radio Belgrano—[124] fue consecuencia de un boicot llevado a cabo por nacionalistas. Muchos atribuyeron también a los nacionalistas, y a su deseo de imponer a Perón la eliminación de Eva y su grupo, el paro de los recolectores de residuos que dejó a la Capital sepultada en basura durante días, y obligó a Perón a celebrar el aniversario del 4 de Junio entre los efluvios de los desechos en descomposición.[125] La

situación llegó a su límite al decapitar Velasco a la conducción de la empresa telefónica EMTA, cuyos miembros estaban vinculados con Eva, con Miranda y con Lagomarsino, a la vez que daba a conocer a la prensa, con lujo de detalles, las defraudaciones cometidas.

Llegadas las cosas a este punto, parece evidente que los nacionalistas desencadenaron entonces contra Eva el ataque cuya posibilidad flotaba en el aire hacía ya tiempo. La renuncia de Velasco permite suponer que Perón, consciente de que estaba en juego su propia autoridad, supo resistirse con éxito, aunque haciendo concesiones a sus compañeros de armas. En suma, la crisis se saldó con un compromiso, cuyo único dato cierto era, sin embargo, que Eva había logrado deshacerse de un enemigo peligroso, a la espera de eliminar a otro. En efecto, el embajador francés había logrado saber de fuentes atendibles que ella, antes de partir, le había recomendado a Perón librarse también del general Silva, que efectivamente dejó poco después su puesto de jefe de la Casa Militar de la Presidencia.[126] D'Ormesson tenía pocas dudas respecto de la forma en que habían sucedido las cosas. Creía que la propia Eva había impulsado a Perón a librarse de esa amenaza antes de que sus enemigos sacaran provecho de su ausencia para dar un golpe palaciego. El embajador francés no tenía gran simpatía por Perón; creía que tras sus modales siempre amables se ocultaba un hombre falso. Con todo, al juzgar por su experiencia, no lo creía malo ni rencoroso y sí, en todo caso, propenso a conciliar personas y posturas, como pareció quedar confirmado durante el viaje de Eva, en su interés en complacer a los Estados Unidos mientras los triunfos de su mujer en España sensibilizaban a la opinión pública.[127] Y sobre todo, estaba seguro D'Ormesson de que a Perón no le interesaban los negocios, ni había tenido intervención en aquellas intrigas ocultas. En cambio, el caso de Eva le parecía muy distinto; le reconocía inteligencia y tenacidad, pero también inmensos apetitos, tanto de gloria como de bienes, y muy pocos escrúpulos a la hora de obtenerlos. Más aún, la juzgaba tan fuerte ahora, en virtud de sus redes de clientela, de la maquinaria propagandística puesta a su servicio y del apoyo obrero con que contaba, que en su opinión podía tener en jaque al mismo Perón, sobre quien estaba seguro que ella ejercía un "ascendente total". Las fuentes de las que recogía su información no hacían otra cosa que confirmarlo en tales ideas; a fines de junio le contaron que Perón había reunido a los representantes de las dos ramas de su movimiento y los había

intimado por enésima vez a unirse, a la vez que les anticipaba que, en vista del genio político que Eva estaba demostrando cada vez más claramente, confiaría en ella para una nueva y fundamental misión, en la que él había fracasado. Esa misión podía ser, por qué no, la de unir al partido; parece que el anuncio desconcertó a muchos dirigentes políticos.[128]

Lo que Perón estaba viviendo, pensaba D'Ormesson, era en realidad un drama. Su movimiento seguía desgarrado por el conflicto originario entre radicales y laboristas, y su gobierno lo estaba cada vez más por causa de una furibunda lucha entre los nacionalistas y los que sólo pensaban en los negocios. Los primeros eran fuertes en el Ejército, se sentían paladines de la honestidad y eran fascistas hasta la médula. Los otros, corruptos y arribistas, mantenían relaciones con Eva y eran asimilables a Miranda, el hombre que Perón había puesto al frente de la economía. Lo ideal para Perón hubiera sido barrer con unos y con otros, ganando así en prestigio y en popularidad, tanto en su patria como en el exterior; sin ir más lejos, en el Departamento de Estado, donde detestaban a unos y otros, como solía explicar confidencialmente en privado el embajador Messersmith.[129] El problema, empero, era que Eva capitaneaba una de las facciones.

Pero si Eva había ganado la primera batalla, no por eso se detuvo la guerra que sus enemigos venían librando, con el propósito de afectar su poder mientras ella estuviera todavía ausente. Poco después se desencadenó una nueva ofensiva. En el Congreso, los radicales se lanzaron contra ella y contra los oscuros negocios de sus adeptos, y obtuvieron como respuesta una denuncia de los diputados peronistas contra Ernesto Sammartino, que fue sometido a juicio político. Por la prensa, fue el órgano nacionalista *La Tribuna* el que más se distinguió en sus vehementes ataques contra el clan de Eva. Pero el periódico, que había salido lanza en ristre para atacar a Miranda, sus manejos y su política económica, se vio obligado muy pronto a dejar de salir. Por fin, la ofensiva ganó también las calles, donde los choques degeneraron en la muerte de tres militantes socialistas y un atentado contra Cipriano Reyes, que le costó la vida al conductor del taxi donde viajaba. Ése fue precisamente el momento en que —no por casualidad, en circunstancias en que sus más fieles aliados en el gobierno parecían a punto de ser arrollados— consideró Eva la posibilidad de volver rápidamente al país.[130]

Como si no bastara con todo eso, también la política económica de Miranda pasó a ser objeto de críticas cada vez más vehementes,

sobre todo en los cuarteles. Bajo la presión de los militares a los que había prometido un poco de limpieza, Perón colocó a Miranda en la presidencia del nuevo y poderoso Consejo Económico Nacional, pero quitándole a la vez la conducción del Banco Central, a cuyo frente nombró a Domingo Maroglio, y la del IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio), el instrumento que siempre le había servido a Miranda para ejercer su poder sin interferencias. No era ciertamente la desautorización definitiva de Miranda, ni mucho menos la de Eva, pero sí una concesión de Perón a los militares, de quienes Eva no podía menos que desconfiar.[131] En esos momentos ella estaba lejos, y nada pudo hacer para impedirlo. También puede haber influido en esa momentánea impotencia el hecho de que, según le confiaron a D'Ormesson ciertas fuentes, estaba a punto de salir a luz un nuevo y aun más grande escándalo, de tal magnitud que, lejos de salpicar sólo a Miranda, mancharía también la reputación de Eva, que en vista de ello no tuvo más remedio que absorber el golpe.[132] Es imposible saber si las cosas sucedieron así o de otra manera, y si en verdad Perón le avisó a Eva sólo con los hechos consumados.

Esta enésima crisis del régimen deja, en todo caso, una enseñanza: librado a sí mismo, Perón tendía, por convicción o natural vocación, a reconducir al peronismo dentro de sus márgenes corporativos originarios. Esto implicaba reservarse el timón de la nave, cuidando de no comprometer el frágil equilibrio del cual había surgido y en el que se basaba. Significaba en concreto satisfacer las reivindicaciones obreras sin detener la producción; propiciarse a los sindicatos sin perder el apoyo de los militares; procurar mantener dentro del peronismo al obrero y al nacionalista, al católico, al hebreo y al incrédulo, al radical y al laborista; reunir a las naciones católicas, sí, pero sin hacerse enemigo de Washington. En algún sentido, era la cuadratura del círculo. Pero, ¿no se trataba acaso de un movimiento "nacional", es decir, que aspiraba a reunir en su seno todo el cuerpo social? Hacerlo requería una elevada dosis de habilidad política, un sapiente uso del garrote y la zanahoria, del consenso y de la fuerza. Y lograrlo con mayor o menor éxito dependía en gran medida de la posibilidad de seguir disponiendo durante mucho tiempo de las florecientes condiciones de la inmediata posguerra, cosa que a mediados de 1947 empezaba a revelarse ya como un mero sueño, como lo atestiguaban las ásperas polémicas sobre la política económica de Miguel Miranda. Porque, en efecto, si esas condiciones faltaran un día, los inevitables conflictos entre

exigencias contrapuestas, de las que el peronismo ambicionaba ser síntesis, lo obligarían cada vez más a optar entre contentar o contrariar a uno o a otro; a usar cada vez más el garrote, teniendo cada vez menos zanahorias para repartir. El riesgo radicaba en que de ese modo perdería el consenso popular o, en su defecto, se enajenaría el apoyo de las poderosas corporaciones en las cuales se sostenía. Lo que quedaba por ver era si Eva, su poder y su idea del peronismo reaccionarían cuando empezaran las dificultades, y de qué forma lo harían. Sólo cabía esperar su regreso.

Capítulo 6

Un régimen bicéfalo

La leyenda quiere que Eva haya vuelto cambiada de Europa. Según su secretaria, Isabel Ernst, retornó saturada de ideas fascistas;[1] según muchos otros, lo hizo envuelta como nunca antes en el fuego sagrado de la lucha contra la injusticia. En fin, que Eva volvía con los ropajes de *Evita*. Y no sólo eso: el apoteótico recibimiento que la esperaba parecía indicar que su viaje la había consagrado definitivamente ante su pueblo, pleno de gozo y orgullo por el regreso de su benefactora, que venía de "conquistar" Europa; una mujer de cuya fama y cuyo poder empezaban a tener conciencia, incluso, los países vecinos, al punto de apresurarse a invitarla, rendir homenaje a sus virtudes y cubrirla de distinciones. En apenas un par de meses recibió condecoraciones del Paraguay, de Bolivia y de la República Dominicana, y pronto se agregarían muchas otras.[2] Claro que, como suele suceder, la realidad era algo más prosaica que la forma en que se la representaba, y no todo lo que relucía podía ser tomado por oro. Eva no había "conquistado" cosa alguna, como no fuera una fama mundial que no siempre era de color de rosa; en la Argentina no la estaban esperando sólo glorificación y honores; en el fondo, la Eva que volvía no era tan diferente en ideas y accionar de la que había partido. Su ausencia no había llegado a erosionar seriamente el apoyo popular con que contaba, ni el control que ejercía sobre la propaganda, ni su influencia sobre los sindicatos o sobre la tupida red de políticos y funcionarios que se lo debían todo a ella y, por eso, en todo le obedecían. Ello le permitía intervenir en los ámbitos que fuera, desde la economía hasta la política exterior, desde la educación hasta el Poder Judicial, sin omitir el Congreso o la diplomacia. No obstante, los ataques a su poder y al de sus más íntimos aliados habían sido numerosos e intensos, tanto en el país, donde los sufrieron algunos de sus más cercanos asociados, como en el

extranjero, donde tendría lugar el que la obligó a prescindir por el momento de su más valioso mentor, Hernán Benítez, enviado por los jesuitas a purgar su apasionamiento político en un convento español. Porque la Eva que desembarcó en Buenos Aires el 23 de agosto de 1947 encontró al gobierno exhausto por la crisis, que ya era permanente y de la que ella y su influencia política eran parte integrante. Su marido, el Presidente, fuente de todo su poder, mantenía firmes en su poder las riendas, pero era evidente que también él estaba en dificultades. No es casual que, en tanto la Eva que pudo ver la multitud reunida por la CGT en la Dársena para darle la bienvenida era la misma histriónica líder de los descamisados, la Eva con la que toparon Perón y sus ministros parecía una auténtica furia, un río fuera de cauce dispuesto a derribar cualquier obstáculo, un manojo de nervios decidido a dar batalla para recuperar lo que se le había arrebatado, o temía que le arrebataran.

Pero antes de internarnos en el examen de los mil diferentes frentes con los que se enfrentaría aquella Eva enfurecida, será preciso volver sobre el viejo tópico, en parte ya tocado, de sus relaciones con Perón. He hablado antes del riesgo de caer en chismorreos o, peor aun, en fáciles psicologismos de café, y he mencionado incluso mi deseo de dejar todo eso de lado. Sin embargo, tampoco es posible fingir que nada había; según se ha visto, la asociación política entre Perón y Eva estaba compuesta ya entonces por funciones y poderes, acuerdos y desacuerdos, éxitos y fracasos. Es válido, por lo tanto, anticipar ciertas observaciones basadas en hechos y en testimonios, elementos que sin duda se prestan a lecturas psicoanalíticas pero que aquí nos interesarán sólo por lo que puedan sugerirnos respecto de sus relaciones de poder. Con ese propósito, lo que salta de inmediato a la vista es que Eva, en ese 1947, actuaba por sí misma; tal vez más que en el pasado, y acaso menos que en el futuro, pero por sí misma. Seguía su propio camino y decidía por sí, a veces en abierta oposición con la voluntad de Perón. Y sus decisiones no tenían que ver precisamente con la compra de amoblamiento, sino con delicadas cuestiones de gobierno. Es más, Eva no se privaba de tratar alguna vez a Perón en público de una manera que la autoridad de él aparecía menoscabada. Por lo demás, es lo que acostumbraba hacer con todos: son bien conocidos sus estallidos de furia, y el trato descomedido que prodigaba a ministros y funcionarios. Por dar un ejemplo, Perón hubiera preferido que no visitara Río de Janeiro, pero ella, sin embargo, lo hizo.[3] El ramillete de anécdotas

disponibles es antes que nada ridículo, pero si se las coloca juntas terminan por componer un rompecabezas significativo. En su visita al Escorial, alguien comentó que Isabel la Católica, por ella muy amada, había sido más inteligente que el rey Fernando, su marido; "siempre es así", se le escapó a Eva, en una réplica mordaz que reflejaba probablemente una verdad, pero de la que Perón no salía bien parado.[4] En Barcelona, a una asistente que la urgía porque estaban retrasadas le gritó que a ella nadie le imponía horarios, "ni siquiera mi marido", puntualizó, por si acaso surgieran dudas.[5] Un periodista extranjero la vio en una ocasión enojarse con Perón, quitarle la espada de ceremonia de su uniforme de gala y arrojarla por una ventana abierta.[6] Ricardo Guardo recordaría más tarde que por entonces Eva tendía a mostrarse fría con su marido, y a tratarlo en forma descomedida.[7] El *Washington Post* afirmó que había logrado interceptar las llamadas telefónicas que ella hacía desde Europa; lo más probable es que algún militar argentino tomara nota de ellas y después las cediera o vendiera. Pues bien, lo cierto es que, en la conversación que se publicó, Eva acusaba a Perón de mentirle acerca de lo que estaba pasando en la Argentina.[8] ¿Le recomendaba Perón que no concurriera a una asamblea de obreros textiles que juzgaba algo peligrosa? Ella iba igual al día siguiente, dispuesta a luchar por los suyos y contra los comunistas.[9] Y así por el estilo.

Nimiedades, tal vez, pero que ciertamente no confirman la lapidaria afirmación de José María de Areilza cuando sostuvo, en agosto de 1948, que en el fondo Eva no era sino un instrumento de Perón, a quien él hacía decir lo que por sí mismo no podía.[10] Una afirmación que es prácticamente la única en tal sentido de toda la correspondencia de los diplomáticos residentes en Buenos Aires, y que el propio Areilza no formularía más, señal de que habría podido palpar cómo eran las cosas en realidad. No hay duda, por lo demás, de que tal afirmación captaba el esfuerzo efectivo de Perón por utilizar a favor de su propia política la extraordinaria fuerza y popularidad de Eva. Pero, en realidad, esa observación chocaba con la sólida impresión que podía extraerse de la ya larga trayectoria de Eva, y del amplio campo que ahora abarcaban sus actividades: esa impresión era que no solamente Perón no estaba más en condiciones de imponer reglas o frenos a la fuerte personalidad y al creciente poder de su esposa, sino que además le temía y debía soportar sus estados de ánimo y sus iniciativas. A ese propósito no debe inducirnos a engaño el hecho de que ella jamás dejara de celebrar, en cada uno de sus discursos, las

infinitas y sobrenaturales virtudes de su marido. Hay que tener en cuenta, primero, que al hacerlo afirmaba en forma refleja su propio poder. Al contribuir a plasmar el carisma de Perón, al preservar de críticas o cuestionamientos la autoridad que él gozaba, ella quedaba como dueña única del terreno. ¿Quién, si no, fuera de Perón, hubiera podido concederle tanto espacio y tanto poder? Pero, además, es preciso tener presente que al proceder de ese modo, al indicar a las masas la figura del gran hombre destinado a conducirlas, no hacía más que seguir el hilo rojo que Benítez y tal vez otros habían desovillado hacía ya tiempo ante sus ojos: el "hilo de Carlyle" que podía llevar hasta la gloria misma a la "gran mujer" que se ocultaba tras la silueta de aquel hombre, y hasta dejar grabada para siempre su figura en las páginas de la historia; algo que, conviene no olvidarlo, la propia Eva admitía ambicionar más que nada en el mundo.[11]

1. La vuelta de Eva - I. El enemigo interno

No puede saberse qué era lo que tenía tan agitada y nerviosa a la Eva Perón que desembarcó en Buenos Aires en agosto de 1947, aunque de seguro no sería el salto climático entre el verano del hemisferio norte y el invierno austral. Lo más probable es que la causa fuera la presión a la que se encontraba sometido el gobierno, y que en medida aun mayor afectaba a los hombres que le respondían a Eva, y a su propio poder. Algo debía estar haciéndole sentir a ella como si un cerco estuviera estrechándose en su torno, y que era una necesidad urgente romper ese cerco, para que no terminara asfixiándola. De Rolando Lagomarsino, el ministro que la había acompañado en tantas oscuras aventuras, se decía incluso que se había quitado la vida. La embajada del Brasil llegó a saber, sin embargo, que Lagomarsino, fingiendo sentirse mal, había ido a recluirse en un hospital, en espera de que Eva acudiera a salvarlo. No obstante, cuando ella volvió a la Argentina ya era tarde: el ministro, sacrificado por Perón a la ira que los militares sentían por el clan de los "traficantes", había tenido que renunciar.[12] Ricardo Guardo, hombre que hasta entonces había merecido la confianza de Eva en su función al frente del Congreso, sufrió de pronto la peor de las condenas. "Es un traidor", sentenció ella, al convalidar primero la exclusión de la figura de Guardo de la atención de la prensa, y a continuación su muerte política.[13] Pero la espada amenazante pendía, ante todo, sobre Miguel Miranda. Había oficiales que, con tal de obtener su cabeza, y de

librarse de un solo golpe de él y de la **camarilla* de Eva, estaban dispuestos a tomar las armas.[14] Desde luego, era una minoría a la que el grueso del Ejército oponía la convicción de que Perón era popular, y de que no existía otra figura alternativa. Eso no impedía que la ira contra Miranda siguiera exacerbándose más y más, unida a la antigua y arraigada furia que ya existía contra Eva y su círculo.[15]

En los cuarteles no hacían responsable al entonces zar de la economía por los meros cargos de tráfico ilícito y corrupción, que de todas maneras también pesaban, sino por toda una larga lista de fracasos. La cúpula de Campo de Mayo se reafirmó aun más en ello después de pedir a Federico Pinedo, para el criterio de Eva un "oligarca", un informe sobre la marcha de la economía. Las acusaciones que muchos militares formulaban contra Miranda y quien lo protegiera mencionaban la incompetencia, la inflación, el ausentismo laboral, la caída de la productividad, la reducción del área sembrada y, además, las huelgas constantes, las colas en los negocios de un país tan próspero, el incontenible derroche.[16] En pocas palabras, la acusación de muchos era que se estaba perdiendo la irrepetible ocasión de echar las bases de una economía sólida; y eso, para apoyar la fácil demagogia y el hambre de poder de aquella parte del peronismo que encontraba expresión en Eva. Algunos diplomáticos habían llegado a saber que Perón, con tal de salvar a Miranda, y con él a la esencia misma de su política económica, había debido sacrificar a las quejas militares, antes del regreso de Eva al país, a varios de sus funcionarios.

Eva tenía, en suma, buenas razones para estar nerviosa y, dado su temperamento, hasta furiosa. El mismo Perón debía encontrar pocos motivos para alegrarse. No era sólo el hecho de que ella lo crucificaría por haber cedido tanto; la presión militar contra Eva y su grupo se había hecho tan intensa mientras ella visitaba Europa que ahora Perón corría el riesgo de ver seriamente limitado su poder por las Fuerzas Armadas, es decir, de ver inclinarse peligrosamente hacia la vertiente militar el delicado equilibrio de su régimen, en menoscabo del costado popular. En tal sentido, el regreso de Eva era providencial, pues nadie como ella podía garantizar que inclinaría la balanza hacia el lado de los trabajadores. Claro que eso sucedería a costa de nuevas y más agudas tensiones, con los militares y con la propia Eva, cuyo poder residía en los **descamisados*, no en el equilibrio tan caro a Perón. Éste venía a encontrarse así entre el yunque de los militares y el

martillo popular, empuñado por Eva.

En vano insistía Perón, en sus reuniones con sindicalistas, en que era ya tiempo de actuar juiciosamente y ponerse a producir, si es que no los amenazaba con instaurar el estado de sitio para imponer la disciplina económica y social. En vano despotricaba Miguel Miranda, sintiendo sobre sí el resuello de los militares, contra los salarios altos, la escasa productividad laboral e, incluso, contra el "sentimentalismo" de Perón, que favorecía tales deslices. Esos aspectos eran ruedas de un solo engranaje: el mismo que había servido para hacer andar el mecanismo distributivo, y que había sido utilizado para fabricar consenso y popularidad. Todos, además, se habían alimentado de la ilusión de que la Argentina era un país rico y potente que, una vez recuperada su perdida soberanía, no encontraría ya obstáculos en el camino de su desarrollo. Resultaba cada día más claro que aquel mecanismo estaba destinado a atascarse, pero los que lo habían aceitado eran ahora sus esclavos. Desde luego que había todavía tiempo suficiente para ralentizar el mecanismo o para modificarlo, es decir, para incentivar el ahorro y la producción, no sólo el consumo, y para hacer hincapié también en las obligaciones y no exclusivamente en los derechos. Pero, ¿cómo hacerlo sin traicionar al mismo tiempo al pueblo y traicionarse a sí mismos? Y sobre todo, ¿cómo, si Eva se había apoderado de ese mecanismo, si en lugar de intentar frenarlo se había puesto a su frente y, gracias a la fuerza de choque de las masas, arrastraba detrás de sí al peronismo entero? No sorprende que tantos testigos notaran que el gobierno se hallaba en un embrollo de indecisión, impotencia y divisiones. El más indeciso era Perón, cuyas iniciativas, observó el embajador de Chile, terminaban por deshacerse ante la influencia de Eva.[17]

Lo cierto es que no dejaron de hacerse sentir muy pronto toda la cólera y el poder de Eva o, por mejor decir, el poder de su cólera. Ello fue notorio en el oxígeno que de pronto le llegó a Miranda, y en el salvavidas al que pudo aferrarse el ministro Freyre, que además sirvió para que el poder de ella en el Ministerio de Trabajo siguiera indiscutido. Su acción resultó evidente también en la nueva oleada de medidas de castigo contra los oficiales nacionalistas que en ausencia de Eva habían osado levantar otra vez cabeza.[18] No está del todo claro cómo sucedieron las cosas, pero lo que se sabe induce a creer que ése fue el motivo de una nueva pulseada entre Perón y Eva, un choque que puso furioso al Presidente pero del que su mujer salió triunfadora. Así al

menos lo vio James Bruce, que por entonces tenía ya bastante intimidad con el matrimonio Perón y era un crítico no precisamente tierno de Miguel Miranda. Bruce recordaría, en efecto, que Eva estalló en furia cuando, a fines de 1947, Perón le reveló que quería prescindir de Miranda, cuyos tratos a propósito de la industria del acero le estaban costando la tremenda presión militar a la que se hallaba sometido. Al parecer, Perón acusó a Eva de defender a Miranda porque era amigo de su familia, respecto de la cual le echó también en cara el excesivo entrometimiento en las cuestiones de gobierno. Lo cierto es, concluía Bruce, que Eva lo desafió a pedir el divorcio, que por entonces no existía en la Argentina. No se sabe si eso fue o no decisivo para cerrar el conflicto, pero sí jugó un papel para salvar a Miranda por un año más.[19] La cuestión puede parecer trivial si nos atenemos a sus detalles, pero lo es menos si se mira lo sustancial. Miranda no constituía sólo el aspecto central de la tensión reinante entre Eva y los militares, y entre el gobierno y los muchos críticos de su política económica; se hallaba también en el centro mismo de la encrucijada de relaciones internacionales de la Argentina. Ya se ha visto que Perón intentaba orientar esas relaciones a favor de la creación de un bloque de naciones latinas, pero sin llegar a cerrarse a sí mismo la ruta de Washington; sobre todo a partir de 1948, cuando la escasez de dólares y de maquinarias empezó a pesar hasta tal punto que volvía vital mantener expedita dicha ruta. Pero en el Departamento de Estado no estaban por cierto esperando que Perón se decidiera a ir para recibirlo con los brazos abiertos: querían gestos concretos. En enero de 1948, por ejemplo, partió de la embajada estadounidense en Buenos Aires la sugerencia de no hacer nada a favor de las comprometidas finanzas argentinas mientras se mantuviera fuerte la influencia ejercida por Eva, Miranda y su grupo.[20]

Pero donde más se notaron la ira de Eva y su deseo de revancha fue en la violenta campaña que dirigió contra los “enemigos” del gobierno peronista, tanto aquellos que veía revistar abiertamente entre las filas de la oposición como los otros, más temibles todavía por hallarse ocultos entre los pliegues del movimiento. Perón y Eva procuraban, con esa campaña, acallar los furiosos conflictos que desgarraban al peronismo, invocando la sagrada unidad contra un peligro inminente, encarnado en un chivo expiatorio por lo común denominado “comunismo” u “oligarquía”. El tono asumido en tal sentido por Eva fue con frecuencia violento y claro, maniqueo como en el más cristalino

populismo clásico, y triunfalista como correspondía a la índole de un movimiento empapado en el regeneracionismo revolucionario. De un lado, dijo con típica expresión nacionalcatólica, estaban los oligarcas y el "capitalismo materialista"; del otro, el espíritu del peronismo, "orgullo del mundo", en el cual triunfaría a la postre.[21] Pero además venían los "enemigos internos", apodados por ella "las fuerzas del mal", ocultas tras las interminables intrigas y las numerosas calumnias que envenenaban la tranquilidad de los argentinos. Si para lograr la paz tenemos que usar la fuerza, la usaremos, amenazó Eva. Y en efecto, su regreso marcó la vuelta de tuerca represiva que iría a descargarse sobre cualquier forma de disenso, en el campo adversario pero también en el de las fuerzas afines. Fue segada sobre todo la prensa de oposición; en especial, la que ya había sufrido anteriores actos de censura y que más había prestado oído a los rumores sobre el nivel de gastos que implicaba el viaje de Eva, y sobre quiénes pudieran haber sido sus financiadores. Evitando por lo común los gestos ampulosos, y recurriendo más bien a artificios jurídicos que jueces complacientes estaban muy dispuestos a admitir, o a la organización de huelgas cuyo fin único era poner de rodillas las ya comprometidas finanzas de las publicaciones, fueron amordazadas *Provincias Unidas*, *La Vanguardia*, *Argentina Libre*, *Tribuna Democrática*, *Qué* y otros órganos de tendencia democrática o de oposición nacionalista, de la Capital o las provincias.[22] Precisamente, la polémica sobre el viaje se había encendido a raíz de un choque entre *La Vanguardia*, que, citando publicaciones del extranjero, había atribuido al gobierno el pago de los enormes gastos realizados, y la Subsecretaría de Informaciones, que sostenía que habían sido solventados por Eva misma.[23] Tampoco fue casual que la propia prensa extranjera se viera afectada por la campaña, sobre todo a partir del célebre artículo de tapa sobre Eva que publicó *Time*. Desde entonces, los periódicos extranjeros padecieron presiones y censuras en la Argentina y notas de protesta en el exterior, ya que las sedes diplomáticas argentinas parecían interpretar cualquier crítica formulada a Eva como una ofensa inferida a la nación.[24] No iban mejor las cosas en la radio, caída en brazos del Estado desde que, en septiembre de 1947, Oscar Nicolini, en nombre del Ministerio de Correos, le escribiera a Miranda, presidente entonces del Consejo Económico Nacional, para manifestarle que "por elementales razones de defensa nacional y de índole espiritual" era imprescindible que las emisoras de radio quedaran bajo el control estatal.[25] En vista de

quiénes se hallaban mezclados en todo esto, nadie dudaba de que detrás estaba Eva. Menos que nadie lo dudaba el director de *La Prensa*, obligado a reducir la cantidad de páginas de sus ediciones y a tirar menor cantidad de ejemplares por haberle negado el Banco Central las divisas que necesitaba para comprar papel en el extranjero, mientras que la prensa gubernamental las obtenía con generosidad. Según confió al embajador de Chile, el empresario tenía constancia de que la negativa había sido impuesta por Eva en persona.[26]

El hacha caería también con fuerza sobre la oposición parlamentaria. No es seguro que esto hiciera feliz a Perón, que contaba mucho con mantener sin mancha las formas representativas de su régimen, con el fin de poder exhibirlo como la más impecable de las democracias. El juicio político iniciado en el Congreso contra el diputado radical Ernesto Sammartino, quien se defendió con arrasadores ataques al excesivo poder de Eva y a la cobardía de los parlamentarios,[27] finalizó con su expulsión de la Cámara por el voto de los legisladores peronistas. Perón defendió ese gesto extremo, aunque cuidando destacar que formaba parte de las libres atribuciones del Poder Legislativo. Sin embargo, el embajador chileno afirmó saber de buena fuente que en la ocasión había habido una intervención personal de Eva, que impuso su voluntad a numerosos diputados, indecisos de si sería oportuno adoptar esa decisión.[28] Muchos episodios demuestran que Eva se proponía golpear a sus enemigos, y por eso señalaba su presencia aun allí donde ellos no estaban presentes, con el fin de reunir tras de sí a las masas en una lucha constante por su propio poder y por el régimen. Una vez más se revela en esos episodios el imaginario religioso que la animaba, lleno de obsesivas contraposiciones maniqueas, donde aparecía la recurrente imagen de la eterna lucha entre el bien y el mal, en la que no había escapatoria para sus adversarios ni campo para el disenso o las diferencias de opinión. Fue típico en tal sentido el famoso discurso, al que ya volveremos, que Eva pronunció el 23 de septiembre de 1947 en Plaza de Mayo, ante una inmensa multitud reunida para festejar la obtención del sufragio femenino. No vaciló en presentar lo que en verdad había sido un procedimiento legislativo sin mayores tropiezos como una “valerosa lucha” contra “los eternos enemigos del pueblo”, los “enemigos de la patria”, los oligarcas que con tal de impedir el triunfo popular seguían “órdenes ajenas”; como una titánica marcha contra “la calumnia, la injuria, la infamia”; en resumidas cuentas, una “guerra” necesaria para alcanzar la paz.[29]

Luchar contra los enemigos o invocar su presencia, para convocar a todo el mundo a su alrededor, no fueron las únicas actividades asumidas por Eva a su regreso de Europa. Como escribió el embajador Bruce, ella sabía hacer muy bien sus cálculos políticos, con plena conciencia de que su accionar en materia social tenía un significado político.[30] Es decir, sabía bien que tener consigo al "pueblo" le confería un poder enorme y que, cuanto más gozara de su apoyo, más difícil sería expulsarla de las posiciones que controlaba. Parte integrante de esos cálculos, de esa conciencia, fueron los numerosos frentes en los que empeñó su acción, con el fin de consolidar su popularidad y la del régimen de modo de acallar las disensiones con el peso de las concentraciones multitudinarias que le respondían. El primero de esos frentes, el más provechoso y eficaz, era el de la acción social, que fue reforzado más allá de toda medida. Pero hubo también muchos otros, empezando por aquel que al partir para Europa había dejado abierto, y que debió esperar su regreso para concluirse, de modo que ella pudiera obtener todo el rédito político: el frente del voto femenino.[31] Al volver a tomar las riendas, convocó a las mujeres a salir a la calle para ejercer presión sobre el Congreso, que debía votar el proyecto respectivo.[32] Era un acto carente de motivo verdadero, ya que la medida no tenía opositores, como no fuera el de movilizar la plaza, "su" plaza, tras su figura, y reafirmar así toda la fuerza y el poder de que disponía.

No cabe duda de que, si esos eran los objetivos políticos del enorme énfasis puesto por Eva en la adopción del sufragio femenino en la Argentina, los alcanzó plenamente. La imagen del diputado Cámpora, el hombre que reemplazaría al "traidor" Guardo, el que la mantenía informada al minuto sobre el proceso parlamentario en curso,[33] puede ser unida a la de la propia Eva sentada en las galerías del recinto de Diputados, transida de fiebre y escuchando los discursos de los parlamentarios que uno tras otro citaban palabras suyas o leían en alta voz un mensaje suyo, mientras desde la calle llegaba el eco de los eslóganes lanzados por las mujeres peronistas que ella había convocado.[34] Puede ser unida también a los titulares de los diarios que al día siguiente le ofrendaban toda la gloria de aquel acontecimiento histórico, o a la multitudinaria concentración que la CGT escenificó en la Plaza de Mayo para entregarle simbólicamente, ante las autoridades del país entero, el texto de la ley aprobada. Todo esto infundía la impresión de un inmenso poder, de una mujer que, afirmada en el

peso de las multitudes en la calle, tenía a sus pies todos los órganos políticos del Estado.[35] Ese peso era empleado por ella para celebrar sus grandezas y las del régimen, pero nada le impediría un día blandirlo contra los enemigos que mientras tanto denunciaba: los **vendepatria* de la oposición, como decía, y los "infiltrados" en el régimen peronista. Que se dieran por avisados quienes, aprovechando su ausencia, habían tratado de deshacerse de ella. Sonaba irónico o patético que Perón, al responder al embajador Bruce, que en esos días le preguntaba si Eva continuaría desarrollando actividades políticas, dijera que habían sido "muy exageradas" tales actividades. Y aun más, sonaba falso o ilusorio que agregara que su esposa sólo se dedicaría a la acción benéfica.[36] Nada tiene de casual que pasaran los días y la tantas veces vaticinada recomposición del gobierno, que haría que Eva y su influencia se vieran acotadas, no tuviera lugar. Por el contrario, la sangría de los hombres que le respondían se detuvo de golpe a su regreso.[37] Atribuir al "mito antiperonista" la idea de que ella conservaba mucho poder es, en consecuencia, un juicio divorciado de la realidad.[38]

Pero el público rito, por el que el 23 de septiembre se elevó a Eva al sitial de adalid de la emancipación política de la mujer, estaba revestido también de otros significados. A nadie podía escapar, en el gobierno ni en los cuarteles, que los cientos de miles de ciudadanos que acudieron ese día a la Plaza de Mayo habían sido movilizados por la CGT; ni tampoco que quien hizo entrega a Eva del texto de la ley, y quien celebró con devoción su inmensa gloria, fue el ministro del Interior, Borlenghi, tan firmemente implantado en el mundo sindical.[39] Es decir, nadie pudo dejar de comprender que la demostración realizada era un testimonio de fortaleza de Eva y de la CGT contra sus adversarios, y una confirmación de hasta qué punto Eva usaba a los trabajadores como escudo y ellos, a su vez, hacían otro tanto con su figura. También las palabras pronunciadas por Eva fueron importantes, no por lo que encerraran de nuevo —nada nuevo hubo en ellas— sino porque volvían a destacar el mismo universo de ideales que la ausencia de Benítez en nada había reducido, por el sedimento dejado ya desde tanto tiempo atrás y porque el fiel jesuita seguía haciéndole llegar su voz.[40] Dios, Patria y Perón, entendiendo a éste como el líder, el hombre fuerte al que las masas seguían, fue el tríptico que Eva sacó entonces a relucir, y señaló a la multitud congregada.[41]

Los tiempos estaban ya maduros para que Eva ocupara su lugar

en lo alto del panteón peronista, cosa que tuvo lugar el 17 de octubre de 1947, ocasión en que sus retratos aparecieron entre la multitud reunida en la Plaza de Mayo y ella figuró junto a Perón en la gran manifestación popular. Fue entonces cuando comenzó en los diarios, sobre todo en su órgano *Democracia*, pero también en *El Laborista* del fiel Decker, la reinvención de la todavía joven tradición peronista, con la imposición de la figura de Eva como eje de los históricos sucesos de 1945.[42] Con lo que, puede decirse, Eva empezó a fabricar su propio mito, destinado a convertirse muy pronto en artículo de fe de los militantes peronistas, y ulterior elemento de unidad simbólica y doctrinaria del partido: justamente, lo que ella más deseaba. Queda bien claro que su nombre infundía ahora tanto temor y tanta reverencia, abría tantas puertas y decidía tantos destinos que en ocasiones se convertía en arma de doble filo, en episodios a veces cómicos y otras veces grotescos, pero siempre indicativos. Tal fue el caso de cierto empresario, que se jactó de un inexistente patrocinio de Eva para introducir valiosos toros de lidia que se había hecho mandar desde España.[43] Y no faltaban hechos más graves, como la exhibición del vínculo familiar con ella para obtener alguna prebenda, o la invocación de su nombre en la lucha política, para sortear las limitaciones impuestas por alguna ley o reglamentación.

3. La vuelta de Eva - III. Unidad y organización

En Perón y Eva, la obsesión por la unidad, tanto política como doctrinaria y tanto del peronismo como de la nación, reaparecía a cada momento. No entendían por unidad una mera comunión de intenciones, sino algo más profundo, una unidad de destino, una idea de homogeneización, de asimilación por parte de cada individuo y cada grupo de la función que debían asumir en el ámbito de ese todo que el peronismo aspiraba a representar. En Perón, el imperativo de la homogeneización y la intolerancia por las disensiones eran el fruto de su formación militar; en Eva, lo hemos visto, la consecuencia de un vago pero innato sistema de creencias. En uno y otra, ese imperativo era deudor del clima intelectual del nacionalismo católico, en el que la unidad política y la espiritual formaban una sola cosa, y cualquier desviación se veía como un virus capaz de amenazar la salud de la comunidad.

Por eso, la confidencia de Perón de que pensaba encomendar a Eva, en vista de su “genio político”, una misión en la que él mismo

había fracasado, hace que no podamos excluir la posibilidad de que esa misión estuviera relacionada precisamente con la unificación del partido. Lo indiscutible es que, ya sea que Perón la alentara o que ella misma tomara la iniciativa, Eva se introdujo con máximo empeño en la vida del partido, y apuntó directamente a septiembre de 1947, fecha de los comicios internos para la renovación de autoridades y para la elección de los miembros de la asamblea que debía tener a su cargo la redacción de un nuevo estatuto partidario. Fue una etapa compleja en la historia del peronismo, y un paso más entre los muchos —no precisamente lineales— que fueron cumpliéndose en dirección de la unificación en torno al líder, en perjuicio de la dialéctica que todavía animaba al movimiento. Fue también un momento de caos, que el partido superó en medio de violentas acusaciones de fraude que se cruzaban entre las diferentes facciones, tanto de la Capital como de las provincias. En la ciudad de Buenos Aires triunfó la lista favorecida por Eva a través de la adicta Secretaría de Trabajo y Previsión; entre quienes la encabezaban figuraban Eduardo Colom y, sobre todo, Rodolfo Decker. El primero, director de *La Época*, seguía siendo grato a Eva por el momento, pero resultaba difícil mantenerlo bajo control y, por lo tanto, estaba destinado a salir de escena. El segundo, en cambio, era uno de los más fieles (y cuestionados) seguidores de Evita,[44] y pronto se destacaría —sobre todo a través de las páginas de *El Laborista*— entre los más rigurosos censores de todos quienes dentro del partido osaban resistir las presiones ejercidas por Perón y por Eva.[45]

La acción política de Eva se fue haciendo cada día más pública y evidente; es decir, se limitó cada vez menos a la acción, de todas maneras muy eficaz, que desde tiempo atrás venía desarrollando entre bastidores, para exponer públicamente y sin ningún tipo de rémora su poder. Ello se vio sobre todo en las reuniones del partido, donde su influencia se expandió, en los meses que precedieron a las elecciones de 1948, a un punto tal que, como muchos pudieron comprobar, no hay casi ejemplo de un candidato peronista al Congreso que no contara con su previa bendición. Para decirlo con los términos tal vez excesivos del embajador español, fue Eva quien armó “en persona y por completo las listas de nuevos diputados peronistas”, y eliminó “de modo implacable” a los que no le fueran del todo adictos.[46] Ya no fue raro verla adoctrinar a los miles de delegados que asistían a un congreso sobre el desarrollo del Plan Quinquenal, ni dar enseñanza en algún sindicato sobre las virtudes de la planificación peronista.[47]

Tampoco sorprendió que, al reunirse en diciembre de 1947 el congreso constituyente del nuevo partido peronista, los participantes no se limitaran ya a rendir homenaje al caudillo del que la agrupación llevaba el nombre, y se pusieran en pie para rendir a Eva los honores que le correspondían en ese régimen que era ya bicéfalo.[48] Y a tal punto lo era que Eva, con su cohorte de colaboradores —a la que acababa de agregarse como figura estable el propio ministro de Hacienda, Ramón Cereijo—, inició por cuenta propia, y anticipadamente, la campaña electoral, en un recorrido por la Argentina en el que pronunció infinidad de discursos, inauguró obras de caridad y distribuyó bienes como si lloviera. Cerró la campaña a la cabecera de la cama de Perón, operado de apendicitis, rodeada por Cámpora y Borlenghi.[49] Del discurso que pronunció se destaca la apelación, dirigida a los votantes peronistas, de que no tacharan el nombre de ningún candidato de la lista oficial del partido. Al parecer, se trataba de una respuesta a la amenaza sindical de hacerlo con el nombre del padre Filippo, que no les resultaba grato.[50]

Si el objetivo era imponer la unidad al partido, puede decirse que fue en gran medida logrado. Como observó el embajador chileno en vísperas de las elecciones, la campaña se centró hasta tal punto en "los dos máximos caudillos" del partido, Perón y Eva, que nadie en el país sabía quiénes eran los candidatos peronistas.[51] Y si bien los conflictos en el partido por la formación de las listas electorales fueron tan ásperos como de costumbre, la capacidad de Perón y Eva de ponerles límites, y la de Mercante en la provincia de Buenos Aires, revelaron ser mucho mayores que en el pasado.[52] El consecuente triunfo del peronismo en las urnas, para el cual, como observó Areilza, se unió al respeto formal por la democracia un sabio empleo de la coerción y de los enormes recursos estatales, allanó después el camino a la unidad[53] pero no tanto el que conducía a la homogeneidad. En ese marco, desde comienzos de 1948 empezó Eva a transformar los grupos femeninos que habían ido surgiendo en torno a su actividad de ayuda social en núcleos de una nueva agrupación política. Nacieron así, y pronto se multiplicaron, los Centros Cívicos Femeninos "María Eva Duarte de Perón",[54] primer embrión del partido en cuya creación pondría Eva tan gran empeño. Sería un partido incorporado dentro del peronismo pero sólo de mujeres, y estaría bajo su exclusivo control. Para la creación de tal instrumento, no vaciló Eva en emplear ingentes recursos públicos, en lo que constituía ya un bien probado uso patrimonialista del

Estado, del cual disponía ella como si se tratara de un bien personal suyo. Los beneficios políticos derivados de la creación de tal partido fueron desde el principio inmensos, tanto para conquistar el electorado femenino en las primeras elecciones en las que votara como para librar a las mujeres peronistas de las divisiones que minaban el peronismo de los hombres. La tarea de reunir a las mujeres bajo una autoridad absoluta e indiscutida, la suya, y en un ámbito exclusivamente femenino en torno del cual alzó una muralla que debía separarlas del mundo político masculino, fue para Eva una prometedora manera de impulsar lo que constituía también la mayor ambición de Perón: la unión y la organización del peronismo. De paso, hacía crecer también su propio poder, no sólo porque se erigía así en la dueña de una de las dos ramas en que se dividiría el partido, sino también porque en tal condición podría potenciar aun más su influencia sobre los órganos de dirección del peronismo entero.

Es obvio, de todos modos, que la contraofensiva de Eva no se limitó a las luchas en el partido o en el gobierno, sino que implicó también potenciar los instrumentos que le resultaban necesarios para vencer en esas luchas. Se trataba ante todo del frente sindical y de la política social, en los cuales encontraba el más potente sustento de su poderío; pero había también otros. En especial estaba el ámbito de la información, donde Eva capitaneaba hacía ya tiempo un imperio en expansión, y en el que no se limitó a reprimir las voces de la oposición. En efecto, a su regreso de Europa, hombres de su grupo operativo, en comunión como siempre con su hermano Juan, compraron las acciones de la empresa Editorial Haynes, propietaria de varias emisoras de radio y de numerosas publicaciones periódicas, y ajustaron también el lazo en el cuello del propietario de Radio Belgrano.[55] Un férreo sistema de presiones y privilegios atraía en tanto a la órbita del gobierno a la mayor parte de la prensa que quedaba.[56] Con Eva de su lado, los que en su ausencia habían llegado al borde mismo del abismo pudieron renacer a una nueva vida. Así sucedió sobre todo con Miranda, fuerte y arrogante una vez más como en los viejos tiempos, y en parte también con Lagomarsino, que aunque perdió su ministerio logró que le asignaran una misión en los Estados Unidos. Ciertamente, también se benefició Dodero, que a sus intereses de armador unía ahora las finanzas y los seguros, y que con la venta de sus barcos al Estado logró asegurarse el premio extra que merecía en su condición de buen amigo y seguidor del régimen peronista.[57] Eva hizo amplio uso del dilatado imperio

mediático así obtenido y lo perfeccionó con el tiempo, apuntando al objetivo no precisamente oculto de moldear un peronismo más compacto que nunca bajo el mando de su líder, y dotado de una doctrina unificada; en fin, una suerte de ejército, cuyos principales rasgos delineó en numerosos artículos que vieron la luz en *Democracia*, en la segunda mitad de 1948: verdaderos ejercicios de pedagogía política y, a la vez, perentorias admoniciones sobre el "deber" de ser peronistas.[58]

4. La CGT de Eva

El problema de la unidad no atañía exclusivamente al partido. Para Perón era incluso más importante la unidad del movimiento sindical, en cuanto éste era el arma más temible del régimen peronista. Pero a pesar de la legislación que lo había obligado a unificarse, de las purgas que habían servido para eliminar dirigentes de la vieja guardia, de la ideología que el gobierno le transmitía, basada en la cristiana colaboración de clases, y de que Eva se ocupaba de satisfacer sus reivindicaciones, lo cierto es que el gremialismo evidenciaba cualquier cosa menos unión. Y menos todavía podía considerárselo un dócil instrumento en manos del gobierno. Nada revela mejor esto que la floración de huelgas que se verificaron en el primer año de gobierno, de las repetidas rabietas de Perón contra los comunistas que a su criterio se infiltraban en las filas sindicales y de las furiosas luchas que se libraban por el control de la situación en cada sindicato específico, que se verían reflejadas en las rupturas verificadas en el Congreso de la CGT de octubre de 1947. La acción de Eva fue asidua y capilar en este frente, y se ejerció sobre dos vías: por un lado, el itinerario adornado de flores de su carisma personal, que ella misma contribuía a alimentar con aumentos salariales, iniciativas de acción social y medidas de previsión que la tenían como generosa benefactora; por otro, el camino erizado de espinas de las frecuentes y violentas luchas entre facciones gremiales enfrentadas, en las que tampoco se privaba de intervenir Eva, echando mano a los recursos políticos y represivos del Estado para favorecer a sus fieles y castigar a sus enemigos.

Testimonios no faltan. Tenemos su intervención a la cabeza de los trabajadores textiles contra "los comunistas";[59] su esfuerzo por hacerse con el control de los sindicatos más combativos, tachado por la oposición de "bonapartismo con polleras";[60] los casos en que delegaciones provinciales de la Secretaría de Trabajo y

Previsión, cuyos hilos conservaba Eva en sus manos, forzaron la solución de conflictos laborales o declararon la ilegalidad de un paro de actividades surgido por fuera de su propio ámbito, valiéndose incluso de la policía.[61] Todo estaba listo, pues, para que Eva tomara el definitivo control de la CGT a fines de 1947,[62] cuando se produjo la llegada al máximo nivel de conducción de José Espejo, un hombre que exhibía como su principal virtud la de no tener ninguna, es decir, no contar con bases ni con pasado político de ninguna clase. Espejo era, en suma, una criatura de Eva y de los hombres que lo rodeaban en la conducción gremial, entre quienes se destacaba Isaías Santín, anarquista español al que el baño peronista llevó a descubrir la fe religiosa, que contribuyó a la elección de Espejo e ingresó junto con él en la conducción de la central obrera única.[63] No tardó en hacerse sentir la mano de Eva tras la figura de Espejo, ya fuera en el esfuerzo con que emprendió la imposición de la unidad entre los trabajadores, ya en el culto de Perón y Evita que empezó a desarrollar la prensa sindical, o en el cada vez más evidente intento pedagógico sobre los trabajadores. El cual se expresó, por ejemplo, en la donación de una biblioteca obrera para la CGT, que ella inauguró y que como siempre fue denominada "María Eva Duarte de Perón", y también en el interés por el nacimiento del Teatro Obrero Argentino, un grupo dedicado al repertorio de clásicos nacionales y a textos nativistas cuyas representaciones solía presenciar Eva al lado de Perón.[64]

Dado ese contexto, era predecible que el 1º de mayo de 1948 subiera a escena ante los trabajadores reunidos en Plaza de Mayo el nuevo ritual del gremialismo de Estado. En ese ritual, el Estado era el *régisseur* y Eva, el gran maestro de ceremonias. Así, integró el jurado que debía elegir la primera Reina Nacional del Trabajo, en una ceremonia a la que asistieron tanto el secretario general de la CGT como el arzobispo de Buenos Aires, como para consagrar el sueño peronista de revivir un orden cristiano y corporativo. Parte del discurso que pronunció en la ocasión estuvo dirigida a Perón, en carácter de representante "de todos los humildes de la patria".[65] Ello no bastó para poner freno por completo a la agitación sindical, alimentada por una inflación que empezaba a erosionar el poder adquisitivo de los salarios, y por las propias intervenciones de Eva, exaltadoras del sindicalismo, sus razones y sus virtudes. Como confesó Bramuglia a Areilza, que lo interrogaba a propósito de la enésima oleada de huelgas, la táctica del gobierno consistía en organizar el desorden y en evitar que los gremios ganaran excesiva autonomía poniendo a su frente

dirigentes desprovistos de raíces entre las masas. Al canciller esa solución le parecía muy perjudicial porque, cuando no quedara ya nada para distribuir, la organización sindical habría quedado reducida a un montón de ruinas.[66] Lo concreto es que a la tarea indicada se dedicaba precisamente Eva, operando tanto sobre la cúpula de la CGT, donde el mejor ejemplo de lo dicho era el meteórico ascenso de José Espejo, como sobre las bases, entre las cuales impuso cada vez más decididamente a sus hombres, en reemplazo de los viejos militantes que tenían otro credo político. Es lo que sucedió en la poderosa Unión Ferroviaria: el exiguo grupo de dirigentes que en 1948 osó oponerse a las donaciones para la Fundación fue barrido en las primeras elecciones, en las que entre infinitas protestas de irregularidades se impuso un incondicional de Eva.[67]

5. La gloria no reconoce límites

Ya hemos hablado de la importancia que la política exterior tenía, en términos tanto de ambición como de legitimación, para Perón y su régimen. También se ha visto que, precisamente, por ser tan vital para el peronismo, esa área no permaneció ajena a la influencia política ejercida por Eva, que en verdad se había convertido con su viaje por Europa en absoluta protagonista, en abierta competencia con Bramuglia. A su regreso al país, Eva no olvidó en modo alguno la política exterior. Por el contrario, tal vez por sincera fe en la misión internacional del peronismo, porque era sensible al poder y el prestigio que el régimen peronista se jugaba en ese ámbito o, en fin, porque intuía la carga adicional de honores que podía acarrearle su intervención, lo cierto es que siguió dedicando gran parte de sus energías a la política exterior. Por eso, no retaceó su presencia ni su apoyo a los esfuerzos políticos de Perón y a los económicos de Miranda por hacer de la Argentina el centro neurálgico de un bloque regional, que culminaron en los encuentros cumbre con los presidentes Hertzog de Bolivia, Morínigo del Paraguay y Batlle Berres del Uruguay.[68] También se hizo costumbre que tomara parte con Perón y Bramuglia en las audiencias concedidas a diplomáticos extranjeros, en especial al representante español Areilza, con quien en 1948 trataron incluso el delicado tema de la ayuda a grupos neofascistas que estaban reorganizándose en Europa.[69] Tampoco omitió Eva cultivar sus redes de funcionarios fieles, tan desarrolladas ya como para constituir una diplomacia paralela,

hostil al ministro Bramuglia. El más incómodo ejemplo de esa situación fue el público choque que protagonizaron, en la embajada argentina ante las Naciones Unidas, José Arce, hombre cercano a Eva, y Enrique Corominas, allegado al ministro.[70] Arce supo manejar con criterio el enfrentamiento, y gracias a Eva pudo evitar que lo separaran del cargo y lo mandaran a un nuevo destino en Santiago de Chile; allí fue enviado en su lugar el coronel López Muñiz, en cuyo nombramiento el embajador chileno estaba seguro que había intervenido Eva, como uno más en la infinita cadena de desaires que dirigía a Bramuglia.[71] Hasta el propio general Accame, antiguo profesor de Perón, debió medirse con su influencia, y perdió la embajada en Río como consecuencia del fracaso que había constituido la visita de Eva a la entonces capital del Brasil. Se lo envió como embajador en el Vaticano, castigo que constituía una decisión irreflexiva por tratarse de una sede diplomática tan delicada, y en la que encima tuvo que salir a defender la causa perdida de la candidatura de Hernán Benítez a la dignidad episcopal. Accame incurrió así no solamente en la previsible negativa vaticana, sino también en la aun más segura ira de Evita, para la que no resultó suficiente el ritual elogio que el general tejió de ella al presentar sus cartas credenciales al papa Pío XII.[72]

Pero eso no era todo. Poco antes de que Eva partiera para Europa, una ola de pánico había recorrido las embajadas extranjeras en Buenos Aires, al saberse que el gobierno argentino había pedido el retiro de numerosos diplomáticos, sobre cuyas expresiones "inconvenientes", desde luego sobre Eva, había recogido información.[73] Se ha visto ya, por otra parte, y se volverá a ver, que Eva se jactaba de la eficiencia de los servicios secretos peronistas. Que esos servicios interceptaban la correspondencia diplomática es un hecho demostrado por los numerosos casos en los que los embajadores se quejaron de ello, y recurrieron a vías alternativas para comunicarse con sus cancillerías. Puede intuirse, pues, que Eva podía estar al tanto de los juicios poco lisonjeros que vertieran sobre su persona. El hecho concreto es que desde el español Bulnes hasta el cubano Hernández Portela y el peruano Ledgard, además de otros muchos, los representantes diplomáticos extranjeros empezaron a caer como hojas al viento. En cuanto a Freitas Valle, el prestigioso embajador acreditado en Buenos Aires por el gobierno brasileño, empezó a sufrir en carne propia el régimen de duchas frías y calientes alternativas que le costaría el puesto, por el cual Perón y Bramuglia no dejaban de dispensarle

sus sonrisas y atenciones, en tanto Eva, que no terminaba de tragar el chasco de Río de Janeiro ni la resistencia que el general Dutra oponía a las insinuaciones políticas argentinas, se negaba hasta a recibir al embajador en audiencia.[74] Dado el contexto, no sorprende que el ritual diplomático puesto en práctica por el peronismo ya no contemplara sólo a Perón sino también a Eva, como receptora de condecoraciones y objeto de homenajes con regalos y atenciones. Así sucedió en abril de 1948, cuando una nutrida delegación mexicana visitó Buenos Aires.

No contenta con eso, Eva procedió a activar un nuevo canal de la política exterior peronista, que venía a sumarse al ya trazado en la diplomacia oficial por la acción de los agregados gremiales a las embajadas, surgidos de las filas de la CGT y que le eran muy cercanos. De ese nuevo canal, nadie hubiera podido discutirle el monopolio. Se trataba de la proyección exterior de su acción de ayuda social, un camino eficaz y popular, beneficioso y bien recibido, fuente además de gran rédito en términos políticos y de imagen. El primero de sus numerosos envíos de ropa y víveres a pobres del extranjero data, en efecto, de noviembre de 1947. Con los bienes donados viajó también una generosa propaganda sobre aquella a quien se debía agradecer el gesto,[75] siguiendo una táctica que pronto se extendería a los donantes privados. Lo atestiguó Clara Raznoszczyk, quien tras recoger gran cantidad de artículos para enviar a Israel oyó de labios de Eva que el Correo Argentino sólo enviaría material que estuviera identificado con el sello de su Fundación.[76] Eva debe de haber atribuido gran importancia a tal condición, fuente por otra parte de muchas ironías respecto de sus continuas aseveraciones de humildad, si el gobierno argentino llegó a ofrecer en 1947 a la ONU contribuir con las actividades de Unicef con la enorme cifra de 10 millones de dólares, a condición de que se comisionara a Eva la distribución de tales recursos mediante una gira por América latina. Al considerar Unicef más adecuado y prudente no otorgar tal representación, la oferta fue retirada.[77]

La idea de hacer de Eva y su carisma la embajadora más potente del peronismo en América latina no debe haber sido fruto de la casualidad, sino de una estrategia deliberada que debía tender a superar los angostos límites de las relaciones diplomáticas de Estado a Estado, y abrir a la propaganda argentina los mucho más amplios y prometedores horizontes de las masas populares latinoamericanas. Era una posibilidad tentadora para el régimen peronista, pero también peligrosa: la actitud no podía dejar de

suscitar sospechas en los gobiernos de la región. Y en efecto, esos gobiernos no se mostraron muy entusiasmados al leer en los medios de prensa peronistas que las comunidades de residentes extranjeros en la Argentina planeaban rendir un homenaje a Eva Perón el 12 de octubre de 1948, ocasión para la cual se invitaba a todos a enviar a Buenos Aires delegaciones específicas para esa celebración.[78] Tampoco debía de hacerlos muy felices el cúmulo de actividades, a menudo invasivas, que emprendían los agregados obreros de las embajadas argentinas; ni las frecuentes invitaciones a Buenos Aires de delegaciones obreras de aquellos países, para entrevistarse con Perón y con Eva, que solían adoctrinarlos y colmarlos de propaganda peronista, naturalmente, con recursos del gobierno argentino.[79] Las reacciones de ese tipo no bastaron para disuadir a Eva, que nunca dejaría de interesarse por la posibilidad de que se le confiara una misión humanitaria continental.[80] De acuerdo con ciertos indicios, tampoco le impidieron recurrir a modalidades aun menos ortodoxas para difundir la influencia argentina. Por ejemplo, la de trabajar junto al general Sosa Molina para urdir una conjura militar contra el presidente del Paraguay, Juan Natalicio González, culpable a ojos de Buenos Aires de haber depuesto al amigable Morínigo y de "venderse" a la influencia brasileña. Se trató de un episodio oscuro, del que, sin embargo, González informó secretamente al gobierno del Brasil, tras el arresto y la confesión de uno de los agentes argentinos implicados.[81]

Pero si todo ese accionar exaltaba el mito de Eva y gratificaba su ambición, contribuía también a trazar un surco en la política exterior argentina, de profundidad tal que llegaba a condicionar su desenvolvimiento. Por lo demás, ese surco no era sino el reflejo en el exterior de lo que la política social y gremial, de la que Eva se había convertido en protagonista, estaba haciendo en el plano interno. También en este caso el impulso era bastante para tener sujeto a Perón y controlada la posibilidad de que el gobierno cambiara de orientación, si llegaba a considerarlo necesario. Al pronunciar Eva ante delegaciones sindicales latinoamericanas, a comienzos de 1948, uno de sus vehementes discursos sobre la necesidad urgente de trasladar al plano continental la política obrera del peronismo[82] no estaba en modo alguno contradiciendo lo que el propio Perón quería. La aspiración era crear una central sindical diferente, que no estuviera sometida a Moscú ni a Washington y que, al proyectar la concepción argentina de la Tercera Posición a la América latina, consagrara en forma

definitiva el liderazgo argentino. Es claro, sin embargo, que tales acciones interferían en los esfuerzos que Bramuglia y el propio Perón, éste más con palabras que con hechos, estaban cumpliendo para recomponer los hilos de la relación con los Estados Unidos. Y eso, cuando ya aparecía claro que la Argentina necesitaba más a los norteamericanos, y con intensidad cada vez mayor, de cuanto ellos la necesitaran. En igual sentido puede ser interpretada la postura favorable de Eva a una eventual visita de Perón a Madrid, que ella expresó a Areilza. Perón mismo imaginaba tal viaje como una respuesta a la exclusión de España de la ayuda que se canalizaría a través del Plan Marshall. El efecto de un viaje de esa índole sería sin duda el de hacer hablar al mundo de la Tercera Posición, pero también sonaría como flagrante desafío al presidente Truman.[83] Ello halagaría por cierto el orgullo nacionalista argentino, pero no reportaría ventaja alguna en otros sentidos. Al fin, el tan inoportuno viaje no llegó a concretarse, pero Perón tampoco se privó de mandar una respuesta a la Casa Blanca mediante la firma de un nuevo Protocolo con el régimen de Franco, en una ceremonia que Eva quiso presidir en persona.[84]

La visión del mundo de Eva, y de quienes más influencia ejercían sobre ella, empezando por Hernán Benítez, dueño de una hostilidad a prueba de bombas hacia la cultura anglosajona,[85] volvía a nutrir así la planta antiestadounidense que el régimen cultivaba, e impedía su accionar, sobre todo, en la relación con los Estados Unidos. A mediados de 1948 estaba ya claro para quien frecuentara la Casa Rosada que Eva interfería cada vez más en las encendidas discusiones entre Domingo Maroglio y Miguel Miranda.[86] El primero, presidente del Banco Central, se mostraba pesimista, consciente como era del drama que para la economía argentina representaba la carencia de dólares. Por eso mismo era proclive a la adopción de políticas que permitieran relajar la situación de tensión con Washington. En un viaje que hizo a esa ciudad, no se preocupó por ocultar su aversión a Miranda.[87] El segundo, sostenido por Eva a sangre y fuego, era un ilimitado optimista, tenía opiniones muy distintas de las de Maroglio y, además, estaba furioso con él. Miranda se hallaba muy decidido a continuar con la política de vender cereales a precios elevados, que tanta tensión provocaba con Washington y tanto perjudicaba la imagen externa de la Argentina. Tal era el grado de seguridad que tenía Miranda respecto del modelo económico que propiciaba que llegó a declarar que antes de pedir un préstamo se cortaría la mano. También dijo que el problema de la escasez de dólares se

resolvería muy pronto, “a menos que el mundo se acostumbre a no comer”. Desde otro punto de vista, digamos que Maroglio se hallaba en implícita sintonía con la moderación de Bramuglia, quien atribuía a la “imprevisión” de Miranda la penuria de dólares que estaba sofocando a la economía argentina.[88] Miranda, en cambio, se había atrincherado en la defensa de una política que día tras día se revelaba menos realista. Se afirmaba en la férrea protección de Eva, quien no cesaba de dirigir ataques contra Bramuglia y hasta logró imponerle como subsecretario a Alberto Vignes, un hombre tan devoto de ella como indigesto para los diplomáticos de la Cancillería. Todo el mundo leyó la designación de Vignes como una jugada para mantener al ministro bajo control, y lo cierto es que el hecho desembocó en una enésima crisis entre los dos, y en una nueva espiral de rumores sobre la inminente renuncia de Bramuglia.[89] La propia Eva no dejaba de traer a colación en toda ocasión los mismos temas nacionalistas que ya Miranda hacía tremolar en términos tan perentorios como arrogantes, ni de imputar a sus enemigos el infamante propósito de vender el país al extranjero.[90] Ello tenía el resultado de que quienquiera que postulara la necesidad de bajar el tono de los choques con el enemigo corría serio riesgo de caer bajo la mira de Eva, y de ser tildado de traidor y **vendepatria*.

Pero Perón no podía permitir que Bramuglia, el hombre que representaba el rostro más tranquilizador del régimen para los observadores extranjeros, abandonara su cargo cuando se acercaba el momento en que la Argentina debería presidir temporalmente la Asamblea General de las Naciones Unidas. Bramuglia llegó a admitir que no estaba seguro de poder ir, temeroso de los celos que podía suscitar en “los niveles más altos”,[91] vale decir en Eva, aprensiva a su vez de que el canciller tuviera la aspiración de suceder a Perón. Es bien sabido que Bramuglia pudo al fin viajar, y que Eva no le perdonó jamás sus éxitos parisinos.[92] Al parecer, cuando el ministro le dijo, a manera de defensa, que todos los días recibía despachos de Perón, Eva replicó que no debía olvidar que quien dormía junto a Perón todas las noches era ella. En suma, ella era quien estaba más cerca del sol, es decir, del poder.[93]

6. Eva, entre la cruz y la espada

Iglesia y ejército se arrogaban hacía ya mucho la condición de instituciones tutelares de la nación.[94] No puede sorprender, pues, que se consideraran también responsables del orden nacido con la

Revolución del 4 de Junio. El peronismo mismo, no obstante su heterogeneidad, no dejó nunca de reconocer esa deuda y esas raíces. Más aún; ni siquiera desconoció las ataduras corporativas en las que debía moverse para no hacer peligrar su estabilidad y su todavía frágil identidad. Lo demuestra el sumo cuidado que desde un principio se puso en el abordaje de los asuntos militares y eclesiásticos. Por ejemplo, la Universidad de Cuyo lanzó a fines de 1947 la idea de un Congreso de Filosofía, en el que, al fin, Perón expondría su doctrina al mundo; en la ocasión, el Presidente no vacilaría en individualizar las raíces de esa doctrina en la más pura tradición tomista.[95] Y Virgilio Filippo, sacerdote vinculado a Eva y probable candidato a diputado, no encontraba entonces inconveniente en indicar que la política de Perón era el fiel reflejo de las encíclicas pontificias.[96] Se ha visto ya que también Eva formaba parte, a su manera, de ese universo ideal, aunque no de la tupida trama de vínculos personales e institucionales que unían a la Iglesia con las Fuerzas Armadas, a través de una miríada de vasos comunicantes. En todo caso, con su apoyo a la ley de enseñanza religiosa se había ganado también, en parte, la confianza de los integrantes de esa trama.

Con todo, su visita a Pío XII y la desilusión que para ella significó hicieron trizas cualquier potencial idilio. En principio porque en el plano de lo personal consideraba que la Santa Sede se había mostrado desagradecida con ella y con Perón, que tanto estaban haciendo por la causa católica. Luego porque, en el plano ideal, le resultaba inconcebible, y como tal achacable a la influencia de las calumnias oligárquicas, la actitud vaticana de distinguir entre peronismo y catolicidad. En efecto, era una postura incomprensible a ojos de una mujer para quien lo político y lo religioso venían a fundirse en el ámbito de lo social, único que para ella resultaba significativo. En lugar de esa distinción, Evita hacía otras, que en parte eran hijas de un catolicismo más emotivo que vivencial y en parte provenían de su total devoción por la causa peronista. La primera de tales distinciones era la que le hacía separar la auténtica fe de su pueblo de la fe interesada de la Iglesia. Otra distinción la llevaba a poner de un lado al clero peronista y del otro al de los eclesiásticos que no se pronunciaban, y que con ese gesto no podían sino estar del lado de la "oligarquía". Lo muestra el hecho de que Hernán Benítez, escribiéndole desde su exilio, le pidiera no ejercer represalias contra los jesuitas que lo habían hostilizado; evidentemente, por considerarla capaz de hacerlo, y dotada del suficiente poder.[97] Tal

vez por eso mismo, Eva dio en exhibir menos que hasta entonces el aspecto y los símbolos de la devoción tradicional, y en cultivar un catolicismo más espontáneo,[98] atento antes que nada a llevar inscrito un adjetivo: "peronista". Un catolicismo peronista, en fin, del que se tuvo cada vez mayor prueba en el cuidado con que Eva elegía a los religiosos que pudieran acompañarla, y seleccionaba a aquellos que iba a favorecer o castigar. Entre los primeros se destacaba monseñor De Carlo, obispo de Resistencia: un prelado que no tenía gran peso en el episcopado, pero dispuesto a secundar a Eva; ella retribuyó sus atenciones, primero con una fastuosa visita a la diócesis, y luego con generosas ayudas y financiación para el seminario diocesano y las obras de ayuda social del obispo, empezando por el barrio obrero que llevaría el nombre "María Eva Duarte de Perón".[99]

Acaso no es casual que los discursos de Eva expresaran, a su regreso de Europa, un catolicismo menos formal y más encarnado. Por lo mismo, se trataba de un catolicismo tan identificado con el peronismo como para no presagiar nada bueno en las relaciones con la Iglesia; ésta no podía ni quería renunciar a su universalidad por amor al régimen peronista, ni defenestrar a los católicos que no fueran peronistas. Esto a pesar de que el primado de la Argentina, el cardenal Copello, solía bendecir en cada ocasión las nuevas obras de ayuda social que inauguraba Eva, y expresar sus simpatías al gobierno.[100] Perón, aconsejado por alguien, o tal vez movido por su ansioso convencimiento de que era necesario reencarrilar las cosas, persuadió a Eva de que debía tener un gesto de pacificación: ir a visitar a quien era la quintaesencia del catolicismo aristocrático, Adelia María Harilaos de Olmos, y consentir en lo que en un primer momento le había negado: el permiso de ser sepultada en la iglesia que ella misma había hecho levantar.[101] En cambio, ese mismo privilegio se mantuvo vedado para María Unzué de Alvear, que no había querido agachar la cabeza. Si se quiere, se trata de episodios menores; no obstante, son ilustrativos de la escasa capacidad de Perón para inducir a Eva a producir gestos conciliatorios, y de la tormenta que ella podía desatar con sólo proponérselo, haciendo entrar en juego, por ejemplo, la administración municipal de la Capital, que tenía a su cargo la autorización de pedidos como los de aquellas ancianas damas.[102] Un ejemplo típico de los tonos y los temas del catolicismo peronista que Eva empezó a desplegar por entonces tuvo lugar en la Navidad de 1947. En la ocasión, Eva pronunció un discurso tras cuyas palabras se transparentaba la pluma sutil de

algún teólogo; en él, tras las invocaciones a Dios y a la familia, rindió homenaje al peronismo por haber propiciado el triunfo en el país de "la esencia misma de Jesús", vale decir, "del hombre".[103]

Tanto la edificación del catolicismo peronista como las grietas que ello provocaba, así en el frente interno de la Iglesia como entre la Iglesia y el gobierno, tomaron nuevo impulso con la vuelta al país del padre Hernán Benítez, que acababa de ser reducido al estado de clérigo secular.[104] Fue un regreso triunfal, si se consideran los cargos de los que fue investido. El primero de ellos fue el de director del Instituto de Publicaciones de la Universidad de Buenos Aires, que implicó asumir también la *Revista* del mismo claustro, una vez que el Ministerio de Educación fue confiado a Oscar Ivanissevich. Éste era un ferviente católico hispanista, que para mejor se hallaba en conflicto con Bramuglia[105] y que desde su ministerio dio a Eva y los suyos más voz de la que ya tenían en los asuntos de la escuela pública.[106] El otro cargo que asumió Benítez fue el de director espiritual de la Fundación Eva Perón, primero de manera informal, y después oficial. Por otra parte, el regreso de Benítez fue importante también en otros y más importantes aspectos. Traía consigo una profunda repulsión, madurada durante su permanencia en España, por el exceso de clericalismo que volvía tan tétrica a la dictadura franquista. Desde entonces, también en Eva fue posible hallar profundas huellas de esa repulsión. Y no era eso solamente; Benítez había llegado a la conclusión de que el régimen de Franco era demasiado conservador para poder servir de modelo al peronismo. Por esa razón, Eva debía profundizar la dimensión popular del peronismo mediante la creación de una gran organización social.[107]

Pero, precisamente, la acción de Eva en materia de ayuda social, y su sello radical vinieron a agudizar lo que en un principio eran tensiones y después se convertirían en grietas irreparables entre ella y sectores cada vez más amplios de la Iglesia, minada ya de desconfianza hacia los síntomas que acusaba el catolicismo peronista. Ello dependía en parte de la reacción conservadora de un sector del clero y de los católicos a lo que les parecía una acción de subvertimiento de las jerarquías sociales. Pero a la vez, en proporción no menor, había también razones mejor sustentadas. Era el caso, por ejemplo, de monseñor De Andrea; ese viejo apóstol de lo social, acusado alguna vez de revolucionario, no podía temer hacer frente ahora a la acusación de "oligarca". Sin nombrar a Eva, De Andrea aludía a ella cuando a mediados de

1948, al ver cómo se cargaba de nubes el horizonte económico, cómo la inflación se hacía galopante y los trabajadores permanecían en estado de perpetua agitación, decidió llamar a todos a cultivar la ética del trabajo y no sabotear la producción. En la ocasión denunció también los atropellos que el sector laboral cumplía en perjuicio del capital, y advirtió que ninguno de los dos podía considerar que tenía el monopolio de la justicia.[108] Eva a su vez, e igualmente sin mencionarlo, respondió en su tono más violento, esgrimiendo su ya habitual denuncia contra quienes, a su criterio, confundían "justicia" con "limosna".[109] No es casual entonces que volvieran a saltar chispas a propósito de casos que ya habían producido muchas heridas entre el clero durante la campaña electoral de 1946, ni que precisamente Eva fuera el principal centro distribuidor de las acusaciones dirigidas contra el clero sospechado de intrigar en detrimento de la verdadera esencia de la argentinidad y "el más puro sentimiento cristiano".

Sería excesivo deducir de lo expuesto que la hasta entonces inédita atención que Eva empezó a manifestar hacia otras confesiones religiosas no fue sino un gesto que tenía por fin sacarse de encima la pesada capa de la Iglesia católica. También sería excesivo deducir de ello que Eva manifestara entonces un repentino interés por la causa de la libertad religiosa. Sin negar probables buenas intenciones, su nueva actitud de cortejar primero a la comunidad judía,[110] y después a protestantes, musulmanes y hasta espiritistas,[111] no era un desprecio hecho a la Iglesia católica, ni una muestra de amor por el pluralismo en materia confesional, sino un reflejo coherente de su ansiedad por agrupar dentro del peronismo a toda la comunidad nacional, en la certeza —natural en Eva— de que ser argentino y ser peronista era una sola y misma cosa. Las atenciones que ahora tenía eran, más que un tributo a la democracia en materia de cultos, una ofrenda a la única confesión religiosa de la que era sacerdotisa: el peronismo. Ella era también, más que nunca, la artífice de su transformación en religión política. Al hablar en la inauguración de la Organización Israelita Argentina, una iniciativa suya dirigida a atraer hacia el peronismo a una de las comunidades más hostiles, echó como siempre la culpa de la discriminación religiosa entre los argentinos a la nefasta oligarquía. Pero al fin había llegado el peronismo que, siendo "patria", podía unir e igualar a todos.[112] Entre los católicos más integristas, que en el peronismo habían visto el instrumento idóneo para volver a un régimen cristiano, esos gestos de Eva cayeron como herejías, como verdaderas

afrentas a la catolicidad de la nación.

Tal como procedía con la Iglesia actuó también Eva en relación con las Fuerzas Armadas, y en particular con el ejército. En él anidaban sus enemigos, pero tenía también admiradores o protegidos suficientes para que, al organizarle un homenaje en el Círculo Militar, dieran a Eva el placer de ver hervir de rabia a quienes, en los cuarteles, la juzgaban una auténtica calamidad para el país.[113] No parece que Eva haya descuidado aquellos apoyos, si a distancia de un año recibió un nuevo homenaje —no es posible decir en qué medida espontáneo— de las mujeres de los oficiales. Por lo demás, es bastante evidente que, por su amplio poder, Eva debe haberse creado con las Fuerzas Armadas, o al menos con los ministros militares, vínculos bastante más comprometedores que los que podrían haber surgido de la participación en unas cuantas ceremonias. Es lo que induce a pensar el ya recordado caso del agente argentino arrestado en el Paraguay en agosto de 1948, quien confesó haber actuado según instrucciones de Eva y de Sosa Molina.[114] De ser eso cierto, no tendría por qué sorprender que Eva contara con cierto grado de complicidad también en las filas del ejército. No hay contradicción entre esa posibilidad y sus esfuerzos por debilitar la temible influencia política y personal que esa fuerza ejercía sobre Perón, y por reducir su poder corporativo para poder hacer de ella un instrumento más tranquilo y manejable. Lo hacía de varias maneras: oponiéndole el peso de su popularidad en el mundo obrero; tratando de perjudicar a los elementos del ejército que le eran más hostiles, y de favorecer a los que le guardaban fidelidad; ejerciendo presión para sacar determinadas funciones de la órbita del ejército, o bien para darle a éste un perfil más peronista. Hechos como la derrota de sus dos enemigos irreductibles, Velazco primero y Silva después, parecían darle la razón, y lo mismo cabe decir de la caída del brigadier De la Colina, el ministro de Aeronáutica derrotado en la puja con Dodero por el control de la aviación comercial.[115] Sin embargo, y tal como sucedía con la Iglesia, el ímpetu con que Eva se dedicaba a modificar el delicado equilibrio entre el ejército y el régimen peronista, con el propósito de imponer la férrea unidad amalgamada por su carisma, no hacía más fuertes a Perón o al gobierno. Por el contrario, amenazaba debilitarlos y desestabilizarlos, al exponerlos a la reacción de aquellos que, en un primer momento artífices del nuevo orden político, empezaban a sentirse excluidos y traicionados.

7. Welfare *al estilo peronista*

Al volver de Europa, Eva imprimió un rotundo giro a la acción de ayuda social y asistencial que ya venía desarrollando desde antes. Creó en primer lugar la "Cruzada de Ayuda Social" que llevaría su nombre, y que por fin dio origen a la Fundación Eva Perón. Esas actividades suyas son, por otra parte, las más conocidas de todas cuantas realizó, las que han concentrado mayor atención de los estudiosos y las que más han alimentado el aura mítica que la rodea. Precisamente por eso, antes que enumerar los múltiples aspectos que tomó su actividad en ese sentido, o los indiscutibles beneficios que dispensó a un gran número de argentinos, valdrá la pena intentar captar sus formas específicas, evaluar su significado y medir sus consecuencias en el plano político. Y ante todo es necesario formular un par de premisas. La primera de ellas es que la Argentina, en vista de las transformaciones que se habían producido desde los años treinta, había entrado ya en su "etapa social". No era concebible que un gobierno de signo no peronista descuidara temas como la previsión o la asistencia social, los derechos del trabajador, la construcción de viviendas populares y otras muchas cuestiones, ya maduras y que figuraban desde tiempo atrás en la agenda política. Lo demuestran las postulaciones programáticas de las fuerzas políticas derrotadas por Perón, y el tenor mismo de la oposición que ejercían. Esto no disminuye en nada lo que el gobierno peronista hizo para conducir al país entre los escollos de los que estaba minada aquella etapa; nos impone, sí, evaluar no solamente lo que el peronismo realizó, sino también cómo lo hizo. La segunda premisa es que no cabe pensar que Eva tuviera una "política social". Es obvio que no la tenía, pero resulta igualmente evidente que terminó por tenerla, y eso implica que sus méritos o sus responsabilidades, sus éxitos y sus fracasos, son también los de quienes, fueran personas o instituciones, permitieron por acción o por omisión que la Argentina entrara en su "etapa social", en amplia medida, por medio de la "política social" de Evita.

Apenas vuelta de Europa, Eva marcó con palabras de fuego los emprendimientos de acción social del viejo continente, a los que calificó de "fríos y pobres".[116] Y no hablaba sólo de lo que había visto funcionar desde lejos en los países latinos, sino también de lo que el gobierno laborista británico estaba adoptando en función del célebre plan Beveridge. A Eva, cuyo nacionalismo dogmático solía llevarla por el camino del provincialismo, le pareció poca cosa ese plan, en comparación con las grandes realizaciones de la

Argentina peronista. El hecho en sí es comprensible a fin de cuentas, en vista de la auténtica ansiedad con que Eva deseaba ganarle al tiempo y dar a los argentinos la mejor asistencia social, hacer en tres años —como dijo con ingenua vehemencia— lo que nadie había hecho en veinticinco.[117] No había que fijarse en gastos ni en programar cosa alguna, convencida como estaba de que la riqueza existía ya en la Argentina, y lo único que había que hacer era tomarla; sólo había que cuidar la calidad, para que nada en sus obras pudiera evocar la lúgubre beneficencia de antaño. Era una actitud escasamente previsora porque, en efecto, una cosa era pensar qué tenía para ofrecer a sus **grasitas*, y otra muy diferente, sacar provecho de condiciones favorables para fundar un sistema asistencial sostenible en el tiempo, con sólidas y estables bases institucionales y legitimado a los ojos de todos los argentinos. Precisamente, ésos fueron los problemas de su política social: la sustentabilidad, la legitimidad y la institucionalidad. La acción sumada de esas dificultades dio a luz un estado de bienestar muy peculiar, un auténtico *welfare* al estilo peronista, en virtud del cual la modernización —típica del ingreso en la sociedad de masas y en la civilización industrial— tuvo lugar principalmente con los instrumentos de la cultura corporativa y patrimonialista de la que ella y el régimen se nutrían. Digamos, para entendernos, que todo ello era la antítesis del universalismo y la transparencia legislativa del plan Beveridge. El resultado fue que, si bien Eva y el peronismo obtuvieron inmensos beneficios en lo inmediato, no cabría decir lo mismo del sistema en su conjunto y en el largo plazo.

El problema de la sustentabilidad del sistema asistencial que Eva empezó a desarrollar, y que con el tiempo se ramificaría hasta abarcar todos los tipos de prestaciones sociales, estuvo conectado desde un principio con el de su financiamiento. En efecto, ya desde sus primeras manifestaciones dicho sistema quedó fuera del presupuesto del Estado, pese a que de éste provenían ingentes recursos y todo tipo de ventajas. El sistema quedó suspendido en una suerte de limbo, a mitad de camino entre lo público y lo privado; un ámbito en el que Evita reinaba sin oposición posible. No se sometió a controles ni a rendiciones de cuentas de ninguna especie, ni en el aspecto económico ni en el político. Dada esa condición, y convertido pronto el sistema en el escaparate del régimen peronista y en el principal reducto del poder y la popularidad de Eva, terminó por ser una creación independiente de cualquier otra estructura. Era una colección de joyas guardadas

en un alhajero del que únicamente Eva poseía la llave, al que nadie osaba asomar la nariz por miedo a despiadadas represalias pero en el que todos hubieran metido mano de buena gana, para compartir el valioso rédito político que podía proporcionar. Parecía posible prescindir de ciclos económicos, competitividad, niveles de productividad laboral, marcha de la inflación o ingresos fiscales, lo cual no aparecía problemático mientras hubo riqueza que distribuir, o que despilfarrar, como ya empezaba a decir Perón. El problema se planteó, en cambio, a partir de 1949, época en que las vacas gordas empezaron a dejar de dar leche. Sucedió entonces que, mientras el Estado se veía obligado a recortar el gasto público, limitar el crédito, paralizar inversiones, el tren asistencial de Evita seguía corriendo alocadamente, llevándose tras de sí una cantidad cada vez más significativa de las riquezas de un país que, al disponer de cada vez menos recursos, se veía obligado a administrarlos con sumo cuidado y con el ojo puesto en lo que podía obtener de ellos. Lo demuestra lo poco que ha podido saberse de la impenetrable gestión financiera del imperio social de Eva. Los datos indican que sus presupuestos seguían creciendo, aunque entretanto la economía nacional se estancaba, y que una enorme cantidad de aquellos preciosos recursos quedaba sin utilizar por falta de una adecuada planificación y administración.[118] En síntesis, así como era, el sistema no resultaba sostenible; Perón y su gobierno pudieron verificarlo cuando, a la muerte de Eva, la administración de sus obras asistenciales recayó sobre los hombros del Estado.

Otro problema de la acción de ayuda social de Evita, su institucionalidad, estaba determinando también sus límites y su naturaleza, y se hallaba igualmente relacionado con el sistema de financiamiento instituido. Se trata de una cuestión primordial: sólo un sistema asistencial basado en un acuerdo entre ciudadanos, y que haya partido de negociaciones muy complejas pero absolutamente transparentes entre intereses, sectores y figuras políticas contrapuestas, puede aspirar a perdurar en el tiempo. Ahora bien, ni la transparencia ni la realización de negociaciones que se atuvieran a reglas claras eran los rasgos distintivos de la Fundación. A lo que en realidad se asistió fue principalmente a un intercambio de favores entre los trabajadores y Eva. El mejor ejemplo de ello fue la costumbre rápidamente instaurada de que los sindicatos retuvieran una proporción de los aumentos salariales obtenidos con la intermediación de ella, para donarla a la Fundación.[119] Es por ejemplo el caso de los trabajadores gráficos,

que para agradecerle su intervención en el incremento salarial que les consiguió, a cambio de una generosa donación a la Fundación, le dedicaron también un nuevo símbolo partidario, la marcha *Los muchachos peronistas*.[120] Las cosas no parecen haber sido distintas en su relación con el sector empresarial, si nos atenemos a lo que sucedió entre Eva y los empresarios industriales o comerciales. No es que éstos se vieran obligados a financiar la ayuda social, que ella conducía, únicamente por temor a las represalias. Era que también estaban seguros de que así obtendrían ventajas, tanto en términos de acceso al crédito o a los derechos de importación como de tolerancia o complacencia de determinadas reparticiones públicas en el momento de extender autorizaciones y, por qué no, de tranquilidad relativa de su personal. El sistema que se desenvolvió fue, más que extorsivo, de confabulación, de una connivencia tan explícita y tan natural como para considerar perfectamente válido dejar pasar, mediante una donación a la Fundación, hasta un delito cometido en perjuicio del Estado. Así sucedió, por ejemplo, con el propietario de cierta sala cinematográfica, sorprendido en un intento de evasión de impuestos.[121] Eso explica las escasas denuncias registradas cuando, a la caída de Perón, se abrió la caja de Pandora. Lo cierto es que semejante sistema, desarrollado con tales criterios, indujo inmensas distorsiones. La primera de ellas consistió en sacar las relaciones entre el capital y el trabajo de un ámbito institucional público y transparente para encerrarlas en reductos corporativos impenetrables, donde derechos y deberes legalmente definidos no tenían vigencia, y los aumentos salariales y las prestaciones de cualquier índole eran el fruto de la capacidad obrera o empresaria para apropiarse, con la ayuda de Eva, de una porción más o menos grande de capacidad negociadora en el ámbito del Estado. Por eso, la firma de los nuevos convenios colectivos no solía tener lugar en los mismos lugares donde se desarrollaban las negociaciones, sino que era escenificada en el marco de auténticos rituales propagandísticos, en el mejor salón de la Secretaría de Trabajo y Previsión.[122] El hecho de que por sobre todo ese sistema reinara una autoridad investida de un poder carismático y absoluto, como era el de Eva, completaba el cuadro de un sistema que carecía de fortaleza institucional y, por eso mismo, estaba destinado a caer como un castillo de naipes apenas desapareciera quien lo sostenía en pie.

Por último, el tercer problema que enfrentó Eva al edificar su impresionante red de ayuda social, que tanta gloria le dio y tanto

consenso y amor le procuró en los sectores populares, era la legitimidad. No se trataba de que la legitimidad fuera inaccesible a ella: habría bastado para legitimar su acción la gran cantidad de compatriotas que resultaban beneficiados, y el hecho de que dicha acción se realizara en nombre del movimiento político mayoritario. Lo que sucede es que la legitimidad no es sólo cuestión de satisfacer a la mayoría sino, por el contrario, de hallarse revestidos de una autoridad tal que convenza incluso a quienes discrepan de la idea de que quien ejerce tal autoridad se halla en pleno derecho de hacerlo. Cuanto más el ejercicio de un poder concreto goce de ese tipo de legitimidad, más sólidamente resistente será aquello que provenga de su accionar; y opuestamente, cuanto menor y más discutida sea la legitimidad en tal sentido, más estarán librados sus frutos a un radical rechazo, que se producirá tarde o temprano por populares que esos frutos hayan sido en algún momento. Es verdad que una parte de la sociedad argentina tendía, por prejuicios sociales, a negarle a Eva cualquier forma de legitimidad, fuera lo que fuere que ella emprendiese. Sin embargo, la razón de que su obra de ayuda social padeciera siempre un gran déficit de legitimidad se basa en otros motivos más sólidos. En primer lugar, salta a la vista que Evita quería ejercer el monopolio de la ayuda, tanto en sentido material como en sentido simbólico. Era como si quisiera dejar establecido que se trataba de un área de su exclusiva competencia, y que ella tenía que ser considerada la única dadora de beneficios populares, ya se tratara de obras de gran aliento o de contribuciones marginales; de la colocación de la piedra fundamental de un barrio de monobloques obreros o de la donación del dinero para edificar una escuela de campaña, del anuncio de un plan vacacional gratuito para niños de familias obreras o de la construcción de una ciudad entera que llevaría su nombre.[123] “Una feligresa nuestra —recordaría monseñor Franceschi a la caída del peronismo— tenía urgente necesidad de penicilina y nos dijeron que la única manera de conseguirla era dirigirse a Eva. No opuso ningún inconveniente a cederla, con tal de que se le agradeciera como era debido y se inmortalizara el acto con una buena foto.”[124] La legitimidad faltante no podía venirle a Eva de la observación, por parte de quienes pagaban los impuestos, de que las sumas por ellos aportadas confluían a través de mil canales distintos a obras de ayuda social que después Eva consagraba, no como el aporte de una entidad neutral, el Estado, sino como manifestación de su personal amor por los pobres;

tampoco podía venirle legitimidad del hecho de que la distinguieran con títulos como el de “madre espiritual de todos los niños argentinos”, que le fue conferido en 1948.[125] Y menos todavía cuando se veía —aquí reside el segundo aspecto que minaba su posibilidad de legitimarse— que Eva presentaba su acción de ayuda social en términos de una cruzada ideológica contra los “enemigos”, a los cuales definía a través de una variada gama de insultos: traidores, vendepatria, antipueblo y así por el estilo. No sorprende, en fin, que sus esfuerzos por abrir hospitales, hogares, colonias de vacaciones y tantas otras obras le permitieran ganar inmensa popularidad, pero tampoco asombra que aquel mastodóntico edificio se apoyara en tan frágiles cimientos.

A ese propósito urge también formular alguna observación sobre lo que resultó de todo ello para el régimen peronista, y para el papel que Eva desempeñaría cada vez con mayor intensidad dentro de él, sobre todo como protectora y benefactora de los trabajadores, que eran el núcleo más numeroso del peronismo y fueron también quienes más beneficios recibieron de sus acciones y de su influencia política. De lo que hasta ahora hemos visto cabe deducir que la fuerza negociadora de los trabajadores dependía en gran parte del poder que Eva retenía en la cima del régimen peronista. Como aseguró ante los tranviarios en 1948, ¿acaso Perón les “había negado alguna vez algo a los trabajadores argentinos”?[126] ¿Y no era acaso Eva la que acompañaba siempre a la cúpula de la CGT al semanal encuentro con Perón, del que a menudo era ella misma protagonista?[127] Se comprende así cómo se desarrolló hasta asumir dimensiones ciclópeas ese mecanismo por medio del cual los trabajadores, calculando obtener de ese modo mejores salarios y más amplios derechos, adoptaron para sí el culto a Eva y se montaron en su carisma. Y se comprende también por qué los más poderosos jerarcas del régimen, sin excluir a Mercante, consideraron que debían hacer lo mismo.[128] Se torna comprensible asimismo que Eva, por su parte, hiciera empleo de la fuerza de choque de que disponía para ganar aun más potencia en la compleja ecuación de poderes del peronismo. El resultado fue que tanto el mecanismo del que Eva disponía como el poder fuera de toda regla que ese mecanismo le otorgaba lograron escapar a cualquier control, y siguieron creciendo por pura inercia. A tal punto lo hicieron que muchos de los esfuerzos cumplidos por el gobierno a partir de 1949, en el sentido de intentar adoptar una política más centrada en el ahorro y la inversión, en la contención de los salarios y el crecimiento de la

producción y de la productividad, en la lucha contra la indisciplina en las fábricas y contra el ausentismo desbordante, fueron a estrellarse contra el poderoso bloque de intereses en cuya cima reinaba Evita, vaya a saber si en el cenit de su gloria o como feliz prisionera de su propia criatura. Para Perón y su gobierno, todo eso no podía tener sino efectos perjudiciales. No solamente reencendía la agitación militar y de otros numerosos sectores contra Eva, sino que además erosionaba el universo peronista, al hacer saltar en pedazos el delicado equilibrio corporativo que era tan caro a Perón, y con él, naturalmente, su sueño de fundar una comunidad organizada de alcance nacional, en armonía entre sus distintas partes. Por cierto, el fantasma no se recortaba todavía tan nítido en el horizonte durante esos años de 1947 y 1948 en que la economía, aun cuando daba señales de ir deteniéndose, era capaz todavía de inducir ilusiones infinitas e incitar a desarrollar la más alegre de las gestiones. Pero, con el tiempo, el espectro se materializaría en toda su fuerza, hasta ser una de las más pesadas herencias que, al morir, Eva legó a Perón.

8. Nacimiento de un imperio. La Fundación Eva Perón

Más que una nueva orientación, emprendida a raíz de la imprevista manifestación de una vocación concreta, la Fundación Eva Perón, creada en julio de 1948, fue el punto de arribo de un largo itinerario. Por eso, más que fuente del inmenso poder de Eva, fue la coronación de cuanto ella había logrado acumular. Hacía tiempo ya, en efecto, que Eva recibía donaciones, compraba inmuebles, seleccionaba colaboradores y cumplía muchas otras acciones del mismo carácter. Es acertado decir incluso que al nacer la Fundación contaba ya con una infraestructura y con fuentes de financiamiento permanentes.[129] En los meses inmediatamente anteriores al advenimiento de la Fundación, constituyó una indudable contribución a su preparación la vorágine de inauguraciones, premios, donaciones y regalos personales a Eva de los que a diario se hacía eco la prensa peronista, y en primer lugar su diario, *Democracia*.[130] Entretanto, ello no omitió ningún esfuerzo que le permitiera monopolizar todos los aspectos de la política social peronista, ya fuera en nombre propio o cumpliendo funciones derivadas de este o aquel ministro. Así, por ejemplo, instó a Méndez San Martín a convocar a todas las enfermeras que habían trabajado para la disuelta Sociedad de Beneficencia, a fin de fundar con ellas una escuela de

enfermería que obviamente llevaría su nombre, y que quedaría adscripta al ámbito de la Fundación. También obtuvo del gobierno el cargo de presidenta de la representación argentina a la Reunión Interamericana de Seguridad Social, que tendría lugar en Buenos Aires. A la vez, lanzaba pullas contra las esposas de gobernadores o ministros que parecían decididas a imitarla,[131] aunque haciendo una excepción con la esposa de Mercante, Elena Caporale, a quien el marido, con gran sentido de la oportunidad, había recomendado ser absolutamente sumisa con ella, y ofrendarle incluso la modesta acción de ayuda social que había empezado a desarrollar en la provincia de Buenos Aires.[132] De igual modo anunció por la radio la apertura de cuatro mil comedores escolares, una acción que no resultaba fácil comprender por qué no era emprendida directamente por el ministerio respectivo. Por lo demás, se ha observado también que las largas filas de solicitantes, a quienes Eva recibía y dispensaba soluciones bajo el ojo atento de las cámaras cinematográficas, bien podían haber sido atendidas por asistentes sociales.[133] Lo concreto es que así siguió Eva, cuidando siempre de situar sus obras de ayuda, esas "hermosas y cristianas" realidades, dentro del marco del imaginario religioso del que ella y sus beneficiarios estaban empapados. Dotaba sus obras de capillas donde las monjas que allí se desempeñaban pudieran rogar a Dios, y obtuvo del cardenal Copello la autorización necesaria para que Hernán Benítez pudiera desarrollar allí sus funciones religiosas.[134]

Cuando por fin nació la Fundación, cuando el ministerio correspondiente reconoció su estatus jurídico y la Subsecretaría de Informaciones dio amplia difusión a su advenimiento, no sorprende encontrar en ella a gran parte de los hombres que ya eran miembros indiscutidos de la red de relaciones personales de Eva. Se trataba de hombres que retenían posiciones clave en el gobierno y el peronismo, como el ministro Cereijo, o que pronto las tendrían, como Carlos Aloé y Armando Méndez San Martín. A todos ellos les dispensó Eva su protección, y los favoreció con la promoción política, a cambio de sus generosos aportes a la naciente organización.[135] Ello viene a confirmar la invisibilidad cada vez mayor del límite entre su accionar personal y el del Estado, del que Eva disponía pero sin la obligación de rendirle cuentas. Esto llegó al extremo de que por decreto obtuviera, entre las protestas de la Contaduría General, que a fin de año le fueran remitidos los saldos financieros no ejecutados de los distintos ministerios;[136] lo cual reafirma que su inmenso imperio crecía sobre la base de una tupida red de relaciones, asentadas en la

lealtad y en la obediencia pero que no guardaban vínculo alguno con la responsabilidad y la eficiencia fundadas en precisas obligaciones institucionales. Sería impensable que en tales relaciones no interviniera el padre Hernán Benítez, que por otra parte había sido su inspirador. Al menos, así lo dice en sus recuerdos, en los que se destaca su sugerencia a Eva de remediar los fracasos del comunismo y del individualismo por medio de la creación de una gran Fundación, capaz de brindar ayuda en dinero y en puestos de trabajo a los sectores más necesitados de la sociedad; una organización que estuviera en condiciones de edificar hospitales, escuelas, centros recreativos y muchas otras obras de carácter social y asistencial. Una fundación, admitía Benítez, a través de la cual "hicimos algunas presiones y algunas vengancitas";[137] pero de la que también era fácil intuir el enorme peso que pronto alcanzaría en la vida política argentina, dado el ingente volumen de beneficios que a exclusivo criterio de Eva podría distribuir por todo el territorio nacional.[138] Cosa a la que, en efecto, empezó a dedicarse de inmediato.

Capítulo 7

La Constitución de Perón… y de Eva

En el peronismo se había empezado a hablar de reforma de la Constitución en 1947, cuando la decapitación de la Corte Suprema allanó el camino en tal sentido. Esto sucedía mucho antes de que alguna autoridad mencionara el asunto en público. Cada vez que se hablaba del tema surgía la cuestión de la modificación del artículo 77, que volvía imposible la reelección de Perón. Como indicaba una octavilla que se distribuyó entre la concurrencia a una manifestación peronista en febrero de 1947, urgía "reformar la Constitución Nacional, de modo que el gran patriota que hoy rige nuestros destinos lleve a feliz término su obra, y la afirme de manera que ningún vendepatria del futuro pueda destruirla".[1] Eva dio su decidido apoyo a esa campaña, por no decir que fue su promotora directa, en la primera mitad del siguiente año; en efecto, en mayo de 1948 se refirió con naturalidad a la reelección de su marido, pocos días después de que él se declarara públicamente contrario.[2] No importa mucho si era Eva quien empujaba a Perón, si él la guiaba a ella o si se trataba de una representación llevada a cabo a medias. Puesto que aquí nos ocupamos sólo de Eva, lo único que cuenta es que ella, al hacer campaña por la reelección, la hacía también contra los que alentaban pretensiones de suceder a su marido, y que en caso de ser elegidos recortarían inevitablemente su propio poder. Lo concreto es que al embajador español Areilza, que lo visitó en esos días, Perón le había parecido sincero en sus manifestaciones de que estaba extenuado y no deseaba un nuevo mandato.[3] También le pareció creíble el proyecto que Perón le había confiado: dejar la Presidencia en manos de una figura relevante del partido para dedicarse a lo que más le gustaba, ser el supremo inspirador del régimen, un poco — según explicaba— a la manera de Lázaro

Cárdenas en México. Las impresiones recibidas entonces no impidieron al avezado Areilza imaginar que otros factores, incluso de índole familiar, vale decir, relacionados con Eva, obligarían a Perón a rever esa decisión. Para aventar dudas vale el detalle de que, como recordó tiempo después Héctor Cámpora, se intuía con suma claridad que Eva deseaba mucho la reelección de Perón.[4]

Aunque con frecuencia se subestima su importancia, esta decisión de emprender la reforma constitucional fue para el régimen peronista una divisoria de aguas, un punto de inflexión de máxima importancia, de esos que permiten distinguir entre un *antes* y un *después*. Con la nueva Carta, el todavía tumultuoso y en parte invertebrado peronismo, que tanto estaba contribuyendo Eva a hacer surgir, se convirtió en régimen en el verdadero sentido de la palabra: vistió los ropajes que a su entender mejor le caían, y asumió —tal como no dejaban de reclamarle Perón y Eva— una forma doctrinal e institucional definitiva. Cómo llegó a suceder tal cosa, qué papel tuvo Eva en el desarrollo de los acontecimientos en el sentido que finalmente tomaron, qué consecuencias se derivaron para el régimen, ésos son los temas que tratará este capítulo. Cabe anticipar desde ahora que, en líneas generales, tanto por la manera en que se llegó a la reforma constitucional como por el contenido mismo de las modificaciones, el régimen edificó su constitucionalidad en torno del perfil carismático de sus líderes, Perón y Evita, a esa altura dueños de grados de poder y carisma de tal magnitud que desataron dentro del partido una competencia cada vez más enconada por ganar la buena disposición de ambos.[5] El peronismo se aseguró así su cohesión, pero al precio de cristalizarse en estériles jerarquías, en las cuales la circulación y la formación de la clase política sólo tenían lugar sobre la base de criterios de lealtad personal hacia el conductor, más acentuados todavía en el caso de la conductora. La reelección y la acumulación de funciones políticas y espirituales en las personas de Perón y Eva, que ella apoyó con fuerza y con la plena utilización de sus muchos recursos, tuvieron para el régimen efectos paliativos en lo inmediato, pero que ya en el corto plazo se revelarían perniciosos. Implicaron la caída de quienes, dotados de autonomía de juicio y de suficiente peso político, tenían legítimas aspiraciones de suceder a Perón, lo cual marcó el agotamiento de la inspiración del primer peronismo. Pero eso no es todo: más importante fue que el régimen evolucionó desde entonces hacia un sombrío estado de estancamiento político e intelectual, y de grotesco culto a la personalidad. Lejos de ser meras

degeneraciones en las que el régimen incurriría cuando la desaparición de Eva lo hubiera privado ya de su energía vital, esos fenómenos nacieron, en buena parte al menos, mientras aún brillaba su estrella en el firmamento.

Y no acaba allí la cosa. Con la reforma de la Constitución puede decirse que el régimen peronista dio, además, el paso decisivo a la autosuficiencia política y doctrinaria, un rasgo que Eva había alentado más que nadie. Al cumplir ese paso tendió a ocupar todos los espacios de autonomía que todavía quedaban en la sociedad y en el Estado; en otros términos, aceleró la peronización de todas las expresiones de la vida pública. Pero lo hizo al precio de volver manifiestas, de manera cada vez más brutal, las características autoritarias del régimen, y su aversión por el pluralismo; y al precio también de aislarse de muchos de los poderes que habían contribuido en gran medida a su éxito. A tal punto fue así que en el momento en que el peronismo, con la reforma constitucional, alcanzaba el apogeo de su popularidad, estaba a la vez empezando a construir el camino de su declinación. Y Eva cumplió un papel clave precisamente en esa acción de recluir al peronismo dentro de su triunfal fortaleza de popularidad, de adormecerlo en la ilusión de que se hallaba libre de toda necesidad de mediación política o de apoyo corporativo. Eva estaba decidida a seguir el sueño de una primitiva democracia de "iguales", animada por un pueblo de humildes y virtuosos ciudadanos, de los que ella se erigiría en única encarnación, y resuelta también a complacerse en el mito organicista de una sociedad feliz y armónica, congregada en torno de un único líder y de una sola ideología. Fue precisamente ella quien contribuyó a obstruir todos los canales representativos, de cualquier categoría que fueran: políticos, corporativos, intelectuales o informativos. El resultado fue que más y más fuerzas se vieron empujadas a los márgenes del orden peronista, e inducidas a pensar que para protegerse no les quedaba otro camino que echar abajo ese orden.

1. Reelección o muerte

Eva quería la reforma de la Constitución aunque, a decir verdad, no parecía muy entusiasta de que en las elecciones de constituyentes votaran las mujeres, cuyo derecho al sufragio se enorgullecía de haber conseguido. Por eso, el proyecto presentado en tal sentido, y que luego sería rechazado, fue obra de los diputados radicales.[6] La cuestión puede parecer secundaria, pero

lo es sólo hasta cierto punto. Es verdad, existían serios obstáculos técnicos para que las mujeres empezaran a votar entonces, pero muchos indicios llevan a pensar que Eva no deseaba que lo hicieran hasta que pudiera darles una organización que facilitara la movilización compacta de sus votos hacia el campo peronista. Se impuso entonces la idea de que las mujeres votarían por primera vez en las elecciones presidenciales de 1952,[7] en las cuales, según rumores que ya corrían, Evita se proponía presentarse. Pero con voto femenino o sin él, lo seguro es que Eva no se abstuvo de dar sus opiniones sobre las candidaturas a la Convención de reforma de la Constitución, y que tuvo voz decisiva en el tema en más de una ocasión.[8]

Muchas iniciativas de las que Eva fue protagonista por entonces se vinculaban más con la batalla por la reforma constitucional que con el campo de lo social. Es el caso de la primera de todas, la Declaración de los Derechos de la Ancianidad, un decálogo sobre los deberes del Estado para con los ancianos, de valor más que nada moral y propagandístico.[9] Eva tendía a expresar el significado de la Declaración en términos de catolicismo social y nacionalista, es decir, mediante la acostumbrada invocación a la contraposición entre "el rescate de la nacionalidad", del que ella se hacía intérprete, y la actitud de "los soberbios" que olvidaban a Dios.[10] Más que nada, la Declaración servía para valorizar la idea en torno de la cual hizo campaña el gobierno para las elecciones de convencionales constituyentes: la reforma no estaba pensada para hacer posible la reelección de Perón, sino para introducir en el viejo texto constitucional, impregnado de espíritu liberal, los revolucionarios principios sociales del peronismo.

En medio de ese delicado paso político, estalló el caso del atentado contra Perón y Eva. La intentona había sido urdida por Cipriano Reyes y otros conjurados, entre los que se encontraban algunos religiosos, y el gobierno declaró haberla desbaratado justo a tiempo.[11] El episodio merece un par de observaciones. La primera es que si alguien se proponía organizar un atentado para eliminar a la pareja presidencial era porque ya estaba bien afirmada la percepción de que existía un poder bicéfalo; la segunda, que a Perón y Eva el atentado les vino como anillo al dedo. Eso no significa que haya sido una invención, como muchos pensaron, ni cabe narrarlo sobre la base del *cui prodest* (la pregunta "¿quién se beneficia?") del derecho romano. Procede sólo observar que, haya estado o no a punto de cumplirse aquel

crimen, el gobierno hizo amplio uso del hecho, y recabó de él inmensas ventajas. También es preciso decir que esa utilización se orientaba a hacer más fácil y rápido el acceso a lo que constituían las dos prioridades más inmediatas de Perón y Eva: la de imponer la unidad en el peronismo, ya realizada en parte, y la de lograr la reforma de la Constitución, todavía pendiente. La reforma estaba despertando resistencias, pero sobre todo planteaba un delicado dilema en el propio peronismo: abrir la posibilidad de la reelección significaría tanto comprometer el futuro político de quienes podían aspirar a asumir la condición de delfines como consolidar de una vez por todas los poderes de que disponía Eva.

Quien frecuentó a Perón en aquellos días podía imaginar, basándose en la furiosa reacción de éste y teniendo en cuenta que, como él mismo admitió, tenía noticia del complot desde por lo menos un mes atrás, que habría una ola de fuerte represión.[12] La profecía surgía ya explícita de sus amenazas de dar vía libre a los **descamisados*, y de las quejas contra "detractores y saboteadores" que formulaba José Espejo, el secretario general de la CGT que respondía a Eva. Es posible —si bien Perón, como es obvio, lo negó— que el gobierno alzara tanto la voz en relación con esta cuestión y apretara con tanta mayor fuerza las clavijas represivas[13] porque quería acallar los desacuerdos en las filas propias, y crear en ellas un clima de unión sagrada, necesario para introducir el tema de la reelección presidencial en los debates acerca de la reforma de la Constitución. Al parecer, ni Eva ni sus conocidos métodos eran ajenos al accionar represivo. Formaba parte de esos métodos el uso de las tentaculares redes de que disponía, y que empleaba en esquivar las trabas que en teoría imponía la ley, y en hacer caer sobre los responsables la pesada cuchilla represiva. Es lo que se vio cuando un juez de dudosa fama, que debía su nombramiento a Juan Duarte, encarceló a un grupo de mujeres que se habían manifestado contra la reforma de la Constitución en plena capital de la República.[14] Se trataba de damas de buena sociedad, a las que se sabía bien que Eva detestaba. Es probable que a ella le resultara placentero ver a esas mujeres tras las rejas, en compañía de detenidas comunes. Pero, por mucho que se multiplicaron, esos atropellos no aportaron beneficio alguno al régimen, que era de por sí sólido, ni a su imagen, que no lo era. Por el contrario, contribuyeron a degradar del todo sus ya flacas credenciales democráticas.

Lo mismo que a otros,[15] al nuevo embajador francés Guillaume Georges-Picot le pareció evidente que, en realidad, el complot

desbaratado venía bien para crear un clima de unidad y movilización que diera pie a reclamar la permanencia, en la cima del gobierno, de una guía segura y sólida. Concurrió a la manifestación que se celebraba en Plaza de Mayo para festejar el peligro conjurado, y halló indudable que se trataba de una puesta en escena política, con una "espontaneidad organizada" que se reflejaba en los aplausos orquestados, la jornada de paro general ordenada por las autoridades desde lo alto y la ritual concesión del asueto para el día siguiente. La misma orquestación vio en el sucesivo ataque al edificio de *La Prensa*, y en las fotos que los diarios publicaron al otro día, que a su juicio habían sido trucadas para mostrar un espacio mucho más colmado que el recorrido por él esa tarde repetidas veces, mientras Perón y Eva pronunciaban sus discursos. Las alocuciones de ambos, y en especial la de Eva, lo habían desconcertado por la carga de intensa demagogia que encontró en ellas.[16] El tono usado por Eva en esa ocasión le pareció también "exaltado" al español Areilza, sin que probablemente el acto en Plaza de Mayo llegara a evocar en él, como en cambio lo hizo en su colega francés, los aun recientes rituales totalitarios europeos. Y al representante de Italia, Arpesani, *Notes et observations diverses*, septiembre de 1948. muy escéptico sobre la importancia real del tan execrado atentado, la oratoria de Eva le sonó "entre patética y violenta",[17] sobre todo por comparación con la dura pero muy meditada de Perón, junto a quien Eva aparecía, como siempre, en su función de líder popular, impregnada de carisma y de pasión. A ese papel la había empujado Perón, y ahora ella lo asumía sin temor de cumplirlo con el máximo desparpajo, tanto cuando amenazaba con desatar la violencia popular contra los enemigos de los argentinos, es decir, del peronismo, como cuando se presentaba a sí misma —sin reparar en que el objetivo del complot había sido su actividad política— como la humilde víctima del odio de clase hacia quien apenas si se ocupaba de hacer el bien a los desposeídos.

Estaba convencida de poseer las llaves de ese pueblo al que invocaba, y las de su propia fuerza. Tampoco parecía abrigar dudas respecto de los enemigos contra quienes debía dirigir sus amenazas; jamás dejó de lanzar sus violentos dardos contra esos enemigos, ni de hacerlos objeto de pesadas represalias. Como le confió a Areilza una "fuente incontrovertible", el gobierno argentino estaba seguro de que tras los conspiradores se alineaban el Departamento de Estado norteamericano y los "intereses financieros internacionales" de Wall Street y del grupo Bemberg.[18]

Los primeros eran ya objeto privilegiado de la hostilidad de Eva, a la que por otra parte retribuían de la misma forma; la organización Bemberg, a su vez, sobre la cual pesaba desde 1937 un juicio por evasión de impuestos, estaba destinada a sucumbir, absorbida por la Fundación Eva Perón.[19] Y en verdad, las "llaves" de aquel pueblo fueron obtenidas por Eva, oficialmente, poco después, el 17 de octubre de 1948, proclamado "Día de la Lealtad", como homenaje a la tan deseada unidad ya casi alcanzada por el movimiento peronista y que tan apremiante resultaba entonces, en vista de las elecciones de constituyentes. Ése fue el momento en que Eva se instaló en el corazón de la liturgia política peronista, al dirigirse a la multitud desde el balcón de la Casa Rosada después del discurso del secretario general de la CGT y antes del de Perón.[20] En tanto, los brindis conmemorativos efectuados en las embajadas argentinas la celebraban al mismo nivel que a Perón.[21]

Según los testimonios y las interpretaciones de numerosos exégetas, la autorización de Perón para atacar al ministro de Relaciones Exteriores parece haberle llegado a Eva más o menos por ese entonces, cuando Bramuglia era huésped en aquel Palacio de Buckingham donde Evita no había logrado que la recibieran,[22] y mantenía con Pío XII una entrevista más prolongada y cálida que la que el Papa le había concedido a ella.[23] La actitud de él, expresada de manera no explícita en respuesta a las críticas que Eva, como siempre, le hacía a Bramuglia, consistió en musitar un vago *"*no te quiere"*.[24] Parece que ella convocó entonces a Apold y le dijo que Bramuglia debía desaparecer de los diarios, lo que se fue haciendo efectivo poco a poco, tal como ya había pasado con Guardo y pasaría también con otros. Pero sucede que esta anécdota, repetida mil veces, sólo se sostiene en parte. Su aspecto dudoso reside en que la historia del crónico conflicto entre Bramuglia y Eva era ya suficientemente antigua y conocida como para que ella necesitara oír el "no te quiere" de Perón para lanzarse contra el canciller. En cambio, el relato es plausible por contenido y *timing*; resulta obvio que, ante la inminente apertura de la Constituyente, Eva quisiera sacarse cuanto antes de encima a Bramuglia, una de las pocas figuras en condiciones de suceder a Perón. Si lo hizo o no en connivencia con el marido, es ya harina de otro costal. Es una alternativa probable, pero de imposible demostración.

Ahora las elecciones estaban muy próximas, y Eva no ahorró esfuerzos por asegurar el éxito peronista. Fue ella quien condujo la

campaña electoral, ocupando el centro de la escena política y ganando para sí, en opinión de algunos, un enésimo motivo de reconocimiento de Perón.[25] Recorrió la Argentina de punta a punta, escoltada esta vez por un séquito del que formaban parte los principales dirigentes sindicales y dos ministros del gabinete, Cereijo e Ivanissevich, el joven custodio de los recursos financieros y el médico veterano, nacionalista visceral. Juntos se dieron a la tarea de inaugurar instituciones de todo tipo, y a la de servir de coro a Eva. En los discursos de ella, el elogio a Perón se vuelve oda, plegaria, ovación, ditirambo. "Dios fue quien nos mandó a Perón para que trajera un poco de bienestar a los hogares pobres", le hace decir a un hombre del pueblo, en el acto celebrado en la capital tucumana.[26] ¿Cómo no reelegirlo? ¿No había llegado ya la hora de afirmar perpetuamente en el poder al héroe destinado a hacer la historia, y a su no menos heroica mujer? Nadie supo representar el aura carismática y sobrenatural que Eva emanaba ya de sí mejor que Geraldo Rocha, el periodista brasileño que, a contramano del ánimo preponderante en los medios de prensa de su país, no dejaba de prodigar desmesuradas alabanzas a la pareja que guiaba los destinos de la Argentina. Era estrecho amigo de ambos y, al parecer, también elemento suyo. Describía una Eva que había "sublevado a las masas populares" en 1945, que en su viaje a Europa había captado la atención "de todos los pueblos" y que, en lugar de complacerse en el lujo, iba por toda la Argentina apoyando la causa de "la verdadera democracia", la que se basa en la "igualdad frente a la explotación", ocupada sólo en "aliviar dolores y socorrer a los que sufren".[27] A sus ojos, y a los de Eva, todas esas acciones hacían absurdos los reclamos de la oposición por cuotas de papel para imprimir diarios y por espacios radiales para hacer propaganda. Con esto, Rocha captaba la cuerda más íntima del imaginario social representado por Eva, al que tanto debía ésta su popularidad. Según ese imaginario, el ámbito de lo social era el único en el que cabía aplicar el "verdadero" concepto de democracia, concepto que en cambio resultaba "falso" cuando se lo limitaba al ámbito político. Ese imaginario reflejaba toda su hostilidad a la democracia liberal, y en tal sentido era hijo de aquel organicismo de matriz católica para el que **la sociedad es un todo*, una unidad natural e indivisible, para decirlo con las palabras de Eva.[28] Para ese imaginario, un régimen autoritario que se basara en la justicia social —cualquiera fuese el significado de esta expresión, y como quiera que se la realizara— era realmente una democracia o, mejor, la verdadera democracia: una

“democracia orgánica”.

Pero mientras la reforma constitucional se abría camino, no todo estaba en calma en la Argentina. Seguía habiendo escasez de dólares para las importaciones; crecían tanto los precios como el gasto público y los impuestos; muchas instalaciones industriales nuevas habían debido paralizarse, y cada tanto Perón entregaba en manos de la Justicia a algún funcionario agarrado con las manos en la masa, como quien busca purificar la imagen de un gobierno sobre el cual se ciernen sospechas de endémica corrupción. En determinados casos se trataba de hombres que, como Alberto Vignes, defenestrado a fines de 1948, encarnaban las distorsiones que el poder de Eva causaba en el seno del régimen. Vignes, elegido por ella para tener bajo control a Bramuglia, era el típico arribista sin escrúpulos, dispuesto a aprovecharse de la coyuntura para embolsar beneficios antes de que cambiara la dirección del viento.[29] La situación económica ya descrita requería que el gobierno practicara con urgencia ciertos ajustes impopulares, pero las elecciones de constituyentes estaban muy próximas, y nada prometía movilizar al electorado peronista como podrían hacerlo la exaltación del nacionalismo y la apelación enfática a luchar contra la indomada oligarquía. Ésos fueron justamente los temas que desplegó Eva ante la multitud convocada por la CGT en el Luna Park, en vísperas de las elecciones. Al parecer, prácticamente, todo el mundo pensaba que Perón, una vez obtenido un enésimo triunfo en las urnas, impondría de inmediato orden, disciplina y racionalidad.[30] Quedaba por demostrar, en tanto, si la mejor manera de preparar ese paso era dar vía libre a la incendiaria retórica de Eva, que no prometía a los trabajadores retroceso alguno, sino siempre nuevos adelantos.

2. La apoteosis del régimen. Triunfo con desarticulación

Ante ese contexto, no es para nada casual que el tono de los ataques a Eva y a su poder se volviera aun más enconado que en el pasado. Cerrados los accesos a la prensa escrita y a la radio, y con muy pocos espacios en el Congreso —visto lo sucedido con quienes se habían atrevido a atacarla desde allí—, tales embates empezaron a circular cada vez más en forma clandestina. Asumieron principalmente la forma de volantes u octavillas, no tan eficaces como los grandes medios escritos y que podían ser incautados por la autoridad pero que de todos modos circulaban, colmados de noticias más o menos verosímiles, y cuyo poder para

erosionar la imagen de Eva fue cualquier cosa menos secundario. Ello constituía a fin de cuentas una prueba más de que el ímpetu con que Eva pretendía lavar las ofensas recibidas era más bien contraproducente para el régimen. Por cada canal de expresión que lograba bloquear, aparecían varios otros, todavía más incontrolables y peligrosos. En suma, en una situación que hubiera requerido frialdad política, su continua apelación a la fuerza prometía descalabros, con mayor razón porque lo que surgía de ese género de literatura política era precisamente el grado de desarticulación que Eva y su poder estaban generando en el régimen peronista. Resultó típico en tal sentido el texto de cierto volante que circuló en abundancia a fines de 1948. El panfleto no parecía reflejar el resentimiento de antiperonistas de la primera hora, sino más bien la desilusión y la rabia de alguien que había creído en el peronismo.[31] Su contenido, y el tono en que lo expresaba, hace pensar que tal vez provenía de un ámbito militar, acaso no muy alejado de los círculos de poder. En el volante se leía que Eva era "un problema nacional" del que todos estaban muy conscientes, al punto que dentro del gobierno muchos decían que si Perón estuviera al tanto de las cosas que ella hacía, y tuviera un poco más de energía, la pondría en su lugar. El problema no radicaba en que ejerciera influencia sobre Perón, sino en que era ella quien mandaba en primera persona y como monarca, puesto que daba órdenes al gobierno y al Congreso, administraba los fondos públicos, esclavizaba funcionarios, promovía a individuos poco dignos y defendía a sus protegidos. Así seguía el texto, acumulando detalles sobre su séquito de curas y funcionarios, sobre los medios de prensa que habían sido comprados por ella con dinero público, sobre las instrucciones que se impartían a las radios, sobre la concesión de beneficios a cambio de votos, todo lo cual se hacía en violación de la Constitución. Lo que en todo caso surgía con mayor claridad de las publicaciones de esta índole era su evidente propósito de atacar aquel claro proceso de decadencia colectiva por medio de los dos más sólidos y poderosos baluartes corporativos que, como ya se ha dicho, tenían idéntica ambición de erigirse en tutores del orden político: la Iglesia y el ejército. Eran, justamente, las dos instituciones donde el poder de Eva había dejado evidentes heridas abiertas, que tal vez fuera conveniente exacerbar un poco. ¿No intervenía habitualmente Eva en las decisiones sobre medidas punitivas y sobre promociones de militares? ¿No pretendía, como señal de escarnio y demostración de poder, ser ella misma quien

entregara sus diplomas a los nuevos subtenientes? ¿Y no se hacía recibir por las mujeres de los oficiales, bajo la amenaza implícita de perjudicar las carreras de sus maridos? ¿Era tolerable para los militares que la revolución por ellos encabezada hubiera dado tan abyectos frutos? Y de todo eso, ¿no era cómplice el cardenal Copello, genuflexo ante Eva por haber obtenido de ella que el clero entrara con toda libertad en el sistema educativo público? ¿Acaso tenía Copello el apoyo de toda la Iglesia?[32] ¿Qué pasaba, por ejemplo, con esos capellanes que habían estado implicados en el reciente atentado contra la pareja presidencial, y contra los cuales la prensa peronista hubo de desencadenar una campaña de denuncia del clero "oligarca y vendepatria", en una terminología cara a Eva?[33] Digamos de paso que dicha campaña era tan virulenta que terminó por corporizar el fantasma del anticlericalismo, incluso a ojos de la propia Curia de Buenos Aires, la más cercana al grupo gobernante pero que estaba quedando cada vez más a merced del choque entre el martillo de un gobierno que exigía fidelidad y el yunque de los militantes católicos y la Santa Sede, que abogaban por una prudente toma de distancia.[34]

Pero así como Perón y Eva dejaban que la corriente anticlerical del peronismo se desatara contra los curas hostiles, seguían dispensando privilegios a los que se mostraban entusiastas del régimen. Entre éstos se hallaban los franciscanos; su Congreso Asuncionista, al que Perón y Eva también asistieron, había sido subsidiado por ambos "con largueza única". Como recompensa, los dos tuvieron el honor de ser proclamados Hermanos Menores de la Orden.[35] Pero su actitud, que para muchos venía a confirmar la cristalina catolicidad de la pareja, no tomaba en cuenta hasta qué punto remedaba para Roma el fantasma de las dictaduras totalitarias, de las que ya estaba escarmentada la Iglesia.[36] En tal sentido, vale la pena mencionar un mínimo episodio que se produjo a fines de 1948 en Río Cuarto. El hecho revela mejor que cualquier explicación hasta qué punto se iba cubriendo de nubes de tormenta, alrededor de Eva, el cielo de las relaciones entre la Iglesia y el régimen peronista. Fue muy típico lo sucedido en esa ciudad provinciana, en la que el peronismo, como en otras partes, estaba muy dividido. El intendente hizo que los franciscanos oficiaran una misa en agradecimiento al fracaso del complot contra Perón y Eva. Eso cayó mal en la Curia local, que se sintió víctima de un acto de exclusión política. Y político era, en efecto, el problema. Ya la Curia había acusado al intendente de ser un

soplón de Eva; a lo que éste había respondido que, en virtud del patronato que el gobierno nacional ejercía sobre la Iglesia, los miembros del clero eran “funcionarios del gobierno”, y él tenía la obligación de “denunciar a aquellos funcionarios que no simpaticen con las autoridades de la Nación”. Así planteado, el conflicto se presentaba en todo su alcance: una era la concepción de la Iglesia, que quería un peronismo católico, y otra muy diferente la del peronismo, que con Eva a la cabeza pedía una Iglesia peronista. Lo mismo pasaba en cada lugar.[37] El problema era que en este caso el orden de los sumandos sí alteraba la suma, como bien lo demostró la tensión suscitada. El elogioso telegrama que Pío XII cursó a Eva en los primeros días de enero de 1949, agradeciéndole las nuevas remesas que en calidad de ayuda habían sido enviadas a Roma, no bastó para aliviar esa tensión aunque, por cierto, la prensa peronista sacó del episodio cuanto jugo le fue posible.[38] Tampoco fue suficiente el envío de la Gran Cruz al Mérito que la Soberana Orden Militar de Malta concedía a Eva, por mucho que el Gran Maestre de la orden estuviera como siempre entre las personalidades laicas de mayor predicamento en la Curia pontificia.[39] La negativa de Perón a suprimir el Patronato estaba abriendo ya un profundo surco entre el régimen y la Santa Sede, que ninguno de aquellos paliativos podía colmar.[40]

La posibilidad de que la condición bicéfala del régimen peronista quedara definitivamente consagrada en la Constitución, con el triunfo del principio de la reelección presidencial, agudizaba disgustos que ya existían en la Iglesia, y sobre todo hacía saltar chispas entre los oficiales. Eso era evidente en la Marina, desde siempre el arma más hostil a Perón y Eva, y la más comprometida con el pasado complot. De hecho, los capellanes incriminados eran de la Armada, y el primero de los ministros que renunció, proclamando su lealtad a Perón y evidenciando al mismo tiempo su fastidio con Eva, fue el de Marina, almirante Anadón. En verdad, Anadón fue víctima de la insistencia con que Eva quería imponer como jefe de la Casa Militar de la Presidencia a un hombre que era devoto de ella pero no caía bien al almirante.[41] Por otra parte, también en el ejército era evidente la hostilidad latente hacia Eva. En él nacían constantemente nuevas conspiraciones, a punto tal que algunos vieron en la gran movilización impulsada por el gobierno tras el arresto de Reyes y de los complotados un deseo de mostrar a los militares la fuerza popular de que se disponía: dicho en otros términos, una advertencia.[42] El lanzamiento de tal advertencia tendría el fin de

hacerles ver las trágicas consecuencias que podría tener un golpe de mano temerario. Y en ese sentido puede decirse que fue eficaz, por más que, al agudizar la polarización entre el régimen y sus adversarios, amenazara hacer de Perón un barquito a la deriva, presa de una u otra corriente extrema, en lugar del sabio y conciliador *réggisseur* a cargo del equilibrio general. Una de esas dos corrientes era encabezada por los más jóvenes e intransigentes oficiales de Campo de Mayo; la otra por Eva, al frente del sindicalismo y las masas obreras. A tal respecto, los homenajes que de tanto en tanto obtenía Eva de instituciones como el Círculo Militar no aplacaban las turbulencias. Al contrario, tenían el efecto de hacer evidente a ojos militares el riesgo de que surgiera un ejército peronizado, esto es, sometido al yugo de ella.[43]

En medio de esas tensiones, exacerbadas por la injerencia de Eva en las tareas de la Constituyente, varios generales de la vieja guardia reiteraron a Perón el consejo de hacerla desistir de participar en política.[44] El gesto fue ciertamente premonitorio, pero en su momento parecía un arma tardía y mellada. ¿Qué podía hacer un grupo de militares contra Eva, mujer en la cumbre de su gloria y dueña de las aclamaciones de las muchedumbres en las plazas públicas? ¿Qué podían hacer contra un régimen tan sólido y popular? Y Perón, ¿por qué iba a querer liberarse, con gran escándalo, de una mujer que tanto consenso y tanta devoción popular aportaba a su figura? Además, y suponiendo que quisiera, ¿podría hacerlo? Y a los militares, ¿qué alternativas políticas se les abrían, una vez que se libraran de Eva? Según parece, la respuesta de Perón fue “muy bien, manéjense sin mí, si pueden”.[45] No hubo, pues, consejo que cayera más en saco roto.

3. Yo, el Pueblo

Pensaran lo que pensaran los opositores o los muchos militares que en los cuarteles hubieran querido librarse de ella, Eva era demasiado fuerte para que la acallaran sin pagar enormes costos. Su poder no era ya el de una esposa a la que Perón pudiera imponer sordina, ni solamente el de las redes de clientelismo que había extendido por doquier en el gobierno y en la administración del Estado. Su poder era de carácter extenso y autónomo, firmemente asentado tanto en el Estado como en el partido, la prensa y el gremialismo, pero sobre todo en las calles, entre las masas. Es más, aquel poder ya no era únicamente de Eva; pertenecía también a aquellos que se beneficiaban de su aplicación

y, por lo mismo, cabía presumir que lo defenderían. Eva era ahora el coronamiento, el capitel de una criatura social caótica pero muy amplia, integrada tanto por clientes del régimen como por desheredados, por miembros de su clan como por trabajadores industriales, y muchas otras combinaciones. Además disponía Eva de los recursos necesarios para alimentar a esa criatura, para propiciar su desmesurado crecimiento y valerse de la amenaza de lanzarla contra quien se atreviera a intentar ponerle freno. En ese sentido es cierto que se trataba de "un problema nacional", ya que intentar poner límites a su poder equivaldría a provocar en el peronismo, y con él en el país, un terrible estallido. Nadie podía prever las consecuencias de semejante conmoción, y en verdad muchos de los enemigos de Eva temían que pudiera favorecer a adversarios aún más peligrosos: los comunistas, dispuestos a sacar provecho de la caída de quien en el fondo, entre gestos de demagogia y megalomanía, sabía instar a los pobres y a los obreros a tirar todos juntos del carro católico y nacional del peronismo. Por eso, no es de sorprender que en ningún momento, entonces o más adelante, la intolerancia hacia Eva desembocara en un decisivo asalto a su poder. Éste crecía de día en día y se ponía fuera de alcance, al pasar de la inauguración de una nueva sede sindical a la bendición de otro convenio colectivo con aumentos salariales, al anuncio de la construcción de miles de viviendas populares, a una de sus renovadas incitaciones —con tonos milenaristas, aunque sinceros— a la cruzada popular contra oligarcas, imperialistas y vendidos al extranjero, en unión con un sinfín de otros enemigos que también citaba. En tanto, el aura sacra con que la circundaba el credo de las masas iba enriqueciéndose con nuevas gemas y nuevos títulos creados a ese efecto, como el de *Santa Virgen Milagrosa*, o el de *Nuestra Señora de las Américas, patrona de los desheredados*.[46] El último reflejaba una vez más su no satisfecha ansiedad por proyectarse a las Américas, y proyectar con ella al régimen peronista. Tal ansiedad fue recogida por la delegación argentina en las Naciones Unidas, resueltamente dispuesta a proponer en la Asamblea General la adopción de los Derechos de la Ancianidad que acababan de ser proclamados en la Argentina, y motivó una campaña de propaganda que se llevó a cabo en distintos países del continente. El embajador argentino en México, por ejemplo, dijo que la proclamación de tales derechos, hecha por Eva, era "el grito de una mujer americana en defensa de la ancianidad del mundo".[47] La campaña terminó con un sondeo oficioso de la voluntad de las

esposas de presidentes de América para visitar a Eva en Buenos Aires, el cual derivó en la obtención de un puñado de amables y educados rechazos.[48]

Desde un principio estuvo claro que la Fundación, por las funciones que se aprestaba a desarrollar, tendría gran peso político. Y también fue evidente que crecería con rapidez, dados los vínculos de Eva con el Estado. Así fue: el crecimiento de las actividades de la Fundación, de las obras que llevaba adelante y de las cifras de sus balances fue frenético, alimentado no sólo por las donaciones que el ya indicado sistema de connivencia con los empresarios aseguraba sino también por las retenciones sobre los incrementos de salarios y, sobre todo, por las disposiciones con que la favorecieron el Poder Ejecutivo y el Congreso. Por ejemplo, es el caso del decreto de Cereijo que transfería a la Fundación, en condiciones de privilegio, numerosos inmuebles incautados como parte de la llamada Propiedad Enemiga, después de la declaración de guerra, a las compañías de capitales alemanes en la Argentina.[49] Todo eso era previsible, lo que no quita que Eva llegara a sorprender con la ampliación de las funciones que desempeñaba más allá de cualquier límite imaginable, lo que la convirtió en un Estado dentro del Estado o, más bien, en un inmenso organismo que, al arrebatarle muchas de sus funciones, lo privaba de instrumentos clave para reforzar sus vínculos con la ciudadanía. Así, el Estado que el peronismo se jactaba de estar haciendo surgir, sólido y majestuoso, se hallaba en realidad herido de muerte en los aspectos que más hubieran debido contribuir a darle solidez: su carácter neutral, su previsibilidad, su confiabilidad, su legitimidad. En efecto, la relación de confianza entre el ciudadano y el Estado tendía a asumir la forma de una vinculación personal entre el ciudadano y Eva, que dañaba seriamente la posibilidad de hacer crecer una cultura de los derechos suficientemente sólida, y alentaba todo tipo de oportunismos y actos de servilismo. De ese modo, la tan decantada modernización del Estado venía a tomar las formas del más tradicional de los ejercicios patrimonialistas del poder. Fue típica en tal sentido la reforma del sistema de seguridad social, aprobada a fines de 1948. Por ella se establecía un fondo de estabilización, destinado a impedir que los ingresos jubilatorios quedaran retrasados por la inflación, y se extendió el sistema previsional a sectores que todavía no tenían acceso a él. Se trató sin duda de un progreso; sin embargo, el proceso general de atribución de los beneficios jubilatorios y de designación de quienes se beneficiarían

con la ampliación fue confiado a la Fundación Eva Perón. Ésta resultaba así, por una resolución del ministro de Hacienda, Ramón Cereijo —también tesorero de la Fundación—, investida de una delicada función, de la que el Estado hacía renuncia.[50]

Así fue cómo la Fundación logró edificar en un abrir y cerrar de ojos un imperio basado en las obras y la popularidad, cuya culminación en términos de regocijo y renta política fueron los Campeonatos Infantiles Evita, torneos de fútbol infantil que arrancaron en enero de 1949 con la participación de cien mil niños, equipados de pies a cabeza. La renta política era sobre todo para Eva, cuyo rostro aparecía en las camisetas de los jugadores, cuyo pie debía dar el puntapié inicial en cada partido definitorio y cuyo nombre centelleaba en el himno oficial de los Campeonatos.[51] A partir de entonces, Eva no perdería ocasión de premiar a futbolistas, pilotos de autos de carrera, boxeadores y cualquiera que gozara de consenso y estuviera dispuesto a hablar de peronismo por el mundo.[52] Sus discursos de entonces transparentaban un tono autocelebratorio y a la vez melindroso, caro a Raúl Mendé y a los poetas que empezaron a pergeñar para ella versos y composiciones, sin que por eso desapareciera del todo el tono más radical y plebeyo característico de un Hernán Benítez.[53]

4. La política exterior. Cambio prohibido

Si Eva era un tren lanzado a toda velocidad, ante el cual no resultaba aconsejable colocarse a menos que uno se atuviera a las consecuencias, no puede sorprender que el intento de alejarse de su ruta constituyera una empresa ardua; y que cada tentativa de hacerlo provocara fuertes reacciones, suyas o de los suyos. El sector donde más empezó a pesar esa situación fue el de la política exterior. Muchos factores estaban induciendo a Perón a buscar la manera de incorporarse a Occidente sin renegar por ello de la Tercera Posición: la guerra siempre inminente no terminaba de estallar; los bloques hegemónicos estaban estabilizándose, y privaban de oxígeno a los países neutrales; la economía argentina flaqueaba, a la espera de las consecuencias indirectas del Plan Marshall que podrían ayudar a sacarla de las dificultades. Sin embargo, tanto Eva, con su pasional actitud antinorteamericana, como sus fieles partidarios en las embajadas argentinas de medio mundo[54] y los representantes sindicales destacados en la diplomacia, que tanto peso habían alcanzado, eran otros tantos

obstáculos opuestos a cualquier posible vuelco; hostiles a quien manejaba los hilos, o sea a Bramuglia, hasta que el ministro terminó por ser derrotado. Eva, al proceder así, alimentaba ese sentimiento antinorteamericano que siempre había constituido una reserva importante de consenso, a la vez que regeneraba el mito maniqueo de la nación y el pueblo en lucha contra los enemigos que los asediaban, y el del amor por el pueblo y el odio por los ricos del que ya decía querer hacer un libro, *Mi misión*, según confió a James Bruce.[55] Todo ello era beneficioso para su popularidad y para la del régimen, pero tenía el inevitable efecto de condicionar la política exterior de éste, constriñéndolo a no apartarse del nacionalismo triunfalista inicial, una actitud que, ya se veía, no conduciría a ningún lado. Y aun si se formula la hipótesis de que la virulencia antiyanqui de Eva solía ser esgrimida por Perón cuando los Estados Unidos rechazaban alguna de sus insinuaciones,[56] el fondo de la cosa no cambia. En efecto, no se comprende qué podría impedir a su hipotético "instrumento", es decir a Eva, sacar fuerza precisamente de la utilidad que tenía para Perón.

Fueron emblemáticos en ese sentido los furibundos ataques de ambos a los Estados Unidos en medio del clima sobreexcitado que se había creado a consecuencia del fallido complot contra sus vidas. Importa poco que el embajador Bruce volviera a la carrera de Washing ton para convencer a Perón de que su gobierno era totalmente ajeno al asunto, cosa que logró, y que incluso lo convenciera de que tal vez los organizadores habían sido los soviéticos, con el fin de hacer recaer la culpa sobre los Estados Unidos.[57] Eso no servía para disipar la desconfianza de la Casa Blanca hacia un gobierno que, para acreditar su nacionalismo ante la opinión pública, siempre se mostraba dispuesto a señalarla con el dedo. Ni siquiera el hecho de que Bruce y su esposa concurrieran a una velada en el Colón en compañía de Perón y Eva bastó para borrar los aún resonantes ecos de las violentas acusaciones formuladas contra el país que aquél representaba. La actitud antinorteamericana era, así, una suerte de tigre que una vez soltado ya no dejaba que lo volvieran a enjaular. Su presencia daba dividendos, pero también cerraba caminos. Y el control de la fiera estaba en las manos de Eva. El espíritu con que ella se disponía al diálogo con Washington, a duras penas retomado a fines de 1948 mediante numerosos intercambios de visitas entre los dos países, era el mismo que transparentaba un titular de *Democracia*: "Se abre paso en el mundo la verdad sobre nuestro

país”.[58] Lo que Eva buscaba no era tanto un diálogo, sino más bien una capitulación yanqui ante el decidido orgullo nacional de los argentinos. Era un pensamiento tranquilizador pero muy alejado de la realidad. Desde luego, y como confió Perón a Bruce, se trataba en el caso de otro título periodístico “para uso interno”. Pero, como a su vez hizo notar el embajador, ese “doble discurso” —de Eva frente a las masas, y de Perón para exportación— no contribuía a alentar la confianza recíproca. Sobre todo porque en Washington se sabía bien —era una cuestión que Perón no ocultaba a los diplomáticos de su confianza—[59] que el inspirador de la prensa era el propio gobierno. Ni hablar, pues, de una eventual invitación a Perón y Eva de visitar los Estados Unidos, actitud que ambos hubieran deseado para ver reconocido el peso de la Argentina peronista.[60]

Eva entretanto seguía siendo la denodada defensora del camino “latino” hacia el liderazgo continental del peronismo, y prosiguió cultivándolo de muy diferentes modos. Uno de ellos era la ya probada política sindical hacia “los pueblos” de América latina, frecuente causa de encontronazos entre los agregados obreros en las embajadas y los diplomáticos de carrera.[61] Otro medio consistía en asumir la actitud de protectora de la España de Franco, como se verificó durante la visita a la Argentina del canciller español Artajo, a quien Eva llevó a la Plaza el 17 de octubre, cortejándolo entre elogios tan encendidos a Franco y al peronismo que llegaron a indisponer hasta a los diplomáticos españoles, no precisamente deseosos de irritar a Washington.[62] Otros gestos en el mismo sentido incluían actitudes como la de procurar hacerse un espacio en la jungla diplomática continental, vana ambición, en vista del perfil político distintivo de Eva;[63] la de hacer flamear las bien conocidas banderas del nacionalismo católico, como cuando se dirigió al pueblo boliviano para presentarle los Derechos de la Ancianidad, de los que estaba tan orgullosa, como cristalina expresión de espíritu cristiano en esa época de brutal utilitarismo;[64] en fin, y como ya era costumbre, la de encomendar a las embajadas argentinas hacer donaciones en nombre suyo a desheredados de los países vecinos. Esto último volvía a poner de manifiesto el insano uso de las instituciones estatales para alimentar su fama personal y, al mismo tiempo, provocaba malhumor en los países beneficiarios, donde alguna vez esa actitud caritativa de Eva fue juzgada arrogante e interesada.[65]

Todo eso se desarrollaba en medio de un cuadro caótico de violentos accesos de furia y acaloradas iniciativas que se

alternaban sin descanso, haciendo que el conjunto tomara matices tan oscuros que resultaban arduos hasta para los más expertos diplomáticos, entre los cuales era cosa admitida que había que procurar no hacer enojar a Eva, de la que eran bien conocidos su humor caprichoso y su gusto por las represalias.[66] Como subrayó José María de Areilza, que la conocía mejor que otros, el efecto de esa situación se hacía sentir: él mismo, en un solo año, había pasado del vigésimo séptimo al cuarto lugar, según tiempo de residencia, entre todos los diplomáticos acreditados. La interminable guerra de Eva contra Bramuglia pareció entonces exceder todo límite en ocasión del complot contra el presidente chileno González Videla, de noviembre de 1948. El hecho hizo renacer el fantasma de la injerencia argentina, que según llegaron a saber diplomáticos españoles acreditados en Santiago parecía poder rastrearse hasta una agregada de embajada enviada a Chile por Eva, con el fin luego indicado por ella de "exportar el peronismo".[67] Eva parecía dispuesta a todo en su propósito de difundir el peronismo por América latina, y así lo demostraba el caso del Paraguay, ya mencionado. Esa política no era la de Bramuglia, que en su encuentro en París con el embajador chileno pareció tener voluntad de ayudar a éste a encontrar las pistas del complot.[68] Cuando se supo en Buenos Aires que Bramuglia, a su regreso de Europa, se detendría en Washington, empezaron así a circular rumores de que ello denotaba una "conjura" contra Eva, por la que el ministro debería pagar.[69]

¿Se trataba de mera esgrima? ¿O eran golpes realmente duros, que afectaban cuestiones delicadas y decisivas en las que Eva, afirmando su poder, estaba logrando torcerle el brazo a Bramuglia? En todo caso, sería caro el precio que deberían pagar la imagen de la Argentina y la credibilidad de la política exterior peronista. Tampoco favorecía a aquella imagen la torpeza de la propaganda, en la que eran dignos de destacar los excesos de algunos celosos apóstoles de Eva. Es el caso de cierto diputado invitado al Congreso mexicano en ocasión de un homenaje a heroínas nacionales, que aprovechó la oportunidad para entonar una prolongada elegía a las virtudes de Eva Perón.[70] La propia Eva se permitía esas actitudes, como cuando envió ropa y comida a pobres que habitaban en las afueras de Washington, D.C., después de que el canciller Bramuglia acabara de pasar por allí en el intento de entretejer los primeros hilos de una trama de más constructivas relaciones. El gesto de Eva aludía, como era su costumbre, a la superioridad del peronismo sobre el injusto

capitalismo yanqui, y le hizo ganar simpatías entre las multitudes argentinas. Éstas, claro, no podían saber lo mal que caían esos alfilerazos, en momentos en que el gobierno trataba de obtener en Washington financiación por varios millones, siempre que no se la denominara "crédito".[71]

Perón debía estar al tanto de todo si, como era *vox populi* en los círculos diplomáticos, la Casa Rosada resonaba con los insultos de Eva a Bramuglia.[72] No está claro si él pensaba mantener su equilibrio entre las presiones encontradas de Bramuglia por un lado y de Miranda y Eva por otro, ni hasta qué grado se arriesgaría a hacerlo. Todos los involucrados le eran útiles; Bramuglia ofrecía al mundo, y a los militares, la imagen de un gobierno confiable, y los otros dos mantenían encendida la llama de la revolución peronista, con su nacionalismo irreductible. Sin embargo, cabía dudar de que subsistiera todavía la posibilidad de compatibilizarlos, y de que los beneficios de mantenerlos a todos fueran mayores que los daños que producían sus choques. Eso parecían demostrar las crecientes tensiones con algunos vecinos, como Chile y Brasil, respecto de los cuales parecía evidente que los candidatos favoritos del gobierno peronista eran Carlos Ibáñez del Campo y Getúlio Vargas. No se veía cómo podría tener éxito la opción latina propiciada por Perón sin el apoyo de esos dos países, en los que, de paso, las campañas de prensa contra el presidente argentino y contra Eva eran cada vez más agresivas.[73] En efecto, Miranda estaba por caer y, en cuanto a Bramuglia, fuentes fidedignas confiaron a la Embajada estadounidense que al regresar de Europa había encontrado el hielo en torno suyo, pues ya Eva habíapedido su cabeza. Es más, el propio Bramuglia confió a Arpesani, embajador de Italia, que a su vuelta de Europa se había encontrado con una verdadera "conjuración palaciega", y había debido defenderse ante el gobierno.[74] Perón, sin embargo, debe haber pensado que no era cuerdo echarlo cuando volvía de grandes muestras de homenaje recibidas en las principales capitales, y cuando se esperaba todavía que el Plan Marshall permitiera obtener algo. Puede que pidiera a Eva un par de meses de espera.[75] Lo concreto es que en agosto cayó Bramuglia.

5. De zar a lastre. La caída de Miranda

Si Miranda gustaba a Eva, vale decir, si el desparpajo con que guiaba la economía la seducía tal como había seducido a Perón, es algo que no se puede saber, y ni siquiera es importante. Lo que

informaban los diplomáticos acreditados en Buenos Aires era que ella no se interesaba por disputas sobre estrategias comerciales; lo que atraía su atención era el resultado de la guerra de clanes en curso en los ministerios económicos, lugares donde Eva tenía amigos y enemigos, ex amigos y también ex enemigos.[76] Cuenta, sí, el hecho de que Miranda hubiera jugado un papel clave en el ascenso de ella, y fuera una de las luminarias que integraban la vasta constelación de poder de Eva. Sin embargo, a fines de 1948, la parábola de Miranda parecía estar cerca del ocaso. Su optimismo y su presunción sonaban a falso, ante un horizonte económico donde las dificultades pesaban. Se comprende además, en vista del odio que se había ganado en el exterior con su desprejuiciado manejo del trigo argentino, y de la animosidad en su contra que incubaban los cuarteles, donde en general se lo consideraba un inescrupuloso malhechor, que su destino estaba ya señalado. A James Bruce, que le preguntaba cómo había podido dejar la economía en manos de un hombre como Miranda, Perón le contestó, en tono jocoserio: "No me explico por qué actúa así; yo le había dicho que si no hacía un buen trabajo le mandaría cortar la cabeza".[77] Y la cabeza de Miranda estaba ciertamente a punto de caer. Quedaba por ver cómo tomaría Eva esa decapitación.

Los altercados que tuvo con Perón hacen claro que Eva no quería dejar caer a Miranda. Éste fue defendido con uñas y dientes por Eva cuando, en noviembre de 1948, le pidió cuentas a Bruce de los honores que su gobierno había dispensado al presidente del Banco Central, Maroglio. Sobre éste, dijo ella, "es un hijo de puta", tal vez influida por el hecho de que el funcionario, para defenderse, había amenazado con poner al descubierto los manejos de su hermano Juan Duarte, hombre metido en mil transacciones poco claras.[78] Bruce no concordaba del todo con esa opinión, porque a su juicio Maroglio tenía el diez por ciento de la capacidad mental de Miranda y, por lo tanto, habría podido robar el diez por ciento de lo que había sustraído el otro.[79] Eso no quitaba, por otra parte, que Maroglio hubiera hecho su aparición en Washington en calidad de enviado de Perón; si a su regreso lo echaban, no quedaría en las autoridades que acababan de entrevistarlo una opinión muy halagüeña sobre la credibilidad del gobierno argentino. El caso es que todo lo que pudo obtener Bruce fue que Miranda y Eva se comprometieran a no echar a Maroglio enseguida, sino en el término de dos meses. Es lo que hicieron, en tanto le volvían la vida imposible.[80] La impresión externa sobre la

confiabilidad de la Argentina no cambió, pues, gran cosa, y tampoco salieron creciendo la imagen o la autoridad de Perón. Miranda seguía así en su sillón gracias a la protección de Eva, pero tampoco era como para que pudiera sentirse a salvo de todo peligro. Su optimismo tenía cada vez menos razón de ser, y los interlocutores extranjeros, con los Estados Unidos a la cabeza, pedían el desmantelamiento del IAPI y de las políticas dirigistas como condición para abrir los cordones de la bolsa. Esto quiere decir que buscaban la cabeza de Miranda. Su posición dependía de su capacidad para sacar a la economía de la penuria financiera en que la había hecho encallar. Pero eso era muy difícil si no se imponía un poco de rigor a la alegre política social y gremial sostenida por Eva. Por ello, mientras Eva hacía campaña electoral encendiendo los corazones con el recuerdo de los beneficios que Perón había venido concediendo a las masas, Miranda se la tomaba con los obreros de Tucumán, cuyos paros de actividades obligaban al gobierno a tener que importar azúcar.[81] Eva no ignoraba que las nubes se adensaban ya sobre la economía argentina, y de hecho dijo en una reunión con la cúpula directiva de la CGT, en enero de 1949, que era preciso elevar la producción y contener los precios.[82] Sin embargo, una cosa era hablar rectamente y otra actuar en la misma forma. Para esto sería necesario aplicar los frenos al tren que ella misma había lanzado a toda velocidad, y del que no podía ya decirse si conservaba o no el control.

¿Por cuánto tiempo más protegería Eva a ese hombre, que de imprescindible recurso de su poder estaba convirtiéndose ya en lastre? ¿A ese hombre de quien los enemigos que, a fuerza de "increíbles humillaciones",[83] se había hecho cuando estaba en la cima de su poder, esperaban ver pasar el cadáver con verdadera ansia? Por muy poco tiempo más, evidentemente, porque en enero se produjo la caída de Miranda. Su ruina no se debió sólo a que Eva le diera el empujón definitivo; en rigor, a Miranda el mundo estaba por caerle encima desde tiempo atrás. De igual modo, tampoco fue causada esa caída por la actitud de Miranda de invocar ante ciertos exportadores, para acorralarlos, la supuesta protección de Eva;[84] en última instancia, no habría sido la primera vez que la tomaba por escudo. Lo esencial es que Miranda estaba desprestigiado, y existía el riesgo de que la arrastrara a ella en su caída. De hecho, es lo que trató de hacer con el ex embajador mexicano Reyes Espíndola, complicado en un negocio de gran envergadura. El mexicano, sin embargo, había sabido cubrirse las

espaldas donando una rotativa nueva a *Democracia*, el diario de Eva.[85] Lo mejor sería, pues, dejar que Miranda se derrumbara, y hacer de su caída una ocasión propicia para erigirse en adalid de la honradez. Era como si aquel hombre, de quien Eva parecía haber descubierto de repente la vocación extorsiva, no hubiera empleado durante mucho tiempo recursos de ese tipo para proveer alimento a las realizaciones de ayuda social de Eva.[86] Pero no se piense que, una vez caído Miranda, se abrió fácilmente la posibilidad de un repentino vuelco de la política económica, o de nuevos vínculos de colaboración con los Estados Unidos. Eva, que con sus seguidores era el mayor de los obstáculos opuestos a esa orientación, seguía estando allí.[87] Junto a ella permanecía el joven ministro Cereijo, y en cuanto a Gómez Morales, nuevo miembro del gabinete, en su nombramiento había intervenido Eva, lo que condicionaba su capacidad de acción.[88]

6. *La reelección. Perón y Eva* for ever

El 5 de octubre de 1948 hubo elecciones para gobernadores en algunas provincias, y todo el electorado masculino eligió también 158 convencionales constituyentes, de los que 110 resultaron ser peronistas y 48 radicales. Dejando de lado las consideraciones sobre los votos en sí, y sobre la decisiva influencia que ejerció Eva en los pronunciamientos de los distritos electorales provinciales,[89] no cabe duda de que el acto eleccionario fue otro gran éxito del peronismo, que dejó en sus manos la posibilidad de la reforma constitucional. De los trabajos de la Convención Constituyente, y de los resultados obtenidos, se ha escrito mucho, y todos se han pronunciado respecto de la que fue su mayor consecuencia: la modificación del artículo 77, que permitía la reelección de Perón. ¿Él quería ser reelecto, aun sin admitirlo? ¿Qué pensaba de la actitud de los constituyentes peronistas de no presentar un proyecto en tal sentido, con lo que, se dijo, honraban la voluntad del Presidente?[90] ¿Usó al fin a Eva para ese propósito?[91] Y Mercante, presidente de la Convención Constituyente pero a la vez delfín *in pectore* de Perón, ¿qué hizo? ¿cómo tomó todo eso? ¿Y los constituyentes mismos? ¿Eran protagonistas o apenas peones de esa oscura historia? Difícilmente alcancemos alguna vez respuestas definitivas a tales interrogantes. Están referidos a hechos que más que por medio del papel se transmitían por la vía oral y, como sólo lo escrito permanece, no han dejado huellas tras de sí. Por lo que se sabe, y por la forma en que se desenvolvieron las cosas, puede

decirse que fue Eva quien se impuso. Respecto de esa victoria, importa poco que el triunfo se ajustara a lo que habían sido sus planes originales o sus ambiciones, aun las más grandes o, incluso, la voluntad y el interés de su marido. Lo concreto era que Perón ya podía ser reelecto, que ella también conservaría íntegro su poder y que los supuestos delfines debían resignarse a continuar en tal condición. O mejor dicho, a preparar las valijas, ya que donde había un líder a perpetuidad no existían motivos para que hubiera delfines en su torno, ni hombres dotados de excesivas autonomía y personalidad. Esto quedó demostrado por la declinación de José Figuerola, víctima, según los más, de una "maquinación" de Eva.[92] Su lugar sería ocupado, no por casualidad, por Raúl Mendé, un hombre que a la sombra de Eva estaba creciendo con portentosa rapidez.

El éxito de Eva se encuentra corroborado por las impresiones de muchos observadores, algunos de ellos muy próximos a las sedes del poder. Es el caso de José María de Areilza, que en ocasión de la apertura de la Constituyente escribió a Madrid que el peronismo estaba más firme que nunca en el poder, aunque sometido a una concentración de autoridad de arriba abajo que, además, estaba trasladándose cada vez más de Perón a Eva.[93] Areilza se ocupó de especificar, incluso, que no formulaba ese juicio a la ligera, pues consideraba que tal concentración de autoridad era "un hecho político de indiscutible importancia". Poco importa entonces si, como tantas veces se ha escrito, lo que en realidad sucedió es que Perón fingía no querer lo que en realidad deseaba, y mucho: su reelección. Lo único cierto, en todo caso, es que la que se encargó de interpretar su voluntad fue precisamente Eva. Así como fue Eva, relataría más tarde Eduardo Colom, la que puso en boca de Perón las críticas a las ambiciones de Mercante, y fue también ella quien convocó al jefe del bloque constituyente peronista para imponerle hacer desaparecer el borrador de Constitución que todavía incluía el viejo artículo 77, y redactar un nuevo texto en el cual dicho artículo apareciera modificado.[94] Nuevo texto constitucional donde apareció también como por arte de magia un artículo sobre expropiaciones, tan amenazador para los capitales extranjeros que indujo a muchas embajadas a poner el grito en el cielo, advirtiendo que en esas condiciones no le sería posible a la Argentina conseguir inversiones en cantidad. Perón diría después que debió aceptar ese artículo para que no lo acusaran de sometimiento al capital foráneo, y se sabe que su contenido tampoco lo hacía feliz a

Bramuglia. Evita, en cambio, debe de haber estado muy contenta.[95] Como se ve, de lo que Perón verdaderamente deseaba tenemos apenas indicios; en cambio, de lo que Eva luchó por obtener, y al final obtuvo, conservamos hechos y testimonios.

Eva dejó su marca grabada ya desde el primer día de los trabajos de la Constituyente, cuando envió de "regalo" a los convencionales el célebre conjunto de objetos que sirvió para desencadenar la furia de la oposición, y que hizo prever a Mercante la lluvia de insultos que por su causa le caería encima.[96] El regalo que Eva había pensado que debía donar al órgano que encarnaba al pueblo soberano consistía en un crucifijo, un retrato del general San Martín, un impreso de los Evangelios y tres banderas argentinas. Eran los símbolos de la Patria según el imaginario nacionalcatólico, que en ellos veía encarnarse su identidad y su destino; símbolos que en esa circunstancia sonaban a curiosa hipoteca sobre la soberanía de ese mismo pueblo al que tanto invocaba Eva. Dicho imaginario encontró también digno marco en la imploración para que la protección de Dios descendiera sobre los trabajos de la Constituyente,[97] formulada por el cardenal Copello ante Perón y Evita, presentes aunque en sí no tuvieran papel alguno que desempeñar en la Convención. Y hubo incluso un "regalo" aun más indigesto. El sillón que debía ocupar Mercante como presidente de la Convención llevaba en su respaldo una efigie de Perón, elevado así a la función de viviente Padre de la Patria y de severo custodio de los trabajos de la Constituyente. Era la mejor manera de soliviantar a los radicales; de su bancada se elevó Moisés Lebensohn para denunciar ese siniestro simulacro de antiguos rituales fascistas. Pero también era un yugo impuesto a Mercante y a sus ambiciones presidenciales, una suerte de admonición de Eva a postrarse ante la voluntad del líder supremo, de quien ella era la autorizada intérprete. Tampoco se detuvo en la simbología o las alusiones, pues que recurrió a formas muy concretas. Así, por ejemplo, durante la Constituyente no hubo encuentro entre Perón y Mercante del que no tomara parte Eva. En cambio hubo reuniones importantes entre Eva y los convencionales peronistas; según algunos testigos, Eva les ordenó entonces hacer que Perón fuera presidente "ahora y para siempre".[98] Con lo que, en cierto sentido, lo sería también ella.

Capítulo 8

La comunidad recuperada, y el totalitarismo inconsciente

La Constitución de Perón, como la llamaba Eva y como fue conocida siempre, era también la Constitución de Eva. El poder de ella parecía no tener límites. El panorama que trazó la embajada de España a comienzos de 1949 cargaba tal vez las tintas, pero no tenía nada de infundado.[1] Eva ejercía el control de la ayuda social mediante la Fundación, y el de la CGT por medio de sus dirigentes y de la Secretaría. Controlaba todos los diarios de la Capital y muchos de provincia, las radios, con raras excepciones y la Subsecretaría de Prensa, que supervisaba todo el sistema informativo, la distribución de papel y la asignación de publicidad. Manejaba el Congreso, con legisladores que respondían a sus órdenes y asistían a sus convocatorias, y el Consejo Superior del partido por medio de los hombres a los que había hecho entrar en ese organismo, y donde ella misma entró pronto a su vez. En el gobierno había logrado librarse de casi todos los ministros sobre los que no tuviera absoluto control. Aún le faltaban los gobernadores de provincia, más que nada por desatención, ya que, en efecto, empezaría pronto a dirigirles largos discursos. Por eso fue que Bramuglia, después de su caída, definió a aquella época como la "medianoche argentina".[2]

Empero, todo poder tiene sus límites, aunque captarlos no sea fácil, y menos todavía captarlos a tiempo. En el caso de Eva, los límites no quedaron dibujados en 1949, cuando el camino se le presentaba más que nunca despejado, pero eran ya intuibles. Como puntualizaba la misma embajada española, el poder de que ahora disponía era tal que generaba un clima de "malestar, angustia y miedo"; más aún por el hecho de que Eva era bien conocida no solamente por la facilidad con que hacía y deshacía destinos y carreras sino también por el poderoso servicio

informativo de que disponía, una especie de red de espionaje respecto de la cual existen muchos indicios, que creaba un ambiente de “inseguridad y persecución” permanente, sobre todo dentro mismo del régimen. Como consecuencia se obtenía sumisión pero también ira, obediencia y a la vez frustración, disciplina y oportunismo, rapidez de decisiones y arbitrariedad.

Fuera de ello, el poder de Eva y su manera de ejercerlo producían efectos aun más profundos, capaces de minar las bases del régimen, puesto que le conquistaban gran popularidad pero al precio de exponerlo a una creciente vulnerabilidad. Estaba ante todo la pulsión irrefrenable con que Eva tendía a monopolizar el poder y a ideologizar su ejercicio, que aceleró la marcha del régimen hacia la peronización de todos los ámbitos sociales e institucionales. Lo cual no es en última instancia otra cosa que la vocación totalitaria, típica de los populismos, de ocupar todos los espacios y comprimir el pluralismo mediante la invocación de la homogeneidad del pueblo.[3] Al proceder así, Eva fragmentó el equilibrio corporativo del régimen y empujó al camino de la insurgencia tanto a la oposición como a aquellos fragmentos que el sistema iba poco a poco perdiendo en determinados grupos de interés o en ciertas instituciones clave, como el ejército y la Iglesia. En otro aspecto, ya hemos tenido oportunidad de observar que Eva, en su portentoso ascenso, se había convertido en un potente medio de elevación social y política para gran número de individuos y grupos. De ellos, los que más ventajas obtuvieron fueron los trabajadores organizados en la CGT, no sólo en términos de beneficios sociales sino también de poder dentro del régimen peronista, en perjuicio de los restantes sectores, militares, nacionalistas, católicos y otros. Pero debido precisamente a que buena parte del poder de Eva descansaba en los trabajadores, y en la capacidad de ella de satisfacer sus reivindicaciones y de movilizarlos, terminó por convertirse en su rehén: feliz e inconsciente, sin duda, pero rehén al fin. Pasó a ser prisionera de su papel y de las funciones que con tanto éxito desempeñaba, sobre todo a partir del momento en que se agudizó la contraposición entre tales funciones y la capacidad de la economía nacional para satisfacer las reivindicaciones de las que Eva se había constituido en garante.[4] En adelante se le haría difícil conservar su control sobre los trabajadores; para hacerlo, radicalizó todavía más su lenguaje y su poder. Con esto agravó el proceso de deterioro del equilibrio dentro del régimen, que con el tiempo empezó a aparecer más y más precario a ojos de casi

todos;[5] o bien, debió asistir impotente al crecimiento de dirigentes y militantes obreros conscientes de su poder sindical y resueltos a aprovecharlo, con Eva o sin ella.

Un tercer elemento era que los citados efectos del poder de Eva se fueron alimentando entre sí cada vez más, y minando los cimientos del régimen con efectos tan corrosivos como las aguas de un río sobre terrenos calcáreos. Fue así que en la Iglesia, los cuarteles o el ámbito universitario, o entre los productores que habían sido sostenedores del peronismo, comenzó a tomar fuerza la idea de que por medio de Eva iban adquiriendo poder en el régimen precisamente aquellos que Perón se jactaba de haber derrotado: los comunistas, o al menos los que parecían tales por la radicalización de su lenguaje o por sus modalidades de lucha. En muchos de esos sectores, el peronismo pasó a ser considerado lo opuesto de lo que pretendía ser: el caballo de Troya que bajo una apariencia falsa estaba introduciendo las fuerzas del enemigo dentro de la fortaleza.

1. Quién manda en Buenos Aires

En la Argentina y fuera de ella hacía tiempo ya que era muy claro para todos que en la Casa Rosada se asentaba un poder bicéfalo. De ahí a plantearse la pregunta de quién mandaba más, o quién mandaba realmente, no había más que un inevitable paso, y sobre Buenos Aires llovían los rumores a ese respecto. En 1949, esos rumores dejaron atrás otro nuevo umbral. Se empezó a hablar con cada vez mayor frecuencia de conflictos en casa de Perón, esto es, en el gobierno. En los medios de prensa argentinos el tema era tabú, pero en los del exterior, no; fue retomado muchas veces e indujo las airadas protestas de los diplomáticos argentinos, que seguían instrucciones de argumentar que nada tenían contra la libertad de prensa, siempre que no degenerara en libertinaje.[6] Por lo demás, no dejaban de aparecer quienes señalaban que la desfachatez con que Eva había hecho de la Constituyente una deliberación peronista levantaba también obstácu los que no podían achacarse a la furia de la oposición.[7]

En las sedes del poder de Buenos Aires, los pasillos rebosaban de rumores acerca de choques entre Perón y Eva. Dentro del torbellino de hipótesis que se formulaban respecto de la acción de ella durante la Constituyente, salió a luz también la versión de que Eva había sido hostil a la reelección en un principio, por tener intención de presentar su propia candidatura a la presidencia en

1952.[8] El supuesto, tal vez fantasioso, puede sin embargo echar nueva luz sobre su actitud de reservar hasta las elecciones presidenciales de ese año la fuerza de choque del voto femenino; por otra parte, la versión recibió crédito de personalidades no precisamente proclives a la ensoñación; a Areilza, por ejemplo, no le pareció en modo alguno inverosímil. La había recogido de personas "bien enteradas", según las cuales Eva estaba aprovechando en la ocasión el evidente agotamiento de Perón para inducir a los convencionales a que no cambiaran ese aspecto del texto constitucional, de modo de poder competir por la Presidencia siguiente. Sólo que Perón, al leer la noticia en los diarios, había olfateado el ardid y se había puesto furioso, con lo que fue preciso dar marcha atrás.[9] Un motivo más de tensión entre Perón y Eva parece haber sido otro de los artículos en revisión, que reservaba la posibilidad de ocupar cargos en el gabinete a los argentinos nativos. Con ello quedaba decretada la muerte política de José Figuerola, a la que ya nos hemos referido. Figuerola era uno de los pocos hombres del gobierno con autonomía y capacidad lo bastante amplias como para no tener necesidad de expresar lealtad a Eva, y estaba además entre quienes se oponían a las actividades políticas de ella, y se habían mostrado irritados por haber sido víctimas de su espionaje.[10] En varias oportunidades le había prometido Perón hacer suprimir del texto constitucional definitivo el artículo que al fin le costaría el puesto. Sin embargo, el artículo quedó, dando a Eva una nueva victoria y a Areilza la posibilidad de confirmar que, si el poder era ejercido por Perón, quien verdaderamente tenía la fuerza era ella.[11]

Los oficiales que, como se recordará, fueron a ver a Perón para sugerirle que alejara a Eva de la actividad política deben de haber tenido en cuenta precisamente esos choques. Y si en verdad no se refirieron a ellos, el paso cumplido debió dejar alguna huella en la pareja presidencial. Cuando menos, Areilza llegó a saber de "fuentes enteramente dignas de confianza y veraces"[12] que sus camaradas le habían pedido a Perón la cabeza del ministro Freyre, fiel instrumento de Eva, y algún gesto de apoyo a la política de Bramuglia, archienemigo de ella. Sincero o no, Perón se había manifestado de acuerdo y había prometido seguir esos consejos. Y es verdad que pareció querer hacerlo ya que, como señaló el embajador chileno Germán Vergara, puso sordina por un tiempo a las actividades de Eva.[13] Al reunirse con los trabajadores de artes gráficas en huelga, ella tuvo buen cuidado de no situar a Freyre a su lado; y cuando Perón entregó sus diplomas a los nuevos

agregados obreros de la Cancillería, sorprendió que después de su discurso no tomara la palabra Eva, como era costumbre y como el público presente la invitaba a hacer.[14] Además, y si bien había anunciado, para contrariedad de la oposición, que hablaría en la Constituyente, nunca llegó a hacerlo; se limitó a asistir al juramento en el Congreso, entre las aclamaciones de una enfervorizada barra.[15] Vergara no tenía duda de que entre Perón y Eva estaba teniendo lugar un "intercambio de golpes", ni de que el Presidente había ganado el primer *round*. No por eso daba por concluida la lucha: "será larga", escribió, y Eva, "aparte de ser muy popular, es también joven y tenaz". Poco después surgió un nuevo motivo de tensión entre Perón y Eva, al estallar el caso del diputado radical Rodríguez Araya. Una frase del legislador la había ofendido mortalmente, y mientras Perón prefería no reaccionar, con el fin de evitar la apertura de un nuevo frente, Eva insistió en la expulsión del agresor, cosa que finalmente obtuvo.[16] Para ella fue una revancha, no se sabe si de su orgullo herido o por el castigo propinado a un adversario que venía de obtener un excelente resultado electoral en la provincia de Santa Fe, donde ella había comprometido sus esfuerzos pero los peronistas habían perdido votos a manos de los radicales.[17] En todo caso, esto causó nuevos perjuicios al gobierno, tanto por la arbitrariedad en sí misma, que no contribuía a mejorar la ya discutida imagen del grupo gobernante, como porque así adquirieron mayor eco las acusaciones formuladas por Rodríguez Araya sobre transacciones de Eva con el IAPI; acusaciones que el propio ministro Ares juzgó menos graves de lo que la realidad mostraba.[18] El incidente secundario se convirtió en crisis internacional cuando el diputado radical, temiendo los efectos del odio de Eva, pidió asilo en la embajada uruguaya, con lo que dio fuego al polvorín que ya comprometía las relaciones entre los dos países.[19] Bajo el manto de los desorbitados elogios con que Eva cubría a Perón, exhortando a guardar "fidelidad ciega" a su conducción, había desacuerdos, celos, puntos de vista diferentes, bien ocultos a los ojos del público porque uno necesitaba de la otra, y viceversa. Por lo demás, si Eva erigía un culto a su marido tampoco faltaba quien se lo erigiera a ella; hasta podían hallarse publicaciones oficiales que, con el uso de una foto de la que había sido borrada la imagen de Perón, la representaban como Hermana Eva de la Transfiguración, en oración por los humildes.[20]

A partir de entonces, un elemento clave para el papel de Eva y para la evolución del régimen fue el destino político de Domingo

Mercante. Todo parecía hacer de Mercante el candidato ideal para suceder a Perón, quien más de una vez lo había señalado en tal carácter. En el ejército había sido su fiel colaborador; mantenía antiguos y sólidos vínculos con los sindicatos; como gobernador de la provincia de Buenos Aires había ganado fama de ser un administrador tolerante y eficiente, y llegado a controlar una porción importante del partido. Las únicas cualidades de las que carecía eran el carisma y la verba que llega al corazón de las masas; sin embargo, lo que podía parecer un defecto era en todo caso tranquilizador para Perón, y sin duda constituía un buen motivo para que Eva no dejara de alabarlo. Era previsible, sin embargo, que apenas Mercante se atreviera a emitir la más mínima señal de autonomía, de voluntad de aprovechar sus antecedentes para salir del cono de sombra de la "lealtad" y entrar de lleno en el campo de la política, caería bajo la mira de Evita. Ya había habido algún indicio de que a Eva no la hacía feliz la popularidad que gozaba Mercante en su provincia.[21] Fue precisamente en la época de los debates constitucionales cuando los celos pasaron a convertirse en lucha política abierta. Tal vez haya madurado en Eva la convicción de que Mercante laboraba en suceder a su marido; tal vez le chocara su actitud como presidente de la Constituyente, para el gusto de Eva, demasiado tolerante con la oposición; acaso le disgustó, en fin, el poco habitual gesto de autonomía política de no aceptar lo que los demás gobernadores recibían complacidos, la prolongación automática de su mandato al frente del Ejecutivo provincial. Lo cierto es que, desde ese momento, Eva y Mercante empezaron a seguir caminos separados, lo cual constituía el preludio de lo que en un régimen tan firmemente basado en las lealtades personales sería la opción ineludible: el otro o yo, *mors tua vita mea*.

De la grieta que se abrió en lo que hasta entonces había parecido la inoxidable trinidad del régimen fueron bien conscientes quienes notaron los desmañados esfuerzos de Perón y Eva por disimularla.[22] Resultó sintomático el conflicto que enfrentó a Eva con Arturo Jauretche, uno de los escasos intelectuales de cierto peso con que contaban las filas peronistas, el cual había sido colocado por Mercante al frente del Directorio del Banco de la Provincia de Buenos Aires.[23] El hecho de que ella, durante la campaña por un segundo mandato de Mercante en la provincia, prodigara los más cálidos elogios al gobernador no debe inducir a creer que la herida se hubiera cerrado. En fin de cuentas el apoyo a Mercante era, tanto para Eva como para Perón, una

lucha por la propia victoria peronista, ya que se disputaba la gobernación de la provincia relativamente más importante. Por otra parte, el tono y las palabras de Eva en esa campaña no hacían más que elogiar la "lealtad" del candidato hacia Perón,[24] con lo que venían a solicitar un voto por Perón más bien que por Mercante. Nadie debía pensar que el triunfo estuviera motivado en el buen gobierno o en la condición de estrella del firmamento peronista que podía ostentar el candidato. Al ganar él, era Perón quien ganaba, y con Perón ganaba también Eva. Por eso, ella no dejó de mantener la figura de Mercante en un cono de sombra, más allá de la luz proyectada por tantos elogios. En su intervención en Avellaneda, por ejemplo, sin dejar de ponderar los méritos de Mercante, terminó alabándose a sí misma por "el espléndido policlínico modelo" que la Fundación estaba donando al distrito. En relación con las elecciones aclaró en la misma ocasión que Mercante ya estaba confirmado como conductor de la provincia de Buenos Aires, por el pueblo, por el líder y "por esta *descamisada*", es decir, por ella. No ha de haber sido casual que, en la asamblea peronista de julio de 1949, la rama masculina proclamara la fórmula Perón-Mercante, mientras que la femenina se abstenía de indicar candidato a la vicepresidencia.[25] Y tampoco parece obra del azar que el propio Mercante, consciente de la necesidad de complacer a Eva, aplacara su recelo reiterando los conceptos que le eran más caros: que el peronismo tenía un líder dotado de la virtud de guiar al pueblo hacia "su destino histórico", que la tarea de los demás era "creer en modo absoluto en su ideal" y que el peronismo debía congregar a todo el pueblo y expulsar de su seno a los parásitos. En fin, tampoco resulta casual que el mismo Mercante tomara a su cargo la acción de proclamar oficialmente a Perón candidato a la reelección.[26]

Un fiel testimonio de lo que se cocinaba en la olla del peronismo después de la reforma constitucional, y de los avances y retrocesos que los distintos personajes experimentaban en la lista de poderosos del régimen, fue la agitación que en la primera mitad de 1949 acompañó el desarrollo de las tareas para la Asamblea Nacional del partido. El proceso se abrió en marzo con la renovación del Consejo Superior, órgano que desde entonces concentró la función de nombrar los candidatos a los cargos electivos, como emanación de arriba abajo y del centro a la periferia del poder carismático del líder.[27] ¿Qué papel tuvo Eva? Decisivo, si se considera que el nuevo Consejo, apenas nacido, se reunió con ella en una deliberación de tres horas en la que

discutieron la nueva estructura orgánica del movimiento, y que entre los miembros del Consejo se destacaban algunos que le debían todo a Eva, como Giavarini, Cámpora y Miel Asquía, y probablemente otros.[28] Varios son los episodios que confirman el peso de Eva en la designación de los candidatos; por ejemplo, la salida de escena del gobernador de Salta, que pagó de esa forma la violenta represión que había desatado contra trabajadores de aquella provincia, pero sobre todo la voluntad de Eva de colocar al frente de las provincias a dirigentes obreros de su confianza.[29] En vista de la Asamblea, el Consejo Superior anunció que las 1.500 mujeres delegadas —sobre un total de 4.500 delegados de ambos sexos— se reunirían bajo la dirección de Eva, con el fin de dar nacimiento a la rama femenina del partido.[30] Además de asegurarse un puesto en el Consejo Superior, al que se aprestaba a entrar como conductora de la rama femenina, Eva se reservaba así un feudo donde no tendría ciudadanía ningún dirigente varón, con excepción de Perón. En cambio, sería ella la única mujer que hablara ante el auditorio masculino. Así sucedió, en efecto, el 25 de julio de 1949, cuando la tan esperada Asamblea se reunió bajo los monumentales retratos de Perón y Eva, emblemas del poder bicéfalo que conducía los destinos del país y, a la vez, claros indicios de que la trinidad peronista, si acaso había existido alguna vez, había perdido ya a uno de sus tres miembros originales, a Mercante, que quedaba fuera de la simbología oficial.[31] Después, en el acto de nacimiento del partido peronista femenino en el teatro Cervantes arengó a las delegadas que habían sido seleccionadas por ella, cuidando de que no surgieran en sus filas ambiciones de ningún tipo, al punto de hacer pasar un mal momento a su hermana Elisa, que se había atrevido a desafiarla. No menos que la Fundación, su partido hizo uso del generoso apoyo del Estado nacional y de los Estados provinciales para cubrir los distintos aspectos de su actividad. Ello confirma que Eva, en su accionar, no hacía distinción entre partido y Estado, entre cosa pública e interés privado, entre peronismo y na ción.[32] Finalmente, para asegurarse la absoluta fidelidad del flamante partido, hizo que sus dirigentes firmaran cartas comprometedoras, que quedaron en su poder.[33]

2. El oro y el moro

Se ha sugerido que fue precisamente entonces, mientras la nueva Constitución colocaba al peronismo en un deslumbrante pedestal y

la gloria le sonreía sin aparentes sombras, cuando Eva empezó a probar poco a poco los tragos amargos del poder, al encontrarse en la condición de rehén del mismo mecanismo que tanto había aceitado. El primer timbrazo de alarma en ese sentido, seguido después por muchos otros, fue la ola de huelgas con que se inició el año 1949, que cundió en la misma medida en que disminuía, con el agravamiento de la situación económica, la posibilidad de Eva de satisfacer las expectativas obreras. La huelga que afectaba a la prensa se extendió días y días, dejando a la Capital sin diarios y, por eso mismo, presa de los rumores más incontrolados. Hasta *Democracia* interrumpió sus ediciones. Puesto que la prensa era mayoritariamente gubernamental, estaba en juego el prestigio mismo del régimen. No es casual que los pocos medios que seguían apareciendo se lanzaran a denunciar las intrigas de oligarcas y comunistas. Tampoco lo es que la propia Eva interviniera para elogiar a los sindicatos que se mantenían unidos detrás de sus dirigentes, en su mayoría devotos de ella, y denostar a los que se habían dejado infiltrar por "influencias foráneas",[34] vale decir, comunistas, de cuya estrategia de penetración en los sindicatos peronistas había superlativos indicios.[35] Eva revelaba así su ansiedad por tener controlado el mundo del trabajo; reflejo de ello fueron los centenares de detenciones y despidos que afectaron al gremio gráfico, las sumas que pagó para instalar en Buenos Aires rotativas provenientes del interior del país, la mano dura contra las huelgas en Tucumán[36] y, según algunos, las torturas que ordenó contra trabajadoras telefónicas que se negaban a adherir al peronismo.[37] La misma actitud se reflejaba en la rabia con que asistía a lo que era también un desafío a su autoridad, y no por cierto el único. Así, en Salta por ejemplo, la explosiva mezcla de inflación y mala administración desembocó en un paro de actividades que se escapó de las manos de la CGT local, y se resolvió en una represión que costó las vidas de varios obreros.[38]

Fueron remedios para la ansiedad y la rabia de Eva —y reflejo de su férrea voluntad de no dejarse birlar la CGT por los seguidores de las "doctrinas foráneas"— las muchas **intervenciones* a sindicatos locales, y el énfasis puesto en el papel de la Escuela Sindical, una institución destinada a formar dirigentes fieles a la causa peronista, y en la que Eva se hallaba como en su casa. Para no hablar, claro, de la catarata de homenajes que la CGT ofrecía a Eva.[39] Nada de eso, sin embargo, ni tampoco la concurrencia masiva a sus actos públicos o las escenas de júbilo popular que en

parte eran espontáneas y en parte organizadas, podía ocultar que existían bolsones de descontento entre los trabajadores. Tales bolsones crecían por diferentes razones, que iban desde la creciente carestía hasta la práctica de imponer en la conducción de los sindicatos a hombres de su confianza pero que no tenían predicamento entre los trabajadores. El descontento se reflejó pronto en la intolerancia de algunos trabajadores sindicalizados a las donaciones que les requería la Fundación. Hasta el marginalizado mundo del catolicismo social alzó la voz por entonces, para cuestionar a Eva en el campo de su predilección: hubo quejas de que en los nuevos convenios colectivos obtenidos por la CGT los salarios de las mujeres eran inferiores en un promedio del veinte por ciento a los que percibían los varones, en contradicción con principios que acababa de consagrar nada menos que Pío XII.[40]

Si el odio contra Evita crecía, junto con las presiones ejercidas sobre Perón para que le impusiera algún freno, no era tanto por el rencor de las damas de la oligarquía ni porque unos militares de ideas troglodíticas fueran incapaces de tolerar la presencia de una mujer en el puesto de mando. Ambos fenómenos existían, pero su peso era limitado. La cuestión era más grave y más compleja. Los viejos camaradas que en febrero de 1949 instaron a Perón a llamar a sosiego a su exuberante compañera hicieron hincapié en la más dolorosa llaga del momento: la crisis económica. Dicho con brevedad, no eran sólo los militares quienes consideraban perjudicial para la economía la influencia ejercida por Eva, sino todo un amplio frente de intereses y corporaciones, en el que entraban productores agropecuarios, jerarquía católica, comerciantes, intelectuales nacionalistas y otros sectores. Muchos de ellos no alzaban la voz porque estuvieran defendiendo trincheras de la oposición, sino precisamente al revés, por estar unidos al peronismo. Más aún, el propio Perón tenía conciencia de buena parte de los argumentos que se esgrimían. Ante la pérdida de fortaleza de la moneda, la baja de las acciones industriales, el descenso de la producción agrícola, la inflación en constante crecimiento, la declinación de los indicadores económicos, el grave deterioro de la balanza de pagos y los magros resultados de una política exterior que de tanto exhibir los músculos no había logrado otra cosa que ser excluida de cualquier posible participación en el plan Marshall, todo el mundo dio en preguntarse si las políticas del primer peronismo serían en verdad sostenibles. Esas políticas, de las que Eva era garante ante los

trabajadores, consistían en prometer el oro y el moro, en dar de inmediato algo con la promesa de seguir haciéndolo en el futuro, cada vez con mayor generosidad. Ahora, empero, eran muchos quienes desde las propias filas del gobierno consideraban que había llegado ya la hora de imprimir un giro a la política económica, antes de que fuera demasiado tarde.[41] Era preciso instaurar una mayor disciplina fiscal, contener el gasto público y los salarios, hacer crecer la productividad y mantener el consumo y el crédito bajo control. Inevitablemente, ese programa tenía que empezar por debilitar el imperio que se había creado Eva; sin embargo, ella era lo bastante fuerte para apelar justamente a la fortaleza de aquel imperio que había levantado, y con ella resistir los esfuerzos de quienes querían embestirlo, para así poder sanar la economía. Estaban presentes, pues, todas las condiciones necesarias para una pulseada larga y desgastante. Ante esto, no era ya un indicio de fuerza que Perón intentara continuar con un pie en cada lado, que procurara erigirse en campeón del equilibrio entre los dos impulsos contrapuestos: era una muestra de indecisión, el prolegómeno de la parálisis. Es verdad que al hablar en público después de un prolongado silencio, a fines de febrero de 1949, el Presidente garantizó que si él le pidiera hacer sacrificios el pueblo lo seguiría.[42] Pero es cierto también que, como observó el embajador chileno Vergara, se mostró atento a andar con cautela para no afectar sus intereses políticos.[43] La llave de esos intereses estaba, por otra parte, más en manos de Eva que en las suyas propias, vista la enorme influencia de ella sobre los sindicatos y en los sectores populares. En suma, Perón no era tan dueño de la situación y de su destino como pretendía hacer creer.

La propia Eva parecía desgarrada entre decir y hacer, prometer y mantener, conceder y exigir, dilemas cuya síntesis se hacía cada vez más difícil a medida que se achicaba la torta disponible para el reparto. Siendo ella la madre y la protectora de obreros y *descamisados*, y el alma popular del régimen, ni aun queriendo hacerlo podría volver la espalda a sus bases. Por eso las arengó a odiar al enemigo, las saturó de realizaciones de la Fundación o de promesas de la Secretaría, les garantizó el máximo esfuerzo para que los pobres vivieran como ricos, mientras a la vez empleaba el látigo contra los trabajadores desleales con el régimen e invocaba como sagrada virtud del obrero argentino la consagración al trabajo en bien de la grandeza de la patria.[44] Parecía de algún modo escapársele que pretender obreros felices y sumisos, satisfechos y productivos, ocupantes de posiciones de gobierno y

dispuestos al sacrificio era como querer a la vez, como se ha dicho, el oro y el moro, sobre todo cuando la economía había empezado a deslizarse por una pendiente peligrosa y la inflación roía implacable los ingresos. No parecía entender que los beneficios concedidos en forma indiferenciada, la tolerancia que se había tenido con el desbordante fenómeno del ausentismo laboral, el carnavalesco rito del "San Perón", la regia concesión de asuetos con que se paralizaba el país, se daban de patadas con la ética del trabajo que pretendía promover en palabras, y sobre la cual muchos observadores ironizaban.[45] Por otra parte, sus exhortaciones a producir más sonaban más fatuas aun, si cabe, teniendo en cuenta el desparpajo con que solía hacer recaer sobre la hacienda pública los costos de sus acciones clientelísticas. Fue típica de ello la pesada carga asumida por el Tesoro al tomar el control de la compañía de su viejo amigo Dodero, iniciativa defendida en el Congreso por el ministro de Hacienda, Cereijo, entre las airadas protestas de una oposición a la que, con "típicos métodos totalitarios", según observaba el embajador francés, no se le permitió abrir la boca.[46]

3. El imperio sin límites

La mejor prueba de los límites que Perón, los militares o los enemigos del peronismo de Eva supieron imponerle la dan los números. Por lo que puede establecerse al respecto, la suma de presiones ejercidas no impidió que la facturación de la Fundación se elevara, sólo en 1949, desde los 23 hasta los 123 millones de pesos,[47] y continuara después su carrera ascendente. El incremento se produjo sobre todo gracias a las donaciones, concesiones o exenciones fiscales cada vez más generosas, votadas por el Congreso, y a las contribuciones de obreros y patronos a quienes ni la inflación ni las restricciones a nuevos créditos impidieron alimentar el sistema de contribuciones sobre la base de connivencias, del que ellos mismos eran ya parte integrante.[48] El régimen peronista, presa de una poderosa fuerza de inercia, siguió privilegiando así la popularidad a plazo breve por sobre la edificación de una estructura más sólida y duradera. Así habían moldeado a su base social Eva y el poder del cual ella disponía; ésas eran las expectativas existentes, y ésa la cultura en vigencia. Parecía imposible, pues, desviar el convoy de su camino sin provocar un descarrilamiento, aun cuando muchos pensaran que por esa vía el régimen y el país terminarían mal. Por eso, ni los

oscuros vaticinios sobre la inminencia de la crisis económica ni el anuncio de un drástico recorte del gasto público[49] bastaron para atajar el enorme crecimiento de esa monumental maquinaria de propaganda y consenso que era la Fundación. Siguieron los envíos de ayuda a diestra y siniestra, incluso a Japón, Finlandia e Israel, sobre todo en casos de desastres: así sucedió con Ecuador, país al que se le mandó la asistencia que, era de suponer, debían proporcionar los gobiernos.[50] Tal ayuda iba tanto a gobiernos amigos, a los que se quería complacer, como a otros hostiles, a los que se intentaba incomodar.[51] Y sobre todo siguió la inauguración de nuevas obras, de importancia cada vez mayor e incluso, a partir de 1949, la concesión de créditos, como si la Fundación fuera un banco.[52] Para toda personalidad de visita en Buenos Aires pasó a constituir una meta obligada la recorrida en compañía de Eva de realizaciones como el Hogar de la Empleada y la Ciudad Infantil. Ministros y generales eran movilizados para el *tour*, y al día siguiente la prensa le daba amplia difusión, extendiendo su efecto propagandístico.[53] Otra costumbre era que cuando la pareja presidencial llegaba a alguna ciudad el habitual discurso a la multitud estuviera a cargo de Perón, y que después tomara la palabra Eva para exaltar a la concurrencia con el anuncio de las elevadas cifras de las realizaciones que había ido a comunicar. Después, la comitiva hacía su recorrido por las obras que ya estuvieran terminadas. Así sucedió en San Juan en 1949, donde el periplo incluyó visitas al hogar de menores María Eva Duarte de Perón y al barrio Eva Perón, construidos con fondos de la Fundación Eva Perón, y finalizó con la inauguración del canal Juan Perón, ya existente pero rebautizado.[54]

La exigencia de Eva de que la ayuda social fuera su feudo exclusivo quedó confirmada en 1949 por ciertos pasos importantes que dio, con la ayuda del ministro de Educación y Justicia, dirigidos a suprimir lo poco que quedaba de la actividad asistencial católica. El ministro Ivanissevich dispuso impedir las colectas privadas con fines caritativos y el otorgamiento de premios a alumnos de escuelas públicas. El fundamento era que la acción asistencial constituía un resorte del Estado, el cual, sin embargo, lo cedía a la Fundación Eva Perón con las subvenciones que hicieran falta.[55] Así, la Fundación se libraba de una vez por todas de la competencia y obtenía el reconocimiento de su derecho monopólico en ese ámbito que tantos votos y tanta popularidad aseguraba. No fue casual, pues, que monseñor De Andrea, hablando desde su reducto del Hogar de la Empleada, negara que

hubiera una situación de competencia con nadie, agregando palabras que a Eva debieron parecerle una bofetada: “La iniciativa privada, cuando es benéfica, desinteresada y humana, condiciones indispensables para que sea auténticamente cristiana, es la más eficiente colaboración con el Estado”.[56] Tampoco fue casual que la Acción Católica lamentara las expropiaciones sufridas por algunas organizaciones católicas de ayuda social, ni que las autoridades eclesiásticas opusieran reparos a la designación de capellanes con funciones en la Fundación.[57] En fin, menos que ninguna otra acción fue casual que los diputados radicales intentaran precisamente entonces, contra la acción desarrollada por Eva en materia de ayuda social, una de sus últimas incursiones parlamentarias.[58] El diputado Atilio Cattáneo preguntó al gobierno por qué no era posible consultar en la Inspección General de Justicia el legajo de la Fundación, sobre qué base legal habían sido cedidos a esa organización numerosos bienes del Estado, cuál era ahora la condición de esos bienes, es decir, si pertenecían a la Fundación o seguían siendo de propiedad pública, y cuánto sumaban las entradas de esa organización. Quiso saber también si se podían conocer sus balances, y si era cierto que también había otorgado beneficios por motivos políticos a personas que no eran indigentes. Todas las preguntas eran lícitas, y hasta obvias en un recinto parlamentario, pero ninguna de ellas obtuvo respuesta, como no fuera la de la prensa peronista. *La Época*, por ejemplo, menospreció la argumentación de los opositores, al sostener que una estructura de ayuda social que admiraban eminentes personalidades extranjeras no podía ser medida con “la contabilidad de un boticario de pueblo”. En realidad, del propio Congreso partió una respuesta: la mayoría peronista aprobó una nueva y considerable partida para la Fundación.

Pero esa iniciativa parlamentaria desembocó en lo que algunos interpretaron como una puesta en escena dirigida a calmar a los adversarios del régimen, aunque tal vez haya sido la más explícita pulseada entre Perón y Eva. Es decir, una prueba de fuerza entre el poder presidencial y el del Parlamento, que Eva demostraba tener en un puño; una confrontación en la que el imperativo de hacer economías y tentar otras fuentes para obtener los recursos que Perón no podía ya conceder chocaba necesariamente con el poder del que Eva disponía, y que le había permitido siempre desviar nuevos fondos hacia la Fundación. El anuncio del enfrentamiento fue el veto opuesto por Perón al recién aprobado nuevo financiamiento, con el que parecía imponer de una vez por todas

su voluntad. Empero, su victoria fue la de Pirro, porque el freno impuesto no alcanzó a detener el crecimiento de ese imperio sobre el que Eva reinaba indiscutida. Los poderes públicos no dejaron de seguir favoreciéndola, y las "contribuciones voluntarias" crecieron sin límites, estimuladas por medidas como la del ministro de Hacienda, un verdadero "ultimátum a la generosidad" que mediante una circular intimó al personal bajo su dependencia que quien no deseara donar un día de su salario a la Fundación debía declararlo dentro del plazo que taxativamente se establecía.[59]

Por eso sonaban a propaganda las palabras con las que Eva hizo la presentación de su Fundación en el Congreso Interamericano de Medicina del Trabajo, reunido en Buenos Aires en diciembre de 1949, en el que como era ya costumbre asumió un rol estelar. Y aparecen ingenuas las interpretaciones de quienes han tomado esas palabras por oro de buena ley. Si era cierto que, como afirmó, la Fundación con su "acción directa, rápida y eficaz" colmaba lagunas asistenciales, también lo era que para hacerlo abría otras nuevas y más duraderas. En efecto, no hay duda de que su absorción de una enorme cantidad de recursos públicos y privados frenaba o impedía el desarrollo de planes sociales y asistenciales más racionales y sostenibles, e inducía superposiciones y competencia con los ministerios respectivos. Por ejemplo, con el de Salud Pública, con cuyo titular se agudizaron las tensiones.[60]

4. La comunidad desorganizada

En los cuarteles, el malhumor hacia Eva había vuelto a subir de punto desde la época de la Constituyente. Se recordará que algunos antiguos camaradas de Perón se habían hecho intérpretes de ese sentimiento ante el propio presidente, gesto que coincidió con rumores que lo daban por dimisionario, y a Evita en fuga con destino a Suiza. Las voces que corrían resultaron infundadas, aunque tal vez no hayan sido meras fantasías: el propio Nuncio apostólico, poco propenso a novelerías, llegó a hacerse eco de ellas.[61] Quienes en aquellos días tuvieron oportunidad de entrevistarse con Perón lo hallaron de pésimo humor, cosa rara en un hombre que había sabido hacer de su sonrisa y su amabilidad una señal distintiva.[62] Por otra parte, la existencia de una crisis que llegó a asumir suma gravedad queda demostrada por las respuestas políticas que dio el gobierno. En armonía con Perón, el general Sosa Molina consideró necesario demostrar que entre Eva

y las Fuerzas Armadas había perfecta sintonía, para lo cual la invitó al acantonamiento de Campo de Mayo, donde la agasajó.[63] Pero si bien Perón pudo calmar de ese aparatoso modo los molestos rumores que habían estado minando su autoridad, oponiéndoles una imagen de unidad dentro del gobierno y de disciplina en las filas del ejército, las palabras pronunciadas por el ministro Sosa Molina en esa visita permitían entrever qué se ocultaba bajo esa capa de tranquilidad, y mostraban que las dificultades surgidas del poder que poseía Eva no podían llegar a ser resueltas con esa visita que a ella le parecía un triunfo.

Lo que el ministro exaltó de Eva fue el "profundo significado cristiano" de su accionar. Sobre el poder político que ella tenía, en cambio, calló. Defendió en suma su acción de ayuda social porque se hallaba en consonancia con la identidad católica de la nación, y mientras se mantuviera en el cauce de la nación católica, nada tendría que objetar el ejército, y la presencia allí de Eva era una desmentida a cualquier posible reparo. Pero Sosa Molina fue más allá, y al hacerlo reveló la verdadera fuente del poder de Eva, y de las razones que tenía el ejército para no tomar las cosas a la tremenda. A diferencia de quienes ejercían presión para librarse de ella a cualquier costo, el ministro tenía conciencia de que la cuestión era delicada y peligrosa porque, en efecto, temía ver crecer en el "pueblo que la apoya" la desconfianza hacia sus Fuerzas Armadas. Por eso hizo saber que éstas, "como parte viviente del pueblo", compartían el sentimiento popular hacia "la grandiosa obra de justicia social" encarnada en Eva.[64] Les complaciera o no, los militares debían cuidar de no quedar aislados de ese pueblo que integraban, y sobre cuya identidad ambicionaban ejercer tutela. De esa manera expresaba Sosa Molina —sin llegar con ello a resolver las dificultades— cuál era la más íntima razón de la impotencia de los militares frente a Eva. Y es que muchos pensaban que la actividad de Eva no era una obra cristiana sino más bien "peronista", y otros tantos estaban convencidos de que el amor de ella por el pueblo estaba llevando al país a la ruina, o lo ponía inerme en manos del comunismo. Por eso, la ceremonia de Campo de Mayo y los discursos allí pronunciados, que rebotaron en la gélida actitud de los que asistieron a aquel acto, significaron un duro golpe para el prestigio de Sosa Molina entre sus subordinados,[65] y quedaron como un leve toque de miel en una relación cada vez más agria.

Dificultades no menos grandes iban creciendo también en las relaciones de Eva con otras instituciones u órganos del Estado.

Todo eso venía a constituir un gran obstáculo en el camino hacia la *comunidad organizada*, el ordenamiento de la sociedad que Perón soñaba, en el que cada órgano del cuerpo social desarrollaría su función específica en sintonía con la doctrina cristiana del régimen. Apenas clausurada la Constituyente, se difundió la noticia de la renuncia a su cargo del miembro más antiguo de la Corte Suprema, el católico Tomás Casares. Al parecer, la conservación de la institución del Patronato en la nueva Constitución, contra el deseo de la Santa Sede, lo ponía ante un problema de conciencia. Lo mismo que el Papa, Casares veía en esa persistencia la sombra del regalismo, la política de mantener a la Iglesia bajo el control del Estado. Como tal, el conflicto que se anunciaba en el gesto de Casares iba mucho más allá de la persona de Eva. El hecho de que el magistrado se negara a rendirle homenaje,[66] y la manipulación de la acción de la Corte que ella llevó a cabo por medio del joven y obediente conjuez Valenzuela, dan un cuadro exacto de la situación. Era otro claro ejemplo de que la actividad política que Eva desarrollaba, y la facilidad con que adquiría poder en las instituciones a través de sus redes de clientes, privaban a esas organizaciones de muchos servidores competentes. Y lo era en igual medida que la pretensión de Eva de convertir a las instituciones en simples órganos del poder peronista tenía el efecto de arrojar en brazos de la oposición a muchas personas y muchos grupos que en un principio habían sostenido al peronismo. Todos lo notaron cuando el gobierno inauguró la nueva sede de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires en presencia de la crema del Poder Judicial, pero con la notoria ausencia de representantes de la Iglesia, cuya participación era hasta entonces habitual en ese tipo de ceremonias.[67]

Las dificultades surgidas con el Poder Judicial iban pues a unirse con las que desde tiempo atrás existían con la Iglesia. No se trataba sólo de que Casares tuviera muy estrecha relación con la Curia de Buenos Aires; ante todo, era el tema del Patronato, la libertad de la Iglesia para nombrar sus obispos sin intervención del Estado, lo que afectaba a Pío XII. Buena prueba de ello es que apenas se sancionó el texto constitucional dos funcionarios de máximo rango de la Secretaría de Estado pontificia, los monseñores Montini y Tardini, convocaron al embajador argentino para expresarle la contrariedad del Papa. Bien informados acerca del poder y de las ambiciones de Eva, no dejaron de agregar que la concesión del grado honorífico que tanto anhelaba ella, por el

prestigio que podría darle —la famosa Rosa de Oro acerca de la cual había vuelto a insistir hacía poco el consejero eclesiástico de Perón—, estaba "otra vez frenada".[68] No era una ruptura, que nadie tenía interés en provocar, como lo prueba el hecho de que las autoridades eclesiásticas argentinas procuraran echarle un remiendo tejiendo una vez más el elogio de Eva;[69] sí era, en cambio, un claro indicio de que el gobierno peronista y la Santa Sede estaban tomando derroteros distintos. No alcanzaba a disimularlo el obsequio del gobierno a Pío XII para su jubileo sacerdotal: un lujosísimo cáliz de oro, de un kilo de peso y tachonado de piedras preciosas. Tampoco alcanzaba que el representante de Perón esperara incluso la llegada de tal presente para solicitar ante el Santo Padre la audiencia en la que debía defender la causa del Presidente y de Eva.[70]

Más allá del hecho de que el cielo de las relaciones entre la Iglesia y Eva viniera oscureciéndose hacía ya tiempo, otras razones de mucho peso empezaban a materializarse a partir de 1949. Una de ellas era la naturalidad con que Eva identificaba peronismo y cristiandad, de la que derivaba un implícito monopolio peronista de la catolicidad que, sobre todo en el Vaticano, evocaba recuerdos de un pasado cercano y muy inquietante. Otro motivo de preocupación era el crecimiento de un clero peronista, colmado de ventajas y privilegios por el gobierno. Otro, la autoridad que en virtud de ello se atribuían los líderes peronistas para impartir certificaciones de catolicismo sincero o de falsedad religiosa. Y las cosas no estaban mejor por el hecho de que, a fin de cuentas, el orden cristiano que la Iglesia quería restaurar terminara pareciendo, en la acción y las palabras de Eva, algo cada vez más equivalente al orden peronista. El problema era sobre todo que ella, lejos de apoyarse en el concepto de colaboración entre las clases, batía más bien el parche de la contraposición entre ricos y pobres, entre el "pueblo" y sus enemigos, a la vez que oponía al moderado organicismo que la Iglesia apreciaba otro organicismo mucho más radical y maniqueo. No por casualidad eran tantos quienes en el clero y en la Acción Católica la consideraban una agitadora social que, invocando a Cristo y sus máximas, amenazaba con dar a las llamas lo mismo que decía querer salvar; casi como si su mística social fuera la prueba inconsciente de que el comunismo era realmente una herejía cristiana. Así perdía su eficacia el mensaje que el gobierno argentino no dejaba de enviar a la Santa Sede, y que volvió a llevar el padre Prato por cuenta de Perón: en la Argentina no había más alternativas que las de estar

con el movimiento social de Perón y Eva Perón o con el comunismo internacional.[71]

Así, también en la Iglesia como en otros ámbitos, empezaba a cobrar altura el temor de que Eva facilitara la difusión en la Argentina del *ethos* comunista. No importaba que ella fuera o no consciente de lo que hacía, que actuara por fe o por interés, en función de la gloria o como gesto para la posteridad. En el mundo católico, su comportamiento durante los trabajos de la Constituyente, y en ocasión de la visita del ministro español Artajo, había dado fuerte impulso a esa idea.[72] En buena parte del clero y del laicado, la misma religiosidad que podía encontrarse en la Fundación generaba no pocas sospechas. ¿Cómo negar que aquellos matrimonios que el padre Benítez celebraba, con el madrinazgo de Eva, en las capillas de los Hogares de Tránsito abarrotados de retratos de ella, tenían un fuerte dejo de sacramento peronista?[73] ¿Y quién podía decir si se trataba de acercar a los humildes la figura de Cristo o de enseñarles que debían amar a Perón como su sucesor? ¿Qué se manifestaba en esto, la condición católica del peronismo o la pulsión por peronizar el catolicismo?

5. La ideóloga a pesar suyo

No reviste gran importancia el hecho de que Eva no pronunciara ningún discurso en el Congreso de Filosofía de Mendoza de abril de 1949, donde sí lo hizo Perón, que en una ambiciosa alocución presentó allí al mundo la esencia de su doctrina. Y no la reviste porque su silencio no implica que Eva fuera indiferente al peronismo como ideología. Al contrario, ella era su quintaesencia viviente, no porque hubiera hecho algún aporte original al peronismo sino porque su acción y sus palabras eran las que le daban forma, y por consiguiente sustancia, más que las de otra persona alguna. Más, ciertamente, que las que pudiera haberle dado Perón en aquel discurso filosófico, repleto de complejas citas de autores famosos (a los que, según observó con perfidia Benítez, no comprendía ni “sentía”). Un discurso que, a fin de cuentas, depurado de los tonos agresivos típicos de la versión canónica del peronismo, reflejaba las raíces tomistas del organicismo católico que constituía el alma del peronismo, hacia el cual Eva había sido bien encaminada por Hernán Benítez.[74]

Con su mesianismo social de rasgos socialcatólicos, Eva era una eficaz intérprete de tal versión canónica de peronismo. Esto se

hacía evidente al rascar el barniz superficial de sus violentos ataques a los muchos enemigos de la Argentina peronista y observar el "pueblo" según lo concebían ella y quienes la rodeaban. Pues, en efecto, ese pueblo constituía una comunidad imaginada o, mejor aún, una comunidad orgánica, en la que "lo nacional está por encima de cualquier tipo de diversidad".[75] A la vez que de sus "enemigos", ese pueblo se había liberado de "la tristeza y la desolación", de conflictos y de divisiones, y había llegado a encontrar su natural "felicidad", su unidad, su homogeneidad. La mejor fotografía de esa comunidad era para Eva la celebración del 1º de mayo, que de protesta había sido transformada por el peronismo en fiesta, a la vez que los desfiles con banderas rojas "extrañas a la nación" habían pasado a ser marchas de estandartes "azules y blancos de la patria".[76] Era ésta una de las imágenes más típicas del nacionalismo católico, por medio de la cual se expresaba el sueño de recomponer aquello cuya escisión imputaba al liberalismo: la unión del espíritu con la materia, del individuo con la comunidad, de la nación con la religión. Tanto en las palabras de Eva como en el imaginario nacionalcatólico, esas divisiones no eran las manifestaciones fisiológicas de una sociedad que, al modernizarse, se hacía cada vez más plural, eran las consecuencias patológicas de la presencia de un virus, inoculado en el sano y homogéneo cuerpo del pueblo y de la nación por enemigos ocultos y potentes: la oligarquía, el comunismo, el imperialismo. Eva conducía contra ellos la cruzada que pretendía reconquistar para el pueblo su primigenia armonía, aquel orden "natural" que se había perdido. Claro que al hacerlo debía remar contra la corriente, pues por más que esa armonía existiera antes, ahora el ingreso en la modernidad era ya un hecho. No es casual, pues, que en su cruzada se encontrara un aliento ético más que social. Y por eso no figuraban en su lenguaje los "burgueses" y los "proletarios" sino el rico y el pobre, el oligarca y el pueblo, el poderoso lleno de vicios y el humilde inocente. De ahí surge que James Bruce le dijera un día que no todos los pobres eran tan buenos ni todos los ricos, tan malos: "Usted, por ejemplo, es una rica buena".[77]

Había señales de esa idea de pueblo feliz y unido, idealizado y reconciliado con una tradición mítica, en todo cuanto rodeaba a Eva: sus discursos, sus obras y la prensa que le respondía. Las casas de ese pueblo, como las del Barrio Presidente Perón edificado en la Capital y como "casi todas" las "espléndidas viviendas" sociales en construcción en el país, se proponían

reproducir “el más puro y lindo estilo clásico español, o sea, nuestro estilo”.[78] Así es cómo la Ciudad Infantil, cuyas obras inauguró Eva en julio de 1949, reproduciría, hasta en la organización de los espacios, el ideal de un pueblo satisfecho y unido en torno de la Iglesia y de la familia tradicional; un pueblo en el que cada cual asumía la función que le era propia, en un conjunto armónico sobre el que dominaban las tranquilizadoras imágenes de Perón y Eva.[79] Por eso es muy plausible que entre quienes concibieron la Ciudad Infantil se encontrara el padre Virgilio Filippo.[80]

Bien plantada Eva en aquel universo ideal, era natural que no declarara solamente odiar la política de baja estofa, hecha toda de intrigas y de carencia de valores, en la que en realidad era maestra, sino que negara también estar haciendo política. Manifestaba no hacerla aunque su afirmación se diera de patadas con la evidencia, y sonara más a estratagema para vencer la desconfianza de una sociedad aún no preparada para ver a las mujeres en funciones políticas. Sin embargo, si se tiene en cuenta lo que ella entendía por “política”, no puede decirse que estuviera falseando la verdad. Aquél era el significado típico del sentido común organicista del que Eva estaba impregnada, cuyos teóricos eran Hernán Benítez y Raúl Mendé, que mutuamente se detestaban como sólo pueden hacerlo dos hijos de una misma iglesia. De ambos ideólogos había profundas huellas en los más importantes discursos de Eva, verdaderas proclamaciones de organicismo católico. Por ejemplo, en el que pronunció en el acto de fundación del partido peronista femenino, tras denostar al liberalismo y a los partidos tradicionales invocó “la armónica y equilibrada combinación de fuerzas” que perseguía el Estado moderno. Mediante la conciliación de trabajo y capital, ese Estado se proponía edificar “el destino común” que todos gozarían y que para nadie significaría sufrimiento.[81] Eran palabras y conceptos recurrentes en los escritos de Hernán Benítez,[82] en los que la Argentina liberal solía aparecer como un reino de “parásitos” que atentaban contra el “organismo social”, que sin embargo había demostrado, repeliéndolos, su sano temple. De esa reacción era intérprete el peronismo, en perenne lucha contra el individualismo bajo la guía de su conductor, en una concepción que volvía sacrosanto el diagnóstico de Carlyle de que el pueblo sigue a sus héroes, a aquellos que dan el ejemplo; un perfil que parecía ajustarse a Eva mejor todavía que a Perón. Aquella reacción encontraba en “un fuerte organismo de asistencia social”, la

Fundación, de la que Benítez era inspirador, el instrumento necesario para "subsidiar, en forma eficiente y pronta, a los miembros dolidos del cuerpo social".

En Eva, como en Benítez, recurría además con insistencia la idea de la muerte de los partidos de carácter político y del advenimiento de los partidos sociales; con ella aparecían también la imagen del peronismo como antídoto cristiano contra el comunismo y el dogma de la unidad religiosa como exclusivo fundamento de una sociedad cohesionada y sana, claro que en un cuadro en el que catolicismo y peronismo se fundían peligrosamente, y la unidad de fe era premonitoria de un implícita unanimidad política. Las palabras y las acciones de Eva eran además el claro reflejo de la preocupación de Benítez por que el peronismo siguiera siendo un movimiento social y no evolucionara a la condición de partido político, y que conservara también el espíritu religioso de sus comienzos. Reflejaban asimismo la obsesión de Benítez por hacer que el peronismo siguiera siendo un "comunismo de derecha", basado en el obrerismo cristiano y, por consiguiente, capaz de poner límites al "marxismo ateo" o, expresando lo mismo en otros términos, un "fascismo de izquierda", capaz de irrigar entusiasmo popular sobre la planta de un régimen que de lo contrario terminaría por secarse.

Para Eva, pues, "política" era un término escabroso, una palabra digna de sospecha, que recordaba las divisiones que la modernidad y el liberalismo habían introducido en el seno de una comunidad que, a no ser por eso, se hubiera mantenido unida y homogénea: el pueblo y la nación, concebidos como esencias morales y espirituales. Como Eva no se cansó de decir, dando voz a una de las imágenes más caras al catolicismo integrista, y más recurrentes en sus manifestaciones, aquéllas eran divisiones artificiales introducidas en un cuerpo natural. No abrigaba dudas de que el peronismo había unido a pueblo y nación en una "comunidad recuperada" que, al restaurar el orden y la justicia naturales, volvía inútil la política. Eva veía, pues, en el peronismo, una especie de orden divino secularizado, una cristiandad realizada en la que Perón encarnaba la divinidad, y ella era la mediadora entre Dios y el pueblo. Por eso dijo el 17 de octubre de 1949, desde el balcón de la Casa Rosada, que Perón no podía haber nacido en "un comité partidario": porque su origen era "puro".[83] Tales eran las raíces de la fuerte orientación antipolítica que Eva personificaba, de su odio por los partidos, las ideologías, las pujas de intereses, los acuerdos, las mediaciones, las

instituciones en general. De ahí surgía la enérgica actitud de invocar la justicia para demoler o vaciar la estructura institucional del Estado, cuyas funciones no comprendía y en la que veía sólo una fastidiosa traba. Ése era también el origen moral de su pulsión totalitaria, porque en eso se convertían, en su accionar, la pretensión de reconducir a la unidad lo que ya era indefectiblemente múltiple y la de absorber por entero en la comunidad "natural" del peronismo a una sociedad demasiado plural, a fin de realizar, como solía decir, "la unidad espiritual absoluta".[84] Por otra parte, tal pretensión era la principal fuerza impulsora de su popularidad y de la devoción popular que fue creciendo en torno de su figura; y es que el imaginario que Eva cultivaba existía de antiguo, y estaba fuertemente arraigado en muchas y muy amplias capas de la población, para las cuales "la política" permanecía lejana. Por lo demás, ¿no parten ante todo las raíces más íntimas del totalitarismo de la peligrosa pero a la vez fascinadora utopía de restaurar la absoluta coincidencia entre unidad política y unidad espiritual? Lo concreto es que, por todos los motivos apuntados, Eva fue un político a pesar suyo, un político involuntario, y que siempre concibió su accionar político con criterios de misión religiosa. Por eso gritaba que "jamás" haría política, sino únicamente "asistencia social", y que las mujeres, "depositarias del sentido común", llevarían la virtud allí donde reinaba el vicio de la política de viejo tipo;[85] que las mujeres eran "la fuerza moral del pueblo" y aportaban al partido "valores espirituales y morales", aunque el peronismo era para ella, antes que partido, un movimiento y un sentimiento.[86] Así, que una militante dijera que "negar la obra de Perón equivale a ser ateo de la Patria" no era un extravagante exceso de romántica devoción sino una manera eficaz de expresar el pensamiento de Eva y de sus seguidoras.

6. Eva de América

Ninguno de los muchos obstáculos que asomaban en el horizonte frenó las ambiciones de Eva en el ámbito internacional. Ambición personal pero también política, porque lo que se expresaba en ella era la proyección al mundo latino del excepcionalismo peronista. No es casual que también en esto su acción estuviera animada por una ciega fe en la ideología de su régimen, y por un soberano desinterés por las cautelas de la diplomacia. Ello la inducía a seguir lo que consideraba era una misión, pero también a no medir

con realismo los límites que los equilibrios internacionales imponían a su país, aunque resultara de su interés directo tenerlos muy en cuenta. Ahí radica también, por lo demás, su permanente guerra con Bramuglia.

El hambre de gloria y el sentido de apostolado siguieron siendo los impulsos propulsores de su frenético activismo internacional, el cual fructificó en diferentes congresos celebrados en Buenos Aires por aquellos años, en los que Eva fue siempre el centro. Otro de sus frutos fue la perentoria orden cursada a Bramuglia para que diera eco al nacimiento del peronismo femenino con una declaración dirigida a las mujeres del mundo.[87] Hubo también algunos fiascos, como la convocatoria a una Conferencia internacional de mujeres campesinas, tan deseada por Eva y que la propaganda argentina difundió sin éxito por toda América latina.[88] Un reflejo de las ambiciones que Eva cultivaba de mil maneras diferentes, sin excluir la "compra" de periodistas y órganos de prensa allí donde hiciera más falta,[89] y del poder que de ello le derivaba, se encuentra en los homenajes que se le rendían con asiduidad cada vez mayor. Fue el caso del embajador de Haití, que hizo sonar la música para ella más grata al elogiarla por "haber superado las fronteras de la maravillosa Argentina", trascendiendo al mundo, "al servicio de sus generosos ideales de fraternidad y justicia social".[90]

En vista de la influencia que Eva tenía en la política exterior del gobierno, de la importancia que atribuía a esa área y de las energías que le dedicaba, y en vista también del conflicto que la oponía a quien dirigía las relaciones exteriores —el ministro Bramuglia—, sería poco menos que temerario afirmar que Evita no tuvo nada que ver con la caída de Bramuglia en agosto de 1949. Sobre todo si el argumento principal para sostener tal postura es el de que la defenestración del canciller había tenido por causa su conflicto con el embajador en Washington, Jerónimo Remorino, acerca de la mejor política por aplicar en las relaciones con los Estados Unidos.[91] El hecho mismo de que Bramuglia cayera por motivos políticos induce precisamente a juzgar clave el papel desempeñado por Eva.[92] No hace falta volver sobre sus divergencias con Bramuglia, que incluían también el campo de la política exterior; sí, en cambio, es preciso decir que Remorino, muy consciente de la existencia de tales diferencias, hizo hincapié en ellas,[93] con una modalidad ya típica de ese régimen tan personalista, que requería de quienes quisieran hacer carrera la disposición a acoplarse a Eva. En ese sentido, Remorino era el

protegido de Oscar Nicolini, y precisamente por esos lazos estaba vinculado con Eva y su entorno.[94] De su parte, Eva podía esperar que de ese choque surgiera la oportunidad para librarse del más molesto y menos manipulable de los ministros del gabinete.

Ése era el terreno de lucha, mucho más que las relaciones con los Estados Unidos, que por otra parte tanto Bramuglia como Remorino creían necesario mejorar. Arpesani, el embajador italiano, conocedor como pocos de los meandros de la diplomacia argentina, hizo notar entonces que entre los dos no había divergencias de tal entidad que pudieran justificar el áspero conflicto que los enfrentó.[95] Y a tal punto es así que, si bien Remorino fue decisivo para la caída de Bramuglia, tampoco sería él quien lo reemplazara en lo inmediato. En principio porque su ambición despertaba recelos, pero sobre todo porque Eva no quería oír hablar de un vuelco tan decidido de las relaciones con Washington que, al aproximar a ambos gobiernos, pusiera en jaque la Tercera Posición. Más allá de lo que pensara Perón —en cualquier caso, mucho más consciente que en otros tiempos de la necesidad de ese acercamiento—,[96] una actitud semejante dejaría sin duda herida la sencilla pero firme visión del mundo de Eva. Hay más de una anécdota al respecto, elocuente más allá de cualquier disquisición. Cuando el nuevo embajador de los Estados Unidos, Stanton Griffis, se felicitó por los progresos tecnológicos que su país estaba cumpliendo, ella le replicó: "Lástima que la técnica sea sin alma…",[97] una respuesta a fin de cuentas aguda, pero que refleja a la perfección su ciega fe en el estereotipo nacionalista que oponía la espiritualidad latina al desabrido materialismo anglosajón. Por otra parte, todo lo que ella estaba haciendo para propagar la influencia peronista más allá de las fronteras se orientaba en dirección opuesta a la conciliatoria. Acaso por eso el elegido para el puesto de canciller fue Hipólito Jesús Paz, buen jurista pero sumamente joven y que, por no tener historia política, se perfilaba como un ministro de escasa autonomía: un hombre a su vez muy consciente de la necesidad de mejorar las relaciones con los Estados Unidos, pero surgido del nacionalismo católico.

Antes de que pasemos a Paz, es preciso examinar todavía la caída de Bramuglia, uno de los grandes triunfos de Eva y el que marcó su definitivo control sobre el gobierno. Porque en efecto parece que es cierto lo que alguna vez se escribió: poco antes de la crisis que le costaría el puesto, el hielo entre Bramuglia y Eva se había roto un poco.[98] El porqué no está claro. Puede pensarse que

el apoyo de que gozaba Bramuglia entre los militares haya inducido a Eva a la prudencia; acaso la existencia de tensiones con países vecinos estaba indicando que las actitudes más diplomáticas de Bramuglia eran más sabias que el enfoque ideológico de Evita. Tal vez pesara, y es lo más probable, el hecho de que la habilidad demostrada por Bramuglia en las recién concluidas negociaciones con los ingleses hubiera suscitado contra su persona el malhumor de los Estados Unidos,[99] cosa que debía hacerlo más grato a Eva. En todo caso se trata de hipótesis indemostrables, sobre las que todo el mundo se devanaba los sesos, sin que ello quite que las viscerales razones de oposición entre Eva y Bramuglia no se desvanecieron como por encanto, sino que siguieron latentes hasta el momento de explotar. Las ocasiones para ese estallido, que no tardaron en aparecer, fueron varias. Ante todo hay que citar la contrariedad expresada por Bramuglia ante una enésima campaña de la prensa peronista contra los Estados Unidos, que parecía hecha a propósito para tirar abajo sus esfuerzos por mejorar el clima entre ambos países.[100] Vino después la desconfianza hacia él manifestada por el Senado, que rechazó los acuerdos para algunas designaciones y se opuso a ciertas medidas del canciller;[101] por fin, jugó también la tensión que se suscitó entre Bramuglia y Eva a propósito de la preparación de la asamblea de la Comisión Interamericana de Mujeres, que sesionaría en Buenos Aires y a cuya presidencia Eva había aspirado sin éxito. No conforme con ese tropiezo, ella urdió un complejo plan para obtener la presidencia *ad honorem*, como medio de saltar por sobre las autoridades oficiales del encuentro. Para lograr esos fines, Eva requirió la ayuda de Bramuglia, necesaria en la tarea de convencer a las delegaciones extranjeras; y por cierto, sus presiones hicieron comprender con toda claridad que estaba en juego el puesto mismo del canciller. Desde luego, es improbable que Bramuglia cayera por ese solo motivo, pero tenemos una prueba de la importancia que para Eva tenía salirse con la suya en este caso en las fuerzas que puso en juego cuando sus esfuerzos fueron a estrellarse con la oposición de varias delegaciones: manifestaciones femeninas, campañas periodísticas, visitas guiadas a sus organizaciones de ayuda social. De hecho, individualizó en la delegada chilena el principal obstáculo a sus ambiciones, y en función de ello reunió a las representantes de otros países para advertirles que si votaban por aquélla la Argentina se retiraría de la Comisión, e incluso abandonaría la OEA; todo esto cuando Bramuglia acababa de dimitir, y en presencia del nuevo ministro,

que permanecía en silencio mientras en los hechos era ella quien ejercía sus funciones.[102] Ante esta situación, causó desconcierto que pocos días después Juan Duarte, hermano de Eva sin duda pero a la vez secretario de Perón, manifestara a su paso por Santiago de Chile que el Presidente estaba disconforme de la campaña antichilena lanzada por la prensa argentina, en la que creía ver alguna intervención filocomunista.[103] Todo el mundo sabía, en tanto, que esa campaña había sido desencadenada por Eva. ¿Era una representación, inverosímil ya para todos? ¿O una nueva tentativa de Perón de recomponer los daños que provocaban los excesos de su mujer?

Apenas fue conocida la dimisión de Bramuglia, todos se apresuraron a formular hipótesis explicativas. Así como se la vinculó con el violento choque sostenido por el ministro con Remorino en presencia del mismo Perón,[104] ningún diplomático dejó de relacionarla con la antigua enemistad entre Eva y Bramuglia. A diferencia de las hipótesis posteriores de algunos, nadie pensó en esos momentos que Eva estuviera actuando en calidad de instrumento de Perón;[105] por el contrario, quienes tenían algún tipo de relación con ella encontraban increíble que una mujer de esa fibra pudiera ser "instrumento" de nadie. Por otra parte, todos conocían muy bien la extensión de su poder, y las tensiones que tal poder generaba con Perón. Así es que la idea de que Eva se moviera por cuenta ajena había quedado absolutamente desprovista de fundamento, si alguna vez lo tuvo. En cuanto a la versión que muchos años después sostendría Raúl Margueirat, entonces poderoso director de protocolo de la Casa Rosada, en la cual se basan los sostenedores de la idea de que nada había tenido que ver Evita con la caída de Bramuglia, no resiste el menor análisis. Por empezar, se sabía bien que Margueirat era uno de los protegidos de Eva, y su propio papel en el asunto fue ciertamente de primera importancia. No sorprende en todo caso que desmintiera su participación en un complot contra Bramuglia, achacando por entero la responsabilidad al odiado Remorino.[106] Si siguiéramos la lógica de los "recuerdos" de Margueirat, habría que pensar en una Eva sostenedora de Bramuglia contra Perón, y no solamente contra él sino también contra Subiza y Nicolini, que según esa versión tuvieron importancia decisiva en su caída. Es decir que Eva se habría jugado por su eterno enemigo, en contra de aquellos que estaban cerca de ella desde siempre, una historia absurda.

Una muestra típica de cómo fueron interpretados por entonces

los hechos es el relato enviado por Arpesani a su gobierno. El diplomático italiano empezaba por admitir que era ya una especie de moda atribuir a Eva todo cuanto sucedía, pero agregaba que la presunción era fundada cuando estaban en juego las luchas internas del peronismo y del gobierno. En el caso de la renuncia de Bramuglia, también él pensaba que detrás se hallaba Eva.[107] A su juicio, en torno de ella se había consolidado un frente contrario a Bramuglia; Eva le imputaba al canciller la ambición de convertirse en sucesor de Perón, y su hostilidad hacia la actividad política de ella y hacia su manejo de la Fundación; también era motivo de queja el prestigio que Bramuglia tenía en el exterior y entre los representantes de la oposición. Por consiguiente, la última crisis no había sido sino "la gota que desbordaba el vaso". Ahora bien, por lo que pudo averiguar el embajador de Brasil, la crisis había sido provocada por el regreso de Remorino a Buenos Aires sin autorización expresa de Bramuglia, su superior, pero a causa de haber sido llamado por la propia Eva.[108] Remorino exhibía así la fuerza que la protección política de Eva le confería, y al mismo tiempo ridiculizaba la debilidad política del ministro.

Por su parte, el reemplazante de Bramuglia afirmó más tarde que antes de su nombramiento no conocía a Eva;[109] su designación, según eso, podría haberse debido a una decisión repentina de Perón. Sin embargo, esa afirmación no convence o, en todo caso, no necesariamente excluye que Eva jugara un papel clave en el nombramiento. En los tiempos que corrían era impensable que Eva no participara de la designación de un ministro, y Paz fue a visitar a Eva apenas se lo nombró, de acuerdo con un rito de "cortés subordinación", y oyó de ella las primeras invectivas contra los funcionarios de la Cancillería a los que juzgaba desafectos.[110] Además, los círculos en los que Paz actuaba estaban muy próximos a los que frecuentaba la misma Eva. En fin, todo hace pensar que Eva intervino de manera decisiva en la designación de Paz.[111] Mentor del nuevo canciller era el ministro Oscar Ivanissevich,[112] miembro conspicuo por entonces de la corte que seguía a Eva a todas partes. A la vez, la familia de Paz tenía vínculos con José Arce, que desde la embajada en las Naciones Unidas había dirigido, valido del apoyo de Eva, la batalla contra Bramuglia. Por fin, la matriz ideológica de Paz era de las más afines a Eva y al grupo que la seguía. Desde su primera conferencia de prensa sacó otra vez a relucir Paz el tema de la vocación hispánica y latina de la política exterior argentina, que en los últimos tiempos había entrado en cierto cono de relativa

sombra. De hecho, bastaron pocos días para que se lo viera alistado en el grupo que, dirigido por Eva y Hernán Benítez, se abocó a examinar las actividades religiosas de la Fundación; y su presencia en ese grupo sería desde entonces constante.[113]

Lo concreto de todo esto es que, más allá de las cualidades de Paz, el reemplazo de Bramuglia no cayó bien entre muchos e importantes interlocutores de la Argentina, que lo consideraban una garantía contra los extremistas del peronismo, cuyo cabecilla era Eva misma.[114] Muchos de ellos estaban persuadidos de que ahora, sin los límites que bien o mal había trazado Bramuglia, sería ella quien tomara en sus manos el timón de la política exterior argentina, y le imprimiría sus criterios "pasionales y arbitrarios".[115] Era, ni más ni menos, lo que algunos vecinos temían, y el régimen peronista no obtendría ventaja alguna de ese cambio.

CAPÍTULO 9

Madre y mandante. La Patria según Eva

En Roma, 1950 fue el año del Jubileo; en la Argentina fue declarado "Año del Libertador General San Martín". No parecerá insensato el paralelismo si se considera que el régimen, aparte de intentar reverdecer la memoria del padre de la patria, hizo de esa caracterización una oportunidad para la "reconciliación" con el pasado, y para la "remisión" de los pecados cometidos por quienes a su parecer habían traicionado la memoria del héroe. En tal sentido puede decirse que fue un jubileo sanmartiniano. Fue también el momento culminante de la autocelebración peronista, pues el espíritu con que el régimen preparó los actos conmemorativos apuntaba a trazar un nexo explícito entre la figura de San Martín y la de Perón. Con el primero, había nacido la patria; con el segundo, la patria había resurgido. San Martín había conquistado la independencia política, Perón, la económica; San Martín había echado a los españoles, Perón, a los imperialistas famélicos. Una vez más, el propósito era dar la idea de una Argentina que en el peronismo había podido reencontrar el hilo conductor de su historia, lo cual confería crédito a la pretensión peronista de encarnar en su totalidad la esencia de la patria. El peronismo se "inventó" así una tradición, reescribiendo la historia nacional para su propio uso, en la forma de una larga teleología que, partiendo de San Martín, llegaba hasta las victorias peronistas. Desde ese punto de vista puede decirse que el régimen había alcanzado ya la madurez, entendida a la vez como consolidación y como adaptación a una vida sedentaria: punto culminante de la revolución a la que había dado origen y, a la vez, proceso de normalización y de consiguiente pérdida de la energía creativa.

En todo ese accionar, Eva ocupó el centro del escenario. No

solamente porque en tal altar de la patria se situara ella a sí misma como heredera natural de la compañera de San Martín, cosa que por otra parte hizo, sino en realidad porque se apoderó del culto mismo al **Libertador*, y con el paso de los meses llegó a ser su sacerdotisa. En tal función, llegada ya a la cima del poder carismático y proyectada como nunca antes desde la dimensión terrena hasta una dimensión metafísica de mito, Eva completó su metamorfosis. La imagen de sí que entonces se ocupó de proyectar fue cada vez más la de Madre de la Patria, etérea y redentora, fuente de luz y de pureza. Y a tal extremo lo hizo que, si ya desde antes se había afanado por borrar las huellas de su pasado, para poder presentarse inmaculada a su cita con la historia, ahora se libró también de cuanto en su entorno pudiera llegar a proyectar alguna sombra sobre esa condición materna tan peculiar. Por eso desapareció de su círculo la cuestionada compañera de Alberto Dodero, Betty Sundmark; por eso fue radiada Isabel Ernst, la eficiente secretaria a quien no perdonaba su relación con Mercante, de la que siempre había estado al tanto. A Isabel antepuso ahora la amistad con Elena Caporale, esposa legítima del gobernador de Buenos Aires.[1] No fue, de todos modos, una amistad duradera: de allí a poco, también la mujer de Mercante vería que las puertas de la Casa de Gobierno se cerraban para ella.[2]

1. Eva San Martín

Ya el primer día de enero de 1950 quedó evidenciado el uso que Eva se proponía hacer del año sanmartiniano. Algunos diplomáticos llegaron incluso a temer que el "espíritu sanmartiniano beligerante" que ahora se respiraba en ambientes gubernamentales fuera el prenuncio de enconadas disputas en el continente; tal inquietud no estaba ausente tampoco entre los miembros de la Comisión encargada de los festejos.[3] Ese 1º de enero, la ansiedad de Eva por establecer de inmediato el paralelo entre la epopeya sanmartiniana y la del peronismo, y de imponer *urbi et orbe* sus métodos plebiscitarios, fue causa de un incidente con el cuerpo diplomático. Se trató de uno de esos típicos casos en los que Eva respondía con toda la fuerza de su poder a leves contrariedades que le resultaban inconcebibles; episodios que sólo acarreaban perjuicios a la imagen del régimen, y a la autoridad de quien se suponía era su conductor. Justamente, Perón pareció incapaz de poner freno a las temperamentales represalias de su

esposa contra representantes de países que, en muchos casos, resultaban más que nunca necesarios a la Argentina. Sucedió que aquel 1º de enero, en la conmemoración llevada adelante por Perón, entrelazada más que nunca de ecos políticos, mientras la multitud aplaudía, los diplomáticos presentes permanecieron diplomáticamente sentados y quietos. Habría sido un hecho escasamente digno de nota, a no ser por los evidentes signos de nerviosismo de Eva y por la circunstancia de que al día siguiente la prensa lanzó sus invectivas contra los "extranjeros" maleducados que habían faltado al respeto a las usanzas locales. Que era ella quien dirigía ese ataque quedó confirmado por la propia Subsecretaría de Prensa, al responder a los responsables de cierto diario que objetaban la conveniencia de una reacción tan intensa, que la orden venía "de arriba", fórmula de conocido significado.[4] Como era de esperar, los diplomáticos no tomaron precisamente a bien el episodio. Por otra parte, quien se encargó de recomponer el embrollo fue el Nuncio apostólico, en su condición de representante diplomático más antiguo, también él furioso por la ofensa recibida.[5] De manera que ese conflicto, pueril en sí mismo, terminó de congelar sus ya distantes relaciones con Eva.

Así como no omitía medios para imponer la visión peronista de la historia argentina, ni para colocar a Perón al lado de San Martín en el panteón de los héroes de la patria, menos todavía ahorró esfuerzos Eva por situarse a sí misma entre los grandes, como corolario de su poder y de su mito. Tampoco vacilaron los historiadores que por medio de ella entonaban sus cantos de alabanza al régimen, o que al celebrar las virtudes de éste procuraban aportar agua al molino de la escuela ideológica en la que estuvieran enrolados. A tal extremo se llegó que Eva pasó a ser al mismo tiempo el ícono de los revisionistas y el de los antirrevisionistas, de los herederos conscientes de Juan Manuel de Rosas y de sus enconados enemigos. Típico fue el caso del muy esperado tomo VII de la *Historia argentina* que estaba publicando la Academia Nacional de la Historia. El volumen, editado al fin en 1950, se destacaba por el paralelismo entre la figura de la mujer de Rosas, doña Encarnación Ezcurra, y la de Eva Perón, ambas poseídas de pasión y espíritu militante.[6] La voluntad de Eva de alcanzar un puesto de honor en la iconografía nacional, a igual nivel que San Martín y que Perón, queda demostrada por la intensa campaña de prensa con que se apoyó dicha idea,[7] y por varios importantes episodios con los que Eva ganó una aureola de

unánime consenso, aunque al precio de atizar el fuego que seguía oculto bajo las cenizas. Tal cosa sucedía sobre todo en el ejército, desde siempre depositario de la memoria sanmartiniana y que ahora se veía precisado de rendir homenaje a Eva, y aun reconocer sus méritos.[8] Y en efecto, cuando la fuerza rindió su homenaje al **Libertador*, Eva estaba, como siempre, al lado de Perón. Juntos impusieron la banda de Generala de la Nación a la efigie de la Virgen, y juntos colocaron el bastón de mando entre los brazos de la imagen. Para completar, tomó la palabra el vicario castrense monseñor Calcagno y tejió una encendida alabanza a la acción de ayuda social de Evita,[9] en un acto que significaba instaurar, en lugar de la habitual liturgia patriótica basada en la cruz y la espada, un nuevo rito peronista cuyo lugar central era ocupado por Perón y, junto a él, por Eva. La innovación estaba destinada a desagradar a muchos en el ejército y en la Iglesia. Ese Año Sanmartiniano se cerraría en Mendoza con un Congreso de Historia del Libertador en el que, como era de esperar, Evita haría uso de la palabra. Y no menos obvio resulta que en su alocución elevara a Perón a la condición de heredero directo de San Martín.[10] Era una especie de beatificación, en la que el soplo divino lo aportaba ella, que venía a anunciarla "en nombre de las mujeres y de los trabajadores".

Ese mismo sentido tendría el terremoto que se desató en el Instituto Nacional Sanmartiniano, organización oficial de exaltación de la figura del Libertador. Tradicionalmente, el Instituto había estado en la órbita del ejército, pero se lo transfirió a la del Ministerio de Educación. El ministro a cargo, Armando Méndez San Martín, un hombre que lo debía todo a Eva, pasó a ser presidente honorario del Instituto.[11] A pesar de los intentos que tras la muerte de ella se han hecho por separarla de tan siniestra figura, lo cierto es que ese hombre asumió muchas funciones clave para Eva, en la Fundación, en el Ministerio y en relación con las celebraciones del Año Sanmartiniano.[12] En los círculos políticos nadie puso en duda que el encumbramiento de Méndez San Martín se debía a Eva, con mayor razón porque en su condición de compañero de la hermana de Evita, Blanca Duarte, que se había quedado viuda, su designación venía a confirmar la propensión a mezclar política y familia.[13] El culto a Perón y Eva, desarrollado por medio del que se rendía al general San Martín, vino a convertirse además en una poderosa arma de represión del disenso, que también podía ser usada para clausurar medios de prensa o para imponer decisiones políticas en nombre de la nueva

ortodoxia. Bien lo supo cierto legislador radical de la provincia de Buenos Aires, crucificado por no plegarse al coro que celebraba una enésima elegía a la pareja presidencial, en forma de homenaje al Libertador. Lo probó el mismo Oscar Ivanissevich, a quien la prensa peronista imputó no ordenar que las escuelas públicas se manifestaran contra la grave ofensa inferida por el legislador citado: patética coartada que tenía por fin justificar la inminente defenestración del ministro, en momentos en que su ruptura con Eva era ya conocida.[14] Pero quien más pagó las consecuencias fue el coronel Descalzo, hombre que había dedicado su vida a la memoria de San Martín y era presidente del Instituto Sanmartiniano. Por la acción combinada de la prensa, la CGT y Méndez San Martín, se vio obligado a resignar el cargo, no sin oponer a Eva una resistencia que a esa altura era tan poco habitual como quijotesca. Con todo, esa misma resistencia hizo del incidente un hecho político, que queda como prueba adicional de que cada nueva ulterior expansión del poder de Eva tenía por efecto erosionar un poco más las bases del régimen que ella misma pretendía consolidar.

El único gesto que todavía pudo permitirse Descalzo, seguidor timorato de Perón y en otros tiempos su superior directo, era entregar como lo hizo, a lo que quedaba de prensa opositora, un documento en el que defendía el perfil "apolítico, católico y anticomunista" que había querido imprimir al Instituto.[15] Eso, a buen entendedor, equivalía a acusar a Eva de pretender hacer de aquel organismo un feudo político suyo, por añadidura hostil a la Iglesia e incurso en sospecha de simpatía por el comunismo. Pensara lo que pensara Perón, la que se impuso una vez más fue su esposa, que no sólo pudo liquidar a Descalzo y a los oficiales de los que se había rodeado, sino que en su lugar colocó a José María Castiñeira de Dios, poeta nacionalista que integraba la corte de Eva. Al parecer, ella no había terminado nunca de digerir el desafío que en una oportunidad le había deslizado Descalzo cuando, al recordar a la esposa del general San Martín, había ponderado su "silenciosa abnegación" y su "exquisita y modesta humildad cristiana", reflejada en el hecho de que jamás "la adulación, y la corte de sórdidos aprovechadores" habían podido inducirla a creerse "la **Libertadora*". Ni el mismo Perón se había librado del desafío de Descalzo, quien metía el dedo en la llaga de sus relaciones con Eva al aludir a los "eminentes hombres de la historia" que habían fracasado "por la incomprensión de una compañera tal vez célebre, y a menudo animada de pretensiones

autoritarias”.[16] El escándalo fue embarazoso en grado sumo, si se juzga por la violencia con que la policía disolvió una manifestación de mujeres radicales que pretendían rendir homenaje a la esposa de San Martín en su tumba de la Recoleta, ahora convertida en foco de una encendida disputa política. Las manifestantes fueron encarceladas, y si bien Eva echó un balde de agua fría en la cuestión al intervenir para que se las liberara, lo cierto es que su mismo gesto les daba a entender muy bien en manos de quién estaba la policía. Fuera como fuera, a esto siguió una campaña de prensa que pretendía trazar el paralelo entre la mujer del Libertador y la señora de Perón.[17] El Presidente reaccionó a la intimación de Descalzo de que asumiera sus responsabilidades mediante la denegación de audiencia, y le respondió con el evidente enojo que transparentó en el acto de asunción de las nuevas autoridades del Instituto. En los cuarteles, tal actitud no coadyuvó a afirmar el prestigio de Perón: a muchos militares todo eso les pareció la confirmación de que Eva lo tenía en un puño.

2. Ley y exorbitancias

Ya a buen recaudo la nueva Constitución, y eliminados del gobierno los últimos ministros que hubieran podido ponerle algún freno, desde fines de 1949 se había lanzado Eva al ataque de los “antipatria”: antiperonistas, no peronistas e incluso peronistas tímidos, u oportunistas a los que ella acusaba de agazaparse en los repliegues del partido. En eso, Perón estaba de su lado. Acorralado por las densas nubes que se cernían sobre la economía y por la creciente tensión con las Fuerzas Armadas y la Iglesia, el Presidente estaba más que nunca hambriento de ese clima plebiscitario que sólo Eva era capaz de suscitar en las masas. Y ello, aun cuando Eva, al hacerlo, solía ir más allá de los deseos de Perón, con lo que le creaba nuevos problemas y hasta llegaba a tomar por sí misma el timón de la nave en sus manos. La forma en que Eva entendía su poder queda de manifiesto, sin maquillaje alguno, en su primera circular a las mujeres peronistas. Las exhortaba a reconocer como su líder a Perón y, al mismo tiempo, a seguir sólo las órdenes que emanaran de ella.[18] Sobre esas bases se internó por un rumbo cuyo trazado era evidente. Por un lado, trató de potenciarse en las instituciones más de lo que ya lo estaba, mientras que, por otro, procuraba eliminar lo que quedara en ellas de oposición o disidencia. La vocación por el monopolio

político que saturaba sus discursos, tras haber impuesto otro monopolio equivalente en el plano de la ayuda social, venía ahora a extenderse a campos donde aún no se había llegado a imponerlo.

En tal sentido, el proyecto de ley presentado a fines de septiembre por un grupo de diputados sobre los que su poder era absoluto, entre los que estaban Cámpora y Miel Asquía, fue un logrado intento de alcanzar la cuadratura del círculo, es decir, de obtener más poder y, a la vez, afectar al enemigo, todo ello en un solo movimiento. Con la reforma del estatuto de los partidos políticos que el proyecto proponía, se les cortaban las piernas a los partidos de la oposición y se le daba al partido peronista femenino la posibilidad de rehuir el yugo que se les imponía a los otros.[19] En efecto, a diferencia de lo que sucedía con las otras agrupaciones, el partido no tendría que enfrentar obstáculos para presentarse en las sucesivas elecciones. Se trataba por lo tanto de un proyecto de ley *ad hoc*; y no menos específicamente orientado fue el proceso de desafuero que el Congreso llevó a cabo contra Ricardo Balbín, líder de la oposición radical en Diputados. El desafuero y expulsión que sufrió mientras se sustanciaba un proceso por desacato a la investidura del jefe del Estado, llevó a Balbín a la prisión. La acusación era surrealista; Balbín replicó a ella en términos eficaces pero inútiles, denunciando la sujeción del Poder Judicial y preguntándose si no eran injurias las que la oposición sufría todos los días al oírse calificar de traidora y vendepatria, en especial por Eva.[20]

Los actos del 17 de octubre revelaron qué clima político reinaba en el país hacia fines de 1949, y hasta qué punto el régimen estaba transformando su poder en una liturgia rígida y triunfalista. La celebración fue, como siempre, multitudinaria, pero transcurrió en una atmósfera "más de costumbre que de exaltación".[21] Sin embargo, no faltaron novedades significativas. Las hubo de carácter político, como el enorme énfasis con que Eva celebró "el culto a la lealtad" y amenazó desencadenar toda la violencia del pueblo cuando llegara "el día de la traición".[22] Ese tipo de novedades políticas revelaba la ansiedad por imponer el orden dentro de un régimen mucho más frágil de lo que parecía, sobre todo en momentos en que Perón pugnaba por frenar la espiral de los salarios debiendo moverse entre constantes huelgas. También hubo novedades simbólicas. Por ejemplo, Perón y Evita a la cabeza de los ministros desfilaron ante los granaderos de la escolta presidencial cantando la *Marcha peronista*, grabada a expensas de la Subsecretaría de Informaciones.[23] Vale decir que la

Marcha, o sea el himno del partido, había sido pagada por el Estado. Todo el cuadro evocaba muy vivamente las ceremonias típicas de los totalitarismos europeos. Volvían a hallarse huellas de lo mismo en el ya consolidado culto de la personalidad,[24] que sólo difería de los muchos que lo habían precedido en que era bicéfalo. No se diferenciaba de ellos, en cambio, en las grotescas manifestaciones, en las que el ministro Ivanissevich, con su costumbre de llamar en público a Eva **la Presidenta*,[25] sobrepasó a todos sus competidores. Hasta un hombre circunspecto como Mercante creyó prudente rendir homenaje al culto a la personalidad en vísperas de las elecciones en su provincia. Al inaugurar junto a Eva el Parque de los Derechos de la Ancianidad, celebró el "cristiano y generoso corazón" de la Primera Dama, y obtuvo de ella que formulara una expresa y descontada invitación a los presentes: que lo votaran por su lealtad a Perón.[26]

En tanto, la difusión del partido femenino por el territorio del país terminó de borrar la ya tenue línea que separaba a partido y Estado. No era que uno englobara al otro, sino que ambos confluían en manos de Eva, dispuesta a hacer un decidido uso patrimonialista de ambos. Ya desde antes de que llegaran sus delegadas, Eva había utilizado los servicios de gobernadores y jefes comunales para identificar locales que pudieran convertirse en sedes partidarias. Así fueron brotando esas sedes, en la plaza principal de cada ciudad, próximas a las otras edificaciones típicas del paisaje urbano en la Argentina, la Municipalidad y la iglesia matriz o catedral.[27] Otro tanto sucedió también con los valiosos equipos médicos adquiridos en los Estados Unidos: su distribución equitativa no fue confiada al Ministerio de Salud Pública, como correspondía, sino a la propia Eva.[28] Por entonces quedó zanjada también la polémica con el Ministerio de Hacienda por la administración de los casinos; la mitad del dinero recaudado iría para la Fundación, ante la mirada de las provincias que a su vez ya habían pedido participación.[29]

Como se recordará, José María de Areilza, antes bien visto por Eva pero que ahora ya no gozaba de su simpatía, estaba convencido de que ella ejercía un poder ilimitado.[30] Otro que opinaba de igual manera era el perspicaz encargado de Negocios francés, Roger Monmayou.[31] Los dos diplomáticos captaban continuamente nuevos indicios de ello; por ejemplo, la intervención federal al Poder Ejecutivo de Catamarca, con la expulsión de su gobernador, Vicente Saadi. En esa acción vieron ambos el triunfo de la ofensiva de Eva contra alguien que había

puesto obstáculos a la creación de la rama femenina del partido, y la demostración de que ella ejercía total control sobre su Consejo Superior.[32] Es cierto que la explicación del gobierno de Perón a esa crisis hablaba del nepotismo y la carencia de libertad que imperaban en Catamarca, aunque en verdad los mismos fenómenos volvían a encontrarse un poco por todas partes. Sin embargo, el verdadero problema era que la red política y personal de Eva, al extenderse por todo el país, no podía dejar de chocar con los **caudillos* regionales y su densa trama de protegidos, a los que quería imponer lealtad y obediencia. Es válido, pues, decir que Eva estaba logrando centralizar el orden político del régimen, pero al mismo tiempo su accionar hacía saltar por los aires ciertos delicados equilibrios locales, al introducir hombres que le eran fieles y desarrollar redes de clientelismo nuevas pero igualmente densas. Es lo que poco tiempo antes había sucedido también en Salta.[33] Su poder se fue imponiendo cada vez más en la periferia, aunque en la mayor parte de los casos no lograra que las nuevas autoridades alcanzaran la estabilidad que el régimen deseaba. Y no sólo eso: al tomar como imperativo la lealtad se inhibía la maduración de una clase dirigente que pudiera reemplazar a la que había sido decapitada por el primer peronismo.

Lanzada ya, en nombre de la unidad orgánica de la nación, a la obtención del monopolio del poder, Eva apretó aun más las clavijas a lo que iba quedando de discordante en la prensa. Se redobló la presión sobre el matutino *La Prensa*, único sobreviviente del periodismo liberal, toda vez que *La Nación* se protegía con generosas dosis de autocensura. Tal presión se acentuó de manera drástica cuando la mayoría peronista aceptó por fin crear una comisión parlamentaria de investigación de torturas a los detenidos por razones políticas, incesantemente pedida por los radicales. Sólo que la Comisión convirtió en su tarea esencial la de escudriñar los libros contables de los diarios, en busca de pruebas de financiamiento del extranjero. No era un misterio la intervención de Eva en el asunto, en vista tanto de la devoción que le tributaban los diputados peronistas como del papel de primer plano que uno de ellos, Rodolfo Decker, asumió en la Comisión, y del hecho de que el presidente de ese órgano, José Emilio Visca, amenazara en una oportunidad con transformar las instalaciones del Jockey Club de Buenos Aires en sede de la Fundación Eva Perón.[34] De hecho, la presión tuvo efecto sobre algunos diarios tibiamente properonistas, como *Clarín* y el órgano católico *El Pueblo*, que a partir de entonces se mostraron más prudentes o

complacientes.[35] Otro reflejo de aquella capacidad de presión, aún más importante, se vivió con la visita a Buenos Aires de Edward Miller, secretario de Estado adjunto para asuntos interamericanos, que tuvo lugar en febrero de 1950. El gobierno peronista esperaba que, a partir de esa visita, la exhausta economía argentina, más que nunca sedienta de dólares frescos, experimentara una reactivación. Que Miller hablara con Perón y Eva de libertad de prensa era consecuencia de que su gobierno asignaba gran importancia al tema, a tal punto que sus repercusiones incidían sobre las discusiones de cuestiones económicas. El funcionario estaba perfectamente al tanto del control que Eva ejercía sobre la prensa peronista, y sabía muy bien lo que escribían de los Estados Unidos medios de prensa como *Democracia* y *La Época*. Frente al hecho cierto de que en su país no había lo que se dice buena prensa para el peronismo, Miller se afanó por hacerles entender a Perón y Eva la diferencia entre un régimen de libertad de prensa y otro en el que quien decide "hablar mal" de alguien es el gobierno. Es cuando menos dudoso que Eva haya entendido el sentido de tal distinción, o medido lo delicado de la situación, dado que desde el día siguiente a la reunión, y por espacio de varias jornadas, *Democracia* no dejó de alabar a Miller, cosa que ella, con satisfacción, le hizo notar explícitamente. Parecía escapársele el hecho de que artificios semejantes, que no eran sino la admisión de su poder de hacer lo que quisiera con la prensa, difícilmente pudieran "seducir" a Miller, y menos todavía a su gobierno.[36]

3. Basarlo todo en Perón

El hecho de que Eva procurara monopolizar el poder político para sí y para el peronismo no significa que situara la clave de dicho poder en las instituciones representativas. Éstas no eran para ella ámbitos en los que las ideas y los intereses debían tener representación, y en los que se debían producir los acuerdos o las confrontaciones políticas entre unas y otros, sino útiles instrumentos por medio de los cuales podía imponer su poder. A sus ojos, el Congreso y los partidos eran poco más que corteza; receptáculos artificiales de un mundo primigenio poblado por actores naturales, que ella aspiraba a conquistar sin tener que recurrir a políticos, burócratas o mediadores; mejor, pasando por sobre cualquier forma de mediación, en la convicción de que el pueblo era uno e indivisible. El suyo era un mundo de ricos y pobres, de hombres y mujeres, de madres, hijos y ancianos; un

mundo de familias, así como una familia era la Patria y otra, su partido peronista femenino. A lo sumo, con una caracterización que solía usar identificando a los trabajadores con el lugar marco de su actividad productiva, era ése un mundo de "surcos, fábricas y talleres".[37] Los horizontes de su acción política eran, por un lado, la familia, con la tupida red de relaciones que gravitaban en su torno y, por el otro, el territorio, con la igualmente densa telaraña de afinidades y complicidades que generaba. Eso le dictaba su sentido común, y ésa era también la concepción de sociedad que primaba entre la legión de religiosos y de intelectuales nacionalistas que la flanqueaban hacía ya tanto tiempo. Por eso mismo no eran mera retórica, sino indicio de su más profunda visión del mundo, las apelaciones que formulaba a los derechos de los ancianos, a los privilegios de la infancia, a la familia como reducto o cuartel general del bien de la Patria.[38] No tenía nada de casual que oficiara de madre o de hermana ante las jóvenes delegadas a las que confió la tarea de organizar el partido peronista femenino en las provincias,[39] ni menos todavía que para echar los cimientos del partido recurriera a la "penetración territorial", como manera de aprovechar la existencia de camarillas locales. Claro que cuidando de impedir que esos atávicos vínculos de sangre y proveniencia, de los que conocía tanto su gran fuerza como los peligros que conllevaban, escaparan de su control. Fue por eso que adoptó medidas que le permitirían ser la única fuente de poder; por ejemplo, mantener fuera de su organización a esposas de políticos, aunque para ello tuviera que expulsar del partido a los poderosos maridos que hubieran intentado abrir brecha en él; o bien, enviar a cada delegada a una provincia distinta de la de su nacimiento.[40] Nada de eso impidió que la concepción "familística" y patrimonialista que había aplicado a la creación del partido, y que le servía también para conducirlo, fuera prevaleciente en su funcionamiento, y en los fines a los que éste se orientaba. El partido llegó a ser así una bien aceitada máquina de clientelismo, a la que era posible dirigirse para encontrar medios preferenciales de obtener bienes o servicios, de otra manera inalcanzables.[41]

Todo eso hacía que su pretensión de ser "la más modesta colaboradora del movimiento femenino" —del cual era, en realidad, férrea conductora— constituyera apenas un artificio retórico. Era genuina en cambio su explícita reivindicación del fanatismo como virtud de los héroes y los mártires, con quienes ella sin duda se identificaba.[42] Puede que tal reivindicación fuera

consecuencia de la incorporación de Raúl Mendé a su más íntimo grupo de ideólogos, y del esfuerzo de éste por adaptar una formulación religiosa que en otros tiempos le había sido especialmente cara: *instaurare omnia in Christo*, "basar todo en Cristo", hasta convertirla en *instaurare omnia in Perón*. En el fondo, una manera de hacer de necesidad virtud, de cambiar lo que en realidad era la intolerancia de Eva —quien tanto estaba haciendo por encerrar al régimen en una estéril autarquía doctrinal— en la heroica virtud del fanatismo, tan útil para los místicos como dañosa para los políticos. Pero eso era ella realmente, un político, aunque sin conciencia de serlo. Esa reivindicación era además hija del estado de agitación hacia el cual se deslizaba el gobierno, estado del que la propia Eva daba signos evidentes. La conmoción se debía al clima social incandescente que se estaba viviendo, sobre todo en Tucumán, donde murió un obrero y otros fijaron amenazadoramente a las vías del tren un retrato de la **Primera Dama*.

Con el transcurso de los meses, el recrudecimiento de la crisis económica y las dificultades para mantener vivo el entusiasmo revolucionario, la autarquía doctrinal, cuya más encarnizada portavoz era la misma Eva, transparentó con vigor creciente y de manera cada vez más evidente su pulsión totalitaria. En marzo de 1950 no vaciló en sostener Eva que la enseñanza escolar debía ser "purificada" sobre la base del más terminante de los principios: "quien no se siente peronista no puede sentirse argentino". Del mismo modo, tampoco podía sentirse tal el funcionario que no se aviniera a denunciar a antiperonistas. Más tarde diría que esperaba otro tanto de los trabajadores, elevados ya a quintaesencia de los valores espirituales del país.[43] Por otra parte, eso era lo que quería decir cuando afirmaba que el peronismo no era un partido político sino un movimiento nacional.[44] No es casual su insistencia en aludir a Perón como "padre, líder irreemplazable y genial estadista", que encarnaba "a la patria misma"; ni es casual tampoco su alusión a los niños que debían aprender a decir "*Perón* antes que *papá*", o a las madres que tenían la misión de transmitir la mística del peronismo a sus hijos y a su familia. A algunos, todo esto les recordaba las concepciones patriarcales del Estado en que se habían inspirado los totalitarismos europeos.[45]

Esas expresiones de Eva no eran accesos de ira pronto olvidados. Todo lo contrario: volvió muchas veces sobre tales temas, y pronto le hizo eco una campaña de prensa contra los

“falsos peronistas”, “criminales de lesa patria”.[46] Tampoco se quedó en meras palabras, pues los discursos fueron el preludio de una ofensiva dentro del peronismo, cuyo Consejo Superior decretó numerosas expulsiones y decidió el reemplazo de los interventores que habían sido designados en diferentes sedes provinciales del partido por hombres nuevos y sin pasado político.[47] Pero al proceder así Eva, al procurar empapar en su mística personal a un partido que, por abarcarlo todo, había llegado a ser un depósito de oportunistas de toda laya, sólo consiguió acelerar el mecanismo perverso del que el régimen no lograría ya salir, y que erosionaría en tan alto grado su estabilidad. Hemos visto ya varias veces que Eva, al blandir monopólicamente la nacionalidad para apoderarse de espacios y de poderes hasta entonces autónomos, iba rompiendo los equilibrios corporativos del primer peronismo. Por eso creció, un poco por todas partes, ese desprendimiento continuo de fragmentos que se separaban del tronco del régimen. El fenómeno era visible tanto entre peronistas de la primera hora como en otros que se habían unido al peronismo a lo largo del camino, impotentes ahora ante el despotismo de Eva y de los funcionarios y dirigentes sindicales que le guardaban fidelidad.[48] Pero cuantos más fragmentos perdía el régimen, mayor era la ansiedad de Eva por imponerle la unidad, y mayor su tendencia a apretar los tornillos de su poder, con lo que contribuía aun más a alejar a los desilusionados y a los marginados, en una escalada incontrarrestable que, según se recordará, Perón intentó en vano detener después de la muerte de Eva, para descubrir al fin que era definitivamente su prisionero.

4. La crisis y la fábrica de consenso

“Dios quiera que no me haya equivocado”, le dijo Eva a la Infanta de España, de paso por Buenos Aires.[49] Es imposible saber a qué hacía alusión con esas palabras, y ni siquiera podemos decir que sabemos que Eva se autointerrogaba sobre el uso que hacía de su enorme poder. Lo cierto es que nadie podía dejar de notar las violentas contradicciones en las que se debatía el régimen, el centro de las cuales estaba constituido por la propia Eva. El patrimonio de la Fundación seguía creciendo, pero las finanzas del Estado se hundían; los actos públicos que convocaba atraían multitudes regocijadas, pero no por eso dejaban de declararse nuevas huelgas; Eva invocaba al cristianismo, pero la Iglesia le volvía la espalda; abominaba del comunismo, y para el ejército había riesgo cierto de que fuera ella misma el caballo de Troya que podía llegar a introducirlo; inflamaba a las masas con los

dardos que lanzaba contra los Estados Unidos, y en tanto el gobierno sin dólares tenía que salir a buscar el apoyo de aquella nación.

Si Eva abrigaba algún tipo de dudas sobre lo que hacía, no se hallan trazas de ello en su labor en materia de ayuda social. No se las halla en las dimensiones —las dificultades económicas no impidieron que, también en 1950, la Fundación creciera a ritmo vertiginoso— ni en el estilo, que no se modificó un ápice. Por lo tanto, fueron apareciendo contra ella ecos de cierto descontento, que no se puede decir en qué medida eran generalizados. Se manifestaron una vez más, para variar, en la Marina de guerra, donde el interés de Eva por tomar bajo su protección a las víctimas de cierto trágico accidente naval llevó a la Fuerza a aclarar que bastaban las leyes en vigor.[50] También aparecieron en el ejército, donde los recortes de presupuesto a las industrias militares parecieron aun menos digeribles a muchos, en vista del crecimiento de la ayuda social de Eva, e hicieron recrudecer las tensiones en Campo de Mayo.[51] Además, a medida que la realidad se iba volviendo más prosaica, empezaba a parecer una burla que Eva alternara las calurosas loas al pueblo con ásperas admoniciones a producir; si crecían las aclamaciones a Eva, también eran más numerosos quienes se indignaban por la disparidad entre los hechos y las palabras, entre ideología y realidad. El italiano Arpesani lo notó incluso en ciertos círculos peronistas desplazados y desconcertados ante lo desbordante de su poder, ante su indiferencia por las prácticas democráticas de cualquier tipo y ante el mal gusto de algunas de sus elucubraciones.[52] Las noticias que circulaban sobre los colosales déficits que estaban acumulando las empresas nacionalizadas, sobre la pésima gestión y la indisciplina laboral —que a fines de 1949 fueron causa de dramáticos accidentes con transportes públicos—, y hasta sobre el nuevo escándalo que había provocado Juan Duarte a su paso por Nueva York,[53] fueron para muchos otros tantos indicios característicos de un régimen que había perdido el rumbo, en el que Perón reinaba pero la que realmente gobernaba no era otra que Eva, cuyo poder no permitía hacer frente a los problemas en los que ese régimen se debatía.

El comportamiento de los obreros volvía todo más complicado, no sólo para Perón sino también para Eva, que había edificado gran parte de su poder sobre el apoyo que de ellos recibía, aunque en función de ello hubiera tenido que abrirles las puertas para que ocuparan de manera estable el centro del régimen. Mientras hubo

abundante riqueza para distribuir, era fácil para Eva satisfacer las expectativas obreras y controlar sus organizaciones, manteniéndolas bajo la órbita del Estado. Ahora que la fiesta había terminado, en cambio, las presiones para que dichas organizaciones y los dirigentes que respondían a Eva defendieran lo conquistado se hicieron mucho más fuertes. Cada vez más, Eva se halló tironeada entre el imperativo de inducir a los trabajadores a aumentar la disciplina y la productividad y el de garantizar su lealtad al régimen, manteniendo viva también, al mismo tiempo, la llama revolucionaria. Eso iba siendo cada vez un poco más arduo, si se juzga por los numerosos conflictos que fueron desarrollándose en forma espontánea, y por las tensiones cada vez más intensas que se manifestaron entre las bases obreras y los dirigentes. No por casualidad había quienes se preguntaban si no estaría menguando el poder de Eva sobre los sindicatos, en vista de la impotencia manifiesta de ella ante algunos actos de agitación, y de la rabia hacia su figura que en ocasiones había llegado a evidenciarse.[54] Menos casual todavía era el surgimiento de cierta resistencia entre los trabajadores a seguir sufriendo retenciones de sus salarios para financiar la Fundación; es verdad que eran beneficiarios de los servicios que así se prestaban, pero los costos empezaban a pesar más allá de la medida. Por el momento no se trataba de nada espectacular ni de actitudes generalizadas, pero tampoco parecen haber sido gestos excepcionales, si se considera cómo fue creciendo la deuda de la CGT con la Fundación.[55]

Las propias ceremonias públicas del régimen eran emblema del clima reinante; por ejemplo, la celebrada ante los ferroviarios el 23 de noviembre, y más todavía la que se realizó por el sexto aniversario de la creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Algo no parecía cerrar si Perón, para dirigir a los obreros un discurso de tono admonitorio, se prestaba una vez más al rito del paro general de actividades. Había una evidente incongruencia entre sus palabras, que esgrimió como un garrote contra quienes, por no prestar leal obediencia a las disposiciones de la Secretaría, eran caracterizados con el dedo en alto como traidores a la patria, y el hecho de que el gobierno considerara obligatorio conceder la zanahoria de un día de asueto. Que no todo marchaba bien entre el gobierno y los trabajadores, y que ni Eva ni la CGT tenían firmemente las riendas de la situación, quedó evidenciado por un pequeño incidente que echó a perder la fiesta y tuvo el efecto de romper el encanto. Perón abandonaba ya el palco cuando se alzó

la protesta de los trabajadores municipales, en lucha por un aumento salarial. Su respuesta fue una fotografía del dilema en que estaban prisioneros el gobierno y Eva. Dijo Perón: "Vamos a hacer lo posible por atender lo que ustedes piden, pero presten atención a los dirigentes que tienen, porque más que peronistas parecerían *socialoides*".[56]

Por eso, lo que más contaba para el gobierno era asegurarse la conducción de los sindicatos. Para lograr ese objetivo estaba dispuesto a hacer concesiones, pero eso planteaba enormes problemas, que pronto palparía Eva por sí misma. El primero consistía en que, si no querían dejarse arrollar por los *socialoides*, los dirigentes sindicales peronistas tenían que conseguir cosas, y eso era realmente difícil en tiempos de vacas flacas, aparte de implicar el precio de asfixiar una economía que ya boqueaba. Por ello, o bien el régimen trataba con mano dura a los trabajadores, poniendo en riesgo su identidad y la base misma con la que contaba, o bien seguía cultivando su fidelidad mediante la distribución de lo que ya no tenía, con el resultado de acabar hoy con lo que habría debido ser el sustento de mañana. Un segundo problema era que a los militantes sindicales de todas las tendencias les convenía "hacerse peronistas", porque proclamarse tales les permitía legitimar sus luchas trayendo a colación los nombres de Perón y Evita, salvoconductos del éxito. Esto hizo que a menudo resultara imposible diferenciar entre peronistas, comunistas o vaya a saber qué otros. La ambición de monopolizar empezaba a pasarle al peronismo su costosa factura: no sólo lo enfrentaba con conflictos cada vez más enconados, que amenazaban su tan decantada imagen de gobierno benéfico y pacífico, sino que éstos, lejos de plantearse con los acostumbrados y útiles "enemigos", aparecían como grietas en el cuerpo mismo del peronismo. Por lo demás, si el movimiento era la nación entera, no una parte sino el todo, la unidad y no la variedad, ¿cómo evitar que los fisiológicos conflictos de una sociedad industrial se transformaran en endémicos choques entre peronistas, todos ellos intérpretes del "verdadero" peronismo? Y si el peronismo no era materia viva sino esencia eterna, si no constituía un producto de la historia sino el fruto de una fe y un sentimiento, si Perón — como les dijo Eva a las mujeres de la CGT — era "el ideal argentino con semblante de hombre",[57] ¿de qué instrumentos políticos podría servirse para calmar los conflictos, antes de que se deslizaran a una dinámica destructiva?

Son bien conocidos los instrumentos a los que recurrió Eva: el

énfasis en el carisma, la apelación terminante a la unidad y a la justicia social, la obra de ayuda desarrollada por su Fundación, la movilización contra enemigos reales e imaginarios, la misión continental, las dosis masivas de propaganda. Todo eso formó un *crescendo* orientado a hacer del peronismo una religión, con sus dogmas y sus divinidades, y del régimen una Iglesia libre de mácula.[58] Una vez más fue la prensa la que contribuyó a afinar esos instrumentos; ése fue el medio con el que se edificó el mito de la conductora política y espiritual, de la "jefa" de "extraordinarias aptitudes", "caudillo nato" y como tal dotada de "fuerza dominadora", la mujer infatigable, dueña de una "voluntad sin límites" y de una personalidad "magnética", capaz de suscitar místico entusiasmo con su palabra y sus gestos; la mujer que era también el "ángel guardián contra el sufrimiento", la "fanática predicadora del ideal de redención" y la "mística de la doctrina peronista".[59] A decir verdad, los resultados obtenidos fueron dispares pero sobre todo marcaron un camino que no tenía retorno: el que inducía al régimen a extender su manto sobre todos y todas, a la vez que apretaba las clavijas a aquellos a los que señalaba con el dedo como sus enemigos: en la oposición, en el extranjero, en los órganos del Estado y, por fin, en las propias filas peronistas. Alentar, como Eva, el deseo de que todos fueran peronistas para decir después, como decía, que Perón amaba "por igual a todos los peronistas",[60] sonaba bien pero no cuadraba. Podía ser una actitud válida para una religión universal y sus preceptos morales, no para un gobierno secular, obligado a tomar decisiones políticas que podían contentar y descontentar.

Aparecía claro que Eva era quien había cavado y continuaba cavando alrededor del peronismo un foso que ya no era posible rellenar. Lo confirmaban sus palabras y sus decisiones de cada día. Por ejemplo, al hablar a los ministros de Hacienda de las provincias, a fines de 1949, defendió la política de financiación de la ayuda social, en violenta contraposición con los tímidos intentos del gobierno por contener esa financiación, y utilizar los fondos para el relanzamiento de las inversiones. Si el régimen se hallaba ante una encrucijada, era Eva quien señalaba el camino a seguir: conservar "la fuerza popular", a su juicio "invencible", a cualquier costo y por cualquier medio, lo permitiera o no la economía, y favoreciera o no la solidez del régimen. Lo cual significaba intentar poner fin a las dificultades montándose a hombros del "pueblo", anteponer la ideología a la economía, la ética a la praxis y la fe a la razón. Significaba también impulsar al peronismo a la

autarquía, alzando el tono de las amenazas contra quienes, advertía Eva, "minan su organización" o, mediante "la tentación de las alianzas" lo volvían permeable a los "traidores".[61] Quien pensara salir de las dificultades morigerando los tonos, suavizando los conflictos e intentando poner freno al poder de las bases populares del régimen tenía, pues, que darse por enterado: Eva y su "pueblo" no lo permitirían. ¿Cómo poner en duda que lo que ella hacía era impedir el eventual retroceso del régimen, obstaculizando su adecuación a las circunstancias? ¿Cómo no ver que era al propio Perón al que limitaba el campo de maniobra? Él hablaba mucho de que había llegado el momento de la estabilización del régimen, de que el país no podía vivir en un estado de revolución constante y, en adelante, los obreros obtendrían lo que los niveles de producción alcanzados permitieran concederles. Pero como escribió con crudas palabras Stanton Griffis al presidente Harry Truman, "cuando un gobierno proporciona trabajo a cambio de votos, la eficiencia sale volando por la ventana".[62] La propia Eva era, pues, la primera en cerrarle el camino y en vaciar de contenido sus palabras, en las que en verdad pocos creían.[63] Lo cual constituía todo un problema, concluía Griffis, observando que la Argentina era un país "con dos presidentes", Perón y Eva; si hasta el momento ese "automóvil con dos motores" había podido avanzar sin demasiadas dificultades, la situación podía volverse inmanejable en caso de entrar ellos en colisión. Y ello estaba lejos de ser una posibilidad remota, ante la infinidad de indicios de que Perón y Eva solían moverse por caminos paralelos, desarrollando actividades por separado y recibiendo cada uno de ellos por su cuenta a políticos y funcionarios; para no hablar del hecho claro de que cada vez eran más los ámbitos que, como dijo Perón refiriéndose a la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, eran "cosa de Eva".[64]

Había quien pensaba que la colisión ya se había producido, aunque ahora pareciera haber sido recompuesta. Como informó a su gobierno la embajada francesa, las medidas de austeridad económica que Eva había frenado fueron finalmente aprobadas —en ausencia de ella— en la primera reunión de gabinete celebrada después de la partida de Miller, en febrero de 1950. Tuvieron incluso el aval de Cereijo, que siempre había sido fiel a Eva, y cuyo asentimiento parecía estar indicando que se había convertido a la idea de tentar un acercamiento con los Estados Unidos, al extremo de que lo hicieron jefe de la misión que fue a continuar las negociaciones en Washington.[65] ¿Se estaba convenciendo Eva

de que había llegado el tiempo de penuria, y que el camino obligado para tener acceso a los capitales y los equipamientos, e incluso a los mercados que el país requería con urgencia, pasaba necesariamente por Washington? ¿O sería que Cereijo, como administrador del gran imperio de Eva y conocedor de sus necesidades, se afirmaba en eso para permitirse actuar con autonomía en terrenos en los que Eva no estaba bien preparada? Todos se lo preguntaban, y estaban a la expectativa de lo que pasaría cuando ella diera por concluida la campaña electoral en la provincia de Buenos Aires, en la que cubría de alabanzas a Mercante y a la vez no dejaba de hacerle sombra. A la espera de ese momento, nada parecía haber cambiado. Precisamente entonces, el secretario general de la Unión Ferroviaria agradeció a Eva su intervención en los aumentos obtenidos recientemente, y se comprometió a contribuir en su acción humanitaria; otro tanto hicieron los mercantiles, el gremio de los empleados de comercio. Como se ve, el *do ut des* seguía en vigencia.[66]

5. La autarquía espiritual

El Episcopado argentino no mencionó a Eva cuando, en octubre de 1949, denunció "el abuso de mezclar expresiones litúrgicas con frases y actos de carácter meramente patriótico". Tampoco hizo cita de ella cuando juzgó inadecuado un *Credo patriótico* que estaba circulando, ni cuando rogó al coronel Descalzo que al rendir homenaje a San Martín evitara el empleo de "términos litúrgicos o sacros".[67] Con todo, no se requería ser adivino para comprender que esas advertencias apuntaban a enfrentar la tendencia de Eva a asumir actitudes de líder espiritual, a hacer de la "política religiosa" del primer peronismo una "religión política" mechada con los símbolos y las palabras del cristianismo. Con el indetenible impulso de Eva, en efecto, el peronismo daba claras señales de querer monopolizar también el ámbito de lo espiritual. La propia Eva se ensimismaba cada vez más en su papel de mártir y misionera, empapada en una mística que tendía a proyectar al plano sobrenatural sus tan terrenas actividades. Aludía a ellas como la concreción de "un ideal más importante que la vida misma", y al que ella "se daba entera".[68] Adaptando la terminología a las necesidades del régimen, hablaba de la Argentina de Perón como de una "tierra prometida" que él había "salvado" siguiendo el camino que le trazaba Dios. Era una tierra feliz, donde el pan que ella partía para celebrar la Navidad se

convertía en símbolo de unión y de amor, “donde el hombre ha encontrado en Perón un redentor, donde la humildad es un bien y la pobreza un título”, y en la que, gracias a la justicia “que nosotros imponemos”, los hombres tenían paz, pan y trabajo.[69] Esto alarmaba a la Iglesia que, ya recelosa por el conflicto a propósito del Patronato, empezaba a retirar su apoyo al peronismo, y se iba convirtiendo en receptáculo de las voluntades que el régimen perdía.

Eva, que sentía a la Iglesia más distante, y para nada fervorosa de la cristiandad peronista, empezó a abrir nuevos frentes de tensión, que hicieron más profundo el foso que las separaba. Fue típico el gesto con el cual, en mayo de 1950, recordó a la Iglesia lo que a su juicio se le debía, al dar a su visita a los docentes de religión el sentido de un recuerdo de la sanción legislativa de la enseñanza religiosa católica.[70] Y no sería sorprendente que el mismo sentido tuviera la actitud del gobierno de resaltar la importancia de la visita del presidente del Parlamento israelí al Congreso; al hablar Cámpora en su ceremonioso discurso de recepción, la mención del nombre de Eva hizo poner de pie a todos los legisladores presentes.[71] Con todo, fue aun más típico lo sucedido con el vicariato castrense, aunque más no fuera por el hecho de que era el punto de conjunción de las dos instituciones cuyo vital apoyo estaba en riesgo de perder el peronismo por su actitud de pretender encarnar a la nación, de la que ambas se consideraban protectoras. También en ese ámbito se hizo sentir Eva por medio del general Lucero, nuevo ministro, más sensible que Sosa Molina al poder de la Primera Dama. O tal vez haya que decir más fácilmente extorsionable, ya que la crisis que abrió las puertas de la influencia de Eva en el clero castrense fue provocada por el trágico escándalo de un capellán que había matado a la mujer con la que había tenido tres hijos. Lucero le pidió a Perón que el hecho se mantuviera en secreto para preservar el honor del ejército y el de la Iglesia; Eva, sin embargo, contra las promesas del Presidente, hizo que la prensa lo difundiera en todos sus detalles.[72] La influencia que así empezó a ejercer irritó a muchos, en los cuarteles y en la Iglesia, sobre todo porque significaba la irrupción del peronismo en ese cuerpo híbrido, religioso-militar. De ahí que, probablemente, no fuera casual que de la noche a la mañana volviera al servicio, y fuera encumbrado a las más altas cimas del cuerpo, pasando por encima de las jerarquías establecidas, un hombre como el padre Wilkinson: un religioso que en tiempos del gobierno militar había estado muy cercano a Eva y

a Benítez, apartado después por una misteriosa enfermedad de los nervios que ahora parecía desaparecer de pronto.[73]

Con todo, los frentes en los que el poder de Eva y la autarquía espiritual del peronismo parecieron invocar más amenazas entre católicos y militares fueron otros dos: el educativo y el sindical. En el primero de ellos, el reemplazo de Ivanissevich por Méndez San Martín representó una sorda pero indiscutible ruptura en las relaciones entre el gobierno y la Iglesia. Para ésta, la educación era un ámbito que le estaba naturalmente reservado, y la clave de un ordenamiento social de carácter católico; que el nostálgico Ivanissevich, católico retrógrado pero hombre íntegro, tuviera que ceder el paso a alguien con fama de amoral, y cuyo único justificativo era su cercanía con Eva,[74] no resultaba para las autoridades eclesiásticas una buena señal. En lo que al frente sindical respecta, crecía en la Iglesia el doble temor de que Eva se apoyara en la CGT para expandir su poder en él, y de que, a la vez, otros la utilizaran a ella para escalar a las posiciones significativas. Entre esos otros podían estar los comunistas, o podía estar muy bien Borlenghi, siempre atento a complacerla y siempre sospechoso de ser el guía de la conquista del peronismo por los marxistas. El grito de alarma partió de *Criterio*, el semanario católico que con la orientación de monseñor Franceschi estaba logrando mantenerse apartado del coro de la prensa que respondía al régimen. La revista observaba que, al haber abrazado la CGT el anticomunismo, y manifestado formalmente su fe en la doctrina social de la Iglesia, aparecía extraño el preámbulo de su nuevo Estatuto, aprobado en presencia de Eva. Entre líneas de dicho Estatuto veía *Criterio* que "la llama del colectivismo" seguía viva entre los dirigentes obreros, expresada en el giro de típica terminología marxista que invocaba la "gradual socialización de los medios de producción".[75]

Teniendo en cuenta las tensiones suscitadas, no sorprende que para los festejos de la Independencia, en 1950, Perón y Evita no asistieran al tradicional tedéum en la Catedral de Buenos Aires, sino que viajaran a Paraná para la jura del gobernador, sabedores de que allí se encontrarían con un obispo bien dispuesto hacia el régimen.[76] Con tanta mayor razón si, como llegó a saber el encargado de Negocios de Francia, Eva había fracasado en su pretensión de oficializar su ingreso en la ritualidad patriótica mediante el pedido a la Curia de que se le hiciera un lugar al lado del Presidente en la nave central del templo durante la celebración religiosa. La circunstancia, además, había causado tensión no sólo

con el cardenal Copello, sino también con el comandante en jefe del ejército.[77] Era natural, pues, que entre los católicos volviera a crecer el prestigio de monseñor De Andrea, pocos años antes acusado de ser el cabecilla de los católicos liberales y por eso mismo marginado, pero que ahora se mostraba como el más decidido a denunciar a quienes aspiraban a "servirse" del Estado, a punto tal de atreverse a seguir haciéndole competencia a Eva con su propia creación, el **Hogar de la Empleada*.[78]

Las cosas tampoco se acomodaban con la Santa Sede, donde la cuestión del Patronato había dejado cicatrices profundas y la concesión a Eva de la Rosa de Oro podía darse por definitivamente archivada, pese a la tenacidad con que ella insistía en obtenerla, llegando incluso a impartir órdenes en tal sentido a los diplomáticos argentinos acreditados en el Vaticano.[79] Allí, los grandes carteles con la efigie de Eva que el embajador hizo llegar a las otras representaciones diplomáticas y a las autoridades pontificias fueron objeto de ironías, o de poco gratas evocaciones de la todavía tan reciente propaganda fascista.[80] Además, ni la cortés pero convencional carta de agradecimiento enviada a Eva por Pío XII, a propósito de los alimentos recibidos en donación de la Fundación, ni la del cardenal Schuster, que se refería a su obra de ayuda social con palabras elogiosas, bastaban para posponer los términos de una disputa que, al contrario, era cada vez mayor en la medida en que Eva iba conquistando ámbitos y funciones en los que la Iglesia no toleraba injerencias.[81] Es más, al nuncio apostólico en la Argentina no le resultó precisamente grata la forma en que la prensa de Eva sacó provecho, con fines propagandísticos, de la anodina carta del Pontífice. Y es que *Democracia* llegó a calificarla de "glorioso título de aprobación" al celo devoto de Eva, de documento "destinado a tener resonancia más allá de las fronteras, entre los millones de individuos" que se beneficiaban de la ayuda de la Fundación. Para *La Época*, el agradecimiento de Pío XII marcaba el ingreso de Eva en el cielo del "espíritu universal".[82] Una vez más, la desmedida búsqueda de consenso inducía a Eva a manejar tonos y estilos que obstaculizaban la obtención de objetivos más consistentes.

Tampoco ha de haber parecido prudente a la Santa Sede, ni coherente con las credenciales católicas del peronismo, la rapidez con que fue reconocido el nuevo estado de Israel, ni el entusiasmo con que acto seguido se lo cortejó, dejando en segundo plano el problema esencial de la custodia de los Santos Lugares.[83] La Argentina no dejó de votar en las Naciones Unidas a favor de la

internacionalización de tales áreas pero, en la misma medida en que se deterioraban las relaciones de Eva con la Iglesia, la cuestión pasó a ser considerada accesoria. Así, en 1950, *Democracia* daba gran importancia a un nuevo plan israelí para la protección de esas áreas que era mal visto por el Vaticano.[84] Eva fue protagonista de aquel entusiasmo, pues su objetivo era atraer hacia el régimen peronista a los numerosos judíos argentinos que le eran hostiles. Se trataba de un impulso comprensible según la óptica de *instaurare omnia in Perón*, ya referida; no ciertamente en la más amplia de la política peronista. En efecto, ¿qué quedaba del viejo sueño de unir bajo las banderas del peronismo a los países latinos y católicos, si en temas tan delicados y de tanta importancia la ansiedad por ganar consenso bastaba para tomar distancia de la Santa Sede, cuya intervención se hacía imprescindible para el éxito de aquel anhelo? ¿Y cuál era la coherencia de invocar austeridad si Eva, con tal de atraer a la colectividad judía y de hacer un desplante a la Iglesia católica, violaba las reglas fijadas para el cambio de divisas y hacía que la Fundación se luciera enviando un enorme cargamento de lana, cuyo costo debería ser solventado por el contribuyente argentino?[85] Se trataba de decisiones que requerían tacto y modalidades graduales de implementación, dotes incompatibles con la ansiedad por obtener el mayor rédito posible de inmediato. Pero tampoco en este caso dio frutos la estrategia de procurar quedarse a la vez con el oro y el moro: ni el peronismo logró penetrar a fondo en la colectividad judía argentina ni la Santa Sede volvió a considerar dignas de confianza las credenciales de Estado católico que Perón seguiría exhibiendo con asiduidad.

6. La era de la omnipotencia…

Una vez Bramuglia fuera de la escena, y con el joven e inexperto Paz en el Ministerio de Relaciones Exteriores, la política internacional fue aun más decididamente terreno de las incursiones de Eva. Su avidez por obtener condecoraciones ya no conoció freno, y los gobiernos europeos y latinoamericanos se vieron asediados por requerimientos de los embajadores argentinos de que se le concedieran los honores más altos de cada país.[86] Ante Suecia se gestionó incluso la concesión de un título que habitualmente era conferido a miembros de casas reinantes, lo que movió al embajador argentino en Estocolmo a decir que a Eva podía también considerársela parte de la realeza. Pero, si ella

pensaba que acumulando esa clase de títulos aumentaría el prestigio de la Argentina, estaba muy equivocada. Más bien, tales gestos la exponían al ridículo y le creaban una fama de folclórico diletantismo, precisamente, en momentos en que empezaba a disminuir el respeto que el país había suscitado inmediatamente después de la guerra. No parece posible que a Perón se le escapara que su gobierno era cada vez más víctima de fáciles ironías por causa de esas muestras de infantil megalomanía. Si las admitía, debía ser por algún motivo. Alguien dirá que las consideraba irrelevantes, lo cual lo haría aparecer más ingenuo de lo que en realidad era. Lo más probable es que antes que condescender con tales actitudes las padeciera, si se tiene en cuenta que desde tiempo atrás el poder de Eva no toleraba ya ningún freno. Al menos ésa era la imagen, y hasta tal punto que los exiliados paraguayos en Buenos Aires dejaron de hacer mención de él en sus volantes: para ellos, era sólo "el marido de Eva".[87]

Vino a confirmar esa impresión la purga que, apenas se alejó Bramuglia, se abatió sobre las filas del personal de la Cancillería. Quien guió tal depuración no fue ciertamente Paz, que carecía de equipos propios a los que instalar en funciones de mando. Nadie dudó, en efecto, que fuera Eva quien se ocupaba de pensar en los reemplazos.[88] Así se lo confió un diputado peronista al encargado de Negocios de Francia, impresionado por la ola de remociones que empezó por afectar a los agregados de embajada y siguió después con los cónsules y con los mismos embajadores, al extremo de ser causa incluso de un suicidio.[89] Quienes vieron abiertas las posibilidades de una rápida carrera fueron los protegidos de Eva, aunque a menudo no contaran con adecuadas calificaciones.[90] Es verdad, comunicó el embajador de la India, que Paz daba muestras de descontento por la injerencia de Eva en los asuntos de su Ministerio, y que eso hacía presumir que no duraría mucho en el cargo, pero lo que se veía era que apenas ella lo llamaba él salía corriendo, hasta el extremo de faltar sin aviso a una recepción importante, ofendiendo así a los diplomáticos que lo habían invitado.[91] Que Paz se veía obligado a bailar al son de la música de Eva, como se decía en los círculos diplomáticos, quedó confirmado por la humillación que sufrió el ministro en el conflicto que lo opuso a Margueirat, hombre a quien Paz despreciaba y que era conocido tanto por su escasa agudeza como por el poder de que gozaba, en razón de los muchos servicios rendidos a Eva. Ella se lo impuso a Paz sin vacilar,[92] en una decisión que el canciller sufrió probablemente porque tenía puesta

su confianza en la “conversión” de Perón, vale decir, en un distanciamiento de éste respecto de la forma plebeya que venía adoptando el peronismo con la guía de Eva. Si eso fue lo que pensó Paz, indudablemente se trataba de una ilusión. Baste decir que hasta en el extranjero era ya costumbre que los admiradores de Perón se dijeran seguidores de Perón y Eva, en un reconocimiento de su poder bicéfalo.[93] El propio Miller, vicesecretario de Estado, había tenido buen cuidado de ir a visitar a Eva, con quien estuvo por más de dos horas, y de hacer una recorrida admirativa por sus obras de ayuda social; “tiempo muy bien empleado”, comentaría después, “si se tiene en cuenta su enorme influencia”.[94] Por su parte, ella lo trató con guante blanco, aunque en la actitud de quien magnánimamente recibe al enemigo que se rinde,[95*] no a un funcionario de alto rango que es esperado con ansiedad porque de su visita depende la posibilidad de dejar desbloqueada la raquítica relación entre dos países.[96] Durante el encuentro, Miller tuvo oportunidad de verla abocada al trabajo en su oficina de la Secretaría. Evita, en medio de un círculo formado por diputados y por el propio ministro de Ejército, distribuía bienes entre necesitados que el diplomático no dudó le habían sido seleccionados previamente. Eva volvió a recalcar el conocido *ritornello* de que Perón era un gran demócrata, un moderado que vivía y dejaba vivir, y que su régimen era un paraíso donde reinaban las libertades y se combatía al comunismo. Un régimen, en fin, del que los Estados Unidos no tenían nada que temer, ni podían reprocharle cosa alguna.[97] En medio de todo eso, Eva reivindicaba su fanatismo, con todo el aire de estar segura de lo que sostenía, sin duda porque ésa era en su imaginario la “auténtica” democracia. Y al mismo tiempo daba la impresión de que en su mundo no había lugar más que para el peronismo y la oligarquía; contra ésta, dijo con candidez, hasta estaría dispuesta a apoyar al comunismo, lo que no debe haber gustado mucho en Washington.[98]

La política exterior argentina, a merced de las ambiciones y de los cambios de humor de Eva, y de los de aquellos sectores a los que ella de reflejo confería enorme poder (los sindicatos, en primer término), aparecía así cada vez menos coherente, como si fuera objeto de impulsos contrapuestos entre los cuales toda síntesis resultara imposible. Los militares y la economía impulsaban en el sentido de buscar la colaboración con los Estados Unidos, mientras que Eva y los sindicatos presionaban para exportar el peronismo “a todos los pueblos del mundo”, como

tornó a decir ella ante quienquiera que fuera a verla.[99] Esto último implicaba chocar con Washington y con muchos gobiernos vecinos. Para ese fin, ella se valió con intensidad y plena libertad de las armas que no había podido emplear a pleno mientras estaba Bramuglia. La Fundación, por ejemplo, intervino con frecuencia como instrumento al servicio de la política exterior de Eva,[100] y otro tanto puede decirse de los agregados obreros en las embajadas, que en todas las sedes se ocupaban de hacer de intermediarios con los trabajadores y rivalizaban con los miembros del cuerpo diplomático en la adulación a Eva, exponiendo a veces al régimen, por imprudencia, a situaciones poco gratas. Así sucedió con la malograda visita de Eva a Quito, defendida por el agregado obrero de la embajada pero considerada inoportuna por el gobierno ecuatoriano.[101] Otro mal momento se vivió en Londres, donde los agregados desafiaron al embajador al organizar de su propia iniciativa una ceremonia religiosa por el pronto restablecimiento de Eva tras la operación a la que había sido sometida, lo que motivó el reclamo del diplomático a Buenos Aires.[102] A pesar de su condición de funcionarios del Estado, no vacilaban en ocuparse de hacer llegar a diestra y siniestra la ropa y los alimentos que proporcionaba la Fundación.[103] La prensa misma, tanto *Democracia* como el resto de la nutrida orquesta dirigida por Apold, asumía tonos de escándalo cada vez que estallaba una crisis en alguna parte, fuera debida a una huelga en los Estados Unidos, a la violencia en Colombia, a una enésima insurrección en Bolivia o al caos de los transportes en Chile. La intención parecía ser la de proyectar la imagen de una Argentina fuerte en la que, en medio de toda esa agitación, reinaba la tranquilidad; el resultado era tal vez que los peronistas tenían motivo para enorgullecerse, pero a costa de irritar a la diplomacia de los vecinos, que en esa actitud arrogante veía un reflejo de las ambiciones hegemónicas de la Argentina.[104] Esa misma diplomacia se mostraba ya mal dispuesta por los controles que se ejercían sobre su correspondencia, y por las amenazas formuladas por Eva a algunos gobiernos para el caso de que osaran hacer ministros a determinados personajes que habían suscitado su odio: Areilza, sin ir más lejos, de quien es seguro que Eva conocía los irónicos despachos que acerca de ella había cursado a su gobierno. La misma situación regía con Ana Figueroa, la chilena con quien había chocado en ocasión del Congreso Interamericano de Mujeres.[105] De las muchas flechas que en el arco de Eva estaban dispuestas para la exportación del peronismo, la más eficaz fue la

sindical, que incluía a la CGT y a la red de contactos que ésta había construido al invitar a Buenos Aires, a expensas del gobierno, a cientos de dirigentes sindicales de toda América latina.[106]

Teniendo en cuenta los poderosos instrumentos que poseía Eva, ¿cómo y en qué sentido puede decirse que condicionó la política exterior peronista? Esa política solía proclamar todavía el dogma de la Tercera Posición, por más que la consolidación de la bipolaridad obligara a tomar decisiones desagradables. Perón era consciente a la vez de la necesidad de tener un acercamiento con Washington y del problema que implicaba hacer digerir semejante paso a sus bases, a las que siempre había azuzado contra los Estados Unidos. Cabe recordar a ese respecto que Eva, en ocasión de la visita de Miller, no había opuesto obstáculos a las frágiles pruebas de acercamiento surgidas, y de hecho el clima entre los dos gobiernos pareció mejorar considerablemente.[107] Pero la sinceridad de ese cambio, su duración y la disposición de Eva a arriar la bandera antinorteamericana que tantos réditos le había dado, y tan bien acordaba con su propia visión del mundo, eran otros tantos interrogantes que todos los protagonistas de esa historia se hacían. El primero de esos actores era, sin duda, el embajador Griffis, para quien la situación seguía siendo "sombría".[108]

7. …Y la de la desconfianza

Es sabido que en enero de 1950 sufrió Eva los primeros síntomas serios de la enfermedad que la llevaría a la muerte. No importa aquí, sin embargo, la evolución de ese drama del que ella no era consciente por el momento —mientras que ciertos despachos diplomáticos demuestran buen conocimiento de prácticamente todo lo que pasaba—,[109] sino la forma en que esas circunstancias se reflejaron en su parábola política. Temiendo su bien conocida iracundia, el ministro Ivanissevich, también su médico de cabecera, se abstuvo de examinarla de manera más detenida.[110] Cuando sugirió exámenes complementarios se ganó una reacción tan violenta que le costó algún carterazo en plena cara y su cargo de ministro, al que se vería obligado a renunciar poco después.[111] Ni siquiera el mismo Perón, en una confirmación de lo poco que podía hacer para imponerse a Eva, logró convencerla de someterse a exámenes que con toda probabilidad hubieran podido salvarle la vida. En todo caso, lo que más impresiona de esto, y que más que

cualquier otro aspecto da una idea del poder de Eva y de la hostilidad que tal poder había generado, es la convicción con la que repetidas veces acusó a quienes pugnaban por que se hiciera atender de que en realidad se proponían sacarla del medio, alejarla de su actividad política y de ayuda social.[112] Al parecer, lo temía de todos cuantos estaban próximos, lo cual hace pensar que Eva tenía alguna sospecha de los viscerales rechazos que su poder suscitaba en el peronismo. Éste no se abstuvo de tributarle una serie interminable de homenajes, pero de aquellos que se suelen hacer a un líder al que más que amar se lo teme. Encabezaban esos homenajes sus principales laderos, es decir Cereijo, Apold, Mendé, Méndez San Martín y Cámpora, seguidos por el partido y el gobierno en formación cerrada.[113]

De las tensiones existentes en el peronismo en torno a Eva y sus satélites había evidentes huellas incluso en el camino a la reelección de Mercante. En la apariencia se trataba de un proceso donde reinaba enfática la armonía, pero en él aparecían las heridas abiertas que habían dejado los debates de la Constituyente. Esas lesiones no escaparon a la atención de la enviada chilena al Congreso de Educación que se celebró en la provincia de Buenos Aires; viniendo de la Capital la impresionó el amplio espacio que en el ámbito local tenía la iconografía de Perón y de Mercante, por contraposición con el mucho más limitado que se concedía a Eva.[114] Ésta también debía de ser consciente de ello, puesto que durante la campaña electoral se había apresurado a impedir que Mercante brillara con luz propia, mediante el recurso de mostrarse siempre a su lado. Y a eso hay que agregar que "festejó" el triunfo en las urnas con la detención de Ricardo Balbín, de la que fue el verdadero piloto, y con su encarcelación en la propia jurisdicción de Mercante. Todos tomaron esto como un movimiento orientado a afectar la pretensión del gobernador de personificar un peronismo tolerante, en implícito contraste con el declarado fanatismo de Eva.[115] Fue entonces, según confiaría años después el diputado Miel Asquía, cuando Eva los convocó a él y a Apold para denunciar ante ellos la ambición de Mercante de suceder a Perón y ordenar que se le hiciera el vacío,[116] antecedente directo del ladrillo que se precipitaría sobre la cabeza del gobernador cuando el Consejo Superior del partido, que Eva tenía en un puño, decretó la caducidad de los cargos en el peronismo de la provincia de Buenos Aires,[117] de donde ella se aprestaba a barrer la influencia de Mercante.

En cambio, tuvo todo el aspecto de una campaña electoral

anticipada la estrategia que Eva puso en marcha entre mayo y junio de 1950, arrancando con el acto en Plaza de Mayo por el Día del Trabajador, en el cual pronunció su acostumbrado discurso sobre la noche de la oligarquía y el alba del peronismo. La ceremonia concluyó con la ritual concesión del asueto de San Perón para el día siguiente, como si nada hubiera cambiado desde los días en que la economía argentina marchaba viento en popa.[118] Tras el acto, recibió Eva los homenajes, los saludos y los agradecimientos de una larga comitiva de personalidades, que incluía al gobierno por entero,[119] antes de dirigir la palabra al partido peronista femenino, en una alocución en la que exigió de las militantes unidad y disciplina, recordándoles que lo que estaba en juego era "el ser o el no ser de la Patria".[120] Por fin, Eva partió a una larga gira por varias provincias, que la mayor parte del tiempo realizaría sin Perón y en cuyo transcurso asistiría a la toma de posesión de gobernadores e inauguraría obras, entre escenas de inmenso júbilo, facilitado por el asueto que las autoridades locales concedían en ocasión de su arribo.[121] Durante el viaje resultó evidente el hielo con que se refería a Mercante,[122] y se notó la presencia a su lado, no ya de los fieles de la primera hora sino de los líderes sindicales que le eran más próximos, a menudo de notorias simpatías anarquistas o socialistas, como Isaías Santín y Florencio Soto.[123] Así daba a entender Eva su voluntad de apoyarse cada vez más en su base sindical en vista de las elecciones presidenciales, pero también daba encarnadura material a la denuncia que tantos formulaban, de que estaba dando aliento en el partido a los fantasmas del marxismo.

Mientras tanto, el diputado Visca, al que se llamó "turiferario" de Eva, no perdía ocasión desde la comisión parlamentaria de "Actividades antiargentinas" de quemar incienso ante la Primera Dama. Tampoco se privaba de sostener su candidatura a la vicepresidencia de la nación, vaya a saber si por su propio incontenible celo o por haber sido elegido para esos fines.[124] Por lo demás, ¿que podía detenerla? Una vaga idea de cómo se sentía Eva puede darla la crónica de una cena transcurrida junto a ella que trazó por entonces el embajador británico John Balfour. Y no tanto por lo referido a sus impresiones personales, sino en relación con las circunstancias que describió, suficientes para transmitir la impresión de un poder divinizado, o de una grotesca pérdida del sentido de la medida y de la realidad. ¿No era el objeto de la reunión la botadura de una motonave llamada *Eva Perón*? En el comedor, ¿no campeaba un retrato de tamaño natural de Eva? ¿No

habían sido colocadas sobre los manteles las frases selectas de Perón y de ella? ¿Qué sentido podía tener, ante esto, que Eva le declarara a Balfour que era la última de las amas de casa, la que le pelaba las papas al líder? ¿Era una de sus sagaces maneras de tomar el pelo a sus interlocutores, cubriéndose con un manto de falsa modestia?[125] Bien podía ser que así tratara de complacer a Perón, a quien repetía divertida aquellas ocurrencias suyas; porque, en efecto, había evidentes signos de que él empezaba a sentirse exasperado de la sombra que ella estaba proyectando sobre su figura.

Los límites que Eva, en virtud de ese poder de que gozaba y de su incontenible popularidad, estaba en condiciones de imponer al gobierno puede decirse que constituían ya una jaula, una camisa de fuerza que impedía todo movimiento cuando, precisamente, era más urgente hacer algo. Y no estaba por cierto en sus intenciones dejar la cima de la ola ahora, cuando las elecciones presidenciales se aproximaban. De ahí que ocupara el primer plano en la Conferencia de Gobernadores convocada por Perón para adecuar la política económica al Plan Trienal adoptado para hacer frente a la crisis. En ese encuentro, Eva se halló remando contra la corriente al instar a los gobernadores a que colaboraran con la Fundación, de cuyo accionar hizo un balance triunfalista.[126] Por otra parte, fue en ese preciso momento en que sonaban las sirenas de la emergencia económica cuando llegaron a las arcas de la Fundación algunas de las más impresionantes donaciones que tuvo la organización, que por otra parte se reflejaron en su facturación, incrementada de los 380 millones de pesos de 1950 a los 1.308 millones de 1951:[127] una verdadera explosión. Para los más informados no era un secreto que todo eso generaba más tensión entre Perón y Eva. No pasó inadvertida la divergencia entre ambos en cuanto a la mejor manera de enfrentar la agitación social, hecha pública precisamente en el transcurso de la Conferencia de Gobernadores. Mientras que para Perón había que dejar la solución en manos de cada gobernador y del partido, para Eva la tarea debía estar a cargo de la CGT.[128] La postura de ella resultaba obvia, toda vez que la CGT constituía la principal clave de su poder y era la organización más directamente interesada en secundarla en su resistencia a las políticas de austeridad. Le gustara o no a Perón, en una nueva reunión con los gobernadores que tuvo lugar a mediados de julio, Eva dio una ulterior muestra de su poder, dirigiendo a los gobernadores congregados en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno un discurso con precisas

instrucciones sobre lo que deberían hacer.[129]

CAPÍTULO 10

Tanto poder para nada

El último tramo de la explosiva biografía política de Eva fue todavía más frenético que los que lo habían precedido. En el plano personal le reveló en forma trágica lo que hasta entonces había permanecido oculto para ella, por su juventud y acaso por la sensación de omnipotencia que su inmensa gloria le proporcionaba: cuán cerca están la vida de la muerte, el triunfo de la caída. Pudo captar entonces hasta qué punto esa enfermedad a la que creía ser inmune, y en la que había visto el fantasma de quienes querían arrebatarle su poder, constituía una dramática realidad. También en el ámbito político debió enfrentarse Eva con la otra cara de su éxito y de su ilimitado poder, y palpar por sí misma que no todo a su alrededor podía ser amor, felicidad y devoción. La Argentina de 1951 no era el país alegre y despreocupado de cinco años atrás, ni podía permitirse ya la prodigalidad. La pretensión de unirlo todo en un único haz, de hacer de un país en tan profunda transformación, mediante la distribución alternada de zanahorias y garrotazos, una comunidad granítica e identificada con el peronismo, tenía sus contraindicaciones. En efecto, impulsaba a todos aquellos que no encontraban espacio bajo el paraguas protector de Eva, o que no querían sumársele, a tratar de liberarse de su sujeción. Para decirlo de otra manera, aquella pretensión de Eva era causa del creciente impulso por cambiar lo único por lo múltiple, lo unánime por lo plural.

Pero el hecho de haber alcanzado el máximo de la gloria condujo a Eva a toparse con el límite también en el terreno de la historia más general del peronismo. Paradójicamente, la muerte la proyectaría más allá de tal límite, llevándola al único plano donde es posible liberarse de las limitaciones que se imponen al poder de los seres humanos: el plano de la beatificación, del renacimiento

en forma de mito, o sea, de entidad que se mantiene ajena a la fragilidad de la historia. Durante la última etapa de la biografía política de Eva, empezaron a plantearse en forma de dificultades muchos de los problemas que el poder de que disponía había hecho que se acumularan; además, muchas de las contradicciones que ese poder había ido acumulando, y de las que Perón era en buena medida rehén, empezaron a parecer insostenibles. A tal extremo fue así que en el momento en que se agravó su enfermedad, y que su glorificación en vida llegó al apogeo, era ya evidente para muchos que su poder —que había sido para el régimen una inmensa fuente de fuerza, y aun más de consenso— estaba convirtiéndose en un lastre. Lo peligroso radicaba en que ese poder estaba ya fuera de control, y podía experimentar formas de evolución no coherentes con sus orígenes. A la vez, su condición de lastre radicaba en que impedía las necesarias libertad y flexibilidad política.

1. Viva y santa. Eva y la cultura

La verdad es que a partir de la segunda mitad de 1950 no parecían existir ya más límites al poder de Eva ni, hablando en general, a la sobriedad. El más claro síntoma de ello era que hasta doce apóstoles, pero del peronismo —todos poetas, y varios de ellos consagrados—, comenzaran a reunirse semanalmente para dedicar sus versos a Eva en la Peña que llevaba su nombre, y que ella había querido formar.[1] Es preciso puntualizar —y no por negar su buena fe, fruto de una genuina identificación con lo que ella representaba— que las elegías que estos poetas le dedicaban eran en sí himnos religiosos, que celebraban su beatificación en vida. Eva era ya líder política y espiritual a la vez; de hecho, de esta última condición provenía gran parte de la popularidad sobre la base de la cual ejercía su poder político. Tampoco tenía nada de casual que aquellos vates fueran representantes de la cultura católico-nacionalista embebida en filosofía tomista en la que siempre había abrevado ella, por historia y por propia elección. Por lo demás, en la adoración por Eva que mostraban estos poetas había tanto espiritualismo como materialismo, tanta devoción como intereses, como lo requería ya una condición que equivalía a una marca comercialmente registrada. ¿No financiaba ella las publicaciones del grupo? ¿No hizo de varios de esos poetas poderosos funcionarios del gobierno?

En tal sentido, la llegada de Méndez San Martín al Ministerio

de Educación, en junio de 1950, constituyó un cambio de rumbo, el paso previo al ingreso masivo de los hombres de Eva en la cima de la política cultural del régimen. Apenas instalado en su puesto, el nuevo ministro instrumentó un radical sistema de expolio. Pidió las renuncias de todos los altos funcionarios del ministerio, y las de los presidentes de la instituciones que de él dependían y que hasta entonces habían venido conservando al menos cierto grado de autonomía: Academia Nacional de la Historia, Comisión Nacional de Cultura, Junta Nacional de Intelectuales, Academia Argentina de Letras, Biblioteca Nacional, Museo de Bellas Artes.[2] En el caso de la Academia de Letras, el ministro se basó nada menos que en la omitida presentación de la candidatura de Eva al Premio Nobel de Literatura para justificar la decapitación y radical reorganización de ese instituto. A su vez, la Sociedad Argentina de Escritores prefirió despolitizar los debates internos, como medio de limitar el accionar del hacha represiva.[3] Consciente de la escasa influencia del régimen sobre el mundo intelectual, pero determinada a movilizarlo a su favor, Eva instó a que Sadaic, la sociedad de autores y compositores de música, adhiriera públicamente a la acción que ella desarrollaba. La correspondiente declaración, que la misma Eva leyó por radio, fue firmada entre otros por autores de tango tan célebres como Homero Manzi y Cátulo Castillo. Que Eva y el gobierno habían iniciado una ofensiva en el plano cultural quedó confirmado el 17 de octubre siguiente, por el otorgamiento de la medalla peronista a varios artistas próximos a ella, representantes todos de la cultura nativista y nacionalista que el peronismo oponía a la de carácter europeo y cosmopolita de la edad liberal, que nunca había dejado de ser la dominante. Otra confirmación de la citada estrategia fue el particular empeño con que Eva se dedicó para esa ocasión a preparar una oferta teatral coherente con tales orientaciones,[4] cuya culminación fue la representación en escena de *La fierecilla domada*, en cuya fastuosa puesta figuró como “productora ejecutiva”, junto a los más importantes nombres de la cultura peronista. Las recaudaciones de ese espectáculo fueron donadas a la Fundación.[5] Por último, otro hijo del esfuerzo por hacer que el peronismo penetrara en los círculos intelectuales y pudiera modelar la cultura nacional a su imagen fue el empeño con que Eva se abocó a la creación de la Confederación General de Universitarios, en cuyo primer Congreso participó junto a Perón y anunció las dádivas de costumbre. Todo ello formaba parte de un evidente pero fallido intento de hacer que el peronismo, poco

floreciente hasta entonces en las universidades, a pesar de las muchas purgas impuestas, se desarrollara también en ellas.[6]

2. Perro que ladra, muerde. La Fundación y la economía

Eva tampoco parecía encontrar límites en otros ámbitos mucho más delicados; y si los límites teóricamente existían, no se cuidaba de ellos. "No me detendré ante los perros que ladran en el camino", dijo a mediados de 1950, en el acto de entrega de las primeras mil pensiones a la vejez en nombre de la Fundación, poco antes de que una ley le cediera todo el paquete de financiamiento del turismo social.[7] Todo parecía marchar de maravillas, y proyectar a la Fundación a destinos cada vez más rutilantes. Por entonces inauguró la Escuela de Enfermeras, su joya más preciada que, como era habitual, llevaría su nombre,[8] y patrocinó el Congreso Internacional de Cirugía. En la comida ofrecida en el Hogar de la Empleada a las delegaciones asistentes al Congreso, iniciada con la entonación de la *Marcha peronista*, Eva enumeró las grandes realizaciones sociales del peronismo y recibió entusiastas loas por parte de algunos huéspedes extranjeros.[9] En medio de ese clima, presentó Eduardo Colom en el Congreso Nacional su proyecto de asignar a la Fundación la enorme suma que estaba condenada a pagar la familia Bemberg. Tan grande era la gloria de Eva que no le parecía excesivo que en el edificio nuevo de la Fundación, de estilo neoclásico, hubiera una estatua suya coronando cada columna.[10] ¿La conmovió la miseria observada en su visita a algunas localidades? He ahí su orden de imponer un aumento de la sobretasa postal, que pasó de 2,45 a 10 pesos, con la finalidad de contribuir a financiar "la obra de universal trascendencia" de la Fundación.[11] En el término de seis meses surgió, en el lugar mismo donde se había sentido conmovida por la pobreza, un nuevo núcleo urbano que también llevaría el nombre de Eva Perón.

Aunque todavía en voz baja, muchos empezaban a preguntarse si no había algo de incongruente en el continuo crecimiento de aquel imperio asistencial suyo, alimentado por donaciones del Estado, de las empresas y de los sindicatos, mientras Perón intimaba a apretar los cinturones y dejar de despilfarrar, mientras Gómez Morales, el sucesor de Miranda, procuraba contener los gastos y reducir las importaciones, y en tanto los contenidos que se anunciaban del Segundo Plan Quinquenal dejaban entrever un mayor grado de realismo en la política económica del régimen.[12]

También estaban los que se preguntaban si todas esas contribuciones no habrían sido más útiles aplicadas a completar la universalización del sistema previsional, abortada en los primeros tiempos del régimen, en lugar de servir para proporcionar recursos a un impenetrable aparato puesto al servicio de la misma persona que lo administraba.[13] Algo parecía no cerrar si el punto culminante de la conferencia en la que Perón explicó los lineamientos de una política más atenta a la disciplina fiscal y abierta a las inversiones extranjeras era, una vez más, el obligatorio homenaje a Eva y a la Fundación. ¿No era precisamente ella, Eva, quien estaba frenando el cambio en tal sentido?[14] Era como si el esfuerzo de Perón por llevar al régimen por el camino de la política —sujeta por su propia naturaleza a compromisos y ajustes, determinados por oportunidades y posibilidades concretas— fuera a chocar no solamente con las fuerzas y los intereses a los que Eva brindaba su protección sino también, y en medida aun mayor, con el propio soplo religioso que a ella la impulsaba, cada vez más salpicado de accesos místicos. La potencia y la popularidad de aquel soplo obligaban al régimen a mantenerse en el camino inicialmente emprendido. Al apuntar a una especie de Nueva Jerusalén, ese camino prometía poner en juego medios milenaristas para arribar a resultados apocalípticos; no admitía trabas de compatibilidad ni de sustentabilidad, sino sólo imperativos éticos. Eva, ajena a la naturaleza legal-racional del poder en la época moderna —a la que rechazaba—, reproducía instintivamente los rasgos fundamentales de la cristiandad medieval, en la que el titular del poder era llamado a difundir los Evangelios, a exterminar a los enemigos de la verdad y a liberar al pueblo de quienes pudieran contaminar su pureza. Dos eran los aspectos clave de la autoridad según ese esquema, y ambos se hallaban presentes en Eva de manera por demás evidente: su naturaleza doméstica, es decir, relacionada con la familia, y su dimensión religiosa, o sea, su participación en lo sagrado.[15] No era casual que a Eva la rodeara una cohorte de tomistas, ni que ella en sus intervenciones entrara en una suerte de mística sintonía con las masas populares, que probablemente tenían una concepción del poder en gran medida equiparable a la suya.

Si hemos dicho que “no parecían” existir límites a la acción social y asistencial de Eva es porque en la realidad los síntomas que ya habían empezado a manifestarse se fueron haciendo cada vez más evidentes e imperativos. Es verdad que *El Obrero Ferroviario* seguía publicando los poemas dedicados por Mendé a

Eva, “estrella, corazón, ángel y verso”,[16] pero por otra parte se sabía que en ciertos importantes sindicatos, entre ellos la Fraternidad, el decreto que disponía la cesión a la Fundación del equivalente de tres días de trabajo estaba provocando no pocos desacuerdos y rupturas.[17] Y aunque la CGT, con la típica modalidad de la contraprestación mutua, había obtenido de la Fundación la edificación de la que sería su nueva sede, en terrenos cedidos por el Estado, su Comité Central Confederal intervino para reducir a sólo dos los días de contribución obligatoria. Ni siquiera eso alcanzó para acallar los murmullos y la agitación en varios sindicatos, que hacían que muchos dirigentes quedaran entre la espada y la pared: Eva estaba dispuesta a expulsarlos si no entregaban a la Fundación las sumas retenidas, y los trabajadores los crucificarían si aceptaban hacer tal cosa.[18] Ante esa reacción, Eva tuvo el gesto de rechazar las contribuciones, lo que en realidad desató una carrera entre sindicalistas para ver quién contribuía más a llenar el “vacío” así creado.[19] Todo lo cual no impidió por cierto que la deuda de la CGT con la Fundación continuara creciendo, lo que confirmaba la notable resistencia que había provocado ese drenaje de recursos, de los salarios a las obras de Eva.[20]

Sobre este trasfondo se desarrollaron las acciones de agitación de marítimos y bancarios pero, sobre todo, la larga huelga de los ferroviarios, que comenzó en diciembre de 1950. Esa huelga constituía una embestida contra la política económica del gobierno y, a la vez, atacaba al poder y las ambiciones políticas de Eva. En efecto, más allá de lo que tuviera de reivindicación salarial, es obvio que tal accionar menoscababa la autoridad de Pablo López, el hombre de Eva al frente del sindicato del riel. Desacreditaba en consecuencia la capacidad de ella de mantener el orden y la disciplina entre los trabajadores, sin perder por ello la confianza que le dispensaban.[21] A muchos les pareció, además, que Bramuglia y Mercante, unidos en estrecha sintonía y que conservaban antiguos vínculos precisamente con los trabajadores ferroviarios, alentaban la lucha de los obreros rebeldes.[22] Eva había tenido siempre buenas razones para temer las ambiciones políticas de ambos, de cara a la Presidencia. De ahí que no fuera precisamente para predicar la paz que se lanzó, en compañía del fiel Cámpora, a recorrer las estaciones de tren de la Capital, en procura de convencer a los ferroviarios de que volvieran al trabajo;[23] un episodio que a continuación sería transformado en uno de los momentos culminantes de la iconografía de Eva. No, lo

hizo por motivos políticos muy claramente comprensibles. Pero una de esas razones, tal vez no la más evidente, resultaba decisiva. ¿Quién lograría restaurar la autoridad del régimen, Eva o Perón? ¿Ella, exhortando a los obreros a que no favorecieran a los enemigos del peronismo y prometiéndoles generosas mejoras? ¿O él, que olfateando el peligro de la infiltración comunista, y consciente de que ya había pasado el tiempo de hacer agitación, había movilizado al ejército? En caso de lograrlo Eva, se confirmaría su aparente omnipotencia y su capacidad para tener bajo control a los sindicatos; en caso de lograrlo Perón, daría la impresión, antes que a nadie a los militares, de que las predicciones que éstos habían expresado eran acertadas, y de que a Eva se le estaba escapando de las manos el movimiento sobre el cual había edificado su poder.[24]

Al fin, aunque varios dirigentes sufrieron arrestos y se registraron furibundos ataques de la prensa gubernamental, los ferroviarios se salieron con la suya: obtuvieron buenos aumentos de salarios y la dimisión de Pablo López, acompañado en el alejamiento por el propio ministro de Transportes, el coronel Castro, hombre que había intentado imponer a los ferrocarriles nacionalizados —pozo sin fondo del déficit público— una gestión basada en criterios económicos. El ministro fue sacrificado a la furia de los trabajadores por deseo expreso de Eva, y contra el parecer de Perón. Lo reemplazó el ingeniero Maggi, que ya desde el acto de jura de su cargo hizo voto de fidelidad a Eva.[25] ¿Era en consecuencia una victoria de la libertad sindical contra la presión gubernamental, como se la ha presentado en ocasiones? ¿O se trataba más bien un típico conflicto corporativo, circunscrito dentro de las coordenadas del régimen, que tenía por objeto frenar el cambio económico y continuar por el camino seguido en los primeros años, el que resultaba más caro a Eva? No parecía que ella hubiera salido debilitada, pues los trabajadores estaban dispuestos a sostenerla contra esa fracción del régimen que procuraba poner límites a sus aspiraciones e imponerles la austeridad. Sin embargo, su triunfo era sólo aparente: por primera vez había sido arrastrada en un proceso de agitación, en vez de conducirlo; en lugar de manipular al gremialismo, había sido su instrumento.

Desde esos momentos y hasta el **Cabildo Abierto* de agosto de 1951, los términos de la cuestión quedaron planteados así. Muchos creían ver ya en los trabajadores una adhesión menos entusiasta y menos unánime que antes al régimen, y por la prensa eran

frecuentes las acusaciones de “ingratitud”. Perón mismo se interrogó sobre la pérdida de eficacia de la propia Eva, y sobre el descenso de su prestigio. Pudo notarse algún indicio de ese desánimo en el afligido discurso radial de Eva para Navidad, pronunciado en tonos por momentos intimistas, orientados a destacar su comunión espiritual con el pueblo.[26] No se sabía qué haría Eva para no volver a padecer las “amarguras” que admitió haber experimentado, pero algo parecía claro desde ya: en el camino hacia las elecciones, la CGT apostaría a ella. Sólo por medio de su poder podría preservar su influencia el gremialismo en el universo peronista, donde la crisis económica, que estaba ya instalada, llevaba a muchos a querer reducir tal influencia. Y sólo la preservación de ésta permitiría a los dirigentes sindicales continuar al frente de unas bases que se mostraban cada vez más descontentas. Era de esperar, pues, que la CGT abogara por la candidatura de Evita a la vicepresidencia, más a modo de prueba de fuerza que por el cargo en sí. Los destinos de ella y de los gremialistas aparecían unidos, al punto de que era ya imposible decir quién estaba usando a quién. Sólo quedaba por ver si Eva prestaría oídos a tales cantos de sirenas, a sabiendas de que si lo hacía echaría nafta al fuego que sus adversarios se aprestaban a encender contra ella, y de que podría llegar a enfrentarse con Perón, no precisamente feliz de ver crecer el poder de la CGT. Él prefería ver a la central obrera sosegadamente integrada dentro de su esquema de **la comunidad organizada*.

3. Sin más cruz ni espada

El poder de Eva había encontrado siempre límites en los cuarteles y en las iglesias, y ella había luchado, a su vez, por traspasarlos. En el ejército contaba también con gente que la estimaba; con la ayuda de Perón, y a fuerza de presiones, había logrado la promoción de algunas de las figuras que le estaban más próximas, como el general Lucero. Por otra parte, eran más actuales que nunca en los cuarteles las preocupaciones de ciertos oficiales, de los que Sosa Molina era el emblema, que se mostraban atentos en evitar las fricciones con Eva, para impedir que saltara por el aire lo que ellos consideraban el mayor éxito del peronismo: la conciliación entre los militares y “el pueblo”.[27] No obstante, seguían muy vivos los motivos de rencor hacia Eva: los privilegios que concedía a manos llenas mientras la crisis económica tumbaba los planes de desarrollo industrial, y aquella actitud suya de

esgrimir su popularidad entre las masas como medio de empinarse por encima de cualquier otra rama del régimen, empezando por la militar. Que lo hiciera rodeada de sindicalistas y funcionarios de pasado oscuro, por no decir temible, y por añadidura en un típico lenguaje maniqueo que a muchos sonaba a puro clasismo, no hacía sino empeorar las cosas. Sus intromisiones con el clero castrense, su asalto al Instituto Nacional Sanmartiniano, hasta su predilección por los suboficiales[28] y sus evidentes intentos por ganarse la voluntad de las mujeres de los oficiales[29] habían lastimado también muchos ánimos. Tal vez por eso, aun cantando alabanzas a la base popular del régimen, Perón se guardó bien, en julio de 1950, de hacer alguna referencia a Eva en su discurso anual a los oficiales de las Fuerzas Armadas, y también se abstuvo de mencionarla el general Anaya, presidente del Círculo Militar.[30] Lo cual era una verdadera rareza, teniendo en cuenta el clima de aquellos meses, y más todavía si se piensa en el rito al que no mucho tiempo atrás se había prestado Sosa Molina para contribuir a que sus camaradas de armas terminaran de "digerir" a Evita. Las crónicas refieren sin duda numerosos actos en los que Eva, con la compañía de Perón y del padre Hernán Benítez, patrocinaba la bendición de una bandera de ceremonia donada por la Fundación a algún regimiento, o entregaba los sables a los oficiales que se graduaban.[31] Pero se trataba más que nada de signos del deseo de Eva de ser aceptada y respetada, antes que indicaciones de que había ingresado por fin en aquellos ambientes, en buena parte decididamente hostiles a ella; o bien, signos de su voluntad de ocupar el lugar que creía corresponderle en la liturgia nacional-católica tan cara a militares y eclesiásticos, a quienes, en cambio, sus intervenciones les parecían intromisiones indebidas.

No menos intensas ni fecundas de consecuencias eran las tensiones acumuladas entre Eva y la Iglesia, tanto con la Santa Sede como con el Episcopado y buena parte del mundo católico. También las autoridades eclesiásticas habían terminado por plegarse a lo que era ya la regla, tratar a Eva como si fuera una autoridad. En tal condición fue a verla el cardenal Caggiano, con el fin de invitarla al V Congreso Eucarístico Nacional que se celebraría en Rosario en octubre de 1950; una invitación personal, observemos, no la mera extensión de la cursada a su marido el día anterior.[32] A propósito de la cuestión, el Episcopado afrontaba graves dilemas y se encontraba atravesado por profundas divisiones, que no se referían sólo al horizonte visible de las relaciones con el régimen peronista sino asimismo al más amplio

campo de las relaciones entre Iglesia y Estado. No es posible tratar aquí estas cuestiones con el detenimiento necesario, pero lo cierto es que afectaban directamente a Eva y a la función que ella cumplía en el régimen. Para aquellos que, como monseñor De Carlo, estaban próximos a Eva, la cuestión debía ser planteada en términos por demás claros, que guardaban similitud con aquellos a los que en el ejército se atenían hombres como Sosa Molina. De Carlo dijo en agosto de 1950 a la Asamblea Episcopal que el peronismo, gustara o no, había transformado el país. La Iglesia tenía que decidir si se mantendría al margen de ese movimiento o si trataría de orientarlo en sentido cristiano, de acuerdo con los principios de religiosidad que la Argentina había heredado de la Madre Patria española.[33] Si la Iglesia elegía permanecer aparte, como parecía querer hacerlo, tendría sólo perjuicios. También para el monseñor era evidente que en el peronismo se podía encontrar un poco de todo, y que no todo lo que se encontrara podía ser considerado una garantía de catolicismo: políticos sectarios, dirigentes sindicales con tendencias comunistas, una masa mayoritariamente ajena a la Iglesia, corrientes masónicas y anticlericales. Al mando de todo eso, Perón y Eva, penetrados de principios cristianos, eran quienes con su prestigio y su acción, y con espíritu patriota y anticomunista, daban garantía de poder canalizar ese inmenso y heterogéneo animal social en los cauces de un sano orden católico. Por eso, la Iglesia debía apoyarlos y no ocultar en modo alguno que lo hacía.

Si bien eran muchos quienes en el bajo clero pensaban como De Carlo, en el Episcopado y entre los dirigentes del laicado católico su número era cada vez más reducido. Ello sucedía por muchas razones. Eva había terminado por parecerles más una amenaza que un recurso para la catolicidad del régimen. Ella alentaba el culto sacrílego a su persona y a la de Perón, que con la dirección de Raúl Alejandro Apold llegó a su plena maduración.[34] Era quien conducía la transformación del peronismo en una religión política, en competencia directa con la Iglesia católica. Era quien, en nombre precisamente del peronismo, no ahorraba esfuerzos por hacer de la Iglesia un instrumento de gobierno del régimen. Eva, a la vez que le exigía obediencia aun a costa de resignar su autonomía, promovía además una fe y una Iglesia nacionales, opuestas al universalismo católico; por fin, imprimía al mensaje cristiano un sello secular que lo vaciaba de su esencia sobrenatural. De llegar a atarse a ella y a su régimen, es decir, a entes no trascendentes que estaban destinados a desaparecer un

día, la Iglesia quedaría expuesta a la hostilidad de todos quienes eran sus adversarios. El capítulo de cargos podría seguir, abarcando zonas sensibles diferentes según cada prelado, ciertamente sin dejar de lado el problema de la ayuda social, que Eva quería monopolizar y la Iglesia no estaba dispuesta a cederle. A ello se agregaba la proyectada modificación de la ley de profilaxis, que podría hacer que volvieran a abrirse los prostíbulos. El proyecto, al que los obispos se resistían, asignaba a la Fundación los fondos provenientes de la tasa que deberían pagar esos establecimientos, lo cual hacía que Eva se mostrara más ansiosa de obtener su aprobación.[35] Por último, estaba el espinoso tema del accionar del comunismo; un creciente número de obispos y de católicos militantes consideraba que Eva no sólo no oponía límites a su difusión sino que incluso la favorecía con su violenta prédica, empapada de odio clasista, y con el enorme poder que aseguraba a los sindicatos, en los que, a la sombra de ella, iba creciendo la influencia de dirigentes y militantes con posibles inclinaciones marxistas.

En ese trasfondo se realizó el Congreso Eucarístico de Rosario, al que fue enviado como legado pontificio el cardenal Ruffini. Éste sufrió primero la afrenta de que ni Perón ni Eva fueran a esperarlo,[36] y a continuación la más grave de que no asistieran a la inauguración del Congreso. No por eso asumió ninguna actitud hostil, ya que la Santa Sede no tenía intenciones de romper con el gobierno sino de remarcar su autonomía respecto de él. Lo prueba el hecho de que Ruffini visitó y elogió las instituciones de ayuda social creadas por Eva, en compañía de autoridades eclesiásticas.[37] Tampoco se privó de visitar también las realizaciones de monseñor De Andrea,[38] y no pudo evitar que los jóvenes católicos lo recibieran al grito de "¡La vida por Jesús!", obvia contraposición del eslogan que Eva repetía en todos lados, "la vida por Perón".[39] Existen infinitas versiones e interpretaciones de este episodio mil veces narrado, que no es del caso repetir aquí, salvo en lo que respecta a Eva. Ni ella ni Perón se tomaron con mucha filosofía el hecho de que Ruffini llegara dos días después del 17 de octubre. Por más que el entonces canciller Paz desmintiera esa versión en sus memorias, parece muy bien fundada la conjetura de que el Presidente y su esposa hubieran querido llevar al cardenal a Plaza de Mayo, al acto del Día de la Lealtad, tal como habían hecho dos años antes con el ministro español de Asuntos Exteriores.[40] Hasta iban a poner a su disposición un avión para trasladarlo desde Roma. No es casual que *El Líder* saliera el 18 de octubre con un

titular que decía “No llegó el Legado”, y acusara al enviado papal de no haber querido “tomar contacto con el pueblo”.[41] Las seguridades diplomáticas que brindó la Santa Sede sobre el asunto, y la actitud de Ruffini en Buenos Aires de minimizar lo sucedido,[42] no impiden considerar ese “retraso” de su viaje una decisión meditada y bien calculada. Ciertamente, Pío XII no deseaba que esa misión de orden espiritual se prestara a una utilización política tan desenfadada. Porque, en efecto, una cosa era conceder a Eva el uso de una capilla privada —que el Papa autorizó al regreso de Ruffini a Roma—[43] y otra muy diferente que el cardenal dejara ver su ropaje púrpura el 17 de octubre, en el balcón de la Casa Rosada. Examinados los problemas que se acaban de describir en la relación entre la Iglesia y el régimen peronista, puede decirse que todos los actores fueron coherentes a su modo: la pareja presidencial con su pretensión, y el Vaticano con su negativa. Lo concreto es que ése fue el motivo de que Perón y Eva abandonaran la Capital airados, poco antes de la llegada de Ruffini. Puede entenderse que, desde su punto de vista, se sintieran traicionados por una Iglesia de la que no comprendían su frialdad hacia un gobierno que —estaban seguros— era un emblema de cristianismo. También es comprensible que se sintieran tan ofendidos como para enviar su adhesión a la asamblea espiritista que por entonces se reunía en el Luna Park. Para algunos se trató de un gesto provocativo, típico de quien se siente fuerte; para otros fue un mero error, por el caos que se derivó de las vehementes protestas de los católicos.[44] Lo cierto es que no ayudó a mejorar las ya tensas relaciones con la Iglesia, que la oposición empezaba a mirar atenta.[45]

¿Por qué entonces decidieron Perón y Eva, tras huir a recluirse en su residencia de las afueras, que debían presentarse en Rosario para el cierre del Congreso, y exhibir una catolicidad de dieciocho quilates? ¿Y por qué fue precisamente Eva, que de los dos era la que más había avanzado en la ruptura, quien convenció a su marido de que asistieran?[46] No es posible dar una respuesta segura, pero lo más probable es que lo que indujo a Eva a cambiar de actitud haya sido la popularidad alcanzada por el Congreso Eucarístico,[47] que sin llegar a ser inmensa no aparecía para nada desdeñable. A ello hay que agregar la evidencia de que ese pueblo reunido en Rosario era en gran parte el “suyo”, integrado por familias y por trabajadores. Parece entonces haber deducido que entre su inmensa popularidad y la de la Eucaristía católica no convenía abrir un conflicto demasiado evidente, que no podría ser

disimulado ni siquiera retaceando su cobertura por los medios de prensa peronistas, una actitud que arrancó quejas hasta del corresponsal local de *Democracia*.[48] Es cierto, por otra parte, y reviste decisiva importancia, que Hernán Benítez alertó a Evita en tal sentido, y le hizo ver el riesgo de caer en el fatal error de encaminar al peronismo por rumbos distintos de los de sus raíces cristianas. No sólo Benítez estuvo a su lado en Rosario, sino que al poco tiempo volvería sobre la cuestión y lanzaría sobre la "oligarquía" la acusación de haber querido sembrar cizaña entre el gobierno y la Iglesia.[49] Eso no quita que la devota oración pronunciada por Perón en Rosario sirviera para confirmar a ojos de varios prelados la impresión de que el régimen tenía una idea meramente instrumental de las funciones de la Iglesia. En ese mensaje, hizo notar Pedro Ara —el médico español que sería después el encargado de embalsamar el cuerpo sin vida de Eva—, Jesús parecía "un buen chico, precursor del peronismo".[50] Tal vez por eso, lanzó Ruffini unos días después una admonición contra los riesgos de un Estado transformado en Moloch, y volvió a poner con sumo tacto las cosas en su lugar, al declararse complacido de que los propósitos del gobierno argentino fueran acordes con la doctrina de la Iglesia.[51] Pero los más felices con la decisión de asistir finalmente al Congreso fueron los niños de Rosario, o al menos aquellos que tuvieron la buena suerte de poder acercarse a Eva, quien ocupó la mayor parte de su tiempo durante la ceremonia religiosa en distribuir entre ellos billetes de cien pesos.[52]

4. "El Estado soy yo"

La naturaleza de las ya consolidadas relaciones entre Eva y las instituciones del Estado no contribuyó por cierto a calmar la ansiedad existente en iglesias y cuarteles. Era ya evidente su enorme influencia, pero lo que a menudo sonó como una afrenta a quienes se consideraban obligados a velar por esas instituciones en nombre de la historia y del destino, del pueblo y de la nacionalidad —a fin de cuentas, los mismos lugares comunes que también Eva y el peronismo consideraban que era su misión proteger— fue que no perdiera oportunidad de exhibir esa influencia, y de expandirla. Muchos no podían soportar que fuera ella quien entregara los diplomas que consagraban el mandato constitucional de diputados y senadores; y aun menos que el presidente de la Cámara de Diputados la gratificara con un

brazalete tachonado con catorce piedras preciosas, una en representación de cada rasgo del poder peronista.[53] No se trataba aquí de una herida al sentido estético, sino a la dignidad del Estado y de las instituciones; con esas acciones, Eva confirmaba tener de ellas un concepto patrimonialista, como si las estructuras del Estado fueran un botín del que el peronismo se hubiera apoderado y con el cual, en razón de ese apoderamiento, tuviera derecho a hacer lo que mejor le pareciera. Corroborando tal actitud, obtuvo del Congreso la aprobación del proyecto peronista de amnistía a las mujeres infractoras a la ley electoral, que, mal registradas en los padrones, corrían el riesgo de no poder emitir su voto; amnistía que los radicales no lograron, como pretendían, hacer extender a otros tipos de infracciones.[54]

Esos temores alcanzaban proporciones gigantescas al ver que los límites entre gobierno, partido peronista, CGT y Fundación se habían vuelto ya imperceptibles. Sobre todo en las provincias, esas instituciones podían ser asimiladas a meras divisiones funcionales de un mismo aparato. Típico en ese sentido fue el caso de Salta, donde, aparte de otras numerosas contribuciones, la Fundación exigió del gobierno local, ya afligido por graves problemas financieros, la entrega de una considerable suma de dinero para adquirir bienes que serían distribuidos entre los más necesitados. E igualmente típico fue que Eva se dirigiera por la prensa a los afiliados del partido, para invitarlos a inscribirse en el sorteo de las casas del Barrio Evita, y que los interesados en obtener más información acudieran entonces a la sede del partido femenino o a la CGT.[55] Y así por el estilo, en una amplia estructura de vasos comunicantes controlada por Eva. Desde comienzos de 1951 fue, por otra parte, práctica habitual que las mujeres que debían inscribirse en el padrón electoral, separado del de los varones, cumplieran ese requisito en los locales del partido peronista femenino, que de ese modo se apropiaba de funciones específicas de la potestad del Estado.[56] El caso de Salta podría precisamente considerarse emblemático de la inclinación de Eva por emplear a los hombres que en tan grande número había situado en puestos de mando de las provincias a manera de ganzúas para violentar los demás aparatos públicos imponiendo, por medio de ellos, su propio peronismo. Carlos Xamena, impuesto por Eva como primer obrero que ocupaba el cargo de gobernador salteño, solicitó del gobierno nacional, apenas llegado al poder, la intervención federal al Poder Judicial de su provincia, para ponerlo en sintonía con la Constitución.[57] A continuación, puso su propio gobierno al

servicio de la Fundación y de la CGT. Por otra parte, lo que sucedía en las provincias no era otra cosa que la repetición en pequeño de lo que tenía lugar a gran escala en el ámbito nacional, donde, por ejemplo, el presidente de la Corte Suprema no vacilaba en homenajear oficialmente a Eva como si ella fuera otro poder del Estado, con alabanzas tan exageradas que rayaban en lo pintoresco.[58] Por disposición constitucional, los jueces debían obtener aprobación del Senado, y Eva tenía poder suficiente en éste para decidir acerca de sus destinos. Hacía ya tiempo que la división de poderes se había vuelto un simulacro.

Como siempre, más que los análisis complejos son los pequeños ejemplos los que brindan un cuadro más exacto de cualquier situación; en este caso, del Estado patrimonialista al que Eva estaba dando forma. En la Argentina de 1951, sedienta de divisas fuertes, regía el control de cambios, con cupos para la importación de determinados productos, por ejemplo automóviles. Así lo establecía una ley del gobierno peronista que, sin embargo, no regía con Eva, cuya legitimidad era de orden moral y espiritual y, en consecuencia, perteneciente a una esfera superior a la de la legislación positiva. Eso le dio la posibilidad de usufructuar el gran privilegio de manejar el lucrativo negocio de importación de automotores. Se sirvió para ello de la preciosa ayuda de Jorge Antonio, hombre de negocios de probada fe peronista que se hizo rico merced a esas transacciones.[59] De más está decir que fue Eva en persona quien se ocupó de la distribución de automóviles para el servicio de taxis entre quienes ejercían o aspiraban a ejercer esa actividad, y que obtuvo de ellos más devoción que nunca. En el mismo sentido puede ser válido otro ejemplo, proveniente esta vez del ámbito jurídico. Forma parte del anecdotario peronista la historia del juez a quien Eva telefoneó para felicitarlo por haber fallado en contra de la Fundación, en una demanda promovida por un trabajador:[60] como si pudiera considerarse normal que alguien se comunicara con los magistrados para expresarles lo que opinaba de sus sentencias, dando así otra prueba de los enormes condicionamientos a los que la justicia se veía sometida.

5. El límite invisible: la política exterior

Las dulces palabras con las que la prensa peronista saludó a Edward Miller en 1950, y el sol que por cierto tiempo pareció brillar sobre las perspectivas de las relaciones con los Estados Unidos,[61] no fueron en realidad indicios de ningún cambio en la

“política exterior” de Eva. Su objetivo seguía siendo exportar el peronismo, adonde y como fuera; en otros términos, peronizar el mundo, tal como estaba peronizando la Argentina. Y si no se podía con el mundo, peronizar al menos la América latina. Las ventajas serían para la grandeza del régimen, naturalmente, pero también para su gloria personal. En este ámbito, como en otros, Evita siguió actuando como si el poder suyo propio y el de la Argentina no conocieran ningún límite, o como si los límites que de cuando en cuando se presentaban pudieran ser superados mediante un mero ejercicio de voluntad. El problema radicaba en que los límites que ella no veía estaban muy presentes y eran infranqueables, y en que no alcanzaban las dosis masivas de ideología o alguna generosa contribución para suprimirlos. El mundo era así, con sus relaciones de fuerza, sus jerarquías, sus ataduras e imposibilidades. No solamente estaba limitada la capacidad argentina de alzar la voz en ese mundo, sino que además se iba reduciendo con el paso de los años, sobre todo en relación con el período de la posguerra inmediata, cuando sus cereales y sus reservas de dinero habían puesto en sus manos los varios comodines que a continuación usó, y que ya no podía volver a utilizar. No ver esos límites, o no querer admitir su existencia, seguir manejándose como Eva continuaba haciéndolo, con la pretensión de superar las vallas a fuerza de fanatismo peronista, podía aportar algún leve éxito y permitir incluso alguna enfática campaña de prensa, dirigida a reverdecer viejas glorias del nacionalismo peronista. Lo que no se podía ya lograr por esos medios era mejorar las condiciones internacionales de la Argentina. En todo caso, tales acciones corroían aun más la ya precaria imagen —soportada desde la época de la guerra— de país no digno de confianza, y terminaban de corroborar las bien fundadas sospechas de que lo que movía realmente al peronismo era una intrínseca ambición hegemónica.

Los ejemplos en este sentido no tendrían fin. No parecía ser la mejor manera de practicar el reverenciado principio de la no intervención en los asuntos de otros Estados, recibir con gran pompa, fastuosos banquetes y encendidos actos políticos a numerosas delegaciones brasileñas, en momentos en que el Brasil se encaminaba a las elecciones y era evidente que uno de los candidatos, Getúlio Vargas, contaba con el apoyo del gobierno peronista. Sobre todo, si Eva salía a aconsejar que se eligiera “el camino recto”, y saturaba de propaganda peronista a las delegaciones visitantes.[62] Como es natural, los representantes

brasileños se iban muy contentos con Eva y el régimen argentino. Tampoco puede negarse, por otra parte, que ella en esta ocasión estaba jugando al caballo ganador: Vargas ganó las elecciones. Sin embargo, una diplomacia tan invasiva no era precisamente un argumento para hacer crecer la confianza de los vecinos hacia la Argentina.[63] Por otra parte, la idea de que el triunfo de Vargas, y el de otros que podían considerarse admiradores de Perón, fuera el antecedente directo de una primavera peronista en América latina se reveló muy pronto ilusoria.[64] Así, en el caso del chileno Ibáñez es significativo que Eva lo llevara en dos oportunidades a visitar las obras de la Fundación —respecto de las cuales recibió de él los habituales cálidos elogios—, para ver después, una vez electo el candidato, que no todo iba tan bien como se había imaginado el gobierno peronista.[65] Desde luego, la orden cursada por Eva a sus delegadas en la Patagonia, de facilitar la obtención de la ciudadanía argentina por las chilenas residentes, con el fin de que pudieran votar también por el peronismo,[66] no podía caer muy gratamente en Chile. Un caso similar fue el del paraguayo Federico Chaves. En su visita a Buenos Aires para el centenario del deceso de San Martín fue tratado como un príncipe por Eva; él, a su vez, se deshizo en hiperbólicos elogios, y hasta manifestó su intención de tomarla a ella de modelo.[67] Puede que en la ocasión haya sido sincero, pero no por eso hizo ademán de treparse con armas y bagajes al carro del peronismo. Lo que hacía era halagar a un país que podía generarle problemas si se decidía a prestar ayuda a los opositores a su gobierno que recibían hospitalidad en su territorio. Y la cosa no paró allí, porque después de tocar un poquito la flauta en la Argentina se aprestaba a tañer también el instrumento brasileño, y después el norteamericano. La embajada argentina en Bogotá, fortalecida por la ayuda que la Fundación había mandado a Colombia, no tuvo mayores dificultades en obtener condecoraciones para Eva y Perón. Sin embargo, las relaciones bilaterales eran ya muy tensas y lo siguieron siendo, al menos, mientras el gobierno argentino cortejó ostensiblemente al general Odría, presidente del Perú; Eva recibió con todos los honores a la esposa de Odría, que a cambio de tal distinción formuló el compromiso de emularla.[68] Sin embargo, el Presidente peruano viró a un claro acercamiento con Washington, y hasta llegó a escarnecer a Perón y a Eva.[69] Ésta logró que fuera nombrado embajador argentino en Ecuador el anterior agregado obrero a la embajada en Suiza, un hombre que se enorgullecía de haber sido lustrabotas hasta poco antes. No parece, sin embargo, que en

Quito tomaran tal nombramiento como un gesto de consideración: demoraron largamente la concesión de la condecoración que Eva esperaba (cuando al fin llegó, su ánimo susceptible la llevó a que se hiciera rogar bastante antes de aceptarla)[70]. Las cosas parecieron marchar mejor con México, tanto para Eva como para el gobierno: hubo reconocimientos y homenajes de las autoridades y de los sindicatos.[71] Pero tampoco con México parecía aconsejable apretar demasiado el nudo corredizo, en los esfuerzos por atraerlo al juego de la diplomacia peronista. El gremialismo de ese país se mostraba dividido respecto de la actitud a adoptar ante la CGT argentina, y el gobierno no quería oír hablar de frentes antinorteamericanos.

Eva entonces optó más que nunca por apostar a la diplomacia sindical para expandir la influencia del peronismo más allá de las fronteras. Eso significaba emplear a la CGT para atraerse dirigentes y militantes del sindicalismo, provenientes de la mayor cantidad de países que fuera posible. Con ellos se podría gestar una confederación continental de trabajadores con hegemonía argentina. Lo que el dirigente Luis Morones refirió a sus pares, de retorno de la Argentina a fines de 1950, constituye un fiel espejo de los proyectos en marcha. Indicó el gremialista mexicano que había tomado parte, como integrante de un grupo de 77 delegados de diecisiete países, en los trabajos de elaboración de la estrategia que daría nacimiento a una nueva central sindical, opuesta tanto a la de orientación comunista moscovita, que conducía Vicente Lombardo Toledano, como a los “Sindicatos Libres”, que por cuenta del Departamento de Estado norteamericano inspiraba Serafino Romualdi. Los trabajos se habían desarrollado con la guía de José Espejo, el hombre de Eva en la CGT, y la misma central sindical argentina se había hecho cargo de brindar hospitalidad a todos los delegados. La nueva central sería de orientación peronista y su conducción estaría en manos de la CGT argentina, aunque para guardar las apariencias el proceso en marcha continuaría en otras sedes distintas. Eva puso grandes expectativas en ese proyecto, al que tanta importancia asignaba. No por casualidad, sus portavoces en la conferencia obrera que se celebraría en la ciudad de México, en julio de 1951, serían dos estrechos colaboradores suyos, Isaías Santín y Armando Cabo.[72] De la importancia que asignaba a ese proyecto, en el último año de su intensa historia política, se dieron clara cuenta los numerosos delegados obreros reunidos en Buenos Aires, a los que Eva arengó en la habitual comida en el Hogar de la Empleada, que

era ya algo así como su Residencia de Extranjeros.[73]

La estrategia parecía plausible aunque, desde luego, estaba llena de contraindicaciones. Ante todo, hacer hincapié en las relaciones sindicales causó un sinfín de fuertes tensiones con gobiernos a los que el régimen argentino quería tener de amigos: en muchos casos, la diplomacia obrera no pareció hacer buenas migas con la diplomacia política. En segundo lugar, la acción sindical argentina fue tomada en muchos casos, incluso en ámbitos obreros, como una estrategia expansionista de la Argentina peronista, una suerte de ramificación subimperial que constituía un atentado contra la soberanía del país receptor, lo cual produjo reacciones de rechazo.[74] En tercer término, al conferir a los sindicatos un papel internacional de tanta importancia, Eva dio nuevo aliento a las presunciones de quienes pensaban que ella estaba abriéndole las puertas al comunismo. Esas sospechas recibían más crédito por el papel que en la citada estrategia tenían algunos dirigentes sindicales de origen marxista, pero sobre todo por el virulento enfrentamiento con los Estados Unidos que pronto tiñó a toda la diplomacia sindical. Por último, lo que hacía esa estrategia era volver a proponer, robustecida, la misma camisa de fuerza en la que Eva y su poder tenían ya sujeto al régimen: le garantizaba popularidad haciendo tremolar las banderas del nacionalismo, pero al mismo tiempo le ponían palos en las ruedas al bloquearle los accesos a Washington, ahora tan necesarios. De esa manera, limitaba la libertad de acción política de Perón y exacerbaba los niveles de conflictividad ya existentes entre los distintos sectores del régimen peronista.

Con tantos y tan importantes problemas, la ya precaria relación entre Evita y el canciller Paz —basada en un malentendido implícito, o en un cálculo mal concebido del funcionario— no podía salir indemne. Eva, después de librarse de la traba de Bramuglia, había considerado que podía disponer a placer de ese ministerio clave. Paz, por su parte, apretaba los dientes y toleraba las pesadas exigencias, tratando de contener como mejor podía sus perjudiciales efectos. Uno de sus principales propósitos era, precisamente, limitar la diplomacia sindical que a él, nacionalista católico de buena familia y de tendencias moderadas, le hacía muy poca gracia. Sucedió entonces que la prensa peronista cubrió de un impenetrable manto de silencio la muy positiva misión cumplida por Paz en Lima, en septiembre de 1950. Volvieron a sonar las mismas alarmas de los tiempos de Bramuglia, y todos comprendieron que Paz estaba cerca de la defenestración.[75] Es

probable que él fuera consciente de hasta qué punto se venía deteriorando su situación; tal vez por eso hizo poco después el intento de neutralizar los ataques, quemando incienso a la figura de Eva en presencia del cardenal Ruffini.[76] En las embajadas argentinas, todo el mundo parecía estar muy al tanto de lo que convenía decir en los despachos que se cursaban a Buenos Aires.[77] Una muestra del clima que imperaba fue dada por el general Silva, aquel orgulloso nacionalista que en otra época se había batido contra la injerencia política de Eva. Ahora, nombrado embajador en España, consideró su deber trazar, en presencia del bienamado caudillo, la condición "providencial" de la Primera Dama argentina.[78]

CAPÍTULO 11

Eva, la (vice) presidente

El tema de la fracasada candidatura de Eva a la vicepresidencia, que desembocó en los confusos episodios del Cabildo Abierto peronista de agosto de 1951, es uno de los que más han impresionado a historiadores y literatos, a realizadores de documentales y de películas de argumento. Hay en esta cuestión una inevitable cacofonía, plagada de agudos y de chirriantes salidas de tono. Haber llegado a este punto de la biografía política de Eva, con la situación contextual bien desplegada, es la mejor manera de orientarse en ese laberinto de hechos, destinados en gran parte a permanecer en la condición de impenetrables. Conviene tomar la cuestión desde atrás, y llegar hasta ella por distintos caminos. Ese remontarse atrás se debe a que en numerosos despachos de correspondencia diplomática hacía tiempo que venían registrándose huellas de la pugna de Eva por alcanzar un cargo electivo. Entre esas huellas asoma incluso la no tan aventurada hipótesis de que ella en realidad apuntaba a la presidencia. Las señales se hicieron más frecuentes tras la reforma constitucional, sobre todo a partir del momento en que quedó evidenciado el ímpetu con que Eva trataba de librarse de quienes podrían tener aspiraciones de suceder a Perón o de integrar con él la fórmula. El asunto, en suma, estaba en el aire, y desde bastante tiempo atrás. Por esa razón, sostener que Eva no aspiraba a ocupar ningún cargo porque, a fin de cuentas, tenía ya todo el poder que podía desear, y porque la obtención formal de una dignidad específica le impondría ciertos límites,[1] es una elucubración razonable en abstracto, pero que no se apoya en los hechos. Ya hemos visto repetidas veces que Eva asignaba gran importancia a los reconocimientos formales; y a la luz de su biografía es además poco verosímil la idea de que respetaría los límites que le impusiera un cargo oficial.

Decíamos, sin embargo, que conviene abordar este problema de la candidatura de Eva a través de distintos caminos, lo cual implica que no nos limitemos al de la designación formal. En parte hemos estado recorriendo ya esos caminos; por ejemplo, al examinar la campaña política a la que se dedicó desde mayo de 1950. Por otra parte, la gran exposición sobre Eva y su labor de ayuda social organizada en la Subsecretaría de Informaciones a fines del mismo año, y pronto trasladada al Casino de Mar del Plata, como para que los argentinos pudieran admirarla durante las vacaciones,[2] asumió todo el aire de campaña política diseñada con algún objetivo preciso. A ese abanico de hechos se añade, ya desde fines de 1950, la tempestad que venía preparándose sobre *La Prensa*, el diario que se había quedado solo en la oposición al régimen peronista. A diferencia de Perón, quien repitió más de una vez que no se preocupaba por ese periódico, era bien sabido que Eva lo odiaba.[3] Y fue precisamente ella quien, en una aceleración de los tiempos destinada tal vez a compensar el *shock* causado por la huelga ferroviaria, se convirtió en protagonista del ataque final a *La Prensa*, que obligaría al diario a ceder. El mismo día en que habló a los ferroviarios, en ocasión de la firma del acuerdo que ponía fin a las medidas de fuerza, Eva tuvo también un encuentro con dirigentes del sindicato de **canillitas*, vale decir, de los vendedores de diarios y revistas. Poco tiempo después, éstos plantearon a *La Prensa* tan desmedidas reivindicaciones que enseguida dio la impresión de que había allí un conflicto artificialmente creado.[4] Más que de una controversia laboral parecía tratarse de un boicot político, contra el cual se movilizaron los propios trabajadores del diario. Empero, su intento de sacar la edición a la calle fracasó por la violencia de los "huelguistas". En el debate en el Congreso terminó de caer la máscara de conflicto gremial. En la Cámara de Diputados, los legisladores fieles a Eva lanzaron contra el diario la imputación por la que querían hacerle pagar: uno de ellos lo acusó de no haber querido reconocer que ya no había espacio más que para una sola bandera, que "hay un solo jefe".[5] Más allá de la declarada hostilidad de Eva contra lo que quedaba de prensa opositora, que se ejerció también contra *La Voz del Interior*, la dramática escasez de papel para imprimir que afligía también a la prensa peronista debe haber sido otro incentivo para poner el lazo al cuello de *La Prensa*.[6] El diario concluyó tristemente su trayectoria pasando a manos de la CGT, lo que equivale a decir de Eva.

La Prensa era para Eva una fastidiosa espina, que convenía

sacarse de encima en vista de las elecciones. Mercante en cambio amenazaba ser otra cosa, de importancia mucho mayor. En efecto, su candidatura seguía en pie, y era de prever que ella y él se enfrentaran en el duelo final. Un ejemplo previo había sido el caso de Balbín, que para satisfacción de Eva estaba ya entre rejas en la provincia gobernada por Mercante. Tal agrado se debía sobre todo al hecho de que el desacato de Balbín, que le había valido una condena a cinco años, había tenido en la mira más a ella que a Perón.[7] Para Mercante, por el contrario, la detención del líder radical constituía ya una obsesión de la que debía liberarse, aunque más no fuera mejorando las condiciones en que se encontraba detenido.[8] Esa actitud irritó a Eva, y al mismo tiempo fue tan embarazosa para el gobierno central como para inducir a Perón a indultar al preso. Un terreno en el que se desarrollaría otra de las facetas del generalizado conflicto de Eva con Mercante fue la tensión con La Fraternidad, que no había disminuido al concluir la huelga ferroviaria de enero. Por lo menos, así debe haber interpretado

Eva la decisión del gremio de maquinistas de no movilizarse en pro de la candidatura para la reelección de Perón. Esa actitud llevó a la CGT a desalojar a los dirigentes de La Fraternidad de la sede del gremio, incluso con la intervención de bravucones enviados por la Fundación, y a reemplazarlos por peronistas confiables, fieles a Eva.[9] Así siguió, sobre todo en la provincia de Buenos Aires, la lucha de Eva contra Mercante y sus seguidores; sólo concluiría cuando ella —bajo la mirada no precisamente sorprendida de los observadores más atentos—lograra por fin imponerse.[10]

1. Reelección y muerte[11§]

A la luz de estos acontecimientos, del contexto y de toda la historia de Eva hasta esos momentos, ya podemos considerar su candidatura a la vicepresidencia. La versión más difundida y obvia pretende que Eva la quería, y que por eso montó una campaña para imponerla un poco a todo el mundo: a los enemigos y también a Perón. Por lo demás, gran parte de la política argentina había pasado a estar en sus manos.[12] Una versión menos conocida pero ciertamente atractiva presenta las cosas bajo otra luz. Según ese supuesto, la candidatura de Eva fue un genial simulacro, un recurso para recrear en el peronismo la unidad y la tensión populares que el movimiento venía perdiendo, y que tomarían

nuevo vuelo con el desinteresado ejemplo de la “renuncia” de Eva a esa distinción. Una “renuncia” planificada y fingida, como la propia candidatura; sólo que el vuelo que tomó en el acto de realizarla ante el *Cabildo Abierto* hizo que escapara al control de los mismos que habían urdido la maniobra.[13]

La hipótesis es tan ingeniosa, y tan convincente de a ratos, que da ganas de suscribirla. Sin embargo, aparece abstracta en exceso, y es indudable que se desarrolla a partir de presupuestos que contradicen todo cuanto hasta ahora sabemos. Una estrategia de esas características exigiría que no solamente entre Perón y Eva —cosa ya de por sí problemática— sino también en todas las demás instancias del peronismo (partido, gobierno, sindicatos) reinaran tal cohesión y tal armonía de iniciativas que hicieran posible que todos juntos, durante largos meses, llevaran adelante ese refinado accionar, y que lo impulsaran de modo tan eficaz en todas partes, por la prensa, en los actos callejeros, en los lugares de trabajo, que pudieran lograr así engañar por completo a todo el mundo. El genial director de tal estrategia no sería otro que Perón, dueño de una sensibilidad tan permeable a los estados de ánimo cambiantes del país y al pulso del peronismo que le permitiría para exacerbar o adormecer las expectativas según necesidades. Aun con sus puntos flojos, esta hipótesis debe ser evaluada con atención, aunque esto no se corresponde al mero hecho de que en los importantes discursos que Eva pronunció ese año hablara de la “renuncia” como una virtud, al referirse a la misión que ella misma se había asignado; y ni siquiera a que haya afirmado, en las clases que impartió en la Escuela Superior Peronista, que no deseaba cargos. Sus discursos habían estado siempre repletos de alusiones a las virtudes cristianas de la “renuncia” y de la “humildad”, consecuencia de la ya aludida formación de quienes los inspiraban o redactaban. Por lo demás, otro que siempre declaraba repetidamente su “desinterés” por los cargos era el propio Perón, que al fin terminaba aceptándolos para honrar “la voluntad del pueblo”. Y en boca de los funcionarios de aquel régimen, que gustaba de exhibir una tan contrita moral católica, aparecían con frecuencia palabras de “renuncia a las tentaciones de la vida”, virtud que en verdad era más predicada que practicada.[14] Además, el postulado de que Eva tenía de entrada asignado un papel específico en un plan de acción que debía desarrollarse en ese año electoral, y que ese papel fuera nada menos que “la renuncia”,[15] desentona bastante de todas las acciones desarrolladas por ella hasta ese momento. Más bien era la

propia Eva quien distribuía los papeles en esos casos, y nunca hasta entonces se había atribuido a sí misma el de renunciante.

La cuestión difícilmente tenga solución. ¿Quién podría demostrar, con documentos irrefutables en mano, cómo se desarrollaron en realidad las cosas? Por fortuna ni lo que Eva quería o no quería ser ni el "papel" que pudiera haberle asignado Perón son los aspectos más importantes de la campaña electoral; sobre todo porque, hipótesis por hipótesis, la biografía de Eva nos induce más bien a situar su interés por la vicepresidencia en un trasfondo muy diferente. Es cierto que ese cargo anodino no merecía tantos ímpetus, pero tampoco sería posible dejar de lado el hecho de que, en un régimen tan intensamente personalista, quien lo ocupara sería el sucesor potencial de Perón. En ese marco, el interés de Eva por la vicepresidencia debería ser considerado como lo que era: el paso decisivo para llegar a la primera magistratura del país. Se trata de una hipótesis que más de uno formuló en su momento, y que más que ninguna otra cuadra con la índole del personaje. Pero además decíamos que lo que realmente interesa está en otra parte. Radica, en efecto, en las dinámicas políticas que comenzaron a operar en esos meses en torno a Eva y sus expectativas, verdaderas o fingidas. Tales dinámicas pueden decirnos mucho sobre lo que por entonces había llegado a ser el peronismo, y sobre la forma en que había sido moldeado por Eva. Conviene, pues, seguirlas.

Ante todo no parece casual que justamente Eva, en nombre del partido femenino, comenzara la campaña por la reelección de Perón en una fecha tan temprana como febrero de 1951, en el curso de un encuentro que su diario definió "un acto histórico".[16] La lógica indica que hubieran debido ser las dos ramas del partido, la masculina y la femenina, las que "invistieran" a Perón del ropaje de candidato. No fue así, sin embargo: Eva se ocupó de hacerlo. ¿Estaban actuando los dos? Lo más probable es que no: se trataba de espacios y funciones que Eva tenía a su cargo hacía ya mucho. Allí se cerró, en concreto, la competencia por la candidatura peronista, si es que alguna vez había existido, y se abrió la de la vicepresidencia, que infundía a Perón el temor de que pudiera desencadenar una guerra entre bandas en el peronismo. Según la versión que hemos visto, ese temor podría haberlo llevado a manipular la candidatura de Eva y su consecuente renuncia, para obligar a todos a la unidad. Si las cosas fueron realmente así, esas bandas deben haber procurado apoderarse de Eva para hacer de ella "su" candidata. Admitiendo

eso, el primer y enérgico discurso pronunciado por Eva se presta a varias lecturas. En efecto, al declarar que las mujeres del partido querían sólo a Perón, y garantizar que no apoyarían a **caudillos* de ningún tipo, Eva asumía el papel que ya hemos indicado: abogar por la unidad y la disciplina en torno a la figura de Perón, formulando una advertencia a quienquiera que abrigara intenciones de salir en busca de la vicepresidencia. No por casualidad, Perón la cubrió de los más cálidos elogios y reconoció en ella "la clarividencia de los conductores", cosa que no solía hacer en público.[17] Sólo que, al adoptar esa actitud, Eva se erigía en irreemplazable garante de esa unidad y disciplina y, en consecuencia, se convertía en la candidata ideal para el mismo cargo, que tantas rivalidades amenazaba desatar. Entre su poder y el de Perón subsistía el mismo tipo de vinculación que desde el principio había hecho de su relación una asociación de carácter político. Por eso es que, transcurrido apenas un día desde el acto en el que ella había "ungido" a Perón, también resultó a su vez "ungida" a la vicepresidencia. Esa unción provino primero de un grupo de periodistas, tras los cuales, en aquella Argentina, era insoslayable presumir una intervención de Apold —con quien, recordemos, Evita se veía cotidianamente—, en carácter de director general. Después hizo lo mismo cierto caudillo de barrio, y por fin la CGT.[18] A comienzos de marzo se multiplicaban las manifestaciones peronistas en las que se proclamaba la fórmula Perón-Eva Perón para las elecciones presidenciales; las hubo en Paraná, Córdoba, San Juan, Tucumán y otros puntos.[19] Los nexos exactos entre todos esos episodios que se superponían no están del todo claros; lo que sí está ausente de todos ellos es la casualidad.

En adelante, la candidatura de Eva se parecería a una bola de nieve, pequeña al principio, que al descender por una ladera termina por convertirse en alud y arrolla todo lo que hay a su paso. La diferencia es que ese alud tenía que esquivar ciertos obstáculos, que no faltaban en el camino de Eva. Para la formación de tal avalancha, Eva no se valió tanto como de costumbre de su sinfonía de periódicos adictos, casi como si pretendiera dar a entender que era "el pueblo" y únicamente "el pueblo" el que la deseaba en ese cargo. Vale decir, que seguía siendo la "humilde" mujer de siempre, a la que ahora el "pueblo" exigía un sacrificio. ¿No era acaso una táctica aprendida de Perón? Por "el entusiasmo popular", lo que quiere decir por unanimidad de los presentes, fue designada presidenta de la Conferencia Internacional de Seguridad Social que se celebró en Buenos Aires,

una de las tantas distinciones a las que no se aplicaba la moral del *renunciamiento*. Allí, tras la sobria intervención de Perón, su violenta arenga impresionó a los observadores no habituados.[20] Todo se desarrolló, esta vez sí, en medio del "delirante movimiento" registrado por la prensa peronista, que siguió las alternativas del encuentro en tono de campaña electoral.[21] Por otra parte, el clima de aquella conferencia podría dar la medida de la glorificación de Eva. No solamente los numerosos delegados argentinos rivalizaron en rendirle fervientes homenajes, sino que también los huéspedes latinoamericanos elogiaron su "tierna dulzura", su "voluntad indomable", su "espíritu sereno" y hasta su "sonrisa milagrosa".[22] De la conferencia surgió la iniciativa de elevar a la consideración de las Naciones Unidas el texto de los Derechos del Trabajador, a su tiempo proclamados por el régimen. Eva se cubrió así de gloria y, sobre todo, cementó sus relaciones con la CGT, la más entusiasta partidaria de su candidatura a la vicepresidencia. Aquel "entusiasmo popular" era el marco habitual con que la recibían en cualquier lugar adonde se dirigiera, pero sobre todo en los congresos sindicales. Se convirtió en norma la ejecución sucesiva, en su presencia, del Himno Nacional, la *Marcha peronista* y *Evita capitana*, la nueva pieza que le había sido dedicada.

Mientras que esos episodios constituían el lanzamiento de su candidatura en el país, el hecho que pareció pensado para crear de sí ante el partido una imagen de estadista y de ideóloga fue el ciclo de disertaciones sobre la historia del peronismo, que Raúl Mendé redactó para ella y que Evita leyó a los alumnos de la recién inaugurada Escuela Superior Peronista.[23] No puede decirse que en esas disertaciones se saliera del cauce habitual: constituyen un compendio de la visión organicista del mundo que siempre había expresado Eva, de la que se hallaba impregnado su sentido común. Sólo que los tonos eran más exacerbados, si cabe, y campeaba a través de ellos un aura de misticismo que no sabemos hasta qué punto atribuir a la angustia que le provocaba su enfermedad; salvo por esos matices, nada había de nuevo o diferente en esa ideología, de la que era portavoz y encarnación viva. En sus lecciones, lo mismo que en sus discursos, siguió contraponiendo al "pueblo", entendido como comunidad orgánica, armónica y homogénea, con el marxismo colectivista y el capitalismo explotador, los dos demonios del peronismo.[24]

2. Perón o Eva

La más grande dificultad que debe afrontar quien trate de entender lo sucedido durante la larga campaña electoral para las elecciones de noviembre es, como siempre, la planteada por la relación existente entre Perón y Eva. El problema, en todo caso, no se plantea a quien juzgue que Eva era un mero instrumento en manos del astuto presidente: cada acto de ella aparecerá entonces como parte de la estrategia política de Perón. La cuestión alcanza su verdadera complejidad para el que estima que esa versión de Eva como instrumento no se sustenta, porque el gran poder acumulado por ella hace poco verosímil que no alcanzara, además, una autonomía considerable. Mirando así las cosas, el camino a las elecciones parece un acertijo ante el cual Perón y Eva coinciden en cuanto al objetivo principal, el triunfo del peronismo. En lo demás, ya no encajan uno en el otro, y entran en competencia respecto de la inevitable pregunta siguiente: ¿cuál peronismo? Lo quisieran o no, a esa altura, Perón y Eva representaban dos ideales de peronismo no precisamente equivalentes, detrás de los cuales se alineaban fuerzas concretas: obreros, militares, empleados, profesionales, productores rurales, clérigos, estudiantes y otros. Muchos han creído que el moderado corporativismo del peronismo de Perón y el obrerismo maniqueo del peronismo de Eva eran recíprocamente complementarios. No parece que lo fueran, si se tienen en cuenta las crónicas tensiones existentes entre los dos; pero aun si lo hubieran sido, su complementariedad cesaba por el hecho de que el desafío electoral los obligaba a medir sus respectivas fuerzas, en vista de un segundo período presidencial en el que la torta de la que hasta entonces habían vivido ya no estaría disponible en la misma forma.

Ésa es, pues, la lente que hay que llevar en mano al acercarse a los turbulentos hechos que culminaron en el célebre **Cabildo Abierto*. Entre esos episodios es preciso considerar los hechos que estuvieron evidentemente relacionados con él, pero también los que en apariencia no guardaban nexo alguno. Uno de éstos fue la nueva visita de Edward Miller a Buenos Aires, un año después de la primera. Se ha supuesto erróneamente que Miller volvía convencido de que Eva se había convertido en amiga de los Estados Unidos.[25] En realidad, lo que Miller captó fue el intento de Eva —más que nunca en actitud de estadista en ciernes— de *aparecer* como la buena amiga de los Estados Unidos, lo que es bastante diferente. Al mismo tiempo, Miller la vio incapaz de comprender la importancia que el gobierno norteamericano

asignaba a las libertades civiles, o hasta qué punto perjudicaban a las relaciones bilaterales ciertas actitudes como la clausura y confiscación de *La Prensa*, juzgada por Washington el peor golpe sufrido en la Argentina por tales relaciones desde el fin de la guerra, y una prueba definitiva de que era Eva quien en gran medida las condicionaba.[26] No lo tranquilizó gran cosa al decirle Eva que los sindicatos argentinos eran libres, y que los problemas de *La Prensa* serían resueltos en adelante por los "muchachos nuevos", los de la CGT, que empezaron la tarea desplegando en el antiguo edificio del diario grandes retratos de Perón y Eva.[27] A un hombre como Miller, ducho en política internacional, menos todavía podía convencerlo la estrategia del garrote y la zanahoria: lanzar duros ataques contra los Estados Unidos por la prensa[28] para discutir después, apenas los Estados Unidos mostraran buena predisposición hacia la Argentina, la posibilidad de postergar el debut de la central sindical peronista en América latina, o practicar una suerte de canje entre libertades civiles y relaciones económicas. Sobre todo porque, como observaba la embajada estadounidense en Buenos Aires, los argentinos "nos necesitan más a nosotros que nosotros a ellos".[29]

Si bien lo que Eva dijo a Miller es de por sí emblemático de la manera en que ella seguía firme en su postura absolutamente impermeable de dar un paso hacia los Estados Unidos, hay otra cosa en esa visita que produce aun mayor impresión: la forma en que se desarrolló. A diferencia de lo que había sucedido el año anterior, y pese a los compromisos que se habían establecido en tal sentido, no le fue posible a Miller hablar con Perón a solas. Es más, en las comidas que compartieron estuvieron presentes tanto Eva como Cereijo (ella maltrató al ministro delante de todos, mandándole que se callara). La impresión que extrajo Miller —similar a la del canciller Paz, también presente, y que encontró inoportunas las ironías a las que se dejó llevar Eva—[30] fue penosa. Cabe imaginar que habría sido otra muy diferente si realmente hubiera sido Perón quien guiara con maestría aquella campaña electoral. Al norteamericano le pareció que ella estaba "firme en la montura", mientras Perón parecía a punto de perder el control, que de hecho ya había perdido en el caso de *La Prensa*, que acababa de escapársele de las manos. En fin, a Miller el Presidente argentino le dio la impresión de alguien que "tiene detrás de él un toro, y no sabe qué hará". Ese toro era Eva pero tal vez, si Perón cediera ante ella, llegaría a tomar la forma del ejército argentino.

Todavía faltaban varios meses para las elecciones, y Perón

estaba desde entonces entre el yunque y el martillo. Por un lado, Eva, en postura de candidata, había lanzado ya su campaña; por el otro, se hallaban los militares, que sin duda no permitirían esa candidatura. Por lo demás, él mismo había hecho comprender que le parecía inoportuna, y había indicado que Eva, tan hostil a la política, no era precisamente adecuada para ocupar cargos políticos. A su amigo, el embajador brasileño Luzardo, que el año anterior le había preguntado si Eva sería candidata a vicepresidente, Perón le había contestado que él no daría un centavo por la posibilidad de esa candidatura.[31] Nada de eso quita que Perón conociera, e incluso temiera, las ambiciones de Eva. Era un hecho que ella no había tomado nada bien la entrevista en la que Perón, ya en 1950, se había anticipado a decir que no podía ser candidata. Alguien que vivió muy de cerca esas instancias, y que en sus memorias muestra conservar sólo admiración respecto de Eva, es decir, el ministro Paz, formularía después la hipótesis de que si Perón había decidido no ceder su lugar a Mercante era porque estaba seguro de que terminaría ocupado por Eva.

El cuadro es confuso; sin embargo es posible dar, ya desde ahora, algunas respuestas a las cuestiones planteadas. Eva deseaba alcanzar la vicepresidencia,[32] y es probable que la viera como trampolín a la presidencia. Perón tenía conciencia de que, aun en el caso de que ella fuera apta para ocupar el cargo, cosa que no pensaba, su candidatura provocaría una reacción militar que pondría en peligro al régimen y más todavía al país, pues Eva podría recurrir entonces a las masas y encender la guerra civil. Esto debía ser visto como factible, si precisamente entonces aprovechó Eva la visita al país del príncipe Bernardo de los Países Bajos para hacerle un pedido de armas destinado a la CGT.[33] Y el último hecho remarcable es que entre Perón y Eva no había posibilidad de desarrollar una estrategia común; había entre ellos una sorda competencia, oculta tras el objetivo compartido de obtener la victoria electoral.

Se había ido haciendo claro que la proximidad de las elecciones llevaba a Eva y sus hombres a iniciar una ofensiva dentro del partido, dirigida a asegurar las riendas del poder en sus manos y a marginar a los moderados y los tibios. Uno de quienes lo notaron fue el embajador brasileño, a éste tampoco escapó el creciente poder que disfrutaba Héctor Cámpora, que además de presidir la Cámara de Diputados extendió el ámbito de su acción al partido, tanto en el orden nacional (el Consejo Superior) como en la provincia de Buenos Aires. En este distrito, la tarea que le había

confiado Eva era la de barrer con la influencia de Mercante.[34] El gobernador asistió impotente a la eliminación de sus hombres y después a la extorsión practicada en la Legislatura de la provincia por los fieles de Evita, decididos a sabotear la actividad parlamentaria bonaerense mientras ella no proclamara su candidatura a la vicepresidencia.[35] Incluso en el partido femenino, desde un principio firme en las manos de Eva, sintió ella la necesidad de apretar más las clavijas. Para tal fin envió a las provincias, con el cargo de inspectoras, a mujeres de su absoluta confianza, que en más de un caso tomaron parte activa en la campaña electoral.[36] Las candidaturas femeninas fueron al final menos de las que se había previsto, pero no debe pensarse que de esa manera se estuviera imponiendo algún límite al poder de Eva,[37] porque ella tenía muchos instrumentos para ejercer también control sobre las candidaturas masculinas. La relación de fuerzas reinante por entonces en el partido queda claramente evidenciada en la composición del cuerpo docente de la Escuela Superior Peronista, creada para formar cuadros de dirigentes. Era presidente Raúl Mendé, y entre los profesores estaban los que podían ser considerados la guardia pretoriana de Eva: Ángel Miel Asquía, Rodolfo Valenzuela, Armando Méndez San Martín y, por supuesto, Hernán Benítez. Todos ellos, salvo el ex jesuita, eran hombres "creados" por Eva. Ella misma se ocupó de destacar que la escuela era la fragua donde se forjaban los miembros de "su" partido; a tal extremo que, según anunció, se mudaría al nuevo edificio de la Fundación, todavía en construcción.[38]

3. La campaña de los milagros

Si el partido y la CGT eran movilizados para las elecciones, no cabía esperar otra cosa de la Fundación, que en efecto se movilizó también con sus setenta mil empleados. Fondos no faltaban, y no había nadie que estuviera facultado para emitir opinión sobre su uso. De hecho, el diputado peronista Visca trató de "materialista", incapaz de comprender los valores espirituales en juego, a cierto colega diputado radical que había pedido cuentas.[39] De algún modo, el episodio demuestra a qué cínicos extremos podía llevar el estereotipo del que estaba empapado el mundo ideal de la propia Eva, en una concepción según la cual la civilización cristiana y latina era espiritualista, en la misma medida en que sus enemigos eran egoístas y materialistas. Ante el malestar que serpenteaba en los sectores populares, donde más votos recogía el peronismo —

que además eran los que más sufrían los efectos de la crisis económica—, la misma Fundación inauguró, en marzo de 1951, las **Proveedurías Eva Perón*,[40] cadena de negocios que vendían mercaderías a precio fijo. Esta organización permitía matar dos pájaros de un tiro: por un lado, prestaba ayuda efectiva, bajo el taumatúrgico nombre de Eva, a quienes más la necesitaban; por otro, asignaba claramente el papel de chivos expiatorios a los comerciantes minoristas, un sector no muy inclinado a votar por el peronismo. Con el mismo criterio que expresaban las Proveedurías, incluso el de acción que podía favorecer la candidatura de Eva, a principios de agosto partió en su primer viaje al interior el tren *Eva Perón*, equipado por la Fundación para llevar asistencia sanitaria en nombre de ella. En relación con el incremento de la producción que de vez en cuando seguían mentando Perón y Eva, ella tuvo la idea de estimularla mediante métodos que eran bien conocidos en otras latitudes: la "invención" de premios para los trabajadores que se destacaran en la actividad productiva.[41]

La actuación de la Fundación y el impacto que su acción podía tener sobre una economía en dificultades constituían temas muy delicados de la campaña electoral. Ciertamente, la prensa no se hizo eco de la cuestión, pero en los discursos de Perón quedan huellas de las preocupaciones que suscitaba. El Presidente, como siempre, hizo gala de un inalterable optimismo. No obstante, creyó de su obligación acallar las dudas de una delegación de hombres de negocios californianos, que esperaba trajeran al país inversiones; les dijo que la Fundación era una obra de Eva, y sólo de ella: en suma, una asociación civil con la que el Estado no tenía "nada que ver". No había motivo para temer el papel que pudiera llegar a desempeñar, pues lo que hacía era seguir "el buen ejemplo de Estados Unidos", donde los que más tenían se acordaban a menudo de quienes se encontraban menos favorecidos.[42] Era una versión *for export*, y que poco se correspondía con la realidad de los hechos, que hablaban con claridad de los enormes privilegios que el Estado le confería continuamente a la Fundación, y sobre todo en esos momentos, cuando la mayoría peronista en el Congreso le transfirió la suma de 97 millones de pesos libres de impuestos, proveniente de los fondos que había debido pagar el Grupo Bemberg, y estableció además que la Fundación recibiría el dinero recaudado en concepto de multas por juego clandestino y una proporción de lo obtenido en apuestas hípicas.[43] Y hablando precisamente de negocios, el sector empresario era, por otra parte,

el que con sus generosas “donaciones” más contribuía a engrosar las arcas de la institución, mucho más que los trabajadores asalariados.[44] Así como resultó grata a los visitantes, la interpretación hecha por Perón debe haber caído mal a Eva, que concebía a sus obras como la antítesis cristiana de la explotación capitalista anglosajona. Como sea, el episodio revela la ansiedad que la omnipotencia de la Fundación despertaba entre aquellos a los que Perón procuraba atraer como socios económicos.

La propia prensa, que como hemos visto dejaba que la candidatura de Eva creciera por sí sola a través de otros canales, la apoyó con metodologías no precisamente subliminales, dirigidas a dar de ella una imagen de estadista. Y vaya qué estadista, habría que agregar: una actitud típica de esa campaña y, a la vez, de los límites grotescos a los que llegaba ya la competencia por quién era capaz de alabar más decididamente a Eva fue la forma en que *Democracia* trajo a colación una celebración a la reina Isabel la Católica.[45] La actitud asumida fue típica, por el audaz paralelo trazado entre Eva y aquella figura histórica —el cual venía a resaltar el terreno histórico y espiritual en el que la Primera Dama hundía sus raíces— y por el obvio mensaje que así enviaba en vísperas de las elecciones, ya que Isabel había reinado *con* Fernando el Católico, y no *sometida a él*. Y había sido, como se recordará que dijo Eva unos años atrás, en su visita al Escorial, más inteligente que él. De hecho, la Isabel que pintaba *Democracia* era una Eva *avant-la-lettre*. Su figura separaba la barbarie medieval de una nueva era “de la voluntad de los pueblos”, tal como cinco siglos después “otra mujer excepcional, esta vez americana” aparecería de manera providencial para “anunciar el advenimiento de una nueva era histórica”. Las dos, interpretaba el enfático tributo, eran devotas del ideal de Justicia, y estuvieron dispuestas a dar la vida por el hombre que amaban. Aparece aquí una evidente concesión a Perón, que quedaba un poco olvidado en esa exacerbación laudatoria de la figura de su esposa, y también a la familia tradicional, a la que nunca dejaba de invocar Eva como fundamento de la sociedad.

Parecería confirmar la intención de Eva de ser candidata, expresada con método y no a través de meros impulsos, el sorprendente cuidado con que trató de recomponer relaciones con la Iglesia. Estaba en curso una disputa imposible de soslayar, pero muchos de los colaboradores de Eva eran plenamente conscientes del peso de la institución eclesiástica en tiempos de elecciones. Se destacaba entre ellos Hernán Benítez, a cuya influencia cabe

atribuir la asistencia de Eva a la importante reunión de abril en la Dirección de Enseñanza Religiosa. En medio de la exacerbada tensión entre el gobierno y la Iglesia por la forma en que Méndez San Martín estaba dictando medidas para peronizar la acción de esa dependencia del gobierno, Eva destacó en la ocasión su apoyo a la educación católica; sin perjuicio, claro, de que la tensión existente se viera acentuada por los rígidos controles a la orientación política de los docentes de religión, controles que por expresa voluntad de Eva estaban a cargo del partido peronista femenino.[46] Por otra parte, entre quienes sostenían la causa de Eva estaba Leonardo Benítez de Aldama, que además de hermano de Hernán Benítez era subsecretario de Culto del gobierno.[47] Lo expresado no significa que tales acciones surtieran gran efecto; de hecho, nada cambió en el fondo en relación con el profundo foso que separaba a Eva de la Iglesia. Podemos estar seguros de que no fue precisamente grata a muchos obispos la resolución entonces adoptada por la Subsecretaría de Culto, de que todas las personas que cobraban sueldos en función de su relación con el Episcopado —sin excluir al clero— hicieran también su contribución a la Fundación, bajo la forma del equivalente de un día de trabajo.[48] La iniciativa tenía más de imposición que de sugerencia, porque la resolución que la contenía exigía de las autoridades de aplicación en el Episcopado la confección de listas de nombres de quienes habían contribuido, y de los montos con que lo habían hecho. Eso implicaba, claro, que quien se negara quedaría expuesto a muy previsibles represalias. Más allá de la "donación" en sí misma, lo que no podía agradar era el hecho mismo de que el gobierno diera a la comunidad eclesiástica un trato equivalente al de meros funcionarios del Estado.

La impresión que extrajo el embajador brasileño de todas estas cuestiones es la fiel síntesis de lo que han de haber visto muchos de sus colegas:[49] el gobierno estaba en manos de Eva. En la Capital, carteles en todas las paredes proclamaban su candidatura a la vicepresidencia, que parecía a punto de convertirse en la nota dominante de la campaña electoral peronista. Los que menos entusiastas se mostraban, los peronistas más moderados, habían quedado marginados como nunca antes. El ejército mismo parecía bien controlado, por las disposiciones adoptadas por el general Lucero, que no casualmente recibía con rara asiduidad los elogios públicos de Eva, y por las progresiones de aumentos de salarios decididos con gran sentido del *tempo*. A la vez, la CGT sobresalía en primera fila en las actividades de campaña, y llegó incluso a

organizar una gran manifestación de niños a favor de la candidatura de Eva.[50] Dentro de la CGT se destacaba la figura de Espejo, el secretario general, cuyo escaso prestigio trataron de apuntalar tanto *Democracia* como el gobierno. El matutino puso a disposición de Espejo sus páginas para una larga serie de artículos, y las autoridades pactaron generosos aumentos para los empleados públicos, que acudieron a rendir gracias a Perón y a Eva en ocasión de una multitudinaria manifestación en el Luna Park; Eva comparó a los asistentes con aquellos "humildes" que dos mil años antes habían sabido comprender a Cristo.

En mayo de 1951, todo estaba listo para poner en marcha las sucesivas etapas de aproximación a las elecciones. Eva fue la protagonista en el ámbito teatral y, sobre todo, en las calles. En las tablas, mediante la representación de la *Antígona Vélez* de Leopoldo Marechal, gallarda muestra de arte peronista que el gobierno había ya premiado, y que subió a escena con la dirección de Enrique Santos Discépolo; el espectáculo en sí era complementado con una exposición de las obras de ayuda social de Eva.[51] En el ámbito público, ella en persona sería la protagonista: en la arenga dirigida a su pueblo el 1º de mayo no se limitó a atacar a "los eternos enemigos y traidores a la patria", por cuyas venas "no corre sangre de argentinos",[52] sino que también dio a entender que estaba pidiendo para sí la candidatura. Como el mismo Espejo recordaría después, Eva no opuso entonces objeciones a la idea de organizar una gran manifestación en apoyo de esa candidatura,[53] que constituiría luego el famoso Cabildo Abierto.

La bola de nieve seguía creciendo, bajando rápida por la ladera. La candidatura de Eva daba pasos de gigante, aunque se veía claramente que, lejos de existir consenso a su respecto, había suscitado una verdadera puja entre Perón y Eva, y entre sus respectivas bases políticas y sociales. Él mentaba el peligro de la insurrección militar, en tanto ella, basada en la CGT, invocaba al pueblo. Un síntoma de esa puja fue el repentino silencio que se hizo a fines de mayo en la prensa respecto de la candidatura de Eva, cuando las paredes de la Capital todavía estaban empapeladas de carteles y grafitis que la proclamaban.[54] Por otra parte, un incidente registrado poco tiempo antes había revelado ya que algo así ocurriría. Los representantes peronistas en ambas cámaras del Congreso habían llegado a un acuerdo acerca de la candidatura de Eva, pero la Presidencia impidió que se publicara nada. La cuestión es que ya la United Press había distribuido la noticia,[55]

prestando de ese modo un inestimable servicio a Eva, que odiaba a aquella agencia de todo corazón. El asunto no daba la impresión de ser una estrategia sino un tira y afloja, una batalla sin exclusión de golpes prohibidos y en la que Perón parecía querer frenar la candidatura de su esposa, aunque sin perder por eso la contribución de ella, fundamental para la victoria. Es probable que en la evolución de esa pugna influyera la enfermedad que aquejaba a Eva: ya en junio, ella le confesó a Hernán Benítez que sentía dolores.[56] Quizás haya ocurrido en esos momentos el episodio cuya omisión se echa a veces en cara a los historiadores: la momentánea separación entre Perón y Eva, verificada justamente en 1951.[57]

En ese trasfondo, el propio cumpleaños de Eva, con el "insólito clamor"[58] que suscitó, fue ocasión para pugnas. Miembros de la cúpula gremial, dirigentes del partido, ministros, parlamentarios, autoridades judiciales, jefes comunales, la prensa que ella dirigía, los taxistas a los que daba permisos de trabajo, los astrónomos que le dedicaban asteroides recién descubiertos, todos, algunos por gratitud, otros por temor, le rendían el más cálido de los homenajes. Su popularidad era tan grande, glosó el embajador francés, que evidentemente aspiraba a ejercer el poder en forma directa. A su favor jugaba la amplia red que había armado —a esa altura tan bien asimilada que nadie, fuera de los diplomáticos extranjeros, se sorprendía de que impartiera órdenes a los gobernadores como si fueran sus subordinados—;[59] pero pesaba también la enorme aunque discreta importancia de Borlenghi en el gobierno y ante los sindicatos, por más que fuera claro que en cualquier momento el ejército podía alzar la voz contra él. Desde cierto tiempo atrás, Eva había empezado a tener reuniones con Borlenghi, con este o aquel gobernador y este o aquel miembro del partido, en el propio ámbito de la Casa Rosada, con la más absoluta independencia respecto de Perón.[60] En síntesis, tanto ella como el culto que se le tributaba eran instituciones clave del régimen, y puede decirse que Eva estaba ejerciendo ya muchas funciones gubernativas; su eventual acceso a un cargo electivo daría sanción formal a lo que era una realidad de hecho. Pero no hay duda de que ella atribuía gran importancia a tal sanción, más aún que a mil otros reconocimientos que todavía ambicionaba. Los diplomáticos destacados en Buenos Aires sabían bien que Perón no aceptaba ya distinciones honoríficas que no fueran concedidas también a Eva, y con el mismo grado que a él.

A mediados de 1951, mientras los días pasaban y las elecciones, anticipadas para noviembre, estaban cada vez más cerca, las tensiones en torno de la candidatura crecían. La impresión es que Perón estaba tratando de poner freno a las ambiciones de Eva, y de recuperar la centralidad que había perdido en la estructura de su régimen. De ahí que se lo viera, por un lado, tratando de elevarse como en otra época a la condición de líder indiscutido de los trabajadores, celebrando su función de "columna vertebral" del movimiento, y por otro, procurando ponerles claros límites, y ponérselos a Eva. El pretexto para esto último era la evidente rabia que crecía entre los militares, y que según llegaron a saber algunos diplomáticos fue causa de la inesperada cancelación de la celebración del 4 de junio que estaba siendo organizada por la CGT. Aquéllos, en Campo de Mayo, rindieron homenaje a los muertos de la Revolución de 1943, en lo que a todo el mundo le sonó como una señal inequívoca: eran ellos, y no los hijos del 17 de octubre, los herederos de aquella acción.[61] Eva concibió por toda respuesta la erección de un ciclópeo "monumento al *descamisado*", con una cripta para albergar los restos de un caído en la Revolución,[62] por más que la sangre derramada en aquella ocasión hubiera sido en realidad muy poca. En esa línea, causó impresión un discurso del comandante en jefe del ejército, general Solari, bien conocido por su afecto hacia Perón y su apoliticidad.[63] Su alocución pareció una clara señal de rechazo a la candidatura de Eva; al recordar a cierto presidente peruano alabó la hostilidad de aquel mandatario hacia el personalismo, y su capacidad para "gobernar sin dejarse gobernar". Pero también parecía haber en sus palabras una admonición a aquellos oficiales que cedían espacios a la influencia de Eva; por ejemplo, en el Colegio Militar, donde resonaban los cantos en loor de Isabel la Católica, entonados por las voces del teatro de cuño peronista.[64] Ante tan amenazadoras señales, Perón parecía querer evitar que Eva y los suyos se convencieran de que eran lo bastante fuertes para desafiar al ejército. Esta arma se mostraba cada vez menos complacida de haber hecho una revolución que al fin había sido la puerta de entrada para el "fascismo popular" de Eva, escribió Georges-Picot. De ahí que en junio empezara a hablarse cada vez menos de la candidatura de ella.

Empero, ni Eva estaba dispuesta a salir de escena ni Perón podía prescindir de ella. Dentro del régimen, ella era quien expresaba la capacidad de movilizar al pueblo en torno de lo que

de otro modo correría el riesgo de aparecer como una dictadura común y corriente. Y el problema no era tanto ganar las elecciones; había que "consagrarse", hacer de ellas un pronunciamiento plebiscitario, que diera al régimen toda la legitimidad popular y revolucionaria. En tal sentido, el clima que reinaba no era de los más propicios. La desaparición de un estudiante desató la protesta entre los universitarios; los trabajadores ferroviarios, portuarios y bancarios no estaban precisamente tranquilos; el *affaire* de *La Prensa* había dejado profundas huellas en distintos ámbitos; los actos públicos de Balbín demostraban su gran ascendiente popular, posible germen de un peligroso frente opositor, respecto del cual Perón y Eva pronunciaron serias amenazas.[65] En vista de sus objetivos, no sorprende que ambos estuvieran seriamente preocupados por el resultado electoral, y recurrieran a tonos cada vez más violentos para "crear un poco de ambiente", como confesó a la embajada francesa un funcionario del Ministerio del Interior. A ese fin apuntaba el anuncio de que había sido desbaratado un nuevo y misterioso complot contra la pareja presidencial.[66] Urgía, en síntesis, unir al partido, en el que los aspirantes a candidatos brotaban como hongos,[67] y movilizar al pueblo peronista en apoyo ante todo de la CGT, más que nunca amenazada por la agitación obrera que desbordaba a sus dirigentes. Nadie concentraba como Eva las sumas de poder y carisma necesarias para hacerlo. De hecho, cuanto más se elevaba la tensión, más indispensable se volvía ella, y más cómoda se sentía en ese clima de guerra de religión que ocupaba el lugar de la normal dialéctica política. Ése fue el espíritu del comunicado en apoyo de la CGT que Eva firmó en nombre del partido femenino. Era una advertencia a la oposición pero también al ejército, en caso de que éste se atreviera a "cerrar el paso al pueblo", es decir, a ella. Confió pues la suerte de su candidatura a la CGT, y dentro de ésta a José Espejo y a hombres como Isaías Santín. El propósito era que surgiera de la voluntad de los trabajadores, contra quienes nadie se atrevería a alzar la mano. ¿Y quién podía tener mayor interés que la CGT en apoyar a Eva, que era quien garantizaba su poder? Como se ve, en ningún momento llegó a cesar de verdad su campaña; lo que ella hizo fue continuar por canales diferentes, aunque unidos por un sentido común. Era la misma lógica sobre la cual había edificado Eva su destino político, logrando mantener a raya las poderosas fuerzas que de buena gana la habrían sacado del medio. Siguió, pues, con sus invocaciones al "pueblo", clave de la legitimidad del

régimen, y en cabeza de la ola continuó amenazando con hacer uso de su fuerza de choque para remover los obstáculos que se alzaran en su camino. ¿Acaso no había funcionado siempre bien esa estrategia? Así siguió, buscando sin descanso nuevas fuentes de popularidad. Por ejemplo, fue en esos momentos cuando envió Eva un mensaje a la Cámara de Diputados en el que pedía que se elevara a la categoría de provincias a los entonces territorios nacionales de La Pampa y el Chaco.[68] Así sucedió, y los flamantes Estados asumieron los nombres respectivos de "Eva Perón" y "Presidente Perón".

Los frenos impuestos a la candidatura de Eva no alcanzaron a desgarrar la tupida trama de fieles seguidores y aliados que ella había tejido en todos esos años, y que le permitía llegar con su poder hasta los pliegues más recónditos de la estructura del régimen. La misma trama le serviría para imponer su voluntad en el tema de las elecciones. Fue lo que sucedió en el Ministerio de Relaciones Exteriores, por el que la sombra de Eva no dejaba de pasearse silenciosa, mientras el canciller Paz sentía crujir el piso alrededor de su sillón. En efecto, la intervención de Eva fue decisiva en la enésima crisis que por fin estalló, resuelta con el inesperado enroque de puestos entre Paz y Remorino, que trocaron entre sí la Cancillería y la embajada en Washington. Parecería natural la hipótesis de que una jugada tan importante fuera el anuncio de cambios en la política exterior, pero nada hacía presumir que los hubiera realmente. Si el tema clave eran las relaciones con los Estados Unidos, no parecía que entre los dos funcionarios hubiera grandes diferencias, puesto que ambos eran conscientes de la necesidad de mejorar tales vínculos. En todo caso, en ese período electoral su papel esencial era presentar ante Washington una imagen moderada del régimen, mientras que, fronteras adentro, Perón y Evita se valían ampliamente de la popularísima veta de sentimientos antinorteamericanos existente; él escribía notas que firmaba con el seudónimo *Descartes*, y ella orquestaba una ruidosa campaña de prensa. Más de uno destacó entonces el evidente intento de volver a dar vida al fantasma del choque entre Perón y Braden, que tantos réditos había dado en 1946 en materia de votos.[69] Claro que si las cosas eran realmente así, el cambio en el nivel más alto de la Cancillería debía estar ligado con el proceso de elecciones en la Argentina, más que con la política exterior, y dentro de ese proceso, con el tema que desvelaba al gobierno y a la población: la candidatura de Eva. A ese respecto salta a la vista que Remorino podía ofrecer más

garantías que Paz:[70] debía su encumbramiento a Eva, y por eso le interesaba apoyarla en su candidatura. Paz, en cambio, estaba vinculado con los sectores nacionalistas que cultivaban lazos con el ejército, más dispuestos a intentar frenar a Eva que a encumbrarla en los cargos más significativos del Estado. Así fue que, apenas llegado Remorino al ministerio, se hizo patente una más rígida adhesión a los principios peronistas, y empezó la caza de "tibios", habitualmente motejados por Eva como traidores ocultos dentro del propio régimen.[71]

Pero fueran o no certeras esas conjeturas, lo cierto es que la candidatura de Eva era el catalizador del malestar que podía observarse en el peronismo. El fenómeno era inevitable, en un movimiento que de partido había pasado a ser primero régimen y después nación, y que había terminado por absorber de todo: idealistas y arribistas, militantes sinceros y sórdidos lacayos. Para muchos de quienes habían visto nacer al peronismo, apoyar a Eva era una manera de impulsar una suerte de purificación en el humus popular inicial, aun sabiendo —como lo sabía, por ejemplo, Benítez— que precisamente la figura de Eva había sido la fuente de encumbramiento de muchos aprovechados y aduladores.[72] Por eso, su candidatura significaba mucho más que el ya de por sí crucial enfrentamiento entre el ala sindical del régimen y su ala militar. Sintetizaba el momento de la implícita rendición de cuentas entre el peronismo de los orígenes y el peronismo hecho régimen: entre su aspecto popular y revolucionario y su aspecto gubernativo y conservador.

Perón, tironeado por esos distintos sectores, aprovechó el **banquete de camaradería* de las Fuerzas Armadas para convencer a los militares de que era él quien se mantenía al timón, y mostrarse de paso en la predilecta postura de equilibrio entre las opuestas fuerzas del régimen. Una postura que aparecía precaria a causa, justamente, de la enorme tensión que despertaba la candidatura de Eva. Por eso, no es casual que nadie la mencionara en esa comida, aunque de algún modo su figura flotara sobre las cabezas de los asistentes. Ante sus camaradas de armas, Perón trazó un cuadro que lo tenía a él como único garante de la paz y la seguridad de la nación, asediada por enemigos ubicuos. Les aseguró que él garantizaba la orientación nacional de la clase obrera, al impedir cualquier devaneo marxista. Por otra parte, también los amenazó con la fuerza de ese mismo pueblo, en caso de que destruyeran la unión que él había creado entre trabajadores y ejército. Pero es del caso preguntarse cuántos oficiales, en esa concurrencia menos

masiva que en ocasiones anteriores,[73] creían de verdad que Perón tenía la situación en sus manos. ¿Quién podía imaginar que gozaba de la potestad de blandir la candidatura de Eva a su gusto, como un espantajo bien controlado? Sin duda, muy pocos; sobre todo a la luz de la convocatoria hecha por la CGT a un **Cabildo Abierto* peronista, que se celebraría el 22 de agosto. Las posibles dudas respecto de los fines de esa asamblea quedaron aventadas cuando la propia CGT dio su adhesión a la fórmula Perón-Eva Perón, seguida muy poco después por el partido peronista femenino. Éste había sido dotado por Eva de una comisión encargada de movilizar a las afiliadas para la ocasión. Esas militantes eran enteramente conscientes de que su acción consistiría en proclamar la candidatura a la vicepresidencia, gustara o no a los militares y al propio Perón. Eva pareció incluso querer desafiar a ambos, al proclamar que quería ser "la eterna centinela de la Revolución".[74] No hubo un solo centro vital de su poder que quedara al margen de la movilización en apoyo de su candidatura el 22 de agosto; ni siquiera el Ateneo Eva Perón, formado por actrices peronistas y que era dirigido entonces por Fanny Navarro, estrella del cine argentino y amante de Juan Duarte, el hermano de Eva.[75]

Ya en vísperas del Cabildo Abierto, y mientras la formidable operación logística de llevar a la Capital de la República una masa tan grande de peronistas de las provincias estaba en plena ejecución, lo que parecía prenunciarse era el ajuste de cuentas entre el liderazgo carismático de Eva y el de Perón, a punto de burocratizarse. Eva, lejos de limitarse a "envolver esa campaña prefabricada con la dramática incertidumbre del rumor popular",[76] o de someter su fuerza "irracional" a la "racional" conducción de Perón, estaba realmente apuntando a obtener la vicepresidencia, y para ello había hecho todo lo que le era posible, a costa incluso de imponérsela al propio Perón. Los cálculos de éste, a su vez, no pueden considerarse certeros si creyó poder valerse de aquella candidatura sólo para movilizar a las masas y acallar a los militares, volviendo a ocupar así el centro de la escena del régimen. En efecto, ¿alguien puede creer seriamente que Eva, el partido femenino, buena parte del partido masculino y la CGT estuvieran congregando en Buenos Aires una gran masa de personas, a las que se les decía que el objetivo era proclamar las candidaturas de Perón y de ella, con la idea de que después se mandaría a todos de vuelta a casa con las manos vacías, como si nada hubiera pasado? Y eso, en una situación en la que hacía ya

años que Eva había dejado de ser mero “instrumento” de Perón; en que no necesitaba el permiso o el apoyo de él para organizar una gran movilización; en que detrás, precisamente, de esa movilización no estaba sólo ella, sino ante todo los hombres y los intereses que a ella habían apostado.[77] Esto queda confirmado al observar que, si hubo alguien que se jugó por la candidatura de Eva, ése fue el ministro Borlenghi.[78] Lo hizo con su propia persona y con su diario, *El Líder*. En su edición del 22 de agosto, el periódico, que asomaba de los bolsillos de muchos militantes sindicales reunidos en la manifestación, anunció paso a paso lo que sucedería: dijo, en esencia, que ellos impondrían la candidatura de Eva, aun contra su voluntad y la de Perón, por ser la expresión de la “rebelión de la clase trabajadora” contra la oligarquía y el imperialismo.[79]

Así, poco importa que la prensa peronista no proclamara la candidatura de Eva con bombos y platillos. Lo que en verdad cuenta es que todo su enorme y sólido aparato, a caballo entre el Estado y el partido, los gremios y la Fundación, fue movilizado para demostrar que su candidatura era fruto de la voluntad del pueblo, a la que todos deberían plegarse. Ése fue el cariz que tomó la reunión del 22 de agosto de 1951, en su despliegue sobre la avenida 9 de Julio, en Buenos Aires. Con todo, es probable que Eva llegara llena de incertidumbres a ese encuentro: indecisa entre el deseo y la razón, entre las ganas de obtener el fruto deseado, desafiando al ejército al costo que fuera, y la conciencia plena de aquello que Perón ya le había advertido, que su candidatura produciría reacciones que podrían voltear al régimen de un solo golpe, plegar a los *descamisados* y destruir su imagen frente a la posteridad. Que ella era consciente del peligro que implicaba insistir con su postulación lo indica el hecho de que a último momento parece haber habido un conato de retroceso del partido peronista femenino.[80] Una ulterior confirmación se encuentra en las palabras que pronunció desde el palco, cuando dijo que no le hicieran hacer lo que no quería.[81] Siempre es preciso tomar con prudencia las manifestaciones de Eva, ya que era su costumbre exhibir virtudes que juzgaba irrenunciables para su imagen pero que, en realidad, no se correspondían con sus acciones. El asunto era si de verdad podía echarse atrás, frente a la multitud que ella misma había querido congregar. Más allá de cuál fuera la verdad, nadie hubiera tenido ya tiempo suficiente para detener lo que estaba desplegado ante sus ojos. La diminuta bola de nieve formada un día en la cima había seguido rodando por la ladera,

hasta transformarse en incontenible alud.

Para facilitar esa manifestación tan bien organizada —que muchos diplomáticos encontraron menos masiva y entusiasta de lo esperado—,[82] el día había sido declarado feriado, y los negocios permanecían cerrados. El acto ha sido evocado miles de veces, palabra por palabra e imagen por imagen. En su transcurso tuvo lugar el grotesco y emotivo diálogo entre Eva y la multitud que, tal como estaba previsto, le exigió que aceptara. Se vio a Perón, desconcertado como quien ha caído en una emboscada, ordenar con furia que se pusiera fin a aquello.[83] Los líderes de la CGT hacían de maestros de ceremonias ante Eva, que fingía sorpresa para por fin deshacerse en llanto, presa de evidente agitación.[84] Por último llegó el ambiguo cierre, con Eva diciendo "haré lo que el pueblo quiera", en una frase que nadie por entonces dudó de que significaba la aceptación de la candidatura, que le acababa de ser "impuesta" por "el pueblo". No albergaba dudas *Democracia*, que al día siguiente tituló "Aceptaron". No las tenía tampoco el Consejo Superior del partido, que proclamó la candidatura de Eva de inmediato[85] . Tampoco los diplomáticos extranjeros dudaron, ni dejaron de ver en ello un desafío a los militares.[86] Siguieron, sin embargo, ocho días de diálogos y discusiones, de promesas y amenazas, de negociaciones y presiones, en los que se destacó Borlenghi pero hasta el mismo Mercante tuvo alguna intervención.[87] Al fin, Perón logró el acto de renuncia que Eva formalizaría por radio el 31 de agosto, a decir verdad, después del hecho consumado que él mismo había producido al informar de la cuestión a la prensa del Brasil.[88]

Lo que sucedió en el curso de esos ocho días sigue siendo un confuso misterio, pero tal vez más aparente que real. Si nos basamos en los recuerdos de Luzardo, desde tiempo atrás amigo de la pareja, la cuestión se planteó en los más sencillos términos imaginables,[89] los mismos que hasta aquí hemos visto. Perón dijo a Luzardo que Eva era muy popular y aportaba el voto femenino, pero que esa misma popularidad y el deseo de Eva de ser candidata le creaban muchos problemas a él. Por una parte sufría las presiones sindicales, que no quería tener que atender, y por otro, las de los militares, sumamente peligrosas. Por último renunció Eva, afirmando con tanta insistencia que la decisión había sido suya y sólo suya, que había surgido "de lo más íntimo" de su conciencia después de haber "meditado mucho", que era fruto de su "libre voluntad" expresada en forma "totalmente libre", que a fin de cuentas dejaba planteadas más dudas que las que

resolvía.[90] Perón entonces confirmó que, en la boleta electoral, al lado de su nombre iría el de Hortensio Quijano; el vicepresidente, ya moribundo, resultaba de todos modos grato a quienes no habrían tolerado a Eva.

Se trató, pues, de una derrota política de la Primera Dama, tal vez la primera que sufría. Y a su vez, esa derrota fue consecuencia de un error político, por otra parte, típico de alguien que como Eva no era un verdadero político y había hecho de la "antipolítica" la clave de sus éxitos. La derrota, entonces, era fruto de su convicción de que todo podía ser posible si se apelaba al apoyo del pueblo. Hasta que, al fin, Perón, o alguien en lugar de él, le hizo comprender lo evidente: el poder de ella y de su "pueblo" estaban provocando que un poder opuesto y más fuerte se desencadenara, con el riesgo de dejar el campo cubierto de ruinas.[91] Pero había también otra causa de la derrota, que es sostenida en algunos de los testimonios: Perón, exasperado por la testarudez de Eva y como una manera de demostrarle lo vacuo de sus ambiciones, le reveló que pronto moriría. Por cruda que parezca esta hipótesis, es preciso no excluirla. Algo tiene que haber sucedido para que Eva, que en el acto del Cabildo Abierto se había escudado en Perón para atacar a sus enemigos, terminara por renunciar a la candidatura, y que incluso se ocupara, en unión con la CGT, de amortiguar el impacto de su decisión entre la masa popular. A quienes habían escuchado a Eva por la radio, el discurso que José Espejo pronunció por el mismo medio para "explicar" a los trabajadores su renuncia les pareció falso, y reflejo de una imposición.[92]

Eva supo transformar su derrota en victoria moral, elevándola al carácter de renuncia altruista dictada por el desinterés hacia el poder. La renuncia, expresada en términos de cristiana humildad, proyectaba a Eva a una especie de beatificación,[93] y la dotaba de un útil instrumento político para defender la causa de la unidad del partido ante las elecciones. Al perder el tren del poder político formal se abría ante Eva, con la complicidad de su enfermedad, el camino de su definitiva transformación en entidad espiritual, depurada de escorias terrenales y de turbiedades materiales. Se abría para ella el ingreso en la historia como emblema del sacrificio, virtud cristiana por excelencia. Tal idea, orientadora del conmovido discurso de Eva del 31 de agosto, dominaría la propaganda peronista durante la campaña electoral.[94]

Concebir el Cabildo Abierto y el drama que allí se había consumado como una mera puesta en escena artísticamente estructurada implica que se considere al peronismo una especie de laboratorio, en el que Perón y Eva podían llevar a cabo sus experimentos sin riesgo alguno. En realidad, en aquella época de economía acorralada el peronismo se parecía más a un proceloso océano, en cuyas aguas tuviera lugar una dura lucha entre las diversas corrientes de aquel régimen que quería abarcarlo todo, sin tener ya recursos suficientes para satisfacer a todo el mundo. En tal contexto, sostener la candidatura de Eva equivalía a tomar partido: se reivindicaba así el idealizado peronismo de los orígenes, basado en la redistribución y el nacionalismo antinorteamericano, y se procuraba poner obstáculos a los planes de austeridad económica y a la conciliación con los Estados Unidos. Pero eso no es todo. Pensar de dicha manera equivale a presuponer que a Perón le gustaba jugar con fuego, que estaba dispuesto a hacer subir la tensión al nivel más crítico, aun a sabiendas de que los cuarteles estaban a punto de estallar. Conviene ser claros sobre este punto, pues se ha escrito muchas veces que el ejército no oponía veto alguno a Eva,[95] e incluso que fue el propio Perón quien astutamente fingió que existían vetos, para así librarse de la oprimente candidatura.[96] Lo real es que el veto existió,[97] y que aun en el caso de no haber asumido características más explícitas fue porque no había necesidad de ello, tan conocida era la hostilidad hacia Eva de gran parte del cuerpo de oficiales.[98] El rechazo era prácticamente unánime en la marina de guerra, y cobraba proporciones crecientes en el ejército y la fuerza aérea. Nadie, ni siquiera el general Lucero, podría asegurar que los cuarteles permanecerían en calma si Eva era candidata. Son sumamente claros al respecto los términos empleados por un general de gran prestigio, Eduardo Lonardi, en su renuncia presentada el 27 de agosto.[99] Es que muchos militares identificaban en el peronismo de Eva una degeneración del peronismo de Perón, bajo la forma de una inquietante demagogia obrerista, que estaba abriéndole las puertas a ese comunismo contra el cual ellos habían apoyado alguna vez al peronismo. Y en el fondo, ¿no pensaba eso mismo el propio Perón? De hecho, entre el fuego de los militares y las brasas del gremialismo fiel a su esposa, Perón optó por la primera de esas opciones; hasta el extremo de que, frente a la opción adoptada por Perón, el mismo embajador de los Estados Unidos admitió haber sobrevalorado el

peso de la CGT.[100]

Es verdad que Lucero en sus memorias afirmó que había intentado calmar la ira de los oficiales dispuestos a sublevarse garantizándoles que Eva desistiría de la postulación, lo que puede inducir a creer que tal renuncia estaba planeada.[101] Sin embargo, es probable que esa actitud de Lucero reflejara, en realidad, el pronóstico que Perón hacía, y su convicción de que lograría hacerla recapacitar y retirar su candidatura, como al fin sucedió, para evitar un baño de sangre. Jorge Antonio, un empresario e industrial peronista que tenía estrecha amistad con Lucero, recordaría después que el ministro de Ejército le había pedido por esa época que le ayudara a hacer comprender a Perón los inmensos problemas que la candidatura de Eva suscitaba.[102] Al fin, los militares se salieron con la suya y lo convencieron, dejando a Eva derrotada y entregada a meditar su venganza. Nada muestra mejor qué cerca había estado el país de caer en un abismo de violencias que el abandono de las actividades conspirativas por muchos oficiales, a continuación de la renuncia de Evita.[103] La resolución de tan grave crisis no pudo evitar que quedaran profundos surcos entre buena parte del cuerpo de oficiales y el régimen peronista. En esos surcos comenzaron a incidir numerosos dirigentes radicales y conservadores.[104]

También se ha dicho ya que a muchos dirigentes del partido peronista no los hacía felices la candidatura de Eva.[105] Perón les dio garantías de que Eva no sería candidata,[106] pero eso no demuestra que ella estuviera dispuesta a renunciar, sino que él deseaba que lo hiciera. Resulta típico el caso de Oscar Albrieu, atacado en un primer momento porque supuestamente estaba hostigando a Eva, y calurosamente defendido y absuelto por Perón, en demostración de que entre ella y él seguía teniendo lugar una pulseada, que el Presidente creía estar en condiciones de ganar.[107] Llegó entonces el 22 de agosto, y Perón se encontró ante una inmensa multitud que aclamaba a Eva y lo dejaba a él en segundo plano, en verdad, el lugar al que había ido a parar hacía ya tiempo. Lo concreto es, como hizo notar el encargado de Negocios de Francia, que todos sabían hacía mucho que la candidatura de Eva estaba tropezando con obstáculos. Por eso, sólo una “tragedia a la antigua”,[108] que no era otra cosa que el Cabildo Abierto, podía resucitarla. El Cabildo aparecía así como lo que en verdad era: una prueba de fuerza de la CGT, un intento de doblarle el brazo a Perón, de la que Eva había sido a la vez artífice e instrumento, aunque una vez consumados los hechos ella llegara

a pensar que tal vez se había equivocado. Como comentó con satisfacción cierto diputado peronista, "teórico de la primera hora",[109] lo que se había logrado detener era "la ofensiva roja conducida por **la Pasionaria*". No sorprende que tras la muerte de Eva uno de los primeros en caer fuera el secretario de la CGT, José Espejo, el hombre que más expuesto había quedado en aquella desgraciada prueba. Como logró saber Edward Miller de Hipólito J. Paz, Eva había jugado sus cartas, que debió recoger cuando los militares, a su turno, mostraron su juego.[110]

Que el momento en que Eva terminó por convencerse de que era preciso dar marcha atrás haya estado ubicado poco antes o poco después del 22 de agosto es algo que no cambia sustancialmente las cosas. Lo que ante todo cuenta es que, en la ocasión, ella pudo palpar los límites de su poder, por lo menos de su poder político. Tras ellos se abría el abismo de la implosión del régimen peronista, y Eva estaba recogiendo el fruto emponzoñado de sus propios éxitos. Había aspirado a tanto, había acumulado tanto y hasta tal punto había extendido su poder que lo que al fin logró fue compactar en su contra un amplio frente, que ahora se plantaba ante ella. Y no sólo eso: logró quebrar hasta lo más profundo todo cuanto había imaginado unido, homogéneo, cohesionado: el peronismo, el régimen, el pueblo, la nación entera. Todas esas instancias estaban ahora partidas en dos, con Eva y contra Eva. Había sido el gran director de cámaras del régimen, para terminar por convertirse en una actriz condenada a repetir su papel. En el fondo, ¿había sido ella misma quien movilizara al partido y a los sindicatos, a ministros y gobernadores, a deportistas y actores, unidos en la promoción de su candidatura? ¿O habían sido todos esos sectores, ya curtidos en la lógica que invariablemente aplicaba el régimen, quienes habían desatado aquella rivalidad por ver quién la cubría de más alabanzas, como medio de ganar favores y protección, poder y legitimidad, en una carrera que no se detendría ni con la muerte de Eva?

6. El último acto

No es posible saber si la campaña electoral por la vicepresidencia confirió a Eva la fuerza física y la presencia de ánimo necesarias para vencer por un momento a la enfermedad que minaba su cuerpo. Del mismo modo, tampoco puede saberse en qué medida incidió la desilusión consiguiente en su súbito empeoramiento.[111] Según confesión del ex ministro Paz, conocedor de la gran

importancia que Eva asignaba a ese cargo, la derrota tiene que haber sido un golpe muy duro para ella.[112] Lo concreto es que después del **renunciamiento* sus condiciones se agravaron,[113] y fueron muchos quienes debieron experimentar su furor, al que por entonces dio pleno desahogo.[114] Por esa época empezó a dictar las páginas de *Mi mensaje*, en las cuales dejaría grabados los ímpetus milenaristas que llenarían hasta sus últimos discursos. Sintiéndose traicionada y perdida, Eva volcó en esas páginas todo el enorme rencor que experimentaba hacia la larga fila de sus enemigos: la oligarquía, el imperialismo, los militares, la Iglesia. Ese rencor libre ya de frenos, y de los ropajes intelectuales de quienes habían sido sus ideólogos, expresaba con la máxima transparencia aquella, su visión del mundo, que la cercanía de la muerte hacía aun más corrosiva: una descarnada visión maniquea, terrible en su arbitraria e intransigente división entre el bien y el mal, entre los amigos y los enemigos; una forma exasperada de fundamentalismo espiritual, trasladado por ella a la acción política y social. Obligada a guardar cama por un largo período, Eva no dejó de luchar ni de manejar los hilos de su vasto poder. Tal como había previsto Paz, la derrota en el Cabildo Abierto no la había "sacado de en medio".[115] Se estaba ya en vísperas de las elecciones, y su inmensa popularidad pesaba como una losa en el resultado; de ahí que seleccionara una por una a las candidatas del partido femenino, cuidando como siempre que le guardaran la más absoluta fidelidad, de ahí que también se reservara la última palabra sobre buena parte de los restantes candidatos.[116] Meditaba ya, para rehacerse de la derrota que acababa de sufrir, una ofensiva sindical que la CGT también evaluaba.[117] No quiso estar ausente del Congreso de periodistas, coronación de su inquietud por fundir a la prensa con el régimen, y asistió a él en compañía de Perón. En ese encuentro quedó consagrado el adiós, por otra parte ya vigente, al "caduco principio liberal" de la libertad de prensa "absoluta y sin límites", en nombre del "condicionamiento de esa libertad a bienes superiores", vale decir, a los fines peronistas.[118] Pero fue en la provincia de Buenos Aires donde más peso alcanzó la fuerza de Eva: había llegado ya el definitivo ocaso para Mercante y sus hombres, que debieron ceder paso a la candidatura del mayor Aloé, hacía ya tiempo factótum de Eva y de Perón.[119] El hecho de que entre los candidatos a gobernadores y senadores se destacaran seguidores de Eva y muchos desconocidos, en perjuicio de más antiguos dirigentes,[120] convenció a los círculos diplomáticos de que la influencia de Eva,

al parecer tambaleante después del Cabildo Abierto, seguía siendo muy grande. Ella había ofrecido la gobernación de San Luis al general Vacca, pero la oferta se esfumó cuando encontró otro candidato del que se fiaba más, un hombre de la CGT.[121] En efecto, gran parte de los hombres a quienes Eva catapultó a las listas electorales tenía orígenes sindicales; muchos de ellos eran mediocres o inexpertos, y fueron causa de disensiones dentro del partido, en el que parecía renacer la vieja disputa entre gremialistas y políticos.[122] Por lo que sabían los diplomáticos, todo eso era motivo de ásperas discusiones entre Perón y Eva, y la causa del continuado ruido de sables que se oía en los regimientos, mientras crecía el oculto resentimiento de aquellos que veían cómo se esfumaba la "victoria" que creían haber obtenido el 22 de agosto.[123] Apareció claro el hecho de que el poder de Eva seguía siendo altamente invasivo cuando el designado ministro de Marina, almirante Olivieri, se vio cuestionar por Juan Duarte el nombramiento de un subalterno considerado un oficial "antiperonista".[124] Con Cabildo Abierto o sin él, el nombre de Quijano no aparecía en la campaña electoral, dominada por la imagen conjunta de Perón y Eva, que estaba presente en todas las esquinas urbanas y era la única a la que la Subsecretaría de Apold permitía circular.[125] De hecho, en la boleta electoral figuraba una foto de Eva junto al nombre de Quijano.[126]

En ese preciso momento, septiembre de 1951, con un *timing* curiosamente autolesivo si se tiene en cuenta el agua que aportaría al molino de Perón y la oportunidad que serviría en bandeja de plata a la CGT, de volver a ganar las calles que, rabo entre piernas, había debido abandonar un mes antes,[127] se produjo el levantamiento del general Menéndez y un grupo de oficiales nacionalistas. Si Eva no hubiera retirado ya su candidatura, la insurrección habría podido alcanzar muy distintas dimensiones; en cambio, en las circunstancias creadas por su **renunciamiento*, el movimiento fue neutralizado rápidamente. Frente al Consejo de Guerra que lo juzgaba, Menéndez dio algunos indicios del clima reinante en las guarniciones; dijo que ante ese Consejo habría debido sentarse la familia Duarte, deshonra de su país y enriquecida a manos llenas a costillas de él.[128] Al presidente del tribunal le dijo, según parece, "…ustedes, lo mismo que yo, no pueden seguir siendo gobernados por un militar que ha entregado el mando a su mujer"; y sabía muy bien, agregó, de "la cadavérica palidez" de Perón cuando le dijeron ellos que Eva no podía ser vicepresidente.[129] Cuando se enteró del frustrado **golpe*, al

despertar de la anestesia tras la operación a la que acababa de ser sometida, Eva se desató, reaccionando con toda vehemencia y exigiendo que se hiciera algo, y rápido. Perón consiguió al fin imponerle que se limitara al violento mensaje radiofónico que grabaría poco después.[130] Es muy probable que en esa insurrección ella viera la prueba de la inutilidad de su **renunciamiento*. Se había dejado convencer en bien de la paz y por la unidad de la Patria, y ése era el resultado. Procuró imponer el fusilamiento de Menéndez, pero tanto Perón como Lucero excluyeron esa medida, que podría terminar de dar fuego al polvorín. De todos modos, logró una drástica reforma del Código de Justicia Militar, para el caso de que se repitieran episodios de esa naturaleza.[131] Nada le impidió reunir en torno de su cama a los políticos y gremialistas más fieles, en procura de que se iniciara, con las armas compradas en su momento al príncipe Bernardo de los Países Bajos, la formación de milicias obreras.[132] Puede asegurarse que Perón era contrario a la formación de tales milicias.

No cabe, pues, decir que Eva y el frente que ella representaba, vencidos en la batalla por la vicepresidencia, hubieran perdido también la guerra por el control del régimen. Eva lo había moldeado demasiado a fondo como para que una derrota suya o su misma desaparición pudieran cambiar sus bien afincadas características. Por eso, el régimen siguió convulsionado con las tensiones, que eran todas hijas del conflicto que el resultado del Cabildo Abierto no había llegado a resolver. Perón siguió amenazando con el uso de la fuerza, mientras las purgas arrasaban los cuarteles, en los que el alzamiento de Menéndez no había sido sino la punta del iceberg de un descontento generalizado.[133] Seguía vigente el estado de guerra interno, declarado en ocasión del golpe, y cada tanto se registraban atentados con dinamita, hasta contra el domicilio del general a quien la CGT le imputaba excesiva blandura en las penas dictadas contra los conjurados. En ese contexto, la CGT volvió a exhibir su fuerza el 17 de octubre, fecha madre de la liturgia peronista, que la central obrera quiso en esta ocasión que fuera dedicada al **renunciamiento* de Eva. Ella dirigió a las masas, por primera vez ante una cámara de televisión,[134] el discurso más lleno de odio que se le escuchó contra todos los que no eran devotos de la verdad peronista, penetrado además de amenazas de armar a los obreros. Lo que tuvo lugar ese día en la Plaza de Mayo, con las condecoraciones que el secretario general de la CGT impuso a los oficiales que

habían dominado el fracasado golpe, fue la improbable puesta en escena de la unión entre obreros y militares, que ya se había desvanecido. Semejante ficción debió sonar a desafío a los muchos que se habían esforzado al máximo por convencer a Perón de que era preciso poner freno a las actividades de Eva, quien no era ajena al intento de la CGT de penetrar en las Fuerzas Armadas para organizar a sus suboficiales.[135] Con eso se añadía un carburante de nuevo tipo al depósito de combustible del que se nutría la cada vez más grave polarización de la sociedad argentina, reagrupada en torno de la drástica línea divisoria que Eva y la CGT habían trazado, y cuya aplicación extendían ahora al régimen. No es extraño que el ministro Remorino, un peronista ferviente pero no tanto como para aspirar de verdad a "la muerte por Perón", apareciera muy angustiado a ojos de quien lo veía por aquellos días.[136]

Las elecciones eran ya inminentes, y el régimen estaba en el momento candente de su más grave crisis. Por supuesto, la oposición no había optado por el desarme; era un hecho de orden fisiológico que los conflictos se multiplicaran. Empero, que el régimen reaccionara con dosis cada vez más intensas de autoritarismo y de retórica revolucionaria podía llegar a ser contraproducente, porque le enajenaba las voluntades hasta de aquellos que en otros tiempos habían sido amistosos. El sello que Eva imprimía podía comunicar moral y energía al régimen peronista, pero podía también resultarle fatal. Al encerrarlo rígidamente en una mística totalitaria y en un populismo impermeable a todo compromiso, Eva lo condenaba al aislamiento, a la vez que favorecía la unificación de sus adversarios. Sonará paradójico, pero el peronismo de Eva era a un tiempo mayoritario y aislado, popular pero estéril en su autosuficiencia. A medida que ella iba tomando el timón del régimen, su peronismo había empujado primero a la oposición al camino de la subversión; había perdido después esa porción de la burguesía que venía adhiriendo al peronismo en nombre del nacionalismo; luego había cedido los sectores más o menos amplios de pequeña burguesía que se sentían anonadados por el plebeyismo de Eva; por fin, se enajenaba ciertos importantes núcleos de la vieja clase obrera, que nunca habían comulgado con su dominio sobre los sindicatos. Y aun en mayor medida, el régimen había perdido el apoyo que al principio le ofrecían los potentes baluartes corporativos que alguna vez lo habían sostenido: las Fuerzas Armadas y la Iglesia.[137] No puede

sorprender, pues, que en las iglesias y en los cuarteles volviera a tomar aliento la oposición.

Aunque estaba al límite de sus fuerzas, Eva se lanzó con alma y vida a la campaña electoral: inauguró obras, hizo apelaciones, publicó artículos y, en fin, llevó al paroxismo la idea de que no votar a Perón equivalía a traicionar a la patria.[138] La Subsecretaría de Difusión llegó a cursar a las embajadas argentinas instrucciones de que las esposas de los titulares de esas sedes elogiaran públicamente la obra de ayuda social de Eva.[139] Ella, en tanto, recurrió, por una parte, al típico arsenal de los populismos de todos los tiempos y todos los lugares, con intimaciones a elegir entre "¡Perón o la antipatria!" y entre "¡el pueblo o la oligarquía!";[140] y por otra parte, procuró esculpir para sí el lugar que deseaba ocupar en la historia de la humanidad, en la que ella y Perón eran a sus ojos el virtuoso puerto de arribo, tras la larga sucesión de derrotas padecidas por los pueblos en perpetua lucha contra la injusticia. Es posible que Perón "explotara" hasta la última gota, según la acusación del viejo líder socialista Alfredo Palacios,[141] la enorme capacidad de Eva para enfervorizar a las multitudes. Puede que no haya sido casual la idea de operarla apenas tres días antes de las elecciones, con lo que el comicio se celebró en medio de un clima de enorme conmoción, favorable al gobierno.[142] De todos modos, Eva, mujer bastante sagaz como para no prestarse a que la explotaran, libró con plenitud de conciencia esa última batalla de lo que ella vivía como una misión de orden espiritual, como el necesario paso para su definitivo y triunfal acceso a la historia. Con ella batallaron también las mil ramificaciones de esa gran orquesta que venía dirigiendo desde tiempo atrás, cuya partitura no contenía sólo la "justicia social", pues de la misma manera albergaba la contienda política, librada sin exclusión de golpes bajos. Era ya un hecho habitual que los hombres de su Fundación actuaran como fuerzas de choque en las violentas riñas callejeras con la oposición. Por lo demás, en febrero de 1952, Eva quiso todavía recibir a la comisión de sindicalistas que en Asunción había echado las bases de la tan deseada confederación obrera latinoamericana, surgida bajo la protección de la CGT. Les dirigió un breve y místico discurso, en el cual la Argentina peronista era parangonada al "milagro que sucedió en Belén hace dos mil años".[143]

El peronismo alcanzó un triunfo aplastante en las elecciones, con más del 65% de los votos escrutados. Sin embargo, el elevado número de electores que no participaron, y los más de dos

millones de votos obtenidos por una oposición que no contaba con ningún instrumento de propaganda, estaban lejos de ser insignificantes. Las mujeres dieron su voto al peronismo en mayor proporción que los electores masculinos,[144] y el grueso de la masa electoral había sido movilizado por la CGT. Para Eva, la elección fue un éxito, aunque no tan decisivo como podría parecer. Ya los conflictos políticos trascendían en gran medida el campo de batalla electoral, reducido a un vacío simulacro. En la visión de la embajada portuguesa, el régimen había vestido el "ropaje a la moda", aquel "traje de bodas de la democracia", con el único fin de participar en el "festín internacional de los pueblos". Según su opinión, aquélla era una "democracia obrera" de tintes totalitarios, lubricada por la presencia de muchísimos dirigentes sindicales venidos a Buenos Aires con todos los gastos pagos por el gobierno argentino, y dispuestos a garantizar, entre una visita a Eva y otra a Borlenghi, aquella cristalina regularidad democrática.[145]

7. Cae el telón

Ya desde octubre de 1951 se habían vuelto evidentes los rasgos degenerativos que presentaba el poder de Eva, esos aspectos ruines que mientras ella conservó sus fuerzas habían dado la impresión de una majestad verdaderamente regia, pero ahora que se estaba muriendo aparecían como los gangrenosos ritos de un poder exasperado, el cual, nutriéndose de lealtades personales, había venido a quedar envuelto en un manto de temores y servilismo, y de cortesanas disputas entre "preferidos", en un clima muy de fin de época. Tal fue la controversia que enfrentó, a propósito de su cuerpo, a Mendé con Méndez San Martín, ante la mirada del médico que Eva pugnaba por convertir al peronismo, mientras hacía que espiaran su vida privada.[146] En el país se iniciaron entonces las tristes plegarias, las doloridas peregrinaciones por el restablecimiento de su salud. Con ellas, comenzó también la sutil pero creciente competencia por exponer o imponer por medio de Eva las diferentes concepciones de "nación católica" que vagaban por el país y atravesaban el peronismo. Oraba por ella la **Alianza Libertadora Nacionalista*; oraban también, con gran unción, los trabajadores de la alimentación, mientras que el cardenal Caggiano, recién llegado de Roma, celebraba una misa por la salud de Eva, casi como si quisiera preservar la firmeza del cada vez más tenue hilo que la ligaba a la ortodoxia católica.[147]

Principió así, en las habitaciones de Eva, el incesante desfile de

los integrantes de su corte, con el ministro Borlenghi y los hombres de la CGT a la cabeza, receptores de las órdenes que ella no dejaba de impartir.[148] Era prudente siempre y para todos obedecer esas órdenes mientras Eva continuara alerta y dinámica, decidida y como siempre atenta a todo y a todos. Aun enferma, no dejó de velar por sus hombres y mujeres, sus obras y sus **descamisados*, ni descuidó tampoco el crecimiento de su imperio asistencial.[149] Las retenciones sobre los sueldos no cesaban, tras haber sido consideradas legales por el Tribunal Nacional del Trabajo;[150] y quien trataba de ocultar los fondos destinados a la Fundación era condenado al ostracismo político.[151] Fue en esos momentos, en vísperas de las elecciones, cuando Eva estaba con un pie todavía bien afirmado en la tierra y el otro en el más allá, cuando salió a la luz la obra de su transfiguración, el libro tan útil en clave electoral como escrito para fijar su imagen ante la posteridad. Era *La razón de mi vida*, su "autobiografía", que por empezar fue impresa en un millón de ejemplares y pronto entró como lectura obligatoria en las escuelas. En tanto era traducida al inglés, a expensas del Congreso, para uso de "los obreros norteamericanos", a continuación de una violenta polémica con el gobierno de Washington, acusado de poner obstáculos a su publicación.[152] Todo está ya escrito sobre la historia de esa obra: su redacción de estilo novelado, trabajo del escritor español Penella de Silva; las modificaciones introducidas en el texto por Mendé; las impuestas por Perón, no muy contento de tener allí un papel menos que protagónico detrás de Eva.

Perón, al consagrarla el 17 de octubre como "una de las mujeres más grandes de la humanidad" y reconocerle su papel de creadora de la "mística" peronista, anunció también que Eva estaba saliendo ya de la historia para entrar en la categoría de los mitos.[153] Por una vez al menos había actuado en sintonía con José Espejo, que desde la misma tribuna había puesto a Eva entre los santos y los mártires.[154] Que Perón se mostrara conmovido, y que a Eva la emoción le impidiera casi respirar, son datos que dicen mucho sobre el significado que ellos sabían revestía ese acto.[155] Y así fue que el 18 los argentinos no gozaron del habitual día de San Perón, sino del inédito de Santa Evita. Y Santa Eva fue desde entonces en los poemas y las reflexiones que el régimen y sus vates le dedicaron a tambor batiente: hombres como Mario Mende Brun, editado por la Subsecretaría de Informaciones, para quien Eva, como la Virgen, era la "llena de gracia", y había "convertido su vida en heroicidad", una cristiana síntesis de virtudes, digna de lo

que Hernán Benítez había querido siempre que llegara a ser.[156] Por fin, con la Navidad llegó la apoteosis de aquella transfiguración religiosa, el momento culminante de la estridente peronización del cristianismo, que Eva proclamó al anunciar la buena nueva del advenimiento del Señor por medio del **justicialismo* de Perón.[157] La apoteosis quedó consagrada cuando en mayo el Congreso la invistió del título de **Jefa Espiritual de la Nación*,[158] gesto que a muchos les pareció un desafío a la Iglesia argentina, una institución en la cual Perón, Eva y Borlenghi habían querido siempre "plantar su bandera", sin conseguirlo.[159]

No todos sabían que para Eva ya no habría esperanza. Lo evidente era que ella estaría alejada de la actividad política por algún tiempo. Para la mayoría, Perón ganaría en fortaleza y su régimen, en estabilidad, ya que los profundos conflictos que desgarraban el movimiento se habían desarrollado precisamente en torno a ella. Con Eva ausente, Perón podría en teoría volver a una mayor moderación y a un más decidido espíritu de conciliación, y guardaría en un cajón de su escritorio la campaña antinorteamericana que tanto dañaba las relaciones con los Estados Unidos.[160] Claro que a breve plazo y no a la larga, porque ésas eran ya características connaturales al peronismo, por la forma en que Eva lo había moldeado. La enfermedad, en tanto, seguía su curso sin posibilidad de remisión, hasta que devino en tragedia personal y en drama colectivo, no exentos de aspectos grotescos pero emblemáticos de las contradicciones de Eva y de aquella porción del país que se había agrupado en su torno. Grotesco y provinciano fue el énfasis nacionalista con que Eva celebró hasta el último momento la superioridad del **criollo*, al extremo de castellanizar los nombres de equipos de fútbol que tuvieran demasiado regusto inglés, o de rechazar un vaso porque llevaba una leyenda en otro idioma.[161] Y lo mismo vale para la insistencia con que recalcaba que el argentino era un pueblo elegido por Dios para llevar a cabo su proyecto de justicia.[162] Un provincialismo que habría sido inocuo si las convicciones que alentaba no hubieran impuesto decisiones y hombres en todos los campos. Ese nacionalismo romántico y dogmático —la idea cara a ella y a sus partidarios de que existía una felicidad "tan **criolla*" como para hacer de ésta una marca peronista—[163] era un engaño que Eva y sus seguidores cultivaban hasta el extremo de convertirse en sus esclavos. Lo revela el hecho de que Eva pidiera ser atendida por "los mejores peronistas" entre los médicos, por la garantía de que serían "más humanos".[164] No obstante, fue

operada por un norteamericano, el doctor Pack, a quien se le dijo que la señora era de sentimientos demasiado nacionalistas como para aceptar que la interviniera un cirujano extranjero.[165] Para ocultarle la verdad, debieron llegar al extremo de montar una tragicómica escena de entrega de una distinción al doctor Finochietto, numen de la cirugía peronista, el cual jamás la había operado.

Como fuera, el año 1951 llegaba a su fin, y mientras Eva yacía en su lecho de enferma comenzaban a su alrededor las grandes maniobras en vista de su partida: reinaba en público la gloria, pero en privado los enfrentamientos eran con el cuchillo entre los dientes. Había sido evidente que así sería pues, como observó Luzardo, la desaparición de Eva tendría consecuencias "incalculables", y era de suponer que el peronismo sufriría profundos cambios.[166] El país entero estaba pendiente de las noticias sobre su salud,[167] y a medida que se fue teniendo certeza de un próximo desenlace fatal, el régimen se convirtió en una suerte de campamento atravesado por continuos espasmos. El viejo orden no se había derrumbado todavía, y Eva seguía recibiendo a sus hombres e impartiéndoles órdenes. Lejos de resignarse a su destino, creía poder burlarlo.[168] Con todo, lo nuevo podía ya avizorarse en el horizonte; así lo daban a entender las continuas riñas dentro del gobierno, junto con el hecho, evidente ya desde el comienzo de 1952, de que Eva iba poco a poco saliendo de escena. Uno de los primeros en mover sus piezas fue Remorino; con la intención de ampliar las funciones económicas de su ministerio, atacó a los hombres que antes, con el apoyo de Eva, se las habían arrebatado: Ramón Cereijo y el poderoso pero muy desacreditado Raúl Margueirat.[169] Mito o realidad, el mejor símbolo de lo que se preparaba fue el resultado de la histórica final del campeonato de fútbol de 1951, que enfrentó al Racing Club de Avellaneda, el equipo del que se decía que Perón era hincha, con el sorprendente Bánfield, preferido por Eva porque era todavía más popular. Ganó Racing, a pesar de los automóviles y el dinero que Eva había ofrecido a sus jugadores para que se dejaran ganar, y a pesar también de la misteriosa reunión de Apold con los futbolistas de Bánfield, en la que no es posible saber qué les prometió.[170] Como fuera, la cosa pareció la sórdida señal de que una época estaba llegando al ocaso. La pelota, al parecer, volvía al campo de Perón.

El **Plan Económico de Austeridad* lanzado por Perón en febrero de 1952, con el propósito de volver a hacer reinar el orden en un

país al borde del racionamiento de bienes de consumo, dependió más del hecho de que las elecciones habían pasado que de la enfermedad de Eva. Sin embargo, había quien pensaba que la enfermedad había tenido también considerable influencia.[171] Eva no dudaba de la necesidad del plan, y puso al partido peronista femenino al servicio de los propósitos que se perseguían al implementarlo;[172] pero era evidente que un plan semejante alzaría un obstáculo a la enorme capacidad de acumular riqueza para la ayuda social, por lo que su real puesta en marcha se favoreció con la debilitación que sufría Eva. Su idea de contribuir con un **Plan Agrario* que llevaría su nombre, iniciado con un desfile de tractores que partían al campo entre las aclamaciones de la multitud,[173] no podía derivar en otra cosa que en lo que había parecido desde un principio: una serie de movidas propagandísticas sin efectos reales sobre los problemas estructurales de la economía argentina.

Como relató Luzardo, Perón sabía bien que Eva no sanaría, y pensaba ya en la adopción de los ajustes que serían necesarios en el régimen. Clara señal de ello eran los inéditos gestos de apertura a ciertas franjas de la oposición, y el lenguaje más realista que estaba adoptando con los trabajadores, a los que se aprestaba a pedir sacrificios.[174] No era casual que la cuestión que más le preocupaba fuera el destino de la Fundación, y de las enormes sumas de dinero que ésta manejaba. De seguro no deseaba que esos recursos fueran a parar a manos de alguno que, apoyado en aquel imperio, minara su propio poder[175] tal como, por otra parte, había hecho la propia Eva. Cabía esperar, pues, que con el tiempo la Fundación fuera desinflándose, hasta terminar absorbida dentro de la estructura del Estado. Era previsible, por otra parte, que una vez muerta Eva caería también el gigantesco mecanismo de connivencias y contraprestaciones del que la Fundación había venido alimentándose. Entonces, la tijera de podar operaría sobre los exagerados gastos, sin perdonar el previsto para la erección del monumento a Eva, calculado en una cifra entre cinco y seis veces más elevada que el total de ingresos previsionales del año que terminaba.[176] Por lo pronto, el 4 de junio de 1952, día de iniciación del nuevo período presidencial, de la última presentación en público de Eva y del último acto en que ella le "robó protagonismo" a Perón,[177] no figuraba ya Ramón Cereijo entre los ministros. Cereijo era el auténtico nexo entre el gobierno y la Fundación, y de hecho siguió a cargo de la tesorería de ésta, con la obligación de poner en marcha el delicado proceso de contracción de sus finanzas. En el gabinete, junto a las figuras de

Borlenghi y Méndez San Martín, que habían sabido siempre mantener un pie en cada campo, aparecían caras nuevas, que en su mayoría llegaban al poder por caminos distintos de los que habían sido habituales.

Resonaron entonces los ecos del último y violento discurso pronunciado por Eva el pasado 1º de mayo, en parte despedida y en parte sensación de ausencia, por mitades testamento y manifestación de venganza. La Plaza de Mayo estaba transida de emoción y, a su lado, Perón la apremiaba a que terminara de hablar cuanto antes.[178] El contenido de su alocución había sido el habitual, pero el tono resultaba lúgubre; tuvo el efecto de volver a exacerbar las viejas heridas, sobre todo en los cuarteles. A tal punto fue así que, como un reflejo del clima que se vivía, el general Góes Monteiro, comandante en jefe del ejército brasileño que estaba de visita en Buenos Aires, no quiso entregar a Eva la condecoración que le enviaba su gobierno; fue precisa una orden perentoria de Río de Janeiro para que se aviniera a hacerlo.[179] Pero, ante todo, el discurso estuvo colmado de amenazadoras advertencias a "los traidores de adentro y de afuera", que "acechan en la oscuridad" contra la patria y el pueblo "que somos nosotros", gritó Eva. Y su culminación fue la inquietante promesa de no dejar en pie "un ladrillo que no sea peronista".[180] Poco después volvería a aludir al sentido de esas palabras, cuando al recibir a los gobernadores los incitó al fanatismo peronista.[181] En todo caso, como refería el embajador español Manuel Aznar, cualquier comentario sobre esas palabras sería superfluo.[182] Todo esto sucedía en medio de un panorama de guerra civil, que desde entonces no dejó de planear como un fantasma sobre el gobierno de Perón. Era el inquietante fantasma de Eva, quien aquel 4 de junio de la renovación del mando presidencial llegó a sentarse por un momento, en medio de la emoción generalizada, en el sillón vicepresidencial que tanto había ambicionado.[183] De ese fantasma, Perón ya no se liberaría jamás.

CAPÍTULO 12

El peronismo de Eva y el pasado que no termina de pasar

Muerta Eva, sus hombres empezaron a caer como bolos; lo hemos visto ya en el primer capítulo del libro. La cosa empezó con José Espejo, a quien Perón hizo pagar la afrenta del Cabildo Abierto. Otros trataron de salvarse procurando encontrar un espacio propio en el nuevo equilibrio del régimen. Veía bien Hernán Bellido, embajador del Perú, cuando destacaba que en su momento Perón había aprovechado con fruición los beneficios que la "catarsis" popular encarnada en Eva le procuraba, pero después las cosas habían cambiado. En efecto, ella se había vuelto independiente, y su gran intolerancia había envenenado a la sociedad argentina hasta causarle daño.[1] Y si, por un lado, Perón procuraba ahora retomar su plena posesión del régimen, por otro, debía pagar tributo a la mística de Eva y al bloque de poder que ella había construido. Trató entonces de hacer aquello que su propia índole, su vocación y su ideología le inducían necesariamente a hacer; esto es, recuperar su posición central en el régimen, llevándolo de nuevo a una situación de equilibrio. Para ello debía ser el mediador entre las varias corrientes que lo componían, y usar a unas como contrapeso de las otras, a condición de que todas ellas respetaran la unidad política y la cohesión doctrinaria del movimiento. Pero pronto comprobó que esas corrientes no eran ya conciliables ni estaban tampoco dispuestas a responder a su mando, años después de haberlo perdido por obra de la acción de Eva. Al legado de ella y a su intransigente nacionalismo siguieron remitiéndose muchos gremialistas y militantes, en el afán por no resignar posiciones. Y contra ellos siguieron luchando todos los que habían sido acérrimos enemigos del peronismo de Eva.

Es verdad que Perón, pese a las dificultades económicas y a las enormes tensiones políticas, seguía siendo popular y conservaba

todavía el poder firmemente en sus manos. Pero también lo es que mucha de esa popularidad se la debía a Eva, y que conservarla tenía un precio muy alto y, a la larga, insostenible. Ese precio consistía en mantener vivo aquello que Eva había representado: hacer que siguiera ardiendo la llama revolucionaria y nacionalista, seguir satisfaciendo a las bases populares en lo espiritual y en lo material, individualizando siempre enemigos nuevos, contra los que fuera preciso imponer unidad y cohesión. Ello obligaba al régimen a continuar abriendo nuevos frentes, a la vez que le impedía afianzarse sobre una base sólida de instituciones estables y una clase dirigente experta. La cuenta por pagar que Eva le había dejado a Perón era de carácter tal que coartaba su libertad de acción, y condicionaba para siempre sus posibilidades de cambiar de rumbo. La huella trazada por Eva constituía el carril sobre el cual Perón tendría que seguir deslizándose, a sabiendas de que las condiciones habían cambiado, de que aquellas fuerzas que en su momento habían permitido que Eva hiciera lo que había hecho ya no existían más, de que las reservas monetarias estaban agotadas y de que había que controlar el gasto público y atraer inversiones, que la Tercera Posición era un sueño, y así por el estilo. Puede también que Perón intuyera que aquel rumbo que había emprendido lo llevaba al abismo, vale decir, al punto en que el choque entre el espejismo totalitario que ella había perseguido y el complejo rompecabezas de aquella sociedad plural terminaría por producir una fatal explosión. Como observó Germán Vergara, Eva dejaba a Perón una organización sindical enorme, que repetidas veces había dado la impresión de un gigantesco y dócil fantoche, utilísimo para equilibrar el poder de las otras grandes y poderosas corporaciones, ante todo la militar.[2] Pero hacía ya mucho tiempo que las cosas habían dejado de ser así, y Perón venía a notar ahora que el manto con que se cubría era el de aprendiz de brujo, el de alguien capaz de poner en marcha a la CGT pero no de detenerla; de liberar el genio del nacionalismo pero no de aplacarlo cuando se volvía perjudicial, de congregar al "pueblo" pero no de guiarlo, de amenazar con el recurso de la violencia pero no de ponerle límites, y así por el estilo.

Perón, cautivo del fantasma de Eva, trató de librarse de él sin éxito. Intentó hacerlo por medio de medidas concretas sobre inversiones extranjeras, congelamiento de salarios, incremento de la productividad, todas ellas atenuadas en su efectividad por el clima nacionalista poco propicio para atraer capitales, por la resistencia gremial, en fin, por el tributo que se veía obligado a

pagar Perón a quienes, en nombre del pueblo, se habían apoderado no sólo del cuerpo embalsamado de Eva, yacente en el edificio de la CGT, sino también de su legado. Otra manera, más prosaica, de liberarse del fantasma de ella que lo perseguía era recurrir al doble discurso, en el que Perón era maestro: hablar a los obreros "en comunista",[3] y a sus camaradas de armas "en militar"; lanzar agudos dardos antinorteamericanos desde los palcos alzados en los actos públicos multitudinarios, pero garantizar una amistad sólida a los diplomáticos estadounidenses; reclamar la liberación del proletariado mundial y, al mismo tiempo, adoptar medidas de austeridad; atacar a la tiranía de Wall Street y tratar de atraerse sus capitales.[4] Y así seguía Perón, hasta terminar sofocado dentro de su propia red.

1. La herencia de Eva

El Presidente dio significativos pasos para despegarse del peronismo de Eva. Por otra parte, ese mismo peronismo, huérfano de quien lo había mantenido unido, se hallaba al borde de la implosión, a juzgar por las tensiones económicas que de repente surgieron entre la Fundación y la CGT.[5] Basta señalar que Hernán Benítez, que había sido la mente y el alma del peronismo de Eva, no volvió a pisar los pasillos de la Casa Rosada.[6] Se hablaba cada vez menos del tan discutido monumento a Eva, y cobraba auge el proyecto de elevar uno aun más grande a Perón, por entonces empeñado en recuperar sus espacios perdidos.[7] También trató Perón de retomar el control sobre los gobiernos provinciales, en los que el aparato de Eva imperaba; tal fue el espíritu de la Conferencia de Gobernadores, reunida en Buenos Aires en septiembre de 1952.[8] Aun dio Perón otros pasos para tratar de que el régimen volviera al equilibrio corporativo de los primeros tiempos. Pero en el afán por imponer la unidad perdida, acentuó sus rasgos autoritarios, exacerbando el proceso de peronización e imponiendo un estilo de conducción que se llamó "verticalista". Los mismos rasgos eran ya evidentes en vida de Eva, por lo que no cabe contraponer un peronismo autoritario de Perón a un inexistente peronismo horizontal de Eva.[9] El mismo gobierno de los Estados Unidos se manifestó satisfecho del cambio verificado en Buenos Aires después de la muerte de ella. Tal reacción era obvia, si se tiene en cuenta que Eva había sido el eje del frente antinorteamericano al que ahora Perón procuraba marginar, tras comprobar los daños que la acción de ese frente le había venido

produciendo, tanto en el campo económico como en sus relaciones con los militares. Claro que para justificar su vuelco, Perón mentó el cambio de autoridades en Washington, donde el presidente Eisenhower había sucedido a Truman. Pero eso no era problema, destacó el embajador Nufer, siempre que las cosas fueran en serio.[10] Que no se trataba de un juego lo confirmó al tiempo la caída de Margueirat, el responsable de defenestrar a Bramuglia y a Paz, que con la protección de Eva había salido siempre adelante, incluso en una pelea a puñetazos con el senador Molinari. Pero ahora Margueirat debió plegarse a la voluntad de Perón[11] y a la política de Remorino, más atento a colaborar con los gobiernos que a exaltar a Eva y su legado.[12]

A continuación, Perón se ocupó de desactivar la bomba de tiempo de la hostilidad militar hacia el peronismo de Eva. Ya en 1953, el culto a San Martín y el Instituto que de ello se ocupaba volvieron a manos castrenses, tras ser arrebatados a quienes los habían recibido de Eva. El cerco mismo impuesto por Perón al clan de los Duarte, y muy en especial a Juan —antesala del "suicidio" del hermano de Eva, en abril de 1953—, fue muy bien recibido en los cuarteles, donde las oscuras transacciones que se le atribuían habían sido siempre causa de grandes tensiones. No es casual que Perón confiara la solución de la espinosa cuestión al general Bengoa,[13] mientras los propios integrantes de la cúpula del ejército confesaban que con la eliminación del "clan Duarte" había comenzado un cambio prometedor.[14] Perón sabía de todos modos que más allá de gestos y acciones simbólicas, sin duda importantes, la mecha de aquella bomba estaba en otra parte. Todo partía del exorbitante poder de la CGT, con el temor militar de que ése fuera "el camino argentino al comunismo". Además, muchos militares tenían la convicción de que con tanta demagogia obrerista el régimen estaba inhibiendo el desarrollo industrial y, por consiguiente, comprometiendo la seguridad nacional; y muchos tenían la impresión de que la virulenta retórica antinorteamericana perjudicaba al país, que por esa causa quedaba fuera de los planes de renovación de material militar que, en cambio, beneficiaban a vecinos y competidores. Por eso, cada vez que Perón otorgaba alguna concesión a la CGT se preocupaba por dar algo también a los militares, como una manera de intentar tenerlos controlados. Así cayeron Juan Duarte, Freyre y el propio Cámpora, que perdió la presidencia de la Cámara de Diputados; todos ellos eran elementos que integraban el pesado legado de Eva, y fueron sacrificados al ejército después que Perón tuviera

que ceder al ultimátum gremial motivado en la suba que, a pesar de estar congelados, seguían experimentando los precios.[15] No es casual que quien había salido a defender a Duarte fuera el ministro Borlenghi, que con razón vio en el escandaloso "suicidio" el primer paso de una ofensiva más amplia contra el peronismo de Eva, del que el mismo Borlenghi se estaba convirtiendo en guardián espiritual y en heredero político.[16]

Perón había demostrado su voluntad de no depender de la CGT; por eso, muchos pensaron que la emboscada que se le tendió a Espejo tenía ese preciso sentido: retomar el control de la central sindical, para imponerle la obediencia a los objetivos generales del régimen.[17] Ése fue el sentido de los discursos pronunciados en Plaza de Mayo por el nuevo secretario general cegetista Vuletich y por el propio Perón, en el acto del 17 de octubre de 1953. En la ocasión, el huésped de honor fue Anastasio Somoza, el dictador nicaragüense que era un indudable buen compinche del anticomunismo. En su oratoria, Perón insistió en la pacificación del país tras una década de disentimientos, elogió a Eisenhower y afirmó no tener dudas sobre la dedicación al trabajo de los obreros argentinos, como tampoco las tenía sobre la lealtad de la CGT al gobierno.[18] En verdad, no era ésa la realidad de las cosas, y el esfuerzo de Perón no alcanzó un completo éxito, lo cual confirma que se veía obligado a usar guantes de seda con el movimiento obrero, que para él no era ya en modo alguno ese mundo familiar y pacífico que podría suponerse. Es verdad que Espejo había sido obligado a abandonar su puesto al frente de la CGT, pero pasó a presidir ATLAS, la confederación obrera latinoamericana que Eva había auspiciado, y que no era sino una ramificación de la CGT misma. Espejo le imprimió una orientación tan decididamente antinorteamericana que recordaba a la vez las actitudes de Eva y las que también eran típicas de los marxistas. Ello puso a Perón en apuros, por el daño que en consecuencia sufrió su política exterior.[19]

Muy pronto quedó planteada la necesidad de afrontar las contradicciones que separaban a su propio peronismo del que había sido de Eva. Por una parte, los poderosos instrumentos de una democracia sindical que había sido organizada por Eva favorecían su imagen de líder revolucionario. Pero, por otra parte, el uso de esos instrumentos por la CGT en la tarea de erigir un sólido frente antinorteamericano era perjudicial para su política de acercamiento con Washington y, en general, para la que también desarrollaba con el fin de atraerse a los gobiernos de los países

limítrofes. Esos gobiernos parecían estar más cerca que nunca del peronismo, aunque el chileno Ibáñez le hizo saber que no tenía intención alguna de sacrificar las buenas relaciones que cultivaba con Washington en el altar de la alianza ideológica con el peronismo.[20] Fue típica en tal sentido la actitud asumida por Perón a propósito de la guerra de Corea; prometió enviar tropas pero después se desdijo de su promesa, dando como justificativo las protestas obreras.[21] ¿Era un rasgo de astucia, orientado a quedarse a la vez con el pan y con la torta? ¿O las bases gremiales, evocando tal vez a Eva, estaban realmente en condiciones de imponerle decisiones de tanta importancia? En cualquiera de los dos casos, no surgía de allí la imagen de un líder fuerte y dotado de autoridad. Por eso, Remorino empezó a desmantelar poco a poco el enorme aparato diplomático montado por Eva, y en el cual se apoyaba la CGT. Los agregados obreros debieron volver a supeditarse a la autoridad del cuerpo diplomático, la costosísima agencia de prensa que difundía propaganda justicialista por el continente fue liquidada, y cesó la injerencia de la Fundación en las cuestiones de política exterior.[22]

Infinidad de veces pudo verse en qué gran medida Perón se encontraba condicionado por el peronismo de Eva. Tal condicionamiento pasó a ser un dato estructural durante el resto del tiempo que el régimen peronista tendría de vida, y constituyó el más poderoso obstáculo opuesto a su sueño de tejer la armoniosa tela de la **comunidad organizada*. En marzo de 1953, cuando acababa de anunciar que se tomaría unas breves vacaciones, Perón debió abandonar esa idea y reunir de urgencia a los integrantes del gobierno por el ya citado ultimátum de la CGT, presionada por las bases a causa del elevado costo de los bienes de primera necesidad. Perón le dio la razón a la central sindical y convino una rebaja general de precios, a la vez que hacía recaer las culpas sobre los comerciantes minoristas; muchos fueron arrestados, y aun obligados a cerrar sus comercios, tal como ya había sucedido en tiempos de Eva.[23] Las crónicas de la época muestran al general Sosa Molina, ministro de Defensa, y al secretario general de la CGT, Eduardo Vuletich, de bien conocidos antecedentes nacionalistas,[24] luchando unidos contra la corrupción.[25] Relatan también la conmovedora ceremonia a que dio lugar la donación de un gran retrato al óleo de Eva, que la CGT ofreció al Círculo Militar. El presidente de la institución acogió el presente con alborozados elogios, y expresó la opinión de que trabajadores y militares permanecían unidos, y de que cada

sector a su modo estaba dando su contribución a la patria conducida por Perón. También el Instituto Geográfico Militar tuvo su busto de la *Jefa Espiritual de la Nación*.[26] Sin embargo, lo que en realidad representaba aquel aparente idilio era el esfuerzo del régimen por volver a erigir su devastado edificio corporativo mediante la aplicación de dosis cada vez más masivas de doctrina y de lealtad peronistas.[27] Hasta que, al fin, las bombas que hicieron explosión en el portal de entrada del Círculo Militar, y más todavía las que hicieron víctimas en Plaza de Mayo, vinieron a recordar que la realidad no presentaba tintes tan rosados.[28] El hecho de que Perón sacara a relucir en esos momentos, para enfervorizar a la multitud, parte de su arsenal antinorteamericano provocó desconcierto en Washington, y a la vez sirvió para demostrar lo mucho que necesitaba todavía el Presidente del legado de Eva para mantenerse firme en su puesto.[29]

De modo que Perón se veía obligado a "conquistarse" la memoria de Eva, y también a monopolizarla, para impedir que sus adversarios la usaran contra él. Aparte de los comunistas, había también muchos militantes peronistas que no veían con agrado la congelación de los salarios, la campaña por la productividad, la ley de inversiones extranjeras, la renovada alianza con los militares, la desfinanciación de la Fundación Eva Perón y otras medidas. Perón tenía que convencer a la masa de sus partidarios de que lo hecho por Eva estaba en perfecta sintonía con su propia doctrina y que, en consecuencia, la lealtad que antes estaba reservada a ella debía seguir dirigiéndose ahora a él. Por eso dijo el 1º de mayo de 1953, ante el Congreso reunido, que la obra de Eva había sido enteramente fruto de la decisión de Perón.[30] En cambio, los que habían estado más próximos a Eva, aquellos de quienes Perón se estaba liberando porque eran opuestos a su nueva política, trataron siempre de diferenciar la figura y la vida de ella de las de él. También procuraron por todos los medios "conquistar" para sí la memoria de Eva, aunque para ello debieran invocar el testimonio de la anciana madre, de quien se dijo por entonces que había acusado a Perón de matarle sus hijos,[31] o aunque en la Plaza tuvieran que pedir que se vieran otra vez los retratos de Eva junto a los de Perón, cuando él hizo el intento de que desaparecieran.[32] Es significativo que distintos ámbitos se hicieran eco de aquellas luchas, sin excluir a la prensa del exterior, en la que no faltó quien afirmara que él estaba luchando contra el fantasma de Eva.[33] La necesidad de Perón de legitimarse con la invocación de Eva, y la de otorgar concesiones a la CGT como

medio de consolidar las figuras de sus dirigentes ante las bases, dicen mucho respecto de la jaula que la finada Eva había construido a su alrededor.

2. La comunidad extraviada

Perón trató de sortear los escollos que el poder de Eva había dejado sembrados en su camino. Ausente ella, y apartados del gobierno muchos de sus fieles, parecía posible encaminar al país hacia una mayor concordia.[34] Pero la tarea le resultó imposible, tanto por la resistencia de aquellos que habían sido movilizados por Eva, y que seguían escudándose en su legado, como porque él mismo y su gobierno se veían impedidos de volver la espalda a esas concepciones, por el riesgo de dilapidar consenso y popularidad. En verdad, hacían todo lo contrario: seguían abrevando en el peronismo de Eva para legitimarse a ojos del "pueblo". La ambición de Perón de pacificar el país —tan intensa que preguntaba con insistencia a quienes iban a verlo si no notaban ya algunas señales—[35] significaba en esos momentos partir en dos al peronismo. No hizo falta mucho para ver aparecer los síntomas de la esquizofrenia que padecía el régimen. Apenas muerta Eva, empezó la carrera por ver quién representaba mejor y con mayor intensidad su exaltado peronismo. Aloé, gobernador de la provincia de Buenos Aires, se disponía a purgar los textos escolares de toda influencia extranjera, y exigía que en ellos se expusiera "la mística del peronismo".[36] El Congreso no tardó en imponer la lectura de *La razón de mi vida* a los niños de todo el país. Perón mismo se ocupó, para insuflar calor en los corazones peronistas que participaban en la manifestación del 17 de octubre, que Eva tuviera presencia dominante en el acto por medio del texto de su testamento. Así seguiría siendo también en el futuro.

En tales condiciones, la recomposición del equilibrio corporativo tal como quería Perón, es decir, erigiendo la **comunidad organizada*, parecía una empresa desesperada. Ciertamente habría requerido pasar por un nuevo pacto, capaz de mantener unidos a militares y sindicatos, por más que en sus mutuas relaciones pesara el legado de Eva. Pero a la vez habría requerido también la instauración de un más fluido *modus vivendi* con la Iglesia y con la Santa Sede, por muchos y muy buenos motivos. Entre éstos estaban el poder que la Iglesia tenía, la matriz católica que el peronismo no dejaba de reivindicar, el hecho de que el pueblo peronista era mayoritariamente católico y, por fin,

la necesidad de prevenir la concreta posibilidad de que la oposición ocupara ese espacio, y la de evitar que los militares invocaran cualquier eventual amenaza a “la nación católica” para arrinconar a Perón contra las cuerdas. Claro que el legado dejado por Eva en relación con este último ámbito era de los más pesados.[37] Había llegado a ser proverbial, en efecto, la frialdad entre ella y el nuncio Fietta. A tal extremo que, en su momento, Raúl Margueirat, a quien solía recurrir Eva para la realización de las tareas más sucias, intentó que dejara de reconocerse a Fietta la condición de decano del cuerpo diplomático acreditado. Cuando Eva murió, Fietta se cuidó muy bien de no regresar a tiempo a Buenos Aires para los funerales. Estos hechos no cambian por la circunstancia de que después, ante la desaparición de Eva, el Vaticano olfateara la posibilidad de una distensión con el gobierno argentino y decidiera poner en lugar de Fietta a otro representante, a lo que, según parece, Perón comentó que ya era demasiado tarde.[38] Con todo, el Presidente dio claras señales de su deseo de estrechar la mano que le tendía monseñor Zanin, el nuevo nuncio, y las de los dos cardenales argentinos. En efecto, pronunció unos cuantos discursos importantes y de tono conciliatorio, y volvió a asistir como antes a las más importantes celebraciones católicas.[39] Más aún, también en ese campo intentó Perón reapropiarse de la figura y de la memoria de Eva, para apuntalar sus esfuerzos de recomponer adecuadamente las relaciones con la Iglesia. Para ello debía hacer caer un piadoso manto de olvido sobre las controversias que habían ido sucediéndose entre Eva y la Iglesia, y de cuyos ecos estaba literalmente saturado *Mi mensaje*, el último escrito de ella. Perón tomó parte en el Congreso de Educación Religiosa, en un clima festivo y calmo, bajo dos grandes retratos de Eva y de él mismo colocados uno al lado del otro.[40] La prensa católica, por su parte, pasó por encima de todo lo sucedido para recordar el espíritu cristiano de Eva, y su decisivo apoyo a la ley que en 1947 había consagrado “el regreso de Cristo a la escuela”.[41]

Sin embargo, tampoco en ese ámbito quiso Perón, ni pudo, dar por completo la espalda al legado de Eva. Ciertamente no contribuyó a la distensión el culto pagano que gobierno y CGT seguían tributándole, con el fin de sacar partido del poder y la popularidad que habían sido de ella. A ojos de la Iglesia, ese culto confirmaba las ambiciones espirituales del peronismo; era una celebración sacrílega, que más de una vez se prestó entre los católicos a la formulación de ironías y comentarios tan agudos

como maliciosos.[42] Tampoco estaban dispuestos los gremialistas a plegarse a la conciliación de Perón con la Iglesia, ni a tolerar los esfuerzos eclesiásticos de volver a tener fuerza en el mundo obrero. Contra esa posibilidad empezaron a lanzar algunos dardos desde las páginas de sus medios de prensa, en especial desde *El Líder*, el diario de Borlenghi.[43] Todo ese proceso tuvo el efecto de marginar aún más del peronismo a muchos católicos y nacionalistas, si es que no los forzó a salir por completo del movimiento.[44] A la vez, los cambios contribuyeron a desplazar el fiel ideológico de la balanza del régimen hacia las corrientes sindicales anticlericales, de las que el referente natural era precisamente Borlenghi, y que hicieron lo que estaba en sus manos para abortar los planes concebidos por Perón. Lo mismo sucedió en el ámbito educativo, donde por toda respuesta al intento de la Iglesia de volver a tener fuerza en las escuelas el ministro Méndez San Martín, "filósofo" del régimen que había cobrado altura en la corte de Eva, resucitó la ya boqueante Fundación para hacer que enviara a los establecimientos escolares "consejeros espirituales", encargados de impartir la "moral humanista"; en palabras breves, peronista.[45]

De ahí a dejarse arrastrar, casi por mera inercia, al abismo del choque frontal con la Iglesia, no había más que un paso.[46] Perón daría ese paso, y al hacerlo condenaría a su régimen a una muerte cierta, al crear las condiciones para que tuvieran lugar dos fenómenos a los que no podría sobrevivir: la unión de Iglesia y ejército en defensa de la "nación católica", y el desánimo del pueblo peronista, por primera vez obligado a elegir entre su fe católica y su fe peronista. Aunque hubiera tenido voluntad cierta de zurcir ese desgarrón, con el objetivo de volver a atraer a la Iglesia a la órbita del régimen, como en los viejos tiempos, el peso del peronismo de Eva era ahora suficiente para impedírselo, aun si no hubieran existido otros numerosos factores que también hacían quimérico el deseo de Perón. Por supuesto, las causas del conflicto con la Iglesia no radicaban sólo en lo que Eva había significado para el peronismo, y son lo bastante complejas para excluir la posibilidad de tratarlas aquí detenidamente, por más que hayamos ya visto buena parte de ellas. Es sugestivo, en todo caso, que ese conflicto fuera tan a menudo librado en nombre de Eva y que, una vez que se desencadenó, la continua evocación de ella se convirtiera en extraordinario estímulo a la escalada de la confrontación, y en obstáculo igualmente imponente a la voluntad de moderarla. Raúl Mendé, perro guardián de la memoria de Eva

que se había pasado al servicio de Perón, no tardó un instante en denunciar en *Democracia* la "reacción político-clerical", a la vez que llamaba a defender el peronismo, sobre el cual se proyectaba "el recuerdo inmortal de Eva Perón, de su fanatismo y de las realizaciones de ese fanatismo arrollador".[47] Bien poco podían hacer Remorino y otros como él, que acudieron a apagar el incendio: el recuerdo de Eva estaba por caer ya como un garrotazo sobre sus cabezas. Fue el secretario general de la CGT el que marcó el tono; desde la tribuna alzada en el Luna Park, al cubrir de invectivas al clero culpable de "infiltrarse" en el movimiento obrero, vociferó, amenazador: "Moriremos gritando Eva Perón".[48]

Bien decía el representante de Portugal, en un informe a su gobierno, que Eva parecía estar obteniendo de muerta lo que no había logrado estando viva, es decir, "el nacimiento de una nueva religión del Estado argentino".[49] La religión peronista de la que ella era sacerdotisa tenía su festividad de Reyes, donde los Reyes Magos eran Perón y Eva; tenía sus diarios, desde los que se pontificaba acerca del "Dios de Eva Perón, el Dios humano y simple"; contaba también con senadores dispuestos a decirse cristianos porque eran fieles al ejemplo de Eva y, en general, con legisladores decididos a suprimir varias festividades cristianas, pero no la que acababa de ser introducida en memoria de la **Jefa Espiritual de la Nación*.[50] El 8 de diciembre de 1954, mientras la Iglesia festejaba la Inmaculada Concepción de María, la prensa peronista tituló que la CGT había decidido "la entronización laica de Eva Perón en los sindicatos y en los lugares de trabajo"; una tan profana beatificación que indujo a los obispos a meditar la aplicación de contramedidas.[51] *La Prensa*, el viejo y glorioso diario liberal que Eva había arrebatado a los Gainza Paz para ponerlo en manos de la CGT, y ante todo de Isaías Santín, siempre tan cerca de ella,[52] era el medio que guiaba el coro desde su "página gremial Eva Perón". A esta altura no sorprenderá que la chapa con el nombre de Eva Perón, que había sido arrancada de una pared en el edificio del Congreso Nacional y quemada junto con una bandera argentina, se convirtiera en el *casus belli* de los violentos incidentes del día de Corpus Christi de 1955. Poco importa saber con certeza si quienes cometieron esos actos fueron los católicos y ciertos opositores llenos de odio, o si quien montó el penoso incidente fue el propio ministro Borlenghi, con el objeto de convocar al pueblo, ofendido en sus más caros sentimientos.[53] En efecto, lo que de verdad importa de todo eso es que el nombre contra el cual o a favor del cual se estaba preparando el choque

final fuera precisamente el de Eva Perón.

3. Caído Perón, que viva Eva

Inútilmente insistía Perón en que él estaba dispuesto a guiar al pueblo. Según el cardenal Caggiano, de quien no podía quejarse el gobierno peronista y que llegó hasta derramar lágrimas al sincerarse con el cónsul francés en Rosario, la palabra del Presidente ya había perdido todo su valor. Lejos de revelarse como un estadista, no era más que un militar mediocre, esclavo de las miserias cotidianas.[54] En el aire flotaba una quemazón de templos, anticipó como buen profeta ya a fines de 1954. En síntesis, Perón estaba siendo arrastrado por dos factores: una situación que no podía dominar y Eva, su memoria y sus herederos. Contra este último factor dirigieron su atención los militares, más todavía que contra Perón, tras el bombardeo de Plaza de Mayo el 16 de junio de 1955, cuando, en el intento de derrocar al régimen, aviones de la Marina de guerra mataron gran número de civiles inermes. A esto siguió la incursión peronista contra varias iglesias de la Capital. Al ver la magnitud del abismo en que se precipitaba el país, el ejército impuso a Perón una especie de tutoría, con una nutrida serie de condiciones; entre ellas figuraban la de hacer las paces con la Iglesia y la de limitar el poder de la CGT.

Muy pronto se empezaron a ver las consecuencias. Una tras otra rodaron las cabezas de Vuletich, de Méndez San Martín y de los ministros Hogan y Maggi, los llamados “hijos dilectos de Eva”.[55] Se puso sordina a Apold, prohibiéndole entre otras cosas que la prensa siguiera refiriéndose a la muerte de Eva como su “paso a la inmortalidad”.[56] Por fin se llegó a saber que el ejército iba a realizar una inspección administrativa de los fondos de la Fundación, y que la intención era eliminar las retenciones a los salarios con que el organismo se venía financiando. El cerco se cerró asimismo sobre el más duradero de los ministros de Perón, Ángel Borlenghi, que fue obligado a renunciar y dejar el país. La sanción caía, no por casualidad, sobre alguien que había sobrevivido a Eva y había demostrado cierto genio para convertirse en su mayor heredero político. Pareció entonces que Perón podría recuperar el timón del régimen; al menos lo intentó, prometiendo diálogo a diestra y siniestra, con lo que cuidaba satisfacer a los militares que lo tenían vigilado. Pero al actuar así, y al desprenderse de los hombres que habían sido fieles a Eva como si se tratara de simple lastre, Perón perdió también la

confianza de importantes sindicatos. Pedro Ara, que andaba por la CGT como por su casa, comunicó que muchos dirigentes se sentían traicionados por Perón.[57] La misma conmemoración de Eva, a tres años de su muerte, reveló hasta qué punto se hallaba desgarrado el partido: la rama masculina estaba resuelta a seguir a Perón; la rama femenina y el gremialismo se volcaban a la intransigencia.[58] Cuando Perón, para liberarse de la tutela militar, recurrió a su ya consabido juego de entregar su renuncia para recibir el respaldo popular en "su" plaza, no tenía ninguna seguridad de que las masas le responderían: aquélla era, en gran parte, la plaza de Eva. Tal vez haya sido ésa la razón por la que Perón en dicha ocasión se excedió, al recurrir, para enfervorizar a la multitud, a un tono y una serie de amenazas violentas que terminaron de convencer a las Fuerzas Armadas, o al menos a buena parte de ellas, de que ya no se podía seguir así, y era preciso tomar las armas contra el régimen. Cuando Perón cayó, en septiembre de 1955, nadie se movió para salvarlo.

Dos secretarios de legación de la embajada del Brasil, invitados poco después de la caída del régimen a visitar el salón del edificio de la CGT donde reposaba el cuerpo de Eva, perfectamente embalsamado por Pedro Ara, quedaron impresionados por el aura mística que creyeron ver en torno de esos despojos.[59] Tomaron el hecho como la confirmación de que Evita había sido, y era todavía, más popular que Perón. A ese propósito, las irritadas confidencias que les hizo el médico español eran un retrato de los dramas sucedidos en los últimos tres años. El doctor Ara, en modo alguno deslumbrado por el atractivo de Perón, que acababa de perder el poder, no le perdonaba una, como suele decirse. Él había sido, decía Ara, el responsable de relegar el cuerpo de Eva a ese lugar tan aislado, y de imponer restricciones a las visitas para que el pueblo no pudiera ir a rendirle culto. Más aún, el propio Perón daba el ejemplo en ese sentido, pues sólo le dedicaba una visita por año. En su opinión, Perón había hecho todo lo posible para que Eva fuera olvidada y para ocupar él mismo su lugar en el corazón del pueblo, salvo en los casos en que necesitaba de ella como, por ejemplo, cuando el conflicto con la Iglesia. En cambio, quienes habían seguido ocupándose de Eva y de su cuerpo, al que visitaban con asiduidad, eran los dirigentes de la CGT. Solían darse auténticos baños de regeneración peronista en esa cámara mortuoria, y salían de allí colmados de renovada mística. Ara era implacable y parecía guardar una notable carga de ponzoña pero, a su manera y sin querer, daba de lleno en el blanco. Hacía ya tres

años que Perón vivía atormentado por el fantasma de Eva. La presencia de ella había limitado el poder de Perón; su ausencia, le imposibilitaba llegar hasta el “pueblo”.

Conclusiones

La biografía política de Eva es tan breve como intensa. No hay persona, sea admirador o detractor, que no quede con la boca abierta ante la profundidad de la huella dejada en tiempo tan breve por esa mujer joven y de salud frágil, que carecía de cultura y, al comienzo, tampoco tenía medios económicos. Poco importa si lo que ella emprendió y lo que logró fueron el fruto de una ambición o de una vocación, si estaban motorizados por el amor o por el deseo de alcanzar la gloria. Sea cual fuera la forma en que la considere la conciencia de cada uno, la trayectoria de Eva sigue siendo un grande y en muchos aspectos fascinante fenómeno social. Y el término "social" debe ser tomado aquí en su sentido más amplio, abarcador de las dimensiones política, moral, religiosa, cultural y tantas otras. Eva actuó en todos los ámbitos citados y en otros que no se mencionan, y en todos ellos su accionar produjo efectos duraderos. Por eso, la biografía de Eva constituye un fenómeno en muchos aspectos excepcional.

El propósito de este trabajo no ha sido verter un juicio sobre Eva en cuanto persona. Es ése un deporte muy asiduamente practicado y, a fin de cuentas, irrelevante, ya que el historiador carece de la autoridad de un juez o un sacerdote. Quien haya llegado hasta aquí ha de haber madurado sin duda su propia idea, o ideas, ya que se trata de un personaje tan complejo. Para nuestro propósito bastan algunas breves indicaciones que serán, más que nada, observaciones. La trayectoria de Eva nos impone recordar que en la historia es importante el peso de los individuos; parecerá un enunciado banal, pero no siempre se da eso por descontado. Es claro que junto con los individuos pesan también los contextos. Si Eva pudo llegar a donde llegó es porque una personalidad que a su manera era excepcional entrelazó sus pasos con los de una historia también poco habitual: la de su país, la de la etapa que ese país atravesaba, del hombre que la interpretó y que fue su protagonista. En ese sentido —pero sólo en ése— conviene observar que la de Eva es una historia muy argentina, y de esa Argentina en especial. Por eso, ninguna de las muchas imitadoras que Evita ha tenido en otras partes, y que aún sigue teniendo hasta en su tierra, han llegado a ser ni siquiera su sombra. Y es que la trayectoria de Eva sólo se concibe en un país recién salido de un

período de masiva inmigración, todavía y más que nunca sujeto a los prolongados efectos de aquel oleaje humano; un país de espacios abiertos, de dinámica social frenética, de jerarquías sociales porosas y funciones familiares volátiles, de reglas poco claras e instituciones no demasiado sólidas, de rápida modernización y tímida secularización.

En su excepcionalidad, la historia de Eva es un fiel reflejo de ese mundo tan particular y en tan rápida transformación. Lo es en sus lacras y en sus virtudes, autoatribuidas o sufridas por ella. Todo eso revela más las angustias y las aspiraciones del mundo que le tocó vivir que lo que Eva efectivamente era. Si para las familias aristocráticas ella no era más que una prostituta, es decir, un genio maléfico del sexo y de la corrupción en un universo estereotipado, la realidad es que Eva aparecía asexuada a quien la conociera. Receptáculo de amor para su pueblo, símbolo de integración y de consideración para quienes se sentían excluidos de aquel mundo, Eva aparecía fría y a veces despiadada a aquellos que estaban junto a ella. Mucho la complacía presentarse humilde y desinteresada, en correspondencia con todo un ideal de mujer cristiana; sin embargo, en la realidad no era lo uno ni lo otro. Por supuesto que "hacía el bien"; muchos, si no todos, lo han reconocido, incluso entre sus adversarios. Por otra parte, ese "hacer el bien" le valió su inmensa popularidad, y a ello debe el papel que hoy ocupa en la historia. Pero como reza el célebre aforismo de Denis Diderot, no basta hacer el bien, es preciso hacerlo bien. Porque, en efecto, el bien que "se hace mal" puede resultar nocivo. Esta noción debe ser la verdadera puerta de entrada a la biografía política de Eva. Es preciso comprender la parábola de su vida en su conjunto, en todas sus dimensiones; sólo así será posible captar su naturaleza, y apreciar las consecuencias que tuvo.

Sobre estos aspectos me he detenido ya largamente a lo largo de todo el texto. No es del caso, pues, volver otra vez sobre lo mismo, aunque cabe todavía extraer alguna conclusión ulterior. En esto hay que dejar aparte a la persona de Eva, que la historia ya ha incorporado a su acervo y que ha de seguir suscitando odios y amores cada vez más virtuales, tal como en vida los suscitó reales y concretos. Si bien se mira, en una perspectiva amplia, Eva puede ser considerada la intérprete inconsciente de un proceso que para simplificar solemos llamar "modernización". A decir verdad, lo mismo vale para todo el peronismo, para el movimiento y el régimen del que ella fue una parte tan importante, y al que, según

se ha visto, confirió rasgos muy definidos. Éstos hicieron del peronismo un movimiento y un régimen en ciertos aspectos excepcional dentro de la familia a la que sin duda pertenece: la de los fascismos genéricos florecidos en el mundo latino. Esos rasgos revelan, mejor tal vez que en ningún otro caso, que el populismo —la idea de pueblo como comunidad orgánica, que Eva encarnó— es el terreno común en que se desarrollan los regímenes fascistas y los comunistas, el invisible pero poderoso lazo de unión que tantas veces los hace aparecer afines. En ese sentido no se equivocaba Hernán Benítez al decir que lo que Eva hacía era un "comunismo de derecha", ni caen en herejía los historiadores que a veces lo sitúan entre los "fascismos de izquierda".

Pero lo dicho nos obliga a especificar el sentido de la modernización de la que hablamos. Eva, en efecto, constituyó en muchos aspectos un canal inconsciente de modernización social, y a la vez expresó una suerte de primitivismo político. No solamente no había armonía entre aquella modernización y ese primitivismo, sino que éste distorsionaba los efectos de la primera. El producto final sería, por decirlo así, una modernización social acompañada de una política primitiva: si se quiere, un bien, pero "mal hecho". Para avanzar con orden, digamos que la Eva modernizadora es la que atropella antiguos límites sociales y los derriba, la que se pone al frente de procesos que en su mayoría ya estaban en curso, o bien en embrión (la agremiación, el voto femenino, la ayuda social, el boom de los medios de comunicación, la escolarización masiva y en general todos los procesos típicos del advenimiento de una moderna sociedad de masas e industrial). Para expresarlo con una metáfora, era un tren que pasaba en ese preciso momento; nadie puede negar a Eva el mérito de haber tenido la fuerza y la intuición suficientes para subir a él y, en más de un aspecto, tomar en sus manos la conducción. Pero tampoco es posible negar que aquél era un tren que de todos modos estaba a punto de pasar. Con Eva o sin ella, la Argentina había accedido ya a su "etapa social"; una etapa que de diversos modos deben afrontar todas las sociedades que llegan a cierto grado de desarrollo. No es posible, pues, limitarse a aplaudir la capacidad de tomar aquel tren: hay que preguntarse cómo lo condujo Eva y adónde lo llevó, sabiendo bien que podía haber otras maneras de hacerlo.

De este preciso punto arranca y cobra sentido la idea de trazar su biografía política, lo que significa seguir la historia hasta el fondo, de manera exhaustiva. En ese sentido, hay que empezar por aclarar un aspecto clave, espinoso en grado sumo. Si Eva fue en

vida un ícono popular, y si lo siguió siendo o lo fue aun más después de muerta, ello reconoce diferentes motivos. Algunos son muy prosaicos: el cultivo de su gloria, por ejemplo, al que destinó Eva inmensos recursos. Otros motivos, en cambio, son más profundos, pues no cabe duda de que en su accionar ella interpretó el universo ético e ideal de aquellos a quienes llamaba "el pueblo", para ella el único que existía, y además el único concebible. Era aquél un pueblo mayoritariamente compuesto de sectores sociales de escasos recursos y limitados niveles de instrucción, e inmerso en un universo ideal permeado en gran medida de valores religiosos, más o menos conscientes. Ella lo encarnó, en parte en forma instintiva y en parte en reflejo de instrumentos culturales mucho más afinados que le aportaba su corte de intelectuales. La forma en que ella y sus mentores concebían a ese pueblo es un elemento clave para comprender el mundo material e ideal que Eva forjó. También es esencial determinar cuáles eran los ejes centrales de ese universo ideal, y cómo ejercía Eva su poder, sobre la base de ese universo. Todo ello es clave también para comprender su legado, con el que debieron contar, en primer lugar, Perón y, a continuación, toda la historia argentina sucesiva.

El pueblo de Eva, por empezar, es el de los fenómenos populistas, bien conocido por los estudiosos. Se trata de un pueblo unido y homogéneo, sin aristocracias ni linajes nobles; un pueblo idealizado, que comparte una historia y un destino y, por eso mismo, posee una esencia en común, una identidad eterna. Es una comunidad, pero una comunidad orgánica, dentro de la cual el individuo se diluye en el conjunto y en la que los actores son cuerpos naturales, que cooperan a la armonía de ese conjunto; cumplen funciones y, al hacerlo, garantizan la armonía y el buen estado de salud de un organismo que de por sí es unitario. Esos cuerpos son hombres y mujeres, son ancianos y trabajadores, son sobre todo familias; "comunidades naturales" de una "democracia orgánica", en el lenguaje de sello tomista de los intelectuales que flanqueaban a Eva. Todos esos cuerpos reunidos integran "el pueblo", que al ser tan homogéneo se expresa en forma unívoca por medio del líder, de ese héroe caro a Carlyle que aparece con frecuencia en los discursos "cultos" de Eva, obra principalmente de la pluma de Hernán Benítez. Entre el genio y el pueblo, para el caso entre Perón y sus seguidores, Eva solía decir —y no es casual— que no existía ni podía existir nada más. Sólo especificaba que lo que ella más deseaba era que en su propia presencia pudiera "el pueblo" captar la presencia misma del líder; por eso absorbió de él

ropajes morales, funciones y carisma.

Todo eso, que aquí aparece vago y abstracto pero que estaba bien arraigado en Eva —y era consciente y perfectamente estructurado en los hombres que intentaron dar forma a su innata fuerza—, remitía a un imaginario antiguo, a una visión del hombre y del mundo que hunde sus raíces en el universo ideal de la cristiandad, a la que no es casualidad que se remitiera Eva continuamente. Pero se trataba de una cristiandad que desde mucho tiempo atrás estaba trabada en lucha con las ideologías seculares en majestuoso avance. Esas ideologías no sitúan ya en el centro del universo a la comunidad, sino al individuo. En la comunidad ven un contrato racional, lo que constituye el presupuesto de la política, y no un orden natural en el que la política aparezca como una actividad artificiosa. Para gobernar la comunidad esas ideologías confían en la ley positiva, no en la autoridad moral encarnada en un poder dotado de un aura divina. De esa idea de cristiandad, que se expresa en la vehemente reacción tomista ante el liberalismo, cuya vanguardia integraban diferentes religiosos que fueron turnándose en su entorno, Eva reunía todas las características. En ella, éstas eran inconscientes e instintivas, como no podían dejar de serlo en una mujer que carecía de formación cultural; pero resultaban enteramente afines a las que también tenía el "pueblo" que ella imaginaba y que, a fin de cuentas, demostró que sí existía, aunque no fuera todo el pueblo como Eva pretendía.

Connaturalizada con esa concepción organicista se hallaba la expresa y visceral aversión de Eva por todo cuanto, sobre la base de esas premisas, consideraba que podía poner en riesgo la armonía y la integridad de aquella primigenia comunidad popular. De ahí parte su obsesiva lucha contra los omnipresentes "enemigos", que eran tanto externos como internos y, por consiguiente, todavía más peligrosos, por erigirse en alevosos vehículos de infección, capaces de minar la salud del conjunto. En esa tarea de combatir a tales "enemigos", empleando cualquier medio con tal de imponer la unidad material y espiritual del "pueblo", Eva fue insuperable. Ciertamente es verosímil que en su odio a lo que llamaba "la oligarquía" hubiera mucho de resentimiento personal; con todo, es más plausible que ese odio surgiera de manera casi natural de su innato y antiguo universo ideal. Por eso, el mismo odio se extendía con igual ferocidad a otros blancos, típicos enemigos a los que ella consideraba igualmente nocivos para la pureza de la comunidad: el

imperialismo, el comunismo, las “doctrinas foráneas” y así por el estilo, en una lista de genios maléficos a los que nunca dejaba Eva de estigmatizar. El efecto era el señalado muy frecuentemente, que resulta evidente durante toda su trayectoria: una obcecada y virulenta intolerancia hacia cualquier forma de pluralismo político, ideológico o cultural, y una también violenta pulsión a imponer la cohesión y la homogeneidad, que ella juzgaba condiciones naturales del “pueblo”.

Allí radica justamente el aspecto primitivo de la biografía política de Eva. O bien, si se prefiere, su aspecto “antiguo”, tanto desde el punto de vista de la concepción como de los medios empleados por ella. Y primitiva era su pretensión de obligar a la homogeneidad a un país que en realidad era cada día más plural y diferenciado, y que iba en camino a una rápida modernización. Tuvo éxito, al menos en apariencia, pero a costa de imponer una tiranía de la mayoría que, al cavar un abismo en el país, dio origen a la dramática y maniquea espiral de odios y enfrentamientos en los que la Argentina se debatió durante más de treinta años. Primitivos fueron también los medios empleados por Eva, los típicos de un poder antiguo, sostenido en una granítica lógica patrimonialista orientada a repartir premios y castigos, protección y exclusiones, y que estaba basada en las lealtades personales y en las clientelas familiares. Puede que esos medios fueran eficaces para inducir a la obediencia a los propios seguidores; no lo eran, en cambio, para manejar una realidad que ya era moderna, que necesitaba instituciones fuertes y estables y clases dirigentes autónomas y competentes; que requería la eficacia y la racionalidad sin las cuales una sociedad de masas no puede funcionar. En todos los casos se trata de rasgos que el liderazgo de Eva inhibió de mil maneras.

Tampoco puede llamarse casualidad al hecho de que, habiendo acumulado Eva un enorme poder político, de tal magnitud que, según se ha visto, terminó por coartar al mismo Perón, su forma de ejercerlo fuera prepolítica, si no directamente antipolítica. Recurrió en general a medios y atributos típicos del poder religioso, más que del político; cosa que, por otra parte, convenía al imaginario antiguo del que se hallaba saturada. Para ese imaginario, la política y sus instrumentos, al menos los que son típicos del constitucionalismo liberal, con su división de poderes y sus principios representativos, eran el emblema de la artificial división del “pueblo”, que ella aspiraba a unir en nombre de su natural homogeneidad. Sólo que, claro, la ambición de gobernar y

unir a una sociedad moderna con criterios religiosos propios de una sociedad antigua terminó por acentuar el desgarramiento existente. Hablemos de heterogenia de los fines o, justamente, de un bien que se ha hecho mal; lo cierto es que la pretensión de Eva de legitimar al régimen apelando a la unidad de fe y de doctrina, en vez de intentar hacerlo mediante el empleo del enorme poder de que disponía en la creación de instituciones cada vez más sólidas, no podía sino generar un inmanejable juego de suma cero, una lógica destructiva cuyos polos eran el bien y el mal, el amigo y el enemigo; un terreno en el que la política pasaba a ser guerra, y quien ganaba se lo llevaba todo, y obligaba así al adversario a recurrir a sus mismas armas.

Guiar por medio del carisma religioso y del personalismo exasperado a una sociedad que en buena parte era ya secular, y que el propio peronismo, al modernizarla, secularizaba cada vez más; una sociedad en la que era ya imposible prescindir de los instrumentos típicos de la modernidad —medios de comunicación, partidos, sindicatos, etcétera—, tuvo por resultado que la propia religión de Eva se secularizara. El peronismo, en el que ella veía la concreción del reino de los cielos, la encarnación del imaginario religioso que unía al "pueblo", se convirtió así en la nueva fe. El régimen pasó a ser la nueva Iglesia, y Perón el nuevo Dios. La propia Eva se invistió de esa condición, y fue investida de ella por otros. Hubo en fin una religión secular, con sus dogmas y sus fieles, en la que aquel que se apartaba no era un opositor: era un hereje. Es así que con el peronismo de Eva la Argentina entró en la modernidad social, y saltó por encima de la modernidad política. El rumbo seguido por ella fue, pues, una especie de camino religioso a la modernidad, anunciador de futuras tragedias.

Bibliografía

Aboy, R., "La vivienda social en Buenos Aires en la segunda posguerra (1946-1955)", *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, vol. VII, nº 146, agosto de 2003.

Alexander, R. J. (con la colaboración de Eldon M. Parker), *A history of organized Labor in Argentina*, Praeger, Wesport, 2003.

Amadeo, M., *Ayer, hoy, mañana*, Gure, Buenos Aires, 1956.

Amuchástegui, M., "Los rituales patrióticos en la escuela pública", en A. Puiggrós (dirección), *Discursos pedagógicos e imaginario social en el peronismo (1945-1955)*, Galerna, Buenos Aires, 1995.

Ancarola, G., *Reflexiones sobre la función política de la Corte Suprema en los gobiernos* de facto, Academia de Ciencias Morales y Políticas, t. XXVIII, 1999.

Areilza, J. M. de, *Así los he visto*, Planeta, Barcelona, 1974.

Ayestarán, R., "La fuga de los nazis y la ruta de los monasterios", *Informe Uruguay*, año III, nº 107, 3 de diciembre de 2004.

Badenes, D., "Historias de la ciudad: el peronismo versus Estudiantes", www.lapulseada.com.ar.

Baily, S. L., *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 1984.

Balmori, D.; Voss, S. F.; Wortman, M., *Notable family networks in Latin America*, Chicago University Press, Chicago, 1984.

Balza, M., *Dejo constancia. Memorias de un general argentino*, Planeta, Buenos Aires, 2001.

Barry, C. P., *La actividad religiosa en los hogares de tránsito de la Fundación Eva Perón: las Hermanas del Huerto*, VIII Jornadas de Historia de la Iglesia, Buenos Aires, 2004.

— *El partido peronista femenino, 1949-1951*, Universidad Católica Argentina, Instituto de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, Doctorado en Ciencias Políticas, 2006.

— *Evita Capitana. El partido peronista femenino, 1949-1955*, Eduntref, Buenos Aires, 2009.

— "El partido peronista femenino: la gestación política y legal", *Nuevo Mundo*, 2008.

— "Mujeres peronistas: centi de las mujeres peronistas y las unidades básicas femeninas en la imçplementación del Plan

Económico de Austeridad y el Segundo Plan Quinquenal", www.historiapolitica.com.
Becker, C. A., *Domingo A. Mercante. A democrat in the shadow of Perón and Evita*, XLibris, Philadelphia, 2005.
Bell, L. D., *The Jews and Perón: communal politics and national identity in peronist Argentina, 1946-1955*, dissertation for the Degree Doctor of Philosophy in the Department of History of The Ohio State University, 2002.
Benítez, H., *La Argentina de ayer y de hoy*, Subsecretaría de Información de la Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 1950.
— *Eva Perón. En la plegaria de su pueblo*, Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, Buenos Aires, 1952.
— "Eva Perón. In memoriam", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, nº 23, 1952.
— *La aristocracia frente al peronismo*, Buenos Aires, 1953.
Bertagna, F.; Sanfilippo, M., "Per una prospettiva comparata dell'emigrazione nazifascista dopo la seconda guerra mondiale", *Studi Emigrazione - Migration Studies*, XLI, nº 155.
Bianchi, S.; Sanchís, N., *El partido peronista femenino*, CEAL, Buenos Aires, 1988.
Black, M., *The children and the nations: The History of Unicef*, Unicef, Nueva York, 1986.
Blanco, M., "Peronismo, mercantismo y política agraria en la provincia de Buenos Aires (1946-55)", *Mundo Agrario*, vol. 1, nº 2, enero-junio de 2001.
Bonardi, E., "Les intellectuels espagnols exilés dans l'Argentine peroniste", HAOL (Historia Actual On Line), nº 5, otoño de 2004.
Bonasso, M., *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Planeta, Buenos Aires, 1997.
Borroni, O.; Vacca, R., *La vida de Eva Perón*. Tomo I: *Testimonios para su historia*, Galerna, Buenos Aires, 1970.
Bray, D. W., "Peronism in Chile", *The Hispanic American Historical Review*, vol. 47, nº 1, febrero de 1967.
Caimari, L. M., *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Ariel, Buenos Aires, 1995.
Camarasa, J. A., *Odessa al sur: la Argentina como refugio de nazis y criminales de guerra*, Planeta, Buenos Aires, 1995.
— *La enviada: el viaje de Eva Perón a Europa*, Planeta, Buenos Aires, 1998.

Carneiro, G., *Luzardo, o último caudilho*, Nova Fronteira, Río de Janeiro, 1978.

Casarrubea, G.; Cereghino, M. J., *Tango connection. L'oro nazifascista, l'America Latina e la guerra al comunismo in Italia, 1943-1947*, Bompiani, Milán, 2007.

Castiñeira de Dios, J. M., "Campo sur", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, nº 18, 1951.

Castro, N., *Los últimos días de Eva. Historia de un engaño*, Vergara, Buenos Aires, 2007.

Child, J., *The Politics and Semiotics of Argentine Postage Stamps*, "Maclas, Latin American Essays", t. XVIII, 2005.

Cichero, M., *Cartas peligrosas. La apasionada discusión entre Juan Domingo Perón y el padre Hernán Benítez*, Planeta, Buenos Aires, 1992.

Ciria, A., "Flesh and fantasy: the many faces of Evita (and Juan Perón)", *Latin America Research Review*, vol. XVIII, nº 2, 1983.

Colom, E., *17 de octubre. La revolución de los descamisados*, Buenos Aires, 1946.

Compañy, F., *Eva Perón, la abanderada inmóvil*, Córdoba, 1953.

Correa, R.; Torino, E.; Frutos, M. E.; Abrahán, C., "Conflictos, alianzas sociales y etapas en el proceso de formación del peronismo salteño entre 1946 y 1949", *Revista 3 Escuela de Historia*, año 3, vol. 1, nº 3, 2004.

Correa, R.; Quintana S., "Crisis y transición en la organización del partido peronista salteño. Del comité a las unidades básicas (1949-1952)", *Revista 4 Escuela de Historia*, año 4, vol. 1, nº 4, 2005.

Correyero Ruiz, B., "La propaganda turística española en los años del aislamiento internacional", *Historia y Comunicación Social*, nº 8, 2003.

Crespo, A., *Eva Perón, viva o muerta*, Fontalba, Barcelona, 1980.

Cucchetti, H., *Religión y política en Argentina y en Mendoza (1943-1955): lo religioso en el primer peronismo*, Ceil-Piette, Informe de Investigación nº 16, diciembre de 1995, Buenos Aires.

Del Carril, B., *Memorias dispersas. El coronel Perón*, Emecé, Buenos Aires, 1984.

Delgado Gómez-Escalonilla, L., *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica, 1939-1953*, CSIC, Madrid, 1988.

Di Stefano, R.; Zanatta, L., *Historia de la Iglesia argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Grijalbo-Mondadori, Buenos Aires, 2000.

Dorn, G. J., "'Exclusive domination' or 'short term imperialism': the Peruvian response to U.S.-Argentine rivalry, 1946-1950", *The Americas, 61:1, julio de 2004.*

— *Peronists and New Dealers. U.S. - Argentine rivalry and the Western Hemisphere (1946-1950), University Press of the South, New Orleans, 2005.*

Doyon, L. M., "Conflictos obreros durante el régimen peronista (1946-1955)", *Desarrollo Económico*, nº 67, octubre-diciembre de 1977.

— "La formación del sindicalismo peronista", *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, director J. C. Torre, Sudamericana, Buenos Aires, 2002, pp. 357-403.

— *Perón y los trabajadores: los orígenes del sindicalismo peronista*, 1943-1955, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006.

Duby, G., *Le Moyen Âge. De Hugues Capet à Jeanne D'Arc*, Hachette, París, 1987.

Dujovne Ortiz, A., *Eva Perón*, B. Grasset, París, 1995.

— *Eva Perón. La biografía*, El País-Aguilar, Madrid, 1996.

Eichoff, G., "El 17 de octubre al revés: la desmovilización del pueblo peronista por medio del renunciamiento de Eva Perón", *Desarrollo Económico*, vol. 36, nº 142, julio-septiembre de 1996.

Escudé, C., "La traición a los derechos humanos: relaciones argentino-norteamericanas, 1950-1955", *Todo es Historia*, nº 261, marzo de 1989.

— *El fracaso del proyecto argentino: educación e ideología*, Tesis, Buenos Aires, 1990.

— "Un enigma: la 'irracionalidad' argentina frente a la segunda guerra mundial", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, t. 6, nº 2, julio-diciembre de 1995.

Escudé, C.; Cisneros A., *Historia general de las relaciones exteriores de la Argentina (1806-1989)*. Tomo XIII: *Las relaciones políticas, 1943-1966*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1998.

Ezcurra, M., "Influencia del trabajo de la mujer en la familia argentina", en Cuarta Semana Nacional de Estudios Sociales, organizada por la Acción Católica Argentina, Buenos Aires, 1949 (del 22 al 29 de mayo), *Restauración social de la familia argentina*, publicación de la Junta Central de la Acción Católica Argentina, Buenos Aires, 1950.

Fatica, F., *Monitoraggio del Msi - Fascisti nel dopoguerra*,www.nntp.it.

Ferioli, N., *La Fundación Eva Perón*, CEAL, Buenos Aires, 1990.
Figallo, B. J., "Eva Perón, itinerario español", *Todo es Historia*, nº 285, marzo de 1991.
Filippo, V., "Cómo y por qué me solidaricé con Perón", *Tribuna de Orientación Peronista*, diciembre de 1947.
Fiorucci, F., *Neither warriors nor prophets: Peronist and Antiperonist intellectuals, 1945-1956*, PhD/Degree of the University of London, 2002.
Fraser, N.; Navarro, M., *Eva Perón*, André Deutsch, Londres, 1980.
Frigerio, J. O., *El síndrome de la "Revolución libertadora": la Iglesia contra el justicialismo*, CEAL, Buenos Aires, 1990.
Frisch-Soto, T., "Mujer y partidos políticos en Latinoamérica. El caso del partido peronista femenino (PPF), 1949-1955", *Investigaciones Sociales*, año x, nº 16, 2007.
Galasso, N., *Discépolo y su época*, Corregidor, Buenos Aires, 1995.
— *Yo fui el confesor de Eva Perón*, HomoSapiens, Rosario, 1999.
Gambini, H., *La primera presidencia de Perón. Testimonios y documentos*, CEAL, Buenos Aires, 1985.
— *Historia del peronismo*, 2 tomos, Planeta, Buenos Aires, 1999-2001.
Garbely, F., *El viaje del Arco Iris. Los nazis, la banca suiza y la Argentina de Perón*, El Ateneo, Buenos Aires, 2003.
García Costa, V., *Alfredo Palacios. Entre el clavel y la espada*, Planeta, Buenos Aires, 1997.
García Sebastiani, M., "Peronismo y oposición política en el Parlamento argentino. La dimensión del conflicto con la Unión Cívica Radical (1946-1951)", *Revista de Indias*, 2001, vol. lxi, nº 221.
— (editor), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*, Iberoamericana, Madrid, 2006.
García Sebastiani, M.; Del Rey, F. (editores), *Los desafíos de la libertad. Transformación y crisis del liberalismo, Europa y América Latina (1890-1930)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008.
Gazzera, M., "Peronismo, generador de cultura", *Revistas Peronistas*, nº 4, 2007.
Girbal-Blacha, N. M., "Historia y cultura en la construcción del discurso político peronista (1946-55)", en H. Cancino Troncoso, C. de Sierra (compiladores), *Ideas, cultura e historia de la creación intelectual latinoamericana. Siglos XIX y XX*,

Abya-Yala, Buenos Aires, 1997.
Goldwert, M., *Democracy, Militarism, and Nationalism in Argentina, 1930-1966. An interpretation*, Texas University Press, Austin, 1972.
González Bollo, H., "Paradojas de la capacidad estatal bajo el peronismo", ponencia presentada en las XI Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 19 al 21 de septiembre de 2007.
Griffin, R. (editor), *Fascism, Totalitarianism and political religion*, Routledge, Londres-Nueva York, 2005.
Grinberg Pla, V., "De las relaciones non sanctas entre el discurso político y el discurso religioso: el caso de Eva Perón", *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, nº 10, enero-junio de 2005.
Halperín Donghi, T., *Argentina en el callejón*, Ariel, Buenos Aires, 1995. Hand, P., "'This is not a place for delicate or nervous or impatient diplomats': the Irish Legation in Perón's Argentina (1948-55)", *Irish Studies in International Affairs*, vol. 16, 2005.
Hermet, G., *Les populismes dans le monde: une histoire sociologique, XIXeXXe siècle*, Fayard, París, 2001.
Horowicz, A., *Los cuatro peronismos*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.
Howard Claxton, R., *From Parsifal to Perón. Early radio in Argentina, 1920-1944*, University Press of Florida, Gainesville, 2007.
Imaz, J. L. de, *Los que mandan*, Eudeba, Buenos Aires, 1968.
Lagomarsino de Guardo, L., *Y ahora hablo yo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1996.
Lanusse, A. A., *Confesiones de un general*, Planeta, Buenos Aires, 1994.
Leonardi, Y. A., "Espectáculos y figuras populares en el circuito teatral oficial durante los años peronistas", www.unsam.edu.ar.
— "Un teatro para los descamisados", *Telón de Fondo. Revista de teoría y crítica teatral*, nº 7, julio de 2008.
Leoni, M. S., "Los Territorios Nacionales", Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la nación argentina*, t. VIII, Planeta, Buenos Aires, 2001.
Little, W., "La organización obrera y el Estado peronista, 1943-1955", *Desarrollo Económico*, nº 75, octubre-diciembre de 1979.

Llistosella, J., *La Marcha Peronista. El enigma de su origen, la resolución del misterio y el papel decisivo de Evita en esta historia*, Sudamericana, Buenos Aires, 2008.

Llorca, C., *Llamadme Evita*, Planeta, Barcelona, 1980.

Lonardi, M., *Mi padre y la Revolución del 55*, Ediciones Cuenca del Plata, Buenos Aires, 1980.

Longoni, R.; Galcerán, V.; Molteni, J. C., "La infraestructura para la salud pública en la provincia de Buenos Aires (1946-1952)", en C. Panella (compilador), *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial*, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 2007.

Lubertino Beltrán, M. J., *Perón y la Iglesia (1943-1955)*, CEAL, Buenos Aires, 1987.

Lucero, F., *El precio de la lealtad*, Propulsión, Buenos Aires, 1958.

Luna, F., *El 45*, Sudamericana, Buenos Aires, 1986.

— *Perón y su tiempo. I. La Argentina era una fiesta, 1946-1949*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984.

— *Perón y su tiempo. II. La comunidad organizada, 1950-1952*, Sudamericana, Buenos Aires, 1985.

Maceira, E. J., *"La Prensa" que he vivido*, Dunken, Buenos Aires, 2004.

Maceyra, H., *La segunda presidencia de Perón*, CEAL, Buenos Aires, 1984.

Mackinnon, M., *Los años formativos del partido peronista (1946-1950)*, Instituto Di Tella/Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 2002.

Macor, D.; Iglesias, E., *El peronismo antes del peronismo. Memoria e historia en los orígenes del peronismo santafesino*, UNL, Santa Fe, 1997.

Marcilese, J., "El Poder Judicial bonaerense en el primer peronismo: de la autonomía a la dependencia", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 18: 2, julio-diciembre de 2007.

Martín, A. L., "Hogares, hospitales y enfermeras. El 'ayer y hoy' de las políticas sociales según la prensa oficial del peronismo", *Papeles de Trabajo* (revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de General San Martín), año 2, nº 3, junio de 2008.

Martini, J., "La inmortalidad", *Literatura Argentina Contemporánea*, 30 de marzo de 1999.

Meding, H. M., *La ruta de los nazis en tiempos de Perón*, Emecé,

Buenos Aires, 1999.
Mejía, J., *Historia de una identidad*, Letemendia, Buenos Aires, 2005.
Melón Pirro, J. C.; Quiroga, N. (editores), *El peronismo bonaerense: partido y prácticas políticas, 1946-1955*, Suárez, Mar del Plata, 2006.
Mercante, D. A., *Mercante: el corazón de Perón*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1995.
Michel, A.; Sulca, A.; Espinosa S., "El Consejo Superior del partido peronista y las elecciones generales del año 1951 en la provincia de Salta", *Revista 5 Escuela de Historia*, año 5, vol. 1, nº 5, 2006.
Miranda, M. W.; Núñez Padín, J., "El proyecto aerocomercial de Alberto Dodero", www.histarmar.com.ar. Mosse, G. L., *The nationalization of the masses; political symbolism and mass movements in Germany from the Napoleonic wars through the Third Reich*, H. Fertig, Nueva York, 1975.
Mossier, V., "¿Seguro social integral o creación de nuevas cajas jubilatorias?: los debates en torno a los distintos proyectos en materia de seguridad social durante el período 1943-1948", www.saap.org.ar.
Navarro, M., "Evita y la crisis del 17 de octubre de 1945: un ejemplo de la mitología peronista y antiperonista", en J. C. Torre (compilador), *El 17 de octubre de 1945*, Ariel, Buenos Aires, 1995.
— *Evita*, Planeta, Buenos Aires, 1997.
— "Evita", *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, director J. C. Torre, Sudamericana, Buenos Aires, 2002.
Newton, R. C., "The neutralization of Fritz Mandl: notes on wartime Journalism, the arms trade, and Anglo-American rivalry in Argentina during World War II", *Hispanic American Historical Review*, 66:3, 1986.
Olivieri, A. O., *Dos veces rebelde. Memorias del contraalmirante Aníbal O. Olivieri, julio 1945-abril 1957*, Ediciones Sigla, Buenos Aires, 1958.
Orona, J. V., *La dictadura de Perón*, Buenos Aires, 1970.
Page, J. A., *Perón. Una biografía*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005.
Panella, C. (compilador), *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial*, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos

Aires, La Plata, 2007.
Parlato, G., *Il 1947 e il neofascismo*, www.ventunesimosecolo.org.
Pastor, R., *Frente al totalitarismo peronista*, Bases, Buenos Aires, 1959.
Pavón Pereyra, E., *Perón tal como fue*, CEAL, Buenos Aires, 1986.
— *Yo, Perón*, Milsa, Buenos Aires, 1993.
Paz, H. J., *Memorias. Vida pública y privada de un argentino en el siglo XX*, Planeta, Buenos Aires, 1999.
Pelazas, M., "Democracia en los albores peronistas", trabajo presentado en las XI Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 19 al 21 de septiembre de 2007.
Perón, E., *Historia del peronismo*, Freeland, Buenos Aires, 1971.
— *Mi mensaje*, Futuro, Buenos Aires, 1994.
— *Mensajes y discursos*, Fundación de Investigaciones Históricas Evita Perón, Buenos Aires, 1999.
Perón, J. D., *Discursos del general Perón a los militares argentinos, 1946-1951*, Ediciones Realidad Política, Buenos Aires, 1984.
— *Obras completas*, Fundación Universidad a Distancia "Hernandarias", Docencia, 1996.
Pichel, V. (compilador), *Evita. Testimonios vivos*, Corregidor, Buenos Aires, 1996.
Plotkin, M., *Mañana es San Perón*, Ariel, Buenos Aires, 1993.
— "Rituales políticos, imágenes y carisma: la celebración del 17 de octubre y el imaginario peronista, 1945-1951", en J. C. Torre (compilador), *El 17 de octubre de 1945*, Ariel, Buenos Aires, 1995.
Potash, R. A., *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962. De Perón a Frondizi*, Sudamericana, Buenos Aires, 1981.
Preston, P., *Franco. A biography*, Basic Books, Nueva York, 1994.
Puiggrós, A. (dirección), *Discursos pedagógicos e imaginario social en el peronismo (1945-1955)*, Galerna, Buenos Aires, 1995.
Puiggrós, A., Bernetti, J. L. (dirección), *Peronismo: cultura política y educación (1945-1955)*, Galerna, Buenos Aires, 1993.
Quattrocchi-Woisson, D., *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1995.
Rapoport, M., "Argentina and the Soviet Union: History of political and commercial relations", *Hispanic American Historical Review*, vol. 66, nº 2, mayo de 1986.
Regolo, L., *Il re signore: tutto il racconto della vita di Umberto di*

Savoia, Simonelli, Milán, 1998.
Rein, R., *La salvación de una dictadura. Alianza Franco-Perón, 1946-1955*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1995.
— *Argentina, Israel, and the Jews. Perón, the Eichmann capture and after*, University Press of Maryland, Bethesda, 2003.
— *Juan Atilio Bramuglia. Bajo la sombra del líder. La segunda línea de liderazgo peronista*, Lumiere, Buenos Aires, 2006.
Reyes, C., *Yo hice el 17 de octubre*, CEAL, Buenos Aires, 1984.
— *La farsa del peronismo*, Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1987. Rodríguez, R., *Carlos Vicente Aloé. Subordinación y valor*, Publicaciones del Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires, La Plata, 2007.
— "Frente al mar… Arte, industria, espectáculo y política en el primer festival de cine argentino, Mar del Plata, 1948", en C. Panella (compilador),*El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial*, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 2007.
Rodríguez, R.; Rodríguez, R., *"Deshonra" o la trama enrejada del cine y la política*, Nuevo Mundo Mundos Nuevos, 2008, http://nuevomundo.revues.org/25902.
Roncalli, A. G., *Anni di Francia. Agende del nunzio, 1945-1948*, a cura di E. Fouilloux, vol. I, Bologna, 2004.
Ross, P., "Construcción del sistema de salud pública en la Argentina, 1943-1955", *Electroneurobiología*. vol. 15(5), 2007.
Rouquié, A., "Adhesión militar y control político del ejercito en el régimen peronista (1946-1955), *Aportes*, enero de 1971.
— *Pouvoir militare et société politique en la Republique Argentine*, Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1978.
Sánchez Sorondo, M., *Memorias (conversaciones con Carlos Payá)*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.
Santos Lepera, L., "La Iglesia católica y su relación con el Estado peronista. Tucumán, 1943-1955", tesis de licenciatura en historia, Universidad Nacional de Tucumán, marzo de 2008.
Santos Martínez, P., *La Nueva Argentina, 1946-1955*, 2 tomos, Astrea, Buenos Aires, 1976.
Scenna, M. A., *Los militares*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1980.
Senado de la Nación, *Pensamiento cristiano y democrático de monseñor De Andrea*, segunda edición, Imprenta del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 1965.

Serdán, C., *Muro de Honor*, Salón de Plenos de la Honorable Cámara de Diputados, Letras de Oro, Colección Muro de Honor, México, D.F., 2007.

Shuck Jr., L. E., "Church and State in Argentina", *The Western Political Quarterly*, vol. 2, nº 4, diciembre de 1949.

Sigal, S., "Intelectuales y peronismo", en *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, director J. C. Torre, Sudamericana, Buenos Aires, 2002.

Sprljan, C., *Historia de la inmigración croata en Córdoba*, Córdoba, 2002.

Tanzi, H. J., "La Corte Suprema de Justicia ante un régimen autoritario. Investigación del período comprendido entre 1946-1955", ponencia presentada ante el VI Congreso Nacional de Ciencia Política, Universidad Nacional de Rosario, noviembre de 2003.

Taylor, J. M., *Eva Perón. The myths of a woman*, University of Chicago Press, Chicago, 1979.

Tcach, C., *Sabattinismo y peronismo. Partidos políticos en Córdoba, 1943-1955*, Sudamericana, Buenos Aires, 1991.

Tettamanti, R., "Eva Perón", *Los hombres de la historia*, Cedal, Buenos Aires, 1969.

Torre, J. C., *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

— (compilador), *El 17 de octubre de 1945*, Ariel, Buenos Aires, 1995.

— (compilador), *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, Sudamericana, Buenos Aires, 2002.

Van der Karr, J., *Perón y los Estados Unidos*, Vinciguerra, Buenos Aires, 1990.

Varela, M., "Media History in a 'peripheric Modernity': television in Argentina 1951-1969", *Westminster Papers in Communication and Culture*, 4(4), 2007.

Vázquez Rial, H., *Perón, tal vez la historia*, El Ateneo, Buenos Aires, 2005.

Venturini, A., *Peña Eva Perón*, Ediciones de la Peña Eva Perón, s/f.

Verbitsky, H., *La Iglesia en la Argentina.* Tomo I: *De Roca a Perón*, Sudamericana, Buenos Aires, 2007.

Viguera, A., "El primero de mayo en Buenos Aires, 1890-1950: evolución y usos de una tradición", *Boletín del Instituto de Historia Americana y Argentina "Dr. E. Ravignani"*, tercera serie, nº 3, primer semestre de 1991.

Vilallonga, J. L. de, *Memorias no autorizadas*, Plaza & Janés, Barcelona, 2001.

Waldmann, P., *El peronismo, 1943-1955*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

Wertz Jr., W. F., *The Nazi ratlines, time to rid America of the "Dulles Complex"*, EIR Investigation, 5 de agosto de 2005.

Whitaker, A. P., *The United States and Argentina*, Harvard University Press, Cambridge Massachusetts, 1954.

Zanatta, L., *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Editorial de la Universidad de Quilmes, Buenos Aires, 1996.

— *Perón y el mito de la "nación católica". Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo. 1943-1946*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

— "La reforma faltante. Perón, la Iglesia y la Santa Sede en la reforma constitucional de 1949", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, nº 20, 1999.

— "Il populismo. Sul nucleo forte di un'ideologia debole", *Polis*, año xvi, n. 2, agosto de 2002.

— "Bolivia, Perón y la guerra fría, 1943-1954. Auge y declinación de la Tercera Posición", *Desarrollo Económico*, nº 177, abril-junio de 2005.

— "Perón e il miraggio del Blocco Latino: di come la guerra fredda allargò l'Atlantico Sud", *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, 2006, vol. 63, nº 2.

— "El populismo, entre religión y política. Sobre las raíces históricas del antiliberalismo en América latina", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Tel Aviv, vol. 19: 2, julio-diciembre de 2008.

Archivos, fuentes, documentos

Archives de Ministère des Affaires Étrangères de France, Nantes
Archivio Alcide de Gasperi, Roma
Archivio Storico del Ministero degli Affari Esteri, Roma
Archivo Central del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, Lima
Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Madrid
Archivo Eclesiástico de la Arquidiócesis de Paraná
Archivo Eclesiástico de la Arquidiócesis de Santa Fe
Archivo Eclesiástico de la Arquidiócesis de Tucumán
Archivo General del Ejército, Buenos Aires
Archivo General Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, Santiago de Chile
Archivo Histórico de la Cancillería Argentina, Buenos Aires
Arquivo Histórico-diplomático do Ministério dos Negócios Estrangeiros, Lisboa
Arquivo Histórico do Ministério das Relações Exteriores do Brasil, Brasilia
Arquivo Histórico do Ministério das Relações Exteriores do Brasil, Río de Janeiro
Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina
Congreso de la Nación, Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados
Foreign Relations of the United States
Harry S. Truman Library and Museum, Independence, Missouri
James Bruce Papers, Archives and Manuscripts Department, University of Maryland Libraries
Junta Central de la Acción Católica Argentina, Libro de Actas
Libro Histórico del Colegio Militar de la Nación

Diarios, revistas, periódicos

ABC, Madrid
Boletín Eclesiástico de la Arquidiócesis de Paraná
Boletín Eclesiástico de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo
Clarín
Criterio
Democracia
Ecclesia, Madrid
El Laborista
El Líder
El Plata Seráfico
El Pueblo
La Época
La Nación
La Prensa
Revista de Informaciones
Revista del Suboficial
Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Buenos Aires
Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Rosario
Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santa Fe
Revista Militar
San Martín, Revista del Instituto Sanmartiniano
Time
Todo es Historia

Abreviaturas empleadas

AADG, Archivio Alcide de Gasperi
AEAP, Archivo Eclesiástico de la Arquidiócesis de Paraná
AEAT, Archivo Eclesiástico de la Arquidiócesis de Tucumán
AESF, Archivo Eclesiástico de la Arquidiócesis de Santa Fe
AGE, Archivo General del Ejército
AMNEP, Arquivo Histórico-diplomático do Ministério dos Negócios Estrangeiros [Portugal] AMREB, Arquivo Histórico do Ministério das Relações Exteriores do Brasil
AMREC, Archivo General Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile
AMREF, Archives de Ministère des Affaires Étrangères de France
AMREI, Archivio Storico del Ministero degli Affari Esteri
AMREP, Archivo Central del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú
AMRES, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España
ARGRE, Archivo Histórico de la Cancillería Argentina
CEDINCI, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina
FRUS, Foreign Relations of the United States
HTLM, Harry S. Truman Library and Museum
IAPI, Instituto Argentino de Promoción del Intercambio

Edición en formato digital: noviembre de 2011
© 2011, Random House Mondadori S.A.
Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia
o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-3735-7

Conversión a formato digital:

www.megustaleer.com.ar

Notas

Capítulo 1. Eva, su muerte y su vida después de la muerte

[1]H. Benítez, "Eva Perón. In memoriam", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, nº 23, 1952, pp. 11-23.

[2]En español en el original. En adelante, los términos o frases que el autor cite en nuestra lengua aparecerán en *cursivas* y precedidos por un asterisco (*). [T.]

[3]R. Rein, *Argentina, Israel, and the Jews. Perón, the Eichmann capture and after*, University Press of Maryland, Bethesda, 2003, pp. 122-126.

[4]Cfr. los recuerdos de Eduardo Pérsico, en http:// www.elortioba.org/persico. html.

[5]F. Compañy, *Eva Perón, la abanderada inmóvil*, Córdoba, 1953, pp. 14 y 78.

[6]G. J. Dorn, "'Exclusive domination' or 'short term imperialism': the Peruvian response to U.S.-Argentine rivalry, 1946-1950", *The Americas,* 61:1, julio de 2004, pp. 81-102.

[7]AMREP, Rada a Ministro, 30 de julio de 1952. [Véase el Índice de Abreviaturas, al final del libro, T.]

[8]AMREB, Embaixador a Ministro, 8 de agosto de 1952.

[9]AMREC, Vergara a Ministro, 11 de agosto de 1952.

[10]AMREF, Ambassadeur a Ministre, 1º de agosto de 1952.

[11] AMREP, Rada a Ministro, 16 de julio de 1952.

[12] En el presente contexto, uso privado o partidario de bienes públicos por parte de quien ocupa una posición de poder. [T.]

[13] AMREP, Rada a Ministro, 18 de julio de 1952.

[14] H. Benítez, *Eva Perón. En la plegaria de su pueblo*, Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, Buenos Aires, 1952.

[15] F. Compañy, *Eva Perón*, citado, p. 78.

[16] V. Grinberg Pla, "De las relaciones non sanctas entre el

discurso político y el discurso religioso: el caso de Eva Perón", *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, nº 10, enero-junio de 2005.

[17] "El Pueblo ante el altar de Dios", *La Prensa*, 21 de julio de 1952.

[18] AMRES, Aznar a Ministro, 21 de julio de 1952; AMREI, Arpesani a Ministro, 21 de julio de 1952.

[19] G. Ancarola, *Reflexiones sobre la función política de la Corte Suprema en los gobiernos de facto*, Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, t. XXVIII, 1999.

[20] *Revista Militar*, julio-agosto de 1952; *Revista del Suboficial*, julio de 1952; *Revista de Informaciones*, mayo-junio de 1952.

[21] AMREB, Embaixador a Ministro, 22 de julio de 1952.

[22] A. M. Valobra, N. Ledesma Prieto, "Algunas consideraciones sobre la política educativa en los gobiernos de Mercante y Aloé, 1946-1955", en C. Panella (compilador), *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial*, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 2007, pp. 57-73.

[23] AEAT (Archivo Eclesiástico de la Arquidiócesis de Tucumán), Joaquín Cucala, rector del seminario de Tucumán, a Perón; AEAT, monseñor Aramburu a Perón, 27 de julio de 1952; *Boletín Eclesiástico de la Arquidiócesis de Paraná*, julioagosto de 1952, pp. 53-54. El telegrama del cardenal Caggiano puede ser consultado en *Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Rosario*, mayo-agosto de 1952, pp. 60-61; la adhesión de la Acción Católica al duelo por la muerte de Evita, en el Libro de Actas de la Acción Católica Argentina, julio de 1952, pp. 101-104.

[24] L. Santos Lepera, "La Iglesia católica y su relación con el Estado peronista. Tucumán, 1943-1955", tesis de licenciatura en historia, Universidad Nacional de Tu cumán, marzo de 2008.

[25] D. Quattrocchi-Woisson, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1995, p. 277; H. Gambini, *Historia del peronismo*, 2 tomos, Planeta, Buenos Aires, 1999-2001, pp. 43-45; J. Child, *The Politics and Semiotics of Argentine Postage Stamps*, "Maclas, Latin American Essays", t. XVIII, 2005, pp. 55-85.

[26] "'This is not a place for delicate or nervous or impatient diplomats': the Irish legation in Perón's Argentine (1948-55)", *Irish Studies in International Affairs*, vol. 16 (2005), pp. 175-192.

[27] "Semblanzas, Florentina Gómez Miranda", *Todo es Historia*, nº 289, julio de 1991.

[28] Como en el caso de General Madariaga, provincia de Buenos Aires, citado en R. Pastor, *Frente al totalitarismo peronista*, Bases, Buenos Aires, 1959.

[29] H. J. Tanzi, "La Corte Suprema de Justicia ante un régimen autoritario. Investigación del período comprendido entre 1946-1955", ponencia presentada ante el VI Congreso Nacional de Ciencia Política, Universidad Nacional de Rosario, noviembre de 2003.

[30] J. Marcilese, "El Poder Judicial bonaerense en el primer peronismo: de la autonomía a la dependencia", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 18: 2, julio-diciembre de 2007.

[31] M. Balza, *Dejo constancia. Memorias de un general argentino*, Planeta, Buenos Aires, 2001, pp. 19-20; A. O. Olivieri, *Dos veces rebelde. Memorias del contraalmirante Aníbal O. Olivieri, julio 1945-abril 1957*, Ediciones Sigla, Buenos Aires, 1958, pp. 61-64; R. A. Potash, *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962. De Perón a Frondizi*, Sudamericana, Buenos Aires, 1981, p. 251.

[32] AMREI, Arpesani a Ministro, 12 de agosto de 1952; *Boletín Oficial de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo*, agosto de 1952, p. 239; monseñor Di Pasquo, obispo de San Luis, "Sobre la 'beatificación' de doña Eva Duarte", *Ecclesia*, Madrid, 11 de octubre de 1952; AMREF, Christian de Margerie (encargado de embajada ante la Santa Sede) a Ministre, 27 de agosto de 1952.

[33] Es por ejemplo el caso del párroco de Famaillá, en Tucumán; cfr. AEAT, Jorge Roberto Torres (jefe de Policía) a presidente del Consejo Nacional de Seguridad, 31 de julio de 1952; José P. Albornoz a Juan Carlos Aramburu, 29 de agosto de 1952.

[34] D. Quattrocchi-Woisson, *Los males de la memoria*, citado, p. 277; J. Child, *The Politics and Semiotics of Argentine Postage Stamps*, citado; D. Badenes, "Historias de la ciudad: el peronismo versus Estudiantes", www.lapulseada.com.ar.

[35] AMREC, Vergara a Ministro, 11 de agosto de 1952; "In mourning", *Time*, 11 de agosto de 1952.

[36] C. A. Becker, *Domingo A. Mercante. A democrat in the shadow of Perón and Evita*, XLibris, Philadelphia, 2005, p. 304.

[37] D. Badenes, "Historias de la ciudad: el peronismo versus Estudiantes", citado.

[38] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*. Tomo I: *Testimonios para su historia*, Galerna, Buenos Aires, 1970, p. 289.

[39] AMREI, Embajada (italiana) ante la Santa Sede a Ministro, 7 de agosto de 1952.

[40]*Boletín Eclesiástico de la Arquidiócesis de Paraná*, septiembre-octubre de 1952, pp. 94-95; AEAT, presbítero Ángel Diez a Juan Carlos Aramburu, 11 de septiembre de 1952.

[41]J. O. Frigerio, *El síndrome de la "Revolución libertadora": la Iglesia contra el justicialismo*, CEAL, Buenos Aires, 1990, pp. 82-86.

[42] H. Gambini, *Historia del peronismo*, citado, pp. 50-53; M. Bonasso, *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Planeta, Buenos Aires, 1997, pp. 78-80.

[43] AMRES, Agencia FIEL, informe confidencial, *Repercusiones políticas de la muerte de Eva Perón*, 16 de agosto de 1952.

[44] AMREF, Margerie (encargado de embajada ante la Santa Sede) a Ministre, 27 de agosto de 1952.

[45]L. M. Doyon, "La formación del sindicalismo peronista", *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, director J. C. Torre, Sudamericana, Buenos Aires, 2002, pp. 357-403.

[46] AMREC, Vergara a Ministro, 11 de agosto de 1952.

[47] A. O. Olivieri, *Dos veces rebelde*, citado, pp. 61-64.

[48] AMREI, Arpesani a Ministro, 12 de agosto de 1952.

[49] *Ibidem*, 25 de agosto de 1952.

[50] AMRES, Aznar a Ministro, 18 de octubre de 1952.

[51] M. Cichero, *Cartas peligrosas. La apasionada discusión entre Juan Domingo Perón y el padre Hernán Benítez*, Planeta, Buenos Aires, 1992, p. 29.

[52] V. Lobos, "¿Qué significa 'Cobos… dale saludos a Vandor'?", www.cadenaaero.info, 17 de julio de 2008.

[53] AMREI, Spalazzi a Ministro, 6 de noviembre de 1952; AMREB, Embaixador a Ministro, 25 de noviembre de 1952.

[54] AMRES, Nota informativa de *El Diario de la Marina*, La Habana, 24 de octubre de 1952.

[55] AMREP, Rada a Ministro, 18 de noviembre de 1952.

[56] V. Grinberg Pla, "De las relaciones non sanctas entre el discurso político y el discurso religioso: el caso de Eva Perón", citado.

[57] Cfr. N. Repetto en *Nuevas Bases*, 5 de agosto de 1952.

[58] Se hallará un comentario a este texto en J. V. Orona, *La dictadura de Perón*, Buenos Aires, 1970, pp. 141-143.

[59] Cedinci (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina), G. F. Romero a N. Repetto, 2006, F.R. 35.77, 17 de agosto de 1952.

[60] Cedinci, V. R. Pesenti a N. Repetto, 1849, F.R. 33.51, 13 de agosto de 1952; A. Gaudenzi a N. Repetto, 982, F.R. 20.82, 23 de

agosto de 1952; M. Espina a N. Repetto, 803, F.R. 17, 23 de agosto de 1952.

[61] Cedinci, F. Quiroga a N. Repetto, 1668, F.R. 31.57, 5 de septiembre de 1952.

[62] Cedinci, I. Oliver a G. F. Romero, 1051, F.R. 29.1, 7 de septiembre de 1952.

[63] FRUS (Foreign Relations of the United States), Miller a Mallory (encargado de legación en Buenos Aires), 15 de julio de 1952.

[64] AMRES, Marqués de Zabalegui a Ministro, 30 de julio de 1952.

[65]Sobre Carlés véase L. Zanatta "Bolivia, Perón y la guerra fría, 1943-1954. Aunge y declinación de la Tercera Posición", *Desarrollo Económico*, nº 177, abriljunio de 2005, pp. 25-53.

[66] AMNEP, Rada a Ministro, 31 de julio de 1952.

[67] AMNEP, Repartição dos Negocios Políticos, 11 de julio de 1952; Costa Monteiro (jefe de gabinete del Ministerio del Interior) a Director Geral dos Negocios Políticos e da Administração Interna, 1º de agosto de 1952.

[68] AMREC, Vergara a Ministro, 18 de agosto de 1952.

[69] AMREC, Vergara a Ministro, 16 de septiembre de 1952.

[70] AMREP, Rada a Ministro, 16 de agosto de 1952.

Capítulo 2. Eva, primer acto. Los comienzos de una biografía política

[1]C. Llorca, *Llamadme Evita*, Planeta, Barcelona, 1980; H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, El Ateneo, Buenos Aires, 2005, pp. 231-233; A. P. Whitaker, *The United States and Argentina*, Harvard University Press, Cambridge Massachusetts, 1954, p. 125; P. Narváez, "Niní, Libertad y los celos de Evita", *Clarín*, 31 de diciembre de 2000.

[2] L. Zanatta, *Perón y el mito de la "nación católica". Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo. 1943-1946*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

[3] M. Navarro, *Evita*, Planeta, Buenos Aires, 1997; J. M. Taylor, *Eva Perón. The myths of a woman*, University of Chicago Press, Chicago, 1979; A. Dujovne Ortiz, *Eva Perón*, B. Grasset, París, 1995.

[4] J. D. Perón, "Cómo conocí a Evita y me enamoré de ella", discurso de Perón el 17 de octubre de 1951, Instituto Nacional

“Juan Domingo Perón” de Estudios e Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas, Buenos Aires, 2006; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*. Tomo 1: *Testimonios para su historia*, Galerna, Buenos Aires, 1970, p. 66.

[5] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, pp. 231-233.

[6] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005.

[7] J. D. Perón, “Cómo conocí a Evita…”, citado.

[8] C. Llorca, *Llamadme Evita*, citado.

[9] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 90-93.

[10] Cfr. D. Balmori, S. F. Voss, M. Wortman, *Notable family networks in Latin America*, Chicago University Press, Chicago, 1984.

[11] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, pp. 130-131.

[12] AMREF, Confidences de Farías Alem, julio de 1947; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 88-89.

[13] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, pp. 231-233. 14

[14] N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, André Deutsch, Londres, 1980, p. 31; A. Ciria, “Flesh and fantasy: the many faces of Evita (and Juan Perón)”, *Latin America Research Review*, vol. XVIII, nº 2, 1983, pp. 151-165.

[15] R. Howard Claxton, *From Parsifal to Perón. Early radio in Argentina, 19201944*, University Press of Florida, Gainesville, 2007, p. 36.

[16] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, pp. 108-110; A. A. Lanusse, *Confesiones de un general*, Planeta, Buenos Aires, 1994, pp. 140-143.

[17] “Little Eva”, *Time*, 14 de julio de 1947; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 87-88.

[18] H. Vázquez-Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, pp. 170-187; cfr. también J. A. Camarasa, *Odessa al sur: la Argentina como refugio de nazis y criminales de guerra*, Planeta, Buenos Aires, 1995; W. F. Wertz, Jr., *The Nazi ratlines, time to rid America of the “Dulles Complex”*, EIR Investigation, 5 de agosto de 2005.

[19] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 68; R. Howard Claxton, *From Parsifal to Perón*, citado, p. 36; H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, pp. 231-233.

[20] P. Narváez, “Niní, Libertad y los celos de Evita”, citado; F. Luna, *Perón y su tiempo. I. La Argentina era una fiesta, 1946-1949*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984, p. 137.

[21] R. Howard Claxton, *From Parsifal to Perón*, citado, p. 36.

[22] D. A. Mercante, *Mercante: el corazón de Perón*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1995, pp. 58-60.

[23] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, pp. 140-145.

[24] J. D. Perón, "Cómo conocí a Evita…", citado.

[25] T. Eloy Martínez, "The woman behind the fantasy prostitute", *Time*, 20 de enero de 1997.

[26] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 72.

[27] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, p. 104; N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, citado, p. 34.

[28] A. Ciria, "Flesh and fantasy", citado, pp. 151-152.

[29] Véase el testimonio de Genaro Caserta en O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 81-83.

[30] F. Lucero, *El precio de la lealtad*, Propulsión, Buenos Aires, 1958, p. 22.

[31] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, pp. 108-110.

[32] M. Navarro, "Evita", en *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, director J. C. Torre, Sudamericana, Buenos Aires, 2002, pp. 315355.

[33] M. Navarro, *Evita*, citado, p. 91; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 73.

[34] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 78-80.

[35] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, pp. 247-249; D. A. Mercante, *Mercante: el corazón de Perón*, citado, pp. 58-60; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 74-77.

[36] A. Rouquié, *Pouvoir militare et société politique en la Republique Argentine*, Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1978, p. 360.

[37] B. del Carril, *Memorias dispersas. El coronel Perón*, Emecé, Buenos Aires, 1984, p. 61.

[38] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 74-77.

[39] N. Galasso, *Yo fui el confesor de Eva Perón*, HomoSapiens, Rosario, 1999, pp. 27-30.

[40] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, pp 108-110.

[41] V. Grinberg Pla, "De las relaciones non sanctas entre el discurso político y el discurso religioso: el caso de Eva Perón", *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, nº 10, enero-junio de 2005.

[42] M. Navarro, "Evita", en *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas*, citado, pp. 315-355.

[43] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 74-80; M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 69-91.

[44] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, pp. 260-261.

[45] H. Gambini, *Historia del peronismo*, 2 tomos, Planeta, Buenos Aires, 1999-2001, p. 175.

[46] L. Zanatta, *Perón y el mito de la "nación católica"*, citado.

[47] "Hernán Benítez, el confesor de Eva", en www.herenciacristiana.

[48] AGE (Archivo General del Ejército), Roberto A. Wilkinson, Legajo 14.812, año 1943.

[49] N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, citado, p. 45; M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 69-91; H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, pp. 264-266.

[50] M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 69-91.

[51] H. Benítez, "Eva Perón. In memoriam", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, nº 23, 1952, pp. 11-23; V. Pichel (compilador), *Evita. Testimonios vivos*, Corregidor, Buenos Aires, 1996.

[52] J. V. Orona, *La dictadura de Perón*, Buenos Aires, 1970, p. 46.

[53] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, pp. 140-145.

[54] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, p. 276; J. van der Karr, *Perón y los Estados Unidos*, Vinciguerra, Buenos Aires, 1990, p. 95.

[55] F. Luna, *El 45*, Sudamericana, Buenos Aires, 1986.

[56] M. Plotkin, "Rituales políticos, imágenes y carisma: la celebración del 17 de octubre y el imaginario peronista, 1945-1951", en J. C. Torre (compilador), *El 17 de octubre de 1945*, Ariel, Buenos Aires, 1995, pp. 171-217.

[57] M. Balza, *Dejo constancia. Memorias de un general argentino*, Planeta, Buenos Aires, 2001, pp. 171-217.

[58] M. Navarro, "Evita and the crisis of 17 October 1945: a case study of Peronist and Anti-Peronist mithology", *Journal of Latin American Studies*, mayo de 1980, pp. 127-138. ["Evita y la crisis del 17 de octubre de 1945: un ejemplo de la mitología peronista", en J. C. Torre (compilador), *El 17 de octubre de 1945*, citado.]

[59] A. Horowicz, *Los cuatro peronismos*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985, pp. 115-123.

[60] N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, citado, p. 59.

[61] *Ibidem*, pp. 53-56.

[62] M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 95-113.

[63] F. Lucero, *El precio de la lealtad*, citado, pp. 27-28; H. J. Paz, *Memorias. Vida pública y privada de un argentino en el siglo XX*, Planeta, Buenos Aires, 1999, p. 117.

[64] D. A. Mercante, *Mercante: el corazón de Perón*, citado, p. 65; H. Gambini, *Historia del peronismo*, citado, t. 1, p. 25; H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, p. 284; J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, pp. 140-145.

[65] B. del Carril, *Memorias dispersas*, citado, pp. 69-70

[66] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, pp. 140-145; C. A. Becker, *Domingo A. Mercante. A democrat in the shadow of Perón and Evita*, XLibris, Philadelphia 2005, pp. 137-138.

[67] E. Pavón Pereyra, *Yo, Perón*, Milsa, Buenos Aires, 1993, p. 208; J. D. Perón, "Cómo conocí a Evita…", citado.

[68] *Primera Plana*, 28 de octubre de 1965; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 114-115.

[69] Cfr. el general Demetro, en N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, citado, p. 53-56.

[70] A. A. Lanusse, *Confesiones de un general*, citado, pp. 140-143.

[71] R. Rodríguez, *Carlos Vicente Aloé. Subordinación y valor*, Publicaciones del Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires, La Plata, 2007, p. 30.

[72] N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, citado, pp. 53-56; F. Luna, *El 45*, citado, p. 215; J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, pp. 140-145.

[73] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 105-106; E. Colom, *17 de octubre. La revolución de los descamisados*, Buenos Aires, 1946, pp. 53-55.

[74] D. Villarreal, "Ramón Landajo, el hombre que fue espía, soldado y alcahuete de Perón", *La Capital*, Mar del Plata, 28 de septiembre de 2008; Eva Perón, *Mi mensaje*, Futuro, Buenos Aires, 1994; véanse también los testimonios de Mariano Tedesco y Ángel Perelman en O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 111-113; F. Luna, *El 45*, citado, p. 277-312.

[75] H. Gambini, *Historia del peronismo*, citado, t. 1, p. 40.

[76] G. Eichoff, "El 17 de octubre al revés: la desmovilización del pueblo peronista por medio del renunciamiento de Eva Perón", *Desarrollo Económico*, vol. 36, nº 142, julio-septiembre de 1996, p. 635.

[77] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, p. 307; en el mismo sentido, la carta a Mercante, cfr. D. A. Mercante, *Mercante: el corazón de Perón*, citado, p. 71.

[78] B. del Carril, *Memorias dispersas*, citado, p. 74.

[79] Cfr. J. C. Torre (compilador), *El 17 de octubre de 1945*, citado.

[80] H. Benítez, "Eva Perón. In memoriam", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, nº 23, citado, pp. 11-23.

[81] C. Reyes, *Yo hice el 17 de octubre*, CEAL, Buenos Aires, 1984, p. 250.

[82] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, p. 307.

[83] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, pp. 166-167; C. A. Becker, *Domingo A. Mercante*, citado, p. 184.

[84] M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 117-137.

Capítulo 3. De las bambalinas al poder. Eva y el nacimiento del primer gobierno peronista

[1] J. L. de Imaz, *Los que mandan*, Eudeba, Buenos Aires, 1968, pp. 40-42. 2

[1] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*. Tomo I: *Testimonios para su historia*, Galerna, Buenos Aires, 1970, pp. 105-106; J. A. Page, *Perón. Una biografía*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005, pp. 140-145; C. A. Becker, *Domingo A. Mercante. A democrat in the shadow of Perón and Evita*, XLibris, Philadelphia, 2005, p. 184.

[3] J. L. de Imaz, *Los que mandan*, citado, pp. 40-42.

[4] M. Bonasso, *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Planeta, Buenos Aires, 1997, p. 49.

[5] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 147.

[6] L. Zanatta, "El populismo, entre religión y política. Sobre las raíces históricas del antiliberalismo en América latina", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Tel Aviv, vol. 19: 2, julio-diciembre de 2008, pp. 29-44.

[7] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 126-127; C. P. Barry, *Evita Capitana. El partido peronista femenino, 1949-1955*, Eduntref, Buenos Aires, 2009.

[8] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, El Ateneo, Buenos Aires, 2005, pp. 309-311.

[9] F. Luna, *Perón y su tiempo. I. La Argentina era una fiesta, 1946-1949*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984, p. 63.

[10] *Ibidem*, p. 441.

[11] F. Luna, *El 45*, Sudamericana, Buenos Aires, 1986, pp. 454-455; J. van der Karr, *Perón y los Estados Unidos*, Vinciguerra, Buenos Aires, 1990, pp. 47-50; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de*

Eva Perón, citado, pp. 126-127; J. C. Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990, p. 162.

[12] H. Gambini, *La primera presidencia de Perón. Testimonios y documentos*, CEAL, Buenos Aires, 1985, p. 20.

[13] C. Reyes, *La farsa del peronismo*, Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1987, p. 65; F. Luna, *El 45*, citado, pp. 454-455.

[14] F. Luna, *Perón y su tiempo,* t. 1, citado, p. 441; H. Gambini, *La primera presidencia de Perón*, citado, pp. 10, 22-23.

[15] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[16] N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, André Deutsch, Londres, 1980, pp. 72-73.

[17] F. Luna, *El 45*, citado, p. 415.

[18] J. D. Perón, "Cómo conocí a Evita y me enamoré de ella", discurso de Perón el 17 de octubre de 1951, Instituto Nacional "Juan Domingo Perón" de Estudios e Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas, Buenos Aires, 2006.

[19] M. Navarro, *Evita*, Planeta, Buenos Aires, 1997, pp. 139-160.

[20] N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, citado, pp. 75-76.

[21] L. Lagomarsino de Guardo, *Y ahora hablo yo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1996; al respecto, véase el reportaje de M. Ruiz Guiñazú en *Página/12*, 18 de mayo de 1998, "Lillian Lagomarsino de Guardo: 'En su viaje a Europa, Evita jamás pisó un banco suizo'".

[22] M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 117-137.

[23] M. Pelazas, "Democracia en los albores peronistas", trabajo presentado en las XI Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 19 al 21 de septiembre de 2007.

[24] C. Reyes, *La farsa del peronismo*, citado, p. 127.

[25] H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 1, Planeta, Buenos Aires, 1999-2001, p. 409-417; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 87-88.

[26] N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, citado, p. 116.

[27] C. A. Becker, *Domingo A. Mercante*, citado, pp. 251-258.

[28] H. M. Meding, *La ruta de los nazis en tiempos de Perón*, Emecé, Buenos Aires, 1999; U. Goñi, "Una historia que genera controversias. La rama nazi de Perón", *La Nación*, 16 de febrero de 1997.

[29] H. Gambini, *La primera presidencia de Perón*, citado, pp. 40-41; C. Reyes, *La farsa del peronismo*, citado, p. 94.

[30] A. Vidal, “El primer día que Perón llenó la Plaza, contado por un testigo privilegiado”, *Clarín*, 17 de octubre de 2005.

[31] A. Crespo, *Eva Perón, viva o muerta*, Fontalba, Barcelona, 1980; AMREF, Ambassadeur a Ministre, nº 67, 24 de junio de 1946.

[32] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 130-133; S. Bianchi - N. Sanchís, *El partido peronista femenino*, CEAL, Buenos Aires, 1988, pp. 57-65.

[33] L. M. Doyon, “Conflictos obreros durante el régimen peronista (1946-1955)”, *Desarrollo Económico*, nº 67, octubre-diciembre de 1977, pp. 437-473.

[34] M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 237-265; J. D. Perón, “Cómo conocí a Evita…”, citado; J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, p. 193.

[35] M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 237-265

[36] H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 1, citado, pp. 409-417.

[37] M. Ruiz Guiñazú, “Lillian Lagomarsino de Guardo…”, citado.

[38] D. A. Mercante, *Mercante: el corazón de Perón*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1995, pp. 94-95; “Cómo es la Primera Dama”, *Ahora*, 18 de mayo de 1946.

[39] *Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Buenos Aires*, julio de 1946, p. 377378, 443; AMREB, Luzardo a Neves de Fontoura, 20 de mayo de 1946.

[40] H. Gambini, *La primera presidencia de Perón*, citado, pp. 24-25.

[41] R. Rein, *Juan Atilio Bramuglia. Bajo la sombra del líder. La segunda línea de liderazgo peronista*, Lumiere, Buenos Aires, 2006, p. 50.

[42] P. Ross, “Construcción del sistema de salud pública en la Argentina, 19431955”, *Electroneurobiología*, vol. 15(5), 2007, pp. 107-178.

[43] F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 1, citado, pp. 72-73; D. Macor - E. Iglesias, *El peronismo antes del peronismo. Memoria e historia en los orígenes del peronismo santafesino*, UNL, Santa Fe, 1997, p. 237.

[44] R. Tettamanti, “Eva Perón”, *Los hombres de la historia*, Cedal, Buenos Aires, 1969.

[45] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, pp. 418-419; D. A. Mercante, *Mercante: el corazón de Perón*, citado, pp. 94-95.

[46] AMREF, Ambassadeur a Ministre, nº 67, 24 de junio de 1946.

Capítulo 4.El aprendizaje de Eva. De lo político a lo social, y regreso

[1] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*. Tomo I: *Testimonios para su historia*, Galerna, Buenos Aires, 1970, p. 134; M. Navarro, *Evita*, Planeta, Buenos Ai res, 1997, pp. 139-160; J. A. Page, *Perón. Una biografía*, Sudamericana, Bue nos Ai res, 2005, pp. 228-241.

[2] L. M. Caimari, *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Ariel, Buenos Aires, 1995.

[3] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, El Ateneo, Buenos Aires, 2005, p. 239.

[4] N. Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, CEAL, Buenos Aires, 1990, pp. 11-12; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 136.

[5] C. P. Barry, "Mujeres peronistas: centinelas de la austeridad. Responsabilidad y rol de las mujeres peronistas y las unidades básicas femeninas en la implementación del Plan Económico de Austeridad y el Segundo Plan Quinquenal", www. historiapolitica.com.

[6] J. van der Karr, *Perón y los Estados Unidos*, Vinciguerra, Buenos Aires, 1990, p. 95; N. Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, citado, pp. 11-12; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 135; H. Gambini, *La primera presidencia de Perón. Testimonios y documentos*, CEAL, Buenos Aires, 1985, pp. 115-117; M. Amuchástegui, "Los rituales patrióticos en la escuela pública", en A. Puiggrós (dirección), *Discursos pedagógicos e imaginario social en el peronismo (1945-1955)*, Galerna, Buenos Aires, 1995, pp. 13-41; M. W. Miranda - J. Núñez Padín, "El proyecto aerocomercial de Alberto Dodero", www.histarmar.com.ar.

[7] R. J. Alexander (con la colaboración de Eldon M. Parker), *A history of organized labor in Argentina*, Praeger, Wesport, 2003, pp. 90-92.

[8] AMREC, Embajador a Ministro, 3 de diciembre de 1946; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 111-112; *Jornal do Comércio*, 7 de enero de 1947.

[9] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, Ariel, Buenos Aires, 1993, pp. 108-109.

[10] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 31 de julio de 1946.

[11] *Ibidem*, 31 de diciembre de 1946.

[12] H. Cucchetti, *Religión y política en Argentina y en Mendoza (1943-1955): lo religioso en el primer peronismo*, Ceil-Piette, Informe

de Investigación nº 16, diciembre de 1995, Buenos Aires; N. Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, citado, pp. 1315; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 138-139, 145-146.

[13] AMREC, Embajador a Ministro, 22 de agosto de 1946.

[14] AMRES, Bulnes a Artajo, 23 de agosto de 1946.

[15] J. van der Karr, *Perón y los Estados Unidos*, citado, pp. 47-50; M. Navarro, "Evita", en *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, director J. C. Torre, Sudamericana, Buenos Aires, 2002, pp. 315-355; L. M. Doyon, "Conflictos obreros durante el régimen peronista (1946-1955)", *Desarrollo Económico*, nº 67, octubre-diciembre de 1977, pp. 460-461.

[16] F. Luna, *Perón y su tiempo. I. La Argentina era una fiesta, 1946-1949*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984, pp. 111-112.

[17] AMREC, Quintana a Ministro, 29 de enero de 1947.

[18] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, pp. 418-419.

[19] M. Navarro, "Evita", en *Nueva historia argentina*, citado, pp. 237-265.

[20] L. Zanatta, "Liberales y católicos, populistas y militares. El imaginario organicista y la producción del 'enemigo interno' en la historia de América Latina", en M. García Sebastiani - F. del Rey (editores), *Los desafíos de la libertad. Transformación y crisis del liberalismo, Europa y América Latina (1890-1930)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008, pp. 320-345.

[21] G. Hermet, *Les populismes dans le monde: une histoire sociologique, XIXe-XXe siècle*, Fayard, París, 2001.

[22] H. Gambini, *La primera presidencia de Perón*, citado, pp. 115-117; M. Pelazas, "Democracia en los albores peronistas", trabajo presentado en las XI Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 19 al 21 de septiembre de 2007.

[23] M. Navarro, "Evita", en *Nueva historia argentina*, citado.

[24] M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 237-265.

[25] L. M. Caimari, *Perón y la Iglesia católica*, citado, pp. 220-229.

[26] M. Cichero, *Cartas peligrosas. La apasionada discusión entre Juan Domingo Perón y el padre Hernán Benítez*, Planeta, Buenos Aires, 1992, pp. 32-43.

[27] A. L. Martín, "Hogares, hospitales y enfermeras. El 'ayer y hoy' de las políticas sociales según la prensa oficial del peronismo", *Papeles de Trabajo* (revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de General San

Martín), año 2, nº 3, junio de 2008.

[28] AMREC, Quintana a Ministro, 19 de mayo de 1947.

[29] N. Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, citado, pp. 11-12.

[30] M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 237-265.

[31] V. Pichel (compilador), *Evita. Testimonios vivos*, Corregidor, Buenos Aires, 1996, p. 13.

[32] AMRES, Bulnes a Artajo, 23 de abril de 1947; E. Castrillón - L. Casabal, "Eva Perón, según su séquito íntimo", *La Nación*, 23 de julio de 2002.

[33] J. M. de Areilza, *Así los he visto*, Planeta, Barcelona, 1974.

[34] James Bruce Papers, *President Perón and His Señora*, Argentina-Miscellaneous, 1947-1949, undated, series 2, box 1, folder 16.

[35] J. L. de Vilallonga, *Memorias no autorizadas*, Plaza & Janés, Barcelona, 2001, pp. 125-150; B. Rose, "Evita Perón", *Correio da Manhã*, 30 de junio de 1949; H. Gambini, *La primera presidencia de Perón*, citado, pp. 115-117.

[36] R. Griffin (editor), *Fascism, Totalitarianism and Political Religion*, Routledge, Londres-Nueva York, 2005.

[37] T. Halperín Donghi, *Argentina en el callejón*, Ariel, Buenos Aires, 1995, pp. 160-161.

[38] M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 201-216.

[39] V. Mossier, "¿Seguro social integral o creación de nuevas cajas jubilatorias?: los debates en torno a los distintos proyectos en materia de seguridad social durante el período 1943-1948", www.saap.org.ar.

[40] G. J. Franceschi, "Justicia social", *Criterio*, 30 de enero de 1947.

[41] "Celebraron la compra de las empresas los obreros ferroviarios", *La Prensa*, 21 de febrero de 1947.

[42] S. L. Baily, *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 1984, pp. 119-120.

[43] AMREP, Ledgard a Ministro, 24 de febrero de 1947.

[44] J. D. Perón, "Cómo conocí a Evita y me enamoré de ella", discurso de Perón el 17 de octubre de 1951, Instituto Nacional "Juan Domingo Perón" de Estudios e Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas, Buenos Aires, 2006.

[45] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 135.

[46] C. P. Barry, *Evita Capitana. El partido peronista femenino, 1949-1955*, Eduntref, Buenos Aires, 2009.

[47] *El Día*, 27 de julio de 1946, según C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[48] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 31 de julio de 1946.

[49] *Ibidem*, 31 de diciembre de 1946.

[50] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[51] AMRES, Bulnes a Artajo, 9 de agosto de 1946; *La Unión* (Catamarca), 13 de febrero de 1947.

[52] M. Bonasso, *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Planeta, Buenos Aires, 1997, pp. 54-59.

[53] H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 1, Planeta, Buenos Aires, 1999-2001, pp. 291-309.

[54] AMREC, Quintana a Ministro, 7 de agosto de 1946.

[55] AMRES, Bulnes a Artajo, 23 de agosto de 1946.

[56] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, pp. 416-417; N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, André Deutsch, Londres, 1980, p. 31.

[57] AMREC, Embajador a Ministerio, 14 de noviembre de 1946; H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, pp. 433-435.

[58] R. C. Newton, "The neutralization of Fritz Mandl: notes on wartime Journalism, the arms trade, and Anglo-American rivalry in Argentina during World War II", *Hispanic American Historical Review*, 66:3, 1986, pp. 577-578. AMREF, Ambassadeur a Ministre, 31 de diciembre de 1946.

[59] AMNEP, Relatôrio do Segundo Secretario de Legação Abìlio Andrade Pinto de Lemos, agosto de 1947; M. Navarro, "Evita", en *Nueva historia argentina*, citado.

[60] R. A. Potash, *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962. De Perón a Frondizi*, Sudamericana, Buenos Aires, 1981, p. 83-84.

[61] R. Rein, *Juan Atilio Bramuglia. Bajo la sombra del líder. La segunda línea de liderazgo peronista*, Lumiere, Buenos Aires, 2006.

[62] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 31 de diciembre de 1946; AMRES, Bulnes a Artajo, 23 de abril de 1947.

[63] AMREC, Embajador a Ministro, 20 de septiembre de 1946; N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, citado, pp. 84-85.

[64] AMREC, Quintana a Ministro, 7 de agosto de 1946.

[65] AMRES, Bulnes a Artajo, 9 de agosto de 1946.

[66] N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, citado, pp. 84-85; AMRES, Bulnes a Artajo, 23 de agosto de 1946.

[67] AMREC, Embajador a Ministro, 22 de agosto de 1946.

[68] *Ibidem*, 20 de septiembre de 1946.

[69] AMREC, Embajador a Ministro, 27 de septiembre de 1946; AMREF, Ambassadeur a Ministre, 30 de septiembre de 1946.

[70] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 30 de septiembre de 1946.

[71] Sobre Gache Pirán, cfr. www.peronismolomense.galeon.com; acerca de Subiza, cfr. H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, pp. 307 y 344.

[72] N. Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, citado, pp. 13-15. M. Plotkin, "Rituales políticos, imágenes y carisma: la celebración del 17 de octubre y el imaginario peronista, 1945-1951", en J. C. Torre (compilador), *El 17 de octubre de 1945*, Ariel, Buenos Aires, 1995, p. 200.

[73] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado; F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 1, citado, p. 395.

[74] El agregado gremial británico en N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, citado, pp. 84-85.

[75] AMREC, Quintana a Ministro, 5 de febrero de 1947.

[76] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 19 y 26 de mayo de 1947.

[77] *Ibidem*, 31 de julio de 1946; AMREC, Embajador a Ministro, 27 de septiembre de 1946.

[78] AMREC, Embajador a Ministerio, 14 de noviembre de 1946.

[79] M. Pelazas, "Democracia en los albores peronistas", citado; N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, citado, pp. 82-83; R. Rodríguez, *Carlos Vicente Aloé. Subordinación y valor*, Publicaciones del Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires, La Plata, 2007; H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, p. 420.

[80] James Bruce Papers, *The freedom of the Press*, Argentina-Miscellaneous, 19471949, undated, series 2, box 1, folder 16.

[81] J. M. Taylor, *Eva Perón. The myths of a woman*, University of Chicago Press, Chicago, 1979, p. 42.

[82] *La Capital*, Rosario (Santa Fe), 11 de enero de 1947.

[83] L. Lagomarsino de Guardo, *Y ahora hablo yo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1996, p. 111.

[84] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, pp. 228-241.

[85] Versiones diferentes en R. Rein, *Juan Atilio Bramuglia*, citado, p. 89, y H. González Bollo, "Paradojas de la capacidad estatal bajo el peronismo", ponencia presentada en las XI Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 19 al 21 de septiembre de 2007.

[86] AMREB, Embaixador a Ministro, 4 y 13 de marzo de 1947.

[87] AMRES, Bulnes a Artajo, 23 de abril de 1947; J. M. de Areilza, *Así los he visto*, citado.

[88] AMRES, Bulnes a Artajo, 23 de abril de 1947. AMREF, Ambassadeur a Ministre, 26 de mayo de 1947.

[89] James Bruce Papers, *Saving a Dictator*, Argentina-

Miscellaneous, 1947-1949, undated, series 2, box 1, folder 16.

[90] AMRES, Ernesto de Zulueta a Artajo, 13 de mayo de 1947.

[91] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 26 de mayo de 1947.

[92] *Ibidem*, 19 de mayo de 1947.

[93] AMRES, Areilza a Artajo, 31 de mayo de 1947.

[94] *El Pueblo*, 27 de febrero de 1947; AMRES, Areilza a Artajo, 31 de mayo de 1947.

[95] Un caso en ARGRE (Archivo Histórico de la Cancillería Argentina), general Martini a Ministro de Guerra, 11 de julio de 1946; monseñor Chimento a A. Mañé, 11 de agosto de 1946.

[96] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[97] V. Pichel (compilador), *Evita. Testimonios vivos*, citado, pp. 39-48.

[98] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[99] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 137-138.

[100] M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 183-199.

[101] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado; S. Bianchi - N. Sanchís, *El partido peronista femenino*, CEAL, Buenos Aires, 1988, pp. 57-65. M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 183199; *Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Buenos Aires*, abril de 1947, pp. 247-248.

[102] "La esposa del Primer Magistrado dirigió un mensaje a la mujer", *El Pueblo*, 28 de enero de 1947.

[103] AMRES, Bulnes a Artajo, 1º de febrero de 1947.

[104] *Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Buenos Aires*, abril de 1947, pp. 247248; M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, pp. 264-266; L. M. Caimari, *Perón y la Iglesia católica*, citado, pp. 215-220.

[105] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[106] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 31 de diciembre de 1946.

[107] L. Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Editorial de la Universidad de Quilmes, Buenos Aires, 1996.

[108] H. Verbitsky, *La Iglesia en la Argentina.* Tomo I: *De Roca a Perón*, Sudamericana, Buenos Aires, 2007, p. 206.

[109] F. Bertagna - M. Sanfilippo, "Per una prospettiva comparata dell'emigrazione nazifascista dopo la seconda guerra mondiale", *Studi Emigrazione - Migration Studies*, XLI, nº 155, p. 204.

[110] H. Benítez, "La enseñanza religiosa ante la Cámara", *Criterio*, 14 de noviembre de 1946.

[111] C. Escudé, *El fracaso del proyecto argentino: educación e ideología*, Tesis, Buenos Aires, 1990.

[112] AMREC, Quintana a Ministro, conf. 149/12, 5 de febrero de 1947.

[113] A. Puiggrós - J. L. Bernetti (dirección), *Peronismo: cultura política y educación (1945-1955)*, Galerna, Buenos Aires, 1993, pp. 202-203.

[114] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, p. 152.

[115] La obvia referencia es a G. L. Mosse, *The nationalization of the masses; political symbolism and mass movements in Germany from the Napoleonic wars through the Third Reich*, H. Fertig, Nueva York, 1975.

[116] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, pp. 326-328.

[117] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 139-140; L. M. Caimari, *Perón y la Iglesia católica*, citado, pp. 115-120.

[118] AMRES, Areilza a Artajo, 25 de febrero de 1947.

[129] H. Benítez, "Eva Perón. In memoriam", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, nº 23, 1952.

[120] *Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Buenos Aires*, marzo de 1947, pp. 187-188; abril de 1947, pp. 247-248; *El Pueblo*, 16 de febrero de 1947.

[121] Cfr. L. Zanatta, *Perón y el mito de la "nación católica". Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo. 1943-1946*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

[122] S. Bianchi - N. Sanchís, *El partido peronista femenino*, citado, pp. 57-65; *Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Buenos Aires*, abril de 1947, pp. 247-248.

[123] AMRES, Bulnes a Artajo, 14 de marzo de 1947.

[125] Véanse los recuerdos de Benítez en www.herenciacristiana.

[125] L. E. Shuck, Jr., "Church and State in Argentina", *The Western Political Quarterly*, vol. 2, nº 4, diciembre de 1949, pp. 527-544.

Capítulo 5. Desde Junín al mundo. La gira europea de Eva y la política exterior peronista

[1] Algunos ejemplos: F. Garbely, *El viaje del Arco Iris. Los nazis, la banca suiza y la Argentina de Perón*, El Ateneo, Buenos Aires, 2003; J. A. Camarasa, *La enviada: el viaje de Eva Perón a Europa*, Planeta, Buenos Aires, 1998.

[2] AMREI, Arpesani a Sforza, 24 de junio de 1948.

[3] AMRES, *Embajada Extraordinaria de España para la transmisión*

de poderes de S.E., el Presidente de la República Argentina, junio de 1946.

[4] AMREC, Vergara a Ministro, 11 de octubre de 1948.

[5] L. Zanatta, "Perón e il miraggio del Blocco Latino: di come la guerra fredda allargò l'Atlantico Sud", *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, 2006, vol. 63, nº 2, pp. 217-260.

[6] AMRES, Artajo a Embajador, 21 de mayo de 1947.

[7] AMNEP, Relatôrio do Segundo Secretario de Legação Abilio Andrade Pinto de Lemos, agosto de 1947.

[8] J. M. de Areilza, *Así los he visto*, Planeta, Barcelona, 1974; J. A. Page, *Perón. Una biografía*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005, pp. 228-241.

[9] Así lo explicó Perón, cfr. E. Pavón Pereyra, *Perón tal como fue*, CEAL, Buenos Aires, 1986, p. 31.

[10] AMRES, Bulnes a Artajo, 8 de marzo de 1947; M. Rapoport, "Argentina and the Soviet Union: History of political and commercial relations", *Hispanic American Historical Review*, vol. 66, nº 2, mayo de 1986, pp. 239-285.

[11] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, El Ateneo, Buenos Aires, 2005, p. 391; AMREP, Ledgard a Ministro, 21 de diciembre de 1946; AMRES, Bulnes a Artajo, 24 de diciembre de 1946; AMREF, Ambassadeur a Ministre, 24 de enero de 1947.

[12] AMREC, Embajador a Ministro, 20 de septiembre de 1946; N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, André Deutsch, Londres, 1980, pp. 84-85.

[13] R. Rein, *La salvación de una dictadura. Alianza Franco-Perón, 1946-1955*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1995, pp. 84-85.

[14] *Tribuna Popular*, Río de Janeiro, 24 de septiembre de 1946; ARGRE, Accame a Bramuglia, 26 de septiembre de 1946.

[15] F. Garbely, *El viaje del Arco Iris*, citado, p. 191.

[16] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*. Tomo I: *Testimonios para su historia*, Galerna, Buenos Aires, 1970, pp. 167-168.

[17] AMRES, Bulnes a Artajo, 10 de enero de 1947.

[18] AMRES, Bulnes a Artajo, 14 de enero de 1947.

[19] C. Escudé - A. Cisneros, *Historia general de las relaciones exteriores de la Argentina (1806-1989)*. Tomo XIII: *Las relaciones políticas, 1943-1966*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1998; N. Galasso, *Yo fui el confesor de Eva Perón*, HomoSapiens, Rosario, 1999, pp. 31-36; R. Rein, *La salvación de una dictadura*, citado, pp. 50-62.

[20] www.herenciacristiana.com.

[21] AMRES, Artajo a Embajador, 23 de abril de 1947; véanse los recuerdos de Benítez en www.herenciacristiana.com.

[22] J. M. de Areilza, *Así los he visto*, citado.

[23] B. J. Figallo, "Eva Perón, itinerario español", *Todo es Historia*, nº 285, marzo de 1991.

[24] AMRES, Areilza a Artajo, 27 de mayo de 1947.

[25] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 14 de abril de 1947; M. Navarro, "Evita", en *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, director J. C. Torre, Sudamericana, Buenos Aires, 2002, pp. 183-199.

[26] AMREC, Quintana a Ministro, 19 de mayo de 1947; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 159.

[27] AMREC, Quintana a Ministro, 3 de junio de 1947.

[28] *San Martín, Revista del Instituto Sanmartiniano*, nº 15, mayo-junio de 1947; D. Quattrocchi-Woisson, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1995, p. 143.

[29] AMREF, Ambassadeur a Ministre, nº 344, 4 de junio de 1947.

[30] F. Luna, *Perón y su tiempo. I. La Argentina era una fiesta, 1946-1949*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984, p. 125.

[31] L. Delgado Gómez-Escalonilla, *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica, 1939-1953*, CSIC, Madrid, 1988, p. 135; www.herenciacristiana.com.

[32] ARGRE, Arriola a Bramuglia, 13 de junio de 1947; Martínez a Bramuglia, 18 de junio de 1947; AMREF, Ambassadeur a Ministre, 18 de junio de 1947.

[33] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, pp. 228-241.

[34] AMRES, Artajo a Areilza, 19 de junio de 1947.

[35] H. Gambini, *Historia del peronismo*, 2 tomos, Planeta, Buenos Aires, 19992001, p. 175.

[36] M. Navarro, *Evita*, Planeta, Buenos Aires, 1997, pp. 161-181.

[37] www.herenciacristiana.com.

[38] *ABC*, Madrid, 27 de junio de 1947; R. Rein, *La salvación de una dictadura*, citado, pp. 50-62; AMRES, Areilza a Artajo, 19 de septiembre de 1947.

[39] AMRES, Artajo a Areilza, 19 de junio de 1947.

[40] P. Preston, *Franco. A biography*, BasicBooks, Nueva York, 1994; B. Correyero Ruiz, "La propaganda turística española en los años del aislamiento internacional", *Historia y Comunicación Social*, nº 8, 2003, pp. 47-61.

[41] H. Benítez, “Eva Perón. In memoriam”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, nº 23, 1952, pp. 11-23; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 164-165; “Dashing blonde”, *Time*, 23 de junio de 1947.

[42] R. Rein, *La salvación de una dictadura*, citado, pp. 50-62.

[43] L. M. Caimari, *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Ariel, Buenos Aires, 1995, pp. 215-220; www.herenciacristiana.com; AMREF, D’Alexandry, chargé du Consulat de Seville, a Ministre, 20 de junio de 1947.

[44] AMREF, Coiffard, chargé a Barcelone, a Ministre, 2 de julio de 1947.

[45] AMRES, Areilza a Ministro, 8 de junio de 1947; AMREP, Echecopar a Ministro, 30 de junio de 1947.

[46] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 18 de junio de 1947.

[47] *Argentina Libre*, 17 de julio de 1947; AMREF, Hardion a Ministre, 19 de junio de 1947.

[48] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 173-174.

[49] *ABC*, Madrid, 28 de junio de 1947.

[50] AADG, De Gasperi a Perón, julio de 1947; De Gasperi a Eva Perón, 7 de julio de 1947.

[51] AADG, De Gasperi a Perón, 4 de julio de 1947.

[52] *Arriba*, 28 de junio de 1947.

[53] F. Bertagna - M. Sanfilippo, “Per una prospettiva comparata dell’emigrazione nazifascista dopo la seconda guerra mondiale”, *Studi Emigrazione - Migration Studies*, XLI, nº 155, p. 204; G. Parlato, *Il 1947 e il neofascismo*, www.ventunesimosecolo.org; F. Fatica, *Monitoraggio del Msi - Fascisti nel dopoguerra*, www.nntp.it.

[54] A. Dujovne Ortiz, “Disipar la humareda”, *La Nación*, 12 de junio de 2003; *El Plata Seráfico*, noviembre de 1948.

[55] R. Ayestarán, “La fuga de los nazis y la ruta de los monasterios”, *Informe Uruguay*, año III, nº 107, 3 de diciembre de 2004; C. Sprljan, *Historia de la inmigración croata en Córdoba*, Córdoba, 2002.

[56] AMRES, Consulado de España en Milán a marqués de Desio, 15 de julio de 1947.

[57] F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 1, citado, p. 124; AMREF, Attaché militaire, navale et de l’air, Compte-rendu nº 271, 8 de julio de 1947.

[58] AMREI, Appunto per il ministro Zoppi, 3 de julio de 1947.

[59] AADG, Eva Perón a Maria Romana de Gasperi, 14 de julio de 1947.

[60] AMRES, Política argentina en Italia, 3 de julio de 1947.

[61] F. Garbely, *El viaje del Arco Iris*, citado, p. 166.

[62] "Little Eva", *Time*, 14 de julio de 1947.

[63] L. Zanatta, "Perón e il miraggio del Blocco Latino", citado.

[64] AMRES, Areilza a Artajo, 3 de julio de 1947.

[65] J. D. Perón, "Cómo conocí a Evita y me enamoré de ella", discurso de Perón el 17 de octubre de 1951, Instituto Nacional "Juan Domingo Perón" de Estudios e Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas, Buenos Aires, 2006.

[66] AMNEP, Palmella, embaixador em Londres, a Ministro, 3 de agosto de 1947.

[67] AMNEP, Relatôrio do Segundo Secretario de Legação Abilio Andrade Pinto de Lemos, agosto de 1947.

[68] F. Ciccarelli, "Il golpe inglese", *La Repubblica*, 13 de enero de 2008; G. Casarrubea - M. J. Cereghino, *Tango connection. L'oro nazifascista, l'America Latina e la guerra al comunismo in Italia, 1943-1947*, Bompiani, Milán, 2007.

[69] AMRES, Areilza a Artajo, 16 de enero de 1948.

[70] AMNEI, Grossardi, Legazione a Lisbona, a Sforza, 22 de julio de 1947; Sforza a Legazione a Lisbona, 23 de julio de 1947.

[71] L. Regolo, *Il re signore: tutto il racconto della vita di Umberto di Savoia*, Simonelli, Milán, 1998, pp. 565-566.

[72] A. Posse, "Eva Perón, un mito en la España de Franco", *El Mundo*, 26 de julio de 2002.

[73] AMRES, Areilza a Artajo, 19 de septiembre de 1947.

[74] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, p. 448.

[75] L. Zanatta, "Perón e il miraggio del Blocco Latino", citado.

[76] AMNEP, Ministro a Legação, 21 de julio de 1947.

[77] AMRES, Areilza a Artajo, 19 de septiembre de 1947; AMNEP, Relatôrio do Segundo Secretario de Legação Abìlio Andrade Pinto de Lemos, agosto de 1947.

[78] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 28 de mayo de 1947.

[79] AMRES, Areilza a Artajo, 19 de septiembre de 1947.

[80] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 20 de mayo de 1947.

[81] R. C. Newton, "The neutralization of Fritz Mandl: notes on wartime Journalism, the arms trade, and Anglo-American rivalry in Argentina during World War II", *Hispanic American Historical Review*, 66:3, 1986, pp. 577-578.

[82] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 4 de junio de 1947; Ministre a Ambassadeur, 12 de mayo de 1949.

[83] AMRES, Artajo a Areilza, 22 de agosto de 1947.

[84] www.herenciacristiana.com.

[85] F. Garbely, *El viaje del Arco Iris*, citado, pp. 169-170.

[86] A. Posse, “Eva Perón, un mito en la España de Franco”, citado; A. Dujovne Ortiz, “El papa bueno, Eva Perón y los judíos”, *La Nación*, 30 de agosto de 2003.

[87] N. Galasso, *Yo fui el confesor de Eva Perón*, citado.

[88] A. G. Roncalli, *Anni di Francia. Agende del nunzio, 1945-1948*, a cura di E. Fouilloux, vol. I, Bologna, 2004, p. 348.

[89] M. Navarro, *Evita*, Planeta, Buenos Aires, 1997, pp. 161-181.

[90] AMREF, Ministre a Ambassadeur, nº 445, 4 de agosto de 1947.

[91] AMRES, Areilza a Artajo, 19 de septiembre de 1949.

[92] ARGRE, agregados obreros a Julio Victorica Roca, 28 de julio de 1947.

[93] F. Garbely, *El viaje del Arco Iris*, citado, pp. 172-174.

[94] H. Benítez, “Eva Perón. In memoriam”, citado, pp. 11-23.

[95] R. Di Stefano - L. Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Grijalbo-Mondadori, Buenos Aires, 2000, pp. 408460.

[96] R. Rein, *La salvación de una dictadura*, citado, pp. 50-62.

[97] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 3 de mayo de 1947.

[98] www.herenciacristiana.com.

[99] H. Benítez, *La aristocracia frente al peronismo*, Buenos Aires, 1953, p. 153; E. Perón, *Historia del peronismo*, Freeland, Buenos Aires, 1971.

[100] ARGRE, Santa Sede a Ministro, 22 de abril de 1949; F. Bertagna - M. Sanfilippo, “Per una prospettiva comparata dell’emigrazione nazifascista dopo la seconda guerra mondiale”, citado.

[101] N. Galasso, *Yo fui el confesor de Eva Perón*, citado, pp. 31-36.

[102] www.herenciacristiana.com.

[103] J. Mejía, *Historia de una identidad*, Letemendia, Buenos Aires, 2005, p. 83.

[104] AMRES, Marqués de Aycinema a Artajo, 8 de mayo de 1947.

[105] www.herenciacristiana.com.

[106] L. Zanatta, “La reforma faltante. Perón, la Iglesia y la Santa Sede en la reforma constitucional de 1949”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, nº 20, 1999, pp. 111-130.

[107] AMNEP, Ambaixada Santa Sé a Ministro, 3 de junio de 1947; AMREF, Bourdeillette, Chargé prés du Saint Siège, a Bidault,

nº 171, 16 de mayo de 1947.

108 AMRES, Areilza a Artajo, 19 de septiembre de 1947; H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, pp. 444.

109 N. Galasso, *Yo fui el confesor de Eva Perón*, citado, pp. 31-36; el padre Filippo era de otra opinión, cfr. P. Santos Martínez, *La Nueva Argentina, 1946-1955*, 2 tomos, Astrea, Buenos Aires, 1976, p. 91.

110 AMREB, Embaixador Santa Sé a Ministro, 29 de junio de 1947; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 172; L. Lagomarsino de Guardo, *Y ahora hablo yo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1996.

111 L. Zanatta, "La reforma faltante. Perón, la Iglesia y la Santa Sede en la reforma constitucional de 1949", citado.

112 H. Verbitsky, *La Iglesia en la Argentina.* Tomo I: *De Roca a Perón*, Sudamericana, Buenos Aires, 2007, p. 223.

113 L. M. Caimari, *Perón y la Iglesia católica*, citado, pp. 215-220; www.herenciacristiana.com.

114 M. Navarro, *Evita*, Planeta, Buenos Aires, 1997, pp. 161-181.

115 H. Gambini, *Historia del peronismo*, citado, t. II, pp. 163-185.

116 FRUS, Marshall to acting Secretary of State, 21 de agosto de 1947; HTLM (Harry S. Truman Library and Museum), Oral History Interview with J. Wesley Adams; AMNEP, Embaixador a Ministro, 7 de agosto de 1947; "Perón joga uma partida dentro do Brasil", *O Globo*, 7 de mayo de 1949.

117 AMRES, Rojas y Moreno a Artajo, 27 de agosto de 1947.

118 AMNEP, Embaixador a Ministro, 7 de agosto de 1947.

119 R. Rein, *Juan Atilio Bramuglia. Bajo la sombra del líder. La segunda línea de liderazgo peronista*, Lumiere, Buenos Aires, 2006, pp. 209-211.

120 L. Lagomarsino de Guardo, *Y ahora hablo yo*, citado.

121 AMRES, Areilza a Artajo, 6 de junio de 1947.

122 AMREC, Quintana a Ministro, conf. 696/54, 7 de junio de 1947.

123 J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, pp. 228-241.

124 H. Gambini, *Historia del peronismo*, citado, t. II, pp. 256-260.

125 AMREF, Ambassadeur a Ministre, 10 de junio de 1947; una versión diferente en AMREB, Freitas a Ministro, 13 de junio de 1947.

126 AMRES, Areilza a Artajo, 30 de septiembre de 1947.

127 AMREF, Ambassadeur a Ministre, 21 de junio de 1947.

128 *Ibidem*, 18 de junio de 1947.

[129] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 21 de junio de 1947.

[130] *Ibidem*, 2 de julio de 1947; Attaché militaire, navale et de l'air, Compterendu nº 271, 8 de julio de 1947.

[131] AMRES, Areilza a Artajo, 19 y 30 de septiembre de 1947.

[132] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 23 de julio de 1947.

Capítulo 5. Un régimen bicéfalo

[1] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, El Ateneo, Buenos Aires, 2005, p. 452.

[2] ARGRE, Arriola a Bramuglia, 27 de septiembre de 1947, y AMREB, Embaixador a Fernandes, 5 de noviembre de 1947; AMREB, Embaixador a Fernandes, 24 y 30 de octubre de 1947; AMREC, Quintana a Ministro, conf. 1639/108, 25 de noviembre de 1947.

[3] AMREB, Freitas a Ministro, conf. 312.4, 13 de agosto de 1947.

[4] A. A. Lanusse, *Confesiones de un general*, Planeta, Buenos Aires, 1994, pp. 140143.

[5] H. Gambini, *Historia del peronismo*, 2 tomos, Planeta, Buenos Aires, 19992001, t. 1, pp. 163-185.

[6] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005, pp. 228241.

[7] F. Luna, *Perón y su tiempo. I. La Argentina era una fiesta, 1946-1949*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984, pp. 457-458.

[8] D. Pearson, "Eva's (verbatim) call to Perón reveals her reason for worry", *Washington Post*, 6 de agosto de 1947.

[9] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*. Tomo I: *Testimonios para su historia*, Galerna, Buenos Aires, 1970, pp. 220.

[10] AMRES, Areilza a Artajo, 26 de agosto de 1948.

[11] L. Lagomarsino de Guardo, *Y ahora hablo yo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1996; M. Ruiz Guiñazú, "Lillian Lagomarsino de Guardo: 'En su viaje a Europa, Evita jamás pisó un banco suizo'", *Página/12*, 18 de mayo de 1998.

[12] AMREB, Furst a Fernandes, 25 de agosto de 1947.

[13] M. Bonasso, *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Planeta, Buenos Aires, 1997, p. 152; H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, p. 452; J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, pp. 228-241; H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 1, citado, pp. 32-33.

[14] AMREC, Quintana a Ministro, 20 de agosto de 1947.

[15] AMRES, Areilza a Artajo, 22 de agosto de 1947.

[16] AMREC, Quintana a Ministro, 20 de agosto de 1947; AMRES, Areilza a Artajo, 22 de agosto de 1947.

[17] AMREC, Quintana a Ministro, 20 de agosto de 1947. 18

[18] AMRES, Areilza a Artajo, 22 de agosto de 1947.

[19] James Bruce Papers, *President Perón and His Señora*, Argentina-Miscellaneous, 1947-1949, undated, series 2, box 1, folder 16, pp. 228-241.

[20] G. J. Dorn, *Peronists and New Dealers. U.S. - Argentine rivalry and the Western Hemisphere (1946-1950)*, University Press of the South, Nueva Orleans, 2005, p. 220.

[21] AMREB, Embaixador a Ministro, 26 de agosto de 1947.

[22] AMREI, Arpesani a Ministro, 26 de septiembre de 1947; M. García Sebastiani, "Radicales y socialistas en la Argentina peronista (1946-1955)", en M. García Sebastiani (editor), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*, Iberoamericana, Madrid, 2006, p. 218.

[23] AMREB, Embaixador a Ministro, 29 de agosto de 1947.

[24] FRUS, R.K. Oakley, Second Secretary of Embassy, to Secretary of State, 19 de agosto de 1947; AMREB, Freitas a Fernandes, 24 de septiembre de 1947; FRUS, Bruce to Secretary of State, 2 de octubre de 1947.

[25] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, p. 423; H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 1, citado, pp. 256-260.

[26] AMREC, Quintana a Ministro, 20 de agosto de 1947.

[27] D. A. Mercante, *Mercante: el corazón de Perón*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1995, p. 147; M. Bonasso, *El presidente que no fue*, citado, p. 59.

[28] AMREC, Orrego Vicuña a Ministro, 20 de agosto de 1948.

[29] E. Perón, *Anuncio de la ley del voto femenino*, 23 de septiembre de 1947; M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, Ariel, Buenos Aires, 1993, pp. 264-266.

[30] James Bruce Papers, *President Perón and His Señora*, citado.

[31] H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 1, citado, pp. 163-185.

[32] C. P. Barry, *Evita Capitana. El partido peronista femenino, 1949-1955*, Eduntref, Buenos Aires, 2009.

[33] M. Bonasso, *El presidente que no fue*, citado, pp. 54-59.

[34] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[35] AMREF, Chargé a Ministre, 10 de septiembre de 1947.

[36] J. van der Karr, *Perón y los Estados Unidos*, Vinciguerra, Buenos Aires, 1990, p. 195.

[37] AMREC, Quintana a Ministro, 10 de septiembre de 1947.

[38] M. Navarro, "Evita y la crisis del 17 de octubre de 1945: un ejemplo de la mitología peronista y antiperonista", en J. C. Torre (compilador), *El 17 de octubre de 1945*, Ariel, Buenos Aires, 1995, p. 164.

[39] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[40] N. Galasso, *Yo fui el confesor de Eva Perón*, HomoSapiens, Rosario, 1999, pp. 37-42.

[41] S. Bianchi - N. Sanchís, *El partido peronista femenino*, CEAL, Buenos Aires, 1988, pp. 57-65.

[42] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, p. 114.

[43] AMRES, Areilza a Artajo, 12 de diciembre de 1947.

[44] AMRES, Areilza a Artajo, 24 de septiembre de 1947; AMREB, Embaixador a Ministro, 21 de octubre de 1948.

[45] AMRES, Areilza a Artajo, 3 de octubre de 1947.

[44] AMREC, Embajador a Ministro, 22 de enero de 1948; AMRES, Areilza a Artajo, 27 de enero de 1949.

[47] M. Navarro, "Evita y la crisis del 17 de octubre de 1945", citado, pp. 139-160.

[48] F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 1, citado, p. 137.

[49] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 204-208.

[50] AMRES, Areilza a Artajo, 13 de marzo de 1948.

[51] AMREC, Embajador a Ministro, 29 de febrero de 1948.

[52] M. Mackinnon, *Los años formativos del partido peronista (1946-1950)*, Instituto Di Tella/Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 2002.

[53] AMRES, Areilza a Artajo, 8 de marzo de 1948.

[54] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[55] H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 1, citado, pp. 256-260.

[56] AMRES, Areilza a Artajo, 8 de marzo de 1948.

[57] AMREF, Confidentiel, ca. 1947; Chargé a Ministre, nº 671, 4 de noviembre de 1947; A. Crespo, *Eva Perón, viva o muerta*, Fontalba, Barcelona, 1980; H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 1, citado, pp. 139-140; "Abdication of a tycoon", *Time*, 16 de mayo de 1949.

[58] H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 1, citado, pp. 163-185.

[59] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 220.

[60] A. Horowicz, *Los cuatro peronismos*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985, pp. 115-123.

[61] L. M. Doyon, "Conflictos obreros durante el régimen peronista (1946-1955)", *Desarrollo Económico*, nº 67, octubre-

diciembre de 1977, pp. 460-461; ARGRE, P. Villamajo (jefe de Policía de Mendoza) a Ministro de Gobierno y Asistencia Social, 4 de noviembre de 1947.

[62] M. Navarro, "Evita y la crisis del 17 de octubre de 1945", citado, pp. 139-160; J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, p. 219.

[63] H. Gambini, *La primera presidencia de Perón. Testimonios y documentos*, CEAL, Buenos Aires, 1985, pp. 36-37.

[64] L. M. Doyon, "La formación del sindicalismo peronista", en *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, director J. C. Torre, Sudamericana, Buenos Aires, 2002, pp. 357-403; R. J. Alexander (con la colaboración de Eldon M. Parker), *A history of organized Labor in Argentina*, Praeger, Wesport, 2003, p. 95; N. M. Girbal-Blacha, "Historia y cultura en la construcción del discurso político peronista (1946-55)", en H. Cancino Troncoso - C. de Sierra (compiladores), *Ideas, cultura e historia de la creación intelectual latinoamericana. Siglos XIX y XX*, Abya-Yala, Buenos Aires, 1997; Y. A. Leonardi, "Un teatro para los descamisados", *Telón de Fondo. Revista de teoría y crítica teatral*, nº 7, julio de 2008.

[65] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, pp. 120-122.

[66] AMRES, Areilza a Artajo, 30 de julio de 1948.

[67] S. L. Baily, *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 1984, pp. 139-143.

[68] AMREB, Embaixador a Fernandes, 5 de noviembre de 1947, 24 y 30 de octubre de 1947; O. Lebel, "El día que Uruguay quiso derribar a un presidente paraguayo", *La República*, Montevideo, 22 de diciembre de 2006.

[69] AMRES, Areilza a Artajo, 16 de enero y 3 de abril de 1948.

[70] R. Rein, *Argentina, Israel, and the Jews. Perón, the Eichmann capture and after*, University Press of Maryland, Bethesda, 2003, p. 22.

[71] AMREC, Embajador a Ministro, 22 de enero de 1948. 72

[72] AMRES, Rojas y Moreno a Artajo, 24 de noviembre de 1947; ARGRE, Martínez Repetto a Bramuglia, 17 de diciembre de 1947; Accame a Bramuglia, 19 de febrero y 28 de marzo de 1948; sobre los reveses de Accame en el Vaticano, cfr. L. Zanatta, "La reforma faltante. Perón, la Iglesia y la Santa Sede en la reforma constitucional de 1949", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, nº 20, 1999.

[73] AMREC, Resumen mensual, junio de 1947.

[74] ARGRE, Cooke a Bramuglia, 20 de diciembre de 1947.

[75] J. M. Taylor, *Eva Perón. The myths of a woman*, University of Chicago Press, Chicago, 1979, p. 47; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 202203.

[76] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, p. 402.

[77] M. Black, *The children and the nations: the History of Unicef*, Unicef, Nueva York, 1986; AMNEP, Quesada a Ministro, 23 de enero de 1948.

[78] AMREB, Embaixador a Ministro, 19 de febrero de 1948.

[79] AMRES, Gabaldón, ministro en Nicaragua, a Ministro, 17 de mayo de 1948.

[80] ARGRE, Delfino, Encargado en Caracas, a Bramuglia, 15 de junio de 1948.

[81] AMREB, Barbosa Carneiro, Embaixador a Assunção a Ministro, 31 de agosto de 1948.

[82] AMREF, Belle a Ministre, 3 de febrero de 1948.

[83] AMRES, Areilza a Artajo, 3 de abril de 1948.

[84] H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 1, citado, pp. 240.

[85] AMRES, Areilza a Artajo, 18 de junio de 1948.

[86] AMREF, Belle a Ministre, nº 494, 1º de junio de 1949.

[87] G. J. Dorn, *Peronists and New Dealers*, citado, pp. 269-270.

[88] AMRES, Areilza a Artajo, 30 de julio de 1948.

[89] AMREC, Orrego Vicuña a Ministro, 24 de junio de 1948.

[90] N. Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, CEAL, Buenos Aires, 1990, pp. 49-57.

[91] AMRES, Areilza a Artajo, 30 de julio de 1948.

[92] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, pp. 225-226.

[93] H. J. Paz, *Memorias. Vida pública y privada de un argentino en el siglo XX*, Planeta, Buenos Aires, 1999, p. 145.

[94] L. Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Editorial de la Universidad de Quilmes, Buenos Aires, 1996.

[95] M. Gazzera, “Peronismo, generador de cultura”, *Revistas Peronistas*, nº 4, 2007, pp. 195-203.

[96] V. Filippo, “Cómo y por qué me solidaricé con Perón”, *Tribuna de Orientación Peronista*, diciembre de 1947.

[97] N. Galasso, *Yo fui el confesor de Eva Perón*, citado, pp. 37-42.

[98] L. M. Caimari, *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Ariel, Buenos Aires, 1995, pp. 220-229.

[99] *Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santa Fe*, octubre de 1947, p. 450; noviembre de 1947, pp. 492-496; diciembre de 1947, pp. 524-525.

[100] *Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Buenos Aires*, mayo de 1948, p. 318; septiembre de 1948, p. 508.

[101] AMREC, Embajador a Ministro, 21 de enero de 1948.

[102] H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 1, citado, pp. 187-202.

[103] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 204.

[104] www.herenciacristiana.com.

[105] AMREC, Embajador en los Estados Unidos a Ministro, 22 de enero de 1948.

[106] AMRES, Areilza a Artajo, 20 de febrero de 1948.

[107] AMRES, Areilza a Artajo, 18 de junio de 1948.

[108] Senado de la Nación, *Pensamiento cristiano y democrático de monseñor De Andrea*, segunda edición, Imprenta del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 1965, pp. 102-103.

[109] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 210.

[110] ARGRE, Malvicini (presidente del Centro Peronista "Libertario Ferrari") a Eva Perón, 12 de agosto de 1948.

[111] R. Rein, *Argentina, Israel, and the Jews*, citado, pp. 62-64; H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, p. 402.

[112] AMREC, Orrego Vicuña a Ministro, 23 de agosto de 1948.

[113] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 201-202.

[114] AMREB, Barbosa Carneiro, Embaixador a Assunção, a Ministro, 31 de agosto de 1948.

[115] AMREF, Attaché de l'air a Ministre, 8 de julio de 1948.

[116] N. Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, citado, pp. 16-19.

[117] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 214-215.

[118] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, pp. 215-255.

[119] R. J. Alexander, *A history of organized Labor in Argentina*, citado, pp. 90-92; M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, pp. 215-255; N. Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, citado, pp. 35-47.

[120] J. Llistosella, *La Marcha Peronista. El enigma de su origen, la resolución del misterio y el papel decisivo de Evita en esta historia*, Sudamericana, Buenos Aires, 2008, p. 59.

[121] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, pp. 215-255.

[122] M. Navarro, "Evita y la crisis del 17 de octubre de 1945", citado, pp. 201-216.

[123] R. Aboy, "La vivienda social en Buenos Aires en la segunda posguerra (19461955)", *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, vol. VII, nº 146, agosto de 2003; AMREB, Embaixador a Ministro, 24 de octubre de 1947; M.

Navarro, “Evita y la crisis del 17 de octubre de 1945”, citado, pp. 139-160.

[124] G. J. Franceschi, “Una dictadura”, *Criterio*, nº 1426, 27 de octubre de 1955.

[125] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 207-208.

[126] AMREC, Embajador a Ministro, 2 de mayo de 1948.

[127] M. Navarro, “Evita y la crisis del 17 de octubre de 1945”, citado, pp. 201-216.

[128] C. A. Becker, *Domingo A. Mercante. A democrat in the shadow of Perón and Evita*, XLibris, Philadelphia, 2005, pp. 137-138.

[129] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, pp. 215-255.

[130] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 205.

[131] H. Gambini, *La primera presidencia de Perón*, citado, pp. 136-138.

[132] C. A. Becker, *Domingo A. Mercante*, citado, pp. 251-258.

[133] N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, André Deutsch, Londres, 1980, p. 124.

[134] C. P. Barry, *La actividad religiosa en los hogares de tránsito de la Fundación Eva Perón: las Hermanas del Huerto*, VIII Jornadas de Historia de la Iglesia, Buenos Aires, 2004.

[135] R. Rodríguez, *Carlos Vicente Aloé. Subordinación y valor*, Publicaciones del Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires, La Plata, 2007, pp. 32-34; M. Navarro, *Evita*, Planeta, Buenos Aires, 1997, pp. 237-265.

[136] H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 1, citado, pp. 163-185.

[137] N. Galasso, *Yo fui el confesor de Eva Perón*, citado, pp. 51-55.

[138] AMREB, Embaixador a Ministro, 26 de junio de 1948.

La Constitución de Perón… y de Eva

[1]AMRES, Areilza a Artajo, 25 de febrero de 1947.

[2] C. P. Barry, *Evita Capitana. El partido peronista femenino, 1949-1955*, Eduntref, Buenos Aires, 2009.

[3] AMRES, Areilza a Artajo, 7 de mayo de 1948.

[4] M. Bonasso, *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Planeta, Buenos Aires, 1997, pp. 54-59.

[5] M. Mackinnon, *Los años formativos del partido peronista*

(1946-1950), Instituto Di Tella/Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 2002.

[6] M. García Sebastiani, "Peronismo y oposición política en el Parlamento argentino. La dimensión del conflicto con la Unión Cívica Radical (1946-1951)", *Revista de Indias*, 2001, vol. LXI, nº 221, pp. 27-66.

[7] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[8] M. Mackinnon, *Los años formativos del partido peronista*, citado; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón.* Tomo I: *Testimonios para su historia*, Galerna, Buenos Aires, 1970, pp. 212-213.

[9] H. Gambini, *Historia del peronismo*, 2 tomos, Planeta, Buenos Aires, 19992001, pp. 187-202.

[10] M. Navarro, "Evita", en *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, director J. C. Torre, Sudamericana, Buenos Aires, 2002, pp. 237265.

[11] F. Luna, *Perón y su tiempo. I. La Argentina era una fiesta, 1946-1949*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984, p. 50.

[12] AMREC, Vergara a Ministro, 24 de septiembre de 1948.

[13] AMRES, Areilza a Artajo, 27 de septiembre de 1948.

[14] AMREC, Vergara a Ministro, 13 de septiembre de 1948; AMREB, Embaixador a Ministro, 14 de septiembre de 1948.

[15] P. Hand, "'This is not a place for delicate or nervous or impatient diplomats': the Irish Legation in Perón's Argentina (1948-55)", *Irish Studies in International Affairs*, vol. 16, 2005, pp. 175-192.

[16] AMREF, *Découverte d'un complot contre le général Perón et madame Eva Duarte de Perón le 24 septembre 1948.*

[17] AMRES, Areilza a Artajo, 27 de septiembre de 1948; AMREI, Arpesani a Sforza, 28 de septiembre de 1948.

[18] AMRES, Areilza a Artajo, 27 de septiembre de 1948.

[19] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, El Ateneo, Buenos Aires, 2005, pp. 450-451.

[20] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado; M. Navarro, "Evita", en *Nueva historia argentina.* Tomo 8: *Los años peronistas*, citado; M. Plotkin, "Rituales políticos, imágenes y carisma: la celebración del 17 de octubre y el imaginario peronista, 1945-1951", en J. C. Torre (compilador), *El 17 de octubre de 1945*, Ariel, Buenos Aires, 1995, p. 208.

[21] ARGRE, Desmaras a Ministro, 21 de octubre de 1948.

[22] R. Rein, *Juan Atilio Bramuglia. Bajo la sombra del líder. La segunda línea de liderazgo peronista*, Lumiere, Buenos Aires, 2006,

p. 206.

[23] AMREB, Embaixador Santa Sé a Ministro, 7 de diciembre de 1948.

[24] D. A. Mercante, *Mercante: el corazón de Perón*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1995, pp. 127-136.

[25] AMREB, Encarregado a Ministro, Res. nº 9, 4 de enero de 1949; AMREF, Belle a Ministre, 7 de diciembre de 1948.

[26] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 212-213; L. Santos Lepera, "La Iglesia católica y su relación con el Estado peronista. Tucumán, 19431955", tesis de licenciatura en historia, Universidad Nacional de Tucumán, marzo de 2008, pp. 102-103.

[27] G. Rocha, "Eva de Perón", *O Mundo*, 12 de diciembre de 1948.

[28] "Dirigió un mensaje al pueblo de Bolivia la señora de Perón", *La Nación*, 19 de diciembre de 1948.

[29] AMREF, Belle a Ministre, 28 de diciembre de 1948; 4 de enero de 1949.

[29] AMREF, Belle a Ministre, 23 de noviembre de 1948.

[31] *Para civiles y militares, para hombres y mujeres, para argentinos*, adjunto a AMREB, Embaixador a Ministro, conf. 369/600, 14 de septiembre de 1948.

[32] *Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Buenos Aires*, octubre de 1948, p. 566; *El Pueblo*, 30 de septiembre de 1948.

[33]AMRES, Areilza a Artajo, 27 de septiembre de 1948.

[34]*Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Buenos Aires*, octubre de 1948, pp. 533-534.

[35]*El Plata Seráfico*, noviembre de 1948.

[36] L. Zanatta, "A cincuenta años del derrocamiento de Perón. Una perspectiva internacional", *Criterio*, nº 2305, junio de 2005, pp. 276-278.

[37] Véase el caso de Catamarca en ARGRE, V. L. Saadi a Perón, 27 de octubre de 1948.

[38] AMREB, Embaixador Santa Sé a Ministro, 21 de enero de 1949.

[39] *Ibidem*, 24 de enero de 1949.

[40] L. Zanatta, "La reforma faltante. Perón, la Iglesia y la Santa Sede en la reforma constitucional de 1949", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, nº 20, 1999, pp. 111-130.

[41] AMREI, Arpesani a Ministero, 6 de octubre de 1948.

[42] AMRES, Areilza a Artajo, 27 de septiembre de 1948.

[43] *Revista Militar*, enero de 1949, pp. 115-116.

[44] F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 1, citado, p. 405; C. A. Becker, *Domingo A. Mercante. A democrat in the shadow of Perón and Evita*, XLibris, Philadelphia, 2005, p. 288.

[45] R. A. Potash, *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962. De Perón a Frondizi*, Sudamericana, Buenos Aires, 1981, pp. 136-143.

[46] AMREF, Belle a Ministre, 23 de septiembre de 1948.

[47] C. Serdán, *Muro de Honor*, Salón de Plenos de la Honorable Cámara de Diputados, Letras de Oro, Colección Muro de Honor, México, D.F., 2007.

[48] AMRES, Areilza a Artajo, 13 de diciembre de 1948.

[49] *La Prensa*, 28 de diciembre de 1948.

[50] V. Mossier, "¿Seguro social integral o creación de nuevas cajas jubilatorias?: los debates en torno a los distintos proyectos en materia de seguridad social durante el período 1943-1948", www.saap.org.ar.

[51] H. Gambini, *Historia del peronismo*, citado, pp. 331-336.

[52] AMREB, Embaixador a Ministro, conf. 76/920, 3 de febrero de 1949.

[53] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 213.

[54] AMRES, Espinosa, embajador en Caracas, a Artajo, 21 de septiembre de 1948.

[55] James Bruce Papers, 8 de noviembre de 1948, Argentina-Miscellaneous, 19471949, s/f.

[56] AMREF, Belle a Ministre, 23 de septiembre de 1948.

[57] James Bruce Papers, *Perón assassination plot*, Argentina-Miscellaneous, 1947-1949, octubre de 1948.

[58] AMREC, Vergara a Ministro, 6 de diciembre de 1948.

[59] AMREB, Embaixador a Fernandes, 3 de febrero de 1949.

[60] FRUS, Paul C. Daniels (Director of the Office of the American Republics) to acting Secretary of State, confidential, Memorandum 711. 35/12 - Argentine's Foreign Minister's call on Mr. Lovett, 9 de diciembre de 1948.

[61] AMREF, Chargé a Ministre, 25 de octubre de 1949.

[62] E. Bonardi, "Les intellectuels espagnols exilés dans l'Argentine peroniste", *HAOL (Historia Actual On Line)*, nº 5, otoño de 2004, pp. 53-64; J. M. de Areilza, *Así los he visto*, Planeta, Barcelona, 1974; R. Rein, *La salvación de una dictadura. Alianza Franco-Perón, 1946-1955*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1995, p. 66.

[63] AMREF, Ledoux, Ambassadeur a Lima, a Ministre, 17 de

diciembre de 1948.

[64] "Dirigió un mensaje al pueblo de Bolivia la señora de Perón", *La Nación*, 19 de diciembre de 1948.

[65] G. J. Dorn, "'Exclusive domination' or 'short term imperialism': the Peruvian response to U.S.-Argentine rivalry, 1946-1950", *The Americas,* 61:1, julio de 2004, pp. 93-94; ARGRE, Oderigo a Bramuglia, 30 de diciembre de 1948.

[66] AMREF, Belle a Ministre, 26 de octubre de 1948.

[67] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[68] AMRES, Del Castillo a Ministro, 11 de noviembre de 1948.

[69] AMRES, Oficina de Información Diplomática, Madrid, 6 de diciembre de 1948; AMREB, Ouro Preto a Ministro, 9 de diciembre de 1948.

[70] C. Serdán, *Muro de Honor*, citado.

[71] AMREF, Bonnet, Ambassadeur a Washington, a Ministre, 17 de enero de 1949; FRUS, Guy W. Ray (Minister-Counselor) to Secretary of State, 4 de enero de 1949; R. García Lupo, "Eva: filantropía de choque", *Clarín*, 10 de marzo de 2002; "Helping hand", *Time*, 24 de enero de 1949; C. Lacerda, "Empréstimo brasileiro a Perón", *Correio da Manhã*, 1º de febrero de 1949.

[72] AMREF, Belle a Ministre, 16 de noviembre de 1948.

[73] ARGRE, Cooke a Ministro, 20 de noviembre de 1948; AMREF, Belle a Ministre, 23 de noviembre de 1948.

[74] AMREI, Arpesani a Ministro, 11 de enero de 1949.

[75] FRUS, Guy W. Ray (Minister - Counselor) to Secretary of State, Secret nº 7 - 611. 3531/1; AMREB, Embaixador a Ministro, conf. 12/602, 5 de enero de 1949; AMRES, Leopoldo Boado (agregado naval) a almirante jefe del Estado Mayor de la Armada.

[76] AMREF, Belle a Ministre, 30 de noviembre de 1948.

[77] James Bruce Papers, Argentina-Miscellaneous, 1947-1949, 8 de noviembre de 1948.

[78] AMRES, Leopoldo Boado (agregado naval) a almirante jefe del Estado Mayor de la Armada.

[79] James Bruce Papers, Argentina-Miscellaneous, 1947-1949, 8 de noviembre de 1948.

[80] AMREF, Belle a Ministre, 23 y 30 de noviembre de 1948.

[81] AMREF, Belle a Ministre, 30 de noviembre de 1948.

[82] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 213.

[83] AMRES, Areilza a Artajo, 21 de enero de 1949.

[84] G. J. Dorn, *Peronists and New Dealers. U.S. - Argentine rivalry and the Western Hemisphere (1946-1950)*, University Press of the South, New Orleans, 2005, p. 266.

[85] AMRES, Areilza a Artajo, 21 de enero de 1949; AMREC, Vergara a Ministro, 24 de enero de 1949.

[86] H. Gambini, *La primera presidencia de Perón. Testimonios y documentos*, CEAL, Buenos Aires, 1985, pp. 149-150.

[87] R. A. Potash, *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962*, citado, pp. 136-143; G. J. Dorn, *Peronists and New Dealers*, citado, pp. 269-270.

[88] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, pp. 260-261.

[89] F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 1, citado, p. 74.

[90] AMRES, Areilza a Artajo, 2 de febrero de 1949.

[91] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 214-215.

[92] R. Rein, *La salvación de una dictadura*, citado, p. 197; AMRES, Areilza a Artajo, 14 de marzo de 1949.

[93] AMRES, Areilza a Artajo, 27 de enero de 1949.

[94] H. Gambini, *Historia del peronismo*, citado, pp. 379-380; F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 1, citado, p. 343; M. Bonasso, *El presidente que no fue*, citado, pp. 65-66.

[95] FRUS, Ray to Secretary of State, Restricted 835 - 5.034/3, 11 de marzo de 1949.

[96] M. Cichero, *Cartas peligrosas. La apasionada discusión entre Juan Domingo Perón y el padre Hernán Benítez*, Planeta, Buenos Aires, 1992, pp. 32-43.

[97] *Boletín Eclesiástico de la Arquidiócesis de Paraná*, Secretariado del Episcopado argentino, Inf. nº 20, 3 de febrero de 1949.

[98] D. A. Mercante, *Mercante: el corazón de Perón*, citado, pp. 122-123.

Capítulo 8. La comunidad recuperada, y el totalitarismo inconsciente

[1] AMRES, Areilza a Artajo, 27 de enero de 1949.

[2] R. Rein, *Juan Atilio Bramuglia. Bajo la sombra del líder. La segunda línea de liderazgo peronista*, Lumière, Buenos Aires, 2006, pp. 209-211.

[3] L. Zanatta, “Il populismo. Sul nucleo forte di un’ideologia debole”, *Polis*, año XVI, nº 2, agosto de 2002, pp. 263-292.

[4] AMREI, Arpesani a Sforza, 22 de febrero de 1949.

[5] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 8 de marzo de 1949.

[6] ARGRE, H. Villanueva, agregado cultural en Colombia, a

Ramón del Río, 17 de enero de 1949; C. R. Desmaras, embajador en México, a M. Tello, 4 de febrero de 1949.

[7] "Out of hand?", *Time*, 14 de febrero de 1949.

[8] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005, pp. 244-245.

[9] AMRES, Areilza a Artajo, 7 de febrero de 1949. 10

[10] AMREB, Almeida a Fernandes, 14 de marzo de 1949.

[11] AMRES, Areilza a Artajo, 14 de marzo de 1949.

[12] *Ibidem*.

[13] AMREC, Vergara a Ministro, 19 de febrero de 1949.

[14] AMRES, Areilza a Artajo, 21 de febrero de 1949.

[15] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*. Tomo I: *Testimonios para su historia*, Galerna, Buenos Aires, 1970, pp. 214-215; AMRES, Areilza a Artajo, 14 de marzo de 1949.

[16] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 18 de junio de 1949.

[17] AMREB, Almeida a Fernandes, 21 de junio de 1949.

[18] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 27 de julio de 1949.

[19] AMREF, Rodríguez Araya a Perón, manuscrito; copia, junio de 1949.

[20] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 27 de julio de 1949.

[21] R. Rodríguez, "Frente al mar… Arte, industria, espectáculo y política en el primer festival de cine argentino, Mar del Plata, 1948", en C. Panella (compilador), *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial*, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 2007, pp. 129-153.

[22] AMRES, Areilza a Artajo, 25 de febrero de 1949.

[23] F. J. Pestanha, "Del silencio a la resistencia", www.elortiba.org.

[24] D. A. Mercante, *Mercante: el corazón de Perón*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1995, pp. 127-136; M. Blanco, "Peronismo, mercantismo y política agraria en la provincia de Buenos Aires (1946-55)", *Mundo Agrario*, vol. 1, nº 2, enerojunio de 2001; AMREF, Monmayou a Ministre, 1º de diciembre de 1949.

[25] C. P. Barry, "El partido peronista femenino: la gestación política y legal", *Nuevo Mundo*, 2008.

[26] AMREC, Vergara a Ministro, 1º de agosto de 1949.

[27] M. Mackinnon, *Los años formativos del partido peronista (1946-1950)*, Instituto Di Tella/Siglo XXI Argentina, Buenos Aires, 2002.

[28] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 214-215.

[29] R. Correa, E. Torino, M. E. Frutos, C. Abrahán, "Conflictos, alianzas sociales y etapas en el proceso de formación del peronismo salteño entre 1946 y 1949", *Revista 3 Escuela de Historia*, año 3, vol. 1, nº 3, 2004.

[30] C. P. Barry, *Evita Capitana. El partido peronista femenino, 1949-1955*, Eduntref, Buenos Aires, 2009.

[31] C. P. Barry, "El partido peronista femenino: la gestación política y legal", citado.

[32] C. P. Barry, *Evita Capitana,* citado; H. Gambini, *Historia del peronismo*, 2 tomos, Planeta, Buenos Aires, 1999-2001, t. 1, p. 110.

[33] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, El Ateneo, Buenos Aires, 2005, p. 471.

[34] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 8 de febrero de 1949.

[35] AMREI, Arpesani a Sforza, 22 de febrero de 1949; AMREB, Almeida a Fernandes, 24 de febrero de 1949.

[36]"Comeback?", *Time*, 14 de marzo de 1949; "Riding high", *Time*, 21 de marzo de 1949.

[37]A. Dujovne Ortiz, *Eva Perón. La biografía*, El País-Aguilar, Madrid, 1996.

[38]R. Correa, E. Torino, M. E. Frutos, C. Abrahán, "Conflictos, alianzas sociales y etapas en el proceso de formación del peronismo salteño entre 1946 y 1949", citado.

[39] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 214-215.

[40] M. Ezcurra, "Influencia del trabajo de la mujer en la familia argentina", en Cuarta Semana Nacional de Estudios Sociales, organizada por la Acción Católica Argentina, Buenos Aires, 1949 (del 22 al 29 de mayo), *Restauración social de la familia argentina*, publicación de la Junta Central de la Acción Católica Argentina, Buenos Aires, 1950, pp. 127-136.

[41] AMREI, Arpesani a Sforza, 22 de febrero de 1949.

[42] AMREB, Almeida a Fernandes, 24 de febrero de 1949.

[43] AMREC, Vergara a Ministro, 3 de marzo de 1949.

[44]N. Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, CEAL, Buenos Aires, 1990, pp. 87-94.

[45]P. Hand, "'This is not a place for delicate or nervous or impatient diplomats': the Irish Legation in Perón's Argentina (1948-55)", *Irish Studies in International Affairs*, vol. 16, 2005.

[46] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 15 de julio de 1949; H. Gambini, *La primera presidencia de Perón. Testimonios y documentos*, CEAL, Buenos Aires, 1985, pp. 106-108.

[47] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, Ariel, Buenos Aires, 1993,

p. 336.

[48]N. Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, CEAL, Buenos Aires 1990, pp. 35-47.

[49]AMREF, Georges-Picot a Ministre, 25 de marzo de 1949.

[50]O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 216-217.

[51]AMREB, Almeida a Fernandes, 1º de junio de 1949.

[52]*Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Buenos Aires*, abril de 1949, p. 126; L. D. Bell, *The Jews and Perón: communal politics and national identity in peronist Argentina, 1946-1955*, dissertation for the Degree Doctor of Philosophy in the Department of History of The Ohio State University, 2002; N. Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, CEAL, Buenos Aires, 1990, pp. 109-118; P. Santos Martínez, *La Nueva Argentina, 1946-1955*, 2 tomos, Astrea, Buenos Aires, 1976, p. 95.

[53] AMREB, Almeida a Fernandes, 18 de julio de 1949; F. Luna, *Perón y su tiempo. I. La Argentina era una fiesta, 1946-1949*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984, pp. 427-431.

[54]*Diario de Cuyo*, 11 de abril de 1949.

[55] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, pp. 215-255.

[56] Senado de la Nación, *Pensamiento cristiano y democrático de monseñor de Andrea*, segunda edición, Imprenta del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 1965, pp. 190-192.

[57] Libro de Actas de la Junta Central de la Acción Católica Argentina, 13 de septiembre de 1949; AMREC, Vergara a Ministro, 22 de septiembre de 1949.

[58] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 5 de agosto de 1949.

[59]AMREF, Georges-Picot a Ministre, 31 de agosto de 1949; 8 de septiembre de 1949.

[60] R. Longoni, V. Galcerán, J. C. Molteni, “La infraestructura para la salud pública en la provincia de Buenos Aires (1946-1952)”, en C. Panella (compilador), *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial*, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 2007, pp. 77-106; M. Navarro, “Evita”, en *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, director J. C. Torre, Sudamericana, Buenos Aires, 2002, pp. 237-265.

[61] AMREB, Almeida a Fernandes, 24 de febrero de 1949; AMREF, Georges-Picot a Ministre, 8 de marzo de 1949.

[62] AMRES, Areilza a Artajo, 21 de febrero de 1949.

[63] *Revista Militar*, mayo de 1949, pp. 694-695; *Revista del*

Suboficial, abril de 1949, pp. 3-24.

[64]AMREB, Embaixador a Ministro, 17 de marzo de 1949.

[65] AMRE S, Areilza a Artajo, 14 de marzo de 1949; AMREF, Georges-Picot a Ministre, 25 de marzo de 1949; R. A. Potash, *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962. De Perón a Frondizi*, Sudamericana, Buenos Aires, 1981, pp-136-143.

[66] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 25 de marzo de 1949.

[67] AMREC, Vergara a Ministro, 22 de septiembre de 1949.

[68] ARGRE, Accame a Bramuglia, 27 de marzo de 1949; Prato a Perón, 25 de julio de 1949.

[69] *Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Rosario*, junio de 1949, pp. 123-124.

[70] ARGRE, Accame a Bramuglia, 7 de junio de 1949; Prato a Perón, 25 de julio de 1949.

[71]ARGRE, Accame a Bramuglia, 13 de agosto de 1949.

[72]AMREF, Georges-Picot a Ministre, 8 de abril de 1949.

[73] C. P. Barry, *La actividad religiosa en los hogares de tránsito de la Fundación Eva Perón: las Hermanas del Huerto*, VIII Jornadas de Historia de la Iglesia, Buenos Aires, 2004.

[74] M. Gazzera, "Peronismo, generador de cultura", *Revistas Peronistas*, nº 4, 2007.

[75] H. Cucchetti, *Religión y política en Argentina y en Mendoza (1943-1955): lo religioso en el primer peronismo*, Ceil-Piette, Informe de Investigación nº 16, diciembre de 1995, Buenos Aires.

[76] A. Viguera, "El primero de mayo en Buenos Aires, 1890-1950: evolución y usos de una tradición", *Boletín del Instituto de Historia Americana y Argentina "Dr. E. Ravignani"*, tercera serie, nº 3, primer semestre de 1991, pp. 76-77; AMRES, Areilza a Artajo, 2 de mayo de 1949.

[77] James Bruce Papers, Miscellaneous, 1947-1949, 8 noviembre de 1948 ca.

[78] R. Aboy, "La vivienda social en Buenos Aires en la segunda posguerra (19461955)", *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, vol. VII, nº 146, agosto de 2003; AMREB, Embaixador a Ministro, 24 de octubre de 1947.

[79] *Ibidem.*

[80] N. Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, CEAL, Buenos Aires, 1990, pp. 87-94.

[81] M. Navarro, "Evita", en *Nueva historia argentina.* Tomo 8: *Los años peronistas*, citado, pp. 217-235.

[82] H. Benítez, *La Argentina de ayer y de hoy*, Subsecretaría de Información de la Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 1950.

[83] D. James, “17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”, en J. C. Torre (compilador), *El 17 de octubre de 1945*, Ariel, Buenos Aires, 1995, pp. 105-106; M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, pp. 120-122.

[84] S. Bianchi - N. Sanchís, *El partido peronista femenino*, CEAL, Buenos Aires, 1988, pp. 68-74.

[85] C. P. Barry, *El partido peronista femenino, 1949-1955*, citado; S. Bianchi - N. Sanchís, *El partido peronista femenino*, citado, pp. 68-74.

[86] M. Navarro, “Evita”, en *Nueva historia argentina.* Tomo 8: *Los años peronistas*, citado.

[87] C. P. Barry, “El partido peronista femenino: la gestación política y legal”, citado.

[88] ARGRE, Embajada en México a Bramuglia, 6 de mayo de 1949.

[89]ARGRE, Rizzo Baratta, agregado de prensa en Chile, a López Muñiz, 6 de octubre de 1949; Embajada en México a Bramuglia, 6 de mayo de 1949.

[90]AMREB, Embaixador a Ministro, 11 de mayo de 1949.

[91]J. Paradiso, “Vicisitudes de una política exterior independiente”, en *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, director J. C. Torre, Sudamericana, Buenos Aires, 2002, pp. 523-572.

[92]F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 1, citado, p. 242.

[93]R. Rein, *Juan Atilio Bramuglia*, citado, p. 143.

[94] AMREB, Almeida a Fernandes, 16 de agosto de 1949.

[95]AMREI, Arpesani a Sforza, 18 de agosto de 1949.

[96]AMREC, Vergara a Ministro, 28 de mayo de 1949.

[97] H. J. Paz, *Memorias. Vida pública y privada de un argentino en el siglo XX*, Planeta, Buenos Aires, 1999, pp. 156-157.

[98] R. Rein, *Juan Atilio Bramuglia*, citado, pp. 209-211.

[99] AMREF, Georges-Picot a Bramuglia, 1º de julio de 1949.

[100] AMREB, Almeida a Fernandes, 16 de agosto de 1949.

[101] AMREI, Arpesani a Sforza, 18 de agosto de 1949.

[102]AMREC, Vergara a Ministro, 5 de septiembre de 1949.

[103]AMREF, Monmayou a Ministre, 10 de septiembre de 1949.

[104]FRUS, Miller a Mallory, 12 de septiembre de 1949; AMREF, Georges-Picot a Ministre, 16 de agosto de 1949.

[105] R. Rein, *Juan Atilio Bramuglia*, citado, pp. 209-211.

[106]AMREF, Monmayou a Ministre, 25 de noviembre de 1949.

[107] AMREI, Arpesani a Sforza, 18 de agosto de 1949.

[108] AMREB, Almeida a Fernandes, 31 de agosto de 1949.

[109]H. J. Paz, *Memorias*, citado, pp. 147-148.

[110]AMREB, Almeida a Fernandes, 19 y 31 de agosto de 1949; H. J. Paz, *Memorias*, citado, pp. 201-207.

[111]H. Gambini, *La primera presidencia de Perón*, citado, p. 69.

[112] AMREI, Arpesani a Sforza, 18 de agosto de 1949.

[113] AMREC, Vergara a Ministro, 5 de septiembre de 1949.

[114] AMREB, Almeida a Fernandes, 31 de agosto de 1949.

[115] AMREC, Vergara a Ministro, 5 de septiembre de 1949.

[1] C. A. Becker, *Domingo A. Mercante. A democrat in the shadow of Perón and Evita*, XLibris, Philadelphia, 2005; C. P. Barry, *Evita Capitana. El partido peronista femenino, 1949-1955*, Eduntref, Buenos Aires, 2009.

[2] AMREC, Vergara a Ministro, ca. enero de 1950.

[3] AMREC, Vergara a Ministro, ca. enero de 1950.

[4] *Ibidem*; AMREF, Monmayou a Ministre, 3 de enero de 1950.

[5] AMREF, Monmayou a Ministre, 5 de enero de 1950.

[6] D. Quattrocchi-Woisson, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1995, pp. 272-274.

[7] H. Cucchetti, *Religión y política en Argentina y en Mendoza (1943-1955): lo religioso en el primer peronismo*, Ceil-Piette, Informe de Investigación nº 16, diciembre, 1995, Buenos Aires.

[8] *Revista Militar*, julio de 1950, pp. 981-982.

[9] *El Pueblo*, 17 de marzo de 1950.

[10] *San Martín. Revista del Instituto Nacional Sanmartiniano*, nº 29, enero-marzo de 1952, pp. 140-143.

[11] *Ibidem*, nº 28, abril-junio de 1950.

[12] M. Cichero, *Cartas peligrosas. La apasionada discusión entre Juan Domingo Perón y el padre Hernán Benítez*, Planeta, Buenos Aires, 1992, pp. 32-43.

[13] AMREC, Vergara a Ministro, 24 de junio de 1950.

[14] AMREC, Vergara a Ministro, 15 de mayo de 1950.

[15] *Ibidem*, 27 de julio de 1950.

[16] F. Luna, *Perón y su tiempo. II. La comunidad organizada, 1950-1952*, Sudamericana, Buenos Aires, 1985, pp. 16-17; AMREF, Georges-Picot a Ministre, 18 de agosto de 1950.

[17] AMREB, Almeida a Fernandes, 23 de agosto de 1950.

[18] T. Frisch-Soto, “Mujer y partidos políticos en Latinoamérica. El caso del partido peronista femenino (PPF), 1949-1955”, *Investigaciones Sociales*, año x, nº 16, 2007, pp. 419-434.

[19] C. P. Barry, “El partido peronista femenino: la gestación política y legal”, *Nuevo Mundo*, 2008.

[20] Congreso de la Nación, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, t. iv, pp. 4290-4294.

[31] AMREC, Vergara a Ministro, 21 de octubre de 1949.

[22] D. A. Mercante, *Mercante: el corazón de Perón*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1995, pp. 127-136.

[23] J. Llistosella, *La Marcha Peronista. El enigma de su origen, la*

resolución del misterio y el papel decisivo de Evita en esta historia, Sudamericana, Buenos Aires, 2008, p. 22.

[24] M. Navarro, *Evita*, Planeta, Buenos Aires, 1997, pp. 217-235.

[25] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, Ariel, Buenos Aires, 1993, pp. 160-161.

[26] C. A. Becker, *Domingo A. Mercante*, citado, pp. 235-237.

[27] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[28] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, pp. 215-255.

[29] M. Pedetta, "Los casinos en la costa atlántica entre la nación y la provincia. Disputas por el botín, 1944-1950", en C. Panella (compilador), *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial*, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 2007, p. 126.

[30] R. Rein, *La salvación de una dictadura. Alianza Franco-Perón, 1946-1955*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1995, pp. 202-203; AMREI, Arpesani a Sforza, enero de 1950.

[31] AMREF, Monmayou a Ministre, 21 de diciembre de 1949.

[32] AMRES, Areilza a Artajo, 23 de noviembre y 1º de diciembre de 1949.

[33] R. Correa - S. Quintana, "Crisis y transición en la organización del partido peronista salteño. Del comité a las unidades básicas (1949-1952)", *Revista 4 Escuela de Historia*, año 4, vol. 1, nº 4, 2005.

[34] AMRES, Areilza a Artajo, 26 de noviembre y 2 de diciembre de 1949.

[35] *El Pueblo*, 30 de abril de 1950.

[36] FRUS, Mallory to Secretary of State, 1º de marzo de 1950.

[37] D. James, "17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina", en J. C. Torre (compilador), *El 17 de octubre de 1945*, Ariel, Buenos Aires, 1995, pp. 105-106.

[38] T. Frisch-Soto, "Mujer y partidos políticos en Latinoamérica", citado.

[39] "Discurso pronunciado por la señora Eva Perón el día 4 de mayo del año del Libertador General San Martín, 1950, con motivo del almuerzo ofrecido en su honor por el Partido Peronista Femenino", en E. Perón, *Mensajes y discursos*, Fundación de Investigaciones Históricas Evita Perón, Buenos Aires, 1999.

[40] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[41] *Ibidem.*

[42] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón.* Tomo I: *Testimonios para su historia*, Galerna, Buenos Aires, 1970, pp. 218-219.

[43] C. Escudé, "Un enigma: la 'irracionalidad' argentina frente a la segunda guerra mundial", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, t. 6, nº 2, julio-diciembre de 1995.

[44] H. Cucchetti, *Religión y política en Argentina y en Mendoza (1943-1955)*, citado.

[45] AMREC, Vergara a Ministro, 24 de junio de 1950.

[46] "Eva Perón denuncia el sabotaje en la Administración Nacional", *La Época*, 24 de marzo de 1950.

[47] AMREB, Embaixador a Ministro, 29 de marzo de 1950; O. H. Aelo, "Formación y crisis de una elite dirigente en el peronismo bonaerense, 1946-1951", en J. C. Melón Pirro - N. Quiroga (editores), *El peronismo bonaerense: partido y prácticas políticas, 1946-1955*, Suárez, Mar del Plata, 2006, pp. 15-42.

[48] AMREF, Monmayou a Ministre, 19 de mayo de 1950.

[49] *Ibidem*, 28 de octubre de 1949.

[50] *Ibidem*, 9 de noviembre de 1949.

[51] M. Goldwert, *Democracy, Militarism, and Nationalism in Argentina, 1930-1966. An interpretation*, Texas University Press, Austin, 1972, p. 111; AMREI, Arpesani a Sforza, enero de 1950.

[52] AMREI, Arpesani a Sforza, enero de 1950.

[53] AMREF, Confidentiel, ca. enero de 1950.

[54] AMREF, Monmayou a Ministre, 9 de noviembre y 21 de diciembre de 1949.

[55] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, pp. 215-255.

[56] AMREB, Embaixador a Fernandes, 8 de diciembre de 1949.

[57] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[58] AMREF, Monmayou a Ministre, 10 de diciembre de 1949.

[59] *La Época*, 27 de diciembre de 1949.

[60] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[61] AMREF, Monmayou a Ministre, 21 de diciembre de 1949.

[62] FRUS, Griffis a Truman, 1º de marzo de 1950.

[63] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 10 de febrero de 1950.

[64] H. J. Paz, *Memorias. Vida pública y privada de un argentino en el siglo XX*, Planeta, Buenos Aires, 1999, p. 155; AMREF, Monmayou a Ministre, 19 de mayo de 1950.

[65] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 3 de marzo de 1950; FRUS, Memorandum of conversation by Mr. Clarence E. Birgfeld of the Division of East Coast Affairs, 5 de junio de 1950.

[66] C. A. Becker, *Domingo A. Mercante*, citado, pp. 251-258; N.

Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, CEAL, Buenos Aires, 1990, pp. 35-47.

[67] AESF (Archivo Eclesiástico de la Arquidiócesis de Santa Fe), Actas de la Asamblea Plenaria del Venerable Episcopado Argentino, 19 de octubre de 1949.

[68] AMREB, Embaixador a Ministro, 21 de diciembre de 1949.

[69] L. M. Caimari, *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Ariel, Buenos Aires, 1995, pp. 220-229; AMREF, Monmayou a Ministre, 26 de diciembre de 1949.

[70] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 242; *El Pueblo*, 6 de mayo de 1950.

[71] "Recibió la Cámara de Diputados al presidente del Parlamento israelita", *La Prensa*, 3 de junio de 1950.

[72] AMREF, Ernoul de la Chenelière (attaché militaire, navale et de l'air) a Service de Renseignements, 24 de mayo de 1950; AMREC, Vergara a Ministro, 26 de mayo de 1950.

[73] AGE, legajos personales, tcnel. capellán Roberto Antonio Wilkinson, nº 14.812.

[74] AMREB, Almeida a Fernandes, 29 de junio de 1950.

[75] I. Miles, "¿Tercera posición o socialismo?", *Criterio*, 11 de mayo de 1950.

[76] *Boletín Eclesiástico de la Arquidiócesis de Paraná*, julio-agosto de 1950, p. 91; AMREC, Vergara a Ministro, 26 de mayo de 1950.

[77] AMREF, Monmayou a Ministre, 2 de junio de 1950.

[78] AMREF, Monmayou a Ministre, 2 de junio de 1950; Senado de la Nación, *Pensamiento cristiano y democrático de monseñor De Andrea*, segunda edición, Imprenta del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 1965, pp. 190-192.

[79] AMREI, Ambasciata presso Santa Sede a Ministro, 22 de abril de 1950.

[80] AMREF, D'Ormesson a Ministre, 6 de enero de 1950.

[81] *El Pueblo*, 13 de enero de 1950.

[82] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 3 de febrero de 1950.

[83] R. Rein, *Argentina, Israel, and the Jews. Perón, the Eichmann capture and after*, University Press of Maryland, Bethesda, 2003, pp. 75-78, pp. 91-105; *American Jewish Yearbook*, t. 52, 1951.

[84] AMNEP, Legação a Ministro, 3 de junio de 1950.

[85] R. Rein, *Argentina, Israel, and the Jews*, citado, pp. 103-105.

[86] N. Tweedie, "Evita, the 'egomaniac star of her own political pantomime'", *Telegraph*, 19 de junio de 2001.

[87] ARGRE, Arriola a Paz, 19 de octubre de 1949.

[88] R. Rein, *Juan Atilio Bramuglia. Bajo la sombra del líder. La segunda línea de liderazgo peronista*, Lumiere, Buenos Aires, 2006, pp. 221-222.

[89] AMREF, Monmayou a Ministre, 28 de octubre y 9 de noviembre de 1949.

[90] AMREP, Veiga a Ministro, 4 de noviembre de 1949.

[91] AMREF, Monmayou a Ministre, 1º de diciembre de 1949, 5 y 10 de enero de 1950.

[92] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 17 de febrero de 1950.

[93] ARGRE, Arriola a Paz, 31 de enero de 1950.

[94] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 24 de febrero de 1950.

[95*] En el original, "… que viaja a Canossa", por referencia a la claudicación del papa Gregorio VII ante el emperador germánico Enrique IV en el año 1077, episodio de la llamada "querella de las Investiduras". [T.]

[96] FRUS, Mallory to Secretary of State, 1º de marzo de 1950.

[97] J. van der Karr, *Perón y los Estados Unidos*, Vinciguerra, Buenos Aires, 1990, pp. 217-219.

[98] G. J. Dorn, *Peronists and New Dealers. U.S. - Argentine rivalry and the Western Hemisphere (1946-1950)*, University Press of the South, New Orleans, 2005, p. 290.

[99] "El Primer Magistrado habló con periodistas de los Estados Unidos", *La Prensa*, 29 de marzo de 1950; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 242.

[100] ARGRE, Arriola a Paz, 19 de octubre de 1949.

[101] AMREC, Rousselot, embajador en Quito, a Ministro, 7 de noviembre de 1949.

[102] AMREC, Embajador a Ministro, 28 de enero de 1950.

[103] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 27 de enero de 1949.

[104] AMREC, Vergara a Ministro, 8 de noviembre de 1949.

[105] R. Rein, *La salvación de una dictadura*, citado, pp. 202-203; AMREC, Vergara a Ministro, 5 de septiembre de 1949.

[106] ARGRE, Crespi, Encargado de Negocios en Honduras, a Paz, 10 de mayo de 1950.

[107] FRUS, Mallory to Secretary of State, 1º de marzo de 1950; AMNEP, Legação a Ministro, 28 de marzo de 1950; AMRES, D. G. de Política Exterior, 16 de julio de 1950.

[108] FRUS, Griffis a Truman, 1º de marzo de 1950.

[109] AMREF, Monmayou a Ministre, 13 de enero de 1950.

[110] N. Castro, *Los últimos días de Eva. Historia de un engaño*, Vergara, Buenos Aires, 2007, pp. 30-33.

[111] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 242;

AMREF, Monmayou a Ministre, 12 de mayo de 1950; AMREC, Vergara a Ministro, 15 de mayo de 1950.

112 F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 2, citado, pp. 97-107.

113 O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 239.

114 AMREC, Vergara a Ministro, 9 de marzo de 1950.

115 C. A. Becker, *Domingo A. Mercante*, citado, pp. 282-286.

116 D. A. Mercante, *Mercante: el corazón de Perón*, citado, pp. 139-142.

117 O. H. Aelo, "Formación y crisis de una elite dirigente en el peronismo bonaerense", citado.

118 AMREB, Almeida a Fernandes, conf. 267/641, 7 y 9 de mayo de 1950.

119 O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 242.

120 "Discurso pronunciado por la señora Eva Perón el día 4 de mayo del año del Libertador General San Martín, 1950", citado; S. Bianchi - N. Sanchís, *El partido peronista femenino*, CEAL, Buenos Aires, 1988, pp. 57-65.

121 F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 2, citado, pp. 97-107.

122 C. A. Becker, *Domingo A. Mercante*, citado, pp. 282-286.

123 M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 267-297.

124 AMREF, Monmayou a Ministre, 19 de mayo de 1950.

125 G. Iglesias, "Una visión descarnada sobre Eva Perón", *La Nación*, 4 de enero de 2001.

126 O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 243-244; AMREC, Vergara a Ministro, 24 de junio de 1950.

127 M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, p. 336.

128 AMREC, Vergara a Ministro, 24 de junio de 1950.

129 H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 1, Planeta, Buenos Aires, 1999, pp. 187-202; H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, El Ateneo, Buenos Aires, 2005, p. 473.

Capítulo 10. Tanto poder para nada

1 A. Venturini, *Peña Eva Perón*, Ediciones de la Peña Eva Perón, s/f.

2 AMREF, Georges-Picot a Ministre, 3 de julio de 1950; AMREB, Almeida a Fernandes, 7 de agosto de 1950.

3 S. Sigal, "Intelectuales y peronismo", en *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, director J. C. Torre, Sudamericana, Buenos Aires, 2002, pp. 483-522; F. Fiorucci, *Neither warriors nor prophets: Peronist and Antiperonist*

intellectuals, 1945-1956, PhD/Degree of the University of London, 2002.

[4] Y. A. Leonardi, "Un teatro para los descamisados", *Telón de Fondo. Revista de teoría y crítica teatral*, nº 7, julio de 2008.

[5] Y. A. Leonardi, "Espectáculos y figuras populares en el circuito teatral oficial durante los años peronistas", www.unsam.edu.ar.

[6] F. Luna, *Perón y su tiempo. I. La Argentina era una fiesta, 1946-1949*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984, p. 40; AMREC, Vergara a Ministro, 21 de diciembre de 1950.

[7] F. Luna, *Perón y su tiempo. II. La comunidad organizada, 1950-1952*, Sudamericana, Buenos Aires, 1985, p. 49.

[8] N. Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, CEAL, Buenos Aires, 1990, pp. 109-118.

[9] AMREB, Almeida a Fernandes, 14 de septiembre de 1950.

[10] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005, pp. 279288.

[11] J. Child, *The Politics and Semiotics of Argentine Postage Stamps*, "Maclas, Latin American Essays", t. XVIII, 2005.

[12] J. C. Torre, "Introducción a los años peronistas", en J. C. Torre (compilador) *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, Sudamericana, Buenos Aires, 2002, pp. 13-77.

[13] M. Navarro, *Evita*, Planeta, Buenos Aires, 1997, pp. 237-265.

[14] AMREB, Almeida a Fernandes, 26 de diciembre de 1950.

[15] G. Duby, *Le Moyen Âge. De Hugues Capet à Jeanne D'Arc*, Hachette, París, 1987.

[16] S. L. Baily, *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 1984, p. 128.

[17] W. Little, "La organización obrera y el Estado peronista, 1943-1955", *Desarrollo Económico*, nº 75, octubre-diciembre de 1979, p. 354; AMREB, Embaixador a Ministro, 11 de octubre de 1950.

[18] P. Waldmann, *El peronismo, 1943-1955*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

[19] H. Gambini, *La primera presidencia de Perón. Testimonios y documentos*, CEAL, Buenos Aires, 1985, pp. 36-37; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*. Tomo I: *Testimonios para su historia*, Galerna, Buenos Aires, 1970, p. 248.

[20] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, Ariel, Buenos Aires, 1993, pp. 215-255.

[21] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, El Ateneo, Buenos

Aires, 2005, p. 341.

[22] S. L. Baily, *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, citado, pp. 139-143.

[23] M. Bonasso, *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Planeta, Buenos Aires, 1997, p. 69.

[24] N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, André Deutsch, Londres, 1980, pp. 140141; H. Gambini, *Historia del peronismo*, Planeta, Buenos Aires, 1999-2001, t. 1, pp. 187-202; AMREB, Embaixador a Ministro, 3 de enero de 1951.

[25] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 19 de enero de 1951.

[26] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 5 de enero de 1951.

[27] "Discurso pronunciado por S.E. el señor ministro secretario de Estado de Defensa Nacional, general de división D. Humberto Sosa Molina", *Revista del Suboficial*, agosto de 1950, pp. 99-101.

[28] J. D. Perón, *Discursos del general Perón a los militares argentinos, 1946-1951*, Ediciones Realidad Política, Buenos Aires, 1984, pp. 143-149; R. A. Potash, *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962. De Perón a Frondizi*, Sudamericana, Buenos Aires, 1981, p. 169; O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 297-299.

[29] M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 267-297.

[30] AMREC, Vergara a Ministro, 7 de julio de 1950.

[31] *El Pueblo*, 5 y 16 de diciembre de 1950.

[32] *Revista Eclesiástica de la Arquidiócesis de Rosario*, septiembre-octubre de 1950, p. 170.

[33] AESF, Nicolás de Carlo, Tema para la Asamblea Episcopal de 1950.

[34] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, pp. 125-126; S. Pini, "Las fotos ocultas de Evita", *La Quinta Pata*, 29 de octubre de 2008.

[35] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 27 de octubre de 1950.

[36] AMNEP, Legação a Ministro, 23 de octubre de 1950.

[37] C. P. Barry, *La actividad religiosa en los hogares de tránsito de la Fundación Eva Perón: las Hermanas del Huerto*, VIII Jornadas de Historia de la Iglesia, Buenos Aires, 2004; AMREB, Embaixador a Ministro, 14 de noviembre de 1950.

[38] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 9 de noviembre de 1950.

[39] F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 2, citado, pp. 97-107.

[40] AMRES, Instituto de Cultura Hispánica, Pedro Ara a Director, 29 de octubre de 1950.

[41] AMREC, Vergara a Ministro, 30 de octubre de 1950.

[42] AMREI, Arpesani a Ministro, 6 de noviembre de 1950.

[43] ARGRE, Memorándum secreto nº 151 para información de S.E. el señor ministro de Relaciones Exteriores y Culto, Dr. Hipólito J. Paz, 4 de diciembre de 1950.

[44] AMREC, Vergara a Ministro, 30 de octubre de 1950.

[45] AMRES, Instituto de Cultura Hispánica, Pedro Ara a Director, 29 de octubre de 1950.

[46] H. J. Paz, *Memorias. Vida pública y privada de un argentino en el siglo XX*, Planeta, Buenos Aires, 1999, p. 193; AMREF, Ambassadeur a Ministre, 20 de diciembre de 1954.

[47] AMREF, Consul de France à Rosario a Georges-Picot, 30 de octubre de 1950.

[48] AMREI, Console a Rosario a Ministro, 21 de noviembre de 1950.

[49] H. Benítez, "Perón y el catolicismo", *El Pueblo*, 25 de noviembre de 1950.

[50] M. Cichero, *Cartas peligrosas. La apasionada discusión entre Juan Domingo Perón y el padre Hernán Benítez*, Planeta, Buenos Aires, 1992; AMRES, Instituto de Cultura Hispánica, Pedro Ara a Director, 29 de octubre de 1950.

[51] AMREC, Vergara a Ministro, 7 de noviembre de 1950.

[52] AMREF, Consul de France à Rosario a Georges-Picot, 30 de octubre de 1950.

[53] F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 2, citado, pp. 97-107.

[54] M. García Sebastiani, "Peronismo y oposición política en el Parlamento argentino. La dimensión del conflicto con la Unión Cívica Radical (1946-1951)", *Revista de Indias*, 2001, vol. lxi, nº 221, pp. 27-66.

[55] R. Correa - S. Quintana, "Crisis y transición en la organización del partido peronista salteño. Del comité a las unidades básicas (1949-1952)", *Revista 4 Escuela de Historia*, año 4, vol. 1, nº 4, 2005.

[56] C. P. Barry, *Evita Capitana. El partido peronista femenino, 1949-1955*, Eduntref, Buenos Aires, 2009.

[57] R. Correa - S. Quintana, "Crisis y transición en la organización del partido peronista salteño", citado.

[58] AMREC, Vergara a Ministro, 8 de febrero de 1951.

[59] F. Pigna, "Murió Jorge Antonio", entrevista realizada en enero de 2004, www. lagazeta.com.ar.

[60] V. Pichel (compilador), *Evita. Testimonios vivos*, Corregidor, Buenos Aires, 1996, pp. 49-50.

[61] AMRES, Navasques a Ministro, 28 de octubre de 1950.

[62] AMREB, Fernandes a Almeida, 9 de agosto de 1950.

[63] AMNEP, Legação a Ministro, 9 de diciembre de 1950.

[64] L. Zanatta, “Bolivia, Perón y la guerra fría, 1943-1954. Auge y declinación de la Tercera Posición”, *Desarrollo Económico*, nº 177, abril-junio de 2005.

[65] AMREC, Vergara a Ministro, 17 de noviembre de 1950; AMREB, Embaixador a Ministro, 22 de noviembre de 1950; D. W. Bray, “Peronism in Chile”, *The Hispanic American Historical Review*, vol. 47, nº 1, febrero de 1967, p. 39.

[66] AMREC, Cónsul en Neuquén a Ministro, 25 de noviembre de 1950.

[67] AMREC, Vergara a Ministro, 23 de agosto de 1950; AMREB, Almeida a Fernandes, 14 de septiembre de 1950.

[68] AMREC, Vergara a Ministro, 28 de septiembre y 19 de diciembre de 1950.

[69] FRUS, Miller to Tittmann (ambassador in Perú), 5 de noviembre de 1951.

[70] AMREC, Vergara a Ministro, 24 de enero de 1951.

[71] *Ibidem*, 24 de febrero de 1951.

[72] AMREB, Embaixador a Ministro, 31 de enero y 21 de febrero de 1951.

[73] ARGRE, Versión taquigráfica de la conferencia de prensa dictada por el señor Luis N. Morones, 30 de diciembre de 1950.

[74] AMREC, Vergara a Ministro, 7 de septiembre de 1950.

[75] AMREB, Almeida a Fernandes, 14 de septiembre de 1950.

[76] AESF, Mañé a Fasolino, 2 de noviembre de 1950.

[77] ARGRE, Etchecopar a Paz, 17 de noviembre de 1950.

[78] AMREI, Ambasciata in Spagna a Ministro, 24 de noviembre de 1950.

Capítulo 11. Eva, la (vice) presidente

[1] D. A. Mercante, *Mercante: el corazón de Perón*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1995, p. 149.

[2] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*. Tomo I: *Testimonios para su historia*, Galerna, Buenos Aires, 1970, p. 251.

[3] E. J. Maceira, *“La Prensa” que he vivido*, Dunken, Buenos Aires, 2004, pp. 55-57.

[4] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 249-250; F. Luna, *Perón y su tiempo. II. La comunidad organizada, 1950-1952*, Sudamericana, Buenos Aires, 1985, pp. 25-26.

[5] AMREI, Casardi a Sforza, 26 de marzo de 1951.

[6] AMREF, Tunis a Ministre, 2 de marzo de 1951.

[7] “A matter of respect”, *Time*, 1950.

[8] D. A. Mercante, *Mercante: el corazón de Perón*, citado, pp. 144-145.

[9] W. Little, “La organización obrera y el Estado peronista, 1943-1955”, *Desarrollo Económico*, nº 75, octubre-diciembre de 1979, p. 354; F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 2, citado, p. 62.

[10] J. van der Karr, *Perón y los Estados Unidos*, Vinciguerra, Buenos Aires, 1990, p. 221.

[11§] En español en el original. [T.]

[12] AMNEP, Legação a Ministro, 27 de agosto de 1951.

[13] G. Eichoff, “El 17 de octubre al revés: la desmovilización del pueblo peronista por medio del renunciamiento de Eva Perón”, *Desarrollo Económico*, vol. 36, nº 142, julio-septiembre de 1996.

[14] AMREC, Vergara a Ministro, conf. 100/15, 8 de febrero de 1951.

[15] G. Eichoff, “El 17 de octubre al revés”, citado.

[16] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 251-252; C. P. Barry, *Evita Capitana. El partido peronista femenino, 1949-1955*, Eduntref, Buenos Aires, 2009; *Democracia*, 21 de febrero de 1951.

[17] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[18] M. Navarro, *Evita*, Planeta, Buenos Aires, 1997, pp. 267-297; H. Gambini, *Historia del peronismo*, 2 tomos, Planeta, Buenos Aires, 1999-2001, p. 16.

[19] AMREB, Embaixador a Neves da Fontoura, 22 de marzo de 1951.

[20] AMREC, Vergara a Ministro, 27 de marzo de 1951.

[21] H. Benítez, “Eva Perón. In memoriam”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, nº 23, 1952; AMREB, Embaixador a Neves da Fontoura, 22 de marzo de 1951.

[22] AMREB, Embaixador a Lyra, 2 de abril de 1951; AMREC, Vergara a Ministro, 27 de marzo de 1951.

[23] M. Cichero, *Cartas peligrosas. La apasionada discusión entre Juan Domingo Perón y el padre Hernán Benítez*, Planeta, Buenos Aires, 1992, pp. 32-43.

[24] E. Perón, *Historia del peronismo*, Freeland, Buenos Aires, 1971; AMREC, Vergara a Ministro, 2 de abril de 1951.

[25] F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 2, citado, pp. 86-87.

[26] FRUS, Policy statement prepared in the Department of State, 26 de octubre de 1951.

[27] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, El Ateneo, Buenos

Aires, 2005, p. 423.

[28] AMREB, Embaixador a Ministro, conf. 319/650.42, 27 de abril de 1951, 30 de mayo de 1951.

[29] FRUS, Pool (First Secretary) to Secretary of State, Secret 1.319, 6 de marzo de 1951.

[30] H. J. Paz, *Memorias. Vida pública y privada de un argentino en el siglo XX*, Planeta, Buenos Aires, 1999, p. 160; "The problem of Perón", *Time*, 19 de marzo de 1951.

[31] H. J. Paz, *Memorias*, citado, p. 190.

[32] N. Fraser - M. Navarro, *Eva Perón*, André Deutsch, Londres, 1980, p. 143.

[33] H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 2, citado, p. 106.

[34] O. H. Aelo, "Formación y crisis de una elite dirigente en el peronismo bonaerense, 1946-1951", en J. C. Melón Pirro - N. Quiroga (editores), *El peronismo bonaerense: partido y prácticas políticas, 1946-1955*, Suárez, Mar del Plata, 2006; AMREB, Embaixador a Ministro, 16 de julio de 1951.

[35] J. Marcilese, "El Poder Judicial bonaerense en el primer peronismo: de la autonomía a la dependencia", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 18: 2, julio-diciembre de 2007.

[36] C. P. Barry, *Evita Capitana. El partido peronista femenino, 1949-1955*, citado.

[37] M. Navarro, "Evita", en *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, director J. C. Torre, Sudamericana, Buenos Aires, 2002.

[38] G. Eichoff, "El 17 de octubre al revés", citado.

[39] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, Ariel, Buenos Aires, 1993, pp. 215-255.

[40] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 253.

[41] *Ibidem*, p. 256.

[42] AMREB, Embaixador a Lyra, 20 de abril de 1951.

[43] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 17 de mayo de 1951; AMRES, Navasques a Ministro, 15 de junio y 27 de julio de 1951.

[44] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, pp. 335-348.

[45] Cinco siglos después de Isabel la Católica", *Democracia*, 19 de abril de 1951.

[46] AEAP (Archivo Eclesiástico de la Arquidiócesis de Paraná), parroquia de la Concepción del Uruguay a monseñor Guilland, 2 de abril de 1952.

[47] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 255; H. Benítez, *Eva Perón. En la plegaria de su pueblo*, Presidencia de la

Nación, Subsecretaría de Informaciones, Buenos Aires, 1952.

[48] AESF, Benítez de Aldama a monseñor Fasolino, 31 de mayo de 1951; AEAT (Archivo Eclesiástico de la Arquidiócesis de Tucumán), monseñor Barrere a Benítez de Aldama, 5 de junio de 1951.

[49] AMREB, Embaixador a Lyra, 30 de abril y 2 de mayo de 1951.

[50] AMNEP, Legação a Ministro, 27 de agosto de 1951.

[51] Y. A. Leonardi, "Espectáculos y figuras populares en el circuito teatral oficial durante los años peronistas", www.unsam.edu.ar.

[52] J. V. Orona, *La dictadura de Perón*, Buenos Aires, 1970, p. 122.

[53] H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 1, citado, pp. 187-202.

[54] AMREB, Embaixador a Ministro, 30 de mayo de 1951.

[55] mayo de 1951.

[56] M. Bonasso, *El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Planeta, Buenos Aires, 1997, pp. 67-68.

[57] J. Martini, "La inmortalidad", *Literatura Argentina Contemporánea*, 30 de marzo de 1999.

[58] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 11 de mayo de 1951.

[59] AMREB, Embaixador a Ministro, 30 de mayo de 1951.

[60] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 17 de mayo de 1951.

[61] *Ibidem*, 5 de junio de 1951.

[62] J. Jawtuschenko, "La octava maravilla", *Página/12*, 10 de octubre de 2004.

[63] AMREC, Vergara a Ministro, 18 de junio de 1951.

[64] *Libro histórico del Colegio Militar*, año 1951.

[65] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 16 de junio de 1951; AMREB, Embaixador a Ministro, 16 de julio de 1951.

[66] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 256-257.

[67] AMREB, Embaixador a Neves da Fontoura, 16 de junio de 1951.

[68] M. S. Leoni, "Los Territorios Nacionales", Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la nación argentina*, t. VIII, Planeta, Buenos Aires, 2001, pp. 43-76; M. García Sebastiani, "Peronismo y oposición política en el Parlamento argentino. La dimensión del conflicto con la Unión Cívica Radical (1946-1951)", *Revista de Indias*, 2001, vol. lxi, nº 221.

[69] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 29 de junio de 1951.

[70] AMREB, Embaixador a Ministro, 16 de julio de 1951.

[71] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 31 de julio de 1951.

[72] J. M. Castiñeira de Dios, "Campo sur", *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, nº 18, 1951.

[73] AMREC, Vergara a Ministro, 11 de julio de 1951.

[74] *Democracia*, 27 de julio de 1951.

[75] R. Rodríguez - R. Rodríguez, *"Deshonra" o la trama enrejada del cine y la política*, Nuevo Mundo Mundos Nuevos, 2008, http:// nuevomundo.revues. org/25902.

[76] G. Eichoff, "El 17 de octubre al revés", citado.

[77] H. Maceyra, *La segunda presidencia de Perón*, CEAL, Buenos Aires, 1984, pp. 35-40.

[78] G. Eichoff, "El 17 de octubre al revés", citado.

[79] *Ibidem.*

[80] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[81] G. Eichoff, "El 17 de octubre al revés", citado.

[82] AMREB, Embaixador a Ministro, 14 de septiembre de 1951; J. van der Karr, *Perón y los Estados Unidos*, citado; AMNEP, Legação a Ministro, 27 de agosto de 1951.

[83] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 263-264.

[84] F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 2, citado, pp. 183-190.

[85] M. Bonasso, *El presidente que no fue*, citado, pp. 70-71; C. P. Barry, *Evita Capitana. El partido peronista femenino, 1949-1955*, citado.

[86] J. van der Karr, *Perón y los Estados Unidos*, citado, p. 225; AMREI, Arpesani a Ministro, 25 de agosto de 1951.

[87] AMREI, Arpesani a Ministro, 25 de agosto de 1951; AMNEP, Legação a Ministro, 10 de septiembre de 1951.

[88] AMREB, Embaixador a Neves da Fontoura, 14 de septiembre de 1951.

[89] G. Carneiro, *Luzardo, o último caudilho*, Nova Fronteira, Río de Janeiro, 1978.

[90] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, p. 484.

[91] AMNEP, Legação a Ministro, 27 de agosto de 1951.

[92] AMNEP, Legação a Ministro, 10 de septiembre de 1951; G. Eichoff, "El 17 de octubre al revés", citado.

[93] L. M. Caimari, *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Ariel, Buenos Aires, 1995, pp. 229-237.

[94] G. Eichoff, "El 17 de octubre al revés", citado.

[95] G. Eichoff, "El 17 de octubre al revés", citado; R. A. Potash, *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962. De Perón a*

Frondizi, Sudamericana, Buenos Aires, 1981, pp. 185-186; F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 2, citado, pp. 187-190.

[96] A. Rouquié, "Adhesión militar y control político del ejército en el régimen peronista (1946-1955)", *Aportes*, enero de 1971, p. 88.

[97] A. A. Lanusse, *Confesiones de un general*, Planeta, Buenos Aires, 1994, pp. 159-161; M. Sánchez Sorondo, *Memorias (conversaciones con Carlos Payá)*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p. 101.

[98] AMREI, Arpesani a Ministro, 29 de septiembre de 1951.

[99] M. Lonardi, *Mi padre y la Revolución del 55*, Ediciones Cuenca del Plata, Buenos Aires, 1980, pp. 24-25.

[100] J. van der Karr, *Perón y los Estados Unidos*, citado, pp. 226-227.

[101] F. Lucero, *El precio de la lealtad*, Propulsión, Buenos Aires, 1958, p. 41.

[102] F. Pigna, "Murió Jorge Antonio", entrevista realizada en enero de 2004, www. lagazeta.com.ar.

[103] R. A. Potash, *Las Fuerzas Armadas y la era de Perón*, en Torre J. C. (compilador), *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas (1943-1955)*, Sudamericana, Buenos Aires, 2002; M. A. Scenna, *Los militares*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1980, pp. 231-232.

[104] C. Tcach, *Sabattinismo y peronismo. Partidos políticos en Córdoba, 1943-1955*, Sudamericana, Buenos Aires, 1991, p. 187.

[105] AMNEP, Legação a Ministro, 27 de agosto de 1951.

[106] G. Eichoff, "El 17 de octubre al revés", citado.

[107] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005, pp. 289-296.

[108] AMREF, Monmayou a Ministre, 7 de septiembre de 1951.

[109] *Ibidem.*

[110] FRUS, Miller to Bunker, 10 de septiembre de 1951; AMREB, Embaixador a Neves da Fontoura, 14 de septiembre de 1951.

[111] AMREC, Vergara a Ministro, 11 de junio de 1952.

[112] FRUS, Miller to Bunker, 10 de septiembre de 1951.

[113] M. Navarro, "Evita", en *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas*, citado.

[114] J. van der Karr, *Perón y los Estados Unidos*, citado, pp. 226-227.

[115] FRUS, Miller to Bunker, 10 de septiembre de 1951.

[116] C. P. Barry, *Evita Capitana*, citado.

[117] AMREF, Monmayou a Ministre, 7 de septiembre de 1951.

[118] "Los periodistas y su Congreso", *El Pueblo*, 9 de septiembre de 1951.

[119] AMREB, Luzardo a Neves da Fontoura, 24 de septiembre de 1951; D. A. Mercante, *Mercante: el corazón de Perón*, citado, p. 158.

[120] A. Michel, A. Sulca, S. Espinosa, "El Consejo Superior del partido peronista y las elecciones generales del año 1951 en la provincia de Salta", *Revista 5 Escuela de Historia*, año 5, vol. 1, nº 5, 2006; F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 2, citado, pp. 312-313; AMRES, Consulado de España en Córdoba a Ministro, 8 de noviembre de 1951.

[121] J. V. Orona, *La dictadura de Perón*, citado, p. 113.

[122] AMREI, Arpesani a Ministro, 5 de noviembre de 1951.

[123] AMRES, Navasques a Ministro, 28 de septiembre de 1951; AMNEP, Legação a Ministro, 1º de octubre de 1951; R. A. Potash, *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962*, citado, p. 198; AMRES, Aznar a Ministro, 26 de mayo de 1952.

[124] A. O. Olivieri, *Dos veces rebelde. Memorias del contraalmirante Aníbal O. Olivieri, julio 1945-abril 1957*, Ediciones Sigla, Buenos Aires, 1958, p. 39.

[125] AMNEP, Legação a Ministro, 1º de octubre de 1951; H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 2, citado, p. 419.

[126] H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 2, citado, p. 31.

[127] AMNEP, Legação a Ministro, 1º de octubre de 1951.

[128] AMREF, Woliner a Ministre, 21 de enero de 1952.

[129] J. V. Orona, *La dictadura de Perón*, citado, pp. 111-112.

[130] N. Castro, *Los últimos días de Eva. Historia de un engaño*, Vergara, Buenos Aires, 2007, p. 61.

[131] F. Pigna, "Murió Jorge Antonio", citado; A. J. Bianchi Silvestre, "De radical a peronista y 'traidor a la Patria'", www.lomasregional.com.ar; AMREC, Vergara a Ministro, 18 de octubre de 1951.

[132] M. Bonasso, *El presidente que no fue*, citado, pp. 74-77.

[133] AMREC, Vergara a Ministro, 5 de diciembre de 1951.

[134] M. Varela, "Media History in a 'peripheric Modernity': television in Argentina 1951-1969", *Westminster Papers in Communication and Culture*, 4(4), 2007, pp. 84-102.

[135] AMREC, Vergara a Ministro, 5 de diciembre de 1951.

[136] AMNEP, Legação a Ministro, 17 de octubre de 1951.

[137] AMREF, Georges-Picot a Ministre, 18 de octubre de 1951.

[138] F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 2, citado, pp. 204-205; M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 299-319.

[139] AMREC, Vergara a Ministro, 21 de noviembre de 1951.

[140] E. Perón, "Por Perón y su pueblo. El destino de la Patria se decide el 11 de noviembre", *Democracia*, 1º de noviembre de 1951.

[141] V. García Costa, *Alfredo Palacios. Entre el clavel y la espada*, Planeta, Buenos Aires, 1997, p. 316.

[142] H. Gambini, *Historia del peronismo*, citado, t. 2, pp. 20-22.

[143] F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 2, citado, p. 203; AMREP, Rada a Ministro, 22 de febrero de 1952; AMREC, Vergara a Ministro, 29 de febrero de 1952; AMREF, Ambassadeur a Ministre, 10 de marzo de 1952.

[144] M. Navarro, "Evita", en *Nueva historia argentina*. Tomo 8: *Los años peronistas*, citado.

[145] AMNEP, Legação a Ministro, 14 de noviembre de 1951; AMREC, Vergara a Ministro, 22 de noviembre de 1951.

[146] H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 2, citado, pp. 46-47.

[147] *El Pueblo*, 7 y 9 de octubre de 1951; ARGRE, Etchecopar a Remorino, 5 de octubre de 1951.

[148] N. Castro, *Los últimos días de Eva*, citado, pp. 103-106; R. Rein, *Juan Atilio Bramuglia. Bajo la sombra del líder. La segunda línea de liderazgo peronista*, Lumiere, Buenos Aires, 2006, p. 53.

[149] N. Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, CEAL, Buenos Aires, 1990, pp. 141-144.

[150] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 15 de mayo de 1952.

[151] AEAP, Monseñor Guilland a Eva Duarte de Perón, 12 de noviembre de 1951; A. Caro Figueroa, "Recuerdos de la política: Alfonsín, Menem, De la Rúa", www.uces.edu.ar.

[152] C. Escudé, "La traición a los derechos humanos: relaciones argentino-norteamericanas, 1950-1955", *Todo es Historia*, nº 261, mazo de 1989; AMNEP, Legação a Ministro, 13 de junio de 1952.

[153] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, pp. 270-272.

[154] L. M. Caimari, *Perón y la Iglesia católica*, citado, pp. 229-237.

[155] J. A. Page, *Perón. Una biografía*, citado, pp. 300-302.

[156] V. Grinberg Pla, "De las relaciones non sanctas entre el discurso político y el discurso religioso: el caso de Eva Perón", *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, nº 10, enero-junio de 2005.

[157] "Imprimió la nota tierna a la fiesta tradicional", *Democracia*, 26 de diciembre de 1951.

[158] M. Bonasso, *El presidente que no fue*, citado, pp. 74-77.

[159] AMREC, Vergara a Ministro, 11 de junio de 1952.

[160] *Ibidem*, 18 de octubre de 1951; AMNEP, Legação a Ministro, 14 de noviembre de 1951; FRUS, National Intelligence Estimate, probable developments in Argentina, 13 de junio de 1952.

[161] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, pp. 274-281; N. Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, citado, pp. 95-99.

[162] "Imprimió la nota tierna a la fiesta tradicional", *Democracia*, 26 de diciembre de 1951.

[163] N. Galasso, *Discépolo y su época*, Corregidor, Buenos Aires, 1995, pp. 170171.

[164] N. Castro, *Los últimos días de Eva*, citado, pp. 103-106.

[165] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 20 de febrero de 1952.

[166] AMREB, Luzardo a Ministro, 30 de noviembre de 1951.

[167] AMNEP, Legação a Ministro, 10 de enero de 1952; FRUS, Notes of the Secretary of State's Staff Meeting, 20 de marzo de 1952.

[168] N. Castro, *Los últimos días de Eva*, citado, p. 148.

[169] AMREF, Monmayou a Ministre, 30 de noviembre de 1951.

[170] J. Baeza, "Cuando Rácing derrotó a Evita", *Notas de Fútbol*, 14 y 15 de febrero de 2007.

[171] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 20 de febrero de 1952.

[172] C. P. Barry, "Mujeres peronistas: centinelas de la austeridad. Responsabilidad y rol de las mujeres peronistas y las unidades básicas femeninas en la implementación del Plan Económico de Austeridad y el Segundo Plan Quinquenal", www.historiapolitica.com.

[173] N. Ferioli, *La Fundación Eva Perón*, citado, pp. 136-139; M. Navarro, *Evita*, citado, pp. 299-319; M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, citado, pp. 215-299.

[174] AMNEP, Legação a Ministro, 21 de febrero de 1952; AMRES, Embajador a Ministro, 14 de marzo de 1952.

[175] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 20 de febrero de 1952.

[176] H. Vázquez Rial, *Perón, tal vez la historia*, citado, pp. 489-492.

[177] J. V. Orona, *La dictadura de Perón*, citado, p. 134.

[178] F. Luna, *Perón y su tiempo*, t. 2, citado, pp. 261-266.

[179] AMREC, Vergara a Ministro, 5 de mayo de 1952.

[180] "Con entusiasmo fue escuchada la Sra. de Perón", *Clarín*, 2 de mayo de 1952.

[181] O. Borroni - R. Vacca, *La vida de Eva Perón*, citado, p. 281.

[182] AMRES, Aznar a Ministro, 5 de mayo de 1952. fantasma de Eva, quien aquel 4 de junio de la renovación del mando

presidencial llegó a sentarse por un momento, en medio de la emoción generalizada, en el sillón vicepresidencial que tanto había ambicionado.

[183] AMNEP, Legação a Ministro, 5 de junio de 1952.

Capítulo 12. El peronismo de Eva y el pasado que no termina de pasar

[1] AMREP, Bellido a Ministro, 9 de noviembre de 1954.

[2] AMREC, Vergara a Ministro, 11 de junio de 1952.

[3] AMRES, Aznar a Ministro, 28 de abril de 1952.

[4] AMREP, Rada a Ministro, 2 de mayo de 1953.

[5] M. Plotkin, *Mañana es San Perón*, Ariel, Buenos Aires, 1993, pp. 215-255.

[6] M. Cichero, *Cartas peligrosas. La apasionada discusión entre Juan Domingo Perón y el padre Hernán Benítez*, Planeta, Buenos Aires, 1992, p. 118.

[7] H. Gambini, *Historia del peronismo*, 2 tomos, Planeta, Buenos Aires, 1999-2001, t. 2, pp. 58-67.

[8] AMRES, Aznar a Ministro, 13 de septiembre de 1952.

[9] A.M. Valobra, N. Ledesma Prieto, "Algunas consideraciones sobre la política educativa en los gobiernos de Mercante y Aloé, 1946-1955", en C. Panella (compilador), *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1952). Un caso de peronismo provincial*, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 2007, p. 64.

[10] FRUS, Special report prepared by the Psychological Strategy Board, 11 de septiembre de 1953; AMNEP, Legação a Ministro, 17 de noviembre de 1953.

[11] AMREP, Bellido a Ministro, 1º de octubre de 1954.

[12] ARGRE, Bacigalupi, Encargado de Negocios en Bolivia, a Remorino, 1º de noviembre de 1954.

[13] R. A. Potash, *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962. De Perón a Frondizi*, Sudamericana, Buenos Aires, 1981, pp. 206-207; M. Bonasso, *El presidente que no fue*, citado, pp.80-81; H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 2, citado, pp. 58-67.

[14] M. Amadeo, *Ayer, hoy, mañana*, Gure, Buenos Aires, 1956, pp. 27-28.

[15] AMNEP, Legação a Ministro, 10 de abril de 1953; AMRES, Aznar a Ministro, 11 de abril de 1953.

[16] A. O. Olivieri, *Dos veces rebelde. Memorias del contraalmirante Aníbal O. Olivieri, julio 1945-abril 1957*, Ediciones Sigla, Buenos Aires, 1958, pp. 90-93.

[17] AMNEP, Legação a Ministro, 16 de febrero de 1953.

[18] AMRES, Aznar a Ministro, 19 de octubre de 1953.

[19] AMREP, Rada a Ministro, 17 de febrero de 1953.

[20] AMRES, Aznar a Ministro, 20 de febrero de 1953.

[21] "Left Wing movements in South America. General Perón's position", *Time*, 27 de marzo de 1953.

[22] L. Zanatta, "Bolivia, Perón y la guerra fría, 1943-1954. Auge y declinación de la Tercera Posición", *Desarrollo Económico*, nº 177, abril-junio de 2005.

[23] AMNEP, Legação a Ministro, 10 de abril de 1953; *Diário de Notícias*, Porto Alegre, 22 de mayo de 1953.

[24] M. Bonasso, *El presidente que no fue*, citado, pp. 80-81.

[25] "Wobbly Leader", *Time*, 20 de abril de 1953.

[26] J. V. Orona, *La dictadura de Perón*, Buenos Aires, 1970, pp. 171-174.

[27] *Revista Militar*, mayo-junio de 1953, pp. 293-298.

[28] AMREP, Rada a Ministro, 26 de abril de 1953.

[29] FRUS, Special report prepared by the Psychological Strategy Board, 11 de septiembre de 1953.

[30] AMREP, Rada a Ministro, 2 de mayo de 1953.

[31] AMRES, Prat de Nantouillet a Ministro, 29 de mayo de 1953.

[32] H. Gambini, *Historia del peronismo*, t. 2, citado, pp. 111-115; AMRES, Aznar a Ministro, 19 de octubre de 1953.

[33] ARGRE, Cooke a Remorino, 22 de mayo y 6 de junio de 1953.

[34] AMREI, Ambasciata a Ministero, 10 de julio de 1953.

[35] AMNEP, Legação a Ministro, 17 de noviembre de 1951.

[36] "'Peroncito', the Brainwasher", *Time*, 28 de julio de 1952.

[37] AMREC, Vergara a Ministro, 7 de enero de 1953.

[38] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 11 de marzo de 1953; AMNEP, Legação a Ministro, 12 de febrero de 1953.

[39] AMREC, Ríos Gallardo a Ministro, 28 de mayo de 1953; AMNEP, Legação a Ministro, 17 de noviembre de 1953.

[40] "Fue clausurado el Congreso de E. Religiosa", *La Nación*, 15 de octubre de 1953.

[41] "Hace un año", *El Pueblo*, 26 de julio de 1953.

[42] "Coronados de qué?", *La Discussione*, 23 de enero de 1955; AMRES, Castiella a Ministro, 1º de febrero de 1955.

[43] AMREC, Ríos Gallardo a Ministro, 15 de noviembre de 1954; AMREP, Bellido a Ministro, 9 de noviembre de 1953.

[44] J. Mejía, *Historia de una identidad*, Letemendia, Buenos Aires, 2005, p. 32.

[45] AMRES, Aznar a Ministro, 17 de noviembre de 1954; AMREC, Ríos Gallardo a Ministro, 23 de noviembre de 1954.

[46] AMREC, Ríos Gallardo a Ministro, 15 de noviembre de 1954.

[47] AMREC, Ríos Gallardo a Ministro, 23 de noviembre de 1954.

[48] J. V. Orona, *La dictadura de Perón*, citado, p. 205.

[49] AMNEP, Legação a Ministro, 2 de diciembre de 1954.

[50] AMNEP, Xara Brazil a Ministro, 8 de enero de 1955; M. J. Lubertino Beltrán, *Perón y la Iglesia (1943-1955)*, CEAL, Buenos Aires, 1987, p. 109; AMREC, Ríos Gallardo a Ministro, 30 de marzo de 1955.

[51] AMNEP, Legação a Ministro, 16 de diciembre de 1954; AESF, Pro-memoria para los Excmos. Ordinarios de Argentina, diciembre de 1954.

[52] "Perón colocou a CGT nas mãos dos comunistas", *O Globo*, 28 de junio de 1955.

[53] AMREC, Ríos Gallardo a Ministro, 15 de junio de 1955.

[54] AMREF, Ambassadeur a Ministre, 20 de diciembre de 1954.

[55] AMNEP, Legação a Ministro, 4 de julio de 1955.

[56] AMRES, Viturro a Ministro, 28 de junio de 1955.

[57] *Ibidem*, 19 de julio de 1955.

[58] *Ibidem*, 2 de agosto de 1955.

[59] AMREB, Embaixador a Ministro, cf. 646, 21 de octubre de 1955.

Cubierta
Portada
Introducción
Capítulo 1. Eva, su muerte y su vida después de la muerte
- 1. ¿Quién manda a quién?
- 2. La lucha en torno a Eva. El partido, el ejército, la CGT
- 3. El peronismo de Eva
- 4. ¿Una Eva contrapuesta a Perón? Repetto y los socialistas
- 5. El mundo y la Argentina después de Eva

Capítulo 2. Eva, primer acto. Los comienzos de una biografía política
- 1. Eva ante Perón. El perfil de una argentina
- 2. Eva y el 4 de junio de 1943
- 3. Eva y Perón, los orígenes de una afinidad política
- 4. El encumbramiento de Perón y el mundo de Eva
- 5. El año 1945: fin y nuevo principio
- 6. El 17 de octubre de Eva

Capítulo 3. De las bambalinas al poder. Eva y el nacimiento del primer gobierno peronista
- 1. El poder sin la gloria. Rumbo a las elecciones
- 2. Las glorias del poder. Elecciones
- 3. Viejas ideas y nuevas acciones
- 4. El poder y la gloria

Capítulo 4. El aprendizaje de Eva. De lo

político a lo social, y regreso
- 1. La justicia social de Eva
- 2. Poder patrimonial y religión secular
- 3. Eva política. Poder y quebraderos de cabeza
- 4. Carisma y aparato
- 5. Voto femenino, enseñanza religiosa

Capítulo 5. Desde Junín al mundo. La gira europea de Eva y la política exterior peronista
- 1. Eva y Bramuglia: un solo sillón para dos personas
- 2. La Europa de Eva. Primera parte (España e Italia)
- 3. La Europa de Eva. Segunda parte (Portugal y Francia)
- 4. Sonrisas y rechazos. Eva en el Vaticano
- 5. El frente interno y la potente ausencia de Eva

Capítulo 6. Un régimen bicéfalo
- 1. La vuelta de Eva - I. El enemigo interno
- 2. La vuelta de Eva - II. El pueblo
- 3. La vuelta de Eva - III. Unidad y organización
- 4. La CGT de Eva
- 5. La gloria no reconoce límites
- 6. Eva, entre la cruz y la espada
- 7. Welfare al estilo peronista
- 8. Nacimiento de un imperio. La Fundación Eva Perón

Capítulo 7. La Constitución de Perón… y de Eva
- 1. Reelección o muerte
- 2. La apoteosis del régimen. Triunfo con

desarticulación
- 3. Yo, el Pueblo
- 4. La política exterior. Cambio prohibido
- 5. De zar a lastre. La caída de Miranda
- 6. La reelección. Perón y Eva for ever

Capítulo 8. La comunidad recuperada, y el totalitarismo inconsciente
- 1. Quién manda en Buenos Aires
- 2. El oro y el moro
- 3. El imperio sin límites
- 4. La comunidad desorganizada
- 5. La ideóloga a pesar suyo
- 6. Eva de América

Capítulo 9. Madre y mandante. La Patria según Eva
- 1. Eva San Martín
- 2. Ley y exorbitancias
- 3. Basarlo todo en Perón
- 4. La crisis y la fábrica de consenso
- 5. La autarquía espiritual
- 6. La era de la omnipotencia…
- 7. …Y la de la desconfianza

Capítulo 10. Tanto poder para nada
- 1. Viva y santa. Eva y la cultura
- 2. Perro que ladra, muerde. La Fundación y la economía
- 3. Sin más cruz ni espada
- 4. “El Estado soy yo”
- 5. El límite invisible: la política exterior

Capítulo 11. Eva, la (vice) presidente
- 1. Reelección y muerte
- 2. Perón o Eva
- 3. La campaña de los milagros

- 4. El Cabildo Abierto - I. Los misterios imaginarios
- 5. El Cabildo Abierto - II. Un balance
- 6. El último acto
- 7. Cae el telón

Capítulo 12. El peronismo de Eva y el pasado que no termina de pasar

- 1. La herencia de Eva
- 2. La comunidad extraviada
- 3. Caído Perón, que viva Eva

Conclusiones
Bibliografía
Archivos, fuentes, documentos
Diarios, revistas, periódicos
Abreviaturas empleadas
Notas
Créditos
Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA

Zanatta, Loris
Eva Perón - 1a ed. - Buenos Aires : Mondadori, 2011
(Historia)
EBook.

ISBN 978-950-07-3735-7

1. Ensayo Italiano. I. Título
CDD A854

La traducción de esta obra ha sido financiada por el SEPS
Segretariato Europeo per le Pubblicazioni Scientifiche
Via Val d'Aposa 7 - 40123 Bologna - Italia
seps@seps.it - www.seps.it
Título del original en italiano: *Eva Perón. Una biografia politica.*
© Rubbettino, Soveria Mannelli, Italia: 2009.
Edición en formato digital: noviembre de 2011
© 2011, Random House Mondadori, S.A.
Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-3735-7

Conversión a formato digital: libresque
www.megustaleer.com.ar

RANDOM HOUSE MONDADORI

Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede Argentina:
Humberto Primo 555, BUENOS AIRES
Teléfono: 5235-4400
E-mail: info@rhm.com.ar
www.megustaleer.com.ar